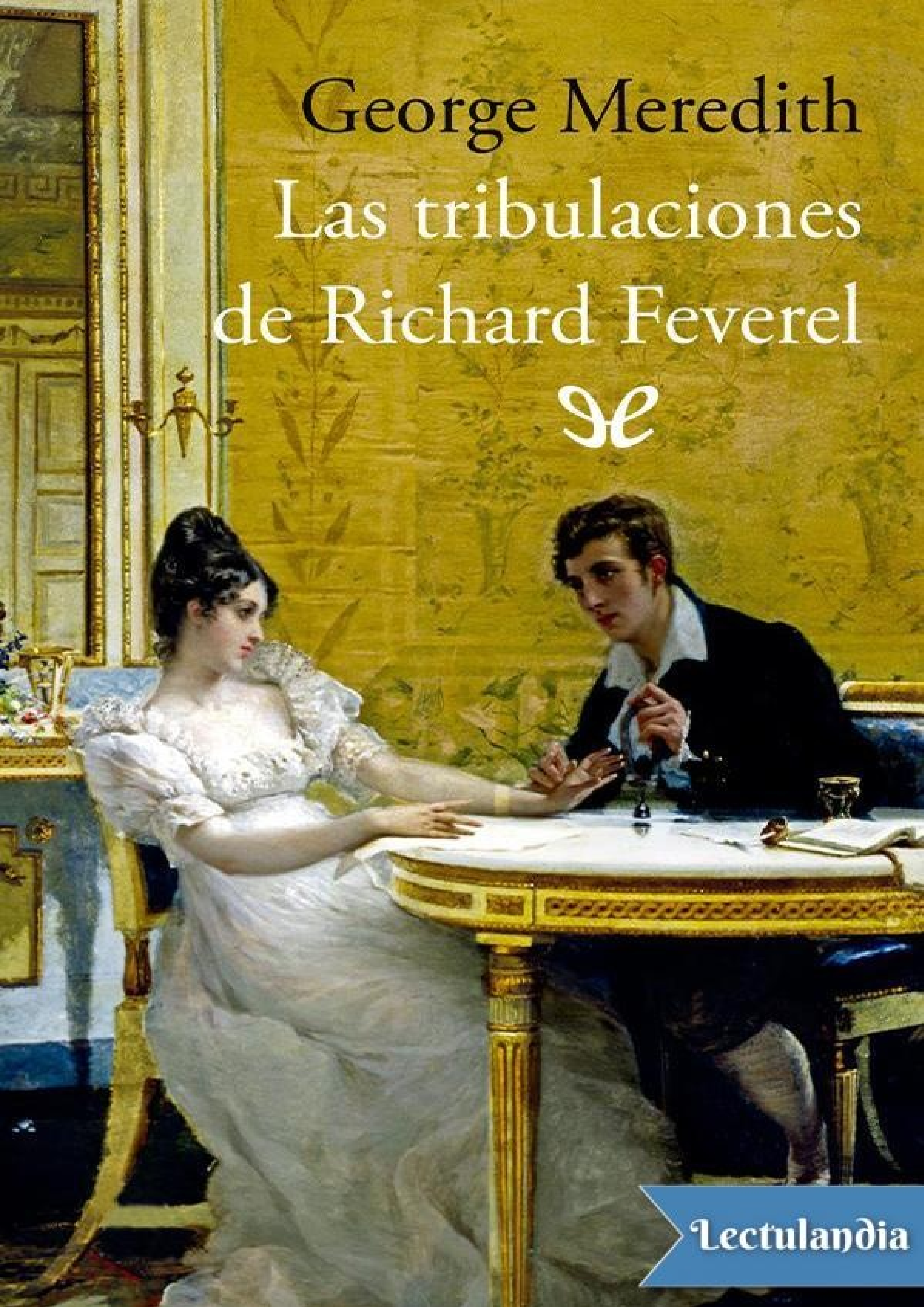

George Meredith
Las tribulaciones
de Richard Feverel
Lectulandia

Tras perder a su mujer, *sir* Austin Feverel se queda a cargo de su hijo, Richard. Para evitar que cometa los mismos errores que sus padres, *sir* Austin diseña un sistema educativo con el cual está seguro de que Richard se convertirá en el héroe de su época, un hombre de estado.

La base de este sistema consiste en que Richard no tendrá contacto con el sexo femenino hasta que cumpla veintiún años. En consecuencia, Richard vive aislado en la abadía de Raynham. Pero el joven se enamora de la sobrina del granjero, Lucy, y traiciona el sistema de su padre. Lo que no sabe es que sus problemas sólo acaban de comenzar. ¿Se arrepentirá Richard y volverá a rogar el amor de su padre? ¿Aceptarán a Lucy en su seno los Feverel? ¿Qué peligros insospechados acechan al héroe en el despiadado mundo exterior?

Las tribulaciones de Richard Feverel es una novela irónica, ácida, divertida y feminista inédita en castellano. Meredith nos muestra las costumbres de la época con una buena dosis de humor y aprovecha para criticar las teorías ilustradas sobre la educación y para reflexionar sobre el profundo efecto que tiene en los hijos la relación con sus padres. George Meredith fue uno de los escritores más representativos de la época victoriana. «No intenta preservar la sobria realidad de Jane Austen y Trollope; ha destruido todas las escaleras que los demás hemos aprendido a utilizar. Todo tiene un propósito. Este desafío de lo normal crea una atmósfera fuera de lo común, con unas nuevas y originales percepciones sobre la vida humana. El autor consigue adentrarse en de veinte mentes a la vez con éxito. Su fuerza reside en el vigor de su poder intelectual y en su intensidad lírica».

Virginia Woolf

«¡Qué soltura! ¡Qué renacimiento! Anunciaba un nuevo despertar de la ficción».

Arnold Bennett

«De todas las novelas victorianas, Las tribulaciones de Richard Feverel es la más literaria en estilo y estructura, y la más explícita sexualmente en argumento y temas. Ahora que se ha librado de su reputación, podemos redescubrir la ironía, la tragedia y la complejidad psicológica y formal que hacen de esta novela una de las obras más conmovedoras, profundas y sutiles en habla inglesa».

Edward Mendelson

«Meredith filtra el melodrama de la novela con su particular estilo que, para aquellos que tengan un gusto cultivado, es sublime».

The Guardian

«De lo mejor de Meredith, lleno de metáforas, prosa lírica y diálogos ingeniosos, se trata de una profunda exploración de la psicología de la razón».

Enciclopedia Merriam-Webster de Literatura

George Meredith

Las tribulaciones de Richard Feverel

ePub r1.0
Titivillus 06-01-2024

Título original: *The Ordeal of Richard Feverel: A History of Father and Son*
George Meredith, 1859
Traducción: Claudia Casanova

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

La tribulaciones de Richard Feverel

George Meredith, autor de la primera novela moderna

Tras perder a su mujer, *sir* Austin Feverel se queda a cargo de su hijo, Richard. Para evitar que cometa los mismos errores que cometieron sus padres, *sir* Austin diseña un sistema educativo con el cual Richard crecerá para ser el héroe de su época, un hombre de estado.

La base de este sistema consiste en que Richard no tendrá contacto con nadie del sexo femenino hasta que cumpla veintiún años. Todo parece desarrollarse con normalidad, pues Richard vive aislado en la abadía de Raynham. Pero, un día, el joven se enamora de la hija de la lechera, Lucy, y traiciona el sistema de su padre. Lo que no sabe es que sus problemas sólo acaban de comenzar. ¿Se arrepentirá Richard y volverá a rogar el amor de su padre? ¿Aceptarán a Lucy en su seno los Feverel? ¿Qué peligros insospechados acechan al héroe en el despiadado mundo exterior?

Las tribulaciones de Richard Feverel es una novela irónica, ácida, divertida y feminista inédita en castellano hasta ahora. Una buena dosis de humor acompaña al lector mientras Meredith nos muestra las costumbres de la época. Se trata de una revisión crítica de las teorías ilustradas y del profundo efecto que tienen en los hijos la educación y la relación con sus padres. George Meredith fue uno de los escritores más representativos de la época victoriana.

«No intenta preservar la sobria realidad de Jane Austen y Trollope; ha destruido todas las escaleras que los demás hemos aprendido a utilizar. Todo tiene un propósito. Este desafío de lo normal crea una atmósfera fuera de lo común, con unas nuevas y originales percepciones sobre la vida humana. El

autor consigue adentrarse en veinte mentes a la vez con éxito. Su fuerza reside en el vigor de su poder intelectual y en su intensidad lírica».
Virginia Woolf

«¡Qué soltura! ¡Qué renacimiento! Anunciaba un nuevo despertar de la ficción».
Arnold Bennett

«Meredith filtra el melodrama de la novela con su particular estilo, que, para aquellos que tengan un gusto cultivado, es sublime».
The Guardian

«De lo mejor de Meredith, lleno de metáforas, prosa lírica y diálogos ingeniosos, se trata de una profunda exploración de la psicología de la razón».
Enciclopedia Merriam-Webster de Literatura

Capítulo I

Hace años se publicó un libro con el título *Los escritos del peregrino*. Consistía en una selección de originales aforismos de un caballero anónimo que tímidamente mostraba así al mundo su dolorido corazón.

No tenía la pretensión de ser novedoso. «La nueva forma de pensar de nuestra época ha emocionado a los muertos», escribió. Esta declaración parecía manifestar que la juventud lo había abandonado, y ya no envidiaba a los antiguos. De sus páginas se desprendía cierta melancolía por los días de vanidad intelectual, rememorando la etapa de nuestra vida en que las ideas nos alcanzan como abrazos de vírgenes que juran que son sólo nuestras, y que no han visitado a nadie más. Y las creemos.

Sobre el bello sexo decía: «Creo que la mujer será la última posibilidad de la civilización del hombre». Esta monstruosa burla provocó cierto revuelo entre las damas.

Una aventurera acudió al Colegio de Armas[1], y allí confirmó que el grifo entre dos gavillas de trigo de la portadilla del libro era el escudo de armas de *sir* Austin Absworthy Bearne Feverel, un hombre rico y honorable, con una historia lamentable a sus espaldas, *baronet* de la abadía de Raynham, en cierto condado del oeste colindante con el Támesis.

La historia del *baronet* no era nueva. Tenía una mujer y un amigo. Se casó por amor; su mujer era una belleza, su amigo se decía poeta. La mujer tenía su corazón, y el amigo, su confianza. Cuando, entre sus compañeros de escuela, se hizo amigo de Denzil Somers no fue por semejanza de carácter, sino por la intensa adoración que sentía por el genio, lo que le llevó a pasar por alto la falta de principios de su socio en aras de su prometedor talento. Denzil poseía un pequeño patrimonio que derrochó antes de terminar los estudios. En adelante, dependió por completo de su admirador, con el que vivía,

desempeñando nominalmente la labor de alguacil de la finca, escribiendo poesía satírica y sentimental. Tenía propensión al vicio y ocasionalmente lo practicaba sin escándalo, de modo que, por supuesto, era un sentimental dado a la sátira, y se atribuía el derecho a criticar la época en que vivía y a quejarse de la naturaleza humana. Sus primeros poemas, publicados bajo el seudónimo de Diaper Sandoe, eran tan puros y exangües en sus pasajes amorosos, y a la vez tan mordaces en su tono moral, que ganaron multitud de adeptos entre los virtuosos del público inglés que compra libros. Las elecciones le inspiraron baladas a favor de los *torys*[2]. Diaper poseía una indudable fluidez, pero trabajaba poco, a pesar de que *sir* Austin esperaba mucho de él.

La mujer lánguida y sin experiencia —cuyo marido goza de una excepcional estatura intelectual y moral—, pasada la admiración romántica por su noble porte, al ver que sus inquietos refinamientos no son correspondidos, se encuentra en una convivencia insana con un hombre grácil y desenvuelto en prosa y verso. En Raynham, donde *lady* Feverel se ocupaba de sus obligaciones, sintió celos del amigo de su marido; pero, poco a poco, lo fue tolerando. Con el tiempo, él empezó a tocar la guitarra en su habitación, y ellos hacían de Rizzio y María[3]. «¡Pues no soy el primero en encontrar fatal el nombre de María!», dice uno de los poemas de amor que escribió Diaper.

Éste era el esquema de la historia. Y el *baronet* lo completaba. Había entregado su alma a los dos. Había sido el noble amor de ella y el amigo perfecto de él. Los consideraba hermanos, los amaba, los había invitado a vivir una edad de oro en Raynham. De hecho, había prodigado las excelencias de su naturaleza, algo que no debe hacerse; como Timón[4], acabó en bancarrota, sumido en la amargura.

La infiel dama no venía de una familia excepcional; era huérfana de un almirante que la educó con su pequeña paga. Su conducta sorprendió al hombre cuyo apellido adoptó.

Después de cinco años de matrimonio y doce de amistad, *sir* Austin se quedó solo, sin nada que aliviara su corazón, salvo un bebé en la cuna. Perdonó al hombre; lo apartó al no considerarlo digno de su ira. A la mujer no la pudo perdonar; había pecado de la peor manera. La ingratitud hacia un benefactor es una transgresión que puede perdonarse, y él no era dado a aplastar al culpable enumerando las obras de las que el amigo se había beneficiado. Pero a la mujer la había convertido en su igual, y como tal la juzgaba. Ella había hecho que el bello rostro del mundo se volviera oscuro.

Frente a ese mundo, que ahora le parecía tan distinto, decidió comportarse como si nada hubiera sucedido, y aprendió a hacer de sus rasgos una máscara

maleable.

La señora Doria Forey, su hermana viuda, dijo que Austin se retiraría un tiempo de la carrera parlamentaria y renunciaría a las alegrías y ese tipo de cosas. Su opinión, fundada en la observación tanto en público como en privado, era que la mujer que había volado era una pluma en el corazón de su hermano, y que la vida reanudaba su curso. A veces los hombres corrientes no pueden soportar tanto peso. Hippias Feverel, uno de sus hermanos, creía que la desgracia le había mejorado (si una pérdida así puede llamarse desgracia), y dado que Hippias recibió alojamiento gratuito en Raynham y entró en posesión del ala de la abadía que ella había habitado, resulta provechoso saber su pensamiento. Si el *baronet* hubiera ofrecido dos o tres cenas espectaculares en el gran salón, habría engañado a todo el mundo, como había hecho con sus parientes y amigos. Pero estaba demasiado afectado; sólo podía actuar de forma pasiva.

La niñera que cuidaba al bebé veía cada noche una figura solitaria con una lámpara sobre el pequeño, y tanto se acostumbró que nunca se despertó sobresaltada. Una noche la desveló el sonido de un sollozo. El *baronet* estaba de pie junto a la cuna con su larga capa negra y el gorro de viaje. Tapaba la luz de la lámpara con sus dedos, enrojecidos entre las sombras intermitentes proyectadas sobre la pared. Apenas podía creer lo que veía: el austero caballero, silencioso como un muerto, dejaba caer lágrima tras lágrima. Ella se quedó inmóvil, en un trance de terror y aflicción, contando las lágrimas que caían. El rostro oculto, el brillo y la caída de las pesadas gotas a la luz de la lámpara, la figura erguida y terrible, respirando con agitación a intervalos regulares, como un reloj, le daban tanta pena que el corazón de la niñera comenzó a latir deprisa. Sin poderlo evitar, la pobre chica gritó: «¡Oh, señor!» y comenzó a llorar. *Sir* Austin se volvió, iluminó su almohada con la lámpara, le dijo sin delicadeza que volviera a dormirse y abandonó la habitación a zancadas. La despidió con una indemnización al día siguiente.

Hace tiempo, cuando Richard tenía siete años, se despertó y vio a una joven inclinada sobre él. Lo contó al día siguiente, pero lo creyeron un sueño. Hasta que, en el transcurso del día, llevaron a casa a su tío Algernon desde el campo de criquet de Lobourne con una pierna rota. Entonces se recordó que había un fantasma en la familia; nadie creía en él, pero ningún pariente quería pasar una circunstancia que atestiguara su existencia, aunque poseer un fantasma otorga una distinción mayor que cualquier título.

Algernon Feverel perdió la pierna y dejó de ser un caballero de la Guardia Real. De los otros tíos del joven Richard, Cuthbert, el marino, pereció en una

expedición contra un caudillo esclavista en Níger. Algunos trofeos del galante teniente decoraban el cobertizo de juegos del bebé en Raynham, y le legó su espada a Richard, quien le consideraba un héroe. El dandi Vivian, diplomático de profesión, dejó de ir de flor en flor al casarse con la mujer equivocada, como les sucede a muchos dandis, y lo borraron de la lista de invitados a la casa. Algernon normalmente residía en la casa de la ciudad que el *baronet* no usaba. Era un hombre desgraciado; ocupaba su tiempo en montar a caballo y jugar a las cartas, poseído (decían) por la absurda noción de que un hombre que ha perdido el norte al perder la pierna puede recuperarlo sustituyéndola por una botella. Al menos él y su hermano Hippias, cuando se reunían, no dejaban de probar si la bebida se aguanta mejor con una pierna o con dos. Aunque *sir* Austin era muy puritano en sus hábitos, era demasiado buen anfitrión para imponer su moral a sus invitados. Sus hermanos y otros parientes podían hacer lo que quisieran sin deshonrar el apellido familiar. Pero si lo hacían, debían marcharse de inmediato para no regresar jamás y no verían su rostro nunca más.

Algernon Feverel era un hombre sencillo; sintió, tras su desgracia, como quizá antes había pensado vagamente, que su carrera residía en sus piernas y había sido irremisiblemente truncada. Enseñó al chico a boxear y disparar, y el arte de la esgrima; supervisó el rumbo de su vigor animal con una vivacidad algo melancólica. Algernon dedicó las energías restantes de su mente a censurar el uso de la bola rápida en el criquet. Predicaba por todo el condado, escribiendo complicados ensayos literarios en periódicos deportivos sobre la decadencia del *cricket*. Algernon fue testigo y relató la primera pelea de Richard con el joven Tom Blaize de la granja Belthorpe, tres años mayor que él.

Se creía que Hippias Feverel iba a ser el genio de la familia. Tuvo la mala suerte de tener mucho apetito y un estómago débil. Como nadie está preparado para la batalla de la vida si se halla en perpetua lucha con su cena, Hippias renunció a la carrera de abogado y, víctima de una constante indigestión, compiló un voluminoso tratado sobre la mitología de las hadas en Europa. Tuvo poca relación con la esperanza de Raynham, más allá de consignar sus travesuras juveniles.

Una dama venerable, conocida como la tía abuela Grantley, cuyo dinero le correspondía al heredero, ocupaba con Hippias la parte de atrás de la casa y compartía sus veladas con él. Apenas se les veía hasta la hora de la cena, que les llevaba todo el día preparar y, probablemente, toda la noche recordar, pues

la señora del siglo XVIII era una admirable gorrona que dejaba a un lado la vejez si había un buen plato sobre la mesa.

La señora Doria Forey era la mayor de las tres hermanas del *baronet*, una mujer rubicunda y afable con buenos dientes, un perfecto cabello rubio y ondulado, una nariz normanda y reputación de entender a los hombres, lo que significaba, en lo relativo a esas criaturas, que poseía el arte de manejarlos. Se había casado con el ambicioso hijo menor de una buena familia que falleció antes de llevar a cabo sus propósitos. Al tratar de encontrar una solución para el futuro de Clare, su pequeña y única hija, sondeó una posibilidad. La amplitud de miras, la profunda determinación, la resuelta perseverancia de su sexo, si hay que mantener una hija y derrocar a un hombre, la indujeron a invitarse a sí misma a Raynham, donde se estableció con su hija.

Las otras dos mujeres Feverel eran la esposa del coronel Wentworth y la viuda del señor Justice Harley, que destacaban por ser madres de hijos de cierta distinción.

La historia de Austin Wentworth tiene ese carácter desdichado que, para ser comprendida con justicia, obliga a contarla abiertamente, algo que nadie quiere intentar.

Por una falta cometida en su juventud y, según él, redimida noblemente, fue condenado a someterse al juicio del mundo; no por la falta, sino por la expiación.

—Se casó con la criada de su madre —susurró la señoraDoria, con la mirada inundada de terror, y sintió un escalofrío al pensar en los jóvenes con simpatías republicanas que suponía que él albergaba.

«La compensación por la injusticia —se dice en *Los escritos del peregrino*— estriba en rodearnos de las personas más valiosas en esa oscura tribulación».

La buena amiga del *baronet*, la señora Blandish, y unos pocos hombres y mujeres sinceros tenían a Austin Wentworth en alta estima.

No vivía con su mujer, y *sir* Austin, pensando en el futuro de nuestra especie, le reprochaba ser estéril para la posteridad, mientras los villanos se propagaban.

La principal característica del segundo sobrino, AdrianHarley, era su sagacidad. Se trataba, esencialmente, de un joven sabio, tanto por su consejo como por su acción.

«En la acción —se observa en *Los escritos del peregrino*—, la sabiduría está en la mayoría».

Adrian tenía instinto para estar con la mayoría, y, como el mundo lo veía invariablemente en sus filas, su apelación de joven sabio era admitida sin ironía.

El joven sabio tenía a su favor el mundo, pero ningún amigo. Tampoco deseaba los problemáticos apéndices del éxito. Procuraba ser requerido por gente que podía servirle, y temido por los que podían perjudicarle. No se complicaba la vida para imponer su criterio ni se arriesgaba a expensas de un plan. Realizaba su trabajo con la misma naturalidad con la que comía pan. Adrian era epicúreo, pero Epicuro lo habría echado a latigazos de su jardín: un epicúreo de nociones modernas. Satisfacer el apetito sin arriesgar el carácter era un problema para el joven sabio. No tenía amigos, salvo Gibbon y Horacio, y la sociedad de estos refinados aristócratas literarios le ayudó a aceptar la humanidad como era: una suprema procesión irónica, con la risa de fondo de los dioses. ¿Por qué no podían reírse también los mortales? Adrian se reía en su cómodo rincón. Poseía los atributos de un dios pagano. Utilizaba a los hombres: vivía una vida elegante, lujosa y feliz a su costa. Se hallaba en una eminente autocomplacencia, como tendido sobre una suave nube, bañándose en la luz del sol. Ni Júpiter ni Apolo elegían las doncellas de la tierra con un ojo más fiero y frío, ni las perseguían abrigados de la más sagrada impunidad. Y disfrutaba de su reputación de virtuoso como algo adicional. Se dice que la fruta robada es más dulce, pero las recompensas no merecidas son aún más exquisitas.

Lo curioso era que Adrian no fingía. No pedía al mundo que aprobase su proceder. La naturaleza y él no intentaban engañar más que con la máscara que llevan todos los hombres. Y, aun así, el mundo le proclamaba un hombre bueno, además de sabio, y el agradable polo opuesto de su deshonrado primo Austin.

En pocas palabras, Adrian Harley dominaba la filosofía a la edad de veintiún años. A muchos les habría gustado decirlo con el doble de años, cuando cargan a sus espaldas un peso que Adrian no cargaba. La señora Doria estaba en lo cierto sobre su corazón. Un accidente (al nacer, probablemente, o antes) le había desplazado ese órgano y trasladado al estómago, donde era más liviano, qué digo liviano, ingrávido, y le animaba a seguir con alegría. Desde ese trono, el corazón no miraba sino lo que le producía placer. Esa región mostraba una suave protuberancia en la persona del joven sabio, y llevaba ante él, por así decirlo, la bandera de sus principios filosóficos. Era encantador después de cenar con hombres y mujeres, y deliciosamente sarcástico, quizá demasiado poco escrupuloso en su tono moral, pero su

reputación le protegía de la crítica y su conducta se atribuía, por lo general, a su carácter amable y generoso.

Así era Adrian Harley, uno de los intelectuales favoritos de *sir* Austin, elegido para supervisar la educación de su hijo en Raynham. Adrian estaba destinado a la iglesia. No llegó a ordenarse. Él y el *baronet* mantuvieron un día una conversación, y desde entonces Adrian se convirtió en residente de la abadía. Su padre murió en el primer semestre de universidad de su prometedor hijo, legándole nada más que su aspecto legal, y Adrian se convirtió en estipendiario del hogar de su tío.

El compañero de juegos ocasional de Richard, y el único de su edad que tuvo cerca, era Ripton Thompson, el hijo del abogado de *sir* Austin, un chico sin carácter.

Necesitaba un compañero, pues Richard no iba a ir a la escuela ni a la universidad. *Sir* Austin consideraba corruptas las escuelas, y mantenía que a los jóvenes se los protegía mejor de la serpiente con el control parental, al menos hasta que Eva se sentara a su lado, una situación que, según *sir* Austin, podía y debía demorarse. A tal fin, diseñó un completo sistema para educar a su hijo. Ahora veremos cómo funcionó.

Capítulo II

Octubre lucía espléndido en el decimocuarto cumpleaños de Richard. Los cobrizos hayedos y los dorados abedules resplandecían bajo un sol brillante. Las nubes flotaban sobre el horizonte, acumuladas hacia el oeste, donde el viento dormía. Prometía ser un gran día para Raynham, como luego se demostró, aunque no de la forma esperada.

Ya levantaban en el valle junto al río las casetas de arquería y las tiendas de criquet, adonde acudían, en barcas y carretas, los muchachos de Bursley y Lobourne, gritando exultantes por un día de cerveza y honor, deseosos de arrebatarse unos a otros los frescos laureles, enfrentándose como viriles británicos en juegos y deportes. Por todo el parque se escuchaban gritos de alegría. *Sir* Austin Feverel, un *tory* de tomo y lomo, nada partidario de regular la caza, podía ser popular cuando quería; algo que nunca sería *sir* Miles Papworth, del otro lado del río, un avaricioso whig[5], terror de los cazadores furtivos. La mitad del pueblo de Lobourne paseaba por las avenidas del parque. Violinistas y gitanos clamaban a las puertas que les dejaran pasar; vestidos de blanco y gris, coronados con sombreros de ala generosa, y con una capa escarlata en recuerdo de los viejos tiempos, se esparcían por los amplios campos.

En esos momentos, la estrella de la fiesta se escondía lejos, eclipsándose junto a su reluctante servidor Ripton, que no paraba de preguntar qué debían hacer y adónde iban, y qué hora era, sugiriendo que los chicos de Lobourne les estarían llamando y que *sir* Austin requeriría su presencia, sin lograr que prestara atención a sus penas y protestas, pues el padre de Richard había pedido a su hijo que se sometiera a un examen médico, como un patán que se alista al ejército, y él se había enfurecido.

Se escapó a la carrera, huyendo del vergonzoso acto que le exigían. Luego transmitió sus pensamientos a Ripton, que le dijo que eran de niña, un comentario ofensivo que Richard se guardó; después tomó prestadas un par de escopetas del cobertizo de los alguaciles. Ripton disparó con muy mala puntería y Richard lo llamó idiota. Sintiendo que las circunstancias conspiraban para que lo pareciera, Ripton alzó la cabeza y replicó en tono desafiante:

—¡No soy idiota!

Esta furiosa respuesta, tan impertinente, irritó a Richard, al que aún le dolía haber perdido las aves por la mala puntería de Ripton, y se consideraba agraviado. Así que impuso otra vez el abusivo epíteto con mayor énfasis.

—No me llames así, lo sea o no —dijo Ripton, mordiéndose los labios con rabia.

Se volvía un asunto personal. Richard alzó las cejas y lo miró un instante, retándole. Después le informó de que, desde luego, iba a llamarlo así, y no debía objetar a que se lo llamase veinte veces.

—¡Hazlo y verás! —respondió Ripton, removiéndose en el sitio y respirando con rapidez.

Con una solemnidad de la que sólo los niños y otros bárbaros son capaces, Richard repitió el calificativo hasta llegar a veinte, insistiendo en el epíteto y evitando que la progresión se hiciera monótona, mientras Ripton, por decirlo así asentía con la cabeza a la precisión de su camarada, dejando constancia de su humillación. El perro que se encontraba con ellos contemplaba la escena meneando la cola.

Veinte veces repitió Richard, intencionadamente, la ofensiva palabra.

En el solemne número veinte del pecado capital de Ripton, éste dio un revés a la boca de Richard y se retiró precipitadamente, tal vez arrepintiéndose, pues era un muchacho de buen corazón y, como Richard se inclinó por el golpe, pensó que había ido demasiado lejos. No conocía al joven caballero que trataba. Richard era extremadamente frío.

—¿Luchamos aquí? —dijo.

—Donde quieras —respondió Ripton.

—Mejor dentro del bosque. Para que no nos interrumpan.

Richard abrió camino con una cortés reserva que enfrió el ardor guerrero de Ripton. En la linde del bosque, Richard se quitó la chaqueta y el chaleco y los arrojó sobre la hierba. Bastante sereno, esperó a que Ripton hiciera lo mismo. Éste estaba azorado e inquieto; era mayor y más fornido, pero no tan ágil ni estaba tan en forma. Los dioses, únicos testigos de la disputa,

apostaron contra él. Richard se había colocado la escarapela de los Feverel y ardía en su mirada un fuego que pedía una pelea que lo aplacara. Sus cejas, ligeramente levantadas, convergían sobre la robusta nariz; sus grandes ojos grises, las fosas nasales, los pies firmemente plantados en el suelo, y un aire caballeroso de calma y alerta conformaban la viva imagen de un joven combatiente.

Ripton estaba fuera de sí y luchaba como un colegial, es decir, se lanzaba de cabeza y golpeaba agitando los brazos, como un molino. Era un chico basto. Cuando conseguía golpear, hacía daño, pero estaba a merced de la técnica. Viéndole coger carrerilla, parpadeando muy rápido, resoplando y girando los brazos a gran velocidad mientras recibía un golpe, se percibía que luchaba a la desesperada, y lo sabía, pues la alternativa a la que se enfrentaba, si se rendía, era padecer la calumnia que ya había sufrido veinte veces. Prefería morir antes que ceder, y seguía dando vueltas como un molino hasta caer al suelo. ¡Pobrecillo! Caía a menudo. El gallardo muchacho peleaba para guardar las apariencias, y quedó en el suelo. Los dioses sólo favorecen a un bando. El príncipe Turno era un joven noble que se enfrentó a Palante[6]. Ripton era un chico excepcional, pero no tenía técnica. ¡No pudo probar que no era idiota! Si se piensa bien, Ripton eligió la única salida posible y encontraríamos gran dificultad en probar la falsedad del epíteto. Ripton recibió una y otra vez el puño infalible de Richard; y, si era verdad, como explicó jadeando, que necesitaba tantos golpes como un huevo para ser batido, una afortunada interrupción lo salvó de parecerse a esa sustancia. Los chicos oyeron que los llamaban desde lejos, y vieron acercarse al señor Morton, de Poer Hall, y a Austin Wentworth.

Firmaron una tregua, recogieron las chaquetas, se echaron las escopetas al hombro, y trotaron en armonía adentrándose en el bosque, dejando atrás media docena de campos y una plantación de alerces.

Al detenerse a recuperar aliento, se estudiaron los rostros. El de Ripton estaba lleno de cardenales, una pintura de guerra natural que le hacía parecer más feroz de lo que él creía. Sin embargo, volvió a la carga, impávido, en el nuevo territorio, y Richard, cuya ira se había aplacado, no pudo resistirse a preguntarle si de verdad no había tenido ya suficiente.

—¡Nunca! —gritó el noble enemigo.

—Mira —dijo Richard, invocando el sentido común—, estoy cansado de tumbarte. Diré que no eres idiota si me das la mano.

Ripton se lo pensó un momento y lo consultó con su honor, que le instó a que aprovechara la oportunidad.

Extendió la mano.

—¡Está bien!

Los chicos se dieron la mano y volvieron a ser amigos. Ripton había conseguido lo que quería, y Richard había salido, sin duda, mejor parado. Así que estaban empatados. Ambos podían clamar victoria en beneficio de su amistad.

Ripton se lavó la cara y alivió su nariz en un arroyo. Ya estaba listo para seguir a su amigo adonde fuera. Continuaron buscando aves que abatir. Las aves de las tierras de Raynham eran particularmente astutas, y eludían ser el blanco de los jóvenes tiradores, así que extendieron su expedición a tierras vecinales en busca de una raza más estúpida, felizmente ignorantes de la ley contra la violación de la propiedad privada. Tampoco advirtieron que cazaban ilegalmente en tierras del notorio granjero Blaize, el comerciante del escudo de los Papworth, que no admiraba el grifo entre dos haces de trigo y estaba destinado cruzarse con el destino de Richard. El granjero Blaize odiaba a los cazadores furtivos, especialmente a los jóvenes, que lo hacían por insolencia. Al oír los audaces disparos en su territorio, fue a echar un vistazo y, observando el tamaño de los intrusos, juró que les enseñaría a esos señoritos un par de cosas, por muy lores que fueran.

Richard había derribado un bello faisán, y lo celebraba exultante, cuando la portentosa figura del granjero se cernió sobre ellos con un latigazo. Su saludo fue irónico.

—¿Están teniendo buena caza, señoritos?

—¡Acabo de hacerme con un ave espléndida! —le informó Richard, radiante.

—¡Ah! —El granjero Blaize dio un latigazo de advertencia—. Déjenme que le eche un vistazo.

—Se dice por favor —intervino Ripton, que no era ciego a la gente de dudoso aspecto.

El granjero Blaize alzó la barbilla y sonrió con malicia.

—¿Por favor a ustedes? Vamos a ver, amigo mío, creo que no les importa lo que se les ponga por delante. Parecen dos cazadores furtivos, sí señor. ¡Y eso es lo que son! —cambió de tono para ir al grano—. ¡Esa ave es mía! ¡Quítenle las manos de encima y lárguense, pequeños sinvergüenzas! ¡Sé quiénes son! —y comenzó a despotricar contra los Feverel.

Richard abrió los ojos.

—¡Si quieren que los muela a latigazos, quédense donde están! —continuó el granjero—. ¡Giles Blaize no aguanta tonterías!

—Entonces nos quedamos —dijo Richard.

—¡Muy bien! ¡Que así sea! ¡Si es lo que quieren, se lo daré, hombrecitos!

Como medida previsora, el granjero Blaize cogió el ala del ave que los chicos agarraban desesperadamente, y se la llevó entera.

—¡Si quieren jugar —gritó el granjero—, aquí tienen el látigo que merecen! ¡Yo no aguanto sandeces! —y lanzó el látigo con destreza.

Los chicos intentaban lidiar con él, pero los mantenía a distancia y los azotó sin piedad. ¡Qué negra corría la sangre! Los chicos se retorcían de dolor. El látigo era una serpiente implacable que se enroscaba y les mordía una y otra vez, clavándose con saña en sus venas. Sentían más que dolor al retorcerse; también debían soportar la vergüenza y la deshonra; pero el dolor era intenso, pues el granjero, que había manejado el látigo toda la vida, no lo consideró suficiente hasta que le faltó el aliento y las mejillas se le enrojecieron por el esfuerzo. Se detuvo para coger lo que quedaba del faisán.

—Quédese su bestia —gritó Richard.

—Dinero, muchachos, con intereses —rugió el granjero, dando un nuevo latigazo.

Aunque rendirse era vergonzoso, no quedaba otra opción. Decidieron abandonar el campo de batalla.

—Mire, gañán —Richard agitó su pistola en el aire, con la voz ronca por el enfado—, le habría disparado de estar cargada. ¡Como le vea cuando la tenga cargada, dispararé!

Esa amenaza poco inglesa exasperó al granjero Blaize, y se apresuró a perseguirles con los últimos latigazos mientras ellos escapaban hacia territorio neutral con el rabo entre las piernas. Al llegar a los setos, parlamentaron un momento; el granjero preguntó si estaban satisfechos y tenían suficiente, porque, si querían otro reparto de lo mismo, podían volver a la granja Belthorpe. Los chicos, mientras tanto, explotaron en amenazas de venganza, y el granjero les dio la espalda con desdén. Ripton había amontonado un puñado de piedras para la escaramuza. Richard se las tiró al suelo, y dijo:

—¡No, los caballeros no tiran piedras! Eso es propio de la plebe.

—¡Sólo una pequeña! —suplicó Ripton, con la vista clavada en el claro blanco del granjero, obcecado por la repentina revelación de las ventajas del armamento ligero frente al pesado.

—No —se impuso Richard—, nada de piedras, eso es de… —Y se alejó caminando enérgicamente.

Ripton le siguió con un suspiro. La magnanimidad de su líder estaba más allá de sí mismo. Una buena andanada de pedradas sobre el granjero habría

aliviado al joven Ripton, pero no habría consolado a Richard Feverel de la ignominia a la que había sido sometido. A Ripton la vara le era familiar, un monstruo al que no temía por conocerlo bien. La horrible sensación de vergüenza; el odio a sí mismo y al universo; la sed de venganza, la impotencia, como si el espíritu se impregnara de negrura, que le advienen a un joven sensible a ser condenado, por primera vez, a probar esa amargura carnal y sufrirla como una profanación, Ripton hacía tiempo que la había superado y olvidado. Estaba curtido en recibir palos, y observaba el mundo con ecuanimidad; no era imprudente ante el castigo, como algunos chicos, pero tampoco insensible al deshonor, como el amigo y camarada a su lado.

A Richard se le había envenenado la sangre. La fiebre de la vergüenza se había apoderado de él. No permitía lanzar piedras porque reprobaba esa costumbre. Meras consideraciones de caballerosidad habían favorecido al granjero Blaize, pero estratagemas poco caballerosas se agitaban en su cerebro, y eran rechazadas por resultar impracticables para un joven como él. Sólo se daría por satisfecho con una venganza de gran alcance, equivalente a la humillación recibida. Debía hacer, sin demora, algo atroz. Se le ocurrió matar todas sus reses, o incluso matarlo a él, retándole a un combate al estilo de los caballeros. Pero el granjero era un cobarde y rehusaría. Entonces él, Richard Feverel, lo despertaría de su sueño y lo provocaría, lo instaría a luchar con pólvora y detonaciones en su propio dormitorio, en la cobarde medianoche, donde tal vez temblara, pero no podría negarse.

—¡Señor! —dijo el sencillo Ripton, mientras esos ilusos planes cruzaban el cerebro de su camarada, deseando su realización inmediata y desvaneciéndose en la oscuridad por la incierta posibilidad de realización—. ¡Ojalá me hubieras dejado bajarle los humos, Ricky! ¡Nunca fallo! Me gustaría haberle dado al menos una vez. ¡Deberíamos haber ganado esa batalla! —Y un nuevo pensamiento llevó las ideas de Ripton a la normalidad—. Me pregunto si mi nariz está tan mal como dijo. ¿Puedo verme en algún sitio?

A estas declamaciones, Richard hacía oídos sordos, caminando con fatiga, pero sin detenerse, con la vista fija en un punto.

Después de pasar innumerables setos, saltar vallas, sortear acequias, atravesar arboledas, ensuciarse, ajarse las ropas y andar hasta el agotamiento, Ripton despertó de sus pensamientos sobre el granjero Blaize y olvidó los moratones de su nariz ante el hambre acuciante que se apoderó de él. Se sentía desfallecer por la falta de alimento. Se aventuró a preguntar a su líder adónde iban. Raynham no se veía. Habían avanzado un buen trecho por el

valle y estaban a unas pocas millas de Lobourne, en un paisaje de estanques ácidos, riachuelos amarillos y fétidos pastos: un páramo desolado. Se veían vacas solitarias, el humo de una cabaña de barro, turba apilada sobre un carro, un burro ignorante de la crueldad que lo rodeaba, gansos junto a una pileta, cotorreando en un silencio como del principio de los tiempos; en suma, nada que pudiera saciar el hambre de un chico desnutrido. Ripton estaba desesperado.

—¿Adónde vas? —inquirió con su último aliento y se detuvo, decidido a no dar un paso más.

Richard rompió su silencio para responder:

—A cualquier parte.

—¡A cualquier parte! —Ripton repitió la mohína expresión de Richard—. Pero ¿no estás muerto de hambre? —resolló con vehemencia, queriendo mostrar el vacío de su estómago.

—No —fue la breve respuesta de Richard.

—¡No tienes hambre! —Ripton mostró su incredulidad con ímpetu—. Pero ¡si no has comido nada desde el desayuno! ¡Que no tiene hambre! Pues yo declaro que me estoy muriendo de inanición. ¡Hasta podría comer pan duro y queso!

Richard se burló con desprecio, pero no por los motivos que habían impulsado una manifestación similar al filósofo.

—¡Vamos! —exigió Ripton—. Dime cuándo vamos a parar.

Richard iba a replicar, pero encontró un rostro descompuesto que lo desarmó. La nariz del muchacho, aunque no de la tonalidad que temía, amarilleaba. Regañarle habría sido cruel. Richard alzó la vista, observó el lugar, y exclamó:

—¡Aquí!

Se dejó caer sobre un campo marchito, y Richard se quedó atónito ante su movimiento, que le produjo una perplejidad aún mayor.

Capítulo III

Entre los jóvenes hay códigos de honor no escritos que no se enseñan formalmente, pero que entienden por instinto, y por ellos se rigen los más leales y francos. Debemos recordar que son una progenie aún no civilizada, así que no seguir al líder allí donde decide marchar, o echarse atrás en una expedición por un final dudoso y las molestias del momento, abandonar a un camarada en el camino, son hechos de los que un joven de buena naturaleza no será culpable, por mucho que advierta sus dolorosas consecuencias. Cualquier dolor es preferible a soportar que la propia conciencia denuncie su cobardía. A algunos osados no les perturba su conciencia, y los ojos y bocas de sus compañeros tienen que suplir la falta. Lo hacen con una persistencia peor que la voz interior, y el resultado, si el período de prueba no es severo, es el mismo. El líder puede confiar en la fidelidad de su hueste: sus camaradas han jurado servirle. El señor Ripton Thompson era leal por naturaleza. La idea de abandonar a su amigo no se le pasó por la cabeza, aunque estaba desesperado, y el comportamiento de Richard era el de un loco. Anunció con impaciencia que llegarían tarde a cenar. Su amigo no se conmovió. Parecía que la cena no le importaba. Seguía tumbado, arrancando briznas de hierba y dando palmaditas al perro en el hocico, como si no concibiera el hambre. Ripton se incorporó y volvió a tenderse media docena de veces, y finalmente se echó junto a su taciturno amigo, aceptando su destino.

Ahora bien, tuvo la suerte de que empezara a llover y que dos extraños aparecieran por el camino buscando cobijo tras el seto donde los jóvenes descansaban. Uno era hojalatero itinerante; encendió una pipa y abrió un paraguas parduzco. El otro era un joven y fornido campesino, sin pipa y sin paraguas. Se saludaron asintiendo con la cabeza, y los dos enumeraron los beneficios del cambiante clima, que había afectado a su experiencia al

cumplirse su profecía. Ambos habían anticipado que llovería antes del anochecer y, por tanto, la habían recibido con satisfacción. Mantenían una cháchara monótona en armonía con el suave zumbido del aire. Después de hablar del tiempo, siguieron con la bendición que representaba el tabaco; que era el mejor amigo del pobre, un compañero, un consuelo, un refugio en la noche, el primer pensamiento de la mañana.

—¡Mejor que una esposa! —soltó el hojalatero con una risotada—. La pipa no te dice lo que tienes que hacer. No es una arpía.

—¡Así es! —respondió el otro—. La pipa no se va con la pasta un sábado por la noche.

—Toma —dijo el hojalatero. Le pasó, entusiasmado, una pieza de arcilla mugrienta. El campesino la llenó con tabaco del bolsillo del hojalatero y siguió con sus elogios.

—¡Un penique al día y listo! ¿Mejor que una mujer? —rió.

—Y puedes deshacerte de ella cuando quieras —añadió el hojalatero.

—¡Así es! —intervino el campesino—. Y no queremos. Al menos, en este caso. O sea, en el de la pipa.

—Y sin arrepentimientos —continuó el hojalatero, entendiéndole perfectamente.

—Desde luego que no —el campesino entrecerró un ojo—, y la pipa no se come la mitad de los víveres.

El honesto agricultor gesticuló para expresar que ése era el factor decisivo, a lo que el hojalatero le dio la razón, y habiendo, por así decirlo, zanjado el asunto con las cosas buenas que podían ser dichas, los dos fumaron en silencio bajo la lluvia.

Ripton se consolaba observándolos a través de la zarza. Vio que el hojalatero acariciaba una gata blanca, llamándola como si fuera su parienta, pidiéndole opinión o confirmación, y pensó que era muy curioso. El campesino estaba tumbado a lo largo, con las botas mojándose con la lluvia y la cabeza entre los cacharros del hojalatero, fumando con profunda contemplación. Los minutos parecían ocupados en las alternancias de las nubes de humo de sus bocas.

El hojalatero reanudó el coloquio.

—¡Son malos tiempos! —dijo.

—¡Desde luego! —confirmó su compañero.

—Pero luego las cosas salen bien —siguió el hojalatero—. ¿Para qué desanimarse? He visto que todo acaba bien. Ahora viajo. Sigo mi ritmo. La suerte quiso que fuera el otro día a Newcastle.

—¿Para qué? —dijo el campesino.

—¿Para qué? —repitió el hojalatero—. ¿Me preguntas por qué fui? Se ve bastante mundo en mi oficio. No fui en vano. En cualquier caso, estoy de vuelta. Londres es mi sitio, me dije, y así veo un poco el mar, y me subí a un barco minero. Acabé tan destrozado como san Pablo.

—¿Y ése quién es? —preguntó el otro.

—Léete la Biblia —dijo el hojalatero—. Nos sacudieron y nos zarandearon. ¡No es igual jugar en tierra que en el mar, ya te digo! ¡Creí que nos íbamos a hundir esa misma noche! Me puse a rezar como un condenado; Dios está por encima del diablo, y aquí estoy, ya ves.

El campesino apoyó la cabeza sobre el codo y le miró con indiferencia.

—¡Menuda religión! Ése no siempre gana, o no estaría aquí dejándome el pellejo sin tener nada que hacer y, lo que es peor, nada que comer. Mira, la suerte es la suerte, y la mala suerte su contrario. A Rick se le quemó el pajar el otro día. La siguiente noche se le quemó el granero. ¿Qué había hecho para merecerlo? Ahora se ha quedado sin trabajo. Creo que Dios no ganó al diablo en esa ocasión; si no, no entiendo lo que pasó.

El hojalatero carraspeó y dijo que había sido una desgracia.

—¡Una maldita desgracia, ya te digo! —gritó el campesino—. Pues mira, aquí tienes otra desgracia. Yo trabajaba para el granjero Blaize de Belthorpe antes de irme con el granjero Bollop. El granjero Blaize echó en falta parte del grano. Dice que nosotros se lo robamos. Yo no se lo robaba. ¿Y qué hace? Nos echa a patadas, a mí y a otro, para que nos muramos de hambre en la calle. Le da todo igual. Dios no ganó al diablo en esa ocasión, creo yo. ¡No hubo manera, por lo que veo!

El granjero sacudió la cabeza y dijo que también eso había sido una desgracia.

—Y no tiene remedio —añadió el campesino—. Las cosas están mal y ya está. Pero te digo una cosa, amigo. El mal necesita ser vengado —asintió y guiñó el ojo con misterio—. Creo que el mal tiene un precio, como lo tiene el trabajo honrado. Al granjero Bollop no le guardo rencor; al granjero Blaize, sí. Y me gustaría quemarle el pajar una noche seca de viento —el campesino entrecerró un ojo, con maldad—. Se merece que el viento se lo lleve todo, amigo; el granjero Blaize merece gritar y llorar al Señor, y lo hará. Tengo que darle donde más le duele.

El hojalatero exhaló una rápida sucesión de nubes de humo y dijo que eso sería ponerse del lado del diablo en una desgracia. El campesino respondió

agitadamente que, si el granjero Blaize estaba al otro lado, él también debería estar allí.

Un joven caballero pensaba lo mismo. La esperanza de Raynham había escuchado a medias la conversación a sus espaldas, donde un campesino y un hojalatero habían postulado una de las teorías metafísicas más antiguas que influyen en la vida cotidiana. Se puso en pie y, apartando las hojas del arbusto, preguntó a uno de ellos cuál era el camino más rápido a Bursley. El hojalatero, bajo el paraguas marrón, encendía un fuego para preparar té. Sacaron una barra de pan en la que se clavaron los hambrientos ojos de Ripton, que les observaba entre la zarza. El campesino informó que Bursley estaba al menos a tres millas de allí, y a unas ocho de Lobourne.

—Le doy media corona por esa barra de pan, amigo —dijo Richard al hojalatero.

—Es una ganga —dijo el hojalatero, dirigiéndose a la gata—, ¿eh, vieja?

La gata respondió dando la espalda al perro.

Richard lanzó la media corona y Ripton, que había conseguido liberar sus piernas de la zarza y estaba lleno de púas, como un erizo, agarró el pan.

—Estos señoritos están hambrientos —dijo el hojalatero a su compañero—. ¡Vamos! Les seguiremos hasta Bursley y hablaremos con ellos con un par de cervezas.

El campesino no opuso resistencia; al rato, seguían a los dos jóvenes por el camino hacia Bursley, y un brillante rayo cayó a lo lejos, desde el extremo oeste de la nube.

Capítulo IV

Habían buscado a los chicos desaparecidos por todo Raynham, y *sir* Austin estaba preocupado. Nadie los había visto, salvo Austin Wentworth y el señor Morton. El *baronet* recompuso la fuga de los chicos mientras granizaba, y lo atribuyó a un acto de rebeldía. En la cena, brindó por la salud de su joven heredero en un ominoso silencio. Adrian Harley se levantó para proponer el brindis. Su discurso fue una buena muestra de oratoria: se deleitó, siguiendo el modelo de Cicerón, que personificaba los objetos, invocando la servilleta y la silla vacía de Richard, deseando que siguiera los pasos de un padre sin par y defendiera dignamente el honor de los Feverel. Austin Wentworth, a quien la muerte de un soldado le obligó a ocupar el lugar de su padre en el brindis, se identificó con el discurso y se tranquilizó con la grandilocuencia. Pero la respuesta, esto es, el agradecimiento que el joven Richard debería haber declarado no se produjo. La compañía de sus honorables amigos, tíos, tías y primos lejanos, se mostró encantada de dispersarse y buscar entretenimiento en la música y el té. *Sir* Austin se esforzó en ser hospitalario y estar alegre, y les pidió que bailaran. Si les hubiera pedido que rieran, también habrían obedecido con cordialidad.

—¡Qué triste! —dijo la señora Doria Forey al sacerdote de Lobourne, mientras el autómata enamorado caminaba a su lado con rigidez profesional.

—El que no sufre, difícilmente puede estar de acuerdo —respondió el cura, disfrutando de su atención.

—¡Ah, qué bueno es usted! —exclamó la dama—. Mire a mi Clare. En el cumpleaños de su primo sólo quiere bailar con él. ¿Qué podemos hacer para animarla?

—Por desgracia, señora, no se puede hacer lo mismo por todos —suspiró el clérigo, y adonde fuera que ella vagara en su discurso él la traía de vuelta

con hilos de seda para que contemplase su alma enamorada.

Era allí la única persona satisfecha. Todos los demás tenían designios para el joven heredero. La señora Attenbury, de Longford House, había traído a su reluciente espécimen en edad casadera, la señorita Juliana Jaye, para una primera presentación, creyendo que el muchacho había alcanzado la edad de valorar y languidecer por unos ojos negros y una boca bonita. Juliana tuvo que emparejarse con el gallardo Papworth, y su madre estuvo bajo el hechizo de las galanterías de *sir* Miles, que le hablaba de tierras y motores a vapor hasta que la dama se hartó y recurrió a la impertinencia para defenderse. La señora Blandish, la deliciosa viuda, sentada en un rincón con Adrian, disfrutaba de sus sarcasmos sobre los asistentes. A las diez de la noche el decadente espectáculo terminó y los salones quedaron a oscuras, y oscuros eran los pronósticos de los decepcionados invitados por el futuro de la esperanza de Raynham.

La pequeña Clare besó a su madre, hizo una reverencia al persistente sacerdote, y se fue a la cama como una niña buena. En cuanto salió la criada, la pequeña Clare se cambió y se puso ropa de calle. Se la tenía por una niña obediente. Le dejaban tener la luz encendida media hora, para apaciguar su miedo a la oscuridad. Cogió la luz y caminó de puntillas hasta la habitación de Richard, pero él no estaba. Entró a hurtadillas en el dormitorio. El murmullo del viento en las cortinas la asustó y dio la vuelta, huyendo por el pasillo hasta volver a su habitación con rapidez. No estaba muy asustada, pero al sentirse culpable estaba en guardia. Al rato volvió a merodear por los pasillos. Richard había desairado y ofendido a la jovencita, y ella quería saber si no se arrepentía de comportarse así con su prima. No iba a preguntarle si no había recibido su beso de cumpleaños, pues, si lo había olvidado, la señorita Clare no iba a recordárselo, y esa noche era la última oportunidad para reconciliarse. Así meditaba, sentada en las escaleras, cuando oyó la voz de Richard en el piso de abajo pidiendo que le sirvieran la cena.

—El señorito Richard ha vuelto —anunció el viejo Benson, el mayordomo, a *sir* Austin.

—¿Y bien? —dijo el *baronet*.

—Dice que tiene hambre —vaciló el mayordomo, con una mirada de profundo desagrado.

—Dadle de comer.

El enorme Benson también vaciló al anunciar que el chico había pedido vino. Era algo sin precedentes. Las cejas de *sir* Austin se enarcaron, pero Adrian sugirió que tal vez quería brindar por su cumpleaños, y le dieron un

clarete. Richard estaba graciosísimo. Brindaba con cada vaso de vino, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes. Ripton parecía un granuja a punto de ser detenido, pero su hambre y el pastel de perdiz le protegían del escrutinio de Adrian, a quien divertía observar a los chicos. Que había algo que averiguar lo delataba la nariz de Ripton, y se sentó a escuchar.

—¿Me dicen, chicos, que lo habéis pasado muy bien? —comenzó en broma, provocando una risotada de Richard.

—Yo diría, Rip: «¿Divirtiéndonos, chavales?». ¿Te acuerdas del granjero? ¡A su salud, padre! Aún no lo hemos pasado bien, pero pronto disfrutaremos. Por desgracia no hemos visto muchas aves. Las cazamos por placer y las devolvemos a sus dueños. ¡Te gusta la caza, eh! Ripton es un desastre en lo que el primo Austin llamaría el reino del «habría» y del «podría. —Vemos un ave y Rip suelta—: ¡Se me ha olvidado cargar el arma, oh, no!». ¡Rip, pásame el vino! ¡Y déjate la nariz! ¡A tu salud, Ripton Thompson! Las aves no tuvieron la decencia de esperarle, así que, padre, es culpa suya y no de Rip, que no hayamos traído una docena. ¿Qué has estado haciendo en casa, primo Rady?

—Recitar *Hamlet*, en ausencia del príncipe de Dinamarca. El día sin ti, amigo mío, ha sido aburrido.

> Habla: ¿puedo confiar en su sinceridad?
>
> Su sonrisa se me antoja más bien una mueca.

—¡Los poemas de Sandoe! Te los sabes, Rady. ¿Por qué no citar a Sandoe? Sabes que te gusta, Rady. Pero, si me has echado de menos, lo siento. Rip y yo hemos pasado un día estupendo. Hemos hecho nuevos amigos y visto mundo. Voy a contártelo. Primero, un caballero saca el rifle para cazar un ave de corral. Luego, un granjero echa a todos, caballeros y mendigos, de sus terrenos. Después, un hojalatero y un campesino piensan que Dios y el diablo luchan constantemente para ver quién debe reinar en la tierra. El hojalatero está del lado de Dios, y el campesino…

—A tu salud, Ricky —le interrumpió Adrian.

—Oh, me olvidé, padre. Sin ánimo de ofender, sólo cuento lo que he oído.

—No ofendes, querido —respondió Adrian—. Soy consciente de que Zoroastro no está muerto. Has escuchado un credo común. Brindemos por los devotos del fuego, si quieres.

—¡Por Zoroastro, entonces! —gritó Richard—. ¡Vamos, Rippy, a la salud de los devotos del fuego!

El rostro plastificado de Ripton lanzó una mirada conspiradora y temerosa que no habría deshonrado a Guy Fawkes[7].

Richard suspiró.

—¿Qué te pareció lo de Blaize, Rippy? ¿No dijiste que fue divertido?

De nuevo recibió un abyecto ceño por parte de Ripton. Adrian observó la pretendida inocencia de los jóvenes y advirtió que hablaban en clave. «Está claro, este chico ha probado su primer bocado de vida y ya habla como si fuera un veterano. Si no me equivoco, ha mentido. Mi respetado jefe —pensó en *sir* Austin—, si anima un combustible, peor. Este chico está hambriento de vida, y cuando se suelte, quedará como un idiota», auguró Adrian para sí mismo.

El tío Algernon entró cojeando para ver a su sobrino antes de que terminara de cenar, y su agradable presencia consiguió sonsacarle algo de lo que tramaba.

—Dime, ¿qué opinas, tío? —dijo Richard—. ¿Dejarías que un viejo granjero maleducado y bruto te pegara sin hacérselo pagar?

—Imagino que le devolvería la gracia, hijo mío —respondió su tío.

—¡Claro que sí! Y yo también. Pagará por ello —la mirada del joven era salvaje; su tío le dio unas palmaditas para que se calmara.

—He zurrado a su hijo y le zurraré a él —dijo Richard, y pidió más vino a voces.

—¿Qué te pasa? ¿El viejo Blaize te ha estado dando guerra?

—¡No te preocupes, tío! —el chico asintió misteriosamente.

Adrian leyó en el rostro de Ripton: «¡Dice que no se preocupe y lo suelta!».

—¿Ganamos hoy, tío?

—Sí, hijo, y les ganaríamos si jugasen limpio. Les ganaría con una sola pierna. Sólo merecen la pena Watkins y Featherdene.

—¡Ganamos! —chilló Richard—. Sirvámonos vino y brindemos.

Tocaron la campanilla y pidieron más vino. Entró Benson y dijo que se habían acabado los suministros. Una botella más y se acabó. El capitán silbó; Adrian se encogió de hombros.

Sin embargo, llegó otra botella gracias a Adrian. Le gustaba estudiar a los jóvenes borrachines.

Algo preocupaba a Richard, aunque guardó silencio a pesar de su embriaguez. Demasiado orgulloso para preguntar cómo se había tomado su padre su ausencia, ansiaba saber si por ello había caído en desgracia. Llevó la conversación hacia ese terreno repetidas veces, pero Algernon y Adrian lo

evitaban una y otra vez. Al final, cuando el chico expresó su deseo de dar a su padre las buenas noches, Adrian le dijo que debía irse directamente a la cama. Al oírlo, a Richard se le cayó el alma a los pies y la alegría lo abandonó. Se marchó a su habitación sin decir una palabra.

Adrian le dio a *sir* Austin una versión adaptada del comportamiento y las aventuras de su hijo, enfatizando el repentino desánimo del chico al saber que su padre no quería recibirle. El sabio joven vio que su señor se sentía aplacado bajo su máscara inexpresiva, y se fue a la cama, dejando en su estudio a *sir* Austin. El *baronet* se quedó reflexionando. La casa no contaba ese día con la habitual afluencia de Feverel. Austin Wentworth estaba en Poer Hall y sólo había venido una hora. A medianoche, la casa respiraba en sueños. *Sir* Austin se puso la capa y el sombrero y cogió la lámpara para hacer la ronda. No esperaba nada especial, pero su mente nunca descansaba y se había nombrado centinela de Raynham. Pasó frente a la habitación donde dormitaba la tía abuela Grantley, que acrecentaría la fortuna de Richard, y cumpliría así con su principal función en la tierra. Murmuró junto a su puerta:

—¡Buena criatura! Duermes con la paz del deber cumplido —y siguió caminando, reflexionando—. No ha convertido el dinero en un demonio de la discordia —y la bendijo.

Pensó en Hippias al pasar frente a su puerta. Todos habrían estado de acuerdo con sus reflexiones.

«¡Es un monomaníaco, vigilando dormida a la gente juiciosa!, —pensó Adrian Harley al oír los pasos de *sir* Austin, una figura ciertamente extraña—. Pero ¿qué fortaleza no tiene un punto débil? ¿Qué hombre es totalmente íntegro? ¿No está un poco loco todo hijo de vecino?», meditaba el cínico en su lecho. «Las circunstancias favorables —aire sano, buena compañía, dos o tres reglas estrictas— salvan del manicomio. Pero, si alguien se empeña en sus pasiones, ¿no es el manicomio la mejor morada?».

Sir Austin subió las escaleras y, sin prisa, se dirigió hacia el dormitorio donde descansaba su hijo, en el ala izquierda de la abadía. Al final de la galería, vio una luz tenue. Creyéndola una ilusión, *sir* Austin aceleró el paso. Ese ala había tenido mala reputación en el pasado. A pesar de que había sido mejorada a lo largo de los años, a los sirvientes de Raynham les gustaban las tradiciones, y preservaban con firmeza ciertas historias de fantasmas que hacían mella en las mentes susceptibles de las criadas y las ayudantes de cocina, cuyo miedo no permitía al pecador liberarse de sus pecados. *Sir* Austin sabía que esas historias circulaban por los sótanos de su propiedad. Tenía sus propias creencias, pero no toleraba las de los demás; en Raynham

era deslealtad hablar mal del ala izquierda. Al avanzar, el *baronet* estaba seguro de que había una luz encendida. Siguió por el pasillo y contempló una pequeña vela a la entrada de la habitación de su hijo. En ese momento oyó cerrarse una puerta. Entró en la habitación de Richard. El chico no estaba. La cama estaba intacta; no había ropa en el cuarto; nada que indicara que había pasado allí la noche. La inquietud se apoderó de *sir* Austin. «¿Estará esperándome en mi habitación?», pensó. Algo parecido a una lágrima asomó a sus áridos ojos mientras meditaba y confiaba en que así fuera. Su habitación estaba frente a la de su hijo. Fue hacia allí con largas zancadas. Vacía. El miedo dio paso a la ira en su celoso corazón, y su temor al mal despertó miles de preguntas que quedaron en el aire sin respuesta. Después de pasear a un lado y otro de su habitación, decidió preguntar al joven Thompson, o, como le llamaba su hijo, Ripton, qué sabía del asunto.

La cámara asignada a Ripton Thompson se situaba al extremo norte, con vistas a Lobourne y al valle del oeste. La cama estaba entre la ventana y la puerta. *Sir* Austin encontró la puerta entornada y el interior oscuro. Se sorprendió al encontrar el lecho de Thompson igualmente vacío, como revelaban los haces de luz de su lámpara. Estaba a punto de darse la vuelta cuando le pareció oír un susurro en la habitación. *Sir* Austin cubrió la lámpara con la capa y se dirigió cautamente hacia la ventana. Vio las cabezas de su hijo Richard y del joven Thompson agazapadas contra el cristal, en agitada conversación. *Sir* Austin prestó atención, pero no entendía lo que decían. Su charla trataba del fuego y de la demora, del esperado asombro agrario, de la gran ira de un granjero, de violencia contra unos caballeros y de venganza. Hablaban a trompicones, interrumpiéndose uno al otro, y *sir* Austin escuchó los eslabones de una cadena imposible de enlazar, pero que despertó su curiosidad. El *baronet* se rebajó a espiar a su hijo.

Sobre Lobourne y el valle caía una noche oscura con innumerables estrellas.

—¡Qué contento estoy! —exclamó Ripton, inspirado por el vino. Y, tras una suntuosa pausa, continuó—: Creo que ese tipo se ha embolsado el dinero y se ha largado.

Richard dejó que pasara un largo minuto, durante el cual el *baronet* esperaba su voz con ansiedad, a la que apenas reconoció al notar su tono alterado.

—Si es así, iré y lo haré yo mismo.

—¿En serio? —preguntó Ripton—. ¡Lo creo! Digo yo que si estuvieras en la escuela no te meterías en líos. Quizá no ha encontrado la caja. Creo que se

ha rajado. Casi me gustaría que no lo hubiera hecho, por mi honra, ¿eh? ¡Mira allí! ¿Qué es eso? Parece que algo se mueve. ¿Crees que nos pillarán?

Ripton entonó esta abrupta pregunta muy serio.

—No pienso en ello —dijo Richard, concentrado en Lobourne.

—Bueno, pero —insistió Ripton— ¿y si nos *pillan*?

—Si nos *pillan*, yo pagaré por ello.

Sir Austin respiró profundamente ante esta respuesta. Empezaba a entender qué pasaba. Su hijo se había metido en un lío; era, de hecho, el líder del plan. Siguió atento para enterarse de algo más.

—¿Cómo se llamaba el tipo? —inquirió Ripton.

—Tom Bakewell —respondió su compañero.

—¿Sabes una cosa? —siguió Ripton—. Se lo soltaste a tu primo y a tu tío en la cena. ¡Qué bueno el vino con el pastel de perdiz! ¡Cuánto comí! ¿No me viste poner mala cara cuando te ibas de la lengua?

El joven hedonista estaba en tal éxtasis de gratitud con la cena que cualquier palabra se la recordaba. Richard le respondió:

—Sí, noté que me dabas una patada. No importa. Rady es prudente, y el tío nunca habla de más.

—Bueno, pues mejor callar para estar seguros. Nunca había bebido tanto vino —Ripton volvió al tema de la cena—. ¡Ni volveré a hacerlo! Pero el tinto es mi vino. Sabes, puede escaparse cualquier día, y entonces estamos perdidos —añadió de manera incongruente.

Richard respondió a la última parte de la cháchara inconexa de su amigo:

—Entonces, no has tenido nada que ver.

—¿Tú crees? No lo hice directamente, pero soy cómplice, eso está claro. Además —añadió Ripton—, ¿crees que te dejaría cargar con todas las culpas? No soy ese tipo de persona, Ricky, te lo aseguro.

Sir Austin sintió admiración por el joven Thompson. Le seguía pareciendo una conspiración deleznable, y la actitud alterada de su hijo le impresionó mucho. No era el mismo que ayer. A ojos de *sir* Austin era como si de repente se hubiese abierto un abismo entre ellos. Los chicos habían zarpado por las aguas de la vida en su propio barco. Lo llamaría a gritos en vano, o intentaría borrar lo que el tiempo había escrito con sangre en el día del Juicio Final. Este muchacho, por quien había rezado a Dios con humildad y fervor todas las noches, estaba rodeado de peligros, de tentaciones que se le acercaban guiadas por el diablo. Si tantas cosas habían pasado en un día, ¿qué no sucedería en años? ¿Acaso las oraciones no servían de nada ni el celo con que lo había vigilado desde la niñez?

Una infinita melancolía sobrecogió al pobre caballero: luchaba contra el sino de su amado hijo.

Estuvo a punto de detener a los conspiradores, y hacerlos confesar y perdonarlos, pero le pareció mejor estar pendiente de su hijo sin ser visto. El viejo sistema de *sir* Austin prevalecía.

Adrian definía bien este sistema: *sir* Austin ejercía de Providencia de su hijo.

Si el amor inconmensurable se tradujera en sabiduría, un ser humano podría suplantar la Providencia de otro. Por desgracia, el amor, aunque divino, no puede más que alumbrar la casa que habita —tomar su forma o intensificar su estrechez—, puede dotar de espíritu, pero no expulsar a los inquilinos de toda la vida.

Sir Austin decidió continuar inmóvil.

El valle seguía oscuro bajo las grandes estrellas del otoño, y las exclamaciones de los chicos se hicieron febriles e impacientes. Tras un rato, uno de ellos insistió en que había visto un destello, pero no en la dirección apropiada. Luego vieron otro. Ambos se pusieron en pie. Ahora la orientación sí era la correcta.

—¡Lo ha hecho! —gritó Richard, agitado—. Ahora el viejo Blaize arderá en llamas**[8]**, Rip. Espero que esté dormido.

—Seguro que está roncando. ¡Mira! Se ha prendido muy rápido. El viento es seco. Arderá. ¿Tú crees —Ripton volvió a adoptar un tono serio— que sospecharán de nosotros?

—¿Y qué si sospechan? Podemos negarlo.

—Claro que lo negaremos. Sólo digo que me gustaría que no hubieses dado pistas. Me gusta parecer inocente. ¡No puedo parecer inocente si creo que la gente sospecha de mí! ¡Dios mío, mira! ¿No está empezando a extenderse?

Las tierras del granjero empezaban a brillar entre las sombras.

—Voy a por mi telescopio —dijo Richard.

Ripton no quería quedarse solo y lo agarró.

—No, no te vayas, que te pierdes lo mejor. Voy a abrir la ventana y lo vemos.

Abrieron la ventana de par en par, y sacaron la mitad del cuerpo fuera. Ripton parecía devorar las llamas crecientes con la boca; Richard, con los ojos.

La figura opaca y estática del *baronet* seguía detrás de ellos. El viento corría por abajo. Densas masas de humo salían entre las llamas serpenteantes

y una luz roja y maligna se extendía por el follaje vecino. No se veía a nadie. Al parecer, las llamas no hallaban oposición y se esparcían por la oscuridad a pasos agigantados.

—¡Si tuviera mi telescopio! —gritó Richard, sobrecogido por la emoción—. ¡Lo necesitamos! ¡Voy a por él!

Los chicos forcejearon y *sir* Austin dio un paso atrás. Al hacerlo, oyó un grito en el pasillo. Salió deprisa, cerró la puerta, y se encontró a la pequeña Clare tendida inconsciente junto a la habitación.

Capítulo V

La mañana que siguió a aquella noche estuvo plagada de rumores que corrieron entre Raynham y Lobourne. En el pueblo se decía que un pirómano había quemado la cosecha del granjero Blaize, de la granja de Belthorpe. Los establos habían ardido, y él mismo casi sucumbe al intentar rescatar su ganado, que había perecido casi por completo por las llamas. Raynham restó importancia al incendio atendiendo a la señorita Clare, que decía haber visto un fantasma en el ala izquierda de la abadía: una dama vestida de luto, con una cicatriz cruzándole la frente y un pañuelo ensangrentado en el pecho. ¡Una visión aterradora! No cabía duda de que la niña estaba muerta de miedo y yacía en la cama desesperada, a la espera de los médicos de Londres. Los criados amenazaban con marcharse y, para apaciguarlos, *sir* Austin prometió cerrar el ala izquierda, como buen caballero, pues ninguna persona decente, se decía en Lobourne, consentiría en vivir en una casa encantada.

Esta vez los rumores parecían tener una base más sólida. La pobre Clare estaba enferma, y la desgracia del granjero Blaize no era ninguna exageración. *Sir* Austin pidió que le informaran en el desayuno, y estaba tan deseoso de conocer el verdadero alcance del daño sufrido por el granjero que Benson bajó a inspeccionar la escena. Cuando volvió, siguiendo el malicioso consejo de Adrian, escribió un informe sobre la catástrofe que asolaba las nalgas del granjero y la aplicación de compresas frías en ciertas partes de su cuerpo. *Sir* Austin lo leyó detenidamente sin sonreír. Lo hizo delante de los dos jóvenes, que escuchaban con moderación, como si fuera un incidente que traía el periódico. Sólo cuando el informe concretó los destrozos en la ropa y la extraña y alarmante posición en la que se encontraba en la cama el granjero Blaize, un indecoroso estornudo se apoderó de Ripton Thompson, y Richard

se mordió el labio y estalló en carcajadas. Ripton se le unió, perdida completamente la compostura.

—Veo que os compadecéis de este pobre hombre —dijo a su hijo *sir* Austin con dureza. No vio la menor muestra de sentimiento.

Era difícil para *sir* Austin mantenerse inmutable con la esperanza de Raynham sabiéndole cómplice del incendio, y creyendo que había sido gratuito. Pero tenía que hacerlo, lo sabía, para que el chico se juzgara a sí mismo con justicia. Además, hay que decirlo: le complacía conocer su secreto. Le permitía actuar y, en cierta medida, sentirse como la Providencia. Le capacitaba para observar y prepararse para los movimientos de los jóvenes en la oscuridad. Por tanto, se comportó con el chico como siempre, y Richard no vio ninguna actitud en su padre que le hiciera pensar que sospechaba de él.

El joven no lo tuvo tan fácil con Adrian; éste no cazaba ni pescaba. No hacía nada voluntariamente para apagar el impulso destructor, o lo que sea que alimenta la naturaleza humana. Así que, una vez en su poder, los dos culpables no iban a recibir la gentil mano de la merced, y Richard y Ripton ya habían pagado por muchas truchas y perdices desperdiciadas. Cada minuto, a Ripton le recorrían sudores fríos pensando en que podían ser descubiertos por algún comentario de Adrian. Se sentía como un pez con el anzuelo en las agallas, atrapado sin haber picado, y, por más que intentara sumergirse, estaba sometido a una fuerza mayor que lo empujaba a la superficie, momento que, le parecía, se aproximaba cuando sonaba la campana de la cena. En la velada sólo se hablaba del granjero Blaize. Si cambiaban de tema, Adrian volvía a sacarlo, y su tono afectuoso hacia Ripton era como el del deportista entusiasta hacia la criatura que revela su talento y se esfuerza en que el mundo lo reconozca. *Sir* Austin apreciaba la maniobra y admiró la astucia de Adrian. Pero tenía que vigilar al joven abogado, pues el efecto de tanto análisis enmascarado sobre Richard empezaba a ser nocivo. Este pez también sentía el anzuelo en las agallas, pero se trataba de un lucio y nadaba en otras aguas, donde había viejos tocones y negras raíces que esquivar, y desafiaba tanto los fuertes empujones como la manipulación delicada. En otras palabras, Richard mostraba síntomas de querer refugiarse en la mentira.

—Tú conoces esas tierras, mi querido muchacho —observó Adrian—. Dime, ¿es fácil llegar al pajar sin ser visto? He oído que sospechan de un empleado que despidió el granjero.

—Yo no conozco esas tierras —replicó Richard con hosquedad.

—¿No? —Adrian fingió sorpresa—. ¿Creí que el señor Thompson dijo que ayer estuvisteis por allí?

Ripton, complacido de poder decir la verdad, se apresuró a aclarar a Adrian que no era él quien había dicho eso.

—¿No? Pero os lo pasasteis bien, caballeros, ¿verdad?

—¡Oh, sí! —farfullaron las miserables víctimas, enrojeciendo al recordar, por el tono rústico de Adrian, la primera vez que el granjero Blaize se dirigió a ellos.

—Supongo que también tú estabas anoche entre los adorados del fuego, ¿no? —insistió Adrian—. He oído que en algunos países viven mejor por la noche y que cazan con antorchas. Debe ser bonito de ver. Después de todo, el país sería aburrido si de vez en cuando un imbécil no nos deleita con un gran incendio.

—¿Un imbécil? —rió Richard, con pesar de su amigo por el atrevimiento—. No te referías a Rip, ¿no?

—¿El señor Thompson ha prendido fuego al pajar? A este paso, sospecharé de ti, querido mío. Sois conscientes, jóvenes caballeros, de que es un asunto muy grave, ¿no? En este país, los terratenientes han sido los favoritos de las leyes. Por cierto —siguió Adrian, como si cambiara de tema—, ayer conocisteis a dos caballeros en la carretera en vuestras exploraciones, a dos gitanos. Si yo fuera el magistrado del condado, como *sir* Miles Papworth, sospecharía de ellos. Hojalatero y labrador, creo que dijiste que eran, señor Thompson. ¿No? Bueno, digamos dos campesinos.

—Probablemente dos hojalateros —dijo Richard.

—Bueno, si quieres excluir al campesino… ¿O es que no tenía trabajo?

Ripton, con los ojos de Adrian clavados en él, balbuceó un sí.

—¿El hojalatero o el campesino?

—El campe… —El ingenuo Ripton miró a su alrededor, para ayudarse a sí mismo a decir la verdad, y de repente vio el rostro de Richard ensombreciéndose, por lo que se tragó la mitad de la palabra.

—¡El campesino! —terminó Adrian con jovialidad—. Entonces tenemos un campesino sin trabajo. Dado que hay un campesino sin trabajo y un pajar quemado, yo diría que la quema del pajar es una venganza, y que el campesino desempleado es un animal vengativo. El pajar y el campesino se yuxtaponen. Habiendo establecido los motivos, sólo tenemos que probar su cercanía a cierta hora, y nuestro campesino viajará allende los mares.

—¿Ése es el castigo por quemar pajares? —inquirió Richard, horrorizado.

Adrian habló con solemnidad:

—Te rapan la cabeza. Te esposan. La dieta consiste en pan duro y cáscaras de queso. Trabajas en grupos de veinte y treinta. Te marcan como

pirómano con hierro candente en la espalda con una enorme P. Los trabajos teológicos y la recreación literaria están reservados a quien se porta bien y lo merece. Considerad el destino de este pobre tipo, y a lo que empuja una venganza. ¿Sabéis su nombre?

—¿Cómo iba a saber su nombre? —dijo Richard, con una presunción de inocencia que daba pena ver.

Sir Austin apuntó que pronto se sabría, y Adrian observó que seguía tan callado como siempre, maravillándose por la ceguera del *baronet* ante lo evidente. No se lo diría, pues arruinaría su influencia sobre Richard; quería que le reconocieran los méritos por su criterio y devoción. Los chicos se levantaron de la mesa y, tras discutir un buen rato, acordaron un código de conducta que consistía en compadecer ante el granjero Blaize con aspavientos, para parecerse a los demás como les fuera posible a dos jóvenes malhechores, uno ya sintiendo la enorme A de Adrian devorando su espalda con la ferocidad de un águila prometeica, y aislándolo para siempre de la humanidad.

Adrian se deleitó con sus nuevas tácticas, y les empujó a lamentarse largas horas por el granjero Blaize. Hicieran lo que hiciesen, habían picado. El látigo del granjero les había reducido a criaturas que se retorcían, pero había sido comedido comparado con los retorcimientos espirituales a los que les sometió Adrian. Ripton no habría tardado en convertirse en un cobarde, yRichard en un mentiroso. A la mañana siguiente Austin Wentworth llegó de Poer Hall con la noticia de que un campesino llamado Thomas Bakewell había sido arrestado bajo sospecha del incendio provocado y estaba en la cárcel, donde sería juzgado por el magistrado Papworth. Austin miró a Richard cuando detallaba estos terribles acontecimientos. La esperanza de Raynham le devolvió la mirada, completamente tranquilo, y tuvo la sangre fría de no mirar a Ripton.

Capítulo VI

Tan pronto pudieron escabullirse, los chicos se escondieron en un rincón oscuro del parque, y discutieron las medidas a tomar.

—¿Qué hacemos ahora?

Un escorpión atrapado en el fuego no estaría en peor situación que el pobre Ripton; a su alrededor, el enfurecido elemento que había ayudado a crear parecía dibujar círculos más y más pequeños.

—Sólo podemos hacer una cosa —dijo Richard al llegar a un punto muerto, y cruzó los brazos con determinación.

Su camarada le inquirió con entusiasmo cuál era la opción.

Richard fijó la vista en una piedra y respondió:

—Debemos sacar a ese tipo de la cárcel.

Ripton miró a su líder, y se cayó al suelo de la sorpresa.

—¡Mi querido Ricky! Pero ¿cómo vamos a hacer eso?

Richard, examinando aún la piedra, respondió:

—Tenemos que conseguir una lima y una cuerda. Podemos hacerlo, te digo que sí. No me importa el precio. No me importa lo que haya que hacer. Debemos sacarle.

—¡Blaize se pondrá furioso! —exclamó Ripton, quitándose el gorro para secarse la frente febril, y agachó la cabeza ante la prédica de su amigo.

—No te preocupes ahora por Blaize. Hablando de dejarlo fuera, ¡mírate! Me das vergüenza. ¡Hablas de Robin Hood y del rey Richard! ¡Y no tienes una pizca de coraje! Se te ve venir a la legua en cada momento. Cuando Rady empieza a hablar, te sobresaltas. Te resbala el sudor por la frente. ¿Tienes miedo? Y luego te contradices. No te atienes a la misma historia. Vamos, sé firme y sígueme. Debemos arriesgarnos para liberarle. ¡Piensa en eso! Mantente tan lejos como puedas de Adrian. Y cíñete a una versión.

Con estas sabias instrucciones, el líder llevó a su compañero a inspeccionar la cárcel donde Tom Bakewell yacía lamentándose por las consecuencias del mundano conflicto y por haberse convertido en víctima.

En Lobourne, Austin Wentworth tenía la reputación de ser compasivo con el pobre, un título ganado antes de recibir la recompensa que sólo Dios puede dar a esa suprema virtud. La señora Bakewell, la madre de Tom, al saber que habían arrestado a su hijo, corrió a consolarlo y procurarle ayuda, limitada a un puñado de suspiros, lágrimas y «¡Oh, pobre de mí!», lo cual desconcertaba más a Tom Bakewell, que le pidió que le dejara, pobre desgraciado, a merced de su destino, en lugar de convertirlo en un gran villano. La mujer le rogó que no se lo tomara a mal, que necesitaba a alguien que le consolara de verdad.

—Y aunque es un caballero, Tom, nunca rechaza a un pobre —dijo la señora Bakewell—. ¡Un verdadero cristiano, Tom! Y el Señor sabe que, si verle puede que no te salve, es la luz a la que debes mirar y el sermón que tienes que escuchar.

A Tom no le entusiasmaba oír un sermón y parecía un perro huraño cuando Austin entró en la celda. Se sorprendió, al cabo de media hora, hablando de hombre a hombre con un caballero cristiano. En cuanto Austin se dispuso a irse, Tom le pidió permiso para darle la mano.

—Dígale al joven en la abadía que no soy un traidor. Lo entenderá. Es un caballero y cualquier hombre hará lo que él diga. ¡Un caballero asilvestrado y tremendo! ¡Y yo un burro! Así son las cosas. Pero no soy un canalla. Dígale eso, señor.

Austin se lo contó a Richard, mirándolo muy serio. El chico se sentía más intimidado por Austin que por Adrian. No sabía por qué, pero le resultaba difícil estar a solas con él; hacía lo posible por evitarlo y, si lo conseguía, se encerraba en sí mismo. Austin no era tan listo como Adrian; rara vez adivinaba las ideas de los demás, y siempre iba directo a su objetivo. Así que, en lugar de dar rodeos y poner al chico nervioso, con la boca a punto de escupir mentiras, le dijo:

—Tom Bakewell me pidió que te dijera que no te traicionará. —Y se fue.

Richard le repitió la frase a Ripton, quien exclamó que Tom era un buenazo.

—No debe sufrir por ello —dijo Richard, y pensó en llevarle una cuerda más gruesa y una lima más afilada.

—Pero ¿se chivará tu primo? —discernió Ripton.

—¡Él! —dijo Richard con desdén—. Un campesino se niega a traicionarme, ¿y crees que lo hará alguien de mi familia?

Ripton aguantó ser reprobado por vigésima vez.

Los jóvenes examinaron los muros de la cárcel, y llegaron a la conclusión de que la huida de Tom sería más fácil si él ponía de su parte, una vez entregadas la cuerda y la lima. Pero, para lograrlo, alguien debía acceder a su celda, y ¿en quién podían confiar?

—Prueba con tu primo —sugirió Ripton, tras un largo debate.

Richard sonrió y preguntó si se refería a Adrian.

—¡No, no! —se apresuró Ripton—. Austin.

A Richard se le había ocurrido lo mismo.

—Primero, vamos a procurarnos la cuerda y la lima —dijo, y fueron a Bursley a por esos pertrechos para derrotar a la ley. Ripton compró la lima en una tienda y Richard la cuerda en otra, con tal habilidad que no fueron detectados. Y, para asegurarse, en un bosque de las afueras de Bursley, Richard se desnudó y se ató la cuerda alrededor del cuerpo, probando las torturas de ermitaños y monjes penitentes, pues no podían arriesgarse: la huida de Tom debía realizarse de un modo infalible. *Sir* Austin vio las marcas por la noche, a través de las sábanas desarropadas, cuando su hijo dormía.

Fue un duro golpe cuando, tras tantas molestias y estratagemas, Austin Wentworth se negó a desempeñar la labor que los jóvenes tan celosamente habían diseñado. El tiempo apremiaba. En pocos días, el pobre Tom tendría que enfrentarse al temible *sir* Miles Papworth, y terminaría recluido, pues en Lobourne corrían rumores de aplastante evidencia que lo condenaban, y la ira del granjero Blaize era implacable. Una y otra vez, Richard pidió a su primo que le ayudase en esta situación crítica. Austin sonrió.

—Mi querido Ricky —dijo—, hay dos maneras de salir de un apuro: el camino largo y el corto. Cuando hayas probado el método indirecto y hayas fracasado, ven a mí y te enseñaré la vía directa.

Richard estaba demasiado enfrascado en el método indirecto para considerar ese consejo algo más que palabras vacías, y sólo pensó en la antipática negativa de Austin.

Esperó al último momento para decirle a Ripton que debían hacerlo ellos, a lo que Ripton asintió.

El día antes de la aparición de Tom ante el magistrado, la señora Bakewell mantuvo una entrevista con Austin, y éste fue a Raynham y le pidió a Adrian que le aconsejara qué hacer. Una carcajada soltó Adrian cuando le contó las peripecias de los desesperados muchachos: cómo habían entrado en la diminuta tienda de la señora Bakewell a comprar té, azúcar, velas y confituras de todo tipo, hasta que no quedaron clientes en la tienda; cómo entonces se

apresuraron a meterse en la trastienda, donde Richard se abrió la camisa y reveló la cuerda enroscada, y Ripton mostró la punta de una lima de un recoveco de su chaqueta; cómo le dijeron a la estupefacta mujer que la cuerda y la lima eran instrumentos para sacar a su hijo, que no había otra forma humana de liberarle, que ellos ya lo habían intentado todo; cómo Richard persuadió a la mujer para que se desvistiera y enroscara la cuerda alrededor del cuerpo, y Ripton la indujo a esconder la lima de la misma guisa; cómo, cuando ella se opuso a llevar la cuerda, los chicos empezaron a recular, y, en fin, ella temía, dijo la señora Bakewell, no corresponder dignamente a la gracia concedida por el magistrado Papworth de visitar a su hijo, tentando a Tom a contravenir la ley usando una lima. Sin embargo, gracias al Señor, añadió la señora Bakewell, Tom había rechazado la lima, y así se lo había dicho al muchacho Richard, que blasfemó mucho tratándose de un joven caballero.

—Los niños son como monos —comentó Adrian, a punto de estallar de risa—. Son los actores de las farsas sin sentido más peligrosos del mundo. ¡Espero no estar nunca donde no haya niños! Un par de chicos dejados a su libre albedrío son más divertidos que una tropa de comediantes profesionales. No, ningún arte llega a los talones de la inocencia natural en el arte de la comedia. No pueden imitar al mono. Sus payasadas son aburridas. Carecen de la encantadora puerilidad del animal. ¡Les faltan estas cosas! Piensa en los cambios a los que están sometidos. Saben que yo lo sé, y aun así se muestran mansos e inocentes conmigo. ¿Te da pena pensar en cómo acabará el asunto, Austin? A mí también. Temo el momento en que caiga el telón. Pero le hará bien a Ricky. Una lección práctica es lo mejor.

—Cala más hondo —dijo Austin—; aprender el bien o el mal es lo que está en juego.

Se estiró cuan largo era.

—Éste será su primer bocado de experiencia, la vieja fruta del tiempo. ¡Odiosa para el paladar de la juventud, en cuya época sólo provee nutrientes! ¡La experiencia! ¿Conoces el símil de Coleridge? ¿Lo llamas triste? Bueno, ¡toda sabiduría es triste! Es sabido, primo, que los sabios adoran a la musa cómica. Su propio alimento les mataría. Encontrarás noche tras noche grandes poetas, escasos filósofos, con una amplia sonrisa ante una fila de luces amarillas y máscaras murmurantes. ¿Por qué? Porque todo está a oscuras en casa. El escenario es el pasatiempo de la inteligencia. Por eso el teatro ahora está de capa caída. ¡Es el tiempo de las párvulas mentes desenfrenadas, querido Austin! ¡Cómo odio esa palabrería tuya sobre la «época del trabajo»,

tú y tu Morton, tú y tu pastor Brawnley, radicales de primera, vosotros, vulgares materialistas! ¿Qué canta Diaper Sandoe sobre tu «época del trabajo»? ¡Escucha!

La época del ojo por ojo,

La época del parloteo,

Una época como la tina de un cervecero:
Fermentando el tumulto!

La época de ser castos en el amor, pero laxos

En los abusos a la virtud:

Cuyas damas y caballeros son muy finos,

Demasiado para usarlos.

La época que conduce un caballo de hierro

Que desafía al espacio y al tiempo,

Que se deleita con la fuerza del gigante

Y tiembla ante él.

La época del alboroto

Ante la avaricia descabellada,

¡Ved al loco Hamlet murmurar y pavonearse

Y señalad a los reyes del algodón!

De esta agitación, mirad, ya arruinado,

Al futuro tambaleándose atónito,

¡Ofelia de las épocas recién llegada

Con malas hierbas y guirnaldas!

—¡A ver qué dice de esto tu pastor Brawnley! —murmuró Adrian cambiando la pierna de sitio y sonriendo. La «época del trabajo» era una vieja batalla entre él y Austin.

—Mi pastor Brawnley, como lo llamas, ya ha respondido —dijo Austin—, no esperando lo mejor, lo cual probablemente empujaría a la «época» a volverse loca para tu satisfacción, sino haciéndolo. Ha respondido a tu Diaper Sandoe con mejor lírica, y le refuta en la otra vida.

—No ves la profundidad de Sandoe —respondió Adrian—. ¡Considera este verso: «Ofelia de las épocas»! ¿No es Brawnley, como una docena de espíritus líderes —creo que ése es tu término—, que el metafísico Hamlet la vuelve loca? ¡Ella, la pobre doncella, quiere un matrimonio y bebés sonrientes, mientras mi señor mira las estrellas cuestionando el infinito y desatendiendo lo intangible!

Austin se rió.

—Estaría casado y tendría bebés sonrientes en abundancia si mandara Brawnley. Espera a conocerlo. Pronto estará en Poer Hall y verás lo que significa la «época del hombre». Pero ahora, por favor, cuéntame lo de estos chicos.

—¡Ah, esos chicos! ¿Hay muchachos de la «época», además de hombres? ¿No? Los chicos son mejores que los hombres: sirven para todas las épocas. ¿Qué crees que se traen entre manos, Austin? Han estado estudiando las fugas de Latude[9]. Encontré un libro en la habitación de Ricky sobre Jonathan Wild[10]. Jonathan se guardó los secretos de su profesión, no se los enseñó a nadie. Así que van a hacer un Latude de Tom Bakewell. Van a convertirlo en «Bastilla Bakewell», lo quiera o no. Dejémosles. ¡Que los potros campen a sus anchas! No podemos ayudarlos. Podemos ver el lado bueno. De otro modo, estropearíamos el juego.

Adrian insistía en alimentar a la inquieta bestia de la impaciencia con cumplidos, que no era buena dieta, y Austin, el más paciente de los hombres, empezaba a perder la calma.

—Hablas como si el tiempo te perteneciera, Adrian. Sólo quedan unas horas. Primero el trabajo y después el placer. El futuro del chico está en juego.

—¡Como el de todos, querido Austin! —bostezó el hedonista.

—Sí, pero el chico está bajo nuestra tutela. ¡Bajo la tuya en especial!

—¡Todavía no! ¡Todavía no! —le interrumpió Adrian lánguidamente—. No se meterá en líos cuando esté conmigo. ¡La correa para el joven sabueso y la cincha para el joven potro! Ahora soy totalmente irresponsable de sus actos.

—Puede que tengas que lidiar con otra cosa cuando te corresponda, si vamos a eso.

—Tomaré a mi joven príncipe como lo encuentre, primo: Juliano o Caracalla, Constantino o Nerón. Entonces, si le gusta la piromanía, deberá argumentarlo; si es un apóstata discutidor, deberá atender a la lógica y a los hombres, y tener el hábito de decir sus oraciones.

—Entonces, ¿me dejas solo? —dijo Austin, levantándose.

—¡Sin nada que te frene! —Adrian hizo un gesto admitiendo su retirada—. Estoy seguro de que no harás ningún daño, y aún más seguro de que no puedes hacerlo. Y recuerda mis proféticas palabras: pase lo que pase, habrá que pagarle al viejo Blaize. Eso se da ya por sentado. Supongo que debo ver al jefe esta noche y decírselo yo mismo. No podemos dejar que condenen a ese pobre diablo, aunque no tiene sentido revelar que un muchacho ha sido el instigador.

Austin echó un vistazo a la complaciente languidez del joven sabio, su primo, y aunque sabía poco de sus conciudadanos, comprendió que no iba a hacerse entender. Los oídos del joven sabio estaban taponados con su propia sabiduría. Sólo había un mal que Adrian temía: la acción de la ley.

Mientras se alejaba, Adrian le llamó:

—¡Espera, Austin! ¡Un momento! ¡No te preocupes! Ves el lado negativo de las cosas. He hecho algo. No preguntes el qué. Si vas a Belthorpe, sé civilizado, pero no servil. ¿Recuerdas las tácticas de Escipión el Africano contra los elefantes púnicos? No digas nada, primo, pero los elefantes de Blaize están de retirada gracias a mí. Si cargan, será un amago y destruirán sus apretadas filas. Lo entiendes, ¿no? Bueno, no importa. Pero que nadie piense que duermo. Si debo verle esta noche, iré sabiendo que no estamos en su poder.

El joven sabio bostezó y estiró la mano para coger el libro que tenía más cerca.

Austin fue a buscar a Richard.

Capítulo VII

Un pequeño templo de mármol blanco a la sombra de un laurel asomaba al río desde el altozano que bordeaba los hayedos de Raynham, que Adrian llamaba la pérgola de Dafne. Allí se había retirado Richard y lo encontró Austin con la cabeza entre las manos: la viva imagen de la desesperación. El joven aceptó el saludo de Austin, sin alzar la cabeza, y que se sentara a su lado. Quizá sus ojos no se veían presentables.

—¿Dónde está tu amigo? —preguntó Austin.

—¡Se ha ido! —respondió. Su voz sonaba lejana, oculta tras sus manos. Siguió una explicación: por la mañana había llegado una citación para el señor Thompson, y se había marchado contra su voluntad.

De hecho, Ripton protestó y dijo que desafiaría a su padre quedándose con su amigo para luchar con él contra la adversidad. *Sir* Austin expuso que un joven debía obedecer a su progenitor, y había dado órdenes a Benson de preparar el equipaje de Ripton para el mediodía. La rapidez con la que Ripton adoptó la visión del *baronet* sobre la obediencia filial fue tan sincera como su oferta a Richard de prescindir de esa obediencia. Se alegró de que lo apartaran del polémico barrio de Lobourne, pero honestamente lamentaba ver a su camarada sólo ante la calamidad. Los chicos se despidieron con afecto, como no podía ser de otro modo, pues Ripton había jurado fidelidad a los Feverel con una calidez que lo ataba en su declaración, dispuesto a llegar en cualquier momento, a las órdenes del heredero de la casa, para combatir a todos los granjeros de Inglaterra.

—Así que te has quedado solo —dijo Austin, observando la cabeza del chico—. Me alegro. Nunca nos conocemos hasta que tenemos que defendernos solos.

Parecía que no había respuesta. Sin embargo, respondió la vanidad:

—No era de gran ayuda.

—Recuerda sus cualidades ahora que no está, Ricky.

—Bueno, era leal —gruñó el chico.

—Y no es fácil encontrar un amigo leal. ¿Has intentado rectificar, Ricky?

—He hecho lo que he podido.

—¡Y has fracasado!

Hubo una pausa y una evasiva en voz baja:

—Tom Bakewell es un cobarde.

—Pobre hombre. Supongo que —dijo Austin, con gentileza— no quiere meterse en más líos. No creo que sea un cobarde.

—¡Es un cobarde! —gritó Richard—. ¿Crees que con una lima yo me quedaría en la cárcel? ¡Saldría la primera noche! Y podría haber tenido también una cuerda. Una cuerda suficientemente fuerte para sostener a un par de hombres de su peso y tamaño. Ripton, Ned Markham y yo nos columpiamos durante una hora y no se rompió. Es un cobarde y se merece su destino. No tengo compasión por los cobardes.

—Ni yo tampoco —dijo Austin.

Richard levantó la cabeza acusando con rabia al pobre Tom. La habría escondido de saber lo que Austin pensaba al mirarlo.

—Nunca he conocido a un cobarde —continuó Austin—. He oído hablar de uno o dos. Uno dejó que un hombre inocente muriera por él.

—¡Eso es muy bajo! —exclamó el chico.

—Sí, terrible —asintió Austin.

—¡Terrible! —Richard desdeñó al pobre—. ¡Lo habría odiado! ¡Un cobarde!

—Creo que utilizó a su familia de excusa, y trató por todos los medios de liberar al hombre. También he leído, en las confesiones de un célebre filósofo[11], que en su juventud cometió un hurto y acusó a una joven criada de su robo. La despidieron, absolviendo a su acusador.

—¡Qué cobarde! —gritó Richard—. ¿Y lo confesó?

—Puedes leerlo tú mismo.

—¿Lo escribió y lo publicó?

—Tienes el libro en la biblioteca de tu padre. ¿Lo habrías hecho tú?

Richard titubeó.

—¡No! —Admitió que nunca lo habría contado.

—Entonces, ¿quién tiene derecho a llamarle cobarde? —dijo Austin—. Expió su cobardía como hacen los que ceden ante las debilidades y no son cobardes. El cobarde piensa: «Dios no me ve, puedo escapar». El que no es

cobarde y ha sucumbido, sabe que Dios lo ha visto, y que no es difícil ser sincero. Peor sería, creo, saberme un impostor cuando los hombres me elogian.

Los ojos del joven Richard vagaban por el alentador rostro de Austin. De pronto, una fuerte intensidad se adueñó de ellos, y Richard bajó la cabeza.

—Así que creo que te equivocas, Ricky, llamando a este pobre Tom cobarde porque rechaza los medios que le ofreces para escapar —continuó Austin—. A un cobarde no le importa involucrar a su cómplice. Y si la persona implicada pertenece a una buena familia, pedirle a un campesino que se ofrezca voluntario es una cobardía.

Richard se había quedado sin palabras. Entregar la lima y la cuerda había supuesto un sacrificio: tiempo, turbación y estudio dedicados a esos instrumentos salvadores. Si resolvía que era valiente la actitud de Tom, Richard Feverel se hallaría en una posición distinta. Pero si sostenía que Tom era un cobarde, él era la víctima, y ser la víctima es un lujo, a veces una necesidad, ya sea entre hombres o jóvenes.

Con Austin, la disyuntiva duraba demasiado. Tenía una vaga noción de la ferocidad de Richard. Por suerte para el chico, Austin no era un predicador. Una ocasión única, una frase hipócrita, un comportamiento paternal, podrían haberle destrozado, despertando una oposición antigua o latente. Instintivamente sentimos al predicador como enemigo. Puede que haga bien a los desgraciados, a los golpeados que jadean en el campo de batalla, pero provoca discrepancia en los fuertes. La naturaleza de Richard sólo necesitaba una indicación de la vía correcta, y cuando dijo «¿Qué puedo hacer, Austin?», ya había peleado la mitad de la batalla. Su voz estaba apagada.

Austin puso la mano en el hombro del chico.

—Debes ir a ver al granjero Blaize.

—¡Vaya! —dijo Richard, intuyendo la penitencia.

—Sabrás qué decirle cuando estés allí.

El chico se mordió el labio y frunció el ceño.

—¿Pedirle comprensión a ese gañán, Austin? ¡No puedo!

—Cuéntale todo el asunto y dile que no tienes intención de abandonar al pobre hombre.

—Pero, Austin —suplicó el chico—, ¿pedirle que ayude a Tom Bakewell? ¿Cómo voy a pedírselo si le odio?

Austin le rogó que fuera sin pensar en las consecuencias.

Richard gimió.

—No tienes orgullo, Austin.

—Quizá.

—No sabes lo que es solicitar un favor a un patán que odias.

Richard se agarró a ese enfoque del asunto, porque tenía que moverse.

—Pero —continuó el chico— ¡no podré resistirme a pegarle un puñetazo!

—Creo que ya le has castigado bastante, ¿no? —dijo Austin.

—¡Me azotó! —A Richard le tembló el labio—. No se atrevió a pegarme con sus propias manos. Me castigó con un látigo. Dirá a todo el mundo que me azotó y que le pedí perdón. ¡Perdón! ¡Un Feverel pidiendo perdón! ¡Si pudiera salirme con la mía!

—Ese hombre se gana el pan, Ricky. Cazaste en sus tierras. Te echó, y le incendiaste el pajar.

—Pagaré su pérdida. No haré nada más.

—¿No le pedirás perdón?

—¡No! ¡No le pediré perdón!

Austin miró al chico fijamente.

—¿Prefieres que purgue el pobre Tom Bakewell por ti? Le deberías un favor.

Richard alzó las cejas ante la observación de Austin. Era una forma distinta de ver las cosas.

—¿Un favor a Tom Bakewell, el campesino? ¿Qué quieres decir, Austin?

—Para salvarte tú de una situación desagradable, permites que un campesino se sacrifique por ti. Te confieso que yo no tendría mucho orgullo.

—¡Orgullo! —gritó Richard, herido por la pulla. Fijó la mirada en las escarpadas colinas azules.

Sin saber qué hacer, Austin describió a Tom en la cárcel y repitió la declaración del campesino. La imagen, aunque no quería pintarla así, hizo que Richard, cuyo sentido del humor era muy afilado, se partiera de risa. La visión de un patán sonriendo de oreja a oreja, despeinado, rudo, de pies planos, apareció ante él y le afligió con extrañas sensaciones de asco y burla, mezcladas con arrepentimiento y pena; un patetismo retorcido. Ahí estaba Tom. ¡Tom el de los clavos en las botas! ¡Un imprudente animal bebedor de cerveza! Y, aun así, era un hombre, un valiente con corazón, capaz de devoción y generosidad. Esto llegó al corazón del chico, y en su imaginación vio la abyecta figura del pobre idiota de Tom rodeada de un halo de luz lúgubre. Su alma estaba viva. Una oleada de sentimientos que no había conocido le sacudió, una ternura inesperada, un humor acogedor, la conciencia de una gloria indescriptible que irradiaba los rasgos de la humanidad. Esto palpitaba en el pecho del chico, y la visión de Tom con

clavos en las botas, despeinado, rudo, sonriendo de oreja a oreja, con un dedo vergonzante, la opresión de un idiota, le hizo sentir una ternura que no había sentido por ninguna criatura del mundo. Se reía y lloraba por él. Lo apreciaba mientras se encogía a su lado. Era la lucha en su interior del ángel contra elementos menos divinos, pero el ángel era más fuerte y guiaba la caravana del odio extinguido, la risa humanizada, el orgullo transfigurado, un orgullo que insistía en contemplar los pantalones de pana del boquiabierto Tom y le gritaba a Richard, en el mismo tono irónico de Adrian: «¡Obedece a tu Benefactor!».

Austin estaba sentado junto al chico, sin percatarse del sublime alboroto que había causado. Poco traslucía el semblante de Richard. Las comisuras de sus labios estaban ligeramente caídas, sus ojos fijos en el horizonte. Se quedó así un buen rato. Luego, se puso en pie y dijo:

—Iré a ver al viejo Blaize y le pediré perdón.

Austin le tomó de la mano y juntos abandonaron la pérgola de Dafne en dirección a Lobourne.

Capítulo VIII

Al granjero Blaize no le sorprendió la visita de Richard Feverel como esperaba el joven caballero. El granjero, sentado en una butaca del pequeño salón de techo bajo de un antiguo caserío, con una larga pipa de arcilla en una mesa a su lado y un veterano *pointer* a sus pies, ya había recibido a tres miembros de la sangre Feverel que habían acudido por separado, con su acostumbrado secretismo, y con un objetivo.

Por la mañana atendió a *sir* Austin. Poco después de marcharse, llegó Austin Wentworth y, pegado a sus talones, Algernon, conocido en Lobourne como «el Capitán», célebre allá donde fuera. El granjero Blaize se reclinó sintiendo una inmensa euforia. Bajó los humos de sus visitantes. Los recibió con hospitalidad, como es propio del buen campesino británico, pero no dio su brazo a torcer: ni al *baronet*, ni al capitán, ni al bueno del señor Wentworth. El granjero Blaize era un auténtico inglés, y, al oír la sincera confesión del *baronet* y ver el aprieto en el que tenía a la familia, decidió aprovecharse y eximirlos a cambio de ventajas tangibles (compensación de su bolsillo, de su persona herida, de sus heridos sentimientos). La indemnización ascendía a trescientas libras, y una disculpa verbal del principal infractor, el joven Richard. Y aun así tenía reservas. Siempre y cuando, dijo el granjero, nadie hubiera sobornado a ningún testigo. En ese caso, podían quedarse su dinero, y deportaría a Tom Bakewell, como había jurado que haría. Y saldrían mal parados, también, si había un cómplice, añadió el granjero, vaciando la ceniza de su pipa. No quería causar una desgracia; respetaba a los habitantes de la abadía de Raynham, pues era su obligación, y lamentaría verlos metidos en problemas. Sólo pedía que no sobornaran a los testigos. Era un hombre de ley. La clase era importante, y el dinero también, pero la ley era aún más

importante. La ley, en este país, estaba por encima del soberano, y el soborno es una traición al reino.

—Vengo personalmente —explicó el *baronet*— a contarle con franqueza cómo me he enterado del terrible lío en que se ha metido mi hijo. Le prometo una indemnización por su pérdida, y una disculpa que complacerá sus sentimientos. Le aseguro que sobornar testigos no es propio de los Feverel. Lo que le pido a cambio es no presentar la acusación. Ahora la cuestión está en sus manos. Yo estoy obligado a hacer cuanto sea preciso por ese hombre apresado. Cómo y por qué mi hijo sugirió o participó en tal acto no puedo explicarlo, porque no lo sé.

—¡Hum! —dijo el granjero—. Yo sí.

—¿Conoce el motivo? —*Sir* Austin lo miró fijamente—. Le ruego que me lo haga saber.

—Al menos creo estar bastante cerca de adivinarlo —dijo el granjero—. Su hijo y yo no somos amigos, *sir* Austin, por decirlo de manera cortés. Soy un hombre al que no le gusta que los jóvenes caballeros cacen en mis tierras sin mi permiso. En especial cuando hay muchas aves. Parece que al joven Richard sí le gusta. En consecuencia, tuve que sacar el látigo, como en las carreras de caballos. ¡Esto es mío! Es lo que tengo que decir, y el que avisa no es traidor. Lo siento, pero es lo que pasó.

Sir Austin se marchó en busca de su hijo, para hablarle del asunto.

En su entrevista, Algernon se desvivió en promesas y cerveza. También le aseguró al granjero que ningún Feverel se vería afectado por sus condiciones.

Austin Wentworth no fue menos displicente. El granjero estaba satisfecho.

—El dinero está asegurado —se dijo—; ahora ¡a por la disculpa! —Blaize se reclinó en su butaca.

El granjero creyó, como era natural, que las tres visitas habían sido planeadas conjuntamente. Aun así, le sorprendía la franqueza del *baronet*, que no hubiera esperado al tercer juicio. Estaba considerando si eran sinceros o fútiles cuando se anunció la llegada del joven Richard.

Una bella joven con las rosas de trece primaveras en las mejillas y abundantes tirabuzones rubios tropezó al ver al chico, y se recogió tímidamente tras el sillón del granjero para hurtar una mirada al apuesto recién llegado. Blaize informó al visitante de que era su sobrina, Lucy Desborough, hija de un coronel de la Marina Real y, aun mejor, aunque no lo dijo en voz alta, muy buena chica.

Ni la excelencia de su carácter ni su clase tentaron a Richard a inspeccionar a la joven damita. Hizo una torpe reverencia.

El granjero lanzó una mirada pícara.

—Su padre —dijo— luchó y murió por el país. Un hombre que lucha por su país puede ir con la cabeza bien alta. ¡Los Desborough de Dorset! ¿Conoce esa familia, muchacho?

Richard no la conocía y, por su aspecto, no parecía querer conocer a ninguno de sus descendientes.

—Sabe hacer natillas y tartas —continuó el granjero, sin apreciar el semblante serio de su oyente—. Es una señorita tan buena como la mejor. No me importa que sean católicos; los Desborough de Dorset son caballeros. Se le da bien el piano. Lo toca para mí por las noches. Yo prefiero las canciones tradicionales; ella, las modernas. Conmigo aprenderá cosas útiles. Sabe hablar francés bastante bien, pues estuvo en Francia un par de años. Aunque yo prefiero que cante a que hable. ¡Ven, Lucy! ¡Anímanos con una canción! ¿No quieres? Esa sobre Viffendeer, una mujer —tradujo el título de la canción— que lleva puesto… ¡Ya sabes qué! Y se pasa el rato con los soldados franceses: una desvergonzada de las buenas.

Mademoiselle Lucy corrigió el francés de su tío, pero se negó a hacer nada más. El apuesto joven se sentía tan impresionado que no podía hablar, y menos cantar en su presencia; se quedó de pie, sosteniéndose con una mano en una silla para no caerse, mientras decía «no» una docena de veces de manera diferente, y movía la cabeza mirando al granjero con atención.

—¡Ja! —rió el granjero, haciendo caso omiso—. Aprenden pronto la diferencia entre los jóvenes y los viejos. ¡Vamos, Lucy! Ve a estudiar la lección de mañana.

Reticente, la hija del coronel de la Marina Real desapareció. La cabeza de su tío la siguió hasta la puerta, donde se demoró un instante para echar un último vistazo al cabizbajo visitante. Y luego se marchó a toda velocidad.

El granjero Blaize rió entre dientes.

—¡No le tiene cariño ni nada a su tío! No es mala enfermera: tiene el alma más bella que se pueda encontrar. Te lee, te da de beber y te canta, si quieres y no está cansada. Es una buena cabezota. ¡Dios la bendiga!

El granjero quizá planeaba, con los elogios a su sobrina, dar tiempo a su visitante a recobrar la compostura, y establecer un tema de interés común. Sin embargo, sus comentarios irritaron y confundieron al joven carcomido por la vergüenza. La intención de Richard era llegar al umbral del granjero, llamarle y, con voz alta y orgullosa, echarse la culpa de la acusación contra Tom Bakewell. Había recobrado, de camino a Belthorpe, su anterior naturaleza, y verse forzado a entrar en la casa de su enemigo, apoyarse en la silla y

aguantar que le presentara a su parentela, era más de lo que podía soportar. Comenzó a parpadear muy rápido preparándose para recibir la horrible dosis, cuyo retraso por la cordialidad del granjero añadía una amargura inconcebible. El granjero Blaize se sentía a gusto; no tenía prisa. Habló del tiempo y de la cosecha, de las recientes reformas de la abadía, comentó por encima los resultados de criquet del año y deseó que ningún Feverel volviera a perder una pierna cazando. Richard veía y oía «pirómano» en cada palabra. Parpadeó más deprisa según se acercaba la amarga copa. En un momento de silencio, la agarró y soltó un grito ahogado.

—¡Señor Blaize! He venido a decirle que yo prendí fuego a su pajar la otra noche…

Una extraña consternación se formó en la boca del granjero. Cambió de postura y dijo:

—¿Sí? Así que, ¿es eso lo que ha venido a decirme, señor?

—Sí —dijo Richard con firmeza.

—¿Y eso es todo?

—¡Sí! —reiteró Richard.

El granjero volvió a cambiar de postura.

—Entonces, muchacho, ha venido a contarme una mentira.

Miró directamente al chico, impertérrito ante la descarga de ira que acababa de provocar.

—¡Se atreve a llamarme mentiroso! —gritó Richard.

—¡He dicho —el granjero renovó su primer énfasis, y se golpeó el muslo para demostrarlo— que eso es mentira!

Richard extendió el puño.

—¡Me ha insultado dos veces! ¡Me ha golpeado! ¡Se ha atrevido a llamarme mentiroso! Me habría disculpado. Le habría pedido perdón para sacar a ese tipo de la cárcel. ¡Sí! Me habría rebajado para que otro hombre no sufriera por mis actos.

—¡Bastante correcto! —replicó el granjero.

—Y aprovecha esta oportunidad para insultarme de nuevo. ¡Es usted un cobarde, señor! Nadie salvo un cobarde me habría insultado en su propia casa.

—Siéntese, siéntese, señorito —dijo el granjero, señalando la silla y aplacando el estallido con la mano—. Siéntese. No tenga prisa. Si no hubiera tenido prisa el otro día, habríamos quedado como amigos. Siéntese, señor. Siento haberle creído un mentiroso, señor Feverel, o a cualquiera con su nombre. Respeto a su padre, aunque sea de la oposición. Estoy dispuesto a pensar bien de usted. Lo que digo es que eso que afirma no es verdad. Que

sepa que por ello no pienso mal de usted. Pero insisto en que no es así. ¡Eso es todo! Lo sabe tan bien como yo.

Richard, negándose a mostrarse apaciguado, volvió a sentarse con enfado. Lo que decía el granjero tenía sentido, y el chico, después de haber hablado con Austin, percibía vagamente que una elevada pasión rara vez justifica una mala conducta.

—Vamos —siguió el granjero con amabilidad—, ¿qué más tiene que decir?

Richard volvió a probar la amarga copa que ya había vaciado hasta el fondo. ¡Ay, pobre naturaleza humana que vacía hasta los posos una docena de malditas bebidas para evadirse de la única que el destino, menos cruel, solicita!

El chico parpadeó y soltó de carrerilla:

—He venido a decirle que me arrepiento de mi venganza por haberme pegado.

El granjero Blaize asintió.

—¿Ya ha acabado, joven?

¡Todavía quedaba otra copa!

—Me complacería —comenzó Richard con formalidad, pero se le revolvió el estómago. Sólo podía beber y beber, y acumulaba un desagrado que amenazaba con hacer imposible su penitencia—. Me complacería mucho —repitió—, mucho, si fuera tan amable… —Se dio cuenta de que, si hubiera empezado por ahí, lo habría dicho de manera más persuasiva y digna para su orgullo; más honesta, de hecho, pues la sensación de que lo que decía era falso le daba vergüenza y le hacía fingir humildad para engañar al granjero; cuanto más hablaba, menos sentía sus palabras, y al sentirlas menos las exageraba más—. Tan amable —tartamudeó—, tan amable. —«¿Te imaginas a un Feverel pidiendo un favor a este patán?»—, de hacerme el favor —«Un favor, ¿a mí?»—, de hacer el esfuerzo —«todo esto es para satisfacer a Austin»—, el esfuerzo de, eh… —«¡No puedo decirlo!».

Era la gota que colmaba el vaso. Richard se lanzó de nuevo.

—Lo que venía a pedirle es si sería tan amable de hacer lo posible. —«¡Qué vergüenza infame tener que arrastrarse así!»— por salvar, por asegurar, si pudiera tener la amabilidad… —Tragarse el orgullo parecía una tarea imposible. La idea se le hacía más y más abominable. Proclamar la propia inmoralidad y disculparse por sus ofensas era factible, pero pedir un favor a la parte ofendida, eso iba más allá de la humillación que un Feverel consentiría. El orgullo, sin embargo, lidiaba una batalla inevitable contra él, y

abrió las puertas de la prisión del pobre Tom, gritando otra vez: «¡Obedece a tu Benefactor!». Con esas palabras ardiendo en sus oídos, Richard se tragó la dosis—: Bueno, en fin, quería, señor Blaize, si no le importa, ¿me ayudaría a librar al pobre Bakewell de su castigo?

Para ser justos con el granjero, debemos decir que esperó con paciencia, aunque no entendía por qué no había aceptado a la primera oportunidad.

—¡Ah! —dijo, cuando hubo oído y considerado la petición—. ¡Hum! Lo veremos mañana. Si es inocente, desde luego, no le haremos culpable.

—¡Lo hice yo! —declaró Richard.

La expresión divertida del granjero se agudizó.

—Entonces, joven caballero, ¿lo lamenta?

—Me encargaré de que le compensen por sus pérdidas.

—Gracias —dijo el granjero con sequedad.

—Y si sueltan a este pobre hombre mañana, no me importa el precio.

El granjero Blaize movió la cabeza dos veces en silencio. «Soborno, —expresaba un movimiento—; corrupción», el otro.

—Ahora bien —dijo, inclinándose y apoyando los codos en las rodillas mientras examinaba el caso—, perdone el atrevimiento, pero me gustaría saber de dónde saldrá el dinero, y me pregunto si *sir* Austin lo sabe.

—Mi padre no sabe nada —respondió Richard.

El granjero se reclinó en su silla. «Mentira número dos», decían sus hombros, amargado por la aversión británica a la conspiración, en lugar de actuar abiertamente.

—¿Y tiene listo el dinero, joven caballero?

—Tendré que pedírselo a mi padre.

—¿Y se lo dará?

—¡Claro que sí!

Richard no tenía la mínima intención de consultar a su padre.

—Unas trescientas libras, ¿le parece? —sugirió el granjero.

Sin considerar el alcance de los daños y el tamaño de la suma, el afectado Richard dijo con osadía:

—No se negará cuando le pida esa suma.

Era natural que el granjero sospechara que la garantía de un joven rara vez equivale a la predisposición de su padre a desembolsar tal cantidad, salvo que previamente hubiera recibido el permiso y la autoridad.

—¡Hum! —dijo—. ¿Por qué no lo dijo antes? —soltó con objetable sorna, lo que hizo que Richard apretara los dientes y mirara hacia arriba.

El granjero estaba convencido de que mentía.

—¿Seguro que usted incendió el pajar? —preguntó.

—¡Es culpa mía! —dijo Richard, con la nobleza de un patriota de la antigua Roma.

—¡No, no! —El honrado británico lo apartó—. Lo hizo o no. ¿Lo hizo, o no?

Arrinconado, Richard dijo:

—Lo hice.

El granjero tocó la campanilla. Apareció enseguida la pequeña Lucy, que recibió órdenes de buscar un empleado en Belthorpe que respondía al nombre de Gallo Enano, y salió como había entrado, con los ojos en el extraño joven.

—Bueno —dijo el granjero—, éstos son mis principios. Soy un hombre sencillo, señor Feverel. Juegue limpio conmigo y no tendrá problemas. Juegue sucio, y seré un mal adversario. No le mostraré animosidad. Su padre paga, usted se disculpa. ¡Es suficiente para mí! Deje que Tom Bakewell se las vea con la ley, y yo me ocuparé. La ley no estaba ahí cuando ocurrió, ¿no? Así que la ley no es un testigo. Pero yo sí. Al menos el Gallo Enano sí. Le digo, joven caballero, que el Gallo Enano lo vio. ¡No sirve de nada que niegue esta evidencia! ¿Y qué bien hace, señor? ¿Qué sale de ahí? Sea usted o sea Tom Bakewell, ¿no son todos igual? Si yo me retracto, ¿no es algo parecido? ¡Es la verdad lo que quiero! Ahí viene —añadió el granjero, al ver a Lucy escoltando al Gallo Enano, quien tenía una curiosa figura capaz de devolver a la vida a una extraña divinidad.

Capítulo IX

Por constitución, aspecto y estatura, Giles Jinkson representaba bien al elefante púnico, cuyo cometido debían anticipar los generales Blaize y Feverel, de linajes opuestos. Apodado el Gallo Enano por algún incidente olvidado de su infancia o juventud, parecía un elefante y se movía como tal. Bastaba verlo bien alimentado para asegurar que era honesto y sincero. La granja que le proveía de generoso forraje disfrutaba de su vasta y voluntariosa capacidad para el trabajo; veneraba el instinto del granjero por ser su fuente de carne de buey y de cerdo, por no hablar de la cerveza, que era buena y abundante en Belthorpe. El granjero Blaize lo sabía, y en consecuencia lo tenía por un animal en quien confiar: una composición humana, mezcla de perro, caballo, toro, y con mayor disposición que estos cuadrúpedos a la utilidad, de coste proporcionalmente más alto, pero valía lo que costaba y, por tanto, no tenía precio, pues lo que cuesta dinero se tiene por instruido. Cuando se conoció el robo del grano en Belthorpe, el Gallo Enano, trillador compañero de Tom Bakewell, compartió con él la sombra de la culpa. El granjero Blaize sospechaba de los dos, pero no dudaba de quien deshacerse, y cuando el Gallo Enano le informó que Tom había escondido balas de heno en un costal, le creyó y despidió a Tom, haciéndole notar su clemencia porque le había evitado los tribunales.

Las pequeñas órbitas soñolientas del Gallo Enano veían muchas cosas y, al parecer, en el momento oportuno. La noche del incendio fue el primero en dar pistas en Belthorpe, y podía, por tanto, haber visto al pobre Tom retirándose furtivamente de la escena, como aseveró. Lobourne tenía algo que decir sobre el asunto. El Lobourne popular señalaba a una joven mujer y decía que estos trilladores se habían vuelto uno contra otro, en noble rivalidad, para ver quién trabajaba mejor, de lo que el Gallo Enano aún tenía marcas y seguía

rencoroso. Pero aquí estaba, apartándose el flequillo con decisión, y si la verdad realmente se había ocultado en él, había elegido el lugar menos verosímil para esconderse.

—¡Vamos! —dijo el granjero, dirigiendo a su elefante con la seguridad del que reparte las mejores cartas—. ¡Dile a este joven caballero lo que viste la noche del fuego, Gallo Enano!

El Gallo Enano se inclinó e hizo una especie de reverencia a su patrón, y luego se tambaleó a un lado y otro, tapando al granjero de la mirada de Richard.

Richard miró el suelo y el Gallo Enano, en el más tosco orden dórico, comenzó su relato. Sabiendo lo que iba a decir, completamente preparado para refutar el principal incidente, Richard apenas escuchó su bárbara locución; y, cuando el recital llegó al punto donde el Gallo Enano afirmó haber visto a Tom Bakewell, Richard lo encaró y se sorprendió ante los gestos, guiños y muecas significativos dirigidos a él.

—¿Qué está diciendo? ¿Por qué se burla de mí? —exclamó el chico, indignado.

El granjero Blaize se giró hacia el Gallo Enano para observarle, y contempló la máscara más imperturbable nunca vista en un hombre.

—No me burlo de nadie —bramó el elefante.

El granjero le ordenó que terminara.

—Yo vi a Tom Bakewell —volvió a empezar el Gallo Enano, y otra vez las torsiones de un terrible guiño se dirigían a Richard.

El chico estaba convencido de que el campesino mentía, y así se lo dijo:

—¡No has visto a Tom Bakewell prender fuego a ese pajar!

El Gallo Enano juró que sí con otra mueca.

—¡Te digo —insistió Richard— que yo prendí fuego al pajar!

El elefante sobornado se tambaleó. Quería transmitir al joven caballero su lealtad a las piezas de oro recibidas, y lo probaría en el momento y el lugar correctos. ¿Por qué sospechaba de él? ¿Por qué no le entendía?

—Pues creí verlo —murmuró el Gallo Enano, probando una solución intermedia.

El granjero desató su ira sobre él, rugiendo:

—¿Creí? ¡Creí! ¿Qué quieres decir? ¡Dilo, no te quedes pensando! ¿Creí? ¿Qué demonios es eso?

—¿Cómo pudo reconocerlo en una noche oscura como boca de lobo? —intervino Richard.

—¡Creí! —bramó el granjero aún más alto—. Creí… ¡Que te lleve el diablo por haber jurado! ¿Qué pasa? ¿Por qué guiñas el ojo al señor Feverel? Joven caballero, ¿ha hablado antes con este tipo?

—¿Yo? —respondió Richard—. No le había visto en mi vida.

El granjero se agarró a los brazos del sillón y reveló sus dudas con una mirada asesina.

—Vamos —le dijo al Gallo Enano—, habla, termina ya. Di lo que viste y no lo que piensas. ¡Qué importa lo que piensas! ¡Viste a Tom Bakewell prender fuego a ese pajar! —El granjero señaló la ventana—. ¿Qué diantres estás pensando? ¿Fuiste testigo? Lo que tú creas no es una prueba. ¿Qué dirás mañana al magistrado? Porque lo que digas hoy, tendrás que decirlo mañana.

Ante el imperativo, el Gallo Enano se hundió. No tenía ni idea de qué quería decir el joven caballero. No creía que pudiera acabar en una colonia penal y, después de todo, le habían pagado para impedirlo; y eso iba a hacer. Puesto que la evidencia de este día le ataba a la evidencia de mañana, decidió, después de mesarse y mordisquearse los rebeldes mechones, que no estaba seguro de a quién había visto. De esta manera, era imposible ser más sincero, pues la noche, como dijo, era tan oscura que no veía sus propias manos; y así lo refrendó, pues, aunque estés seguro de haberlo visto, no puedes identificarlo bajo juramento, y la persona que creyó que era Tom Bakewell, y habría jurado que era él, bien podría haber sido el joven caballero ahí presente, si estaba dispuesto a jurarlo.

Así terminó su parlamento el Gallo Enano.

Tan pronto acabó, el granjero Blaize saltó de su silla y quería echarlo a puntapiés. No pudo, y volvió a hundirse, con el dolor del esfuerzo inútil y la decepción.

—¡Son todos unos mentirosos! —gritó—. ¡Mentirosos, sobornadores, corruptos! ¡Detente! —le dijo al Gallo Enano, antes de que se escabullera—. ¡Estás acabado! ¡Lo juraste!

—¡No es verdad! —insistió el Gallo Enano.

—¡Lo juraste! —vociferó otra vez el granjero.

El Gallo Enano jugueteó con el pomo de la puerta y volvió a afirmar que no, una doble contradicción que enfureció al granjero, y con la voz ronca repitió que el Gallo Enano lo había jurado.

—¡No! —exclamó el Gallo Enano, agachándose—. ¡No! —repitió en voz más baja, y una sonrisa idiota dejaba ver que disfrutaba de la profunda discusión casuística—. ¡No sobre la Biblia! —añadió, a lo que siguió un temblor en el hombro.

Blaize contempló a Richard con la mirada perdida, como preguntándole desconcertado su parecer sobre los campesinos de Inglaterra con el ejemplo que allí tenían. Richard habría preferido no reírse, pero su dignidad dio paso a su sentido del absurdo, y dejó escapar una carcajada. El granjero no estaba para bromas. Echó un vistazo a la puerta.

—¡Ha tenido suerte! —exclamó al comprobar que el Gallo Enano se había largado, pues se moría de ganas de romperle la cara. Se hinchó y se dirigió a Richard con solemnidad—: Vamos a ver, señor Feverel. Confiese. Ha sobornado a mi testigo. No sirve de nada negarlo. ¡Lo ha hecho, señor! Usted, o alguno de los suyos. ¡Me dan igual los Feverel! Han sobornado a mi testigo. El Gallo Enano ha sido sobornado. —Dio un golpe con su pipa en la mesa—. ¡Sobornado! ¡Lo sé! ¡Podría jurarlo!

—¿Sobre la Biblia? —inquirió Richard, con un semblante serio.

—¡Sí, sobre la Biblia! —dijo el granjero, sin apreciar el descaro—. ¡Lo juraría sobre la Biblia! ¡Han corrompido a mi testigo principal! Es ingenioso, pero no servirá. Deportaré a Tom Bakewell, puede estar seguro. Viajará, téngalo por seguro. Lo siento, señor Feverel, siento que no me hayan tratado bien, usted y los suyos. Pero el dinero no puede comprarlo todo. Puede corromper, pero no salvar a un criminal. Le habría excusado, señor. Es usted joven, y aprenderá. Sólo pedía dinero y una disculpa, y me habría contentado de no haber sobornado a los testigos. Ahora tendrán que afrontar las consecuencias.

Richard se levantó y respondió:

—Muy bien, señor Blaize.

—Y si Tom Bakewell —siguió el granjero— no le implica, usted estará a salvo, o eso espero, sinceramente.

—No vine a verle por mi seguridad —dijo Richard con la cabeza bien alta.

—¡No se atreva! —respondió el granjero—. ¡No se atreva! Es muy atrevido, joven caballero. ¡Le viene de familia! ¡Si hubiera dicho la verdad! Creo a su padre. Creo cada una de sus palabras. Me gustaría poder decir lo mismo de su hijo y heredero.

—¿Qué? —gritó Richard, con una sorpresa difícil de fingir—. ¿Ha visto a mi padre?

El granjero Blaize tenía tal olfato para las mentiras que las detectaba hasta donde no existían, y farfulló:

—¡Sí, no vaya usted ahora a fingir que no lo sabía!

El chico se quedó tan perplejo que no podía enfadarse. ¿Quién se lo había dicho a su padre? El miedo que sentía hacia su progenitor se avivó, devolviéndole sus viejas ganas de rebelarse.

—¿Mi padre lo sabe? —preguntó en voz muy alta, y lo miró fijamente—. ¿Quién me ha traicionado? ¿Quién se lo ha dicho? ¡Austin! Austin era el único que lo sabía. Sí, Austin me conminó a que me sometiera a esta humillación. ¿Por qué no me lo dijo? ¡Nunca volveré a confiar en él!

—¿Y por qué no me lo dijo usted? —quiso saber el granjero—. Habría confiado en usted.

Richard no entendía la comparación. Hizo una leve reverencia y le deseó una buena tarde.

Blaize tocó la campanilla.

—Acompaña al joven caballero, Lucy. —Saludó a la joven damisela en la entrada—. Haz los honores. Y, señor Richard, podíamos haber sido amigos, sí, y no es tarde para ello. No soy cruel, pero odio las mentiras. Azoté ayer a mi chico Tom más que a usted por no decir la verdad. ¡Sí! Le hice inclinarse en esta silla y atenerse a las consecuencias. Si viene y me dice la verdad antes del juicio, aunque sean cinco minutos antes, o si *sir* Austin, que es un caballero, dice que no han sobornado a los testigos, aceptaré su palabra. Haré lo posible por ayudar a Tom Bakewell. Y me alegro, joven caballero, de que se preocupe por un hombre sencillo, aunque sea un villano. Buenas tardes, señor.

Richard salió con prisa de la habitación y cruzó el jardín, sin rebajarse a mirar a su pequeña acompañante, que se quedó junto a la verja contemplando su marcha, imaginándose mil fantasías del apuesto y orgulloso joven.

Capítulo X

Parece un triste declive no emprender un acto de heroísmo y terminar mintiendo con efusividad; subvertir la estructura de los buenos propósitos, olvidando la naturaleza humana en su tierna primavera. El joven Richard había dejado a su primo decidido a penar su penitencia y apurar el amargo trago, y así lo había hecho: había vaciado muchas copas… para nada. Todavía flotaban ante él, rebosantes, tres veces más amargas. Lejos de la influencia de Austin, le había dado la guinea a Tom Bakewell y prendido fuego al pajar del granjero Blaize. Las buenas semillas tardan en madurar, y un buen chico no se hace en un minuto. Al menos la semilla estaba en él. Reconstruyó de camino a Raynham la escena que acababa de soportar, y la figura del gordo inquilino de Belthorpe ardía en su mente como un hierro candente, condescendiente e insoportable, y, lo que era peor, decía la verdad. Aunque el orgullo herido había oscurecido su mente, Richard veía con claridad; odiaba a su enemigo, si cabe, aún más.

Benson anunciaba la cena cuando Richard llegó a la abadía. Se apresuró a cambiarse en su habitación. Un accidente, o designio, había dejado abierto el libro de los aforismos de *sir* Austin sobre el tocador. Mientras se peinaba con rapidez, echó un vistazo y leyó: «Igual que el perro remueve su vómito, el mentiroso debe comerse su mentira».

Debajo había una glosa escrita a lápiz: «¡Una verdad como un templo!».

El joven Richard corrió escaleras abajo sintiendo que su padre le había dado una bofetada.

Sir Austin percibió la marca escarlata en las mejillas de su hijo. Buscó su mirada, pero Richard no se la devolvió; se sentó y miró su plato, imitando la actitud hambrienta de Adrian en ese momento. ¿Cómo podría fingir deleitarse

como un sibarita cuando estaba dolorosamente empeñado en masticar la verdad?

Benson se sentó con ellos durante la triste cena. Hippias, que normalmente permanecía callado, dio rienda suelta a su cháchara, como si el silencio antinatural le hubiera despertado como a un chotacabras, y habló de su libro, su digestión y sus sueños, y Algernon y Adrian le siguieron la corriente. Relató un sueño en el que se imaginaba joven y rico, pero de repente se hallaba en un campo de navajas a su alrededor, y cuando lo traspasó, con exquisitos pasos de bailarín francés, observó consternado un camino libre del rastro de sangre que había dejado al cruzar el campo de acero, que podría haber seguido si hubiese prestado atención.

Los hermanos de Hippias le miraban expresando el deseo de que se hubiera quedado en ese campo. *Sir* Austin, sin embargo, sacó su cuaderno y apuntó una reflexión. A un autor de aforismos puede inspirarle incluso un campo de navajas. ¿No equivalía el sueño de Hippias a la situación de Richard? De ser mejor observador, podría haber tomado el camino libre de obstáculos; también él había dado pasos de baile hasta estar rodeado de sonrientes navajas. Esto le dijo *sir* Austin a su hijo cuando se quedaron a solas. La pequeña Clare aún se hallaba demasiado indispuesta para tomar postre, por lo que el padre y el hijo se quedaron solos.

Fue un encuentro extraño. Parecía que llevaran mucho tiempo separados. El padre cogió la mano de su hijo y se sentaron sin decir palabra. El silencio hablaba por los dos. El chico no entendía a su padre; éste a menudo boicoteaba sus planes; en otras ocasiones, parecía idiota; pero la presión paternal de su mano era elocuente y le hacía ver cuánto le quería. Intentó retirarla un par de veces, consciente de que le ablandaba la voluntad. El espíritu orgulloso y su vieja actitud rebelde le impulsaban a ser duro, inflexible, determinado. Así había entrado en el estudio de su padre; así lo había mirado a los ojos. Ahora no podía. Su padre, sentado junto a él, reflejaba mansedumbre: así quería al chico. Los labios del caballero se movían. Rezaba por él en silencio.

Poco a poco se fue despertando un sentimiento en el corazón del chico. El amor es una varita mágica que suaviza la dureza de los corazones. Richard lidió por la dignidad de su antigua rebeldía. Las lágrimas pugnaban por derribar los diques del orgullo. Comenzaban a caer con vergüenza. No podía ocultarlas, ni frenar los sollozos. *Sir* Austin lo atrajo hasta que la cabeza de su amado niño se apoyó en su pecho.

Una hora más tarde, Adrian Harley, Austin Wentworth y Algernon Feverel eran convocados en el estudio del *baronet*.

Adrian llegó el último. El sabio tenía un aire de cordial omnipotencia cuando se dejó caer en una silla y juntó las puntas de los dedos, y a través de ellos observaba a sus parientes. Despreocupado, como sólo puede estarlo quien ha previsto el peligro con sagacidad y esfuerzos benevolentes, Adrian cruzó las piernas y sólo intervenía para tararear, de vez en cuando, la parodia de la vieja balada: «*Ripton y Richard eran dos hombres apuestos*».

Los ojos enrojecidos del joven Richard y el porte alterado del *baronet* le revelaron que había habido una explicación y una reconciliación. Eso estaba bien. El *baronet* pagaría ahora alegremente. Adrian consideró ambos asuntos, y apenas escuchó al *baronet* cuando pidió atención, pues quería informarlos de lo que ya sabían, que se había incendiado un pajar, que a su hijo se le consideraba cómplice, que el perpetrador se hallaba entre rejas, y que la familia de Richard estaba, según creía, obligada por su honor a hacer lo posible por liberar a ese hombre.

El *baronet* dijo que había ido a Belthorpe, y también su hijo, y que Blaize parecía dispuesto a cumplir sus deseos.

La antorcha que finalmente se alzaría para iluminar los actos de esta sigilosa carrera comenzó a dispersar su luz y, a medida que una declaración seguía a otra, advirtieron que ya sabían lo relacionado con el asunto, que todos habían ido a Belthorpe, salvo el joven sabio Adrian, quien, con la debida deferencia y un sarcástico encogimiento de hombros, objetó el procedimiento declarando que se habían puesto en manos de Blaize. Su sabiduría brillaba en una oración tan persuasiva que, de no estar basada en una súplica contra la honra, habría hecho titubear a *sir* Austin. Pero su base era la conveniencia, y el *baronet* tenía un aforismo más apto para refutarle.

—La conveniencia es la sabiduría del hombre, Adrian Harley. Hacer el bien es la de Dios.

Adrian evitó preguntar a *sir* Austin si contrarrestar el mecanismo de la ley era hacer el bien. La aplicación de un aforismo no era una actividad popular en Raynham.

—Entiendo entonces —dijo— que Blaize accede a no seguir con el juicio.

—Claro que no —comentó Algernon—. ¡Frustradle! Tendrá su dinero. ¿Qué más quiere?

—Estos agricultores son gente difícil de manejar. Sin embargo, si realmente accede…

—Tengo su palabra —dijo el *baronet*, acariciando a su hijo.

El joven Richard miró a su padre como si quisiera hablar. No dijo nada, y *sir* Austin se lo tomó como una respuesta a su muestra de afecto, y lo acarició aún más. Adrian percibió cierta reserva en el chico, y, como no le satisfacía que su señor lo considerara el único holgazán, y no el miembro más agudo y alerta de la familia, comenzó un interrogatorio para averiguar quién había hablado el último con el inquilino de Belthorpe.

—Creo que yo fui el último —murmuró Richard, apartándose de la mano de su padre.

Adrian apretó a su presa.

—¿Y te fuiste con una garantía satisfactoria de sus buenas intenciones?

—No —dijo Richard.

—¿No? —replicaron los Feverel a coro.

Richard se apartó de su padre y repitió un avergonzado:

—No.

—¿Fue hostil? —inquirió Adrian, frotándose las manos y sonriendo.

—Sí —confesó el chico.

Ahora tenían un punto de vista distinto. Adrian, acostumbrado a tener paciencia con los resultados, triunfó al descubrir la verdad, y se volvió hacia Austin Wentworth, reprobándolo por inducir al chico a ir a Belthorpe. Austin parecía afligido. Temía que Richard hubiese fracasado en sus buenos propósitos.

—Creí que era su deber que fuera —observó.

—¡Lo era! —enfatizó el *baronet*.

—Y ya ve el resultado, señor —contestó Adrian—. Es difícil lidiar con estos agricultores. Por mi parte, preferiría estar en manos de un policía. La verdad es que Blaize nos tiene atrapados. ¿Cuáles fueron sus palabras, Ricky? Dilo con sus propias palabras.

—Dijo que haría deportar a Tom Bakewell.

Adrian se frotó las manos y volvió a sonreír. Entonces podían permitirse desafiar al señor Blaize, les informó, e hizo una misteriosa alusión al elefante púnico, rogando a sus parientes que estuvieran tranquilos. Estaban dando, en su opinión, demasiada importancia a la complicidad de Richard. El acusado era un idiota, y un extraordinario pirómano, por lo que no necesitaba un cómplice. Habría sido lo nunca visto en los anales de los incendios de pajares. Pero había que ser más severo que la ley para sostener que un niño de catorce años había instigado a un hombre adulto a cometer un crimen. Dicho así, parecería que el chico había sido «el padre del hombre» para vengarse, y lo

siguiente que se oiría sería que «el bebé era el padre del chico». El sentido común gobernaba con más benevolencia que la metafísica poética.

Cuando terminó, con su acostumbrada franqueza, Austin preguntó qué quería decir.

—Confieso, Adrian —dijo el *baronet*, oyéndole protestar por la estupidez de Austin—, que por una vez me encuentro perdido. Por lo visto, este hombre, Bakewell, ha decidido no inculpar a mi hijo. Rara vez he escuchado algo que me haya gratificado tanto. Es una exhibición de nobleza innata en un hombre sencillo del que muchos caballeros deberían tomar ejemplo. Tenemos la obligación de hacer todo lo posible por ese hombre.

Tras anunciar que visitaría Belthorpe otra vez para conocer las razones del repentino rencor del granjero, *sir* Austin se levantó.

Antes de dejar la habitación, Algernon le preguntó a Richard si el granjero le había dado alguna razón de su decisión, y el chico dijo que los acusaba de sobornar testigos, y que el Gallo Enano no había jurado sobre la Biblia, lo que hizo que a Adrian se le saltaran las lágrimas de risa. Hasta el *baronet* sonrió ante la astuta diferencia entre jurar y jurar sobre la Biblia.

—¡Qué poco se conocen los campesinos! —exclamó—. Exageran las diferencias de manera natural. Se lo señalaré a Blaize. Verá que la idea es infundada.

Richard vio partir a su padre. Adrian también estaba incómodo.

—El que va a Belthorpe lo estropea todo —dijo—. El asunto terminará mañana: Blaize no tiene testigos. Ese viejo sinvergüenza sólo quiere más dinero.

—No, no —le corrigió Richard—. No es así. Estoy seguro de que cree que han sobornado a los testigos, como él dice.

—¿Y qué pasa si es así, chico? —intervino Adrian con osadía—. Ha perdido la batalla.

—Blaize me dijo que si mi padre le daba su palabra de que no era así, la aceptaría. Mi padre dará su palabra.

—Entonces —dijo Adrian— será mejor que lo detengas.

Austin clavó la vista en Adrian y le preguntó si creía que las sospechas del granjero estaban justificadas. El joven sabio no iba a caer en la trampa. Había dado a entender que los testigos son inestables, y, como el Gallo Enano, están dispuestos a jurar con descaro, pero no sobre la Biblia. Cómo había llegado a ese dictamen, prefirió no explicarlo, pero insistió en que no permitieran que *sir* Austin fuera a Belthorpe.

Sir Austin estaba camino de la granja cuando oyó que corrían detrás de él. Era de noche, y sacó la mano de su capa para estrechar la mano de alguien a quien le costó reconocer. Era su hijo.

—Soy yo, señor —dijo Richard, jadeando—. Perdóneme. Es mejor que no vaya.

—¿Por qué no? —dijo el *baronet*, rodeándolo con un brazo.

—Ahora no —siguió el chico—. Esta noche se lo contaré. Debo ir yo a ver al granjero. Fue culpa mía, señor. Le mentí y los mentirosos deben comerse sus mentiras. Perdóneme por deshonrarle, señor. Mentí para salvar a Tom Bakewell. Déjeme ir y decir la verdad.

—Ve, y yo te esperaré aquí —dijo su padre.

El viento que doblaba las ramas de los viejos olmos haciendo temblar las hojas en el aire tenía su propia voz en la media hora en la que el *baronet* se paseó en la oscuridad arriba y abajo, esperando el regreso del joven. El solemne gozo de su corazón le otorgó voz a la naturaleza. A través de la desolación que le rodeaba —el lamento de la madre naturaleza por la tierra yerma—, captó señales inteligibles del orden benefactor del universo con un corazón cuya creencia en la bondad humana volvía a confirmarse, como se había manifestado en su querido niño, convencido de que el bien termina triunfando, pues sin él la naturaleza no tiene música ni sentido y es piedra, roca, árbol y nada más.

En la oscuridad, con las hojas golpeándole el rostro, escribió en su cuaderno: «Nada le vale a la mente, salvo la comprensión de la felicidad en la alta cumbre de la sabiduría, desde la que vemos el buen proyecto del mundo».

Capítulo XI

De los principales actores de la comedia de Bakewell, Ripton Thompson aguardaba pesaroso la temible mañana en que se decidiría el destino de Tom, y padecía horribles angustias. Adrian, al despedirse, había aprovechado para comentarle el lugar del criminal en la Europa moderna, asegurándole que el Tratado Internacional se ocupaba ahora de lo que antes promulgaba el Imperio Universal, y que, entre los bárbaros del Atlántico actual, como entre los escitas, un delincuente no encontraría refugio perseguido por un delegado.

En el hogar paterno, bajo el techo de la ley, fuera de la influencia de su joven e inconsciente amigo, la dudosa índole de su acto y el terrible aspecto del delito abrumaban a Ripton. Ahora lo veía por primera vez. «¡Es casi un asesinato!», decía su alma alucinada, y vagaba por la casa con un hormigueo de terror en el cuerpo. Su trastornada mente le llevaba a pensar en empezar una nueva vida en América como un caballero inocente. Le escribió a su amigo Richard, proponiéndole recaudar fondos y embarcar en caso de que Tom rompiera su palabra o fueran descubiertos de manera accidental. No se atrevía a confiarse a su familia, pues su líder le había desaconsejado cualquier debilidad de ese estilo, y, siendo de natural honesto y comunicativo, la restricción era dolorosa y la melancolía se apoderó del chico. Mamá Thompson lo atribuyó al amor.

Las cotillas de la casa aturullaban a la señorita Clare Forey. Las cartas que enviaba cada hora a Raynham y el silencio que de allí provenía, los nervios y su inusitada propensión a inflamársele las mejillas, se tomaban por signos de pasión. La señorita Letitia Thompson, la más bella y menos indiscreta, destinada por su padre al heredero de Raynham, consciente de su brillante futuro, había ensayado, desde la partida de Ripton, su forma de vestir y hablar, y había practicado bailes (éstos con tanto éxito que, aunque no tenía

quince años, hacía languidecer a su criada y derretía al pequeño lacayo). La señorita Letty, cuya sed insaciable de insinuaciones del joven heredero Ripton no alcanzaba a satisfacer, lo atormentaba vengativamente todos los días, y una vez, de modo inconsciente, le dio un buen susto al muchacho. Después de cenar, cuando el señor Thompson, antes de acostarse, leía el periódico junto al fuego, y mamá Thompson y su prole femenina se atareaban, sentadas, con el complejo arte de la aguja, la señorita Letty se puso detrás de Ripton y dejó caer, entre él y el libro, la letra P, grande y luminosa, del asunto que imaginaba le absorbía tanto como a ella. La inesperada visión acusatoria, la resplandeciente y acechante letra hizo que Ripton saltara de la silla, y con su tradicional indecisión sobre qué color asumir, la culpa en sus mejillas cambió del rojo al blanco y del blanco al rojo. Letty rió triunfal. «Pasión», la palabra que ella tenía en mente, conectaba con «pirómano».

La entrega de una carta a Ripton brindó otra diversión a la señorita Letty, pues cuando Ripton leía la misiva se produjeron extrañas sacudidas, como las que hacía la pequeña damisela en sus bailes, para ella la única forma de expresar una declaración. El chico se levantó de la mesa, se dominó por la presencia de la familia y fue a su habitación. Naturalmente, la ingenuidad de la niña quería apoderarse de la misiva. Lo consiguió, claro, por ser cazadora de pocos escrúpulos y haber abandonado él la carta. Con sorpresa leyó algo incomprensible:

> Querido Ripton: Si hubieran condenado a Tom habría disparado al viejo Blaize. ¿Sabes que mi padre estaba detrás de nosotros la noche en que Clare vio el fantasma y oyó todo lo que dijimos antes de que empezara el fuego? No se le puede ocultar nada. Como sé que no te encuentras bien, te lo contaré todo. Después de que te fueras tuve una conversación con Austin en la que me persuadió para que fuera a ver al viejo Blaize y le pidiera que liberara a Tom. Fui y habría hecho cualquier cosa por Tom después de lo que le dijo a Austin, y desafié a ese patán a que hiciera lo que quisiera. Dijo que si mi padre pagaba y nadie había sobornado a los testigos no le importaba si soltaban a Tom y que tenía un testigo principal llamado el Gallo Enano muy parecido a su amo según mi opinión, y el Gallo Enano me guiñaba los ojos tremendamente, como tú dices, y dijo que había jurado ver a Tom, pero no sobre la Biblia. Repetía y repetía que podía jurarlo, pero no sobre la Biblia. Me empecé a partir de risa y deberías haber visto lo

enfadado que estaba Blaize. Fue divertidísimo. Después tuvimos una reunión en casa Austin Rady mi padre tío Algernon que ha vuelto con nosotros y tu amigo en lo bueno y en lo malo R. D.F. Mi padre dijo que le daría su palabra a Blaize de que no había sobornado a los testigos y cuando se fue estábamos todos hablando y Rady dijo que era mejor que no fuera. Estoy seguro de que Rady sobornó al Gallo Enano. Bueno pues salí corriendo y alcancé a mi padre y le dije que no fuera a ver a Blaize, que iría yo y me comería mis palabras y le diría la verdad. Me esperó en el camino. Da igual lo que pasó entre yo y el viejo Blaize. Me hizo rogarle y rezar que no presentara cargos contra Tom y después para terminar va y trae a una niña pequeña, su sobrina y me dice: es tu mejor amiga después de todo, y me dijo que le diera las gracias a ella. A una niña de doce años. Qué demonios tiene que ver una mocosa en mis asuntos. Creo Ripton que siempre que hay maldad hay chicas. Tuvo la insolencia de decirme que no estuviera triste. Fui educado, claro, pero ni la miré. Bueno pues al día siguiente Tom fue juzgado ante *sir* Miles Papworth. Fue la gota de *sir* Miles lo que nos hizo ganar tiempo o Tom habría sido juzgado antes de que pudiéramos hacer nada. Adrian no quería que fuera, pero mi padre dijo que debía acompañarle y me dio la mano todo el tiempo. Tengo que tener cuidado de no volver a meterme en líos. Cuando has hecho algo honrado no piensas en ello, pero estar entre jueces y policías te hace sentir vergüenza de ti mismo. *Sir* Miles fue muy atento conmigo y mi padre y fue a muerte contra Tom. Nos sentamos junto a él y trajeron a Tom. *Sir* Miles le dijo a mi padre que si había algo que revelara la baja naturaleza era la quema de pajares. ¿Qué piensas de eso? Le miré a la cara y me dijo que estaba haciéndome un favor condenando a Tom y echando a tipos como él del país y Rady empezó a reírse. Odio a Rady. Mi padre dijo que su hijo no tenía prisa por heredar y tener que vigilar sus tierras y *sir* Miles también se rió. Al principio creí que nos habían descubierto. Luego comenzó el juicio de Tom. El hojalatero fue el primer testigo y testificó que Tom había criticado al viejo Blaize y había dicho algo sobre quemar su pajar. Deseé haber estado en el camino a Bursley a solas con él. El abogado de oficio que le

buscamos a Tom le interrogó y después de eso dijo que no podía jurar las palabras exactas que se habían intercambiado él y Tom. Ya me parecía. Luego llegó otro que juró haber visto a Tom merodear por las tierras del granjero aquella noche. Luego llegó el Gallo Enano y lo vi mirar a Rady. Estaba muy nervioso y mi padre no dejaba de apretarme la mano. Imagínate llegar a pensar que una palabra de ese tipo arruinaría mi vida y que debía perjurar para ayudarme. Eso por ceder ante las pasiones. Mi padre dice que cuando lo hacemos tenemos al diablo de consejero. Bueno pues le dijeron al Gallo Enano que contara lo que había visto y en el momento en que empezó Rady que estaba cerca de mí comenzó a agitarse y yo sabía que se reía, aunque su cara estaba tan seria como la de *sir* Miles. Nunca había oído tal sarta de tonterías, pero era incapaz de reírme. Dijo que pensaba que estaba seguro de haber visto a alguien junto al pajar y que Tom Bakewell era el único hombre que conocía que le guardaba rencor al granjero Blaize y si hubiera sido un poco más grande no le importaría jurar que era Tom y lo juraría porque estaba seguro de que era Tom sólo que parecía más pequeño y estaba oscuro como boca de lobo aquella noche. Le preguntaron qué hora era cuando vio a la persona marcharse del pajar y entonces se rascó la cabeza y dijo que era la hora de cenar. Le preguntaron que a qué hora cenaba y dijo que a las nueve por el reloj y probamos que a las nueve Tom estaba bebiendo en una taberna con el hojalatero en Bursley y *sir* Miles soltó un taco y dijo que se temía que no podía condenar a Tom y cuando éste lo oyó me miró. Creo que Tom es un tipo noble y que nadie se reirá de él mientras yo viva, que quede claro. Entonces *sir* Miles nos invitó a cenar con él y Tom estaba a salvo y voy a poder tenerlo y educarlo como mi criado si quiero. Y le daré dinero a su madre y la haré rica y nunca se arrepentirá de haberme conocido. Creo Rip que el Gallo Enano debió verme cuando fuimos con las cerillas a encender el fuego. Al volver a casa después de haber cenado con *sir* Miles (tiene muchas hijas con la cara roja pero no bailé con ellas aunque había música y parecía divertido y no me importaba porque yo estaba muy contento y por poco no lo conté), cuando nos fuimos a casa Rady le dijo a mi padre que el Gallo Enano no era

tan tonto como creíamos y mi padre dijo que uno debe de estar en estado de gran exaltación personal para aplicar tal epíteto a un hombre y Rady cerró la boca y yo arreé a mi poni con alegría. Creo que mi padre sospecha lo que hizo Rady y no lo aprueba. Y no tendría que haberlo hecho y podría haberlo estropeado. He tenido que decirle que no me llame Ricky porque dice Rick[12] para que todo el mundo sepa lo que quiere decir. Mi querido Austin se va a Sudamérica. Mi poni está en un estado excelente. Mi padre es el mejor y el más listo del mundo. Clare se encuentra un poco mejor. Estoy bastante feliz. Espero que podamos vernos pronto mi querido Rip y que no nos metamos en más líos tremendos.

Sigo siendo,

Tu amigo del alma,

Richard Doria Feverel.

P. D.: Van a regalarme una bonita embarcación de río. Adiós, Rip. Espero que aprendas a boxear. Y no enseñes esto a ninguno de tus amigos o me disgustaré.

N. B.: La señora B. se enfadó mucho porque no le pedimos ayuda. Haría cualquier cosa por mí. Es la que mejor me cae después de mi padre y de Austin. Adiós querido Rip.

La pobre Letitia, después de leer atentamente tres veces esta ingenua epístola donde las reglas de puntuación habían sido ignoradas, la devolvió al bolsillo de la mejor chaqueta de su hermano, profundamente enamorada del descuidado redactor de la misiva. Y así terminó el último acto de la comedia Bakewell, en la que el telón se cierra con *sir* Austin señalando los beneficios del sistema de principio a fin.

Capítulo XII

Revelar los fantasmas es un deber público, y como la aparición que había asustado a la pequeña Clare era un misterio que no llegó a resolverse en los teatrales asuntos de Raynham, donde el miedo se paseaba por la abadía, vayamos un momento entre bastidores. Como el *baronet* era moralmente supersticioso, la naturaleza de su mente se oponía a la ingerencia espiritual en los asuntos de los hombres, y cuando se resolvió el problema se quitó un peso de encima, recuperó el equilibrio mental y volvió a ser el hombre que había sido, más seguro de la gran verdad de que este mundo es un buen proyecto. No se reía al oír a Adrian recordar la mala suerte de un miembro de la familia en su primera manifestación: la pierna de Algernon.

La señora Doria estaba furiosa. Sostenía que su hija había visto… No creerla era como robarle sus efectos personales. Tras comprender que la dama apreciaba las antiguas creencias de *sir* Austin, conmovido por la pena, éste se la llevó un día y le demostró que el fantasma podía escribir con una mano de carne y hueso. Era una carta de la infeliz dama que había dado a luz Richard: líneas breves y frías, que decían que no volvería a perturbar la tranquilidad de la casa. ¡Líneas frías, pero escritas con una abnegación desconsolada, recorridas por la angustia del alma! Como la mayoría de los que lo trataban, la señora Feverel creía que su marido era un hombre fatalmente duro e implacable, y se comportó como las criaturas tontas cuando creen que el destino se vuelve contra ellas: ni exigió sus derechos ni los afirmó; alivió el anhelo de su corazón en silencio y renunció a todo. La señora Doria, que no quería entrometerse en la ternura de la familia, se estremeció al pensar que *sir* Austin había aceptado el sacrificio con tanta compostura, pero él la obligó a considerar las secuelas que tendría el niño por ser testigo de esa relación entre

su padre y su madre. En unos pocos años, siendo ya un hombre, lo entendería, lo juzgaría, y la querría.

—¡Que ésa sea su penitencia y no yo!

La señora Doria reverenciaba el sistema en los demás, pero no era consciente de los efectos que tendría en ella.

Más al fondo, entre bambalinas, vemos a Rizzio y María ya viejos, muy desilusionados: ella, desaliñada y sin corona; él, con dedos artríticos en una guitarra grasienta. El futuro émulo de Diaper Sandoe escribe por encargo. Su fama ha decaído; el contorno de su cintura ha crecido. Lo que podía hacer y lo que hará seguía siendo su tema. Mientras tanto, le han confiscado el zumo de enebro, y resulta difícil cumplir los encargos alimenticios sin él. Al volver de su miserable viaje a su miserable hogar, la dama tuvo que aguantar una breve reprimenda del despreocupado Diaper, una reprimenda tan blanda que la formuló en pentámetros yámbicos; ya rara vez escribía en métrica, pero le gustaba hablar en métrica. Derramó una lágrima compasiva y le explicó que estaba perjudicando sus intereses, y no se dominó en dilucidar por qué. Con una sonrisa esbozada en su hermosa boca, le dijo que la pobreza en la que vivía era perniciosa para su gentil condición, y que tenía razones para creer (y podía asegurarlo) que iba a recibir una pensión de su marido. Diaper ensanchó aún más su sonrisa al recibir esta información. Así se enteró la pobre mujer de que le había pedido dinero a su marido en su nombre. Es difícil que inhiban el amor propio cuando sufrimos la agonía de un mártir. Hubo un trágico coloquio de cinco minutos entre bambalinas, especialmente para Diaper, que había esperado disfrutar bajo el sol de la deliciosa anualidad y resurgir de su pobreza. Entonces la dama escribió a *sir* Austin la carta que éste le mostró a su hermana. La atmósfera entre bastidores no es apetecible; así que, tras haber desvelado al fantasma, volvamos frente al telón.

Sir Austin consideró que la dosis infinitesimal de experiencia que Ripton Thompson había suministrado al sistema con tan sorprendente efecto había funcionado, y de momento era suficiente, por lo que Ripton no recibió una segunda invitación a Raynham, y Richard no tuvo un compañero de su edad en quien descargar su excesiva vitalidad, aunque tampoco quería ninguno. Estaba demasiado ocupado con Tom Bakewell. Es más, él y su padre eran uña y carne. La mente del chico estaba abierta a su padre con afecto y respeto. En este período, cuando el joven salvaje crece bajo otra influencia, tener su admiración es lo más importante. En esta etapa los jesuitas marcan el futuro de su rebaño, y los que educan a un joven vigilándole con un sistema saben hallar el momento más maleable. Los chicos que con capacidades mentales o

físicas se sienten empujados a actuar, marcan su trayectoria profesional; o, si se hallan bajo supervisión, adoptarán las pautas que les hayan inculcado, y rara vez se desharán de ellas.

En el cuaderno de *sir* Austin estaba escrito: «Entre la niñez y la adolescencia: la temporada de floración; en el umbral de la pubertad hay una hora egoísta: la hora de la semilla espiritual».

Se preocupó de plantar una buena semilla en Richard, y de que la semilla más fructífera para un joven, a saber, el ejemplo, hiciera germinar en él un amor noble.

—Sólo estoy esforzándome en hacer de mi hijo un buen cristiano —respondía a los que insistían en objetar el sistema. Y declaró sus propósitos—: Primero, sé virtuoso —notificó a su hijo—; luego, sirve a tu país en cuerpo y alma.

El joven fue instruido para albergar ambición por el liderazgo, y con ese objetivo él y su padre estudiaban historia y los discursos de los oradores británicos. Un día, *sir* Austin lo encontró en el suelo con las piernas cruzadas, una mano en la barbilla, frente a un pedestal que sostenía el busto de Chatham, contemplando al héroe de nuestro Parlamento con lágrimas en los ojos.

La gente decía que el *baronet* llevaba tan lejos el principio del ejemplo que conservaba a su dispéptico y borracho hermano Hippias en Raynham para mostrar a su hijo el terrible castigo que la naturaleza infligía a una vida disipada. El pobre Hippias se había convertido en una pena andante. Era injusto, pero no cabía duda de que se servía del ejemplo del vecindario para encaminar a su hijo, y prescindía de su hermano, hacia el que Richard sentía un desprecio en proporción a la admiración que sentía por su padre, y estaba tan a favor de tales extremos que *sir* Austin se veía obligado a suavizar su rigidez.

El chico rezaba con su padre por la mañana y por la noche.

—¿Qué sucede, señor? —le dijo una noche—. ¿Por qué no consigo que rece Tom Bakewell?

—¿Se niega? —preguntó *sir* Austin.

—Parece que se avergüenza —dijo Richard—; quiere saber qué es el bien, y no sé qué decirle.

—Creo que lleva demasiado tiempo así —dijo *sir* Austin—; hasta que no sienta un dolor profundo no encontrará el divino deseo de rezar. Esfuérzate, hijo mío, cuando representes al pueblo, en dotarle de educación. De otro modo, serán como Tom, que lo siente todo a través de una corteza

impenetrable y sin brillo. La cultura es el camino anterior al cielo. Dile, hijo mío, que, si siente la necesidad de la eficacia del rezo, sus rezos serán contestados —citó—: «Que el que vuelve mejor de la oración, ha hallado respuesta en la oración».

—Lo haré, señor —dijo Richard, y se fue a dormir.

El joven vivía ahora feliz con su padre y consigo mismo. Empezaba a tener conciencia, y acarreaba la carga de los hombres, aunque de una forma tan burda que le sobrepasaba.

El joven sabio Adrian, sobriamente cínico, observaba el progreso de su discípulo. Austin le había prohibido burlarse de él, y aliviaba su humor mordaz inspirado por la visión de un pirómano que se volvió santo, con grave compasión y una extremada precisión en señalar las no distantes fechas de sus diversos cambios. Su fase de pan y agua duró quince días; la vegetariana (imitación de su primo Austin), poco más de un mes; la religiosa, algo más; la religiosa-propagandista (cuando quería convertir a los infieles de Lobourne y Burnley, y a los criados de la abadía, incluido Tom Bakewell) aún más; y peor todavía: ¡intentó convertir a Adrian! Todo ello mientras adiestraba a Tom como un soldado raso. En efecto, Richard hizo venir a un sargento de instrucción de los barracones más cercanos para enseñarle a sentirse orgulloso, y le hacía ir de un lado a otro con inmensa satisfacción, y casi se rompió el corazón intentando que aprendiera los rudimentos de la escritura, pues el chico tenía esperanzas ilimitadas en Tom, creyéndole un diamante en bruto.

Richard también dejó su orgullo a un lado. Aparentaba ser, y creía serlo, humilde. Adrian, como por descuido, le comunicó que los hombres eran animales, y que él era un animal como los demás.

—¡Un animal yo! —gritó Richard con desprecio, y durante semanas le perturbó este principio básico del autoconocimiento, como a Tom sus dificultades de aprendizaje. *Sir* Austin había optado por instruir al campesino en las maravillas de la anatomía para devolverle su amor propio.

El período de siembra pasó con fluidez, llegó la adolescencia, y su prima Clare apreció los contrastes de pertenecer al sexo opuesto. Ella también crecía, pero a nadie le importaba cómo. Al parecer, incluso su madre parecía absorta en la germinación del verde retoño del árbol de los Feverel, y Clare era como si fuera su criada, ignorada por él.

La señora Blandish quería al muchacho de corazón. Le decía:

—Si fuera más joven, te elegiría de marido.

Y él, con la franqueza característica de su edad, respondía:

—¿Y sabe si yo la aceptaría?

Esto le hacía reír y llamarle tontuelo, pues ¿no le había dicho que ella lo escogería a él? ¡Terribles palabras cuyo significado, entonces, él desconocía!

—No lees el libro de tu padre —dijo.

Su ejemplar, encuadernado en terciopelo púrpura con los bordes dorados, como a las damas bonitas les gustan los libros sagrados, lo llevaba consigo y lo citaba, y (Adrian le dijo a la señora Doria) cazaba una buena presa, apuntándolo deliberadamente, que es lo que la señora Doria quería creer, y lamentaba que su hermano no estuviera en guardia.

—¿Ves esto? —decía la señora Blandish, señalando con una uña almendrada un aforismo que ejemplificaba que la edad y la adversidad deben moldearnos antes de resistir el magnetismo de ninguna criatura humana—. ¿Lo entiendes, chico?

Richard le informó que, si ella lo leía, podría entenderlo.

—Entonces, caballero —le acarició la mejilla y le pasó los dedos por el pelo—, aprende tan rápido como puedas a no desorientarte con un millar de atracciones, como hacía yo antes de encontrar a un hombre sabio que me guiara.

—¿Es sabio mi padre? —preguntó Richard.

—¡Claro que sí! —La dama enfatizó su opinión.

—¿Usted…? —soltó Richard, y le interrumpió el fuerte latido de su corazón.

—¿Yo qué? —preguntó ella con calma.

—Iba a preguntar si usted… ¡Es que yo la quiero tanto!

La señora Blandish sonrió y se sonrojó ligeramente.

A menudo sacaban este tema, y después lo evitaban. Richard lo hacía con el corazón acelerado, acompañado por una sensación de misterio creciente que, sin embargo, no solía inquietarle.

Su vida era muy fácil en Raynham, ya que parte del principio de la educación de *sir* Austin era que su hijo fuera plenamente feliz, y cuando Adrian enviaba un informe satisfactorio del avance de su discípulo, lo cual hacía por voluntad propia, se planeaban entretenimientos, como los premios a los escolares diligentes, y Richard disfrutaba de la satisfacción de sus deseos mientras atendía sus estudios. El sistema daba sus frutos. Alto, fuerte, robustamente sano, se convirtió en el líder de sus compañeros en tierra y agua, y tuvo más de un compañero a su servicio además de Ripton Thompson, ¡el chico sin destino! Quizá el chico con destino crecía siendo demasiado consciente de ello. Su generosidad con sus compañeros esporádicos era

magnífica, pero la derrochaba como si fuera un príncipe, y, a pesar de su desdén por la bajeza, tenía tendencia a pasarla por alto más fácilmente que una ofensa a su orgullo, que exigía un completo servilismo si se había cometido esa falta. Si Richard tenía seguidores, también tenía feudos. Los Papworth eran tan serviles como Ripton, pero el joven Ralph Morton, sobrino del señor Morton, compartía con Richard numerosas y prometedoras cualidades, entre ellas pelear a puñetazos o decir lo que pensaba abiertamente, sin aguantar ningún desdén. En los camaradas de Richard no había punto medio entre la pura amistad o la absoluta esclavitud. Era deficiente en los hábitos mundanos y en los sentimientos que permiten que muchachos y hombres mantengan vínculos sin atenderse mucho, y, como mortal aislado, atribuyó la deficiencia, de la que era muy consciente, a su naturaleza superior. Por tanto, el joven Ralph era un alegre charlatán, según argumentaba la vanidad de Richard; no tenía intelecto. Era afable, por tanto, frívolo. Gustaba a las mujeres, y siempre estaba revoloteando. En fin, el joven Ralph era popular, y nuestro magnífico príncipe, al que se le había negado el privilegio del desprecio, acabó por detestarle.

En los primeros días, esforzándose por el liderazgo, Richard vio cuán absurdo era fingir desdén por su rival. Ralph era un chico de Eton y, por tanto, robusto, nadador y jugador de criquet. Un nadador y un jugador de *cricket* no se podía despreciar en la república de un joven. De nada servían, además, las maniobras; un par de veces, Richard sintió el deseo de atrincherarse tras su mayor fortuna y posición, pero pronto abandonó la idea, en parte porque su aversión al ridículo le reveló que se exponía, y, sobre todo, porque su corazón era demasiado caballeroso. Así que tuvo que competir con Ralph, y experimentó la suerte de los ganadores. En criquet y en buceo, Ralph ganaba siempre; el palo de *cricket* de Richard se tambaleó ante la bola, y apenas recogió tres huevos bajo el agua mientras Ralph sacó media docena. También quedó atrás en carreras y saltos. ¿Por qué los estúpidos mortales se esfuerzan tanto en ganar? ¿O por qué, después de ganar, no tienen la magnanimidad y circunspección de retirarse? Dolido por sus derrotas, Richard envió a uno de sus serviles Papworth a Poer Hall a desafiar a Ralph Barthrop Morton, retándolo a cruzar el Támesis y volver, una, dos o tres veces en menos tiempo que él. Aceptó, y le devolvió una respuesta, igualmente formal y grandilocuente, al usar sus nombres de bautismo, en la que Ralph Barthrop Morton aceptaba el reto de Richard Doria Feverel. El duelo se llevó a cabo una mañana de verano, bajo la tutela del capitán Algernon. *Sir* Austin observaba oculto tras el plantío a un lado del río, sin que

su hijo lo supiera, y, para escándalo de su sexo, la señora Blandish acompañaba al *baronet*. La había invitado a asistir, y ella, obedeciendo su naturaleza honesta y al tanto de lo que se decía en *Los escritos del peregrino* sobre los mojigatos, accedió a ver la competición, complaciéndole extremadamente. ¿No tenía aquí a una mujer merecedora de la edad dorada del mundo? ¿Una mujer que podía contemplar al hombre como una criatura divina, con una mente no tentada por la serpiente? Una mujer así es difícil de encontrar. *Sir* Austin no la turbó elogiándola. Ella era consciente de su aprobación por su trato gentil y su voz y su modo de dirigirse a ella, como si hablara a un familiar, un gran cumplido de su parte. Mientras los muchachos esperaban desde la inclinada ladera de césped la señal para sumergirse en las brillantes aguas, *sir* Austin le sugirió que admirara la belleza del paisaje, y ella así lo hizo, e incluso asomó la cabeza con delicadeza por encima de su hombro. Lo hizo al anunciarse la salida y Richard avistó un sombrero. El joven Ralph ya tenía los pies en el aire antes de que Richard se moviera, y cayó al agua como el plomo. Le ganó por varios largos.

El resultado de la competición fue incomprensible para los presentes, y los amigos de Richard le conminaron a declarar nula la salida. Pero, aunque el joven, con plena confianza en su condición y fuerza, había perdido y debía entregar su embarcación a Ralph, no pensaba hacer nada por el estilo. El sombrero lo había vencido, no Ralph. El sombrero, que misteriosamente acelerara su corazón, era su querido y detestable enemigo.

Y, al cambiar de humor, su ambición se volvió hacia un ámbito en el que Ralph no era rival, y donde el sombrero sería etéreo, convertido en gloriosa amante. Un golpe al orgullo de un muchacho lo puede desviar donde yacen sus poderes más sutiles. Richard abandonó a sus compañeros, amigos o antagonistas; le cedió el mundo material al joven Ralph y se retiró en sí mismo, y allí crecía para ser señor del reino donde la belleza era su sirviente, la historia su pastor, el tiempo su antiguo arpista, y el dulce romance su novia; en un reino más vasto y maravilloso que el gran Oriente, habitado por los héroes del pasado. Pues no hay fortuna más espléndida, ni herencia más noble que pueda igualar la que es abundante y común, cuando la madurez de la sangre ha prendido la imaginación y la tierra es vista a través de brumas rosadas de miles de deseos sin nombre ni objetivo, jadeando de felicidad y tomándola según viene, haciendo de un suspiro o un sonido, por la fuerza de su hechizo, una llave al infinito por el placer inocente. Las pasiones son entonces cachorros que retozan, no los devastadores glotones en que se convierten. Tienen garras y dientes, pero no muerden ni arañan. Se dejan

aconsejar por el acelerado corazón y el cerebro. El dulce y completo sistema se mueve al unísono.

Sir Austin había esperado, según su plan, un cambio en la naturaleza de su hijo, y ahora era visible. Los sonrojos de la juventud, sus largas vigilias, su apego a la soledad, su abstracción y su aire abatido, pero no melancólico, eran motivos de alegría para el clarividente caballero.

—Pues tiene —le dijo al doctor Clifford de Lobourne, después de consultarle en nombre del joven y asegurarse de su buena salud— una condición plenamente saludable. La sangre está sana, la mente virtuosa: ninguna lleva a la otra a hacer el mal, y ambas se están perfeccionando para la edad adulta. Si la alcanza puro, en la impoluta entereza y perfección de su poder natural, seré un padre feliz. Pero aún debe hacer más: que conozca el paraíso y pueda leer la escritura de Dios en la tierra. ¡Esas abominaciones que se llaman muchachos precoces son pequeños monstruos, doctor! ¿Y quién sabe qué es el mundo cuando ellos lo llenan? No tendrán tiempo de rememorar sus vidas, ¿cómo pueden creer en la inocencia y la bondad, o ser hijos del egoísmo y el diablo? Pero mi hijo —el *baronet* bajó la voz conmovido—, mi hijo, si cae, será de la región de la pureza. No se atreve a ser escéptico. Sea cual sea su oscuridad, tendrá la luz de la memoria para guiarle. Eso está a salvo.

Decir tonterías, o poesía, o la línea que las separa, en un tono de profunda sinceridad, y enunciar solemnes discordancias, transmitir la impresión de una perspicacia espiritual, es el don peculiar de los monomaníacos que, habiéndose convertido a sí mismos, proyectan influir en sus vecinos, y a través de ellos conquistar buena parte del mundo, para bien o para mal. *Sir* Austin poseía ese don. Hablaba como portador de verdad, y persistía tanto en ella que le concedían autoridad los que no le entendían y dejaba en silencio a los que le entendían.

—Ya veremos —fue el argumento del doctor Clifford y de otros no creyentes.

Hasta ahora el experimento había tenido éxito. No se podía encontrar un joven más hermoso, cordial y bueno. Su promesa era innegable. La embarcación, también, aunque ahora estaba atracada en el puerto, sin haber sufrido los elementos del gran océano; había tenido un viaje de prueba, y se las había arreglado dignamente en aguas tormentosas, como mostraba la comedia Bakewell presenciada en Raynham. Ningún augurio podía dar mejores esperanzas. ¡El destino debía de ser duro, la prueba severa, la suerte

oscura para destruir tan brillante primavera! Pero, aun siendo tan brillante, el *baronet* no relajaba su vigilancia. Les dijo a sus amigos más íntimos:

—Cada acto, cada inclinación fomentada, cada pensamiento planta una semilla para el futuro en el momento de florecer. El nuevo brote requiere ahora incesantes cuidados.

Y de ese modo lo vigilaba *sir* Austin. El joven se sometía a examen cada noche antes de acostarse, supuestamente para dar cuenta de sus estudios, pero el objetivo era recapitular las experiencias morales del día. Podía hacerlo, pues era puro. Su padre percibía cada extravagancia, lo desusado o vivaz de su imaginación, y lo adjudicaba a su desarrollo. No hay nada como una teoría para atar a los sabios. *Sir* Austin, a pesar de su rígida custodia, conocía menos a su hijo que el sirviente de su casa. Y era sordo, además de ciego. Adrian creyó su deber informarle de que el joven consumía papel. Asimismo, la señora Blandish destacó sus tendencias lunares. *Sir* Austin, desde su noble torre de control del sistema, lo había previsto. Pero, cuando se enteró de que el joven escribía poesía, su herido corazón encontró la ocasión para perturbarse.

—¿Me imagino —dijo la señora Blandish— que ya sabías que escribía?

—Sí, pero escribir es distinto a escribir poesía —dijo el *baronet*—. Ningún Feverel ha escrito nunca poesía.

—No creo que sea signo de degeneración —comentó la dama—. Rima muy bien, a mi parecer.

Un frenólogo de Londres y un profesor de poesía de Oxford tranquilizaron el pavor de *sir* Austin.

El frenólogo dijo que el muchacho carecía de habilidad para imitar; el profesor, que estaba negado para la rítmica, y lo ejemplificó con varios reconfortantes ejemplos de las pocas efusiones literarias que examinó. Sumado a esto, *sir* Austin le dijo a la señora Blandish que Richard había hecho, por su bien, lo que ningún poeta había sido capaz: con sus propias manos, a sangre fría, había condenado su manuscrito a las llamas, lo que hizo que la señora Blandish suspirara: «¡Pobrecillo!».

Matar a un hijo querido es una imposición dolorosa. Para un joven en flor que se cree poeta, pedirle que destruya a su primogénito sin motivo (aunque fingir un motivo convincente para justificarlo habría sido una farsa) es un despotismo aborrecible, y las flores de Richard se marchitaron. Un ser extraño atravesó y cortó su cráneo con dedos sagaces y rígidos, aplastó su alma y, con una voz infalible, ¡le declaró el animal que le hacía sentirse tan animal! No sólo sus flores se marchitaron; se retrajeron sus brotes y ramitas. Y cuando, al

quedarse solos (tras haberse marchado el frenólogo), y con toda ternura, su padre le dijo que le complacería ver esos escritos precoces y sin valor en las cenizas, las últimas flores de su mente cayeron al instante. La naturaleza de Richard quedó desnuda. No protestó. ¡Era suficiente desearlo! No perdería un minuto. Le pidió a su padre que lo siguiera, fue hacia un cajón de su cuarto, y de una cómoda de sábanas limpias, que no habría sospechado *sir* Austin, el hermético joven sacó un fardo tras otro, cada uno bien atado, titulado y numerado, y los lanzó a las llamas. Y así dijo adiós a su ambición. Y, con ello, a la verdadera confianza entre padre e hijo.

Capítulo XIII

Era el momento, como había escrito *sir* Austin, de la edad magnética: la edad de la atracción violenta, cuando oír hablar del amor es peligroso, y verlo, la transmisión de la enfermedad. Los habitantes de Raynham fueron avisados por el *baronet,* y criticaron duramente su reputación de sabio por las órdenes que creyó adecuado difundir con el mayordomo y el ama de llaves a los demás criados, para evitar que su hijo contemplara algún indicio de pasión. Despidieron a un criado y a dos criadas cuando Benson informó que estaban inmersos o inclinándose hacia ese estado, tras lo cual renunciaron una cocinera y una lechera, aseverando que «no es que desearan hombres jóvenes, sino que era intolerable ser vigiladas por un vejestorio», refiriéndose a que el mayordomo «era demasiado para una cristiana», y se mostraron muy mezquinas al desviarse a la calamidad marital de Benson, dando a entender que algunos hombres dan con la horma de su zapato. La vigilancia de Benson se volvió tan insoportable que Raynham se habría quedado sin sus mujeres si Adrian no hubiera intervenido, advirtiendo al *baronet* de la mano dura que ejercía el mayordomo. *Sir* Austin lo reconoció con desánimo.

—¡Sólo demuestra —dijo, con su espíritu de justicia— que es imposible legislar donde hay mujeres!

—Sí —dijo Adrian, cuya discreción era maravillosa.

—No pasear en parejas —siguió el *baronet*—, no besarse en público. Ningún chico debería ser testigo de esas cosas. Cuando los dos sexos están juntos, se comportan como idiotas, y cuando están sobrealimentados, maleducados y desocupados hay que tomar cartas en el asunto. Que se sepa que sólo quiero discreción.

Se ordenó, por tanto, que la discreción reinara en la abadía. Bajo la tutela de Adrian hasta las más bellas criadas adquirieron esa virtud.

La discreción también se mantenía en la parte superior de la casa. *Sir* Austin, que parecía no darse cuenta del caso del vicario de Lobourne, había pedido a la señora Doria que prohibiera, o al menos lo disuadiera de sus visitas, pues el hombre era un mar de suspiros.

—¡De verdad, Austin! —dijo la señora Doria, sorprendida de encontrar a su hermano más despierto de lo que suponía—. Nunca le di esperanzas.

—Házselo ver, entonces —respondió el *baronet*—, házselo ver.

—Es que me entretiene —dijo la señora Doria—. Sabes que las criaturas inferiores tenemos aquí pocos pasatiempos. Confieso que preferiría un organillo; me recuerda la ciudad y la ópera, y toca más de una melodía. Sin embargo, ya que piensas que mi compañía es mala para él, no vendrá más.

Con la devoción propia de una mujer, esperaba paciente el momento en que se hablara de su hija Clare y de su futuro. El corazón maternal de la señora Doria ya había prometido a los dos primos, Richard y Clare; los veía casados y con hijos. Por eso cedía el paso a los placeres, por eso se encerraba en Raynham, por eso soportaba un millón de tonterías, exacciones, inconvenientes, cosas abominables para ella, y Dios sabe qué formas de tortura y abnegación, con la sonrisa de la más voluntariosa mártir: una madre con una hija que casar. La señora Doria, una viuda agradable, se habría casado de no ser por su hija Clare. Tenía un pelo que a cualquier mujer le encantaría tener. Era el tema de su criada: la aureola natural de su cabeza. Era feliz, ingeniosa y lo suficientemente joven para exigir un destino, ¡y renunciaba a todo por su hija! Sacrificaba, con unas tijeras heroicas, pelo, ingenio, alegría… ¡No conviene enumerar más, pero podríamos seguir! Y era única entre un millón, un millón que no obtenía recompensa del héroe, pues estima el aplauso, la condolencia, la compasión y el honor. ¡Ellas, pobres esclavas, sólo deben buscar la oposición de su sexo y el desprecio del nuestro! ¡Oh, *sir* Austin! ¡De no haber estado tan ciego, qué aforismo podría haber redactado con ese punto de vista! A la señora Doria le dijo con frialdad, de hermano a hermana, que en la edad magnética su hija no era bienvenida en Raynham. En lugar de ofenderse, su pensamiento fue la montaña de prejuicios contra los que tenía que luchar. Hizo una reverencia y dijo que Clare necesitaba el aire del mar; no se había recuperado de aquella aciaga noche. ¿Cuánto, quería saber la señora Doria, iba a durar el peculiar período?

—Eso depende —dijo *sir* Austin—. Un año, quizá. Acaba de entrar en él. Me dolerá perderte, Helen. ¿Cuántos años tiene Clare?

—Diecisiete.

—Está en edad casadera.

—¿Casadera, Austin? ¡Tiene diecisiete años! Ni se te ocurra decir eso. No le robarán la juventud a mi hija.

—Nuestras mujeres se casan pronto, Helen.

—¡Mi hija no!

El *baronet* reflexionó un momento. No quería perder a su hermana.

—Con esa opinión, Helen —dijo—, quizá podamos arreglárnoslas para que te quedes con nosotros. ¿Qué te parecería mandarla unos meses a alguna institución, para aprender disciplina?

—¿A un sanatorio, Austin? —gritó la señora Doria, tratando de controlar su indignación.

—A algún selecto seminario, Helen. Existen.

—¡Austin! —exclamó la señora Doria, luchando contra las lágrimas—. ¡Es injusto! ¡Absurdo!

El *baronet* creía natural pensar que Clare debía ser estudiante o esposa.

—No puedo dejar a mi hija. —La señora Doria tembló—. Adonde vaya, voy yo. Soy consciente de que es la única de nuestro sexo, sin ningún valor para el mundo, pero es mi hija. Ya me encargaré, querido, de que no tengas queja de ella.

—Creía —dijo *sir* Austin— que estabas de acuerdo conmigo en la educación de mi hijo.

—Sí, en general —dijo la señora Doria, y se sintió culpable de no habérselo dicho antes y fuera demasiado tarde, que había creado un ídolo en su casa.

¡Un ídolo de carne y hueso! Más vengativo y abominable que uno de madera, de metal o de oro. Pero también ella se había sometido al ídolo. Se había visto obligada a llevar servilmente a cabo su proyecto. Había (lo percibía vagamente) cometido un grave error de táctica, enseñando a su hija a someterse al ídolo. Richard tomaba ese tipo de amor como un tributo. Era indiferente a los suaves ojos de Clare. El beso de despedida fue tan rápido y frío como su padre deseaba. *Sir* Austin elogió su proceder varonil, pero Richard sentía vacía su elocuencia; los intentos de ser su compañero, incómodos; sus aspiraciones y la vida misma, vanas e inútiles. ¿Con qué fin?, suspiraba el joven estéril, y lo gritaba cuando se libraba de la compañía de su padre. ¿Para qué servía? Hiciera lo que hiciese, escogiera el camino que escogiese, todos llevaban a Raynham. Hiciera lo que hiciese, por miserable y obstinado que se mostrase, confirmaba las previsiones de *sir* Austin. Tom Bakewell, el sirviente del joven, le entregaba al *baronet* un informe, junto con

Adrian, de las acciones de su joven amo, y, aunque no había nada malo, Tom aclaró:

—Le gusta galopar como el fuego todos los días hasta Pig's Snout —nombró el monte más alto del vecindario—, y quedarse allí contemplando el paisaje sin moverse, como un loco. Y luego vuelve triste, como si hubiera perdido una carrera.

—¡No hay ninguna mujer detrás de eso! —caviló el *baronet*—. Habría vuelto con el mismo brío —reflexionó el profundo humanista científico— si se tratara de una mujer. Evitaría los espacios abiertos, y buscaría la soledad y las sombras para ocultarse. El deseo de distancia anuncia vacío y hambre sin propósito; pero si el corazón está poseído por una imagen, escapamos al bosque, como los culpables.

El informe de Adrian acusaba a su pupilo de un extraordinario acceso de cinismo.

—Exacto —dijo el *baronet*—. Como predije. Un período de apetito insaciable viene acompañado de un paladar exigente. Sólo la quintaesencia de la existencia y esos suministros inagotables satisfarán sus ansias, ¡que no debemos alimentar! De ahí esa amargura. La vida no puede proveer a un apetito como el suyo. La fuerza y la pureza de sus energías han alcanzado una altura casi divina, y vagan en lo vano. Poesía, amor, son drogas similares que la tierra ofrece a los elevados espíritus, como el libertinaje a los más viles. Es un signo, esta amargura, de que no está sujeto a los empirismos que hoy circulan. ¡Debemos mantenerlo libre de ellos!

Era más fácil que los Titanes arrasaran el Olimpo. Sin embargo, aún no se podía decir que hubiera fracasado el sistema de *sir* Austin. Al contrario, había criado a un joven apuesto, inteligente, bien educado y, observaban las damas con énfasis, inocente. ¿Dónde, se preguntaban, podría encontrarse otro joven así?

—¡Oh! —dijo la señora Blandish a *sir* Austin—. Si las mujeres pudieran unirse a hombres inmaculados, ¡qué distintos serían los matrimonios! La que haga de Richard su marido será una mujer realmente feliz.

—¡Muy feliz, en efecto! —era la respuesta mordaz del *baronet*—. Pero ¿dónde encontraré a su igual y su pareja?

—Yo de niña era inocente —dijo la dama.

Sir Austin se reservó su opinión.

—¿Acaso cree que ninguna niña es inocente?

Sir Austin, galante, así lo pensaba.

—No es que no lo sean —respondió la dama—. Pero son más inocentes que los chicos, estoy segura.

—Por la educación, señora. Ya ve lo que un joven puede ser. Quizá, cuando se publique mi sistema, o más bien, para ser humilde, cuando se practique, volveremos al equilibrio con jóvenes virtuosos.

—Es demasiado tarde para mí —dijo la dama, haciendo un mohín y riéndose.

—Nunca es tarde para que la belleza despierte al amor —respondió el *baronet*, y siguieron charlando de nimiedades.

Se acercaban a la pérgola de Dafne. Entraron y se sentaron a saborear el frescor del atardecer de verano.

El *baronet* parecía de humor para bromas corteses; la dama, para hablar de asuntos serios.

—Podré creer de nuevo en los caballeros del rey Arturo —dijo—. Cuando era niña, soñaba con un caballero.

—¿En busca del Santo Grial?

—Por ejemplo.

—¿Y mostró su buen gusto de hacerse a un lado para dejar paso al más tangible santo Blandish?

—Claro, si ése es su punto de vista —suspiró la dama, algo molesta.

—Sólo puedo juzgar a nuestra generación —dijo *sir* Austin, con un deje de homenaje.

La mujer abrió la boca:

—O somos muy fuertes o ustedes muy débiles.

—Ambos, mi señora.

—Pero, sea lo que sea, cuando somos malas, ¡somos malas! Amamos la virtud, la verdad y las almas elevadas de los hombres, y, cuando encontramos esas cualidades en ellos, somos constantes y lo daríamos todo por ellos. ¡Ah, conoce a los hombres, pero no a las mujeres!

—¿Los caballeros con esas distinciones deben ser jóvenes, presumo? —dijo *sir* Austin.

—¡Viejos o jóvenes!

—Pero, si son mayores, ¿de veras pueden conseguir algo en la vida?

—Son queridos por lo que son, no por sus hazañas.

—¡Ah!

—Sí, ¡ah! —dijo la dama—. El intelecto puede dominar a las mujeres, hacerlas esclavas, y ellas admiran la belleza tanto como usted. Pero aman para siempre y se emparejan si encuentran un espíritu noble.

Sir Austin la miró con tristeza.

—¿Y encontró al caballero de sus sueños?

—No entonces —bajó los párpados, con un gesto hermoso.

—¿Y cómo soportó la decepción?

—Mi sueño se quedó en el parvulario. El día que mi vestido se transformó en traje de novia y me llevaron al altar. No soy la única niña que se ha convertido en mujer en un día y ha sido entregada a un ogro en lugar de a un caballero.

—¡Cielo santo! —exclamó *sir* Austin—. Las mujeres tienen que soportar tanto.

Aquí la pareja intercambió sus estados de ánimo. La mujer recuperó la alegría y el *baronet* se puso más serio.

—Es nuestra suerte —dijo ella—. Y se nos permiten muchos entretenimientos si cumplimos el deber de tener hijos, que, como nuestra virtud, es su propia recompensa. Ahora, como viuda, disfruto de maravillosos privilegios.

—¿Y, para preservarlos, sigue viuda?

—Desde luego —respondió—. No tengo problema en dominar lo que el mundo llama carácter. Puedo sentarme con usted todo el día sin quejarme. Sí, otras también lo hacen, pero son unas excéntricas, y han dejado de lado su carácter.

Sir Austin se le acercó.

—Habría sido una madre admirable, señora.

Oír esto de *sir* Austin era como ser cortejada.

—Es una pena —contestó— que no lo sea.

—¿Usted cree? —dijo con humildad.

—Lo creería —dijo— si el cielo le hubiese dado una hija.

—¿La habría creído merecedora de Richard?

—¡Nuestra sangre, señora, habría sido una!

La mujer jugueteó con su sombrilla.

—Pero si soy madre —dijo—. Richard es mi hijo. ¡Sí! Richard es mi hijo —reiteró.

Sir Austin añadió con gentileza:

—Llámelo nuestro, señora. —Y acercó su cabeza para escuchar de sus labios la palabra que, sin embargo, ella decidió rechazar, o posponer.

Ambos se volvieron a contemplar el colorido del oeste, y *sir* Austin dijo:

—Como no va a decir que es nuestro, déjeme decirlo a mí. Y, como tiene los mismos derechos sobre el chico, le confiaré un proyecto concebido

recientemente.

El anuncio del proyecto no tenía el sabor de una pedida de mano, pero para *sir* Austin confiarse a una mujer equivalía a una declaración. Así lo pensó la señora Blandish, y así lo expresó su sonrisa embelesada, mientras miraba detenidamente al suelo escuchando el proyecto. Tenía que ver con las nupcias de Richard. Ya tenía casi dieciocho años. Iba a casarse a los veinticinco. Mientras tanto, debían buscar a una dama algunos años más joven en los hogares de Inglaterra con la educación, el instinto y la sangre adecuadas (que *sir* Austin agrandó sin reservas) para desposar a un joven tan perfecto y aceptar el honorable deber de perpetuar a los Feverel. El *baronet* añadió que iba a ponerse en marcha de inmediato y dedicar un par de meses a su búsqueda.

—Me temo —dijo la señora Blandish, con el proyecto ya revelado— que se ha impuesto una tarea difícil. No debe ser demasiado exigente.

—Lo sé. —El *baronet* movió la cabeza con pena—. Incluso en Inglaterra será complicado. Pero no me limito a ninguna clase. Quiero que su sangre sea limpia, no que sea sangre azul. Mucha gente de la clase media tiene más cuidado y la sangre más pura que la aristocracia. Muéstreme entre ellos una familia temerosa de Dios que eduque a sus hijos. Preferiría una chica sin hermanos ni hermanas. Que la eduquen como una joven dama cristiana, igual que yo he educado a mi hijo, y no me importa que no tenga un penique. La comprometeré con Richard Feverel.

La señora Blandish se mordió el labio.

—¿Y qué le dirá a Richard de su ausencia en esa expedición?

—¡Oh! —dijo el *baronet*—. El muchacho acompañará a su padre.

—Entonces, déjelo. Su futura novia ahora es cursi y simple. Corretea, grita y sueña con jugar y comer pastel. ¿Qué le va a importar a él? A su edad, piensa en mujeres mayores como yo. Sin duda irá contra ella y destruirá su plan; créame, *sir* Austin.

—¿Sí? ¿Usted cree? —preguntó el *baronet*.

La señora Blandish le dio multitud de razones.

—¡Sí, cierto! —murmuró—. Adrian me dijo lo mismo. Que no debe verla. ¿Cómo se me ocurrió? Una niña es una mujer desnuda. La despreciaría, ¡naturalmente!

—¡Naturalmente! —repitió la dama.

—Bueno, entonces, señora —el *baronet* se levantó—, he de tomar una decisión. Debo, por primera vez en su vida, dejarle solo.

—¿Lo hará? —dijo la dama.

—Es mi deber, al haberlo criado así, asegurarme de que tenga la esposa adecuada, que no se lo traguen las arenas movedizas del matrimonio, como podría pasarle a un joven tan refinado. Al estar comprometido, quedará libre de un millón de trampas. Puede que le deje unos meses. Mis precauciones le han salvado de las tentaciones de esta temporada.

—¿Y quién quedará a su cargo? —inquirió la señora Blandish.

Habían salido del templo, y estaba junto a *sir* Austin en los escalones, bajo el limpio crepúsculo de verano.

—¡Señora! —Tomó su mano, y su voz fue tierna y gentil—. ¿Quién sino usted?

Al decirlo, el *baronet* alzó su mano y se la llevó a los labios.

La señora Blandish se sintió como si la hubieran cortejado y pedido la mano. No la retiró. El gesto del *baronet* era halagador y respetuoso. Era pausado, ejecutado con una ceremonia muy seria. Y él, que despreciaba a las mujeres, ¡la había elegido como ofrenda! La señora Blandish olvidó lo que le había costado llegar ahí. Había recibido el exquisito cumplido con su única dulzura, pues en el amor no debemos merecer nada o no habrá frutos.

La mano de la dama estaba aún retenida y el *baronet* en la misma posición, cuando un ruido en un hayedo próximo sobresaltó a los actores de esta pantomima cortés. Volvieron la cabeza y contemplaron a la esperanza de Raynham observando la escena a caballo. Después se alejó a galope.

Capítulo XIV

Richard yació toda la noche con el corazón como un potro al galope, y el cerebro cabalgándolo, atravesando un mundo de sabor desconocido, el gran reino del misterio del que ya no podían apartarlo. Durante meses había deambulado a las puertas del reino, suspirando, deseando ser admitido. Ahora tenía la llave. Su padre se la había dado. Su corazón era un corcel, le llevaba a inmensas regiones de extraña belleza, donde jinetes y damas se susurraban delicias en verdes praderas, derrochaban esplendor en los bosques salvajes, y los torneos y desfiles se celebraban en cortes doradas, iluminadas por los ojos de las damas; un par de ellos, de luz tenue, le seguían por la espesura, como a una presa, y él quería tomar una mano blanca, resplandeciente, perfumada como las flores con escarcha de una noche de mayo.

De pronto, su corazón se detenía por la conmoción: estaba a punto de consumar la felicidad con los labios en la pequeña mano. ¡Moriré con su contacto!, gritaba el joven magnético. ¡Echar la joya de la vida en esa copa y beberla! Estaba ebrio de expectación. Había nacido para eso. Ahí estaba, por fin, el propósito de su existencia, algo por lo que vivir. ¡Besar la mano de una mujer y morir! Saltaba del diván y se apresuraba a coger pluma y papel para mitigar la inquietud. Apenas se había sentado, apartaba la pluma y arrojaba el papel, exclamando:

—¿No había jurado que no volvería a escribir?

Sir Austin había cerrado esa válvula de seguridad. El sinsentido de la juventud podría haberse derramado sin causar daños, pero la urgencia de su ebullición era tan grande que olvidaba su juramento, y se encontraba sentado, bajo una lámpara, en el acto de la composición, con el orgullo a un lado. Es posible que el orgullo de Richard Feverel lo hubiera inundado si el acto de componer, en ese momento, fuera fácil y claro el pensamiento, pero un sinfín

de ideas se postulaban; huéspedes caóticos como nubes tormentosas pugnaban por expresarse, y la desesperación de ponerlas por escrito, tanto como el orgullo (así resumía su incapacidad), rechazaban la inepta pluma y lo tendían, jadeando, sobre la cama, llevándolo a una tierra envuelta en color rosa.

Por la mañana, la locura de la fiebre amainó y salió al aire libre. Había una lámpara encendida en la habitación de su padre y Richard creyó ver su rostro vigilante. Al instante la luz se apagó y la ventana reflejó los fríos colores del alba.

La práctica del remo es un remedio excelente para la fiebre. Richard se entregó a ese deporte de manera instintiva. El agua clara y fresca, bruñida por el amanecer, centelleaba contra su proa; las suaves y profundas sombras se rizaban formando sonrisas en su quilla. La mañana solitaria se desplegaba sobre su cabeza, de brote a capullo y de capullo a flor; aun así, deliciosos cambios de luz y color, a cuya influencia era inmune, atravesaban sauces y álamos por los rápidos del río, espejos puros para la gloria; Richard era el único inquilino de la corriente. En algún punto en la dirección que remaba residía el origen del mundo; sus luces tenues se percibían aquí y allá. No era un sueño, lo sabía. Fuera había un secreto. Los bosques se colmaban de él, las aguas corrían con él, y el viento. ¡Oh, por qué en su época no se proveía de una hazaña caballeresca que hiciera descender del cielo los ojos de las mujeres, como en los días de Arturo! Suspiraba con estos pensamientos, remando con energía febril.

Pasado Bursley, tras la quietud contemplativa que sigue al ejercicio extenuante, oyó su nombre. No era una dama, ni un hada, sino el joven Ralph Morton, una irrupción de triste prosa masculina. Habría deseado que estuviera acostado, como el resto de la humanidad. Richard remó y saltó a la orilla. Ralph agarró su brazo de inmediato; quería hablar con él de corazón, y alejó al joven magnético de sus acuosos sueños por el césped húmedo, recién cortado. Lo que tenía que decir parecía difícil de expresar, y Richard, que apenas le escuchaba, se cansó pronto de la alegría de su rival por haberle encontrado y se mostró impaciente; Ralph, como quien se mete en asuntos ajenos, pero de importancia humana, le preguntó:

—¿Qué nombre de mujer te gusta más?

—No sé —dijo Richard con indiferencia—. ¿Por qué te has levantado tan pronto?

Ralph sugirió que el nombre de Mary era bonito.

Richard estuvo de acuerdo; el ama de llaves de Raynham, la mitad de las cocineras y las criadas tenían ese nombre; el nombre de Mary equivalía a

mujer del hogar.

—Sí, ya sé —dijo Ralph—. Hay muchas Marys. Es tan común. ¡No es mi nombre favorito! ¿Qué piensas?

Richard lo veía como cualquier nombre.

—¿Sabes? —siguió Ralph, revelando la verdad—. Haría cualquier cosa por algunos nombres, por uno o dos. No Mary ni Lucy. Clarinda es bonito, pero de novela. Claribel me gusta. Prefiero los nombres que empiezan por «Cl». ¡Las «Cl» siempre son chicas gentiles y bonitas por las que uno podría morir! ¿No crees?

Richard no había conocido a ninguna «Cl» que le inspirara esa emoción. De hecho, esa consulta imprevista sobre su gusto en nombres femeninos a las cinco de la mañana le sorprendió, y apenas estaba preparado. Poco a poco percibió que Ralph había cambiado. En lugar del sano y escandaloso joven, su rival en las disputas que decía lo que pensaba y actuaba en consecuencia, tenía ante él a un joven tímido y ruborizado que reclamaba lastimosamente un amigo al que confiar su preocupación. Richard comprendió que también Ralph estaba en las fronteras del reino del misterio, quizá más adentrado que él, y, con un golpe de compasión, se le reveló la maravillosa belleza y el profundo significado de los nombres femeninos. De repente, el tema parecía nuevo y exquisito, perfecto para el tiempo y la hora. Pero la dificultad estribaba en que Richard no podía elegir un nombre. Todos eran el mismo: los apreciaba por igual.

—¿De verdad no prefieres los que empiezan por «Cl»? —insistió Ralph.

—No más que los que terminan en «a» o «y» —respondió Richard, y pensó que ojalá pudiera preferirlos, pues Ralph iba evidentemente delante de él.

—Vamos bajo esos árboles —dijo Ralph. Y allí Ralph se confesó. Su nombre estaba registrado en el ejército. Eton se había acabado para siempre. En pocos meses debía unirse a su regimiento, y antes de marcharse quería despedirse de sus amigos. ¿Podría darle Richard la dirección de la señora Forey? Había oído que vivía cerca del mar. Richard no recordaba la dirección, pero se mostró dispuesto a encargarse de enviar cualquier carta.

Ralph se metió la mano en el bolsillo.

—Aquí tienes. Pero que no la vea nadie.

—Mi tía no se llama Clare —dijo Richard, leyendo detenidamente el sobre—. Se la has enviado a Clare.

Era evidente.

—Emmeline Clementina Matilda Laura, condesa Blandish —dijo Richard en voz baja, uniendo los nombres como en una canción. Entonces dijo—: ¡Nombres de mujer! ¡Cómo las dulcifican!

Miró fijamente a Ralph. Si adivinó algo, no lo dijo; se despidió de su amigo, saltó a su embarcación y remó siguiendo la corriente. Cuando dejó atrás a Ralph, leyó la dirección. Se sorprendió pensando que su prima Clare era una criatura encantadora; recordó sus ojos, y especialmente la mirada de reproche que le dedicó cuando se fue. ¿Por qué le escribía Ralph? ¿No pertenecía Clare a Richard Feverel? Leyó las palabras una y otra vez: Clare Doria Forey. Sí, Clare era el nombre que más le gustaba, no, ¡lo amaba! Doria también; lo compartía con él. Sintió que el corazón bajaba rápidamente por su estómago. Se encontraba demasiado débil para remar. Clare Doria Forey. ¡Oh, perfecta melodía! Deslizándose con la marea, la oía resonar en el corazón del monte.

Cuando la naturaleza nos prepara para el amor, rara vez el destino se retrasa en construir un templo para albergar la llama.

Sobre las luces verdosas del dique, sacudido por el estruendo del agua, los lirios, dorados y blancos, se mecían entre los juncos. Las reinas de las praderas vibraban en los bancos, rodeadas de matojos de hierba y zarzamoras, y también la hija de la tierra. Su cara, ensombrecida por un ancho sombrero de paja con un ala flexible, dejaba sus labios y su barbilla al sol, y al inclinarse emergían a la luz unos ojos prometedores. Detrás de sus hombros fluían grandes rizos sueltos, marrones en la sombra, dorados donde la luz los tocaba. Vestía de manera sencilla, apropiada para la estación y la decencia. De cerca se veían sus labios manchados. Esta joven en flor comía zarzamoras. Crecían entre el banco del río y el agua. Parecía que había encontrado abundantes frutos, pues su mano subía con soltura a la boca. Quisquillosa juventud, a la que le asquea una mujer colmando su exquisita proporción con pan y mantequilla y (suponemos) se deleita viendo comer zarzamoras. En efecto, la manera de comerlas es refinada e induce a la reflexión. La zarzamora es la hermana inocente del loto. Cuando se comen, la boca, los ojos y las manos se atarean, y la mente queda libre para vagar. Esto le sucedía a la damisela allí arrodillada. Una pequeña alondra la sobrevoló, cantando a la esponjosa nube que atravesaba el cielo azul; desde un bosquecillo cubierto de rocío, sobre su sombrero inclinado, salió un mirlo, llamándola con voz suave; el martín pescador relució bajo el mimbre verde; una garza subió a la superficie; en busca de soledad, una embarcación se deslizaba hacia ella dirigida por un joven soñador; ella recogía y comía frutos, como si ningún

príncipe invadiera su territorio y no deseara un príncipe, o no conociera esos deseos. Rodeada de prados verdes segados, del zumbido pastoral del verano, del estruendo del dique, blanco y sonoro, entre el aliento y la belleza de las flores salvajes, era una pequeña y adorable vida humana en un bello emplazamiento; es decir, una atracción terrible. El joven magnético se acercó al dique y contempló la bella imagen. La naturaleza se paralizó con el encuentro de dos nubes eléctricas. Su postura era tan grácil que, contemplándola desde el dique, no se atrevía a remar. Entonces una deliciosa zarzamora captó su mirada. Él se agitaba cerca, sin ser visto, y ella extendió la mano sin lograr su objetivo. Remó un poco y llegó a su lado. La damisela alzó la vista, consternada, y su cuerpo tembló en el borde. Richard saltó de la embarcación al agua. Con una mano empujó a la joven hacia arriba por los pies, que había metido en las derrumbadas orillas del banco para no caer. Logró que recuperara el equilibrio y volviera a tierra firme, y allí la siguió.

Capítulo XV

Había aterrizado en la isla de la aún enfurecida Bermudas[13]. El mundo yacía destrozado detrás de él: Raynham estaba hundida en la niebla, remota, un fantasma en la vívida realidad de la blanca mano que en un instante le había atraído. ¡Escucha cómo Ariel canta sobre sus cabezas! ¡Qué esplendor en los cielos! ¡Qué bellas maravillas en sus mentes hechizadas! Y, ¡oh, milagro, bella llama, con cuya luz se ve por vez primera la gloria del ser!… ¡Radiante Miranda! El príncipe Fernando está a tus pies.

¿O es Adán, con la costilla de su costado extraída en sueños para descubrirle el paraíso y perderlo?

El joven la contemplaba con un brillo en los ojos. Para él era la mujer primigenia.

Para ella, la raza humana era Calibán, salvo este joven principesco.

Así intercambiaron miradas; él, pálido; ella, sonrojada.

Era dulce y ciertamente bella, y podría haber sido rival de muchas damas. En una orilla mágica, para un joven educado por el sistema, clavado con una flecha en la cabeza, podría suponerse que volaría ágilmente con ella. El suave rosa de sus mejillas y la claridad de sus ojos eran testigos de la virtud del cuerpo, portador de salud y sangre feliz. Si hubiera estado ante *sir* Austin con otras jóvenes, el humanista científico, para consumar su sistema, habría lanzado el pañuelo en favor de su hijo. El amplio sombrero de verano, oscilando de la frente a las cejas, parecía fluir con los dulces rizos trenzados con fuego que no eran rizos, sino más bien ondulaciones rizadas en las puntas que llegaban como un soleado torrente de venas rojas por la espalda hasta la cintura, una visión gloriosa para el joven, que la acogió como una flor de belleza y no asimiló sus facciones. Sin embargo, podía ver los curiosos rasgos de color de su cara. Las cejas gruesas y castañas sobre la piel suave, que

descubría la acción de la sangre, se hallaban al final del arco, en las sienes largas y niveladas. Se veía hecha para observar la tierra, y por la flexibilidad de sus cejas estaba claro que la maravillosa criatura aprovechaba sus facultades, no era una estatua para el observador. Había un arco de pestañas bajo las gruesas cejas que contenían una riqueza oscura en los grandes ojos azules y un misterio mayor de lo que el cerebro puede desentrañar: más rico, por tanto, que la sabiduría del príncipe Fernando. Pues, cuando la artística naturaleza realza los contrastes de color en un rostro bello, ¿qué sabio, o qué oráculo, igualará la profundidad de una ligera mirada?

El príncipe Fernando era apuesto. Con el atuendo de navegación su figura lucía heroica. Su cabello, alzándose desde la raya hacia la derecha de su frente, lo que su admirada señora Blandish llamaba penacho, se separaba inclinándose sedosamente hacia las sienes por la casi imperceptible curva de su frente (sentida más que vista, de tan leve) que dotaba al perfil de una belleza audaz, donde su aire avergonzado era un encanto halagador. ¡Una flecha en la cabeza capaz de volar lejos y súbitamente con ella! Se inclinó un poco, bebiéndola con los ojos, pues el amor tiene miles. Entonces triunfó el sistema, justo antes de caer, y *sir* Austin podría sentirse contento de haberle clavado la flecha y dejarlo volar. Cuando volase lo señalaría y diría al mundo: «¡Igualadle!». Tan intensa felicidad sentía al contemplarla como sólo puede experimentarla un joven inocente.

«¡Oh, mujeres! —dicen *Los escritos del peregrino* en uno de sus estallidos solitarios—. ¡Mujeres que toman a un vividor por héroe! ¡Qué pronto aprendes que su corazón está en quiebra y que el oro que te atrajo es limo del lago del pecado!».

Si la joven pareja eran Fernando y Miranda, *sir* Austin no era Próspero, pues de estar presente sus destinos habrían sido distintos. Se miraron un momento, y al llegar a tierra Miranda habló, sin dejar de sentir que flotaba.

Le agradeció la ayuda. Empleó palabras sencillas, y lo hizo, sin duda, para expresar algo natural, pero para él eran magia, hechizo, y su efecto se manifestó en la incoherencia de sus respuestas, demasiado estúpidas para registrarlas aquí.

La pareja volvió a guardar silencio. De pronto, Miranda, con una exclamación angustiada y luces y sombras innumerables sobre su tierno rostro, empezó a gritar y dar palmas:

—¡Mi libro! ¡Mi libro! —Y corrió hacia el río.

El príncipe Fernando estaba a su lado.

—¿Qué ha perdido? —dijo.

—¡Mi libro! —respondió, con sus deliciosos rizos moviéndose a un lado y otro por sus hombros hacia la corriente. Se volvió hacia él—: ¡Oh, no, no! ¡Le ruego que no lo haga! —dijo—. No me importa perderlo. —En su afán de detenerle, puso su gentil mano en su brazo de manera inconsciente, y lo detuvo.

—De verdad, no me importa ese estúpido libro —continuó, y rápidamente retiró la mano y enrojeció—. ¡Por favor, no lo haga!

El joven caballero se había quitado los zapatos. Tan pronto se rompió el hechizo del contacto, saltó. El agua aún estaba agitada y descolorida y, aunque se sumergió como un zampullín, el libro brillaba por su ausencia. Un trozo de papel fluctuaba entre las zarzas, al lado del agua; parecía que el fuego había quemado los bordes y escapaba al elemento contrario. Volvió a tierra desconsolado, y escuchó la deliciosa mezcla de agradecimiento y lindas quejas que murmuró Miranda.

—Déjeme intentarlo otra vez —dijo.

—¡No, no! —le respondió, y usó una temible amenaza—: Me iré si lo hace. —Eso consiguió retenerlo.

Su mirada recayó en el trozo de papel manchado por el fuego y su rostro se iluminó al gritar:

—¡Ahí, ahí! Esto es lo que quiero. Lo tiene. El libro me da igual. ¡No, por favor! ¡No lo mire! Démelo.

Antes de pronunciar su orden juguetona, Richard había echado un vistazo al documento y descubierto un grifo entre dos haces de trigo: su escudo de armas, y debajo, ¡oh, inmensa maravilla!, su propia escritura.

Se lo dio. Ella lo cogió y se lo puso en el pecho.

Quién habría pensado, cuando el resto sucumbió, que odas, idilios, versos, estrofas, el soneto a las estrellas, estarían reservados para tal destino. ¡Beatitud transitoria!

Caminando en silencio por el prado, Richard intentaba recordar la hora y el estado de ánimo en que había compuesto la notable producción. Invocaba a las estrellas, que lo ven y lo prevén todo, para saber cuándo vendría su amor y cosas así. Las Hespérides eran suficientemente complacientes, y las describía en un pareado:

> A través del ámbar del atardecer mírame brillar extasiado,
>
> Mientras sus ojos azules brillan a través de su cabello dorado.

No había palabras más proféticas. He aquí dos ojos azules y cabello dorado, y por una extraña casualidad, que parecía fruto de un dedo divino, se había convertido en la titular de la profecía, ¡que ella iba a cumplir! El joven estaba demasiado emocionado para decir nada. La joven dama tenía menos en que pensar, o algún peso insignificante en su conciencia, pues pareció avergonzarse. Al final alzó la barbilla para mirar a su compañero bajo el velo oscilante de su ojo (y la acción le dio un aire encantador y extraño), y dijo:

—Pero ¿adónde va? Está empapado. Déjeme darle las gracias otra vez y, por favor, vaya a cambiarse.

—¿Empapado? —replicó el magnético pensador, con una voz de tierno interés—. Sólo un pie, espero. La dejaré mientras seca sus medias al sol.

No pudo contener una tímida risa.

—No yo, sino usted. Por intentar salvar el libro, está chorreando. ¿No se siente incómodo?

Le aseguró que no con toda sinceridad.

—¿Y de verdad no se nota mojado?

Dijo que no, y decía la verdad.

Frunció su boca de zarzamora de un modo cómico, y resplandecieron sus ojos azules al reírse con los párpados entrecerrados.

—No puedo evitarlo —dijo abriendo la boca y tocando las armoniosas campanas de la risa en sus oídos—. Disculpe.

Su rostro adoptó las mismas curvas sonrientes de admiración por ella.

—¡No darse cuenta de que se ha metido en el agua hace un minuto! —exclamó musicalmente, viendo que la excusaba.

—Es cierto —dijo, y su seriedad lo llevó a unirse en dueto con ella, lo que les hizo sentir que ya no eran extraños, y progresó un mes en intimidad. La risa, más que los sentimientos, abre el corazón al amor, lleva al corazón a estremecerse por completo, no en una esquina tocada por una flecha solitaria. Encuentra la ocasión propicia, oh joven británico, y ríe y trata el amor como un dios honesto, y no te aventures en el ardor sentimental. Los dos se reían y sus almas gritaban: «¡Soy yo, soy yo!».

Se rieron y olvidaron la causa de su risa, el sol secó el atuendo de navegación y pasearon hacia la arboleda del mirlo, quedándose en unos peldaños con vistas a la espuma del dique y los remolinos de colores.

La embarcación de Richard, mientras tanto, se balanceaba con la proa arriba, moviéndose con la corriente.

—¿Vas a dejarla? —dijo la joven, con curiosidad.

—No puedo hacer nada —respondió, aunque podría haber dicho: «No me importa!».

Su vida pasada se iba con él, muerta, ahogada. Su nueva vida estaba con ella, viva, divina. Ella se bajó el ala del sombrero.

—No debes adentrarte más —dijo con suavidad.

—¿Y te irás sin decirme tu nombre? —preguntó, volviéndose atrevido por el miedo a perderla—. ¿Y no vas a decirme quién eres? —le ardía el rostro—. ¿Y cómo encontraste ese… papel?

Eligió la pregunta más fácil de responder.

—Deberías conocerme; ya hemos sido presentados. —Así de dulce fue su improvisada y afable respuesta.

—¿Quién eres, en nombre del cielo? ¡Dime! No podría haberte olvidado.

—Lo has hecho, creo —dijo.

—¡Es imposible haberte conocido y olvidarte!

Alzó la vista y le miró.

—¿Te acuerdas de Belthorpe?

—¡Belthorpe! ¡Belthorpe! —dijo Richard, como si la existencia de ese lugar se hubiera enterrado en su cerebro—. ¿Te refieres a la granja del viejo Blaize?

—Soy la sobrina de Blaize. —Le dedicó una pequeña reverencia.

El joven magnetizado la contempló. ¿Por qué oscura magia esta dulce y divina criatura estaba unida a ese viejo truhán?

—¿Cómo te llamas? —dijo su boca mientras sus ojos añadían: «¡Oh, hermosa criatura! ¿Cómo llegaste para enriquecer la tierra?».

—¿También has olvidado a los Desborough de Dorset? —Le miró de reojo desde el lado doblado del ala.

—¿Los Desborough de Dorset? —se le encendió una luz—. ¿Y te has convertido en esto? ¡La niña que vi allí!

Se acercó para ver sus rasgos más de cerca. No pudo sino reírse del penetrante fervor de su mirada. Su volubilidad se agitó bajo su mirada anhelante; ninguno alzó la voz y ambos se contuvieron.

—¿Ves? —murmuró—. Somos viejos conocidos.

Richard, con los ojos fijos y atentos en ella, respondió:

—¡Eres muy hermosa!

Se le escaparon las palabras. La simplicidad es inconsciente y atrevida. Su sobrecogedora belleza había tocado su corazón y éste habló, como un instrumento al ser tocado.

La señorita Desborough hizo un esfuerzo por aligerar su terrible franqueza, pero no podía ocultar su mirada y apretó los labios. Su corazón se rebelaba. El elogio, enunciado apasionadamente por quien ha sido el primer amor de una joven, con quien ha soñado largas noches y está revestido de la plata de sus más tiernos pensamientos, es una moneda que el corazón no puede rechazar. Apresuró sus pasos.

—¡Te he ofendido! —dijo una voz mortalmente herida.

Era terrible que pensara eso.

—¡Oh, no, no! Nunca me ofenderías. —Lo miró con expresión dulce.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué me dejas?

—Porque… —dudó— debo irme.

—No. No debes irte. ¿Por qué tienes que irte? No te vayas.

—Sí, debo irme —insistió, colocándose la molesta ala del sombrero e interpretando la pausa como la gracia para tomar la decisión; lo miró tímidamente y extendió la mano. Adiós —dijo como si fuera normal.

La mano era de un blanco puro, perfumado como la flor escarchada de una noche de mayo. Era la mano cuya sombra había visto la noche anterior, ante la que había inclinado la cabeza para besarla, abandonándose al castigo del atrevimiento de satisfacer su felicidad.

Le cogió la mano y la sostuvo, mirándola a los ojos.

—Adiós —repitió ella tan sinceramente como pudo, y entrelazando ligeramente sus dedos con los de él como símbolo de despedida. Era una señal para que él tomara su mano con más firmeza.

—¿No pensarás irte?

—Por favor, déjame —le suplicó, frunciendo su dulce frente.

—¿No pensarás irte? —Atrajo mecánicamente la blanca mano hacia su corazón palpitante.

—Debo hacerlo —titubeó con lástima.

—¿No pensarás irte?

—¡Sí, sí!

—Dime. ¿Deseas irte?

La pregunta era sutil. La joven no respondía. Entonces perjuró y dijo:

—Sí.

—¿Deseas… deseas irte? —La miró temblando.

Contestó con un sí más débil.

—¿Deseas irte? —dijo, casi sin aliento.

—Debo hacerlo.

Tenía ahora su mano más aprisionada.

De pronto, un alarmante y delicioso escalofrío la recorrió. De ella pasó a él, y de nuevo a ella. Saltando de uno a otro, el mensajero eléctrico del amor iba de un corazón a otro, hasta que rompió los barrotes de su prisión. Se quedaron temblando al unísono, una bonita pareja bajo los hermosos cielos de la mañana.

Cuando recuperó la voz, dijo:

—¿Te irás?

Pero no había nada que responder, y sólo alcanzó a retirar suavemente, en silencio, su muñeca.

—Entonces, ¡adiós! —dijo, y llevó los labios hacia la suave y hermosa mano, la besó y, alzando la cabeza, se alejó de ella, preparado para morir.

Era extraño que, ahora que la joven había sido liberada, se detuviese. Era extraño que no el temor, sino la valentía, le hiciera sonrojarse y sentir una ternura tímida, y la empujara a decir estas dulces palabras:

—¿No estás enfadado conmigo?

—¿Contigo, querida? —gritó su alma—. ¿Y tú me perdonas?

—Creo que fui maleducada por no darte las gracias de nuevo —dijo, y volvió a ofrecer su mano.

El dulce pájaro entonó su canción. La misericordiosa gloria del cielo cayó sobre su alma. Tocó su mano, sin retirar la vista de ella, y la joven, con una suave palabra de despedida, subió los peldaños y entró en el camino por las sombras del bosquecillo, fuera del arco de la luz, lejos de sus ojos.

Y con ella se fue el salvaje hechizo. Contempló el aire yermo. No era más que el mundo de ayer. El esplendor había plantado en él semillas para dar frutos al verla, y en su corazón el vívido conjuro de su cara, su figura, le hacía saltar e iluminarle como un fantasma intermitente del sol de verano.

Nada indicaba que hubiera cortejado y declarado su amor con rapidez, ni él tampoco lo sabía. ¡Suaves mejillas encendidas! ¡Dulces labios! ¡Extrañas y dulces cejas! ¡Ojos del fuego más suave! ¿Cómo podrían sus maduros ojos contemplarte y no rogarle que se quedara? ¿Cómo he podido dejar que te marches? Se hizo a sí mismo esta pregunta.

Mañana este lugar sería un recuerdo: el río, el prado, la blanca cascada del dique. Su corazón construiría un templo aquí, y la alondra sería su sacerdotisa, y el viejo mirlo su elegante corista, y habría un ágape de zarzamoras. Hoy la hierba era hierba; los fantasmas perseguían su corazón y no hallaba reposo. Sólo cuando encontró la frescura de su más tierna flor, Richard concibió un momento de paz, y cuando sucedió sintió agudos pinchazos temiendo que no fuera suya para siempre.

Después recordó su nombre: Lucy. Se encontró con Ralph y descubrió que en un día estaba a años luz de él. Richard, Ralph y el vicario de Lobourne daban paseos, y discutían asuntos clásicos, como el pelo de las damas o tocar los deliciosos rizos, de Cleopatra a los de la Borgia.

—¡Rubias, todas rubias! —suspiró el melancólico vicario—. Rubias son las mujeres creadas para nuestra perdición. Las de este país son comparables a las de Italia o Grecia.

Su mente se desviaba hacia la señora Doria, Richard se sonrojaba ante la visión de Lucy, y Ralph, cuya heroína tenía una cabellera de lujosa oscuridad, discrepó y exigió para las maravillosas morenas su ardor en el sacrificio de los hombres. Estos hijos del instinto no compartían sus secretos, pero eran particularmente amables unos con otros.

Capítulo XVI

La señora Blandish, y los que atendían la fortuna y el futuro del sistematizado joven, había mencionado ocasionalmente nombres de familias cuya alianza, de acuerdo a cálculos aparentes, no degradaría su sangre, y a estos nombres, preservados en un cuaderno, *sir* Austin los echó un vistazo al acercarse a la metrópolis. Había nombres históricos y nuevos; nombres que el conquistador podría llamar a filas; otros que, claramente, habían llegado al estrato de la civilizada cadena perpetua gracias a un molino o a un puesto ambulante. Junto a ellos el *baronet* había escrito D. o Po. o Pr., que significaban Dinero, Posición o Principios, favoreciendo lo último con un paréntesis. La sabiduría de hombre de mundo, que podía adoptar de vez en cuando, le obligaba, antes de comenzar su ronda de visitas, a consultar y escuchar a su abogado y su médico, sabiendo que abogados y médicos son las ratas que mejor conocen una casa y los cimientos que las sostienen.

Sir Austin llegó triste a la gran ciudad. La memoria de su mala suerte se cernió vívidamente sobre él, como si no hubieran pasado los años, y acabara de encontrar la carta que decía que él no tenía mujer y su hijo no tenía madre. Vagó por las calles la noche de su llegada, mirando con extrañeza las tiendas, los espectáculos y el ajetreo del que se había divorciado, sintiéndose tan desamparado como el más pobre vagabundo. Casi se había olvidado cómo llegar, y halló por casualidad su vieja mansión cuando se esforzaba en regresar al hotel. Las ventanas estaban iluminadas: signos de vida feliz en su interior. La contempló desde la sombra. Le parecía que era un fantasma observando su pasado. Y entonces, el fantasma que allí se burlaba de él por sentirse un hombre, el fantasma de carne y hueso sacudió su corazón y lo emponzoñó de un amargo e irónico veneno. Recuperada la noción del tiempo, recordó que Algernon tenía la casa a su disposición y daba una fiesta, jugaba

a las cartas o algo parecido. Por la mañana recordó que se había divorciado para casarse con un sistema, y se debía a esa esposa exigente, lo único capaz ahora de fortificarlo y recompensarlo.

El señor Thompson recibió a su cliente con la dignidad debida a tal visita y al imprevisto honor. Era un imponente y delgado hombre de ley, ataviado como quien recibe a obispos; tenía la piel apergaminada por la marca de la paternidad, y mostraba un apego virtuoso al Oporto que incrementaba su respetabilidad en la moral de Gran Bretaña. Tras darle la enhorabuena a *sir* Austin por el resultado de dos o tres pleitos, y asegurarle que el negocio del *baronet* en la ciudad marchaba bien, el señor Thompson se aventuró a desear que el joven heredero se hubiera convertido en lo que su padre quería, y oyó con satisfacción que era un modelo para los jóvenes de la época.

—¡Un tiempo difícil, *sir* Austin! —dijo el viejo abogado, moviendo la cabeza—. Debemos tenerlos vigilados, ¡estar despiertos! El mal se hace en un minuto.

—Debemos tener cuidado con la tierra en la que plantamos y asegurarnos de que la raíz sea sólida, o el daño vendrá bajo las mismas lentes de la supervisión —replicó el *baronet*.

—Exacto —murmuró el consejero legal, como si fuera su propia idea, añadiendo—: Es mi plan con Ripton, a quien ha tenido el honor de conocer, que ha pasado un tiempo muy agradable con su joven amigo, a quien no olvida. Ripton respeta la ley. Me lo debe y estoy seguro de que será merecedor de su confianza. Lo traigo a la ciudad por la mañana; lo llevo de vuelta por la noche. Creo que debo decir que estoy bastante satisfecho de él.

—¿Cree usted —dijo *sir* Austin, alzando las cejas— que puede rastrear la causa de cada uno de sus actos?

El viejo abogado se inclinó hacia delante y pidió con humildad que le repitiera la pregunta.

—¿Se establece en un centro radiante de intuición, basa su vigilancia en conocer su carácter en profundidad, en un conocimiento perfecto del instrumento, de modo que se anticipa a sus movimientos, incluso a los más excéntricos, y está preparado para ellos? —preguntó *sir* Austin con la misma expresión escrutadora.

La explicación era demasiado larga para que el viejo abogado le rogara que la repitiese. Parpadeando con el doloroso menosprecio del hombre sordo, el señor Thompson sonrió con sofisticación, tosió conciliadoramente y dijo que se temía que tanto no podía afirmar, aunque sí que Ripton había desarrollado un carácter extremadamente bueno en el colegio.

—Considero —comentó *sir* Austin, relajando su semblante de manera sardónica— que hay padres que se conforman con que se les obedezca. Ahora bien, yo no sólo exijo a mi hijo obediencia. Quiero que esté libre del impulso de contradecir mis deseos, que sienta mi influencia con más fuerza que su poco desarrollada naturaleza, hasta la etapa en que termine mi responsabilidad y comience la suya. El hombre es una máquina automática. No puede dejar de ser una máquina; pero, aunque así sea, puede perder el juicio, y en el rumbo equivocado su energía puede abocarle a la perdición. El joven es un organismo que madura sujeto a actividades diurnas y mecánicas. Mientras tanto, necesita que los ángeles sigan vigilándole para que crezca recto y sano, preparado para los deberes maquinales que tendrá que llevar a cabo.

El señor Thompson enarcó las cejas. Estaba totalmente perdido. Respetaba demasiado las propiedades de *sir* Austin para creer que escuchaba una soberana estupidez. Pero ¿de qué otra manera explicar que su excelente cliente dijera cosas sin sentido? Pues un caballero de mediana edad, con el hábito de aconsejar y administrar, rara vez tiene intención de acusar a su entendimiento, y el señor Thompson no tenía la más ligera intención de culpar al suyo. Pero la condescendencia que el *baronet* le transmitía sobre asuntos que le tocaban de cerca podría afectarle, y rápidamente se puso a favor de ambas partes, expresando mentalmente que lo que decía su honorable cliente tenía significado, y tan profundo y sutil que era normal que tuviera dificultades para hallar las palabras adecuadas.

Sir Austin desgranaba su teoría del organismo y el mecanismo para edificación de su abogado. Con la recurrencia a la palabra «sano», el señor Thompson le dio alcance.

—¡Le entiendo! ¡Oh, estoy totalmente de acuerdo con usted, *sir* Austin! Permítame llamar a mi hijo Ripton. Creo que, si accede a examinarle, verá que los hábitos normales y una exclusiva lectura de leyes, pues le prohíbo estrictamente otra forma literaria, le han convertido en lo que usted ejemplifica.

El señor Thompson puso la mano en la campanilla. *Sir* Austin lo detuvo.

—Permítame ver al muchacho trabajando.

Nuestro viejo amigo Ripton estaba sentado en una habitación con el secretario privado, el señor Beazley, un veterano del Derecho, ahora poco más que un documento firmado y sellado para ser enviado enseguida, que no apreciaba nada de su pupilo y compañero, salvo el silencio absoluto, y enumeraba elogios a su padre al final del día al observarlo con rigidez, sin considerar el viejo y seco documento que él era, bajo cuyo hechizo un joven

común y turbulento no podía sino quedarse quieto seis horas al día. Se suponía que Ripton se dedicaba al estudio de Blackstone. Había un tomo clásico del exégeta legal abierto sobre el escritorio, bajo la tapa parcialmente levantada contra la que apoyaba la cabeza el diligente estudiante, de modo que la ley estaba en contacto con su cerebro. Se abrió la puerta de la oficina y no la oyó. Lo llamaron por su nombre, pero siguió inmóvil. Su método de estudio de Blackstone parecía absorbente además de novedoso.

—Comparando notas, diría yo —murmuró el señor Thompson a *sir* Austin—. ¡A eso yo lo llamo estudiar!

El secretario privado se levantó e hizo una reverencia de servil senilidad.

—¿Es así todos los días, Beazley? —preguntó el señor Thompson con orgullo paternal.

—Ejem —respondió el viejo empleado—, es así todos los días, señor. No podría pedirle más a un ratón.

Sir Austin se acercó al escritorio. Su proximidad despertó uno de los sentidos de Ripton y se traspasó a los otros. La tapa del escritorio cayó y los ardores del estudio se agolparon, iluminando la cara de Ripton. Se encorvó sobre su mesa con el aire de quien defiende su posición en lugar de dar la bienvenida a un superior, con la mano derecha en el bolsillo del chaleco, jugando con una llave, y la izquierda agarrando el taburete vacío.

Sir Austin puso dos dedos sobre el hombro del joven y dijo, ladeando la cabeza, como de costumbre:

—Me alegro de ver al antiguo camarada de mi hijo tan provechosamente ocupado. Sé lo que es el estudio. Pero ¡cuidado con perseguirlo con demasiada intensidad! ¡Vamos! No debes ofenderte por nuestra interrupción, pronto retomarás el hilo. Además, ya sabes que debes acostumbrarte a las visitas de tu cliente.

Su charla le sonó tan condescendiente y amable al señor Thompson que, al ver que Ripton aún conservaba su apariencia de desorden y velaba su resistencia, creyó adecuado asentir y fruncir el ceño ante el joven, y le pidió que informara al *baronet* sobre en qué parte concreta de Blackstone se hallaba enfrascado.

Ripton dudó un momento y soltó abruptamente, con dudosa articulación:

—La ley de Gravelkind.

—¿Qué ley? —preguntó *sir* Austin, perplejo.

—Gravelkind —retumbó la voz de Ripton.

Sir Austin se volvió hacia el señor Thompson en busca de explicación. El viejo abogado sacudió el código de leyes.

—¡Me extraña —exclamó— que cometa ese error! ¿Qué ley, perdón?

Ripton leyó su error en la severa y dolorosa expresión del rostro de su padre, y se corrigió a sí mismo.

—Gavelkind, señor.

—¡Ah! —dijo el señor Thompson con un suspiro de alivio—. ¡Gavelkind, en efecto! ¡Gavelkind! Un conocido abogado de Kent.

Iba a iniciar una explicación, pero *sir* Austin le aseguró que la conocía y que era una ley muy absurda, y añadió:

—Me gustaría ver las notas de su hijo o los comentarios sobre lo juicioso de ese acuerdo familiar, si tiene alguno.

—Estabas tomando notas, o consultándolas, cuando entramos —dijo el señor Thompson al aprendiz de abogado—. Muy buena forma de estudio. Siempre me ha gustado tomar notas. ¿No era eso lo que estabas haciendo?

Ripton tartamudeó que temía que aún no había guardado ninguna nota digna de ser leída.

—¿Qué hacías, entonces?

—Tomando notas —murmuró Ripton, y parecía el subterfugio personificado.

—¡Enséñanoslas!

Ripton echó una ojeada a su escritorio, luego a su padre, a *sir* Austin y al secretario privado. Sacó la llave. No encajaba en la cerradura.

—¡Vamos, vamos! —repitió en tono imperioso.

Con esfuerzos dignos de elogio para encajar la llave, Ripton descubrió que el escritorio estaba abierto. El señor Thompson fue hacia él y sostuvo la tapa. Dentro había un libro abierto que Ripton empujó inmediatamente a una esquina bajo una masa de papeles, no antes de que *sir* Austin viera una portada de colores.

El *baronet* sonrió y dijo:

—¿Estudias también heráldica? ¿Te gusta esa ciencia?

Ripton respondió que le gustaba mucho y le tenía gran apego, y lanzó más papeles a la esquina.

Las notas estaban situadas de manera menos perceptible, y su búsqueda fue tediosa y vana. Encontraron papeles, ni legales ni fruto del estudio, lo que acercó al señor Thompson al estadio de administración de su hijo: nada que ver con un comentario sobre la ley de Gavelkind.

El señor Thompson sugirió a su hijo que tal vez podían estar entre los trozos de papel apartados descuidadamente a la esquina. Aunque Ripton accedió a que los inspeccionaran, estaba seguro de que no se hallaban allí.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo el señor Thompson tomando un papel, de los que Ripton iba sacando, cuidadosamente doblado, dirigido al editor de una publicación de Derecho. El señor Thompson se puso las gafas y leyó en voz alta:

> Para el editor del *Jurista*.
>
> Señor:
>
> En sus recientes observaciones del gran caso de Crim.

El señor Thompson carraspeó y dejó de leer, como un hombre que encuentra una serpiente en el camino. El señor Beazley arrastró los pies. *Sir* Austin cambió la posición de un brazo.

—Es por el otro lado, creo —resolló Ripton.

> Para Absalom, el hijo de David, el prestamista judío de Bond Court, Whitecross Gutters, por su *Introducción a Venus*, le debo cinco libras, cuando le pueda pagar.
>
> Firmado: Ripton Thompson.

Bajo este ficticio documento legal había un anexo discreto: *«(Mem. Documento no vinculante)»*.

Hubo una pausa; el horrible aliento del asombro santificado y el reproche invadieron la oficina. *Sir* Austin se enderezó ominosamente. El señor Thompson lanzó una mirada de severidad a su secretario privado, que la eludió encogiéndose de hombros.

Ripton, bastante desconcertado, entregó un papel tras otro bajo la nariz de su padre con la esperanza de que el anverso lo satisfaciera. Ponía: «Consideraciones legales». El señor Thompson no pensaba proteger a su hijo. De hecho, como los hombres heridos en su amor propio por su descendencia, quería vengarse, y estaba, hasta cierto punto, listo para sacrificarlo, por el bien de los dos. Por tanto, abrió el papel, esperando encontrar algo peor de lo que había visto, a pesar del título formal, y no le decepcionó.

Las «Consideraciones legales» consignaban el caso en relación al cual Richard había concebido el imperativo de escribir una carta al editor del Jurista. Era un gran caso, y antiguo; se había revivido aparentemente con el objetivo de mostrar las habilidades forenses del consejero júnior para el Demandante, el señor Ripton Thompson, cuya asistencia al Abogado General,

en su frase de apertura, se enorgullecía de asegurar, algo poco normal, debido a la eminencia del joven caballero en el Colegio de Abogados de su país. Es lo que se deducía de la copia de un informe que afirmaba haber sido extraído de un periódico, y determinado por los comentarios del consejero júnior, o Consideraciones Legales, o la gestión del Caso, la admisibilidad y no admisibilidad de cierta evidencia, y la decisión última de los jueces.

El señor Thompson agitó el papel con el espíritu de quien se prepara a ejecutar a un criminal, y con voz solemne, marcada por la amarga acentuación y un tono satírico y cantarín, leyó:

> Vulcano vs. marte.
>
> El abogado general, asistido por el señor Ripton Thompson, apareció en nombre del demandante, el sargento cupido, consejero de la reina, y el señor oportunidad mayor, para el acusado.

—¡Oh! —replicó el señor Thompson, mirando venenosamente sobre sus gafas al desafortunado Ripton—. ¡Tus notas tratan de esto! ¡Así empleas tu tiempo, hijo!

Con una mirada de reojo al secretario privado, que se encubrió tras un nuevo encogimiento de hombros, el señor Thompson fue empujado por el diablo de su rencor a seguir leyendo:

> Este caso es demasiado conocido para requerir más que un sumario parcial de los particulares…

—¡Ejem! Nos saltaremos los detalles, aunque sean parciales —dijo el señor Thompson—. ¡Ah! ¿Qué quieres decir aquí? ¡Es suficiente! Creo que estamos excusados de tus «Consideraciones Legales». ¡Así empleas el tiempo de tus estudios de Derecho! ¿Para estos propósitos? ¡Señor Beazley, de ahora en adelante estará solo! Es mi obligación vigilar de cerca a este joven. ¡*Sir* Austin, permítame disculparme por someterle a una escena tan desagradable! Es deber de un padre no evitarla.

El señor Thompson se secó la frente, como habría hecho un déspota después de juzgar al vástago de la casa.

—Estos papeles —continuó, ondeando las preciosas elucubraciones de Ripton en su mano judicial— me los quedaré. Llegará el día en el que los mirará con vergüenza. Y será su penitencia. ¡Para! —gritó, al ver a Ripton

cerrar su escritorio sin hacer ruido—. ¿Tienes otros parecidos? ¡Tráelos! Déjanos verte en tu peor momento. ¿Qué tienes ahí, en esa esquina?

Ripton farfulló que dedicaba esa esquina a viejos informes de casos importantes.

El señor Thompson metió sus dedos temblorosos entre los viejos informes y sacó el volumen que *sir* Austin había observado sin comentarlo, pues sus sospechas no se habían confirmado.

—¿Un manual de heráldica? —preguntó el *baronet* con educación, y quizá ironía, para que no pudiera escapar.

—Me gusta mucho —reconoció Ripton atormentado, agarrando el libro.

—Permíteme comprobar que nuestro escudo de armas sea correcto. —El *baronet* extendió la mano para coger el libro.

—Un grifo entre dos haces de trigo —soltó Ripton, agarrándolo nervioso.

El señor Thompson, sin saber lo que hacía, quitó a Ripton el libro, con lo que los dos adultos pusieron sus manos grises sobre el título. Estaba escrito en atractivos caracteres, junto a una portada de colores que encarnaba la promesa allí mostrada: las fascinantes aventuras de la señorita Random, una extraña jovencita.

Si hubiera un agujero negro al que enviar a Ripton en ese momento, o una barra de hierro a mano para mortificar su carne pecadora, el señor Thompson no habría dudado. Tuvo que contentarse con lanzar ingeniosos agujeros negros e imaginarias barras de hierro al joven que, sin saber qué le deparaba el futuro, se desplomó.

El señor Thompson miró a la retorcida criatura con un «¡Bah!». Sin embargo, lo recogió y se lo llevó. *Sir* Austin señaló a Ripton y tocó con amabilidad su cabeza, diciendo:

—¡Adiós, chico! Algún día Richard se alegrará de verte en Raynham.

¡Eso era un gran triunfo del sistema!

Capítulo XVII

La conversación entre abogado y cliente se retomó.

—¿Es posible, *sir* Austin —dijo el señor Thompson tras haber acomodado a su cliente en su despacho—, que acceda a recibirlo de nuevo?

—Desde luego —respondió el *baronet*—. ¿Por qué no? De ningún modo me ha sorprendido. Cuando no haya ningún peligro para mi hijo, volverá a ser bienvenido como antes. Es un colegial. Lo sabía. Lo esperaba. ¡Son los resultados de su método, Thompson!

—¡Es de los peores libros de esa clase tan abominable! —exclamó el viejo abogado, abriendo la primera página, donde la desvergonzada señorita Random sonreía cautivadoramente, como si no dudara de poder embrujar a todos sus veteranos—. ¡Bah! —Lo cerró con la energía que habría utilizado para abofetearla en público—. ¡Le pondré a dieta de pan y agua y le quitaré la paga! ¿Cómo ha podido conseguir el libro? ¿Cómo? ¡Y qué ideas! ¡Escondiéndolas tan astutamente! ¡Juega con el vicio! ¡Su mente está podrida! Podría haber creído, creía, podría haber seguido creyendo… ¡que mi hijo era un jovencito moral! —exclamó el viejo abogado lamentándose del engaño de los padres. Se sentó con sus terribles pensamientos.

—¡El chico ha salido del cascarón! —dijo *sir* Austin—. Su adopción del ejercicio legal es divertida. Juega con el vicio, es cierto. Los iniciados son tan resistentes como los más veteranos, y las diversiones del joven pecador se parecen a las de un libertino consolidado. El saciado y el recién llegado comparten apetito, que los llevan al extremo. Está sorprendido por la revelación de la condición de su hijo. Yo lo imaginaba, aunque, se lo aseguro, no esperaba una prueba tan indiscutible y repentina. Pero sabía que la semilla estaba en él, y por eso últimamente no lo he invitado a Raynham. La escuela y

la corrupción que hay allí darán sus frutos antes o después. Podría aconsejarle, Thompson, qué hacer con él. Lo que yo haría.

El señor Thompson murmuró, como un ciudadano de la corte, que consideraba un honor que *sir* Austin le hiciera el favor de darle su consejo, decidido en secreto, como un verdadero británico, a seguir sus propias ideas.

—Déjele, entonces —siguió el *baronet*— que vea el vicio en su desnudez. Mientras le quede inocencia, ¡haga que le provoque náuseas! El vicio, tomado poco a poco, se apodera gradualmente de la criatura. Mi consejo, Thompson, sería que le arrastrara por las cloacas de la ciudad.

El señor Thompson empezó a parpadear.

—¡Oh, le castigaré, *sir* Austin! No tema. No tengo piedad con el vicio.

—Eso no es lo que quería decir, Thompson. No me malinterprete. El chico debe ser tratado con cuidado. ¡Cielos! ¿Espera que odie el vicio convirtiéndolo en un mártir? Tiene que descender del pedestal de la edad y convertirse en su mentor: hágale ver que el vicio castiga con certeza, acompáñelo a su guarida.

—¿Por la ciudad? —le interrumpió el señor Thompson.

—Por la ciudad —confirmó el *baronet*—. Y de ello depende —añadió— que los padres actúen de acuerdo con su deber, que veamos las escenas de las grandes ciudades, y circulen las historias que oímos en los pueblos, con la muerte y la desgracia en los hogares, y el legado de dolor y vergüenza para las generaciones venideras. Afirmo —exclamó, exaltándose— que, si no fuera por el deber hacia mi hijo y la esperanza que en él albergo, yo, viendo la acumulación de miseria que legamos a la posteridad, donde con nuestro pecado el fresco aliento de la vida se volvería fétido, ¡yo ocultaría mi nombre! Pues, ¿adónde vamos? ¿Qué hogar es puro? ¿Qué nos cuentan los médicos y los abogados?

El señor Thompson asintió.

—Y ¿qué saldrá de esto —continuó *sir* Austin—, si los pecados de los padres son multiplicados por los hijos? ¿No es la perdición la suma final? ¿Y no está la vida, el regalo del cielo, convirtiéndose en un juego del diablo? Pero, por mi hijo, ocultaría mi nombre. ¡No dejaría que lo maldigan los que caminen sobre mi tumba!

Se trataba, en efecto, de una visión terrible de la existencia. El señor Thompson se sentía incómodo. Había una dignidad en su cliente, algo impactante en su habla, que silenciaba las protestas de la razón y el grito de años de respetabilidad. El señor Thompson iba a la iglesia de manera regular, pagaba sus facturas e impuestos sin quejarse, o al menos no mucho. Parecía

un buen ciudadano: cariñoso con sus hijos, fiel a su mujer, devotamente transitaba hacia la plaza ganada justamente en el cielo. Pero tenía delante a un hombre que veía más allá y, aunque era un método injusto, desacostumbrado, por no decir antibritánico, su criterio afligía al señor Thompson. ¿Por qué creía que su cliente exageraba? Sus actos eran consecuentes con sus palabras. Y era listo: había desenmascarado a Ripton. Desde que lo había descubierto, se avergonzaba de que su cliente le aplicara lo que predicaba. Posiblemente ésa era la fuente secreta de su furia contra el joven pecador.

El señor Thompson movió la cabeza y, con expresión triste y una penosa contracción de hombros, se levantó lentamente de la silla. Parecía a punto de hablar, pero se giró y dirigió meditativamente a un recoveco de la habitación, donde abrió una puerta, sacó una bandeja y un decantador con la etiqueta «Oporto»; llenó un vaso para su cliente, lo invitó respetuosamente a compartirlo, llenó otro vaso para él y bebió.

Ésa era su respuesta.

Sir Austin nunca bebía antes de cenar. Creía que Thompson iba a responderle, y esperaba sus palabras.

El señor Thompson vio que, como su cliente no bebía, la elocuencia de su respuesta se diluía bañada en Oporto.

Cuando hubo tragado y meditado con la preciada bebida, y tras haberla saboreado una y otra vez con un aspecto de potente sabiduría judicial (podría creerse que decidía el futuro de la humanidad), el viejo abogado jadeó y, apretando los labios al terminar de saborear el vino, declaró:

—¡El mundo está en un estado deplorable, *sir* Austin!

Su cliente le miró con extrañeza.

—Pero éste —añadió el señor Thompson, sin ocultar en su mirada la alegría que el elixir le proporcionaba—, éste es, creo que usted diría, *sir* Austin, si pudiera persuadirle, ¡un vino de buen carácter!

—Hay virtud después de todo, Thompson —murmuró *sir* Austin, sin que su consejero legal perdiera la sonrisa.

El viejo abogado se sentó a terminar su vaso y afirmó que ese vino no se encontraba en cualquier sitio.

Se quedaron en silencio. Uno de ellos estaba jubiloso y alborotado por dentro, como si el solemne campo de la ley hubiera sido invadido por tropas de bacantes, y para preservar una fisionomía decentemente triste y mantenerse en buenos términos con su compañero, gesticulaba como un payaso melancólico en plena pantomima.

El señor Thompson se mesó los cabellos. El *baronet* seguía expectante. El señor Thompson suspiró profundamente y vació su vaso. Lidiaba con el cambio que se había producido en él. Intentó sentirse triste, pero no pudo. Inspirándose en el semblante de su cliente, habló para demostrar que tenían opiniones en común:

—¡Degenerando tristemente, me temo!

El *baronet* asintió.

—Según mis vendedores de vino —prosiguió el señor Thompson—, no hay duda.

Sir Austin clavó la vista en él.

—Es la uva o el suelo —continuó el señor Thompson—. ¡Todo lo que puedo decir es que nuestros jóvenes tendrán malos cuidadores! En mi opinión, el gobierno debería enviar una comisión para inquirir la causa. Para los ingleses sería una calamidad pública. Me sorprende. Oigo a los hombres en la calle hablar con desaliento de esa extraordinaria enfermedad de la vid, y nadie cree que el asunto les incumba ni que deban hacer nada al respecto. —Se puso frente a su cliente como un hombre que acusa de un enorme delito público—. ¡Nadie se inmuta! La apatía de los ingleses es proverbial. ¡De verdad, pruébelo, *sir* Austin! ¡Por favor, permítame! Un vino así no puede ser malo a ninguna hora. ¡Hágalo! A mí me permiten tomar dos vasos tres horas antes de cenar. Es digestivo. Concuerda conmigo sorprendentemente bien, me deja como nuevo. Supongo que durará mientras vivamos. ¡Debería! ¿Qué hemos de hacer? No hay ley posible sin él. Ningún abogado podría sobrevivir. Nuestra profesión seca la sangre.

La escena con Ripton le había enervado, el vino le había animado y tenía que elogiarlo. Pensó que su cliente, de mente caprichosa, aunque de opiniones morales correctas, necesitaba un vaso.

—Este vino, *sir* Austin, creo que no me equivoco al decir que su padre, *sir* Pylcher Feverel, probaba este vino cuando consultaba con mi padre y yo era un niño. Recuerdo que un día me llamaron y el mismo *sir* Pylcher me sirvió un vaso. Ojalá pudiera yo hacer lo mismo y llamar a Ripton. ¡Pero no! ¡No seré indulgente en un caso como éste! El vino no le haría daño. Dudo si quedará suficiente para sus invitados. ¡Ja, ja! Si pudiera persuadirle, *sir* Austin, ya que no toma vino antes de cenar, si algún día me hace el favor de acompañarme a mi pequeña casa de campo. Tengo allí un vino, camarada de éste, que creo que, estoy seguro de que… —El señor Thompson quería decir que su cliente llegaría a la contemplación jocosa de la degeneración que

inspira a los abogados tras las libaciones, pero lo condensó con un escueto—: usted lo aprobaría.

Sir Austin contempló a su consejero legal con amarga expresión, comprimiendo cómicamente los labios.

Le quedó claro que había un Thompson antes del Oporto y otro después, y que eran dos hombres distintos. Demasiado tarde para adoctrinarle, tal vez era el momento de utilizarlo en su primigenia intención.

Escribió en un trozo de papel: «El mundo clavó los dos dientes de un tenedor: el Oporto y el paladar. Uno de ellos fracasa y el mundo cae, —y el jeroglífico—: Gafas color de Oporto».

—Me encantaría acompañarle esta noche, Thompson —dijo, y las palabras transfiguraron al encantado abogado, que se convirtió en la insignia del gran aforismo de su bolsillo, para tomar allí forma con otros parecidos.

«Vine a visitar a mi abogado —se dijo a sí mismo—. Y creo haber lidiado con el mundo en persona».

Capítulo XVIII

Corría el rumor de que *sir* Austin Feverel, el recluso de Raynham, el gran misógino, el rico *baronet*, estaba en la ciudad buscando novia a su único hijo y heredero. El doctor Benjamin Bairam era una autoridad excelente. El buen doctor había transmitido a la señora Deborah Gossi[14] estas suculentas noticias, que ella comunicó inmediatamente a docenas de féminas. El doctor Bairam presumía de haber sido el primero en hablar con el famoso recluso. Así supo que el propósito del *baronet* era buscar novia a su hijo único y heredero.

—Y la joven que lo despose —añadió el doctor— será muy afortunada.

Lo cual se interpretó como un buen partido, aunque el doctor probablemente aludía a ciertas dificultades en la elección.

Se pidieron los ejemplares sobrantes de *Los escritos del peregrino* al editor. Se desafiaron las convenciones. A la mesa del *baronet* llegó un aluvión de tarjetas.

Tenía pocos amigos entre los caballeros, pues rehuía los clubes por considerarlos nidos de escándalo. Las tarjetas eran mayoritariamente del sexo femenino, con el marido, si había un marido, evidentemente colocado ahí por propiedad. Leyó las tarjetas y sonrió. Conocía sus propósitos. ¡Qué luz terrible habían arrojado Thompson y Bairam sobre ellos! ¡Cielos, en qué lamentable estado se encontraba la sangre de este imperio!

Antes de comenzar su campaña, llamó a dos antiguos amigos, lord Heddon y su primo lejano Darley Absworthy, ambos miembros del Parlamento, hombres útiles, aunque artríticos, que en su juventud se habían disipado un tanto y defendían ese derecho al ver que no les había ido tan mal. Uno tenía un hijo imbécil y otro, dos hijas tuberculosas. «Hasta aquí llega la teoría de un poco de disipación», escribió *sir* Austin en su cuaderno.

Darley estaba orgulloso de la piel blanca y rosada de sus hijas. «Mis perlas de hermosa tez», las llamaba. La mayor, inmensamente admirada, estaba en edad casadera. La presentaron a *sir* Austin. Hablaba de manera dulce y fluida. Un joven no avispado, un simple colegial, incluso un hombre, podría enamorarse de ella, pues era bella y muy afable. Tenía algo poético. Contestó que se encontraba bien cuando el *baronet* le preguntó por su salud. Dio a entender que era robusta, pero hacia el final de la conversación, de vez en cuando, se llevaba la mano al costado y respiraba un instante con dolor. Dijo:

—¿No es raro? Dora, Adela y yo experimentamos la misma sensación extraña en el corazón. Creo que es por hablar mucho.

Sir Austin asintió y parpadeó con tristeza, exclamando en su interior: «¡He aquí el resultado! ¡Poca disipación! ¡Poca disipación!».

No pidió ver a Dora y Adela.

Lord Heddon seguía predicando con vehemencia la bondad de un poco de disipación.

—No tiene sentido, Feverel —dijo—, criar al chico de un modo fuera de lo común. Es mejor que se meta en líos ahora que está verde, y que crezca fuerte y conozca el mundo. Nunca será un hombre hasta que no haya practicado el viejo juego al menos una vez, y cuanto antes, mejor. Los mejores tuvieron sus tiempos locos en el pasado. No me importa lo que haga mientras sea joven. Tiene una buena excusa. No puede esperar que sea un hombre si no come lo que comen los hombres: de otro modo, tendrá un pelele. Y, por esto, cuando escape se irá al diablo y nadie se lo reprochará. Mire a los tenderos cuando *pillan* a un joven, ¿cómo lo llaman? Aprendiz. Saben que la sabandija es golosa. ¡Bueno! Hay que dejar que lleve la tienda y, en poco tiempo, está despachando, y lo hace tan bien que no roba ni por el placer de robar. Sé que usted es contrario a mis teorías y que sostiene que el joven tendero debería estar por encima de la tentación. ¡No sirve! Escúcheme, Feverel. Es un experimento peligroso criar la carne sujeta a un arnés. Ningún potro lo soporta, a menos que esté domesticado. Y mírelo desde un punto de vista médico: el cuerpo se recupera de los excesos cuando es joven; son las bacanales tardías las que rompen la constitución. En resumen, éste es el caso. ¿Cómo está su hijo?

—¡Sano y salvo! —respondió *sir* Austin—. ¿Y el suyo?

—Oh, Lipscombe siempre está igual. —Lord Heddon suspiró malhumorado—. Está tranquilo, y eso es bueno, pero no hay manera de que el ejército lo acepte, así que debo abandonar mis esperanzas.

Lord Lipscombe entró en la habitación en ese momento. *Sir* Austin lo examinó y no se sorprendió de que el ejército le rechazara.

«¡Poca disipación!», pensó al contemplar el resultado, debilucho y degenerado.

Tanto Darley Absworthy como lord Heddon hablaban del matrimonio de sus hijos como una cosa normal. «¡Y si no fuera un cobarde —*sir* Austin se confesó a sí mismo—, debería prohibir el pregón! ¡Esta ignorancia universal de las consecuencias del pecado es aterrador! La defensa de la vida alegre es un torpedo que ha golpeado al mundo dejándolo moralmente inconsciente». Sin embargo, guardó silencio. Estaba obligado a guardarse sus sentimientos en asunto tan profundamente sagrado. La imagen de salud de su noble chico se alzó ante él, una triunfante réplica frente a cualquier argumento hostil.

Se contentó con comentar a su médico que la tercera generación de vástagos de la vida alegre sería muy débil.

Las familias que Thompson el abogado y Bairam el médico podían recordar sin mancha del progenitor, del lado masculino o femenino, no eran numerosas.

—No debe ser muy exigente, *sir* Austin —decían los expertos—. Es imposible refutar su principio y sin duda hace a la humanidad un servicio incalculable recordando el más importante deber, pero según va la corriente de la civilización, debemos aguantar lo que no nos gusta. El mundo está despertando, eso es seguro, y no solamente a la superficie, puede creerlo, despierta ante la vital importancia de la cuestión.

—Doctor —dijo *sir* Austin—, si tuviera un caballo bereber de pura raza, ¿lo mezclaría con cualquier caballo?

—Desde luego que no —dijo el médico.

—Entonces permítame que recurra al mayor cuidado para que la pareja de mi hijo responda a sus méritos —respondió *sir* Austin—. Confío en que el mundo de verdad esté despertando, como usted observa. Al venir a la ciudad, he ido a ver a mi editor con un manuscrito titulado *Propuesta para un nuevo sistema de educación de nuestra juventud británica*, que puede ser oportuno. Creo que tengo crédito para hablar de este asunto.

—Desde luego —dijo el doctor—. Y admitirá, *sir* Austin que, comparado con las naciones continentales (nuestros vecinos), estamos mucho más aventajados en moral, como en todo. Espero que admita eso.

—No encuentro consuelo en llevar ventaja a nadie con unos estándares bajos —dijo el *baronet*—. Si se compara la cuantía y claridad de sus conocimientos, pues usted admite mis principios, con la obstinada

incredulidad de un médico rural que no ha visto mundo, no se sentirá halagado, presumo.

El doctor Bairam no se sentía halagado con la comparación, claro.

—Además —dijo el *baronet*—, los franceses no tienen pretensiones, y por tanto evitan una de las principales faltas de la hipocresía. ¡Mientras nosotros…! Pero no soy su defensor, créame. Es mejor, quizá, rendir homenaje a la virtud. Al menos retrasa la propagación de la corrupción.

El doctor Bairam le deseó éxito al *baronet* y se empeñó con diligencia en ayudarle a buscar una compañera digna del bereber pura sangre, visitando y alertando del asunto a varias madres.

Capítulo XIX

¡Abajo los sistemas! ¡Abajo la corrupción! Respiremos el aire de la isla encantada.

Dorados son los campos. Dorado el curso del agua. Dorados los pinares. Sale el sol y recorre el campo y el agua.

El sol sale, y el campo y el agua lanzan destellos dorados. Sale, y sus mensajeros tocan las verdes hojas de los robles y las llanuras y las hayas, y los pinares se doran, dejando huellas brillantes en bancos henchidos de hierba, y las campanillas de la dedalera se inclinan y las polillas vagan en la frondosa vegetación. Los penachos del bosque relucen y, más allá, a campo abierto, compiten con las sombras, en una carrera que atraviesa los páramos y sube por los montes hasta la última nube del este, donde los mensajeros reposan sus dedos rosados y descansan.

Los recovecos del bosque son dulces y medrosos. Los rayos inciden allí con cuidado. Un fino haz de tonalidades tiembla al encontrar las sombras púrpuras y perfumadas de los cálidos pinos, cómodas camas de musgo, suaves helechos. La pequeña ardilla salta, el pájaro escondido oye una canción sin música. Las cosas se mueven de un silencio a otro.

Rendijas del gozoso esplendor del cielo avivan y despiertan el corazón del bosque. El oeste llameante en las cumbres carmesíes expanden su gloria por el voluminoso follaje. Hay cenadores de profunda felicidad, de alegría imperial, que no deben lealtad a ninguna gloria. Allí el joven cordero retoza y los hombres son felices. ¡Desciende, gran resplandor! ¡Abraza con tu fuego benéfico la creación y ven con nosotros! Tú, la majestuosa luz, el desfile celestial, sois ministros y esclavos de la punzante satisfacción interior.

Éste fue el hogar del hechizo. Aquí, recluidos de polémicas, se conocieron el príncipe y la princesa. Aquí se sentaron como mirlos en la oscuridad y

vertieron en sus ojos, oídos y manos los inacabables y frescos tesoros de sus almas.

Seguid rodando, imparables ruedas del mundo. Los engranajes de los barcos que van a la calma, los gemidos de un sistema que no conocía el júbilo, se quejan al universo. Aquí nadie escucha.

La llamaba por su nombre, Lucy. Y ella, sonrojándose por el atrevimiento, le llamaba por el suyo, Richard. Dos nombres que eran las notas de las maravillosas armonías que los ángeles cantaban en el cielo.

—¡Lucy, mi amada!

—¡Oh, Richard!

Fuera, en la orilla del bosque, un pastor tocaba la flauta en el crepúsculo.

El instrumento musical del amor es tan viejo como pobre: sólo tiene dos notas. ¡Y, sin embargo, el astuto músico hace tanto con ellas!

Apenas tenían más palabras: la espuma jugando sobre el oleaje de los sentimientos, el puro sentir que estalla cuando se hace fuerte, y es un suspiro de ternura.

Quizá el amor tocaba acertadamente su canción porque sus naturalezas, aún sin aristas, buscaban la felicidad, confiando en alimentarse naturalmente de ella. A damas y caballeros les tocan la viola de manera sutil y bella, o el suave fagot, o despierta las heroicas pasiones de la trompeta o, quizá, dirige la orquesta para ellos. Y quedan satisfechos. Es cosa del astuto músico. Languidecen y saborean el éxtasis, pero se trata, por armonioso que sea, de un concierto terrenal. Para ellos los astros no se mueven con dos notas. Han perdido, o han renunciado, o no han conocido la primavera sensual de los sentidos, cuando ellos transportan el alma y asumen el privilegio de sus espíritus, para sentir infinitamente. O lo tiene uno, y el otro es un cuerpo muerto. Dejadles comer ambrosía y beber néctar: aquí hay una pareja para la que el pan y el agua del amor son un festín mejor.

¡Toca, amor, alegre pastor! ¡Ángeles que habéis descendido, desplegad vuestras alas y alzad vuestras voces! Habían superado la filosofía. Su instinto los había llevado más allá de la ciencia. Estaban hechos para el Edén.

—¡Y este divino regalo me estaba esperando!

Esto clamaban internamente y a ello se agarraban con fuerza. Era el estribillo de su música. ¡Iluminaba los años pasados y bañaba el futuro!

—¡Tú para mí, yo para ti!

—¡Estamos hechos el uno para el otro!

Creían que los ángeles se habían ocupado de ellos desde la cuna. Los anfitriones celestiales habían trabajado para que se encontrasen.

¡Oh, victoria! ¡Oh, maravilla! ¡Tras tanto trabajo y dolor, tras innumerables dificultades, los anfitriones celestiales habían triunfado!

—¡Aquí estamos dos que en el cielo son uno!

¡Toca, dulce amor! ¡Toca para nuestros queridos inocentes!

Una marea de color bajó del cielo. En el oeste, el mar de fuego sumergido se apartó y las estrellas, temblando, se retiraron ante la luna, que se desanudó la estola de nubes que llevaba al cuello y, con un pie sobre los pinos, contempló el cielo.

—Lucy, ¿no habías soñado que me conocías?

—¡Oh, Richard, sí! Por eso te recordaba.

—¿Y habías rezado la noche que nos conocimos?

—¡Sí!

Tan jóvenes los amantes en el paraíso, con bellos viajes inmortales por delante. Al contemplarla, no era la noche sino el final del día. La mitad del cielo estaba encendida. No estaba oscuro, no era de día, eran las nupcias de ambos.

—¡Mía! ¡Mía para siempre! ¿Me das tu palabra?

Richard escuchó las deliciosas palabras en su propia boca.

—¿Eres mía?

Un suave rayo de luz entró en el refugio cubierto de helechos bajo el pinar donde se sentaban y, como respuesta, ella lo miró un instante a los ojos, revoloteando tímidamente sobre la profundidad de su mirada, y después se apartó, pues, a sus ojos, su alma estaba desnuda para él.

—¡Lucy! ¡Mi novia! ¡Mi vida!

Un chotacabras se ciñó con oscura monotonía a la rama del pino. Los suaves rayos los rodeaban y se escuchaban sus corazones. Sus labios se unieron.

¡No toques más, amor, detente un rato! No toques, que es imposible expresar la dulzura del primer beso, su naturaleza sagrada. Allá arriba santa Cecilia, ante el órgano plateado del paraíso, presiona la nota única del amor, y por ella podéis oírla.

El amor calla. Fuera, en la orilla del bosque, el pastor, satisfecho, echó una última mirada con sus ojos bizcos a la flauta y, con un ademán igualmente torcido, se fue en silencio, convocado por la cena. Los bosques quedaron mudos. No se oía nada, salvo al chotacabras revoloteando por el pinar iluminado por la luna.

Capítulo XX

La isla encantada no había erradicado su antigua raza de dragones. Allá donde hay un romance, estos monstruos acuden con oscuras intenciones. Como los cielos son propicios a los amantes, las bestias del abismo se unen para destruirlos, estimuladas por las tristes victorias, y cada historia de amor es una batalla entre el cielo y el infierno. Ojalá las hadas buenas fueran más activas. Parece que se engatusan con la felicidad de sus elegidos para sentirse seguras, mientras las malas son circunspectas y están alerta. Dejan que las pequeñas cierren los ojos, creyéndose invisibles, y comienzan su tarea.

Estos encuentros comportaban levantarse de la mesa a la hora de los licores, la hora en la que el joven sabio Adrian hablaba a sus anchas, reclinándose en la soñadora conciencia de que el bien circulaba en su interior. La abstracción de sus estudios, el exceso de felicidad y tristeza, el pecho agitado y otros signos, pero principalmente el asqueroso comportamiento de su discípulo en la mesa, le hicieron comprender, a pesar de las ingeniosas excusas del joven caballero, que había otra mitad en la manzana de la creación, y que Richard se había embarcado en el descubrimiento de la diferencia entre las dos mitades. Con su habitual frialdad, Adrian dudaba si se encontraba en la etapa de observación o en la práctica del viaje. Él mismo, como hombre y filósofo, no objetaba ninguna de los dos; sólo tenía que considerar cuál era temporalmente la más amenazadora para el ridículo sistema que debía apoyar. La ausencia de Richard le irritaba. El joven era vivaz; su entusiasmo, divertido; cuando dejaba la mesa, Adrian se quedaba con Hippias y el siglo XVIII, de los que ya había extraído todo el entretenimiento posible, y veía amenazada su digestión por dos estómagos arruinados, que le aburrían cuando más se quería a sí mismo. El pobre Hippias estaba en tan mal estado que tenía que calcular si un plato, o un vaso

de vino, tendría un efecto contraproducente en su organismo el resto de su vida. Tenía el hábito de hacer sus cálculos en voz alta, y las proféticas dudas de la experiencia y las suculentas insinuaciones del apetito luchaban acaloradamente. Era horrible oírle, así que perdonemos a Adrian por tentarle a una decisión en favor del momento.

—Me agrada tomar vino contigo —decía Adrian, y Hippias miraba el decantador arrugando la frente, y daba paso a la voz del médico en su interior—. ¡Bebe, sobrino Hippy, y piensa mañana en el médico!

El siglo XVIII se quitaba el sombrero con alegría y recomendaba seguir su consejo.

—¡Es el trabajo literario! —exclamaba Hippias, sosteniendo su vaso con remordimientos—. No sé qué otra cosa puede ser. No tienes ni idea de lo angustiado que me siento. Tengo pesadillas. De hecho, siempre estoy angustiado.

—No me extraña —dijo Adrian, que disfrutaba de la simplicidad infantil a la que Hippias había llegado con el absorto estudio de su sensacional existencia—. No me extraña. ¡Diez años de mitología de las hadas! ¿Podría alguien, después de eso, dormir en paz? Sobre tu digestión, nadie en manos de los médicos puede tener buena digestión. Prescriben dogmáticamente, y no cuentan con el sistema. Te hacen pasar de dos botellas a dos vasos. Es absurdo. No puedes dormir porque tu sistema está pidiendo a gritos lo que está acostumbrado.

Hippias sorbió el vino de Madeira con poca confianza, y aseguró a Adrian que no le gustaría aventurarse a beber una botella en ese momento. La noche anterior compartió, bajo protesta, ese sabroso plato francés, ¿pato? (Adrian le aconsejó que culpara al vulgar pájaro); digamos, entonces, que fue el pato. La noche anterior, al acostarse, partes de su cuerpo le parecían enormes: la nariz, la boca, los dedos de los pies, eran de un elefante. Un elefante era un pigmeo comparado con él. Y su enormidad aumentaba cuando cerraba los ojos. Se puso de lado. Se dio la vuelta. Se tumbó boca abajo. Puso la cara contra la almohada, pero seguía hinchándose. Se preguntaba si cabría en la habitación o la haría estallar, y encendió una vela y se levantó a mirarse al espejo.

Mientras lo contaba, Adrian y Richard se partían de risa. Tenía, sin embargo, un atento oyente en el siglo XVIII, que lo declaró una nueva enfermedad, desconocida, que merecía ser investigada. Se alegraba de comparar sensaciones, pero las suyas no eran complejas y una poción la colmó. De hecho, su sistema tenía un fundamento dudoso sobre el alimento y la medicina, con las que discutía, y, cuando terminaban, se encontraba bien,

como felizmente le dijo a Hippias. Nunca el campesino había mirado al príncipe, o la guapa del pueblo a la mujer de la corte, con la mitad de la envidia con la que el pobre Hippias del siglo XIX miraba el siglo XVIII. Era demasiado serio para percatarse de la risa de los jóvenes.

Esta «Tragedia del sistema digestivo», como Adrian designaba la enfermedad de Hippias, se repetía cada noche de manera regular. Era normal que cualquier joven quisiera escapar velozmente de la mesa de estómagos.

Adrian llevaba esa conducta con paciencia, hasta que una carta del *baronet*, describiendo el hogar y el régimen maternal de una tal señora Caroline Grandison, y el verde brote de esperanza en su hija más joven, le incitaron a pensar en su deber y averiguar qué pasaba. Le dio a Richard media hora de ventaja y después se puso el sombrero para seguir su agudo olfato, dejando a Hippias y al siglo XVIII jugando a las cartas.

En el camino cerca de Belthorpe se encontró con la criada de una granja que no le era desconocida, una tal Molly Davenport, una jovencita rolliza que, al verle, invocó su «¡Santo Dios!», la típica expresión de criada, e instruida por vívidos, aunque antiguos recuerdos, soltó una risita.

—¿Busca a un joven caballero? —preguntó Molly.

Adrian echó un vistazo al camino como un forajido para ver si había moros en la costa, y le respondió:

—Sí, señorita. Me gustaría que me dijera si lo ha visto.

—¡Querido! —dijo la joven rolliza—. ¿Ha venido a buscarme para eso?

Adrian la regañó; al parecer, por su desparpajo.

—Porque no puedo quedarme fuera mucho esta noche —explicó Molly, creyendo que la regañina se debía a la mala gramática.

—Puede irse cuando quiera, señorita. ¿Viene alguien? Venga aquí a la sombra.

—¡Márchese! —dijo la señorita Molly.

Adrian habló con decisión:

—¡Escúcheme, Molly Davenport! —Le puso una moneda en la mano, con lo que logró calmarla y captar su atención—. Quiero saber si lo ha visto.

—¿A quién? ¿A su joven caballero? Creo que sí. Acabo de verlo. ¿No es guapo? Siempre ronda por Belthorpe. Ya no quema pajares. Ahora el que arde es él. ¿Los ha visto juntos? Va detrás de la señorita…

Adrian le pidió a la señorita Davenport que fuera respetuosa y se dedicara a sus asuntos. La rolliza muchacha le contó que su joven señorita y el joven caballero de Adrian hacían una hermosa pareja, y se veían cada noche. La mujer juró por su inocencia.

—La señorita Lucy no tiene ni pizca de picardía, como él.

—Son hijos de la naturaleza, supongo —dijo Adrian—. ¿Cómo es que no la veo en la iglesia?

—Es católica, o eso creen —dijo Molly—. Su padre era coronel. Tiene una cruz en el dormitorio. No va a la iglesia. Le vi a usted allí el domingo, tan solemne. —Molly se pasó la mano por la barbilla para imitarlo.

Adrian insistió en que se atuviera a los hechos. Era de noche, y en la oscuridad le era indiferente lo que sugería la muchacha; quería oír los hechos, y de nuevo la sobornó para que contara los hechos. Ella procedió a decirle que su joven dama era una criatura inocente e ingenua, que había estado más de tres años en un colegio de monjas y tenía poco dinero, pero era suficientemente hermosa para convertirse en la mujer de un lord, y que estaba enamorada de Richard desde niña. Molly había conseguido de una amiga que trabajaba en la abadía, Mary Garner, la criada que limpiaba la habitación de Richard, un papel con la letra del joven caballero, y se lo había dado a la señorita Lucy, quien le dio un soberano por él. ¡Sólo por su letra! La señorita Lucy no parecía feliz en la granja por culpa del joven Tom, que la miraba con lascivia; por supuesto, ella era una dama; tocaba el piano, cantaba y vestía las mejores ropas.

—¡Con el camisón parece un ángel! —exclamó.

Se acercó y, hablando en esta ocasión como si no hubiera diferencia de posición entre ellos, dijo:

—¡Señor Harley! ¿No les hará ningún daño por lo que he dicho? ¡Dígame que no lo hará, señor Harley! ¡Es buena, aunque sea católica! Fue muy buena conmigo cuando estuve enferma, y no quisiera causarle ningún mal. ¡Preferiría que me acusaran a mí!

El joven sabio no le prometió nada, y ella se contentó al apreciar su consentimiento en la relajación de su rigor. El sonido de unos pasos hizo que la joven desapareciera abruptamente. Molly se marchó volando, mientras los pasos aceleraban el ritmo a la llamada pastoral de sus faldas:

—¡Moll! ¿Estás ahí? ¡Soy yo, el Gallo Enano!

Pero la briosa Sylvia no se quedó para ser cortejada, y Adrian se marchó, riéndose de esas arcadias.

Adrian era un dragón perezoso. Lo único que hacía era buscar pistas y burlarse.

—¡Es inevitable! —se dijo, y se preguntó por qué debería detenerlo.

No tenía fe en el sistema. Pero sí en Benson. Benson, el del ojo lento y antediluviano y la piel arrugada. Benson, el saurio que odiaba a las mujeres.

Benson siempre estaba despierto. Había una rivalidad entre el joven sabio y Benson. La fidelidad de este último había llevado al *baronet* a encomendarle la administración de la finca de Raynham, cosa que no gustó a Adrian. Nadie que aspire a la honorable tarea de guiar a otro con su olfato puede tolerar esta ambición. El hosco instinto de Benson le reveló que estaba en el camino del joven sabio, y decidió dar a su amo una sorprendente prueba de superior fidelidad. Durante semanas, el ojo saurio había espiado en secreto a las dos criaturas. Benson veía las cartas ir y venir un día y otro, y el joven caballero salía cada noche y parecía tener alas. Benson sabía adónde iba, y a qué. Era una mujer; eso era suficiente. El ojo saurio había visto al objeto pecaminoso llevarse a la esperanza de Raynham a las sombras. Compuso varias epístolas avisando al *baronet* del trabajo que llevaba a cabo; pero, antes de enviarlas, quería transcribir un fragmento de su conversación culpable y, con este propósito, el hombre fiel caminó hacia los prados para escuchar a escondidas, y así invocó al hada buena en la persona de Tom Bakewell, el único confidente de los asuntos de Richard.

Tom le dijo a su joven amo:

—¿Sabe qué, señor? ¡Le vigilan!

Richard, furioso, le ordenó que nombrara al desgraciado y Tom dejó caer los brazos e imitó la respetable protuberancia de la cabeza del mayordomo.

—Es él, ¿verdad? —gritó Richard—. ¡Lo lamentará, Tom! Si lo veo cerca cuando estemos juntos, no lo olvidará.

—No le atice mucho, señor —sugirió Tom—. Pega fuerte cuando está enfadado, se lo advierto.

Richard afirmó que perdonaba cualquier cosa menos eso, y le dijo a Tom que estuviese atento la noche siguiente, ya sabía dónde. A la hora del encuentro, el amante se había olvidado.

La señora Blandish cenó aquella noche en Raynham, invitada por el mordaz Adrian. Como de costumbre, Richard se levantó para irse, dando pocas excusas. La dama no mostró ninguna sorpresa. Tanto ella como Adrian salieron a disfrutar del aire de la noche de verano. No tenían intención de espiarle. Sin embargo, podrían haber pensado, de encontrarse con Richard y su enamorada, que era una buena ocasión para ridiculizar y debilitar su pasión. Puede que lo pensaran, pero nada acordaron de viva voz.

—He visto a la niña —dijo la señora Blandish—. Es bonita. Sería espectacular si estuviese bien situada. Habla bien. ¡Qué absurdo que esa clase instruya a sus mujeres por encima de sus posibilidades! La niña es demasiado buena para un granjero. Ya me había fijado en ella antes de saberlo. Tiene un

pelo envidiable. Supongo que no se maquilla. Es el tipo de persona indicada para un jovencito. Creía que algo iba mal. Anteayer recibí un poema apasionado; evidentemente, no estaba dirigido a mí. Mi cabello es dorado. Aparentemente mi encuentro con él estaba predestinado. Mis ojos eran un hogar de luz enmarcado de oscuridad. Se lo devolví con los colores corregidos.

—Lo que acabó con las rimas —dijo Adrian—. La vi esta mañana. El chico no tiene mal gusto. Como dices, es demasiado buena para un granjero. Una chispa así haría estallar cualquier sistema. Hasta afectó ligeramente al mío. El muy tontuelo está completamente loco por ella.

—Debemos decírselo a su padre —propuso la señora Blandish.

El joven sabio no veía por qué exagerar una nimiedad. La dama dijo que hablaría con Richard y después escribiría al padre, como era su deber.

Adrian se encogió de hombros y dijo que estaba a favor de buscar una explicación científica a la conducta de Richard, lo que la dama desaconsejó.

—¡Pobre chico! —suspiró—. Lo siento mucho por él. Espero que no esté demasiado enamorado. Aman con mucha fuerza, tanto el padre como el hijo.

—Y escogen con sabiduría —añadió Adrian.

—Eso es otra cosa —dijo la señora Bladish.

Hablaron entonces de la monotonía de los vecinos del condado de al lado que no tenían, al parecer, ningún escándalo; de la mudanza a la ciudad de cierta dama, de la que confesaba no arrepentirse, aunque se quejaba de cansancio; de si el señor Morton de Poer Hall iba a pedir matrimonio a la señora Doria, y de la probable desesperación del desafortunado vicario de Lobourne, y otros cotilleos, a veces en francés.

Rodearon el lago y atravesaron el camino del parque que llegaba a Lobourne. La luna estaba en el cielo. La atmósfera era cálida y agradable.

—Una noche perfecta para los amantes —dijo la señora Blandish.

—Y yo, que no tengo quien me ame, ¡pobre de mí! —El joven sabio forzó un suspiro.

—Y nunca lo tendrá —le cortó la señora Blandish—. Usted compra sus amantes.

Adrian protestó. Sin embargo, no se defendió de la acusación, aunque le sorprendió la decidida perspicacia de la dama. Comenzó a respetarla, disfrutando de su exquisito desprecio, y pensó que las viudas eran criaturas terribles.

Había tenido la esperanza de ser un poco sentimental con la señora Blandish, sabiéndola romántica. Esta mezcla del sentido común más riguroso

y un aire de «sé cómo sois los hombres», con romance y un temperamento refinado, cautivaban al joven más que una acusación testificada. Miró a la dama, que contemplaba la luna. No, no sabía nada. Simplemente había hablado desde su conocimiento humano y había olvidado las palabras. Quizá, después de todo, su admiración, o lo que fuera, por el *baronet,* era el anhelo sincero de un hombre virtuoso. Quizá ya había probado bastante al sexo opuesto. Adrian se encogió de hombros. Cuando se encontraba con una dificultad intelectual, instintivamente se encogía de hombros para mostrar que no dudaba de que en el caso había equilibrio: mucho que decir en ambos lados, lo que para él equivalía a una solución definitiva.

En su cita en el bosque colindante con el parque de Raynham, Richard y Lucy se arroparon el uno al otro, alimentados por el incansable amor, jugando con momentos eternos. Parece que las estrellas nunca van a apagarse, ¡y son chispas muertas! ¡Y cómo resurgen en la distancia, se extienden y brillan, haciéndonos creer que están vivas, como nuestros mejores años!

Con el incesante flujo de intimidad, los dos felices amantes dejaron de ser tímidos y de hablar de asuntos comunes y no gozaron con el oro puro de sus emociones.

A Lucy le causaba mucha curiosidad todo lo relacionado con Raynham. Quería conocer a los que habían conocido a Richard desde su nacimiento, y él, a cambio de un beso, cumpliría sus deseos.

Así bailaba el tierno dúo:

—¡Deberías conocer a mi primo Austin, Lucy! ¡Querida! ¡Amada!

—¡Mi Richard!

—Deberías conocer a mi primo Austin. Lo conocerás. Saca lo mejor de las personas. Ahora está en los trópicos, en busca de un lugar, es un secreto, para que los obreros emigren y funden una colonia en esa parte del mundo. ¡Mi ángel blanco!

—¡Mi amor!

—Es tan noble. Nadie más que yo le entiende. ¿No es extraño? ¡Desde que te conocí, le quiero más! Es porque ahora amo lo que es bueno y noble todavía más. ¡Hermosura! ¡Te amo!

—¡Mi Richard!

—¿Sabes qué he decidido, Lucy? Si mi padre… ¡pero no! Mi padre me quiere. ¡No, no lo hará! Y seremos felices juntos. Conseguiré estar contigo. Y todo lo que consiga será tuyo, pues te lo deberé a ti. Siento como si no tuviera otra fuerza, salvo la tuya. ¡Ninguna! Y tú me haces… ¡Oh, Lucy!

Su voz decayó. Inmediatamente, Lucy murmuró:

—Tu padre, Richard.

—Sí, ¿mi padre?

—¡Mi querido Richard! Tengo miedo de él.

—Me quiere, y él también te querrá, Lucy.

—Pero soy tan pobre y humilde, Richard.

—Nunca he visto a nadie como tú, Lucy.

—Piensas eso porque tú…

—¿Qué?

—Me amas. —Así llegó el susurro sonrojado, y el dueto dio lugar a tontas variaciones, representadas igualmente en concierto.

Se reanudó.

—Te gustan los caballeros, Lucy. Pues Austin es tan valiente como cualquiera de ellos. ¡Mi querida novia! ¡Oh, cómo te adoro! Cuando te vas, besaría la hierba que pisas. Mi corazón se siente vacío. ¡Lucy! Si viviéramos en la época de los caballeros medievales, habría sido un caballero y habría conseguido gloria y honor para ti. ¡Oh, uno no puede hacer nada hoy! ¡Mi amada! ¡Mi amada! ¿Una lágrima, Lucy?

—¡Querido! ¡Ah, Richard, no soy una dama!

—¿Quién osa decir eso? Que el ángel que amo no es una dama.

—Piensa en quién soy, Richard.

—¡Mi bella dama! Dios te hizo como un regalo para mí.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y, al mirar al cielo para dar las gracias a Dios, la luz del cielo cayó sobre ellos, y la radiante belleza de ella hizo temblar al joven.

—¡Oh Lucy! ¡Espíritu de los cielos! ¡Lucy!

Suavemente dijo:

—No lloro de dolor.

La luz palideció, quedándose en su alma.

Se abrazaron, con las sombras de la inefable ternura jugando en sus extasiadas mejillas y frentes.

Él le cogió la mano y se la llevó a los labios. Lucy apenas conocía a la raza humana, pero su alma le decía que él era diferente y, al pensarlo, lágrimas de alegría llegaron a sus ojos antes de que se le rompiera el corazón. Lágrimas de un agradecimiento sin límites. Y él, al contemplar esos dulces ojos iluminados por el sol y la gracia de sus tirabuzones, sintió un apenas tolerable fuego sagrado recorriéndole el cuerpo.

Pasó un rato antes de que hablaran de nuevo.

—¡Oh, feliz el día que nos conocimos!

Lo que decía la voz de uno, el alma del otro lo repetía.

—¡Oh, gloriosos cielos que nos contemplan!

Sus almas estaban unidas, y hechas una para otra, bajo esa bendición.

—¡Oh, eterna felicidad!

Entonces el momento divino pasó y bajaron a la tierra.

—¡Lucy, ven conmigo esta noche a ver el lugar donde un día vas a vivir! Ven y te llevaré en mi embarcación por el lago. ¿Te acuerdas de lo que dijiste en la carta que habías soñado? Que flotábamos sobre la sombra de la abadía viendo a las monjas trabajar bajo las luces de las antorchas talando los cipreses, y nos daban un ramito a cada uno. Querida, fue el mejor presagio del mundo verlas talar los árboles viejos. Y escribes cartas tan bonitas. Tan dulces y puras. Amo a las monjas por haberte enseñado.

—¡Ah, Richard! ¿Ves? ¡Nos olvidamos! ¡Ah! —Alzó el rostro con expresión suplicante, como rogando en su contra—. Incluso si tu padre tolera mi nacimiento, no tolerará mi religión. Y, querido, aunque moriría por ti, no puedo cambiarla. Me parecería que niego a Dios y, ¡oh!, me avergonzaría de mi amor.

—¡No temas! —La rodeó con su brazo—. ¡Ven! Nos querrá a los dos, y a ti más por ser fiel al credo de tu padre. No lo conoces, Lucy. Parece duro y rígido, pero está lleno de amabilidad y amor. No es un fanático. Y, cuando se entere de lo que las monjas han hecho por ti, ¿no crees que, como yo, les dará las gracias? Debo hablar pronto con él, y tú debes estar preparada para verle, pues no puedo soportar que te quedes en Belthorpe como una joya escondida. Que sepas que no tengo nada en contra de tu tío. Declaro que amo todo lo que te rodea. ¡Espera! Es una maravilla que hayas crecido allí. Pero no naciste allí, y tu padre era de buena familia. ¡Desborough! Era el coronel Desborough. ¡Da igual! ¡Ven!

Lo temía. Rogó que no lo hiciera. Se alejó.

Los bosques quedaron en silencio, y entonces…

—¿Qué piensa de esta escena para una pastoral? —dijo una voz muy distinta.

Adrian se reclinó contra un pino desde el que se veía el refugio de helechos. La señora Blandish estaba recostada sobre un lecho de piñas marrones, con la mirada fija en la extensión de la pradera, que se abría bajo el valle iluminado por la luz de la luna, rodeándose una rodilla con las manos y con los rasgos rígidos en una dura expresión.

Habían oído, de manera involuntaria, todo lo que se podía escuchar en tal situación, más una o dos palabras brillantes.

La dama no contestó. Un movimiento de los helechos atrajo a Adrian, que bajó la cuesta entre las raíces de los pinos para contemplar a Benson abajo, sacudiéndose las semillas de los helechos y las arañas de su piel arrugada.

—¿Es usted, señor Adrian? —dijo Benson, sobresaltándose al tiempo que estornudaba y sacaba su pañuelo.

—¿Eres tú, Benson, quien ha tenido la osadía de espiar estos misterios? —contestó Adrian y, acercándose a él, añadió—: Parece que te acabaran de dar una paliza.

—¿No es horrible, señor? —Benson se sorbió los mocos—. ¡Y su padre lo ignora, señor Adrian!

—¡Lo sabrá, Benson! Pronto se enterará de cómo has puesto en peligro tu valiosa piel a su servicio. Si el señor Richard te hubiera encontrado allí, yo no respondería de las consecuencias.

—¡Ja! —replicó Benson con malicia—. Esto no puede seguir así, señor Adrian. No puede ser, señor. Lo pararemos mañana, señor. Yo lo llamo corrupción de un joven caballero como él, y malas artes, señor. Eso es.

—¿Por qué no lo paras tú mismo, Benson? ¡Ah, ya veo! Esperabas… ¿qué? ¿No es la primera vez que has sido carabina de Apolo y la señorita Dríope? ¿Has escrito al cuartel general?

—He cumplido con mi deber, señor.

El joven sabio volvió con la señora Blandish y la informó del fervor de Benson. Los ojos de la dama relucieron.

—Espero que Richard le trate como se merece —dijo.

—¿Volvemos a casa? —inquirió Adrian.

—Hágame un favor —respondió la dama—. Envíeme el carruaje para que me recojan en la entrada del parque.

—¿No va a…?

—Quiero estar sola.

Adrian hizo una reverencia y la dejó. Seguía sentada rodeándose una rodilla con las manos, contemplando el valle bajo la luz tenue.

—¡Qué extraña criatura! —murmuró el joven sabio—. Es tan rara como todas. Debe ser una Feverel. Supongo que se está graduando en ello. ¡Que cuelguen a ese maldito Benson! ¡Mira que tener la insolencia de anticiparse!

La sombra del ciprés se hacía más pequeña en el lago. La luna estaba cada vez más alta. Richard remaba en la embarcación y Lucy cantaba para él en voz baja. Primero una cancioncilla francesa, recordándole el día en que él le pidió que cantase, por lo que no prestó atención. «¿Vivía antes?», se preguntó. Luego cantó un trozo de un majestuoso canto gregoriano que,

cuando se oye, parece construir muros de catedral alrededor de quien lo escucha. El joven soltó los remos. Las notas extrañas y solemnes le dieron un tono religioso a su amor, y lo trasladaron a la edad de los caballeros y al reverencial corazón de la caballería.

Flotaba en dos cielos sobre el lago: en el de su voz, con la luna acercándose e iluminándolos a través de una capa de nubes, y más abajo, flotando sobre el vacío, sin ningún otro aliento. Su alma salió de su cuerpo al escucharla.

Debían partir. La llevó suavemente hacia la orilla.

—Nunca había sido tan feliz como esta noche —murmuró.

—Mira, Lucy. Las luces del viejo palacio están en el lago. Mira dónde vas a vivir.

—¿Cuál es tu habitación, Richard?

Se la señaló.

—¡Oh, Richard! ¡Si yo fuera una de las mujeres que te atienden! No pediría nada más. ¡Qué felices deben ser!

—Mi querido ángel de amor. Serás feliz, pero todas deberán atenderte a ti, y yo el primero, Lucy.

—¡Querido! ¿Debo esperar una carta?

—Mañana a las once. ¿Y yo?

—¡Oh, tú tendrás la mía, Richard!

—Tom la recogerá. ¡Espero que sea larga! ¿Te gustó mi última canción?

Se llevó la mano al pecho, y él supo dónde descansaba su misiva. ¡Oh, amor! ¡Oh, cielos!

Salieron de su ensimismamiento con el chirrido de la proa del barco al llegar a la playa de guijarros. Richard saltó a la orilla y la tomó en brazos para ayudarla a salir de la embarcación.

—¿Ves? —dijo cuando la soltó—. ¿Ves? —puso cara de terror—. El ciprés nos señala. ¡Oh, Richard! ¡Nos señala!

Y él, mirándola a ella más que al ciprés, deleitándose con sus formas serias y afectadas, dijo:

—Pero si apenas hay sombra, Lucy. ¡No sueñes, mi amada! ¡O sueña sólo conmigo!

—¡Querido! Pero yo las veo.

—Mañana, Lucy. ¡La carta por la mañana, y tú por la noche! ¡Oh, feliz mañana!

—¿Seguro que estarás allí, Richard?

—Si no muero, Lucy.

—¡Oh, Richard! Por favor, por favor, no hables de eso. Yo no te sobreviviría.

—Recemos, Lucy, para morir juntos cuando nos toque. ¡Vida o muerte contigo! ¿Quién está ahí? He visto a alguien… ¿Es Tom? ¡Es Adrian!

—¿Es el señor Harley? —La bella joven tuvo un escalofrío.

—¡Cómo se atreve a venir aquí! —gritó Richard.

La figura de Adrian, en lugar de acercarse, dio la vuelta al lago discretamente. Se estaban escabullendo cuando los llamó. Repitió su llamada. Lucy le rogó a Richard que fuera con él, pero el jovencito prefirió convocar a su ayudante, Tom, desde su guarida, y enviarle a averiguar qué quería.

—¿Me habrá visto? ¿Me habrá reconocido? —murmuró Lucy, temblorosa.

—¿Y qué si lo ha hecho, amor? —dijo Richard.

—¡Oh, entonces, querido, no sé, pero tengo un presentimiento! No me has hablado de él esta noche, Richard. ¿Es bueno?

—¿Bueno? —Richard le agarró la mano por su frase inocente—. Le gusta mucho comer. Eso es todo lo que sé de Adrian.

Se había llevado la mano a los labios cuando Tom volvió.

—¿Y bien, Tom?

—El señor Adrian desearía hablar con usted, señor —dijo Tom.

—¡Ve con él, querido! ¡Ve! —le rogó Lucy.

—¡Oh cómo odio a Adrian! —El joven apretó los dientes.

—¡Ve! —le urgió Lucy—. Tom, el bueno de Tom, me llevará a casa. ¡Hasta mañana, querido! ¡Hasta mañana, amor!

—¿Deseas partir?

—¡No! Pero no debes venir conmigo ahora. Pueden ser noticias importantes, querido. ¡Piensa, Richard!

—¡Tom, vuelve!

Con la imperiosa llamada, el obediente Tom dio unas cuantas zancadas y no vio nada. Entonces le confió el precioso encargo. Un corazón se parte en dos.

Richard caminó hacia Adrian.

—¿Qué quieres de mí, Adrian?

—¿Cómo? —le respondió Adrian—. No quiero nada de ti, excepto saber si has visto a Benson.

—¿Dónde debería haber visto a Benson? ¿Qué sé yo de lo que hace Benson?

—Claro que no. ¡Siempre con tantos secretos! Quiero que alguien le diga que mande el carruaje de la señora Blandish a la entrada del parque. Pensé que podría estar por aquí. Justo me lo acababa de encontrar en el bosque de la abadía. ¿Qué te pasa, chico?

—¿Lo viste ahí?

—Estaba cazando a Diana, supongo. Cree que no es tan casta como dicen —siguió Adrian—. ¿Vas a derribar ese árbol?

Richard se había vuelto hacia el ciprés y estaba arrancándole la corteza. Lo dejó y fue hacia un fresno.

—¡Ahora le toca el turno al sauce llorón! Vas a destrozarlo —exclamó Adrian—. Se está viniendo abajo. En fin, buenas noches, Ricky. Si ves a Benson, ¿te importaría decírselo?

El maldito Benson, siguiendo a su fornida sombra, apareció en la carretera blanca cuando Adrian hablaba. El joven sabio soltó una risita y se dio la vuelta, siguiendo el camino del lago, mirando de vez en cuando por encima del hombro.

No pasó mucho tiempo antes de oír un grito de auxilio: el rugido de un dragón agonizante. Adrian se sentó en la hierba plácidamente y fijó la vista en el agua. Mientras se repetía el rugido entre horribles ecos, el joven sabio meditó:

«“El destino es un traidor cuando retrasa un castigo”, dicen *Los escritos del peregrino*, o los refranes sobre ese tema. El cielo evidentemente ama a Benson, pues le da su castigo en el acto. Ricky es un joven irascible. Le viene del propenso Gruffudh. Creo en la raza. ¡Qué ruido hace ese viejo rufián! Necesitará que le emplasten con *Los escritos del peregrino*. Llegará un mensaje mañana y habrá alboroto, y quizá todos vayamos a la ciudad, lo cual no será malo para quien ha sido presa de todos los deseos nacidos del aburrimiento. Benson aúlla: ¡todavía queda vida en el viejo perro! Le aúlla a la luna. Mírala. No le importa. Le da lo mismo si nos arrullamos como tortolitos o rugimos como veinte leones. ¡Qué complaciente parece! Y sin embargo tiene tanta compasión por Benson como por Cupido. Les seguiría sonriendo, aunque ambos fuesen apaleados. ¿Eso ha sido un cuervo o Benson? Ya no aúlla. Suena más gutural, como una rana. A medias grillo y el graznido gutural del cuervo. Parece que le están matando. Es hora de ir a rescatarlo. Un salvador tiene más mérito si llega en el último momento».

—¡Eh, quietos! ¿Qué pasa?

Al decir esto, el joven sabio se levantó y caminó sin prisa a la escena de la contienda, donde san Jorge golpeaba al postrado dragón.

—¡Ricky! ¿Eres tú? —dijo Adrian—. ¿Qué es esto? ¿A quién tenemos aquí? ¿Benson, es usted?

—Haz que esta bestia se levante —respondió Richard con la respiración entrecortada, sacudiendo una gran rama de sauce.

—Parece incapaz, querido niño. ¿Qué has hecho? ¡Benson! ¡Benson! Ricky, esto tiene mala pinta.

—¡Finge! —clamó Richard como un salvaje—. ¡Me estaba espiando! Te digo que finge. No ha recibido ni la mitad de lo que merece. Nada es suficiente para un espía. Déjale que se levante.

—¡Joven insaciable! Tira esa enorme arma.

—Le ha escrito a mi padre —gritó Richard—. ¡El espía miserable! ¡Deja que se levante!

—¡Ooogh! ¡No lo haré! —gruñó Benson—. Señor Adrian, es usted testigo… ¡Mi espalda! —Quejidos cavernosos se apoderaban de la historia de su maltrato.

—Me atrevo a decir que ahora quiere a su espalda más que a otra parte de tu cuerpo —murmuró Adrian—. ¡Vamos, Benson! Sea un hombre. El señor Richard ha tirado la rama. Venga, vamos a casa y veamos el alcance de los daños.

—¡Oooogh! ¡Es un demonio! Señor Adrian, señor, ¡un demonio! —gimió Benson, dándose media vuelta sobre la calzada para aliviar sus dolores.

Adrian cogió a Benson del cuello de la camisa y lo levantó para que quedara sentado. Echó un vistazo a la obra de su esperanzador pupilo cuando su fuerza se desataba. El abrigo del mayordomo estaba destrozado; su sombrero, abombado; su gordo espíritu tan roto que temblaba si el implacable ejecutor daba un paso. Richard se encontraba junto a él, agarrando con fuerza la gran rama, y en su rostro no había ni rastro de piedad por Benson.

Benson giró para mirarle y resolló:

—¡No me voy a levantar! ¡No! ¡Está listo para volver a golpearme, y esta vez me matará! ¡Señor Adrian, si se queda aquí y es testigo, es responsable ante la ley! ¡No me levantaré mientras esté cerca!

No había manera de persuadir a Benson de ponerse en pie mientras su ejecutor permaneciera ahí.

Adrian se llevó a Richard a un lado.

—Casi has matado al pobre diablo, Ricky. Estarás satisfecho. Mírale la cara.

—El muy cobarde se movía mientras le golpeaba —dijoRichard—. Le he marcado la espalda. Se agachó. Le dije que eso era peor.

Adrian se quedó con la boca abierta al escuchar tan civilizada salvajada.

—¿En serio? Lo admito. ¿Le dijiste que eso era peor?

Adrian empezó a reír a carcajadas.

—Vamos —dijo—. Excálibur ha hecho su trabajo. Tíralo al lago. Y mira, aquí viene la señora Blandish. Está claro que no puedes darle una paliza delante de una mujer. Ve con ella y dile que el ruido era de un buey moribundo. O dile que era Argos.

Con un zumbido que hizo que los moratones de Benson se estremecieran, Richard lanzó la gran rama por los aires y fue a interceptar a la señora Blandish.

Adrian puso a Benson de pie. El pesado mayordomo estaba dispuesto a obtener toda la conmiseración posible por su carne amoratada. Cada medio paso que intentaba dar era una dislocación. Sus gemidos y gruñidos daban miedo.

—¿Cuánto le costó ese sombrero? —quiso saber Adrian cuando se lo puso en la cabeza.

—Veinticinco chelines, señor Adrian. —Benson se tocó las heridas.

—¡El seguro más barato del que he oído hablar nunca! —dijo Adrian.

Benson se tambaleó y siguió gimiendo a intervalos a su cruel salvador.

—¡Es un demonio, señor Adrian! ¡Es un demonio, señor, estoy seguro, señor! ¡Ooogh! Es un demonio. No puedo moverme, señor Adrian. Tienen que venir a buscarme. Hay que llamar al doctor Clifford, señor. No podré volver a trabajar. No me queda un hueso sano en el cuerpo, señor Adrian.

—Benson, esto le pasa por declararle la guerra a Venus. Espero que las criadas le cuiden bien. Es usted amigo del ama de llaves, ¿no? De eso depende todo.

—Sólo soy un sirviente fiel, señor Adrian —gruñó el triste mayordomo.

—Entonces no tiene más amigos que la cama. Métase en ella lo antes posible, Benson.

—No me puedo mover —Benson se detuvo con decisión—. Tendrán que venir a buscarme. Es una vergüenza que pida que me mueva, señor Adrian.

—Hay que admitir que es usted muy grande, Benson —dijo Adrian—, así que no puedo acarrearle. Sin embargo, veo que el señor Richard vuelve y seguro que me ayudará amablemente.

Al oír estas palabras, Benson se puso en pie de pronto y echó a andar.

Richard se encontró a una consternada señora Blandish.

—Estoy muy asustada —dijo—. Dime, ¿qué eran esos gritos?

—Alguien ajusticiando a un espía —dijo Richard, y la dama sonrió y lo miró con cariño, pasándole la mano por el pelo.

—¿Eso era todo? Lo habría hecho yo misma si hubiese sido un hombre. Bésame.

Capítulo XXI

Al día siguiente, a las doce, los residentes de la abadía de Raynham sabían que Berry, el sirviente del *baronet*, había llegado a toda prisa de la ciudad con órdenes de llevarse al señor Richard, y que el señor Richard se había negado, jurando que no iría, desafiado a su padre y despachado a Berry. Berry era todo lo que Benson no era. Benson odiaba a las mujeres, Berry las admiraba de corazón. Después de su majestuosa persona, las mujeres ocupaban sus pensamientos y exigían su homenaje. Entre las criadas de Raynham, sus imponentes pantorrillas suscitaban la discordia y el frenesí que esos ornatos producen en los tiernos corazones. Tenía, además, la reputación de haber sufrido por amor, lo que contribuía a que las damas sufrieran por él. Con sus pantorrillas, sus palabras de diccionario y el halo del rencor de Venus, este Adonis de la parte inferior de la casa era un hombre poderoso, y se movía como tal.

Al oír el tumulto tras la llegada de Berry, Adrian mandó un criado para que le informara del motivo de su misión y del resultado.

—Deberías primero haber venido a mí —dijo Adrian—. Te creía suficientemente listo, Berry.

—Perdóneme, señor Adrian. —Berry extendió los brazos para explicarse—. Al obedecer órdenes, no me sentía libre.

—Ve a ver al señor Richard de nuevo, Berry. Si se resiste, debe producirse una confusión. Quizá deberías mencionar una apoplejía. Una indirecta bastará. Y, Berry, cuando vuelvas a la ciudad, no menciones nada, citando a Johnson, de la penitencia de Benson.

—Desde luego que no, señor.

La indirecta del joven sabio tuvo el efecto deseado en Richard.

Richard mandó a Tom con una carta apresurada a Belthorpe y, a lomos de su caballo, galopó a la estación de Bellingham.

Sir Austin estaba cenando en su hotel cuando la esperanza de Raynham irrumpió en su habitación.

El *baronet* no estaba enfadado con su hijo. Al contrario; era especialmente justo y se inculpaba a sí mismo si no le sublevara el orgullo. Eso había discurrido durante el día, tras recibir la carta de Benson, que le faltaba cordialidad, y que no había sido, debido a su excesiva ansiedad, un buen compañero de su hijo; no era suficiente ser padre y madre para él, como se esforzaba, además de preceptor y amigo, previsor y socio. No había preguntado a su conciencia cómo había actuado últimamente respecto al sistema. Se había alejado de Raynham en plena crisis de la edad magnética, y esta joven de la parroquia (como Benson en su carta había llamado a la dulce Lucy) era la consecuencia.

¡Sí! El orgullo y la sensibilidad eran sus mayores enemigos, y los aplastaría. Para empezar, abrazó a su hijo, algo difícil para cualquier inglés, y más aún para alguien al que le avergonzaban las emociones. Sintió un extraño placer, sin embargo. Y el joven pareció responderle, también emocionado. ¿Era entonces su amor correspondido con el amor de padre en esos días antes de la temporada de floración?

Richard, mudo al principio, gritó:

—¡Querido padre! ¡Está a salvo! Temía… ¿Está mejor, señor? ¡Gracias a Dios!

Sir Austin se apartó.

—¿A salvo? —preguntó—. ¿Por qué lo dices?

En lugar de responder, Richard se dejó caer en una silla, cogió su mano y la besó.

Sir Austin tomó asiento y esperó a que su hijo se explicase.

—¡Esos médicos son tan estúpidos! —estalló Richard—. Estaba seguro de que se equivocaban. No distinguen un dolor de cabeza de una apoplejía. El viaje ha merecido la pena, señor, para verle. Dejó Raynham tan de repente. ¡Pero está bien! ¿Tuvo de verdad un ataque de apoplejía?

Su padre arqueó las cejas y dijo que no. Richard prosiguió:

—Si estuviera enfermo, no habría llegado a tiempo, aunque si los diagnósticos forenses galoparan, los médicos serían culpables de la matanza de yeguas. *Cassandra* estará agotada. Llegué demasiado pronto al tren en Bellingham, y no esperé. El pobre animal ha recorrido la distancia en cuatro horas y tres cuartos. Está bastante bien, señor, ¿no cree?

—Espero que te haya abierto el apetito para la cena —dijo el *baronet*, menos satisfecho al comprender que no era sólo obediencia lo que le había traído tan deprisa.

—Estoy listo —replicó Richard—. Debo volver en el último tren esta noche. Dejaré a *Cassandra* aquí para que descanse.

Su padre le sirvió la sopa con tranquilidad, la cual comenzó a engullir con un ímpetu que podría pasar por apetito.

—¿Todo bien en Raynham? —dijo el *baronet*.

—Bastante bien, señor.

—¿Nada nuevo?

—Nada, señor.

—¿Está igual que cuando me fui?

—¡Ningún cambio!

—Tengo ganas de volver a casa —dijo el *baronet*—. Mi estancia en la ciudad ha sido ciertamente provechosa. He conocido a gente agradable que tal vez nos hagan una visita a finales de otoño. Gente que te gustará conocer. Están deseando ir a Raynham.

—Me encanta Raynham —dijo Richard—. No me quiero ir nunca de allí.

—¿Cómo es eso, chico? Cuando te dejé pasabas el día queriendo venir a la ciudad.

—¿En serio, señor? ¡Qué extraño! Bueno, no quiero quedarme aquí. Ya he visto suficiente.

—¿Cómo me ves?

Richard se rió y expresó su asombro por los kilómetros de ladrillo, y el ruido, y las hordas de gente, concluyendo que como en casa no se estaba en ningún sitio.

El *baronet* observó sus sintomáticos ojos brillantes y le regaló una frase de doble filo:

—Anclar el corazón a cualquier cosa antes de haber visto mundo es estupidez de juventud, hijo mío. ¡Venera el tiempo! Es una máxima mejor que la de tu Horacio.

«¡Lo sabe todo!», pensó Richard, e instantáneamente se alejó de su padre y construyó una muralla alrededor de su amor y de él mismo.

Cuando terminaron la cena, Richard miró su reloj y dijo con brusquedad:

—Llegaré a tiempo, señor, si salimos ahora caminando. ¿Me acompaña?

El *baronet* no respondió.

Richard iba a repetir la pregunta, pero vio los ojos de su padre fijos en él de manera tan significativa que titubeó y jugueteó con su vaso vacío.

—Tomemos un poco más de vino —dijo el *baronet*.

Trajeron más vino, y se quedaron solos.

El *baronet* se acercó a su hijo y comenzó:

—No sé qué pensabas de mí, Richard, ni de los años que hemos vivido juntos. Y, en efecto, puede que yo no me haya preocupado de eso y, de haber muerto sin terminar mi trabajo, no podría quejarme de perder la mitad de mi recompensa: oírte darme las gracias. Quizá nunca lo oiré. Todo, salvo el egoísmo, tiene su recompensa. Seré feliz si tú prosperas.

Recobró el aliento y continuó:

—Sufriste una gran pérdida en la infancia. —Padre e hijo se sonrojaron—. Para hacerte feliz, me aislé del mundo y me dediqué por completo a tu bienestar, y creo que no es la vanidad quien asegura que el hijo que he criado es una de las más esperanzadoras criaturas de Dios. Pero, por esa misma razón, estás más expuesto a tentaciones, y a hundirte todavía más. El primer ángel creó el camino al infierno.

Hizo otra pausa. Richard toqueteaba el reloj.

—Nuestra casa, hijo mío, tiene una sangre peculiar. Nos podemos arruinar fácilmente. Suena como una maldición, pero no puedo evitar pensar que se nos pone a prueba más que a otros hombres. Lo veo en nosotros. Y tú, hijo mío, estás compuesto de dos estirpes. Tus pasiones son violentas. Te gusta el sabor de la venganza. Has visto, a pequeña escala, que la venganza comporta ríos de sangre. Pero hay otro poder en ti. Estás llegando al altiplano de la vida, donde las batallas de mentira se vuelven batallas reales. Y llegas equipado con igual fuerza para crear y destruir —reflexionó antes de anunciar la ocurrencia, de profundo significado—: ¡Hay mujeres en el mundo, hijo mío!

El corazón del joven volvía galopando a Raynham.

—Cuando estés con ellas estarás plenamente a prueba. Al conocerlas constatas que la vida es una burla, según dicen algunos, o un regalo y una bendición. Son nuestra prueba. Amar a un ser humano es la prueba del alma.

El joven oyó el silbato del tren. Vio el bosque iluminado por la luna y la visión de su amada. Apenas podía contenerse y escuchar.

—Creo —dijo el *baronet*, pero sin la jovialidad del convencimiento— que hay mujeres buenas.

¡Oh, si conociera a Lucy!

—Pero muy pocos las conocen en la juventud —miró a Richard atentamente—, por no decir ninguno. Las encontramos tras sufrir los golpes de la vida y, cuando encontramos a la mujer adecuada, la locura ha deformado

nuestro destino y la suerte está echada. Las mujeres no son el fin, sino el medio de la vida. En la juventud creemos lo primero, y hay miles que, sin la excusa de ser jóvenes, eligen una pareja con ese pensamiento. Y ellas nos castigan por pervertirlas. Castigan a la sociedad.

El *baronet* se llevó la mano a la frente pensando en las consecuencias.

«El pupilo más diligente no aprende tanto como el profesor más sincero», dicen *Los escritos del peregrino*, y *sir* Austin, al hablar con moderación de las mujeres, empezaba a comprenderle.

La sangre fría y caliente debatieron sobre el amor.

La sangre fría dijo:

—Es una pasión que sigue el orden de la naturaleza, la fruta madura de nuestro ser animal.

La sangre caliente exclamó:

—¡Es una divinidad! ¡Por lo que vale la pena vivir!

La sangre fría dijo:

—Es una fiebre que nos pone a prueba y con frecuencia lleva a la perdición.

La sangre caliente respondió:

—Que me lleve adonde quiera, yo la sigo.

La sangre fría dijo:

—Es el nombre que utilizan mujeres y hombres para santificar sus apetitos.

La sangre caliente exclamó:

—¡Es un culto! ¡Una religión! ¡La vida!

Y así siguieron caminos paralelos.

El *baronet* adoptó un tono más personal:

—Sabes cuánto te quiero, hijo. El alcance de mi amor no lo conoces, pero debes saber que es profundo y que no deseo exhibirlo, pero a veces un padre debe exigir gratitud, ya que la verdadera expresión es el bien moral de su hijo. Si te importa mi amor, o tú me quieres, ayúdame con todas tus energías a ser el hombre que he educado, y protégete de las trampas que te acechan. Hubo un tiempo en que estaba en tus manos, pero ya no es así. Recuerda, hijo mío, lo que es mi amor. Es diferente, me temo, al amor de otros padres, pero yo estoy atado a tu bienestar, y lo que hagas me afecta de forma vital. Cada paso que das influye en mi felicidad o en mi desgracia. Y he tenido muchas decepciones, hijo.

Por ahora iba bien. Richard quería a su padre, e incluso en su estado de frenesí no podía contener su emoción al oírle hablar así.

Por desgracia, el *baronet*, que nunca veía cuándo ganaba una batalla, creyó apropiado endulzar la seriedad de su sermón bromeando sobre los jóvenes que se creen enamorados y, verdes y tiernos, ansían (algo horrible que los hombres sabios llevan a cabo con dudas tras mortificarse con una penitencia) ¡casarse! Esbozó al joven estúpido, objeto de desdén del público general. Esbozó a la mujer, aquel extraño ser creado a nuestra imagen, con nuestras facultades. Declaró que el joven que desea poseerla demuestra incapacidad de dominarse, y nada sabe de la mujer, excepto que es el deseo del amor al mundo y a sí mismo. Siguió hablando del joven estúpido, hasta que el joven estúpido sintió que le ardía la piel, y se ahogaba de furia y vergüenza.

A pesar de su sabiduría, el *baronet* echó a perder su trabajo. Podía analizar el amor y anatomizar a la mujer. Podía devolverla al lugar adecuado y declararla bella. Podía ser astuto, jocoso, gentil, patético, maravillosamente sabio: hablaba a oídos sordos.

Cerró su sermón repitiendo la pregunta, pronunciada con suavidad:

—¿Tienes algo que decirme, Richard?

Y, como esperaba una confesión y el restablecimiento de la confianza, la insensible respuesta lo dejó helado:

—No.

El *baronet* recayó en su silla y tamborileó los dedos.

Richard se dio la vuelta para evitar que continuara la conversación y fue hacia la ventana. En el trozo de cielo, encima de la calle, brillaban dos o tres estrellas con una luz débil, dejando paso a la luna. La luna se alzaba; los bosques se levantaban hacia ella; su estrella de los bosques estaría allí. Una cesta con una cama de musgo dispuesta entre flores le evocó el aroma del bosque y le llenó de un anhelo delirante.

Una sucesión de fuertes suspiros llevó a su padre a poner la mano en el hombro de su hijo.

—¿No tienes nada que decirme? ¡Dime, Richard! Recuerda que no hay hogar para el alma si subyace una sombra de fingimiento.

—Nada en absoluto, señor —replicó el joven, sosteniendo su mirada.

El *baronet* retiró la mano y se paseó por la habitación.

Richard no pudo controlar su impaciencia y dijo:

—¿Pretende que me quede, señor? ¿No quiere que regrese a Raynham esta noche?

Su padre contestó, con presuntuosa jovialidad:

—¿Qué? ¿Y coger el tren con diez minutos de retraso?

—*Cassandra* me llevará —dijo el joven con entusiasmo—. No seré duro con ella, señor. ¿O quizá pueda prestarme a *Winkelried*? Con él llegaría en menos de tres horas.

—Sabes que las puertas del parque estarían cerradas.

—Bueno, podría dejarlo en el pueblo. Dowling conoce el caballo y lo trataría bien. ¿Me lo presta, señor?

El rostro de Richard pareció despejarse con la pregunta. Al menos, si bien echaría de menos a su amor esa noche, estaría cerca de ella, respirando el mismo aire, señalando la estrella sobre su aposento, contemplando la distancia desde que la conocía, con la esperanza medio satisfecha y la brillante presencia corpórea de Hespérida. Dos golondrinas bajo el alero ensombrecían las ventanas de la habitación de Lucy. Dos golondrinas, en el mismo nido, pájaros felices que trinaban a la belleza que yacía sola en la cama. El corazón del amante giraba alrededor de estos pájaros, y no sabía por qué. Los asociaba a sus sueños velados de felicidad. Rara vez pasaba una mañana en la que no los observara dejar el nido a la hora del desayuno, ocupados en la feliz quietud del alba. Le parecía que si podía estar en Raynham para verles al amanecer, sería compensado por su pérdida incalculable de esa noche; perdonaría y amaría a su padre, a Londres, a la vida, al mundo. ¡Sólo ver sus espaldas púrpuras y los pechos blancos brillando en el silencioso aire de la mañana! No quería nada más.

El sermón del *baronet* había puesto esta bendición al alcance del joven visionario.

Su padre seguía poniendo a prueba el temperamento del joven.

—Sabes que no habrá nadie esperándote mañana en Raynham. Es injusto que molestes a las criadas.

Richard ignoró las objeciones.

—Entonces, hijo mío —dijo el *baronet*, conservando el tono jocoso—, debo decirte que deseo que te quedes en la ciudad.

—¡Entonces no ha estado enfermo, señor! —gritó Richard, y con desesperación descubrió la trama.

—He estado tan bien como tú has querido —respondió su padre.

—¿Por qué esta charada? —exclamó el joven airado.

—Creo, Richard, que tú mismo puedes contestar —replicó con amable severidad.

Por miedo a ser señalado como el joven estúpido, Richard se abstuvo de protestar. *Sir* Austin vio que hacía trizas su furia, reservándola para una futura explosión, y pensó que era mejor dejarlo solo.

Capítulo XXII

Durante tres semanas, Richard se vio obligado a permanecer en la ciudad y sobrellevar las enseñanzas del sistema en un nuevo ambiente. Tuvo que escuchar a hombres de ciencia que venían a renovar la amistad con su padre, y *sir* Austin quería que los respetara y aprendiera de ellos. El *baronet* opinaba que los hombres de ciencia eran las únicas mentes envidiables y bien amuebladas. Tuvo que soportar que le presentaran a los Grandison, y percibir sus miradas, acechado por el joven estúpido. La idea de que lo veían así lo mantuvo en una silenciosa sumisión. Y era horrible. Pues se trataba de una atrocidad cometida diariamente con la bella imagen que guardaba en su corazón. La idea de que el mundo se riera de él por amar a la dulce Lucy le causó una gran angustia y desarrolló una misantropía prematura. El sistema quería mostrar a qué abismos llevan las jóvenes de la parroquia, y fue arrastrado a medianoche a ver a los hijos e hijas de la oscuridad, siguiendo el modelo prescrito por el señor Thompson, para que fuera testigo de sus bailes y actos lujuriosos en el camino a la perdición. Pero de esta visión quizá el profesor aprendió más que su pupilo, pues, en sus horas meditativas, lo encontramos preguntándose en su cuaderno: «¿La vida alegre está reservada al género masculino?, —una cuestión que no se le había ocurrido en Raynham. Y, de nuevo—: Si los hombres no le dieran tanta importancia…»; un asunto que supuestamente terminó ahí, pues no vuelve a aparecer en el cuaderno. Pero, según lo entiendo yo, se pronunciaba a favor de las mujeres y lo había deducido de la observación empírica. Para Richard, las escenas que contempló fueron visiones extrañas y salvajes, que a lo sumo incrementaron su misantropía.

Unos pocos mensajes de Lucy alimentaron al amante en las dos primeras semanas de exilio. Pero cesaron, y Richard cayó en tal abatimiento que su

padre, alarmado, tuvo que tomar medidas para adelantar su regreso a Raynham. Al final de la tercera semana, Benson depositó un par de cartas con el sello de Raynham en la mesa del desayuno y, tras leer una atentamente, el *baronet* preguntó a su hijo si quería que dejaran la metrópolis.

—¿En busca del aire de Raynham? —gritó Richard esperanzado, y flaqueó, diciendo—: ¡Como desee! —consciente de que el joven estúpido había asomado la cabeza.

Berry recibió órdenes de organizar los preparativos para el regreso a Raynham.

La carta cuya lectura interrumpió *sir* Austin para escuchar los deseos de su hijo era una composición del joven sabio Adrian, y decía así:

> Benson se recupera tenazmente. Exige una gran indemnización. ¡Qué bien cuando un fiel idiota recibe todo el sufrimiento en una casa! Estoy de acuerdo con usted en que nuestro fiel idiota era el mejor criado en las situaciones más delicadas. Benson ha hecho historia. Le he dicho que eso es una indemnización suficiente, y que la dulce musa normalmente insiste hasta que el caballero está despellejado antes de acceder a prestarle atención. Pero benson, lamento decir, rechaza la comodidad que debería ofrecerle tal observación de mantenerse y vivir de manera opaca. El heroísmo parece cuestión de entrenamiento. La fidelidad ciega es la naturaleza de benson; el resto se lo imponen.
>
> La joven ha abandonado el vecindario. Me entrevisté con la bella papista yo mismo, y también con Blaize. Ambos fueron sensatos, aunque uno perjuró y la otra suspiró. Es bella. Espero que no tenga afición por la pintura. Puedo asegurar que sus piernas son fuertes, pues va andando a Bellingham dos veces por semana para tomar un baño escarlata; confesada y purgada por la unción romana, vuelve a paso ligero, del que mi sistema muscular protestante todavía se acuerda. Fue en la carretera a Bellingham donde la abordé. Su pelo es bonito. La señora godiva podría haberla retado, y sería un combate justo. ¿No te has dado cuenta de que la mujer está más cerca de la flora que el hombre? El señor Blaize la reserva para su hijo, una unión que todo amante de la mitología de las hadas desea ver consumada. El joven Tom es el heredero de todas las

pertenencias de la bestia. Las criadas de Lobourne dicen (he oído) que es un próculo entre ellas. Es posible que los hombres envidiosos lo digan por las criadas. La beldad no habla mal, y, en general, es mejor que esté lejos de nuestro camino.

La otra carta era de la señora Blandish, la epístola de una dama, y decía:

He cumplido sus órdenes lo mejor que he podido, y me ha entristecido mucho. La joven está muy por encima de su posición. ¡Qué pena que sea así! Es casi hermosa; bastante hermosa a veces, y en absoluto lo que se imagina. La pobre no tiene nada que contar. La he vuelto a ver, y he hablado con ella con tanta amabilidad como he podido. No he conseguido sacarle más de lo que sabemos. Es la historia de una mujer lo que escucho. Richard es el dios que idolatra. Renunciará a él y se sacrificará por su bien. ¿Tan malos somos? Me preguntó qué debía hacer, pues afirma que hará lo que se le diga, salvo fingir amar a otro, algo impensable, y creo que no lo hará. Sabe usted que soy una sentimental, y confieso que derramamos juntas unas lágrimas. Su tío la ha enviado a la institución donde fue educada para pasar el invierno, donde la quieren mucho y desean que se quede, lo que sería muy bueno. Es un buen hombre. Su padre se la encomendó, no interfiere en su religión, y es muy escrupuloso con lo que la concierne, aunque, como dice, él es cristiano. En primavera (aunque la niña no lo sabe) volverá y la casarán con el patán de su hijo. Estoy decidida a evitarlo. ¿Podría contar con tu promesa de ayudarme? Cuando la veas, estoy segura de que sí. Sería un sacrilegio permitir tal cosa. Sabe, son primos. Me preguntó dónde en el mundo habría alguien como Richard. ¿Qué podía decirle? Eran sus propias palabras, dichas con una profunda convicción. Espero que el muchacho esté tranquilo. Me estremezco al pensar qué sucederá cuando vuelva y descubra lo que he hecho. ¡Espero estar haciendo lo correcto! Una buena acción, dice usted, nunca muere. Pero no siempre estamos seguros; debo confiar en usted. Sí, así es. Es fácil sufrir el martirio si uno está seguro de su causa. Pero hay que estar seguro. No he hecho nada últimamente, salvo repetirme a mí misma ese dicho suyo, el n.º 54, cap. 7, pág. 118, y me ha consolado. No sé por qué, excepto

que la sabiduría consuela, tenga un uso directo o no: «Por esta razón, muchos se alejan de Dios, habiéndole alcanzado: se aferran a él con sus debilidades, no con su fuerza».

Me gustaría saber qué pensaba cuando compuso este aforismo, qué le inspiró. ¿Se puede pedir permiso para inspeccionar la maquinaria de la sabiduría? Tengo curiosidad por saber cómo surgen los pensamientos, los de verdad. No es que espere adquirir ese don. Aquí está el comienzo de uno (pero nosotras, pobres mujeres, ni siquiera podemos enlazar dos de las tres ideas que usted dice que forman un pensamiento): «Cuando un hombre sabio da un paso en falso, ¿no llega más lejos que un tonto?». Se me acaba de ocurrir.

No puedo seguir con Gibbon, así que espero su regreso para volver a mis lecturas. Me disgusta el tono burlón de sus escritos. Sigo refiriéndome a su apariencia, hasta que el desagrado se torna personal. ¡Es tan diferente de Wordsworth! Y, sin embargo, no puedo evitar pensar que siempre está pensando solemnemente en sí mismo (pero le venero). Aunque es curioso: Byron era más egoísta y, aun así, con él no me pasa lo mismo. Me recuerda a una bestia del desierto, bella y salvaje, y el otro es lo que imaginaría un asno superior, reclamado entre los infieles para ser… bueno, un asno muy superior, es decir, con una estupenda retórica y gran complacencia natural, cuya cabezonería se debe admirar como parte de su misión. Lo peor es que nadie imagina nada sublime en un asno superior, por lo que mi símil es falso e injusto. ¿No es extraño? Prefiero a Wordsworth, pero Byron ejerce sobre mí mayor poder. ¿Cómo es posible?

(«Porque —escribió *sir* Austin con lápiz al lado de la pregunta— las mujeres son cobardes y sucumben a la ironía y a la pasión, antes de entregar su corazón a la excelencia y la inspiración de la naturaleza»).

La carta seguía:

He terminado de leer a Boiardo y he empezado con Berni. Este último me ofende. Supongo que a las mujeres nos da igual el humor. Usted está en lo cierto al decir que nosotras no

> tenemos humor, y que nos carcajeamos en lugar de reír. Es cierto (para mí, al menos) que «a sus ojos, Falstaff sólo es un gordo incorregible». Quiero saber qué ejemplifica. Y don Quijote, ¿para qué sirve ridiculizar una mente noble? Usted dirá: es práctico. Así es. Somos muy cerradas de mente, lo sé. Pero, en cambio, nos gusta el ingenio, el práctico, eso es. O, en sus palabras (que normalmente vienen en mi ayuda, quizá lo adivine): «Preferimos el ánimo agudo al amplio abrazo de la inteligencia».

Releyó la carta por encima, paseándose por la habitación, escogiendo los pasajes que consideraba importantes y desechando los demás. Hay ideas que al lenguaje le quedan demasiado grandes, y les da una forma arbitraria, que vienen a nosotros y tienen una influencia definitiva y, sin embargo, no podemos aferrarnos a las cosas diáfanas, y hacerlas visibles y nítidas a nuestros ojos, mucho menos a los de otros. ¿Por qué miró al espejo dos veces? Se quedó quieto un momento, con la cabeza erguida, contemplándose. Sus ojos le parecían insuficientes para leer sus rasgos, las cejas grises, las arrugas hasta la mitad de su frente alta y recta, el cabello de color gris hierro sobre su frente, como el penacho de Richard. Toda su apariencia mostraba el paso de los años, pero nada de la dignidad de su juventud se había ido. Estaba satisfecho, pero tenía los ojos muy abiertos, como quien mira el verdadero yo tras la máscara. Quizá especulaba al contemplar su aspecto frente a la mirada discriminatoria de la dama. No sospechaba de sus sentimientos. Sabía con qué extraordinaria lucidez las mujeres podían, si les apetecía, y si sus sentimientos no hervían bajo el sol del mediodía, tomar la cara de un personaje y señalar su debilidad. Era consciente de la ausencia de humor sobre sí mismo (lo que más le alejaba de sus compañeros), y quizá el autocrítico caballero de mente clara pensaba: «¡Y a mí también, al lado del poeta: nos ve como bestias grises superiores!».

Puede que lo pensara así; era capaz de gran abstracción, y sabía arrancar miradas brillantes del amplio espejo que el mundo nos muestra y al que se aferra nuestra pequeña brújula para mirarnos en él. Por desgracia, no poseía la facultad de la risa, que se debe a este don, y sabía que, como el compañero de Balsam, no podía ir más allá. Una buena carcajada le habría salvado de las garras del autoengaño, de la rareza y la extravagancia, y le habría dado una visión más sana que no tenía.

De vuelta a Bellingham en el tren, con la cabeza atolondrada y los ojos brillantes de su hijo al lado, *sir* Austin intentó sentirse infalible, como debería

sentirse un hombre con un sistema; pero no pudo y, tras muchos conflictos mentales, procedió a desarrollar un antagonismo contra la joven interpuesta entre su experimento y el éxito. No tenía buena opinión de ella. Los elogios que la señora Blandish dedicaba a su comportamiento y su belleza le irritaban. Tras olvidar que, en cierto modo, había renunciado a sus derechos de ejercer de padre normal, procedió a interrogarse exactamente igual: «¿Por qué no estaba justificado hacer lo que estaba en su poder para evitar que su hijo se perdiera con la primera criatura bonita que encontrase?». Al pensar así, perdía la ternura que debía tener su experimento —el ardiente joven que respiraba junto a él— y su excesivo amor por él adoptaba un tono riguroso. Le pareció político, razonable y justo que el tío de esta jovencita, que durante tanto tiempo había planificado casarla con su hijo, no sólo no viera malbaratados sus designios, sino que le animaran y le ayudaran. Al menos, que no le frustraran. *Sir* Austin no tenía un espejo cuando estas ideas tomaban forma en su mente, y ya se había olvidado de la carta de la señora Blandish.

Padre e hijo estaban solos en el coche del tren. Ambos sentían demasiada angustia para empezar a hablar. Al acercarse a Bellingham, la oscuridad llenó los vacíos del paisaje. Sobre los montes de pinares, más allá de la estación, un último rayo rosado atravesó el cielo verde. Richard le echó un vistazo. Lo miró embelesado: parecía lleno del espíritu de su amor, y lágrimas de añoranza asomaron a sus ojos. La triste belleza de esa parte del cielo parecía gritar que jurara que su amor por Lucy era real, como el doloroso rostro de su *fleur-de-luce*, así la llamaba, pidiéndole fe. Esa forma tímida y temblorosa de entrecerrar los ojos y guardar la luz bajo los párpados al contemplar el rostro de su amante, con una mirada tan mística y dulce, crecida para ser la fuente de sus sueños: la vio allí y se le heló la sangre.

¿Ha oído hablar el lector de esos toques de varita mágica de una cualidad ignota, ante los que nuestro ser se derrite, y como en el despertar nos volvemos etéreos, temblamos con una nueva alegría? Rara vez se producen, incluso en el amor, si creemos que son revelaciones. Sin duda son sensaciones, y en esos momentos no somos más que los pólipos que se agitan si los colores del cielo se filtran a través de ellos. Sin embargo, en nuestros días significa haber tenido experiencias de los pólipos para recrearnos en ellas, y tener un horizonte: pálidos mares de atractivo esplendor. Quien así haya sentido (si no está atado) encuentra antes la isla de la felicidad. La fe sensual en la gloria significa algo. «Recordemos que la naturaleza —dicen *Los escritos del peregrino*—, aunque pagana, muestra lo mejor para que descansen los pies del cielo. No es polvo, sino una porción viviente de las

esferas. En nuestra ambición cometemos un error al despreciarla, olvidando que sólo a través de la naturaleza podemos ascender. Amada, domesticada y purificada, se convierte en merecedora del compañero divino que así la desea. San Simeón vio el jabalí en la naturaleza, y tomó la naturaleza por el jabalí».

Era una de esas extrañas exaltaciones que experimentaba el joven, y no sabía cómo, pues la tristeza y las corazonadas se desvanecían. La suave varita lo tocó a él. En ese momento, si *sir* Austin hubiera sido sincero, Richard podría haber abierto su corazón. Tenía que evitarlo.

Decidió sentirse herido como cualquier padre y aplicar su sistema con un ardid. La señora Blandish había revivido los celos hacia la criatura que lo amenazaba, y los celos en un sistema son tan irreflexivos y vengativos como los de una mujer.

Las raíces de los brezales y los pinos respiraban en la fresca noche otoñal junto a la estación de Bellingham. Richard vaciló al bajar del tren, y aspiró el aire campestre con ansiosas bocanadas. Dejó a su padre recibiendo las felicitaciones del jefe de la estación, y se dirigió a la carretera de Lobourne en busca de su fiel Tom. Éste había recibido órdenes a través de Berry para que esperara con la yegua de su amo, *Cassandra*, en una plantación de abetos sin cercar, en los límites de la carretera; Richard, sabedor del gusto de su criado por la conspiración, fue a buscarlo al rincón más recóndito, y lo encontró oliendo a tabaco.

—¿Qué pasa, Tom? ¿Está enferma?

Tom se quitó el gorro para rascarse la cabeza ante el dilema, un antiguo hábito agrario del que aún se veía preso cuando se enfrentaba a dificultades repentinas.

—No, no, el rastrillo no, señor Richard —se quejó con una falsa sonrisa, mientras sostenía la mirada de su amo que lo amenazaba.

—¡Habla! —ordenó—. ¡No he recibido una carta en una semana!

Richard escuchó las novedades por boca de Tom. Se las tomó con sorprendente calma, acercándose al cuello de *Cassandra*, y mirando a Tom, sin verle, con dureza; por consiguiente, Tom deseaba de corazón que su amo le diera un puñetazo para que no lo mirara como un búho.

—¡Sigue! —dijo Richard, con voz ronca—. ¿Sí? ¡Se ha ido! ¿Y qué más?

Tom comprendió que debía contarlo con detalle, y explicó que una criada de Belthorpe con el nombre de Davenport le había dicho que la jovencita no durmió la noche en que supo que se iba, sino que se sentó en su cama hasta el amanecer, llorando apenada, aunque no se quejó. Al oírlo, las lágrimas se deslizaron por las mejillas de Richard. Tom dijo que había intentado verla,

pero el señor Adrian le mantuvo ocupado haciendo el cálculo de una suma terrible, ¡todo el día!, arguyendo que eso complacería al joven amo a su vuelta.

—Y además algo en latín —añadió Tom—. ¡Para volverse loco, señor! —exclamó con patetismo. El pobre había tenido que aprenderse una declinación latina.

Tom la había visto la mañana que se fue, le dijo. Parecía muy infeliz, y le saludó con amabilidad al pasar a su lado en coche de caballos junto al joven Tom Blaize.

—Tiene unos ojos fuera de lo común —dijo Tom, agitando los brazos—, y cuando llora no se pone fea.

Tom no tenía más que decir, salvo que, al llegar a la curva de la carretera, la joven había sacado la mano por la ventanilla y parecía agitarla, como si se despidiera: «¡Adiós, Tom!».

—Y aunque no me veía —dijo Tom—, me quité el sombrero. Fue muy amable acordándose de alguien como yo.

Se encontraba en un momento de alta tensión, con su educación de héroe y el estado de enamoramiento de su amo.

—¿No la viste más, Tom?

—No, señor. Ésa fue la última vez.

—¿Fue la última vez que la viste, Tom?

—Bueno, señor, no volví a verla.

—Y así desapareció.

—Totalmente, señor.

—¿Por qué se la llevaron? ¿Qué han hecho con ella? ¿Adónde se la han llevado?

Richard dirigía el ardiente interrogatorio más al cielo que a Tom.

—¿Por qué no ha escrito? —prosiguió—. ¿Por qué se ha ido? Es mía. ¡Me pertenece! ¿Quién se atreve a llevársela? ¿Por qué se fue sin una carta? ¡Tom!

—Sí, señor —dijo el recluta bien entrenado, preparándose a recibir órdenes.

Esperaba un cambio de tema por el tono en que había pronunciado su nombre, pero Richard insistió:

—¿Adónde se la han llevado?

Y esto dejó a Tom aún más perplejo que la larga suma aritmética que había tenido que hacer. Sólo podía bajar las comisuras de sus labios y mirar a su amo con extrañeza.

—Seguro que estuvo llorando. ¿Lo viste, Tom?

—Sin duda, señor Richard. Llorando día y noche, diría yo.

—¿Y lloraba cuando la viste?

—Parecía como si hubiese parado un momento, señor.

—Pero ¿tenía el rostro pálido?

—Como una sábana.

Richard quería comprobar si su instinto había vislumbrado algún dato nuevo. Se sentía como en una jaula, golpeándose contra los barrotes. Las lágrimas de Lucy eran estrellas en su negra noche. Se aferró a ellas como a esferas de oro. Inexplicables como eran, se trataba de muestras de amor.

Los rayos del atardecer habían abandonado el oeste. No había ninguna luz salvo el firme ojo lánguido del crepúsculo. Hacia allí se dirigía. Se montó en *Cassandra*, y dijo:

—Diles algo, Tom. No llegaré a casa a la hora de cenar. —Y se alejó cabalgando hacia el hogar de luz marchita que caía sobre Belthorpe, donde creyó ver la demacrada mano de Lucy, despidiéndose, esfumándose según él avanzaba. Le habían robado su joya, y sólo podía contemplar el joyero vacío.

Capítulo XXIII

Era de noche cuando Richard llegó al viejo camino ensombrecido por los olmos y bordeado de hierba que llevaba de Raynham a Belthorpe. El pálido ojo del crepúsculo se había cerrado. El viento había alejado un banco de nubes del oeste, que ahora se extendían por el cielo, recorriéndolo tras sus perseguidores jadeantes. Al acercarse a la granja, su corazón se agitó y dio un vuelco. Estaba seguro de que se hallaba allí. Debía de haber vuelto. ¿Por qué se había ido sin escribirle? Le agarró la sospecha por la garganta, dejándola sin voz, y así silenciaba la razón. Que no le hubiera escrito era la prueba de que había regresado. Sólo escuchaba a su imperiosa pasión, y murmuró para ella dulces palabras, como si estuviera allí, atesorando los epítetos del amor. Y estaba allí, lo presentía: se movía en algún lugar de la casa como una llama plateada, haciendo las dulces tareas del hogar. Su sangre comenzó a cantar: «¡Oh, felices los que estáis dentro, que podéis verla y estar con ella!». Por algún proceso extraordinario se las ingenió para proyectar gloria sobre la fornida persona del granjero Blaize. Para ser compañero de un ángel, se debe conocer la felicidad del ángel. ¿No era Tom envidiable? El olor de clemátide traído por el viento le envolvió, penetró su cerebro e iluminó la vieja casa de ladrillo rojo, pues recordaba dónde había crecido, el rosal de invierno, el jazmín, la flor de la pasión, el jardín delantero con las rosas cuidadas por sus manos, la larga pared con la sombra de las ramas del cerezo, el jardín trasero que se dejaba entrever tras la pared, y la orquídea, y los campos más allá, ¡el lugar feliz donde ella vivía! Resplandecía al contemplarlo en la oscuridad. Y, sin embargo, era lo contrario de la esperanza lo que avivaba esa luz e inspiraba la calma momentánea que experimentó; era la desesperanza exagerando el delirio, tozudas imaginaciones sin sustento real. «La tenacidad de la verdadera pasión es terrible —dicen *Los escritos del peregrino*—, se

levanta contra los anfitriones del cielo, el gran despliegue de los hechos de Dios, antes que rendirse, ¡y debe ser aplastada antes de caer en el agujero más profundo!». Richard sabía que Lucy no estaba allí, que se había ido. Pero la fuerza de la voluntad llevada hasta la locura luchaba contra ello, conjuraba a su fantasma, y la realidad debía plegarse a su voluntad. ¡Pobre joven! El gran desfile de los hechos estaba en marcha.

Pronunció varias veces su nombre, y una vez demasiado alto, casi en un grito. No se dio cuenta de que se abría una puerta ni oyó los pasos en el camino de gravilla. Estaba inclinado sobre el cuello de *Cassandra* observando una de las ventanas cuando lo llamó una voz en la oscuridad.

—¿Es usted, joven caballero, señor Feverel?

Richard salió de su trance.

—¡Señor Blaize! —dijo al reconocer la voz del granjero.

—Buenas noches, señor —respondió el granjero—. Reconocí la yegua, aunque no a usted. Hace mal tiempo esta noche. ¿Quiere pasar, señor Feverel? Está empezando a chispear. Va a ser una noche agitada, me temo.

Richard desmontó. El granjero llamó a un sirviente para que la amarrase y condujo al joven adentro. Una vez allí, las cavilaciones de Richard cesaron. Las habitaciones y los pasillos estaban vacíos por su ausencia. Las paredes eran un mero envoltorio. Nunca había estado en la casa desde que la conocía, y ahora, ¡qué extraña dulzura! ¡Qué espasmos!

El joven Tom Blaize estaba en el salón, agachado sobre la mesa, examinando con la boca abierta un libro antiguo de vestidos de verano, posiblemente fechado en la minoría de edad de su madre. El joven Tom estudiaba respetuosamente el atuendo de las radiantes bellezas del pudoroso volumen. Acababa de llegar a la edad núbil en que el hombre se convierte en esclavo de la mujer, y rebosaba asombro.

—¡Qué, Tom! —vociferó el granjero tan pronto abrió la puerta—. ¡Ahí estás! ¿Mirando esa tontería otra vez? Me gustaría saber qué te interesa tanto. Venga, ve por la yegua del señor Feverel. Siempre con esas idioteces. El mejor título de ese libro sería éste: *Idioteces*. ¡Qué tonterías!

El granjero dejó caer su pesado cuerpo en una silla y le indicó a su visitante que hiciera lo mismo.

—Menos mal que sólo es para mujeres —siguió, y se oyó un crujido bajo su cuerpo cuando se acomodó—. No importa lo que hagan, salvo apretarse la cintura. Me gusta lo natural. Como yo digo, una mujer es como es. ¿Verdad, joven?

—Parece que está muy solo —dijo Richard, echando un vistazo a su alrededor y al techo.

—¿Solo? —repitió el granjero—. ¡Bueno, así estamos mejor! Es broma. Es lo que hay; yo tengo mi pipa y Tom su estupidez. Él se pone a un lado de la mesa y yo al otro; se queda embobado, y yo miro. Es verdad que estamos un poco solos, pero ¡es lo mejor!

Richard siguió:

—No esperaba verle esta noche, señor Blaize.

—Ha actuado como un hombre al venir, joven, y eso le honra —dijo el granjero, con repentina energía y franqueza.

Lo que implicaban sus palabras hizo enmudecer a Richard. Se miraron, y luego apartaron la mirada. El granjero tamborileó con los dedos en el brazo de la silla.

Sobre el mantel, rodeado de miniaturas sin brillo de campesinos ricos de la generación anterior, que hacían esfuerzos por no sonreír, y viejas damas con vestidos de cintura alta que sonreían de manera alentadora a través de los pliegues de sus sombreros, emergía la media figura, ejecutada de manera pasable, de un oficial naval con uniforme y un telescopio bajo su brazo izquierdo. Estaba claro que no pertenecía al resto del clan. Tenía los ojos azules, el pelo claro, la postura de un hombre que sabe erguir la cabeza y los hombros. El artista, aunque le había puesto hombreras para indicar su rango, también había plasmado la jovialidad que un coronel en el servicio naval podía mantener al llegar a esa posición, con las mejillas lisas y los labios rubicundos. Los ojos de Richard se dirigieron a ese retrato. El granjero Blaize lo observó y dijo:

—¡Su padre, señor!

Richard moderó su voz para elogiar el parecido entre Lucy y su padre.

—Sí —dijo el granjero—, se parecen bastante. Es lo más parecido a tenerla a ella aquí, aunque hace mucho de eso.

—¿Una buena familia, señor Blaize? —Richard preguntó con la mayor despreocupación posible.

—Nobles, o lo que queda de ellos —replicó el granjero con una indiferencia igualmente afectada.

—¿Y he aquí su padre? —dijo Richard, atreviéndose a hablar de ella.

—Efectivamente, joven.

—Señor Blaize —Richard lo miró cara a cara y por fin estalló—: ¿dónde está?

—¡Se ha ido, señor! Se ha mudado. No puedo tenerla aquí. —El granjero tamborileó los dedos más rápido, y contempló el agitado rostro del joven.

—Señor Blaize —Richard se inclinó para acercarse a él. Estaba pasmado y apenas era consciente de lo que hacía—. ¿Dónde ha ido? ¿Y por qué?

—No tiene que preguntármelo. Lo sabe muy bien —dijo el granjero, moviendo la cabeza.

—Pero ella no… ¿quería irse?

—¡No! Pero creo que le gusta donde está. Quizá demasiado.

—¿Por qué la mandó lejos si la haría infeliz, señor Blaize?

El granjero negó sin rodeos que la infelicidad de Lucy fuera culpa suya.

—Nadie puede acusarme. Sabe qué le digo, señor, que no voy a dejar que se entrometan en su vida, eso es todo. Así que lleguemos a un acuerdo usted y yo.

Una inclinación ciega a ofenderse hizo que Richard se enderezase súbitamente, pero al segundo replicó con humildad:

—¿Soy yo la causa de su partida?

—Bueno —respondió el granjero—, para ser sincero, sí.

—¿Qué puedo hacer, señor Blaize, para que vuelva? —preguntó el joven hipócrita.

—Bien —dijo el granjero—, así se habla. Me alegra que hable con sensatez, señor Feverel. Sabrá que yo la quiero mucho. La casa no es la misma desde que la muchacha no está, ni yo soy el mismo. Bueno, señor, esto es lo que puede hacer: prométame que no mantendrá ninguna relación con ella, que no intentará verla. De hecho, no entiendo cómo llegaron a conocerse. Si la hubiese visto cuando se fue, seguro que lo intentaría. ¿Cuándo se conocieron? Al final del verano, ¿no? Y deme su palabra de no escribirle ni apremiarla, y la volveré a traer. ¡Entonces volverá!

—¡Renunciar a ella! —soltó Richard.

—¡Eso es! —dijo el granjero—. Renunciar a ella.

El joven sintió que las palabras morían en su boca.

—¿Ha sido para protegerla de mí, entonces? —reaccionó.

—No exactamente, pero… —respondió el granjero.

—¿Cree que le haría daño, señor?

—La gente piensa lo contrario: que ella le hará daño a usted, joven —dijo el granjero con ironía.

—¿Hacerme daño? ¿Quiénes piensan eso?

—Gente que usted conoce bien, señor.

—¿Quién? ¿Quién le ha hablado de nosotros? —Richard empezaba a sospechar la existencia de un plan, y no iba a retroceder.

—Bueno, señor, mire —dijo el granjero—. No es un secreto, y si lo fuera, no veo por qué tendría que guardarlo. Parece que su educación es *peculiar*. —El granjero pronunció la palabra lentamente, como si describiera la forma de una serpiente—. Usted no es como otros jóvenes. Mejor así. Es un audaz caballero y su padre tiene el derecho de sentirse orgulloso de usted. Bueno, señor, pues le estoy muy agradecido a su padre de que viniera a hablarme de usted y de Lucy; y claro que, si él no quiere oír hablar de eso, yo menos. ¡Estoy de acuerdo con él! Es más, no voy a tolerarlo. Es mi niña. Me la dejaron para que la protegiera. Y es una dama, señor. Déjeme decirle que no la encontrará tan educada como ella, ¡mi Lucy! Bueno, señor Feverel, era usted o ella, pero uno de los dos debía marcharse. Eso nos dijeron. Y creo que Lucy está tan angustiada por su educación como su padre, y dijo que se iría y no escribiría, y se alejaría por el bien de su educación. Y ha cumplido su palabra, ¿verdad? Es honesta. Hace lo que dice que va a hacer. ¡Es fiel a sus promesas, mi Lucy! Ahora, señor, si usted hiciera lo mismo, se lo agradecería.

Cualquiera que haya tirado una hoja de papel al fuego y la haya visto descomponerse en llamas comprenderá el estado de la mente del joven al oír estas palabras.

Su enfado no se evaporó, sino que se condensó y hundió en lo más profundo.

—Señor Blaize —dijo—, es muy amable que la gente a la que usted alude se preocupe por mí, pero tengo edad para actuar por mí mismo. ¡La amo, señor! —Todo su semblante cambió, y los músculos de su cara temblaron.

—Bueno —dijo el granjero, tranquilizándole—, a todos nos pasa a su edad. Queremos a alguien. ¡Es natural!

—¡La amo! —tronó el joven de nuevo, demasiado poseído por su pasión para sentir vergüenza de su confesión—. ¡Señor! —suplicó—. ¿La traerá de vuelta?

El granjero hizo una mueca. ¿Para qué se lo pedía? ¿Y dónde estaba la promesa requerida? Pero ¿no era concluyente el argumento del amante? ¡Decía que la amaba! Y no entendía por qué su tío no mandaba buscarla para que estuvieran juntos.

—Todo muy bonito —dijo el granjero—. Pero ¿qué sale de ahí? ¡Amor, amor y más amor! Demasiado amor —añadió con seriedad.

—Entonces me rechaza, señor Blaize —dijo Richard—. Así las cosas, le haré responsable a usted, no a la gente que menciona, y consideraré que usted

la ha alejado de mí. ¿No la traerá, aunque le diga que la quiero más que a mi vida?

El granjero Blaize tuvo que contestarle con simpleza que tenía motivos para negarse. Y consistían en que su persona estaba en juego, y Dios sabe si no podría estar en peligro. Habló con amable sinceridad, con dignidad. Felicitó a Richard, pero los jóvenes eran jóvenes, y los hijos de los *baronets* no se casan con sobrinas de granjeros; así es la vida.

Al principio, el hijo del sistema no comprendía. Cuando finalmente creyó entenderle, dijo:

—¡Señor Blaize! Si le doy mi palabra de honor, como espero por los cielos, de que me casaré con ella cuando sea mayor de edad, ¿la traerá?

Era tan ferviente que, para tranquilizar al joven, el granjero movió la cabeza, y miró dudoso la chimenea, relajándose. Richard interpretó favorablemente ese gesto, y comentó:

—¿No es por mí, señor Blaize?

El granjero dio a entender que no era eso.

—Es porque mi padre se opone —siguió Richard, y procedió a argumentar que el amor era un asunto tan sagrado que ningún padre podría resistirse a las inclinaciones del hijo. Su argumento era un campo abierto adonde arrastrar al granjero. El joven, subido al carruaje de su pasión, seguía adelante. Trazó retratos de Lucy, de su sinceridad, de la suya propia. Daba saltos de la vida a la muerte y de la muerte a la vida, mezclando torrencialmente maldiciones y oraciones. Quizá conmovió al viejo estólido inglés, pues su vehemencia sacrificaba visiblemente su orgullo.

El granjero intentó apaciguarle, pero era inútil. Debía tener su joya.

Así que Blaize estiró la mano y cogió su pipa para apaciguarse.

—¿Le importa si fumo? —dijo—. Normalmente no fumo si hay visitas. Voy a la cocina, pero… ¿le importa?

Richard negó con la cabeza, y observó cómo el granjero rellenaba, encendía y daba una calada a la pipa, como si su destino dependiera de ello.

—¿Quién habría dicho que un día estaríamos aquí juntos? —soltó el granjero, relajándose y reflexionando gracias al tabaco—. ¡No se fijó en ella el día que se la presenté, joven! ¡En fin! Las cosas pasan. ¿No puede esperar hasta que vuelva en el momento debido?

Esta sugerencia, fruto de la pipa, desató otro torrente de palabras.

—Es raro —dijo el granjero, llevándose la pipa a sus sienes arrugadas.

Richard esperó a que hablara, pero el granjero soltó la pipa, como si no le ayudara en su perplejidad, y, después de apoyar el brazo en la mesa y mirar a

Richard, dijo:

—Mire, joven. He dado mi palabra. Les he asegurado que no puede volver hasta la primavera; después se quedará conmigo y… ¡bueno! Espero, por varias razones, que entonces ambos seáis más razonables. Tengo planes para ella. Pero no seré yo quien obligue a una chica a casarse contra su voluntad. No soy su enemigo, señor Feverel. Usted sería el orgullo de cualquier muchacha. Así que espere a la primavera y veremos. Éste es mi consejo. Espere. No tengo nada más que decir.

La impetuosidad de Richard hizo que no se atreviera a mencionar la futura felicidad del joven Tom, si los planes del granjero para el chico iban en serio.

El granjero repitió que no tenía nada más que decir, y Richard se levantó para partir con «¡Espere a la primavera! ¡Espere a la primavera!» resonando con desesperación en sus oídos. El granjero Blaize estrechó su mano inerte de buena gana y llamó a Tom para que lo acompañase a la puerta; el joven, temiendo alusiones a su estupidez, no apareció. Una criada pasó deprisa por el pasillo y le dejó algo en la mano, que Richard sujetó casi sin darse cuenta. El Gallo Enano trajo la yegua. Una fina lluvia caía a ráfagas cálidas y los árboles resonaban en la noche. El granjero Blaize le pidió a Richard que le diera la mano en la entrada y que dijera que todo estaba bien. Le gustaba el joven caballero por su seriedad y su franqueza. Richard no pudo decirle que todo estaba bien, pero le dio la mano, y entrelazó la del granjero en un fuerte apretón. Se montó en *Cassandra* y cabalgó hacia el tumulto.

Un amanecer limpio y tranquilo sucedió al bramido del viento del oeste, y arrojó su gloriosa imagen sobre las aguas del lago de la abadía. Antes del amanecer, Tom Bakewell ya estaba en pie, y encontró a su amo desaparecido, montando a *Cassandra* por la carretera del parque de Lobourne, una estampa que daba pena ver. Los flancos de *Cassandra* estaban llenos de barro, llevaba la cabeza gacha, toda su energía derrochada en una noche salvaje. ¡Qué páramos y campos baldíos había agotado su noble fuerza, vagando temerariamente en la oscuridad!

—Llévate a la yegua —dijo Richard, desmontándola y dándole unas palmaditas entre los ojos—. Está derrotada, ¡pobre chica! Atiéndela, Tom, y luego ven a mi habitación.

Tom no hizo preguntas.

Faltaban tres días para el aniversario del nacimiento de Richard y, aunque Tom era discreto, el estado de la yegua y la locura del joven de galoparla toda la noche no tardó en conocerse, preparando a todos en Raynham para el típico cumpleaños de mala suerte, cuyos profetas gozan de la triste gratificación de

la razón. *Sir* Austin tenía algo desagradable que solicitar a su hijo; pedirle humildemente perdón a Benson, y lavar la sangre excesiva que había derramado con su venganza. A Benson le advirtieron que anticipara la disculpa, y que adoptara la actitud más cristiana y melancólica que pudiera. Pero, mientras su hijo se encontrase en ese estado, *sir* Austin no podía ver las virtudes del acto, y no se lo pidió; Benson el Grandullón se quedaba en las puertas, y al pie de la escalera, como una cariátide sauria, cuando se cruzaba con el joven, pasando a su lado sin inmutarse, como pasaba junto a todo el mundo, con la cabeza gacha y las piernas sosteniéndole como a un objeto, como si no le pertenecieran. Fue una sacudida en la implícita fe de Benson en su patrón, y no le consoló la explicación filosófica: «Que el bien en una naturaleza fuerte y compleja crece más lentamente que cualquier otra cosa, y no debe ser forzada». Las doctrinas que condenan eran las que le gustaban a Benson. Estaba dispuesto a perdonar, como buen cristiano, pero quería ver a su enemigo de rodillas. Y aunque el ojo saurio veía más que nadie, y percibía que Tom y su amo se traían un asunto entre manos que alteraría el sistema, Benson, al no haber recibido su compensación, no quería correr nuevos peligros, y se mantuvo en silencio.

Sir Austin comprendía lo que sucedía en el corazón de su hijo, sin concebir la profunda desconfianza que Richard escondía, ni la intensidad de la pasión que le consumía. Era muy amable y tierno con él. Como un médico astuto que, sin embargo, ha pasado por alto el cambio en la enfermedad inducido por una dosis errónea, administró sus recetas con cuidado, convencido de que conocía bien el caso y que la cura le iría bien. Estableció que debían ignorar el comportamiento errático de Richard. Dos días antes de su cumpleaños, le preguntó si querría una celebración, y Richard respondió:

—Invite a quien quiera, señor.

Los preparativos para la fiesta comenzaron de acuerdo con lo previsto.

El día antes de su cumpleaños, Richard cenó con los presentes. La señora Blandish se sentó compungida a su lado. Hippias se pronosticó una indigestión para el día siguiente. La del siglo XVIII se preguntó si viviría para otro cumpleaños. Adrian brindó por los dos años de tutela que le quedaban, y Algernon recapituló la lista de hombres de Lobourne que tendrían que aguantar a Bursley al día siguiente. *Sir* Austin escuchó y habló con todos, pensando en el estado de su hijo. Para complacer a la señora Blandish, Adrian se aventuró a hacer fútiles bromas sobre la señora Grandison de Londres, chanzas ligeramente indecentes, pero sólo ligeramente, por lo que no era decente percibirlas así.

Después de cenar, Richard se fue. Nadie notó nada peculiar en él, más allá del brillo excesivo de sus ojos, pero el *baronet* dijo:

—¡Se le pasará!

Adrian, la señora Blandish y él tomaron el té en la biblioteca, y debatieron hasta tarde sobre la casuística de la enfermedad de la manzana, una conversación muy divertida para el joven sabio, que sugería a las dos castas mentes situaciones oscuras, con el aire del que busca la verdad, llevándoles, sin que lo sospechasen, adonde ellos no se atrevían a ir. El autor de aforismos había regocijado el corazón de su bella y constante devota con una frase expresada de modo diferente, si bien no se trataba de una nueva idea, cuando cayeron en la cuenta de que eran cuatro. Benson estaba con ellos. Dijo que había llamado a la puerta, pero no había recibido respuesta. Quedaban, sin embargo, huellas de sorpresa e insatisfacción en su rostro al mirar a Adrian, y dio lugar, cuando dominó su expresión, a una sensación de vaga severidad.

—¿Y bien, Benson? ¿Todo bien? —dijo el *baronet*.

—*Sir* Austin… ¡El señor Richard! —respondió, inmóvil.

—¿Y bien?

—¡Se ha ido!

—¿Cómo?

—¡Con Bakewell!

—¿Y qué?

—¡Y un hatillo!

Suponemos que el hatillo contenía esa cosa graciosa: el romance de un joven héroe en formación.

Richard estaba de camino, con un hatillo que cargaba Tom Bakewell. Iban camino de Bellingham bajo una lluvia muy fuerte, corriendo como presos en fuga, llenos de alegría; Tom se sacudía el agua y farfullaba su malestar. Cogerían el tren del correo en Bellingham. Ya sabía dónde encontrarla, gracias a la intervención de la señorita Davenport, y hacia allí se dirigía, volando como una flecha. A pesar de su padre y los conspiradores y los amigos, para reclamarla, y enfrentarse con ella al mundo.

Estaban totalmente empapados cuando llegaron a Bellingham, y Tom quería tomar algo caliente. Así se lo sugirió a su amo, que respondió:

—¡Tom, Tom! ¡La veré mañana!

No era bueno viajar mojado, indicó Tom, provocando la misma reacción desmedida; Richard le agarró el brazo y lo sacudió con furia, repitiendo su exclamación de entusiasmo. Al pasar la principal taberna del pueblo, Tom abogó por el *brandy*.

—¡No! —gritó Richard—. ¡No hay tiempo que perder! —Nada más decirlo se tambaleó y cayó sobre Tom, murmurando al borde del desmayo que no había tiempo que perder. El tabernero y su mujer le recomendaron un *brandy*, y se lo hicieron tragar a la fuerza, reviviéndole lo suficiente para que gritara:

—¡Tom! ¡La campana está sonando! ¡Llegaremos tarde! —Tras lo cual, el joven se desplomó sobre el sofá donde le habían recostado.

Era el resultado de la agitación de la sangre y del cerebro de los últimos días. Desvistieron al joven y lo metieron en la cama, donde yació, olvidándose del amor, como un alga arrastrada por la corriente de las olas. Así lo encontró su padre.

¿Tenía el humanista científico remordimientos? En verdad, había esperado la crisis en el momento en que el cuerpo le fallaría y le proporcionaría la calma y el espíritu para conquistar la enfermedad, sabiendo que las semillas del mal no son del espíritu. Es más, verlo y saber dónde estaba era un descanso tras la alarma de Benson.

—¡Ya verá! —le dijo a la señora Blandish—. Cuando se recupere, ella no le importará.

La dama le había acompañado a la posada de Bellingham al enterarse del ataque de Richard.

—Es usted un hombre de hierro —exclamó, ahogando sus intuiciones. La dama estaba a favor de dar al chico lo que quería, o de prometérselo, al menos, si se recuperaba y volvía a ser la flor brillante y prometedora que había sido—. ¿Cómo puede verlo así —suplicó— y perseverar en su posición?

Era una triste estampa, en efecto, para este hombre que tanto quería a su hijo. El joven yacía en una cama ajena, rígido, con las mejillas enfebrecidas y los ojos alterados.

El viejo doctor Clifford de Lobourne lo atendió. Sacudió la cabeza y frunció los labios, apelando a viejas ideas; aseguró que haría cuanto estuviera en su mano y en la de las sanguijuelas. Admitió que la constitución de Richard era admirable y respondía a sus recetas como un piano al músico.

—Pero —declaró tras una consulta en familia, pues *sir* Austin le había contado lo que pasaba con el joven—, las pastillas no sirven en estos casos. ¡Cambios! Eso es lo que necesita, y lo antes posible. ¡Distraerse! Debe ver el mundo y saber de qué está hecho. No sirve de nada lo que yo diga, estoy seguro —añadió.

—Al contrario —dijo *sir* Austin—, estoy de acuerdo con usted. Verá mundo

—Lo hemos sumergido en la Estigia, doctor —recalcó Adrian.

—Pero, doctor —dijo la señora Blandish—, ¿alguna vez ha visto un caso así?

—Nunca, señora —dijo el doctor—. No es común en esta región. La gente del campo es totalmente sana y sensata.

—Pero ¿hay gente, gente de campo, que haya muerto por amor, doctor?

El doctor no había conocido ningún caso.

—¿Hombres o mujeres? —inquirió el *baronet*.

La señora Blandish creía que mujeres, sobre todo.

—Pregúntele al doctor si eran mujeres sensatas —dijo el *baronet*—. ¡No! Ambos se equivocan en esto. Entre un ser altamente cultivado y un animal sin emociones hay una gran diferencia. Pero, de los dos, el doctor está más cerca de la verdad. La naturaleza sana está razonablemente a salvo. Si permitiera algo de organización, estaría en lo cierto. Sentir, pero no en exceso, ése es el problema.

—Si no puedo tener a mi amada, cortejaré a una doncella descarada —Adrian canturreaba una balada rural.

Capítulo XXIV

Cuando el joven experimento volvió en sí, se hallaba en su habitación de Raynham. Nada había cambiado; un puñetazo lo había derribado, y abrió los ojos al mundo gris. Había olvidado por qué vivía. Estaba débil, delgado, con una memoria difusa. Sus funciones eran las mismas, igual lo que le rodeaba; miró los lejanos montes azules, los campos amarillentos, el río y el bosque; los conocía, pero ellos no parecían reconocerlo. No podía, como antes, refugiarse en los rostros conocidos. Eran las mismas caras; sonreían y asentían. No sabía qué había perdido. ¡Algo le habían arrebatado! Era consciente de la dulzura de su padre, y le dolía no poder responderle de la misma forma, pues la vergüenza y el reproche habían desaparecido. Se sentía inútil. En lugar de amor desatado, albergaba una fría piedad.

Así murió en el corazón del joven la prímula de la primavera y, al morir, otro corazón empujaba la prímula del otoño.

El maravilloso cambio de Richard y la conciencia de su admiradora, ahora confirmada, eran de interés para la señora Blandish. La regañaban por las ideas rebeldes que se le ocurrían sobre el muchacho. ¿No era casi un profeta? A la sentimental señora le angustiaba que el amor de Richard se convirtiera en humo, y que las palabras en el bosque de la abadía se quedaran en nada. Era una humillación, y el astuto pronóstico del *baronet* la humillaba todavía más. ¿Cómo decir, y atreverse a sostenerlo, que el amor se reducía a polvo bajo el peso de la ciencia? Pero así lo afirmaba, y lo había demostrado. Oyó asombrada que Richard le había confesado a su padre, *motu proprio*, la estupidez de la que era culpable, y le había pedido perdón. El *baronet* se lo contó, añadiendo que el joven lo había expuesto con decisión y una inmutable expresión en el rostro. Lo había hecho, evidentemente, pensó, para liberarse del peso del deber. Creía que debía reconocer que había sido un joven

estúpido, y renegaba de su error con un acto de penitencia. También se había disculpado con Benson, y renovado su espíritu pacífico, cuyo principal objetivo era mantenerse en forma con el ejercicio y no distraerse hablando. En su compañía, se mostraba tranquilo y cortés. Y si se quedaban solos, no se mostraba melancólico. Parecía sobrio, como quien, recuperado de una borrachera, se propone no volver a beber. Hubo, naturalmente, sospechas de que fingía; pero Tom Bakewell, en una conversación privada, informó de la orden de su joven amo, un día que boxeaban, de no mencionar el nombre de la damisela, y Tom creyó adivinar que, de algún modo, ella le había ofendido. La señora Blandish había considerado al *baronet* sabio en teoría, y le sorprendió encontrarle sagaz en la práctica. Se quedó atónita. Necesitaba algo a lo que aferrarse, y se agarró al hombre que le había dado un golpe bajo. El amor, entonces, era terrenal, ¡su profundidad era científicamente demostrable! ¡Que se pudiese medir, predecir su curso, manejar al joven querubín como un ave de presa! «¡Los camaradas de lo empírico, entretenidos con anfitriones inmortales, nos sentimos desnudos ante el tiempo! ¡Nos cortan las alas! ¡Oh, si la ciencia es el enemigo victorioso del amor, amemos la ciencia!»: era la lógica del corazón de la dama, y albergando en secreto la seguridad de refutarlo en el futuro, concedió los frutos del presente éxito, como suelen hacer las mujeres, de manera involuntaria. El fuego se apoderó de ella. Empezó a sentir emociones blandas, como de niña, y le halagaban. Era como volver a la juventud. Las mujeres puras experimentan una segunda juventud. La prímula del otoño floreció. *Los escritos del peregrino* aconsejan: «Las formas de expresión de la mujer son complejas, y con la práctica se oponen, confrontándose con atrevimiento en el trabajo de campo», y es imposible perseguirlas y darles caza a la manera común.

Para no entrometernos y enfrentarnos unos con otros, imaginemos el atrevimiento de la dama, que creía en el amor eterno, para postrarse ante quien había hecho pedazos su tierna fe, rogándole que la amase.

Hasta el momento, entendámonos, había sido un devaneo sentimental con muchos rumores ensañados con la dama. Pero cuando, cansados de calumniar, los rumores se inclinaban con ojos caritativos, se dispuso a merecer lo que dijeran de ella; los rumores persistentes se coronan de verdad, o hay que soportarlos hasta alcanzar la impunidad. Ahora la señora Blandish siempre estaba en la abadía. A menudo se encerraba con el *baronet*. Se daba por hecho que ocupaba el lugar de la señora Doria. El alma misógina de Benson percibió que ocupaba ese lugar, pero Benson no tenía crédito, y al recurrir a él en los cotilleos convertía en trágicas sus meditaciones. ¡Tan pronto oprimía a una

mujer, otra tomaba el puesto! ¡Si el objeto del sistema estaba a salvo, su autor se hallaba en peligro!

—No sé qué le pasa a Benson —le dijo *sir* Austin a Adrian.

—Creo que ha recibido una herencia de varios kilos de plomo —respondió el joven sabio, e imitó la forma de hablar del doctor Clifford—: ¡Necesita un cambio! ¡Una distracción! Envíele aGales un mes, señor, y deje que Richard vaya con él. Dos víctimas de la mujer pueden ayudarse mutuamente.

—Por desgracia no puedo arreglármelas sin él —dijo el *baronet*.

—¡Y debemos dejar que nos persiga día y noche! —exclamó Adrian.

—Si sigue así no cenaremos más con él —dijo el *baronet*.

Adrian pensó que aliviaría sus digestiones, y añadió:

—¿Sabe lo que dice, señor?

Al recibir una negativa, Adrian le explicó con delicadeza que la agotadora y excesiva conducta de Benson se debía a su preocupación por la seguridad de su amo.

—Debe perdonar a un fiel idiota, señor —continuó.

El *baronet* se puso rojo y exclamó:

—¡Su estupidez es increíble! Tengo que impedirle la entrada a mi estudio.

Inmediatamente, Adrian contempló una escena encantadora en el estudio, similar a la que Benson habría presenciado. Pues, como profeta precavido, Benson podía predecir el futuro, pero se cuidaba de espiar el presente, advertido por *Los escritos del peregrino*, de los que era cuidadoso lector: «Si pudiéramos ver el rostro del tiempo, seríamos precavidos». Ahora bien, para ver el rostro del tiempo hay que mirar por las cerraduras, pues el viejo astuto sonríe pacíficamente a primera vista, pero tras su velo disfruta generando confusión. La decencia y el sentido del humor nos impiden ser sabios e infelices. La disculpa de Benson era que creía en su amo, y que éste estaba amenazado. Y, a pesar de sus cuitas, disfrutaba espiando a Cupido. Así que echó una ojeada y vio el rostro del tiempo. O, en otras palabras, la treta de la mujer y la debilidad del hombre, que de eso trataría la historia de haberla escrito Benson, como han escrito poetas y filósofos.

Sin embargo, Benson había visto la recogida de la prímula del otoño, una operación distinta de la recogida de la prímula de primavera, tan inocente. La formal hermana mayor tiene una sangre más pálida, y tiene, o cree tener, algo que decir sobre las raíces. No todo es instinto. «¡Por esta gran causa, porque conozco a los hombres, y sé que él es la flor y nata de los hombres, me entrego a él!», exclama para sí mientras una mano la separa de las raíces.

Necesita la justificación. No posee la gloria en el exceso que su joven hermana cubre de oro. Y si, como una polilla, desea la estrella, tiene cuidado con las velas. De ahí que sus rodeos por la peligrosa llama humana sean amplios y tímidos. Debe ser reclamada a acercarse con una razón válida. Le encanta el sentimentalismo. A la señora Blandish le gustaba el sentimentalismo desde hacía diez años. Habría preferido seguir con el juego. La dama de ojos negros se sentía a gusto con su vida de emociones que no la alteraban. No se dejó vencer.

«Los sentimentales —dicen *Los escritos del peregrino*— quieren divertirse sin incurrir en una deuda al hacerlo».

«Es —dice del sentimentalismo el autor en otro lugar— un pasatiempo alegre, y una ciencia para los tímidos, los desocupados y los insensibles, pero una maldición para los que han de sufrir castigo».

Sin embargo, quien sentencia que morir de amor es sentimentalismo, no se le acepta como autoridad. No es que Richard quisiera incurrir en una deuda inmensa, pero aún estaba atado a la mujer que le había abandonado, y una palabra le habría hecho encarar ese escándalo público, que era lo peor para él. Lo que horrorizó al virtuoso Benson, Richard lo había contemplado en la pérgola de Dafne: ¡un simple beso a una mano blanca! Cerrarle la puerta del estudio añadió horror a Benson. Dos actos tan parecidos, y tan inocentes, tenían consecuencias opuestas. El primero llevó a Richard a adorar a la mujer, el segundo destruyó la fe de Benson en el hombre. Pero la señora Blandish conocía la diferencia. Estaba satisfecha, ya que debía amar, amar humildemente, y sentía, además, compasión por sus desgracias. Cientos de motivos para quererle surgían y se multiplicaban cada día. *Sir* Austin le leyó su libro secreto escrito a mano, compuesto como una guía de matrimonio para Richard, que contenía consejos e instrucciones para un marido joven, lleno de tierna sabiduría y delicadeza; así le pareció a ella. En él decía que no le gustaba la poesía, aunque no sea sin rima ni medida. Le expuso los distintivos de las diversas etapas del amor, tomando en su mano la flor que ella le ofrecía, prefiriéndola a la rosa de primavera o de verano. Y dijo:

—Me he curado.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Con la fuente de sus ojos —respondió, y recibió la alegría de su vida al ver su rostro arrebolado, sin incurrir en la obligación de hacer nada.

Capítulo XXV

Valgan las disculpas del daño causado por el héroe, y consuelo por las silentes desgracias que arrastran las ruedas de su carruaje, que es el último en saber cuándo ha comenzado, pues es inocente, como nosotros, a pesar de dirigir nuestros destinos. Así se percibe al verdadero héroe, sea príncipe o sirviente; no trama nada, la fortuna lo hace todo por él. Como el que, en un circuito eléctrico, acarrea la batería.

Reímos y actuamos según su voluntad, aunque no sea suya la voluntad, ni el poder. Es capricho de la fortuna tratarlo como una marioneta. Reparte sus tributos a través de él. Si nuestras bromas son cómicas, él no se ríe. Absorto en sus asuntos, el héroe requiere poco servicio, y es natural que se le diga que sí, y no ve nada ridículo en las lamentables contorsiones que ejecutaremos para servirle. Es el elegido de la fortuna precisamente por la notable capacidad de ocuparse de sus asuntos. «Que a los hombres los valoren —dicen *Los escritos del peregrino*— igual que a la fuerza que en el agua crea una corriente». Este preludio es necesario para continuar con la historia de Richard.

Ocurrió al comienzo del año, cuando la tierra se ocupaba de sus flores, el viento soplaba fresco, el pajarito cantaba, e Hippias Feverel, el dispéptico, asombrado, sentía la primavera moviéndose con él. Le comunicó sus deliciosas sensaciones al *baronet*, su hermano, cuya exclamación fue:

—¡Pobre Hippias! ¡Toda su maquinaria está desnuda!

Y no tenía ninguna esperanza de que algún día pudiera protegerla para que no se viera. Sin embargo, Hippias albergaba esa esperanza, y se la contó a su hermano, y expuso parte de su maquinaria para acabar la explicación. Desgranó sus experiencias físicas con asombro, de forma exultante. El epíteto de los esfuerzos más comunes, de los que no se presume, él los celebraba

como triunfos y, por supuesto, Adrian se interesaba por él. Ahora podía soportarle, a él o cualquier cosa. Era un inefable alivio contemplar el mundo de los mortales en lugar de los negros abismos de su complicada y temerosa estructura.

—Parece que mi mente ya no se asusta tanto —dijo Hippias, asintiendo brevemente y mostrando con exageradas muecas sus horribles sufrimientos—. Me siento como si llegara del inframundo.

Un dispéptico puede decir lo que quiera, pero no se le comprende debidamente, o es objeto de compasión, y suyos son los gemidos que arrancan la virtud cristiana de la caridad. La señora Blandish, un alma caritativa, no soportaba escuchar a Hippias, aunque tuviera corazón para los ratones y las moscas, y *sir* Austin desplegaba también poca paciencia con la salud de su hermano, suficiente para hacer visible su enfermedad. Recordó sus estupideces y excesos tempranos, y se prestó a escucharle como quien se queja de una deuda contraída legalmente.

—Creo —dijo Adrian, observando la atención que recibía Hippias— que cuando la némesis se instala en el estómago, es mejor ser espartano, sonreír y callar.

Sólo Richard era amable con Hippias, ya fuera por oposición o afecto, no lo sabemos, pues el joven era misterioso. Le aconsejó a su tío que hiciera ejercicio, caminó con él, lo animó e incitó a dedicarse a pasatiempos inocentes. Lo apremió a que visitara a los pobres del pueblo que lloraban la pérdida de su primo Austin Wentworth, y cuanto estuvo en su mano, y que se apoyara en el mundo exterior. No consiguió nada, pero obtuvo la gratitud de su padre. La temporada de floración duró en Hippias menos de una semana, y luego comenzó a languidecer. La búsqueda de la beatificación del pobre dispéptico se relajó; volvió bajo tierra. Anunció que sentía «cosas esponjosas», una de las congojas más constantes de su enfermedad. La amargura volvió a su rostro; masticaba horribles alucinaciones. Le dijo a Richard que abandonaba: los achaques de la gente eran muy incómodos para él, los pájaros hacían mucho ruido al aparearse, la misma tierra lo enfermaba.

Richard lo trató con una seriedad igual a la de su padre. Preguntó qué decían los médicos.

—¡Oh, los médicos! —exclamó Hippias con vehemente escepticismo—. Nadie con sentido común cree en la medicina si se trata de una enfermedad crónica. ¿Acaso conoces algún remedio, Richard? ¿No? Anuncian curas para la indigestión, te lo aseguro, querido muchacho. Me pregunto si se puede confiar en la autenticidad de esas marcas. No veo por qué no podría haber una

cura para tal enfermedad. Y es una de las cosas que debería saber un matasanos, como les llaman, antes que otra persona. Sabes, Richard, he pensado que, si pudiéramos hacernos con una brizna del extraordinario poder digestivo que posee una boa constrictor en sus jugos gástricos, no habría razón para no comer tantos bueyes como el estómago pudiese aguantar, y hasta cocina francesa sin la desgracia de lo que vendrá después. Y esto me hace pensar que puede que esos tipos sepan algo, después de todo, algún secreto por el que, por supuesto, hay que pagar. Desconfiamos demasiado unos de otros, Richard. Me he sentido inclinado una o dos veces, pero ¡es absurdo! Si al menos aliviara mi sufrimiento, estaría satisfecho. Es más: admito que, si aliviara uno o dos de mis males, y pudiera comer y beber como los demás, me daría por satisfecho. No es que quiera probarlos. ¡Lo que es la salud, querido chico! ¡Ah, si fuera como tú! ¡Una vez estuve enamorado!

—¿De verdad? —dijo Richard, mirándole fríamente.

—He olvidado lo que sentía —suspiró Hippias—. Has mejorado mucho, querido muchacho.

—Eso dicen —afirmó Richard.

Hippias lo miró angustiado.

—Si voy a la ciudad y pregunto al médico sobre un nuevo método, ¿eh, Richard? ¿Vendrás conmigo? Me gustaría tenerte a mi lado. Podríamos ver juntos Londres, sabes. Pasarlo bien. —Hippias se frotó las manos.

Richard sonrió al ver el destello de diversión en los ojos de su tío, y dijo que lo veía mejor que quedarse donde estaban, una respuesta que podía significar cualquier cosa. Hippias se entusiasmó con el seductor proyecto. Le presentó el asunto al *baronet*, utilizando a los médicos como motivo del viaje, no a los matasanos, claro, y le pidió que le dejara llevarse a Richard. *Sir* Austin empezaba a preocuparse por el comportamiento de su hijo. No era natural. Su corazón parecía congelado: no tenía nada que decirle, parecía haber perdido la ambición y la virtud de la juventud al disiparse el veneno que le había poseído. Estaba dispuesto a probar qué efecto podría tener en él un viaje, y le había mencionado a Richard que estaría bien que cambiara de aires, aunque el joven le había respondido que no deseaba abandonar Raynham, ya que era cumplimiento estricto de su padre educarle únicamente allí. El día que Hippias hizo la propuesta, Adrian, secundado por la señora Blandish, planteó otra. La dulce temporada de primavera se había iniciado también en Adrian y en los demás, no con medidas pastorales, sino con las alegrías del mundo operístico y las glorias de la osadía. Se sumó a la sugerencia de llevar a Richard a la ciudad una temporada, y que se habituara a su posición, y a algo

de libertad. *Sir* Austin meditó las dos proposiciones. Estaba seguro de que la pasión de Richard se había consumido y que el joven se encontraba ahora bajo sus cenizas. Había encontrado, contra los deseos de su corazón, en la posada de Bellingham, un mechón de pelo rubio. Lo había traído consigo, y el amante, después de tocarlo con manos inertes, no preguntó por él. Este preciado mechón (el que la señorita Davenport le había puesto en la mano en Belthorpe como último regalo de Lucy), ¡qué suspiros y lágrimas había ocasionado! El *baronet* se lo mostró a Richard, y observó que lo cogía, le daba vueltas, y lo dejaba caer con calma, como si manipulara un objeto común. Eso le tranquilizó. El amor del joven había muerto. El doctor Clifford tenía razón: necesitaba distracción. El *baronet* decidió que Richard debía irse. Hippias y Adrian compitieron por quién le acompañaría a Londres. A Hippias, si conseguía olvidarse de sí mismo, no le faltaba sentido común. Observó que, en ese momento, Adrian no era el compañero adecuado para Richard, que le enseñaría la vida desde un falso punto de vista.

—¡No comprendes a un joven filósofo! —dijo el *baronet*.

—¡Un joven filósofo es un viejo idiota! —replicó Hippias, sin pensar que su gruñido había producido una sentencia.

Su hermano sonrió con gratificación y le aplaudió con fuerza.

—¡Excelente! ¡Merecedor de tus mejores días! Te equivocas, sin embargo, en aplicárselo a Adrian. No ha sido prematuro. Lo que ha hecho ha sido aplicar al sentido común lo que oye y ve. Creo, sin embargo —añadió el *baronet*—, que necesita fe en la mejor cualidad de los hombres.

Y esta reflexión hizo que decidiera no ceder su hijo con Adrian. Optó por dejar que decidiera Richard, y éste comprendió lo que deseaba su padre, y decidió satisfacerle. Naturalmente, irritó a Adrian, que le dijo a *sir* Austin:

—Supongo que sabe lo que hace, señor. No veo que derive ninguna ventaja del apellido que durante veinte años ha tenido reputación de sufrimiento obsceno, y se convierta ahora en sinónimo de la tendencia a la distensión estomacal, antes de encontrar la píldora del matasanos. Las torturas de mi tío han sido enormes, pero preferiría que la sociedad no las conociera bajo sus diversos nombres. —Adrian enumeró los más aborrecibles—. Usted lo conoce, señor. Si él concibe un deber, lo hará enfrentándose a la noción de la decencia, más obstinado aún porque no suele sucederle. ¡Si se siente más activo la mañana que tome la píldora, que envíe la carta que nos hará famosos! Pasaremos a la posteridad con características agudizadas, por no decir nada de una estrella contemporánea: nada menos que nuestro ser

expuesto a la muchedumbre. Confieso que no deseo que desnuden mi maquinaria.

Sir Austin aseguró al joven sabio que Hippias había concertado una cita con el doctor Bairam. Suavizó el disgusto de Adrian diciéndole que, en dos semanas, ellos también irían a Londres, sugiriendo una posible temporada veraniega. Escogieron el día en el que Richard debía partir, y ese día llegó. La dama del siglo XVIII lo llamó a su habitación y le puso en la mano un billete de cincuenta libras, su contribución para los gastos. No quería aceptarlo, insistió el muchacho, pero ella le dijo que era un hombrecito, y que él pronto haría lo mismo cuando fuese independiente. La madura dama no aprobaba el sistema, y le dio a entender a su sobrino-nieto que, si necesitaba más, ya sabía a quién pedírselo, y que le guardaría el secreto. Su padre le regaló cien libras, que Richard también intentó rechazar. El dinero le daba igual.

—Gástalas si quieres —dijo el *baronet*, completamente seguro de su hijo.

Hippias se había comprometido a respetar algunas indicaciones. Se hospedarían en un hotel, ya que no era recomendable la gente que frecuentaba la casa de Algernon. El *baronet* advirtió a Hippias con insistencia acerca de la imprudencia de restringir los movimientos del joven, y de hacerle creer que se hallaba bajo vigilancia. Como Richard había sido, por así decirlo, podado por el despotismo, ahora crecería rectamente y florecería con completa independencia. Así lo decretó el sabio.

Detengámonos un momento a reflexionar sobre la sensatez de sus previsiones, y el éxito que habría tenido de no ser por la fortuna, la gran enemiga de la inteligencia, que se volvió contra él, o él contra sí mismo.

La partida tuvo lugar en una espléndida mañana de marzo. El pájaro del invierno cantaba en el árbol a punto de florecer, y en el cielo azul cantaba el pájaro del verano. Adrian cabalgó entre Richard e Hippias hasta la estación de Bellingham, y expresó su desprecio por ellos con su humor habitual, porque no llovía y, por tanto, su ardor no se empapaba. Tras ellos iban la señora Blandish y el *baronet*, conversando en la tranquila cumbre del éxito.

—Lo ha hecho exactamente igual a usted —dijo, señalando con su látigo la majestuosa figura del joven.

—Aparentemente, quizá —respondió, e iniciaron un debate sobre la pureza y la fuerza. La dama dijo que prefería la pureza.

—Pero no es así —dijo el *baronet*—. Admiro el instinto de las mujeres, que veneran la fuerza en todas sus formas, y creen que es hija del cielo, mientras que la pureza es una característica, un adorno, por así decirlo, y puede ser detectada muy pronto. Hay cuestiones a las que debemos

enfrentarnos o nos perderemos para siempre; perseguidos por ese frío ojo de la conciencia interior, el alma más limpia se convierte en un zorro astuto si no tiene el coraje de combatir. La fuerza es señal de una naturaleza sin límites, como la del Hacedor. La fuerza es un dios para usted, y la pureza un juguete. Un juguete bonito, y parece que se ha aficionado a él —añadió, con agudeza desacostumbrada.

La dama escuchó, complacida por la juguetona malicia, lo que demostraba que la mente del caballero había dejado atrás un corsé. Era el turno de las mujeres; ella participaba por diversión. Así se vuelven mejores los enemigos: tan pronto las mujeres eligen a una campeona, ella las traiciona.

—Ya veo —dijo, con aires de superioridad—. Somos los objetos más adorables. Usted reclama una consecuencia más directa. Los hombres son vástagos, las mujeres, deslices. ¡Sí, acaba de decir eso! —gritó riéndose, mientras él protestaba gesticulando.

—¡Pero no por escrito!

—¡Oh, lo que dice en persona es como si estuviera escrito!

¡Exquisita Blandish! Sólo podía amarla.

—Dígame, ¿qué planes tiene? —preguntó ella—. ¿Puede compartirlos con una mujer?

—No tengo ninguno o lo sabría —dijo—. Le enseñaré mundo. Esta indiferencia debe desaparecer. Debo ahora marcar sus inclinaciones, y será lo que él quiera ser. Estar ocupado: ésa es la mejor prevención. El plan de vida de su primo Austin parece que le llama la atención, y puede así servir al pueblo como en el Parlamento, si no tiene ambiciones más fuertes. El primer deber de un hombre de fortuna, después de todo, es servir al pueblo lo mejor posible. Estará en compañía de los amigos de Austin si eso desea, aunque, personalmente, no encuentro ningún placer en imaginaciones impulsivas y planes indigestos construidos sobre el mero instinto de los principios.

—Mírele ahora —dijo la dama—. Parece que todo le da igual, hasta la belleza del día.

—O las bromas de Adrian —añadió el *baronet*.

Adrian intentaba por todos los medios provocar una sonrisa, o suscitar un enfado, de sus oyentes, acercando su barbilla a uno y otro, con audibles apartes. A Richard lo trataba como a un instrumento de destrucción, a punto de quedar libre en la metrópolis; a Hippias, como a alguien con una enfermedad interesante, y se divertía imaginándose a los dos viajando juntos, y las desventuras que les ocurrirían, y consideró un insulto personal que sus

oyentes no se rieran. La aburrida vida del joven sabio en Raynham le había dotado de las características del bromista profesional.

—¡Oh, la primavera, la primavera! —gritó, mientras los otros, despreciando sus salidas de tono, intercambiaban comentarios insignificantes sobre el buen tiempo—. Parecéis extrañamente emocionados por las tortugas, los cuervos y los grajos. ¿Por qué no les dejáis en paz?

El viento sopló,
El gallo cantó:
¡Kikiriquí!
Hippy piaba,
Ricky trinaba.
¡Canta, cuco, canta!

—Es una canción pastoril. ¿Por qué no escribes un soneto a la primavera, Ricky? Las camas de espárragos están llenas de promesas, como las fresas. Creo que a tu Pegaso le gustan las bayas. Una vez escribiste unos versos a las bayas. ¿Cómo era? Versos de amor, por supuesto. Grosellas, arándanos, moras… Eran unos versos muy bonitos, y muy cálidos. Labios, ojos, pecho, piernas… ¿piernas? Creo que no metiste piernas. Ni piernas ni nariz. Parece el gusto poético de nuestro tiempo. Escribiste un poema para gente casta:

¡Oh, que pueda yacer donde deja su laúd!

Sí, no ofendes ninguna moral. No es una mala imagen, querido chico:

Tiene forma de antílope
Sobre las colinas del este.

Pero, para ser un crítico honesto, me gustaría saber si el símil es correcto si no has metido piernas. En el *ballet* te equivocarás con las mujeres, Richard. La admirable institución que nuestros venerables mayores importaron de la Galia para instruir a nuestra juventud te resultará edificante y te sorprenderá. Te aseguro que yo, al leer *Los escritos del peregrino*, solía imaginar todo tipo de cosas sobre las bailarinas, hasta que me llevaron allí y aprendí que se parecen mucho a nosotros, después de todo, y dejaron de inquietarme. ¡El misterio es el gran peligro de la juventud! El misterio es, sin duda, el arma más temible de una mujer, ¡oh, Richard, hijo de las tribulaciones! Soy consciente de que has estudiado anatomía, pero nada podrá convencerte de que una figura anatómica está hecha de carne y hueso. No te das cuenta. ¿Querrías publicar

cuando estés en la ciudad? Sería mejor no firmar con tu nombre. Confesarse autor de un libro de poemas es tan malo como prestar tu nombre a una medicina en un anuncio.

—Te mandaré un ejemplar cuando publique, Adrian —dijo Richard—. ¡Escucha a ese viejo ruiseñor, tío!

—¡Sí! —contestó Hippias, dejando su contemplación y fingiendo interesarse—. Canta muy bien.

—¡Qué alegría expresa antes de volar! Como los ruiseñores de julio. ¿Conoces a ese pájaro del que te hablé, el mirlo, a cuya pareja dispararon, que cantaba al pájaro de la señora Blackwell desde el árbol de enfrente? Un bandido lo derribó anteayer, y la dama dice que su pájaro no ha vuelto a cantar.

—¡Extraordinario! —murmuró Hippias para sí mismo—. Me acuerdo de los poemas.

—Pero ¿dónde está la moraleja? —intervino el airado Adrian—. ¿Dónde está la recompensa de la constancia?

El mirlo tan negro
De pico naranja,
El bandido apuntando
¡La plumilla del poeta!

—¿Cuál es la moraleja? Que todo es juego para el poeta. Ciertamente tenemos un noble ejemplo de la devoción de la hembra, que durante tres días rechaza hacerse oír por la muerte de un hombre. Supongo que en eso piensa Ricky.

—Como quieras, querido Adrian —dijo Richard, y aprovechó para señalar a su tío los capullos de los alerces mientras cruzaban el verde bosque.

El joven sabio tuvo que recurrir a medidas extremas. Adrian no podría creer en ese lapso de heroísmo de su pupilo que llegaba hasta ese punto de arcádica frialdad.

—¡Mira ese viejo mirlo! —gritó, y fingió interpretar su canto—: ¡Oh, qué bonita comedia! ¿No llevamos bien la máscara, Fiesco[15]? ¡Génova será nuestra mañana! ¡Espera a que salga el tren! ¡Alegría, alegría, alegría! ¡Seremos los ganadores! —Dejó de cantar—. No está mal, ¿eh, Ricky? ¡Mi Lucius Junius!

—Se te da bien hacer el mirlo —dijo Richard, y le miró con expresión medianamente afable.

Adrian se encogió de hombros.

—Eres un joven de maravillosos recursos —observó enfáticamente, indicando que Richard ganaba, y Richard le dio las gracias; así llegaron a Bellingham.

El joven Tom Blaize estaba en la estación, con su sombrero de domingo, su chaleco de gala y su pañuelo, junto a Tom Bakewell, que había precedido a su amo con el equipaje. Él también iba a Londres. Richard, al desmontar, oyó a Adrian decirle al *baronet*:

—Parece que la bestia va a buscar a la bella.

Pero no prestó atención. Les oyera el joven Tom o no, Adrian dejó de mirarle y se sumergió en la oscuridad, donde lo más cercano a la moda que los sastres de Bellingham podían ofrecer le sentaba bien, y no le juzgaban los ojos superiores a los que debía enfrentarse. El *baronet*, la señora Blandish y Adrian siguieron a caballo, y asintieron a la despedida de Richard a través de la verja. Les dio la mano a todos de forma fría y educada, y Adrian elogió su estilo. Llegó el tren, y Richard subió tras su tío a uno de los coches.

Seguramente llegará un día en que la ciencia proceda contra la fortuna y el destino, y será la verdadera épica de la vida moderna; el humanista científico, defensor de su sistema, verá reconocida su eminencia, aunque ahora permanece a caballo, en una clara mañana de mayo, y sonríe tristemente al contemplar al hijo de su corazón, su sistema personificado, despedirse con serenidad de su tutelaje, ni entusiasta ni mórbidamente reticente a no arreglárselas sólo dos semanas: «Soy consciente de que una audiencia sedienta de sangre y gloria desprecia las calles en las que se producen los minuciosos incidentes con una imagen de poca importancia. Habrá quien vea cómo funciona la maquinaria, y, al mencionar algún detalle, sienta el viento de marzo que no sopla. Para ellos no es trivial ver señales del conflicto invisible que nos rodea, rasgos del asentimiento de cabeza, una sonrisa, una carcajada de los cambios perpetuos. Y percibirán que en la vida todo se une: el tren se queda en una ceja alzada que contempla el campo. Verán la unión de las cosas, y no se preguntarán, como la gente estúpida se pregunta hoy, cómo tan gran asunto salió de algo tan pequeño».

Ese público participará de la satisfacción del *baronet* por la conducta de su hijo, en la que concentró el silencioso peso dela experiencia que no procedía del habitual modo lascivo, y no será sin el violento temor por la sorpresa, cuando el tren se puso en marcha, de ver al serio, frío y sereno joven echarse atrás, riendo violentamente. La ciencia no sabía cómo explicarlo. *Sir* Austin caviló unos momentos y concluyó que debía seguir sospechando, pero

pensó que era extraño, y la irritante sensación que recorrió sus nervios permaneció en el regreso a casa.

La tierna intuición femenina de la señora Blandish la llevó a decir:

—Ha visto lo que quería. Ya había vuelto en sí.

—Algo debió hacerle gracia —dijo el *baronet*, mirando de reojo el humo del tren al alejarse.

—Sería algo que dijo su tío —sugirió la señora Blandish, y echó a galopar.

Su conjetura resultó acertada. El motivo de la risa de Richard era muy simple. Hippias, al encontrar la puerta del coche cerrada, cayó en la cuenta de la esperanza que habita en el cambio, pues no la cortejaba, y al expresar su repentino alivio del abatimiento mental ante la perspectiva amorosa, el dispéptico se inclinó y se frotó entre las piernas, acción desafortunada que trajo la canción pastoril de Adrian:

Hippy piaba.
¡Canta, cuco, canta!

De forma tan cómica ante Richard que la risa se apoderó de él.

¡Hippy piaba!

Cuando miraba a su tío, la canción acudía a sus labios, y se reía con tan poca moderación que parecía tener un ataque de locura.

—¿Qué pasa? ¿De qué te ríes, querido muchacho? —dijo Hippias, provocado por el contagioso ejercicio y soltó un modesto «ja, ja».

—¿Y tú, de qué te ríes, tío? —preguntó Richard.

—La verdad es que no lo sé. —Hippias lanzó una risilla.

—¡Ni yo, tío! ¡Canta, cuco, canta!

Rieron hasta la saciedad. Hippias no sólo puso los pies en la tierra, sino que voló por los cielos, piando como una jovial criatura más. Recordó las antiguas bromas legales y las anécdotas del circuito, y Richard se rió de todo, pero más de él: era muy agradable, y feliz en la inocencia de su transformación, aunque la duda acechaba en el fondo de sus ojos por miedo a volver bajo tierra, y le daba un aire patético y humorístico que agradaba a su joven compañero de un modo irresistible, lo que hizo que se abriera su corazón.

—Sabes, tío —dijo Richard—, que viajar es esencial.

—Es lo mejor del mundo, querido muchacho —respondió Hippias—. Ojalá hubiera dejado mi trabajo para viajar en lugar de encadenarme a un deber. Nos hace distintos. A mí por lo menos. Bueno, ¿qué hay de cenar?

—Déjame eso a mí, tío. Yo pediré por ti. Quiero serte de ayuda. ¡Qué bien nos llevamos! Me encantaría viajar en tren todos los días.

—Dicen que es malo para la digestión —comentó Hippias.

—¡Qué tontería! Ya verás como haces bien la digestión hoy y mañana.

—Quizá debería hacer algo —suspiró Hippias, aludiendo a la fama literaria con la que había soñado—. Espero pasar hoy una buena noche.

—¡Claro que sí! ¿Después de reírnos así?

—¡Ugh! —gruñó Hippias—. Yo diría, Richard, que te quedarás dormido en cuanto te metas en la cama.

—Cuando apoye la cabeza en la almohada, y me levantaré cuando me despierte. ¡La salud es todo!

—¡La salud es todo! —repitió Hippias, distante.

—Y si confías en mí —siguió Richard—, harás lo que yo. Estaremos recuperados y fuertes y cantaremos «¡Alegría!», como el mirlo de Adrian. ¡Lo harás por mi honor, tío!

Especificó las horas para la recuperación de su tío (no menos de doce al día) que pensaba dedicarle, y su alegre ímpetu casi consiguió que su tío se pusiera a dar saltos.

—Cuida —dijo Hippias, con media sonrisa pícara—, cuida de que los platos no sean demasiado sabrosos.

—¡Comida ligera y vino! ¡Comidas puntuales y diversión! Presta tu corazón, pero no se lo des a nadie —exclamó el joven con sabiduría.

—¡Sí, sí! —murmuró Hippias, sospechando que su enfermedad residía en no haber seguido esa máxima.

—El amor nos arruina, querido muchacho —dijo, intentando predicar una lección a Richard.

Pero éste exclamó escandalosamente:

El amor de *monsieur* Francatelli
Fue la ruina de etcétera.

Hippias pestañeó, exclamando:

—¡De verdad, querido muchacho! Nunca te vi tan emocionado.

—¡Es el tren! ¡La diversión, tío!

—¡Ah! —Hippias movió la cabeza con melancolía—. ¡Tienes la novia dorada! Quédate con ella si puedes. Es una fábula muy bonita la de tu padre.

Aunque yo le di la idea. Austin me roba muchas ideas.
—Aquí la tienes en verso, tío:

¡Oh, caminantes oscuros junto a la marejada!
¡Habéis visto a la novia dorada!
¡Dicen que es más bella que todas las cosas,
Fiel y cariñosa!

Y el joven inquisidor llega hasta un grupo de pecadores penitentes al borde de la corriente. Aúllan, y responden:

Es fiel, pero abandona y te despoja,
Y cariñosa, aunque causa miles de congojas,
¡Y bella! Pero en la maldición de querer tenerla
¡No la conoces hasta perderla!

El pesaroso grupo marcha en fila muy solemne, y el fabulador continúa:

Tenía un palacio en el oeste,
La brillante Hesperia la lleva a él,
Mientras él espera la estrella de la mañana
Para enterrarse en sus brazos de hada.
Así vive, ay, mientras espera,
¡Que las doncellas del metal más vulgar lo vean!

Y pródigo de la felicidad que le ha dado, le pide a una doncella que lo comparta con él. Está la doncella de plata, la de oro y la de bronce, y las demás. Primero prueba con Argentina, a quien encuentra demasiado ligera, y tiene una experiencia peor con Copperina, hasta que desciende a la trascocina, y cuanto más abajo menos se oscurecen los rasgos de su novia dorada, que reluce en todo su resplandor.

—La poesía oscurece las ideas. Bueno, quédate con ella, ahora que la tienes —dijo Hippias.

—¡Lo haremos, tío! ¡Mira, pasamos la granja! ¡Mira el ganado de los campos! ¡Y cómo las líneas se pierden y se las traga el tren!

¡Lo quiere todo, y no una parte,
No una esquina de un corazón sin arte!
Para recuperar a su novia dorada
Va de caza con hombres que no recuerdan nada,

¡Y les despierta la estrella de la mañana!

—No, si no duerme hasta una hora antes de amanecer —interrumpió Hippias—. No rimas mal, pero mejor escribe prosa. La poesía es una doncella de metal vulgar. Y no estoy seguro de que la escritura sea buena para la digestión. Me temo que ha estropeado la mía.

—¡No temas, tío! —rió Richard—. Galoparás conmigo por el parque para que te entre apetito. Tú, yo y la novia dorada. ¿Conoces el poema de Sandoe?

Ella galopa por el parque cabriolando por la bahía,
Ella y su criado juntos,
Y sus rizos negros brillan bajo un sombrero gris que le caía
Ladeado con su pluma al punto.

Demasiado tranquila y llena de orgullo
Su bello rostro pasa al lado,
Los londinenses asienten con orgullo
Y los curiosos se quitan los anteojos.

Acércate, suspírale, para poder romper
La pared de hielo que la protege,
No tendrás tal felicidad, aunque sonría a tus pies,
Como el corazón que la merece.

—¿No era Sandoe amigo de mi padre? Supongo que debieron pelearse, porque él comprende las emociones. ¿Qué le hace decir a su «humilde amante»?

Cierto, mi señora, que puede querer compartir
La imagen de un glaciar sin fin,
Pero la belleza es del corazón más grande
Y de todos los abismos que el amor puede unir.

Hippias soltó una risa forzada, como se hace cuando se oyen palabras vanas.

—¡El corazón más grande! —farfulló—. ¿Qué es un «glaciar sin fin»? Nunca he visto uno. No puedo negar que rima con «unir». Pero no vayas por ahí anunciando tu admiración por esa persona, Richard. De lo contrario, tu padre tendrá unas palabras contigo.

—Pensé que se habían peleado —dijo Richard—. ¡Qué pena! —Y murmuró a un oído satisfecho: ¡*La belleza es del corazón más grande*!

Nuevos pasajeros que subían en una estación interrumpieron el ritmo de la conversación. Richard examinó sus caras, complacido. Todos los rostros le gustaban. La naturaleza humana a sus pies y a los de su novia dorada. Como no podía decir lo que pensaba de ellos, miró por la ventana, disfrutando del cambiante paisaje, imaginando todo tipo de maravillas para su amigo Ripton, y cavilando las cosas estupendas que iba a hacer, el gran servicio que prestaría a las demás criaturas. Con estos ensimismamientos llegó a Londres. Tom Bakewell estaba junto a la puerta del coche. Un vistazo rápido le indicó que su sirviente tenía algo en mente, y le dio a Tom permiso para hablar. Tom se acercó a su amo para que no les oyeran, y soltó una risa.

—¡No puedo evitarlo, señor! —dijo—. ¡El joven Tom! ¡Ha venido a la ciudad tan repeinado! ¡Si no conoce Londres! Ha venido a buscar a alguien de otro tren, y no sabe cómo llegar ni sabe qué andén es. Mírele, señor Richard. Ahí va.

El joven Tom llevaba todo el peso de Londres en su sombrero.

—¿A quién ha venido a buscar? —preguntó Richard.

—¿No lo adivina? Me pidió que no mencionara su nombre —murmuró Tom, sin reírse.

—¿Es ella, Tom?

—La señorita Lucy, señor.

Richard se dio la vuelta; Hippias le agarró, pidiéndole que le sacara del tumulto, y tiraba de su brazo para llevarle al carruaje, pero Richard, que giraba hacia la derecha, o hacia la izquierda, intentaba seguir con la mirada a Tom, aparentemente despreocupado. Ya sentados en el carruaje, Richard no dejó que el conductor arrancara. Se inventó la excusa de que no quería partir hasta que no hubiera gente en la carretera. Al final el joven Tom se acercó a preguntar a un policía; sin dudar de la sugerencia del oficial, se sentó tímidamente en un taxi y se adentró en el remolino de Londres. Entonces Richard le preguntó al conductor qué esperaba.

—¿Estás enfermo, muchacho? —dijo Hippias—. ¿Por qué estás tan pálido?

Se rió con extrañeza, y dijo vagamente que esperaba que el tipo condujera rápido.

—Odio ir despacio después de estar en el tren —dijo.

Hippias aseveró que sí le ocurría algo.

—¡Nada, tío, nada! —dijo Richard, y parecía sincero.

Dicen que cuando los hombres rescatan a un ahogado, y convierten el tenue espíritu en una firme llama, duele la sangre abriéndose paso por las

venas, poniendo en marcha los nervios, abriendo el corazón encogido (la batalla de la vida y la muerte librándose en él); la triste muerte afloja su abrazo; es, en fin, tan doloroso que ni agradece a quien le ha sacado del río de los muertos. Y el que creía un amor extinto y se sorprende por las viejas llamas, por la vieja tiranía, lucha por salir de la nube de sensaciones que vuelven a él. Es tan dolorosa la antigua melodía recorriendo su cuerpo, el encanto de la pasión envolviéndole de nuevo. La bella Lucy seguía siendo, pues, la única mujer para Richard. Había prohibido que se pronunciara su nombre en defensa propia. Si las doncellas de un metal más vulgar iban a dominarle, debían parecerse a Lucy. ¡Y ahora se encontraba tan cerca de él! ¡Su amada! Todos sus dones, su dulzura, su verdad; a pesar de culparla con amargura, sabía que era honesta. Nadaba en un mar de visiones de Lucy, patéticas y llenas de gloria, que retorcían su corazón o lo llenaban de júbilo. Ya puede un barco intentar calmar el mar, como este joven la violenta emoción que rugía en su pecho. «¡No debo verla!», se dijo, triunfante, y al tiempo pensaba lo oscura que era la tierra salvo donde estaba Lucy. ¡Qué profundamente sombrío el lugar al que se dirigía! Se propuso soportarlo, vivir en la oscuridad, se refugió en el martirio voluntario. «¡Si quisiera, la vería! ¡Ahora mismo, en esta hora! La vería, y tocaría su mano y, ¡oh, cielos!… Pero no la veré». Y una ola de desesperación se apoderó de él, y cayó en picado, levantando aún más la tormenta.

Entonces las palabras de Tom Bakewell le recordaron que el joven Tom Blaize no sabía dónde buscarla, y que ella podría estar perdida y sola en Babilonia. Y, pasando de un pensamiento a otro, le sorprendió que en Raynham todos sabían que volvía, y le habían enviado a la ciudad para quitárselo de encima. Así pues, conspiraban contra él, una vez más. «¡Ya verán! ¡Los avergonzaré!», dijeron sus sentimientos airados, pero decidió ir a buscarla y asegurarse de que estaba a salvo, y luego volvería con su tío, a quien no consideraba un conspirador. Sin embargo, tras tomar la decisión, se quedó quieto, como si hubiera algo terrible en las ruedas que le alejaban, quizá porque sabía, como se sabe cuando la pasión es nuestra señora, que su inteligencia jugaba con él, aunque no por ello dejaba de tener sospechas. Su novia dorada se alejaba rápidamente. Hippias exclamó:

—¡Pronto estaremos allí!

El hechizo se rompió. Richard detuvo el carruaje, diciendo que quería hablar con Tom, y que viajaría con él el resto del trayecto. Sabía en qué tren venía Lucy. Había estudiado cada ciudad y cada estación de esa línea. Antes de que su tío pudiera proferir la menor protesta, saltó y llamó a Tom

Bakewell, que venía detrás con las cajas y el equipaje en otro vehículo, con la cabeza un kilómetro detrás de la ventana para garantizar su seguridad.

—¡Qué chico tan extraordinario e impetuoso! —dijo Hippias—. ¡Si estamos en la misma calle!

El fiel Berry, despachado por el *baronet* para su comodidad, había abierto la puerta y hacía una reverencia.

—¿Y el señor Richard, señor? ¿Se ha esfumado? —preguntó Berry despacio.

—Está detrás, entre las cajas, tonto —gruñó Hippias, recibiendo la musculosa ayuda de Berry para acarrear el peso de las maletas—. La comida estará lista, ¿no?

—Lo estaba a las dos en punto, señor. He estado esperando un cuarto de hora. ¡Vamos! —gritó Berry al segundo vehículo con su pirámide de maletas, aparcado detrás. Al oír su voz, la majestuosa pila les dio la espalda, y condujeron en dirección contraria.

Capítulo XXVI

A la hora en punto, cuando Ripton Thompson consultaba su reloj de oro con intención práctica, para oler la libertad y la cena, un pie entró en el despacho y un hombre de semblante ceñudo, que parecía un villano y a quien creía conocer, deslizó una carta en sus manos, indicándole por señas que era prudente leerla en silencio. Ripton obedeció, alarmado. Al parecer, el contenido alivió su conciencia, pues tomó su sombrero y le pidió al señor Beazley que dijera a su padre que tenía asuntos urgentes en el oeste, y que lo vería en la estación. El señor Beazley se dirigió al paternal Thompson, y desde la ventana vieron un vehículo con muchas cajas en el que se introdujo Ripton, seguido por alguien enfundado en un traje de novio. Era sábado, el día que Ripton dejaba sus estudios de Derecho para dedicarse a la familia, y al señor Thompson le gustaba caminar de su brazo por la estación, pero el tercer vaso de vino venía después del segundo, y la sugerencia del novio de que tenía conocidos aristócratas le previno de interferir y dejó partir a Ripton.

En el vehículo, Ripton estudió la carta. Tenía la precisión de un mandato imperial.

> Querido Ripton:
>
> Tienes que conseguirme alojamiento para una dama inmediatamente. Ni una palabra sobre esto. Luego ven con Tom.
>
> R. D.F.

—¡Alojamiento para una mujer! —caviló Ripton en voz alta—. ¿Qué tipo de alojamiento? ¿Cómo voy a conseguir alojamiento? ¿Quién es la dama? —Se

dirigió al misterioso mensajero—: Así que tú eres Tom Bakewell, ¿no?

Tom sonrió y asintió.

—¿Te acuerdas del pajar, Tom? ¡Ja, ja! Saliste bien parado, aunque nos podrían haber deportado a todos. ¡Te podrían haber condenado! No sirve de nada ser inocente con un abogado experimentado. Ahora, dime —dijo Ripton, presumiendo de su poder—, ¿quién es esta dama?

—Mejor hable con el señor Richard, señor. —Tom frunció el entrecejo como respuesta.

—¡Ah! —Ripton asintió—. ¿Es joven, Tom?

Tom dijo que no era vieja.

—¿Hermosa, Tom?

—Unos dicen que sí y otros que no —dijo Tom.

—¿Y de dónde viene? —preguntó Ripton, con la amigable jovialidad de un abogado perplejo.

—Viene del campo, señor.

—Es amiga de la familia, supongo. ¿Pariente?

La insinuación fue contestada con una mirada. La cara de Tom era inexpresiva.

—¡Ah! —Ripton tomó aliento y observó la máscara frente a él—. Bueno, eres muy prudente, Tom. El señor Richard está en buenas manos. ¿Todo bien en casa?

—Ha venido esta mañana con su tío —dijo Tom—. Todo bien. Gracias, señor.

—¡Ajá! —gritó Ripton, más sorprendido—. Entiendo. Todos habéis venido hoy a la ciudad, y éstas son vuestras maletas. Eso es. Pero Richard me escribe para que encuentre alojamiento para una dama. Debe de haber un error. Las prisas, seguro. Quiere alojamiento para todos, ¿no?

—Bueno, no sé lo que quiere —dijo Tom—. Mejor que haga caso a la carta, señor.

Ripton volvió a consultar el documento.

—Alojamiento para una dama, después ven con Tom. Ni una palabra a nadie. Yo diría que parece… Pero no le importan. ¿No será, Tom, que está huyendo con alguien?

Tom volvió a responder lo mismo:

—Espere a ver al señor Richard, señor.

Y Ripton exclamó:

—¡Que me aspen si no eres el testigo más callado que he visto! No me gustaría tenerte en un juicio. Vosotros, los del campo, sois mejores que

muchos londinenses.

Tom recibió el cumplido y siguió en sus trece, y Ripton, como no podía sonsacarle, pensó en cómo llevar a cabo la petición de su amigo, y decidió que una dama que llega del campo debe alojarse cerca del parque, y a esa dirección le pidió al conductor que condujera. Así, sin conocer su destino, Ripton se unió al héroe y aceptó su papel en la nueva comedia.

Es una gran verdad que hay personas que presienten los augurios de su papel con el héroe en plena acción, y están listas para cambiar los hechos, si tienen suficiente valor. Por ejemplo, la señora Elizabeth Berry, una mujer madura y robusta que ofrecía alojamiento en los límites de Kensington, al mecerse contemplativa frente a la chimenea de su salón, notó una tendencia del fuego de arder en un lado, lo que significaba que pronto habría boda. ¿Por qué? ¿Quién sabe? Los augurios son tan irreductibles como los héroes. Tal vez se presume que el fuego arde por los amantes. Es suficiente con que lo advierta la devota mujer. En su círculo la señora Berry era respetada como predicadora contra las trampas del matrimonio, aunque no era razón para que no le gustaran las bodas. Expectante, por tanto, contempló la mejilla ardiente de Himeneo, y con estremecimiento vio que un vehículo cargado de maletas aparcaba junto a su jardín y de él salía un caballero con un periódico de anuncios. El caballero solicitaba alojamiento para una dama. La señora Berry podía dar alojamiento a una dama, y una sonrisa sonrojada al caballero, tanto que Ripton olvidó preguntar los términos, de modo que la casera lo recibió con los brazos abiertos, aunque su experimentado ojo de mujer suavizó el entusiasmo. No tenía aspecto de novio, ni le pesaba el pecho, ni los nervios le hacían juguetear con los dedos. De ningún modo se trataba del novio de los augurios. Le prometió tenerlo todo listo para la dama en menos de una hora; le dio su tarjeta y lo acompañó al vehículo, despidiéndose de él con sonrisas.

El extraño vehículo que había tejido el hilo de su intriga procedió a terminar su operación formalmente. Ripton llegó a un hotel de Westminster. Antes de subir las escaleras, se abrió una puerta y su viejo camarada bajó a toda velocidad. Richard no perdió el tiempo en saludar.

—¿Lo has hecho? —fue todo lo que preguntó.

Como respuesta le dio la tarjeta de la señora Berry. Richard la cogió y le dejó plantado. Pasaron cinco minutos, y Ripton oyó un crujido de vestidos de mujer. Richard iba delante, sosteniendo a una figura envuelta en un manto de seda negro y con un pequeño sombrero de paja, joven (aunque con el velo tan pegado a la cara apenas se adivinaban sus rasgos), esbelta y de apariencia dulce y sencilla. El silencio que llegó con ella y la suave forma con que se

movía removieron en el jovenzuelo esos ardores que despiertan al caballero. Habría dado una suma considerable por levantar su velo. Vio que ella temblaba; quizá lloraba. Se agarraba al amo de su destino. Pasaron a su lado sin hablar. Ripton logró vislumbrar, aun con la cabeza gacha, sus nobles rizos y un bonito cuello; magníficos tirabuzones dorados caían en su espalda. Parecía una prisionera para el sacrificio. Lo que Ripton, tras ver esos rizos, habría dado por levantar su velo y cegarse de belleza, por suerte no tenía que darlo. ¡Y había compuesto discursos en el vehículo! Palabras galantes sobre la dama, astutas y de felicitación para su amigo, en la ocasión requerida, para que ambos confiaran en que era un hombre de mundo. Olvidó las inmoralidades en las que se había deleitado. Esto era serio. Ripton no necesitaba que le dijeran que su amigo estaba enamorado, y eso significaba que iba a casarse, lo consintiesen o no los padres y guardianes.

Richard se volvió a él y le dijo apresuradamente:

—Quiero que vayas a ver a mi tío al hotel. Tranquilízale hasta que vuelva. Dile que tenía que verte, dile cualquier cosa. Estaré allí a la hora de la cena. Hablaré contigo después de cenar.

Ripton trató de decir débilmente que debía volver a casa. Tenía mucha curiosidad por conocer el argumento de la nueva comedia, y el rostro de Richard le cuestionaba duramente y le pedía muestras de indudable lealtad. Dejó de hacer gestos cuando le preguntó la dirección del hotel. Richard le dio la mano. No es poco obtener ese reconocimiento de nuestra devoción del héroe.

Tom Bakewell también recibió órdenes y, a juzgar por sus muecas y sonrisas, parecía disfrutar del trabajo asignado. En unos minutos se dirigían a destinos distintos, y Ripton tuvo que ejercitar su imaginación, cosa que no hacía a menudo. Tal era la naturaleza del joven y su sed de romance, que le gustaba ser un subordinado. Cuando uno desafía a los padres y guardianes, puede estar seguro de criar una tropa de adolescentes rufianes y anárquicos. Los imberbes saben que no pueden ganar, pero ¿qué sucede cuando planean frustrar a sus mayores a plena luz del día? Aunque sea para que otro pruebe la fruta prohibida, correrán los riesgos que haga falta. Felizmente, Ripton se autoproclamó coronel de la empresa, y cuando su corazón hubo jurado fidelidad, fue recompensado con una exquisita sensación de los encantos de la existencia. Las calles de Londres reían en secreto por él. Caminaba con paso elegante. El generoso joven se comía con los ojos los carruajes aristocráticos, y miraba de forma íntima a las damas, rebosando felicidad. Los barrenderos le bendecían. Canturreaba melodías alegres, se contaba chistes a sí mismo, se

felicitaba, su mente bailaba en Piccadilly, todo porque un amigo había huido con una muchacha bonita, y él conocía el secreto.

Sólo cuando llegó a la puerta del hotel de Richard su ánimo jocoso se abatió al recordar que tenía que retomar sus deberes en la oficina, e inventarse una historia plausible para ocultar, de lo que apenas sabía nada, aquello que los más versados verían difícil llevar a cabo. El joven, sin embargo, al que los sabios podrían envidiar, pues rara vez sus facultades inventivas están al nivel de sus espíritus, después de oír a Hippias quejarse del amigo al que protegía, le dio a Ripton una pista.

—Estábamos en la calle, a un tiro de piedra de la casa, y salta como un arlequín de mi vehículo para meterse en otro, ¡debe de estar loco! ¡Ese chico está loco! Y se lleva las maletas, las cajas, mis pastillas de la cena… Desaparece todo el día, aunque me prometió acompañarme al médico y tenía mil cosas que hacer conmigo —dijo Hippias, soltando un gruñido enfurecido que resumía sus quejas.

Ripton le dijo que el médico no estaba en casa.

—¿Qué? ¿No querrás decir que ha ido al médico? —gritó Hippias.

—Le ha llamado dos veces, señor —dijo Ripton, expresivo—. Al dejarme iba por tercera vez. No sé qué lo habrá retenido, ¡es tan decidido!

Poco a poco, se aventuró a ser circunstancial, diciendo que el caso era urgente y requería atención médica, y que tanto él como su padre creían que Richard no podía perder un minuto.

—Está preocupado —dijo Ripton, y se dio unos golpecitos en el pecho.

Hippias protestó y dijo que no había oído a su sobrino quejarse de ninguna enfermedad.

—Tenía miedo de asustarle, señor.

Algernon Feverel y Richard entraron mientras intentaba recordar la primera letra del apellido del doctor. Se habían encontrado en la entrada, y reían al entrar en la habitación. Ripton se abalanzó para tomar la iniciativa.

—¿Has visto al médico? —preguntó, agarrando a Richard y dándole tirones.

Richard no entendía nada.

Algernon le dio una palmada en la espalda.

—¿Qué demonios pasa con el médico, chico?

El golpe le hizo comprender lo que ocurría.

—¡Ah, sí! ¡El médico! —dijo, sonriendo a su coronel—. Bueno, me dijo que vendría la semana que viene. Tío —se acercó a Hippias—, espero que me perdones por huir de este modo. Me dejé algo en el tren. El tonto de Rip cree

que fui a ver al médico porque me encontraba mal. En realidad, fui a buscar al médico por ti, para que te visitara aquí y no tuvieras ninguna incomodidad. Sé que no soportas sus cachivaches ni los esqueletos de sus consultas; te lo he oído. Dijiste que te revolvía el tuétano, que te «freía el tuétano», creo que fueron tus palabras, y te hacía ver veinte mil formas distintas de descender a la cámara del rey oscuro. ¿No te acuerdas?

Hippias declaró que no se acordaba y que no se lo creía. La irritación que le había provocado el saqueo de sus pastillas le había vuelto incrédulo. Como no había manera de refutar a su sobrino, todo lo que pudo hacer para expresar su desconfianza fue hacer comentarios petulantes sobre su incapacidad para sentarse ese día en la mesa, con lo que, cuando Berry anunció la cena, Algernon cogió de un brazo al dispéptico, y Richard del otro, y la risueña pareja lo llevó al salón donde la cena estaba servida, con Ripton detrás, riéndose: era el hombre feliz del grupo.

Se lo pasaron bien durante la velada. Richard, en especial, y su alegría, su juego, su superioridad principesca a la verdad, la promesa heroica de traspasar las leyes, su apuesto rostro, señor y poseedor de la belleza allá donde mirase, como si fuera una estrella que iluminase su frente, volvieron a recuperar el dominio de Ripton, que hasta entonces, mentalmente al menos, había sentido cierta condescendencia al saber él más de Londres y de la vida, y era consciente de que su amigo dependía de él.

Tras la segunda ronda de vino, el héroe captó la mirada de su coronel, sentado frente a él, y dijo:

—Deberíamos salir a hablar de ese juicio, Rip, antes de que te vayas. ¿Crees que esa vieja dama tiene alguna oportunidad?

—¡Ninguna! —dijo Ripton, de manera autoritaria.

—Pero merece la pena luchar, ¿eh, Rip?

—¡Desde luego! —fue la madura opinión de Ripton.

Richard comentó que el padre de Ripton parecía dudoso. Ripton citó la habitual precaución de su padre. Richard hizo un comentario juguetón sobre la necesidad de actuar a veces contra los padres. Ripton estuvo de acuerdo: de vez en cuando.

—¡Sí, sí! De vez en cuando —dijo Richard.

—¡Bonita moral legal, caballeros! —exclamó Algernon.

—¡Y profana, también! —añadió Hippias.

Los dos tíos escucharon el diálogo ficticio, bien mantenido en ambos lados, y al final deseaban oír un resumen del famoso caso de la dama. Hippias

se ofreció a decidir cuál sería su suerte ante la ley, y Algernon a proferir un juicio desde el sentido común.

—Rip os lo explicará —dijo Richard, delegando en el abogado—. No se me dan bien estos asuntos. Cuéntales lo que pasa, Rip.

Ripton disfrazó la incomodidad que sentía empeñándose en cambiar de posición en la silla, y rezando interiormente a toda velocidad por otra jarra de vino que revitalizara su ingenio. Comenzó con algo sin importancia:

—¡No es nada! Es un personaje, una mujer muy vieja y curiosa. Lleva… lleva una peluca. Es… ¡muy curiosa, efectivamente! Tiene un estilo antiguo… ¡No se puede hacer nada con ella! —Ripton se detuvo para recobrar aliento después de esta ficción tan elaborada.

—Eso parece —comentó Hippias.

—¿Y qué pasa con la peluca? ¿La robó alguien? —respondió Algernon.

Richard, que intentaba aguantarse la risa con expresión seria, invitó al narrador a continuar.

Ripton tomó con ímpetu la jarra de vino. Tenía a una anciana apretándole el cerebro, y estaba tan desamparado como ella. Con la falta de ideas, se concentró en la peluca, y después en su característica obstinación, y volvió a la peluca, pero no se le ocurría nada más. La muy tozuda seguía siendo un obstáculo. Estudiar Derecho era fácil en comparación con la tremenda tarea de inventar a una anciana. Bebió más vino, sudó profusamente y, con un tributo mental a la astucia de los escritores, volvió a empezar:

—¡No es nada! Richard la conoce mejor que yo, una señora mayor que vive en algún lugar de Suffolk, creo que sería mejor decirle que no siga con el juicio. Los gastos del pleito son enormes. Ella… creo que deberíamos decirle que lo olvide, que no monte un escándalo.

—¿Que no monte un escándalo? —recogió Algernon—. ¡Vamos, vamos! Es algo más que una peluca. ¿Entonces?

Le rogaron a Ripton que continuara. El narrador sin suerte miró a los ojos a su despiadado líder y soltó, vacilante:

—Y también… tiene una hija.

—¡Nacida con esfuerzo! —exclamó Hippias—. ¡Debes dejar que descanse después de eso! Y yo voy a aprovechar para tumbarme en el sofá. Es cierto lo que dice Austin: «Se debería rezar en grupo por un estómago lleno y la plegaria individual debería funcionar, pues así estaremos juntos en los asuntos temporales y podremos contemplar la eternidad». Sentencioso, pero cierto. ¡Yo le di la idea! ¡Cuidad vuestros estómagos, chicos! Y si oís hablar de una propuesta de monumento para un cocinero científico o un doctor

gastronómico, enviad vuestro apoyo. O decidle: ¡Adelante, sé un caballero! ¡Ja! Tienen un buen cocinero en esta casa. Me sienta mejor que el que tenemos en Raynham. Ojalá hubiera traído mi manuscrito, me encuentro mucho mejor. No esperaba digerir nada sin mi aliciente habitual. Creo que voy a dejarlo. ¿Qué os parece si esta noche vamos al teatro, chicos?

—¡Bravo, tío! —gritó Richard.

—Deja terminar al señor Thompson —dijo Algernon—. Quiero oír el final de esta historia. La anciana tiene una peluca y una hija. ¡Seguro que alguien le roba una de las dos! ¡Llénese el vaso, señor Thompson, y continúe!

—Pues sí, así es. —Ripton revivió su ímpetu—. Y se los encuentra juntos en la ciudad —se removió en la silla—. Ella, una, o sea, la vieja dama, los encontró acompañados.

—¡La encuentra con la peluca y acompañada! —dijo Algernon—. ¡Excelente! Ahí hay un asunto para los abogados.

—¿Y le aconseja no proceder, bajo circunstancias tan serias? —comentó Hippias, parpadeando con humor con su contento estomacal.

—Es la hija —suspiró Ripton, y rindiéndose ante la presión, se apresuró, temerario—. ¡Una pareja en fuga! ¡Una bella dama! El hijo único de un *baronet*, a punto de casarse con un certificado especial. Aquí la clave es —se iluminó y habló desde su elemento—, lo importante es si se puede anular el matrimonio, pues ella es católica y él protestante, y se han casado siendo menores de edad. Eso es lo importante.

Al llegar a ese punto, respiró con extremo alivio, y vio las cosas con más claridad, sin sorprenderse por la cara de horror de su líder.

Los dos mayores proferían preguntas absurdas cuando Richard tiró su silla al suelo, gritando:

—¡Vaya lío tienes, Rip! ¡Estás mezclando media docena de historias! ¡La vieja dama de la que te hablé era la vieja señora Bakewell, y la disputa era entre ella y su vecina, que había invadido su jardín, y dije que yo le daría dinero para compensarla!

—Ah —dijo Ripton, con humildad—, pensaba en la otra. ¡Su jardín! Los repollos no me interesan.

—Vamos, ven aquí —lo llamó Richard con fiereza—. Vuelvo en cinco minutos, tío —saludó con frialdad a ambos.

Los jóvenes salieron de la habitación. En el pasillo se encontraron a Berry vestido para volver a Raynham. Richard le dio una propina para obtener su colaboración, y le advirtió que no cotilleara sobre lo sucedido en Londres. Berry hizo una reverencia de perfecta discreción.

—¿Qué demonios te hizo hablar de católicos y protestantes casándose, Rip? —dijo Richard cuando estuvieron en la calle.

—¿Qué? —respondió Ripton—. No tenía otro remedio. Me obligaban a hablar por encima de mi honor, y no sabía qué decir. No soy escritor, ¿sabes?, no puedo inventarme una historia. Trataba de inventarme algo con sentido, y no se me ocurría otra cosa, y pensé que probablemente la historia daría pie a una buena disputa, como esas cenas de expertos. ¿Por qué me dejaste solo? ¡No fui yo quien empezó!

—Qué raro —caviló el héroe—. ¡Es imposible que lo supieras! ¡Te diré por qué, Rip! Quería ponerte a prueba. Mientes bien en las distancias largas, pero no se te da bien defenderte solo. Eres bueno tras los muros, pero no aguantas un disparo a campo abierto. Ahora entiendo tu valía. Eres leal, de eso estoy seguro. Siempre lo has sido. Llévame al parque de esta dirección. ¡Sabes dónde se encuentra!

Ripton lo guió. La cena había preparado al joven inglés para desafiar toda su artillería de prejuicios nobles. Con el rugido de Londres amortiguado a su alrededor, solos en una pendiente verde, el héroe, apoyándose en su vasallo y hablando en un tono bajo, desgranó sus explicaciones. Sin duda la insignia heroica y su punto de vista serán discernidos, aunque se vistan con un uniforme común.

—¡Llevan todo el año conspirando contra mí, Rip! Cuando la veas, sabrás qué significa que te arrebaten tal criatura. Casi acabó conmigo. Me da igual quién es. ¡Es la criatura más noble y perfecta que ha hecho Dios! No es sólo su belleza, eso no me importa tanto, pero una vez que la has visto despierta música en todos los nervios de tu cuerpo. Es un ángel. La adoro. Y su mente es como su rostro. Es oro puro. La verás esta noche. Bueno —siguió, tras inflar a Ripton con la exultante perspectiva—, se la llevaron y yo la recuperé. Fue obra del señor Adrian. ¿Cuál es la objeción de mi padre? ¿Su nacimiento? Tiene cultura y educación, sus modales son bellos, refinados; es inteligente y suave. ¿Conocen a otra dama como ella? Es la hija de un coronel naval. ¿Por ser católica debo olvidarla? Qué tiene que ver la religión con el amor. —Pronunció la palabra «amor» con modestia, como si su voz se sonrojara—. Bueno, cuando me recuperé, pensé que me daba igual. ¡Eso demuestra cómo nos conocemos! Todo me daba igual. Me sentía como si no tuviera sangre en las venas. Intenté imitar a mi querido Austin. Ojalá estuviera aquí. Quiero a Austin. Él la entendería. Vuelve este año, y entonces… Pero ya será demasiado tarde. Mi padre quiere que yo sea perfecto, y no ha dicho una palabra sobre ella, pero lo veo en sus ojos. Dijo que quería un cambio para

mí, y me pidió que viniera a la ciudad con mi tío Hippy, y yo dije que sí. ¡Otra estrategia para apartarme de ella! Te juro que no sabía que me la encontraría.

Alzó el rostro.

—¡Mira esas viejas ramas de olmo! ¡Parecen mezclarse con las estrellas! ¡Brillantes frutas del invierno!

Ripton levantó la nariz y se sintió obligado a decir: «¡Sí!», aunque no vio ninguna conexión entre ellas y lo que decía su amigo.

—Bueno —siguió el héroe—, vine a la ciudad. Oí que ella también estaba aquí, que volvía a casa. ¡Debe de haber sido el destino, Ripton! ¡Que los cielos me perdonen! Estaba enfadado con ella, y pensé que me gustaría verla una vez, sólo una vez, y reprocharle su simulación, pues nunca me escribió. Y, oh, ¡mi querido ángel! ¡Lo que debe haber sufrido! Despisté a mi tío y fui a buscarla al andén donde llegaba. Un tipo había ido a buscarla, el hijo de un granjero, y, ¡Dios mío! ¡Quieren que se case con él! Entonces lo recordé todo. Una criada de la granja me lo había dicho. Ese tipo se equivocó de estación, supongo. Allí estaba. ¡No había cambiado nada! ¡Más bella que nunca! Y, cuando me vio, ¡supe que me amaría hasta la muerte! ¡Aún no sabes lo que es eso, Rip! ¿Puedes creerlo? Aunque estaba seguro de que me amaba y me había sido fiel, como así la veré esta noche, le hablé con amargura. Y lo aguantó dócilmente; parecía una santa. Le dije que sólo había una esperanza en la vida para mí: que me demostrara su fidelidad, y que, al igual que yo lo dejaría todo, ella debía hacer lo mismo. No sé lo que dije. Sólo de pensar en perderla, me vuelvo loco. Intentó pedirme que esperase. Era por mi bien, lo sé. Fingí, como un miserable hipócrita, que ella no me amaba. Creo que dije cosas vergonzosas. ¡Qué nobles criaturas son las mujeres! Apenas podía moverse. La llevé al sitio donde nos encontraste, Rip. Se puso de rodillas. Nunca en la vida había soñado con nada tan hermoso como ella en ese momento. Me miró con los ojos llenos de lágrimas, las cejas juntas, como si la belleza y el dolor se encontrasen, y su glorioso pelo dorado cayéndole por la espalda aferrándose a mis manos. ¿Podía perder ese premio? Si cualquier cosa podía convencerme, ¿no lo haría ella? Pensé en la madonna de Dante, en la magdalena de Guido. ¿Es un pecado? ¡No veo ninguno! Y si lo hay, ¡es todo mío! Juro que está limpia de cualquier pecado. Veo la pureza de su alma. ¿Dejar de amarla? ¿Quién osa pedírmelo? ¿Dejar de amarla? ¿Cómo, si vivo en ella? Ver su pequeña barbilla coronando su garganta, cuando se arrodilló ante mí. Un rizo caía sobre su cuello…

Ripton quería seguir escuchando. Se puso a soñar con sus palabras.

—¿Y bien? —dijo Ripton—. ¿Qué pasa con el joven granjero?

La cabeza del héroe contemplaba de nuevo las ramas estrelladas. La pregunta le llegó después de un rato.

—¿El joven Tom? ¡Es Tom Blaize, el hijo de nuestro antiguo enemigo, Rip! El viejo me cae bien ahora. Pero no llegué a verle.

—¡Señor! —gritó Ripton—. ¿Vamos a meternos otra vez en un lío con los Blaize? ¡Eso no me gusta!

Su comandante lo ignoró.

—Pero ¿si llega el tren y no está allí? —sugirió Ripton.

—Ya está arreglado. El idiota fue en dirección sureste en vez de suroeste. ¡Todo el calor, toda la dulzura, viene del suroeste! Ya está preparado, amigo Rip. Mi leal Tom le espera allí y se topará con él como por casualidad. Le dirá que no la ha visto, y le recomendará que se quede en la ciudad y vaya a buscarla mañana, y al día siguiente. Tom tiene dinero para eso. ¡El joven Tom debe ver Londres, Rip! Como tú. Ganaremos algunos días. Y cuando el viejo Blaize se entere, ¿qué va a hacer? ¡La tengo! ¡Es mía! Además, no se enterará hasta dentro de una semana. Mi Tom gana al otro Tom en astucia, apostaría por ello. Ja, ja. ¿Qué te parece, Rip? Mi padre ha aplicado su sistema conmigo, y cuando vine a la ciudad me llevó a ver a unos amigos, los Grandison, y ¿qué crees? Una de las hijas es una niña, muy graciosa y simpática, ¡y quiere que la espere! No lo ha dicho así, pero lo sé. Sé lo que quiere decir. Nadie más que yo le entiende. Sé que me quiere, y es uno de los mejores hombres, pero ¡piensa en ello! Una niña que me llega al codo. ¿No es ridículo? ¿Alguna vez has oído una tontería así?

Ripton enfatizó su opinión de que era ciertamente una estupidez.

—¡No, no! ¡La suerte está echada! —dijo Richard—. Llevan un año maquinando en mi contra, ¡y éste es el resultado! Si mi padre me ama, la amará. Y si me ama, me perdonará por actuar contra sus deseos y verá que era lo único que podía hacer. ¡Ven! ¡Vamos! ¡Llevamos aquí mucho tiempo! —Y se fue, obligando a Ripton a dar las zancadas de un tamborilero para seguir a un grupo de soldados.

Ripton deseó estar enamorado al ver que dotaba a un hombre de la energía suficiente para proferir grandes suspiros y andar a una velocidad tremenda, sin experimentar fatiga. El héroe conversaba con los elementos, sus conocidos, y le permitían jadear a placer. Algunos pillastres de Kensington de visión aguda, al percatarse de la discrepancia en el andar de ambos transeúntes, aportaron su ingenio a costa del joven señor Thompson. El ritmo, y nada más que el ritmo, llevó a Ripton a proclamar que estaban muy lejos,

cuando vieron que se habían pasado media milla. En la calle de la estrella del amor, el héroe arrojó su presencia a la puerta, y evocó a una rápida criada que no era la señora Berry. El héroe dio importancia al hecho de que su instinto le hubiera traicionado, pues se había equivocado de casa. La puerta se cerró y él se quedó en silencio.

—¿No tienes su tarjeta? —preguntó Ripton, y se enteró de que se la había quedado el conductor. Ninguno de los dos recordaba el número de su casa.

—Deberías haberla marcado, como ese tipo de los cuarenta ladrones —bromeó Ripton, sin obtener respuesta.

Traicionado por su instinto, ¡el mágico esclavo del amor!, el héroe bajó las escaleras con pesadumbre.

Ripton murmuró que habían terminado. Su comandante se volvió hacia él y dijo:

—Llama en todas las casas del otro lado, una tras otra. Yo llamaré en éstas.

Con expresión irónica, Ripton cruzó la calle, hundido por la superioridad de Richard ante las circunstancias adversas.

Entonces despertaron a las familias. Entonces los mortales vagamente adivinaron que algo portentoso sucedía. Entonces los campesinos que habían pasado el día en el viñedo despertaron. La esperanza y el miedo acechaban en la calle; las llamadas resonaban una y otra vez. Finalmente, Ripton dio gritos de alegría. Tenía a la señora Berry ante él, practicando profusas reverencias.

Richard corrió hacia ella y la cogió de las manos:

—¿Está bien? ¿Arriba?

—Sí, bastante bien. Sólo un poco cansada del viaje y algo nerviosa —respondió la señora Berry a Ripton. El amante había desaparecido escaleras arriba.

La sabia mujer prudentemente invitó a Ripton a su salón privado, a la espera de ser requerido.

Capítulo XXVII

«En los casos de dos que cometen una ofensa, a uno se debe castigar de forma más ligera» es una máxima de *Los escritos del peregrino*.

Es posible que las cabezas jóvenes conciban planes apropiados y, ocasionalmente, por fuerza de voluntad, echen un ojo a los caballos ansiosos por llevárselos al galope. Pero, si dan las riendas a uno y el látigo a otro, ¿qué hacen? Puede ponerse de rodillas, y suplicar que se detenga el furioso conductor, o que modere la velocidad. Pero ¡ay!, cada acción duplica su fervor. La problemática belleza de las mujeres asume un poder que aprenden a utilizar y, ¿quién no lo haría? ¡La han visto con frecuencia prender a Ilion en llamas! Antes surge un matronal en la casa de Menelao, y lloran e imploran, y no saben cuán terrible es el doble filo de su belleza. Se resignan a un incomprensible frenesí, agradable para ellas, porque lo atribuyen al amor excesivo. Y es en vano lo que pueden hacer y decir.

Es absurdo pedir serenidad. ¿No son los caballos parte de su equipo? Ciertamente, si fueran en serio, mi caballero estaría sobrio como un carretero. Hay cientos de formas para desencantarle, y Adrian podría señalar alguna eficaz al instante. Pues el conductor del amor tropieza fácilmente, mientras que por su propio pie llegará hasta el final. Si las mujeres no van en serio, sus palabras deberían aprovecharse. Para ellas tienen significado, aunque su corazón apunte a la dirección equivocada. Es un homenaje patético y desesperanzador para la mayoría. Castiguen a la joven Helena de forma ligera. Después, a cierta edad, se le puede aplicar un castigo severo. Si bien fue inocente con Teseo, con Paris fue una incendiaria.

La hermosa joven se quedó donde su amante la había dejado, tratando de revivir sus sentidos aturdidos. No se había quitado el gorro, se abrazaba las rodillas y tenía lágrimas secas en los ojos. Como una esclava obediente, se

alzó hacia él. Al principio, su amor pidió su boca. Había elaborado un discurso, fruto de la bella sabiduría que su extraña situación y el amor podían provocar, mientras le esperaba, pero su beso lo hizo pedazos. Cayó en su asiento llorando y ocultando sus mejillas.

Por su silencio, él adivinó su pensamiento; le tomó la mano y la llevó a los labios.

Se agachó junto a ella, obligándola a mirarlo.

—Quédate así.

No podía.

—¿Me temes, Lucy?

Sintió la respuesta en su pulso acelerado.

—¿Me quieres, querida?

Tembló de la cabeza a los pies.

—Entonces, ¿por qué te alejas?

—¡Oh, Richard, llévame a casa! ¡Llévame a casa! —sollozó.

—¡Mírame, Lucy!

Giró tímidamente la cabeza.

—¡Mírame, querida! ¡Habla!

Pero no podía hablar y mirar a la vez. El amante era consciente de su dominio al mirar sus ojos.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—Oh, Richard, ¿no es demasiado tarde? —titubeó.

—¿Te arrepientes de lo que has hecho por mí?

—¡Querido! Es la ruina.

—¿Lloras porque has aceptado ser mía?

—¡No por mí! ¡Oh, Richard!

—¿Lloras por mí? ¡Mírame! ¿Por mí?

—¡Cómo acabará esto! ¡Oh, Richard!

—¿Lloras por mí?

—¡Querido! ¡Moriría por ti!

—¿Me considerarías indiferente como el resto del mundo? ¿Me perderías? ¿Crees que viviría otro día en Inglaterra sin ti? Arriesgo todo lo que tengo por ti, Lucy. Casi me mataste una vez. A la segunda, no volveré a molestar a nadie. ¿Me pides que espere cuando conspiran contra nosotros? ¡Querida Lucy! Mírame. Mírame a los ojos. Me pides que espere cuando estás aquí y te entregas a mí, cuando me has demostrado tu fidelidad. Sabemos que nos amamos como nadie se ha amado. ¡Mírame! ¡Déjame decirles que tengo tu corazón!

¿Dónde estaba el instruido parlamento de ella? ¿Cómo podía equipararse a tan poderosa elocuencia? Buscó entre los fragmentos para ponerlos en orden.

—¡Querido! Tu padre accederá tarde o temprano, si me llevas ahora a casa.

El amante se puso en pie.

—¿Él, que ha querido deshonrarte y martirizarte? Por eso te han traído de vuelta. Tu propia criada lo oyó. ¡Él, Lucy! Es un buen hombre, pero no debe entrometerse entre nosotros. Dios te ha hecho para mí.

La abrazó.

Ella esperaba oponerse mejor por la mañana; se sentía débil.

¡Ah! ¿Por qué dudaba que su gran amor era su primera ley? ¿Por qué no creía que le destrozaría si se resistía? Y si ella sufría, ¡qué dulce pensar que sufría por él! ¡Qué dulce cerrar los ojos ante la sabiduría, aceptar la total sumisión, dejarse guiar por él!

La arpía de la sabiduría les irritó un poco más. Agitó sus ropajes ominosamente, y desapareció.

—¡Oh, querido Richard! —la bella muchacha suspiró.

—Llámame así —susurró él—. Sólo lo has dicho hoy una vez.

—¡Querido!

—Eso no.

—¡Oh, Richard!

—Eso no.

—¡Mi amor!

Estaba ganada. La prometedora puerta que había proferido la deliciosa palabra quedó sellada con un beso.

Ripton no fue presentado esa noche al pájaro enjaulado de la belleza. Recibió una lección sobre el arte de entretener a la respetable casera en la planta de abajo, hasta que bostezó y parpadeó, y su vela compartida se vistió con la dignidad del sombrero de un forajido a medianoche, y les guiñó un ojo ebrio.

Capítulo XXVIII

La belleza, claro, es para el héroe. Sin embargo, no siempre en él la belleza ejerce su influencia más seductora. Es en el aburrido hombre común, en cuyo lento cerebro cae una luz celestial que arde de forma duradera. El poeta es un experto en la belleza; para el artista es un modelo. Estos caballeros, al contemplar sus encantos, pierden la capacidad crítica. Los días que guían sus corazones se dividen entre la rubia y la morena; entre la nariz aquilina y Proserpina y la forma de este ojo y del otro. Pero basta con rebuscar entre tipos nada profesionales, patanes, zoquetes, y aquí y allí se encuentra una inteligencia bárbara con suficiente fuerza para concebir que ha tomado a la belleza y a su diosa, y no conoce sino una forma de adoración en su pobre estilo, y por ella morirían. Es más, le entregaría todos sus días, aunque sea estúpido como un perro. Y, en efecto, es el perro de la belleza. Cada belleza tiene su perro. El héroe la posee, el poeta la proclama, el pintor la pone en el lienzo, el perro fiel la sigue, y al final es el perro su único compañero. El héroe se deleita en las guerras, o en las glorias de Armida[16]; el poeta ha visto una arruga; el pincel es sólo para la rosa floreciente. La belleza se vuelve hacia su perro fiel. Lo abraza. Y él, que ha subsistido con un hueso y una palmadita, se agacha decrépito, alza sus ojos agradecidos, y no tiene noción del abrazo; la hermosa abraza también tristes recuerdos: al héroe, al poeta, al pintor, ¡a todos en uno! La entierran, y el pueblo escucha sus lánguidos aullidos, y hay un párrafo en el periódico sobre la extraordinaria fidelidad de un perro.

Emocionado por los recuerdos de Nooredeen y la bella persa, y el cambio en la oscura monotonía de su vida por estar en un hotel de categoría, y convivir con la comodidad de la gente del West End (en gran medida, el sueño de un joven romántico), Ripton Thompson desayunó a la mañana

siguiente con su jefe a las ocho y media. El desayuno se había fijado a las siete, pero Ripton durmió más que el ruiseñor, y (para registrar su estado exacto) incluso las ocho y media afligieron sus nuevos sentidos aristocráticos y le recordaron la ley y la servidumbre. Hubiera preferido desayunar a la hora de Algernon, que había avisado que lo llamaran a las once. Sin embargo, Richard quería evitarlo; así que bajaron y Ripton dejó de envidiar a Hippias en la cama. Concluido el desayuno, comunicaron a Algernon la consoladora información de que iban a oír a un pastor popular, y se marcharon.

—¡Qué feliz parece todo el mundo! —dijo Richard en las silenciosas calles de domingo.

—¡Sí! —dijo Ripton.

—Cuando yo…, cuando esto haya terminado, me ocuparé de que siga igual, tanto como sea posible… —dijo el héroe, añadiendo con suavidad—: Tenía la persiana bajada a las seis menos cuarto. ¡Creo que ha dormido bien!

—¿Has ido allí esta mañana? —exclamó Ripton, y una idea de lo que el amor podía llegar a ser empezó a iluminar su cerebro—. ¿Me verá, Ricky?

—Sí. Te verá hoy. Anoche estaba cansada.

—¿Estás seguro?

Richard le aseguró que el privilegio sería suyo.

—Aquí —dijo, bajo unos árboles del parque—. Aquí hablé contigo anoche. ¡Cuánto tiempo ha pasado! ¡Cómo odio la noche!

De camino, para que Richard tuviera mejor opinión de él, Ripton aludió con decoro a un íntimo y misterioso conocimiento del sexo. Mencionó cierta aventura que había tenido.

—¡Bueno! —dijo su jefe—. ¿Por qué no te casas con ella?

Ripton se quedó sorprendido y exclamó:

—¡Oh!

Y probó el sabor de la superioridad, destinado ese día a ser completamente aplastado.

De nuevo quedaba en manos de la señora Berry, por un tiempo que le causaba terribles temores, que la bella persa siguiera negándose a mostrar su rostro, pero Richard lo llamó, y Ripton subió, sin ser consciente de la transformación que iba a experimentar. El héroe y la bella lo esperaban. En el final de la escalera, con su viva sonrisa, por lo que, cuando entró en la habitación, sus mejillas estaban dolorosamente rígidas y parecía que los ojos se salían de las cuencas. Lucy, con una mano sobre su amante, le dio la bienvenida con amabilidad. La muchacha sintió su timidez aliviada al verle tan extremadamente tonto. Se sentaron e intentaron una conversación, pero

Ripton controlaba poco su lengua y sus ojos. Después de un rato, la bella persa, habiendo cumplido su misión de mostrarse, le alivió irse de la habitación. Su dueño y señor se volvió de modo inquisitivo hacia Ripton.

—No te extrañas ahora, ¿eh, Rip? —dijo.

—¡No, Richard! —Ripton esperó a responder con solemnidad—. ¡Claro que no!

Hablaba diferente, miraba diferente. Tenía los ojos del perro en su cabeza. Miraron la puerta por la que ella había salido, percibiéndola como los ojos de los perros. Cuando volvió con un sombrero para dar un paseo, el nerviosismo también era de perro. Cuando se agarró a su amante tímidamente, y empezó a caminar, la observó sin sentir envidia, o sin sentir nada, salvo el rapto secreto de su visión, como el perro fiel. Pues la bienhechora naturaleza le redime: sus sensaciones no pueden ser heroicas, pero poseen un deleite a su modo igual de bueno. Y su capacidad para la adoración humilde y sin aspiraciones tiene su recompensa. Cuando Ripton piensa en la señorita Random, ¿qué piensa de sí mismo? Que nadie desprecie al perro, pues gracias a él la belleza justifica su sexo.

No le complacía a Ripton que otros tuvieran la felicidad de contemplarla, y como a su parecer todo el mundo lo hacía, observándola de forma ofensiva, y volvían la cabeza e intercambiaban comentarios, y se enamoraban de ella en un minuto, él debía ahogar sus gruñidos. Caminaron por los agradables jardines de Kensington toda la mañana, bajo los jóvenes castaños y alrededor de las aguas quietas, hablando y sofocando la tremenda emoción de sus corazones. Cuando Lucy hablaba, Ripton alzaba sus orejas. También ella dijo que todo el mundo parecía feliz, y él lo oyó lleno de alegría. «¡Todo el mundo está feliz allí donde vas!», le hubiera gustado decir, si hubiera osado, pero se contuvo por miedo a que su ardiente elocuencia lo comprometiera. Ripton reconocía a los que se cruzaban dos veces. Habría sido difícil persuadirlos de que estaban allí por casualidad.

Desde los jardines, despreciando la protesta de Ripton, Richard entró en el parque, donde solitarios carruajes recorrían el circuito. Ahí Ripton encontró una justificación a su ataque de celos. Los rizos dorados de la joven, su dulce y ahora soñadoramente triste rostro, su gentil y grácil figura con el vestido negro y recto, el aire de convento que transpiraba (que no era clase, era en parte belleza, en parte la inocencia virginal haciéndose consciente, en parte remordimiento por su debilidad y miedo del oscuro futuro que se proyectaba) atraía las miradas de los portadores de anteojos. Ripton comprendió súbitamente que los ojos son soportables, pero las miradas procedentes de

anteojos son abominables. Helaron su valentía, pues el joven los había considerado emblemas de nobleza, y al oír a dos portadores de anteojos, que se habían cruzado varias veces con ellos, decir las tonterías atribuidas a lores, que su heroína era una señorita encantadora, de tamaño perfecto, pero que no tenía estilo, se sintió avergonzado. No se abalanzó a golpearles. Se quedó alicaído. Al perro de la belleza le afectan los anteojos de modo parecido al terror del animal al ojo humano.

Richard no oía nada, o sólo oía elogios. Le recitó a Lucy los versos de Diaper Sandoe:

Los londinenses asienten,
Los dandis alzan sus vasos.

Y pensó en alquilar un caballo para que ella lo montara todos los días por el parque, y brillara entre los mejores jinetes.

Iban hacia el oeste, contra el brillante cielo, dejando atrás los árboles a la orilla del agua y la plataforma de bordes relucientes. El amante, cuya imaginación se ocupaba en revestir lo terrenal en celeste, notó, con sus sentidos más sutiles, que la mano de su amada flaqueaba, e instintivamente miró hacia delante. Su tío Algernon venía hacia ellos, cojeando. El desmembrado centinela hablaba con un amigo cuyo brazo le sostenía, y especulaba sobre las bellas damas que pasaban. Los dos pálidos rostros le pasaron inadvertidos. Por desgracia, Ripton, que iba detrás, pisó el dedo gordo del capitán, o eso fingió.

—¡Cuidado, señor Thompson! Podría haber elegido el otro.

La horrible aparición confundió a Ripton, quien tartamudeó que era extraordinario.

—Para nada —dijo Algernon—. Todos quieren compensarlo. ¡Instinto, supongo!

No tuvo que preguntar por su sobrino. Richard se volvió hacia ellos.

—Lo siento, no podía esperarte esta mañana, tío —dijo con la frialdad del parentesco—. Creía que no paseabas tan lejos.

Su voz tenía un tono perfecto; la máscara heroica era admirable.

Algernon examinó el rostro abatido a su lado, y se las ingenió para aludir al pastor del pueblo. Inmediatamente le presentaron a la hermana de Ripton, la señorita Thompson.

El capitán hizo una reverencia, aprobando con una sonrisa melancólica la elección de su sobrino. Después de unos comentarios, y del afable saludo a la

señorita Thompson, se alejó cojeando, y los tres volcanes sellados respiraron hondo y Lucy dejó de apretar el brazo del héroe.

Este incidente hizo que aceleraran el paso hacia la casa, para cobijarse bajo el ala de la señora Berry. Todo lo que se dijeron fue una disculpa, un titubeo de Ripton por su conducta y el comentario jocoso de Richard de que así había ganado una hermana, a lo que Ripton se aventuró a desear que la señorita Desborough lo pensase, y recibió una débil sonrisa crispada, para complacerlo, de los labios de Lucy. La pobre muchacha apenas tenía fuerza para tocar su jaula. No comió nada de la agradable cena que la señora Berry preparó. Rezaba por estar sola y poder llorar y aliviar su corazón del peso de las lágrimas; eso quería. La amable señora Berry, que había entrado en su habitación para desvestirla, encontró el bello cuerpo estremecido y febril; la desvistió y la metió en la cama.

—Sólo ha dormido una hora —explicó la meliflua mujer a los ansiosos caballeros—. Un buen descanso y una taza de té caliente son mejores que veinte doctores —prosiguió—. Lo sé por experiencia propia. Y llorar abundantemente es la mejor medicina.

Les preparó algo de comer y se retiró a hacerse cargo de su bebé más dulce, pensando: «¡Dios mío! ¡Los tres juntos no suman cincuenta años! Soy tan vieja como dos y medio de ellos como mínimo». La señora Berry, en correspondencia a sus tiernas edades, se puso el delantal; los llevaba a todos en su corazón.

Ya solos, ninguno de los jóvenes podía tragar bocado.

—¿Has visto cómo la ha afectado? —susurró Richard.

Ripton acusó con fiereza su prodigiosa estupidez.

El amante hincó el cuchillo y el tenedor.

—¿Qué podía hacer? Si no hubiera dicho nada, habrían sospechado. Tenía que decir algo. ¡Ella odia las mentiras! ¡Ves! Ha enfermado por eso. ¡Dios me perdone!

Ripton intentaba mantener la calma.

—Estaba asustada, Richard —dijo—. Es lo que la señora Berry quería decir con indispuesta. Las señoras mayores hablan así. Ya has oído lo que ha dicho. Y las señoras mayores siempre tienen razón. Te diré lo que le pasa. ¡Soy yo, Richard! ¡Se trata de que tu amigo es idiota!

—Se arrepiente —murmuró el amante—. ¡Dios mío! Creo que me teme. —Dejó caer la cabeza entre las manos.

Ripton se levantó y fue hacia la ventana, repitiendo con energía, para consolarle:

—¡Es porque tu amigo es idiota!

La calle en la que se habían despertado se volvió sombría. Una nube escondió al vivo sol. Ripton dejó de verse reflejado en la ventana. Miró los deplorables objetos que pasaban por la acera. Sus visiones aristocráticas se habían acabado, como su desayuno. La belleza había enfermado por su ofensiva estupidez, y ahí estaba, ¡hecho un desgraciado!

Richard fue hacia él:

—¡No farfulles así, Rip! —dijo—. Nadie te echa la culpa.

—¡Ah, eres muy amable, Richard! —se interpuso el desgraciado, conmovido por el rostro entristecido que contemplaba.

—¡Escúchame, Rip! La llevaré a casa esta noche. ¡Sí! ¡Será más feliz lejos de mí! ¡Crees que soy un patán, Ripton! Antes de que derrame una lágrima, yo… ¡La llevaré a casa esta noche!

Ripton sugirió que era repentino y añadió que quizá la gente hablaría.

El amante no entendía de qué iban a hablar, pero dijo:

—¿Y si le doy una pista al que vino ayer por ella? ¿Si nadie me ve, qué van a decir? ¡Oh, Rip! Renunciaré a ella. ¡Estoy arruinado para siempre! Sí, ¡que se la lleven! El mundo nunca debería habérmela quitado, pero si llora… ¡Sí, entonces todo está acabado!

Buscó el sombrero de la decisión por las esquinas. Ripton le contempló, más desgraciado que nunca.

Entonces se le ocurrió:

—Richard, ¿y si no quiere irse?

Era ese momento en que, quizá, alguien a favor de padres y tutores y del viejo y sabio mundo habría perseguido el curso honrado y miserable, y al pequeño Cupido le habría dado un azote y mandado a casa con su traviesa madre. ¡Ay! (irrumpen *Los escritos del peregrino*), ¡las mujeres son cómplices del mal! La señora Berry llegó afanosa a recoger el tentempié y encontró a los caballeros listos para salir, y vio, a través de la luz del crepúsculo, sus expresiones dudosas, y presagió que algo malo podía ocurrirle a su querida diosa himenea.

—¡Queridos! —exclamó—. ¡No han comido nada! Y ahí tenéis a la dama sumida en el sueño más hermoso que se haya visto.

—¿Ajá? —gritó el amante, iluminado.

—¡Como un bebé! —aseveró la señora Berry—. Acabo de verla, y no hay ni pizca de alteración en su aliento. Va y viene como un instrumento musical. La adversidad no ha llegado. Seguramente haya sido el aire de Londres.

¡Podrían haber llamado a un médico! No habría aceptado su charlatanería. ¿Lo ven?

Ripton observó atento a su jefe, y le vio quitarse el sombrero con precaución, y mirar en sus recovecos, desde donde, mientras hablaba la señora Berry, sacó un pequeño guante que había allí por casualidad.

—¡Quédate conmigo, quédate conmigo, ahora que me tienes! —canturreaba el pequeño guante, y divirtió al amante con mil ideas.

—¿Cuándo cree que despertará, señora Berry? —preguntó.

—¡Oh, no debemos molestarla! —dijo la astuta y buena mujer—. ¡Dios les bendiga! Dejen que duerma. Y si ustedes, jóvenes caballeros, quieren seguir mi consejo, vayan a dar un paseo para abrir el apetito. ¡Todo el mundo debería comer! ¡Es un deber sagrado, no importan sus sentimientos! Tendré listo un pollo en pepitoria cuando vuelvan. ¡Soy buena cocinera, lo aseguro!

El amante la cogió de las manos.

—¡Tiene usted la mejor alma del mundo! —exclamó.

La señora Berry parecía a punto de besarle.

—No la molestaremos. Déjela dormir. Manténgala en la cama, señora Berry. Y la llamaremos esta noche para saber como se encuentra, y mañana vendremos a verla. Estoy seguro de que se portará bien con ella. —La señora Berry parecía a punto de sollozar—. Se la confío. ¡Adiós, bella alma!

Le dio un puñado de oro y se fue a cenar con sus tíos, feliz y hambriento.

Antes de salir hacia el hotel decidieron confiar en la señora Berry y explicárselo todo (con ornamentos), salvo sus nombres, para contar con el consejo y la ayuda de una mujer como ella, sin nada que temer. Lucy se ocultaría con el nombre de Letitia, la hermana más joven y hermosa de Ripton. El joven sin corazón lo propuso como burla cruel de una vieja debilidad suya.

—¡Letitia! —caviló Richard—. Me gusta el nombre. Ambos comienzan por L. Hay algo dulce, femenino, en las eles.

El materialista Ripton comentó que sonaban como golpes sobre papel. El amante seguía deambulando por su arboleda dorada.

—¡Lucy Feverel! ¡Eso suena mejor! Me pregunto dónde está Ralph. Me gustaría ayudarle, está enamorado de mi prima Clare. No hará nada hasta que se case. Ningún hombre puede. Yo haré mil cosas cuando esto termine. Primero viajaremos. Quiero ver los Alpes. No se ha visto mundo hasta que han visto los Alpes. ¡Cómo lo disfrutará ella! Me imagino sus ojos contemplando los Alpes.

Y, oh, tus dulces ojos azules, esa mirada celestial

De similar belleza, humildad desterrada,
Ya no lloras por tu mortalidad angustiada,
Y sin embargo de tu alma cuelga una lágrima sin igual.
Y pesa, pero no cae.
Suavemente la oigo llamar
A las puertas del cielo, hasta que la hermana Serafina abre
Para contemplarte con su viejo amor desde el cielo.
¡Los ojos de los serafines brillan en tus ojos azules!

—¡Qué belleza! Estos versos, Rip, los compuso un hombre que fue amigo de mi padre hace tiempo. Quiero encontrarle y procurar que vuelvan a ser amigos. Sé que la poesía te da igual. No tiene sentido que finjas que te gusta, Rip.

—Suena muy bien —dijo Ripton, cerrando la boca con modestia.

—¡Los Alpes! ¡Italia! ¡Roma! Y luego iré al este —siguió el héroe—. Está lista para ir conmigo a cualquier sitio, ¡corazón valiente! ¡Oh, el glorioso este dorado! Sueño con el desierto. Sueño que soy el jefe de una tribu árabe, y volamos bajo la luz de la luna en nuestras yeguas blancas, y llego a la tienda donde ella está agazapada, y la subo a mi yegua, y ¡allá vamos! ¡Rip, qué vida!

Ripton intentaba imaginarse disfrutándolo.

—Y luego volveremos a casa, y llevaré una vida como la de Austin, con ella ayudándome. Primero, ¡sé virtuoso, Rip! Y después sirve a tu país en cuerpo y alma. Un hombre sabio me dijo eso. Creo que sí, que haré algo de provecho.

Sol y nubes, nubes y sol, pasaban por la mente del amante. La vida era un anillo estrecho, o las distancias se extendían, tenían alas, volaban sin límites. Desde hacía una hora la comida era odiosa. Revitalizó su naturaleza, resuelto, y se unió a Algernon en los elogios a la señorita Letitia Thompson.

Mientras tanto, la beldad dormía, vigilada por la voluntaria veterana de la banda del héroe. Lucy despertó de sueños que parecían realidad, a la realidad que era un sueño. Se despertó llamando a una amiga:

—¡Margaret!

Y oyó a alguien decir:

—¡Mi nombre es Bessy Berry, cariño, no Margaret!

Lucy preguntó lastimera dónde estaba, y dónde estaba su amiga Margaret, y la señora Berry susurró:

—¡Seguro que espera a otra persona más querida!

—¡Ah! —suspiró Lucy, hundiéndose en la almohada, abrumada por lo extraño de su estado.

La señora Berry le cerró el volante del camisón y la arropó en silencio.

La llamó por su nombre.

—¿Sí, querida? —dijo.

—¿Está él aquí?

—Se ha ido, cariño.

—¿Se ha ido? ¿Adónde? —La joven se levantó, trastornada.

—¡Se ha ido para volver, querida! ¡Ah, ese joven! —canturreó la señora Berry—. ¡No ha comido ni un bocado, no ha bebido una gota!

—¡Oh, señora Berry! ¿Por qué no le obligó? —Lucy lloró por el héroe famélico, que entonces estaba alimentándose.

La señora Berry le explicó que alimentar a quien creía que el amor de su corazón iba a morir era imposible incluso para la más lista de las mujeres, y Lucy reflexionó sobre esta profunda verdad mirando la vela. Sacó la mano de debajo de la colcha, tomó la de la señora Berry, y la besó. La buena mujer no requirió mayor manifestación de su secreto, pero inmediatamente llevó su pecho consumado hacia la almohada, y pidió al cielo que bendijera a los amantes. La muchacha se alarmó y preguntó cómo la señora Berry podría haberlo adivinado.

—¿Cómo no? —dijo la señora Berry—. El amor rebosa en sus ojos, y en todo lo que hace.

Y la enamorada hizo más preguntas. Había tenido cuidado de no traicionarlo. La mujer que habitaba en ellas les hizo proferir grititos de alegría. Después, la señora Berry quiso saber detalles de esta hermosa pareja, pero los labios de la joven novia estaban sellados. Sólo dijo que su amante era de una clase superior a la suya.

—¡Y usted es católica, querida!

—Sí, señora Berry.

—Y él protestante.

—Sí, señora Berry.

—¡Querida, querida! ¿Y por qué no debería serlo? —exclamó, viendo que la tristeza volvía al semblante de la muchacha—. ¡Así nació, y así será! Pero tendrá que tomar decisiones sobre los niños. Las niñas con usted, los niños con él. ¡Es cosa de Dios, querida! No debe sonrojarse, aunque cuando lo hace esté tan bella. ¡Si el joven caballero pudiera verla así!

—¡Por favor, señora Berry! —murmuró Lucy.

—¡Lo hará, y lo sabe, querida!

—¡Oh, por favor, señora Berry!

—¡Y no puedes soportar pensarlo! ¡Bueno, me gustaría que hubiera madres y padres a ambos lados, y documentos firmados, y damas de honor, y desayunos! Pero el amor es el amor, y siempre lo será, a pesar de todo.

Trató de obtener una verdad más profunda de su joven corazón; pero, aunque lloró algunas perlas, no eran del tipo que buscaba. Lucy le había confesado que pendía como una fruta del árbol del amor. Por lealtad a su amor, no revelaría su historia, por muchas ganas que tuviera de contárselo a esta querida madre confesora.

Su conducta llevó a la señora Berry de la rosada visión otoñal del matrimonio a anunciar que se trataba de una lotería.

—Y de su boleto —dijo la señora Berry— no se sabe si está premiado o viene en blanco. Y, ¡Dios lo sabe!, hay quien sigue creyendo que es un premio cuando los destroza. Yo lo tenía en blanco, querida. Yo blanco, y él fue una fruta podrida para mí, querida. ¡Sonría! Yo lo tenía por un premio, como puede imaginar. —La señora Berry se agarró el delantal—. No llevábamos ni tres meses casados cuando ese hombre, no era la luna de miel, cuando ese hombre… ¡Sí! ¡Me dio una patada! ¡Le propinó una patada a su mujer! ¡Ah! —suspiró a los grandes ojos de Lucy—. Podría haberlo soportado. Un golpe no hiere el corazón. —La pobre criatura tocó su lado sensible—. Seguí queriéndole, pues soy una blanda. Era alto como un soldado, y estando de servicio se dejó crecer el bigote. Solía llamarle mi guardaespaldas, como una reina. Le adulé como una idiota. Así somos las mujeres. Fíese de mi palabra, querida, nada hay más vano que un hombre. Lo sé. Pero no me lo merecía. Soy una estupenda cocinera, y de ninguna manera me lo merecía. —La señora Berry se dio un golpe en la rodilla para dar énfasis a sus palabras—: Le arreglaba la ropa, me encargaba de sus ornatos, que él llamaba sus ropas, ¡el mal hombre! Y así, nueve meses, nueve meses desde el día que juró amarme y protegerme, esto y lo otro, nueve meses de calendario, ¡y mi galán se fue con otra mujer! ¡Carne de su carne, pff! —exclamó la señora Berry, recordando vívidamente sus errores—. Aquí está mi anillo. ¡Un bonito adorno! ¿Qué significa? Me lo quiero quitar del dedo una docena de veces al día. ¿Es un símbolo? Es una niñería para que lo lleven los muertos en vida, ésa es viuda y ésa no, no hay nombre para su significado en ningún diccionario; he mirado, querida, y —extendió los brazos— ¡Johnson no tiene nombre para mí!

Con esta congoja tan impresionante, la voz de la señora Berry rompió en sollozos. Lucy habló con dulzura a la marginada de Johnson. Las penas de

otoño no avisan a la primavera. La joven, con toda su tierna compasión, se sintió feliz al oír la conmovedora historia del malvado marido de la casera, que cubría de luz y alivio la gloria de su héroe. Entonces, desde su corto vuelo de inconcebible felicidad, cayó golpeada por uno de sus miedos de múltiples ojos, como Argos.

—¡Oh, señora Berry! ¡Soy tan joven! ¡Piense en mí! ¡Sólo tengo diecisiete años!

La señora Berry se secó los ojos.

—¿Joven, querida? ¡Tonterías! ¡No hay nada malo en ser joven, aquí y allí! Conocí a una dama irlandesa que se casó a los catorce años. Su hija se casó prácticamente a los catorce. ¡Era abuela a los treinta! Cuando algún extraño se le acercaba, le preguntaba si sabía el color de los gorros de las abuelas. ¡Cómo la miraban! ¡Dios la bendiga! La abuela podía haberse casado otra vez. Era culpa de su hija, no suya, sabe.

—Era tres años más joven que yo —musitó Lucy.

—Se casó por debajo de su clase, querida. Se escapó con el hijo del alguacil de su padre. «Ah, Berry —me decía—. Si no hubiese sido tonta, ahora sería una dama, no una abuela». Su padre nunca la perdonó, y la desheredó.

—¿Su marido la quiso siempre? —quería saber Lucy.

—A su manera, querida, sí —dijo la señora Berry, exponiendo su sabiduría matrimonial—. No podía evitarlo. Si paraba, volvía a empezar. Ella era muy lista, y le hacía sentirse cómodo. ¡Y cómo cocinaba! No había, de hecho, ninguna cocina como la de Alderman. ¡Y nació siendo una dama! Le digo que es el deber de las mujeres. Ella siempre decía: «Cuando baja el fuego del salón, pon carbón en la cocina», y un buen refrán es un tesoro. ¡Así es el hombre! De nada sirve poseer su corazón si no se tiene su estómago.

Al percibir que la expresión de la joven se volvía abstrusa, la señora Berry añadió:

—No sabe nada de eso, querida. Sólo présteme atención, y recuerde: no descuide la cocina. Los besos no duran, el buen comer, sí.

Aquí, con un aforismo digno de un hueco en *Los escritos del peregrino*, dejó de hablar para llevar un caldo a su querida inválida. Lucy se encontraba bastante bien, con ganas de levantarse para estar lista cuando sonara el timbre. La señora Berry, con su cariñosa consideración por la joven enamorada, le obligó a tumbarse y estar tranquila, y que se dejara cuidar, pues la señora Berry sabía que sólo estaría a solas diez minutos con el héroe si permanecía en esa posición inalcanzable.

Gracias a su estrategia, como había pensado, consiguió su objetivo. La noche no terminó sin que ella se enterara, de los labios del héroe, que el padre del héroe y un severo abogado se oponían a la unión con esta joven dama, debido a una protegida suya, heredera de una inmensa propiedad, con quien quería casar a su hijo, y también porque su querida Letitia era católica. Letitia, hija de un valiente oficial naval fallecido, estaba en manos de su salvaje tío, que quería entregarla al gañán de su hijo. La señora Berry escuchó la enfática narración, y declaró que la maldad de los adultos era la excusa de la rebeldía de los jóvenes. Con el ceremonioso juramento, por el que prometió guardar el secreto y devoción, pasó a formar parte de la banda del héroe, que ahora contaba con tres miembros, y asumió tareas idóneas para la energía femenina, pues no hay conspiradores como las mujeres. El cargo de coronel de Ripton se convirtió en una sinecura; su rango, meramente titular. Nunca había estado casado, no sabía nada de certificados ni licencias, salvo que debían obtenerlos y que no era difícil; no tenía idea de cuántos días de aviso tenían que dar al párroco si una de las partes era residente. ¿Cómo iba a saberlo? Sus reflexiones se centraban en la alianza, y cuando la discusión de los preparativos se volvía particularmente agitada, decía, asintiendo de forma astuta:

—¡No debemos olvidar el anillo, señora Berry!

Y al nuevo miembro su natural complacencia le impedía gritar: «¡Al cuerno usted y el anillo!». La señora Berry había intervenido de manera notable en quince matrimonios, con edictos y certificados, y que le recordasen un requisito tan obvio era exasperante. No podían haber encontrado una aliada más inestimable, una autoridad tan rigurosa, y ellos lo reconocían. El héroe marchaba como un autómata a sus órdenes; el coronel Thompson estaba encantado de ser el chico de los recados.

—Lo hago porque espero que seas más feliz que yo —dijo la devota y caritativa Berry—. Dicen que el matrimonio se hace en el cielo, y si es así no nos tienen muy en cuenta aquí abajo.

Le había contado su dolorosa experiencia a cambio de la historia de los terribles padres del héroe.

Richard le juró que, de ahí en adelante, sería su deber buscar a quien abandonara los votos de matrimonio y traerle suplicante de vuelta.

—¡Oh, volverá! —dijo la señora Berry, y una profética arruga se dibujó en su rostro—. Volverá por su propio pie. ¡No encontrará una cocinera como Bessy Berry! Sabe lo que vale, a pesar de todo. Y sé que, cuando venga,

volveré a abrirle mis brazos, y no le echaré en cara su insolencia. ¡Soy tan blanda! ¡Siempre lo fui, estando casada, señor Richard!

Cuando las naciones se preparan para la guerra, en los muelles y los arsenales se martillea día y noche, los ocupados contratistas miden el tiempo en pulgadas, el aire resuena en coaliciones a la redonda como miríadas de abejas; así que la casa y el vecindario de la blanda señora Berry resonaron heroicamente, ajenos a los cambios de luz de la creación. La señora Berry era la maestra de ceremonias. Mandó al héroe a los juzgados, instruyéndole sobre cómo enfrentarse a la ley y cómo contar mentiras piadosas, pues la ley no podía detectar una mentira piadosa y un rostro franco. Allí fue el hombre, y proclamó su presencia. Y, ¡miren! La ley ejecutó un agradable y sosegado baile del oso. ¿Creen que los sin ley son más susceptibles que los de carne y hueso? Así el egregio representante de la autoridad, seguro de sí mismo, hizo las preguntas familiares y asintió a sus respuestas, puso el sello y cobró el recibo. Debía ser un vagabundo de corazón para permitir que lo irrevocable se cotice a un precio tan bajo, incluso para un héroe. ¡Pues sólo se hace notar cuando los héroes y heroínas quieren que deshaga lo que tan fácilmente elabora! El pequeño pasaje abovedado de los juzgados parece el ojo de una aguja, a través del cual la cartera esbelta pasa con más facilidad que la corpulenta; pero, una vez dentro, todos los camellos son iguales, y las carteras esbeltas son un camello especialmente grande. Al dispensar un matrimonio como lo hace, la ley no puede tener conciencia.

—No tuve la menor dificultad —dijo el héroe, exultante.

—¡Claro que no! —respondió la señora Berry—. Es fácil, si se es sincero, como comprar una barra de pan.

Asimismo, el embajador del héroe fue a asegurar la promesa de la Iglesia de asistir a determinado lugar cierto día, y allí oír un juramento de fidelidad eterna, a lo que la Iglesia, al recibir un guiño de la ley, accedió servil, por menos del precio de un bizcocho.

Mientras artesanos y mujeres habilidosas, dirigidas por la señora Berry, trabajaban hasta el final del día, Raynham y Belthorpe dormían: el primero, profundamente, ya que para ellos todos los días eran similares. Cada mañana llegaba una carta de Richard para su padre que contenía observaciones sobre los fenómenos de Londres, comentarios (principalmente irónicos) sobre los discursos y las leyes del Parlamento, y razones para no haber llamado todavía a los Grandison. Eran ciertamente monótonas y exánimes. El *baronet* no se quejaba. El tono frío y solícito le aseguraba que no había ningún problema ni ninguna distracción.

—¡Las cartas de una constitución saludable! —dijo a la señora Blandish, seguro de su perspicacia.

Satisfecho, se sentó y sonrió sin sospechar que el calvario de su hijo, inminente, era también el suyo. Hippias escribió que su sobrino le estaba matando a base de citas con él que nunca cumplía, e ignorándole de la forma más desvergonzada, por lo que su sistema ganglionar estaba mucho peor que cuando se fue de Raynham. Escribía amargamente, pero era difícil sentir compasión por su estómago ofendido.

Por otro lado, el joven Tom Blaize no volvía, y no había noticias de él. El granjero Blaize fumaba su pipa todas las noches, profundamente trastornado. Londres era muy grande, el joven Tom podría haberse perdido, pensaba; el joven Tom tenía sus debilidades. Al ser lobo en Belthorpe, probablemente sería oveja en Londres, como todos los paletos. Pero ¿qué le había pasado a Lucy? Este pensamiento casi mandó al granjero Blaize a Londres, y se habría ido si su pipa no lo hubiera iluminado. Un joven puede desaparecer y meterse en un lío, pero seguro que un joven y una muchacha llaman la atención, a menos que actuaran en complicidad. Por supuesto, el joven Tom se había comportado como un hombre, ¡el truhán!, y se había casado con ella allí mismo, para aprovechar la oportunidad. Le llevó tiempo llegar a ello. Aun así, era lo único razonable para justificar el extraordinario silencio, y por tanto el granjero se aferró a la idea de que había llevado a cabo la hazaña. Pensó, como todo hombre moderno, que el héroe, el destructor de los planes, se había ido. Así que, después de mandarle una carta a un amigo de la ciudad, diciéndole que buscaba a su hijo, siguió despierto fumando su pipa, bastante contento, y pensó en la actitud que debía adoptar cuando don Luna de Miel apareciera.

Hacia mediados de la segunda semana desde la partida de Richard, Tom Bakewell fue a Raynham a buscar a *Cassandra*, y le entregó en secreto una carta a la del siglo XVIII donde le pedía dinero, una suma redonda. Ésta cumplió su palabra, y le dio a Tom otra carta, adjuntando un cheque de su banquero, lo suficientemente generoso para mantener el heroico motor en marcha a una velocidad moderada. Tom volvió, y Raynham y Lobourne durmieron sin soñar con el mañana. El sistema, esposado con el tiempo, durmió, y no sabía cómo le habían ofendido: anticipándole por siete preñadas estaciones. Pues el tiempo había oído al héroe jurar por ese instrumento legalizador, y había registrado un juramento. ¡Ah, venerable tiempo hebreo que no perdona! La mitad de la confusión y la fiebre del mundo vienen de esta revancha contra los desafortunados inocentes que le han hecho daño. No

pueden escapar de él. Nunca le sobrevivirán. El padre de las bromas no es ninguna broma, y esta verdad los hombres la tienen que descubrir.

Los días pasaban. Él era ahora su criado. La señora Berry tenía un vestido nuevo de satén, un bonito gorro, un broche de oro y suaves guantes, todo regalado por el héroe, para acompañar a su novia al altar. Y, en lugar de comportarse como una vieja precavida, era como cualquier asistente: tal era la magia de esos artículos. Piensa que los padres aceptan lo que los hijos quieran; todos contentos de complacer al héroe.

El tiempo trae por fin la víspera de la boda, una bendición del benefactor. Se concluyen los últimos preparativos. El novio se fue, y la señora Berry acompañó a la novia a su lecho de descanso. Esa noche, Lucy miró un viejo reloj excéntricamente correcto, una suerte de pausa palpitante ante las puertas de su transfiguración. La señora Berry la vio poner su dedo rosado en la una ya a punto de tocar, y tocó todas las horas sucesivamente, donde resonaría la palabra «esposa» al día siguiente. Movía los labios, y parecía muy solemne cuando terminó, y se encontró con la mirada de la señora Berry, que no podía adivinar que el tiempo sería el enemigo de la pobre niña, y puso en peligro su desvelo al envolver a Lucy en sus brazos, gimoteando:

—¡Dios la bendiga! ¡Cordero inocente! ¡Serás feliz! ¡Lo serás!

El viejo tiempo mira hacia adelante con gravedad.

Capítulo XXIX

Hacía viento cuando César cruzó el Rubicón, un río normalmente tranquilo, como el Aquerón. Pagado el billete, el barquero no pregunta quién lo atraviesa. Rema con fuerza, y los héroes dejan de ser héroes en media hora. En la otra orilla comprenden el salto que han dado y la orilla abandonada se encoge en el remoto infinito. Allí han soñado; aquí deben actuar. Allí queda la juventud y la irresolución; aquí, la hombría y la decisión. Están en otra tierra: un Aquerón moral divide su vida. ¡Sus recuerdos apenas les parecen propios! *La geografía filosófica* (a punto de publicarse) observa que todos los hombres, alguna vez, se enfrentan a un pequeño Rubicón, un riachuelo de agua clara o infame. Se les pregunta: «¿Aceptas este destino y dejar atrás lo demás?». Y un «Sí quiero» dicho con firmeza los arrastra. El citado manuscrito nos informa de que esta corriente lleva mayor número de héroes que su hermana de abajo, arrepentidos que intentan volver a la orilla abandonada. Pues, aunque se puede ser héroe un minuto, pocos lo siguen siendo al final del día. ¿Y nos preguntamos por qué el destino se indigna con las vestiduras del terrible universo? Falla ante él, con la acción y de corazón, y, ¡ved cómo su rostro cordial palidece hasta enfermar y se transforma en lo que presentimos! Sea el Rubicón grande o pequeño, límpido o infame, da igual: no volverás. ¡Adelante o al Aquerón! Suscribo el dicho de *Los escritos del peregrino*: «El peligro de conocer poco las cosas es discutible, pero ¡cuidado con conocerse poco a sí mismo!».

Richard Feverel cruzaba el río de su calvario. La bruma le sustraía la visión de la tierra que había dejado; su vida, partida en dos, sólo respiraba el aire que tenía por delante. Su padre, el amor de su padre, su niñez y su ambición, permanecían en sombras. Sus sueños poéticos habían tomado una forma alcanzable. Tenía una impresión más nítida de la Berry otoñal y de su

casa que de cualquier cosa de Raynham. Sin embargo, el joven amaba a su padre, amaba su hogar, y, me atrevo a decir, César amaba Roma, pero, la amara o no, cuando César acabó con la República tenía calvicie, y a nuestro héroe apenas le había crecido el despótico bigote. ¿Sabía de qué estaba hecho? No tenía ni idea. Pero la pasión honesta tiene un instinto más seguro que la sabiduría consciente. Era una flecha salida de su arco, dirigida a la cabeza. Su audaz deshonestidad y los subterfugios no le parecían en modo alguno criminales; estaba convencido de que finalmente aprobarían su conducta para asegurarse el cariño de Lucy y, en ese caso, ¿el fin no justifica los medios? No es que perdiera tiempo en estas cosas, como los viejos héroes y villanos que se condenan a sí mismos, para tranquilizar su conciencia. La conciencia y Lucy estaban unidas.

Era un bonito día. El Rubicón brillaba bajo el sol de la mañana. Uno de esos días en los que Londres acoge la ocasión del verano, y saca a pasear a sus bebés. Las aceras, las plazas, los parques, se animaban con los llantos de la joven Gran Bretaña. Niñas violetas y prímulas, niños con atavíos militares, bandas persistentes y, rematando la brillante procesión, ómnibus cargados de hombres de negocios, en dirección a la City, donde una columna de humo rojizo, impulsada por el viento del suroeste, señalaba la escena a la que se dirigían estos tenaces guerreros. Richard llevaba un buen rato contemplando Londres. Su plan estaba trazado. Se había asegurado la libertad al dejar al amanecer el hotel y al sufrido tío Hippias. Su padre llegaba ese día o el siguiente. El granjero Blaize, según le contó Tom Bakewell, estaba en la ciudad, furioso. Otro día, y se la arrebatarían, pero ese día el milagro de la creación era suyo y, desde esta brillante orilla, ¡que se atrevan a arrebatársela! Las cosas eran tan propicias que naturalmente creía que el poder que cuida del amor conspiraba a su favor. Y también ella, ya que iba a cruzar ese río, le había jurado que sería valiente, y le honraría llevando la alegría de su corazón en su rostro. Sin una sospecha de estupidez, sin temor por los resultados, Richard paseó por los jardines de Kensington, desayunando el presagio de su gran alegría, ahora con vistas a su novia y a la nueva vida que se abría ante ellos. Montañas de nubes rodeadas de sol cruzaban el azul del cielo. Pabellones de castaños florecientes susurraban sobre su cabeza. Un sonido, como una bandera desdoblándose en la maravillosa distancia, lo arrulló.

Había quedado con su novia en la iglesia a las once y cuarto. Su reloj marcaba las diez menos cuarto. Paseó bajo los largos tallos hacia el pozo dedicado a un santo oscuro. Algunas personas bebían del pozo. Una florida

dama estaba con otra más joven que se llevó una pequeña taza plateada a la boca, y no ocultó su desagrado por el licor del beneficioso santo.

—¡Bebe, niña! —dijo la mujer madura—. Ésta es tu segunda taza. Debes beber tres tazas todas las mañanas. ¡Tu constitución necesita hierro!

—Pero, mamá —protestó—. Es asqueroso. Me dan náuseas.

—¡Bebe! —le ordenó con dureza—. Nada como las aguas alemanas, querida. A ver, déjame probar. —Cogió la taza y se la llevó a los labios—. Es agradable, no hay nada que objetar. Por favor, pruébela —le propuso a un caballero próximo a ellas.

Una inconfundible voz que había cruzado el Rubicón respondió:

—Ciertamente, si es en buena compañía, aunque confieso que no siento náuseas en una ceremonia tan cautivadora.

¿No se puede escapar de los parientes?, se dijo Richard.

Eran la señora Doria, Clare y Adrian. Los tenía delante de sus narices.

Clare, al alzar la vista de su dosis constitucional, para asegurarse de que ningún hombre notara las posibles consecuencias, fue la primera en verle. Soltó la taza.

—¡Vamos, por favor, bebe y no protestes! —dijo la señora Doria.

—¡Mamá! —musitó Clare.

Richard se acercó y capituló con honor, ya que la retirada era imposible. La señora Doria se acercó.

—¡Mi chico! ¡Querido Richard! —exclamó.

Clare le saludó tímidamente. Adrian se quedó tras ellas.

—Anda, veníamos a buscarte, Richard —dijo la señora Doria, sonriendo con efusividad—: Necesitamos otro caballero. ¡Esto es fantástico! ¡Querido sobrino! ¡Cómo has crecido! Estás hecho todo un hombre. ¿Qué te trae por aquí a estas horas de la mañana? ¡La poesía, imagino! Ven, dame la mano, jovencito. ¡Clare! Termínate esa taza y agradece a tu primo que no tengas que tomar una tercera. La traigo siempre que estamos cerca de una fuente de aguas ferruginosas antes de desayunar. Tenemos que levantarnos a horas intempestivas. ¡Mi querido muchacho, las madres no dejamos de sacrificarnos! ¡Y tú has estado sólo quince días con tu agradable tío! ¡Debes de habértelo pasado muy bien! ¡Pobre Hippias! ¿Cuál es su última panacea?

—¡Sobrino! —Adrian estiró la cabeza y se acercó a Richard—. ¡Dosis de sobrino mañana y noche catorce días! Eso destruye una constitución de hierro en un mes.

Richard le dio la mano mecánicamente.

—¿Todo bien, Ricky?

—Sí, todo bien —respondió Richard.

—¿Bien? —dijo su vigorosa tía, caminando con él, mientras Clare y Adrian los seguían—. ¡Estás más guapo que nunca! Hay algo en tu rostro… Mírame. No tienes que ponerte rojo. Te has convertido en un Apolo. Este abrigo azul te sienta de maravilla. Y esos guantes. Y esa pajarita. Tu estilo es tan irreprochable, ¡qué estilo! Y nada excéntrico. Tienes instinto en el vestir. La ropa muestra la clase, mi querido niño, tanto como cualquier otra cosa. ¡Niño! Ves, no puedo dejar los viejos hábitos. Eras un niño cuando me fui, ¡y ahora! ¿Lo ves cambiado, Clare? —Dio media vuelta hacia su hija.

—Richard está muy guapo, mamá —dijo Clare mirándolo recatada.

—Me gustaría poder decir lo mismo de ti, querida. Cógeme del brazo, Richard. ¿Tienes miedo de tu tía? Quiero acostumbrarme a ti. ¿No sería agradable estar todos juntos esta temporada? ¡Qué divertida sería la ópera contigo! A Austin, por lo que he oído, le gusta sentarse en platea. Puedes venir al palco de los Forey cuando quieras. Nos alojamos con los Forey, cerca de aquí. Creo que está un poco lejos, pero les gusta el barrio. Es lo que siempre he dicho: ¡dadle más libertad! Por fin Austin lo ha entendido. ¿Qué te parece Clare?

Tuvo que repetirle la pregunta. Richard echó un vistazo con desgana a su prima, y elogió su aspecto.

—¡Pálida! —suspiró la señora Doria.

—Bastante pálida, tía.

—Ha crecido mucho, ¿no crees, Richard?

—Sí, está muy alta.

—¡Si tuviera algo más de color, querido Richard! Me aseguro de darle todo el hierro que pueda tragar, pero la palidez permanece. Creo que no prospera lejos de su compañero. Estaba acostumbrada a admirarte, Richard.

—¿Recibiste la carta de Ralph, tía? —la interrumpió Richard.

—¡Absurdo! —la señora Doria le apretó el brazo—. ¡Tonterías de niño! ¿Por qué te prestaste a enviar tal cosa?

—Estoy seguro de que la ama —dijo Richard, serio.

Los maternales ojos se estrecharon.

—La vida, mi querido Richard, es un juego de objetivos diferentes —comentó, abandonando el tono ligero, y se enfadó al ver que se reía. Richard se excusó diciéndole que hablaba como su padre.

—Desayuna con nosotros —la dama se relajó—. Los Forey quieren verte; las niñas se mueren por conocerte. Sabes, tienes una reputación debido a ése —omitió un adjetivo intruso— sistema en el que te educaste. Que no te

importe. Por mi parte, creo que eres la prueba del mérito de dicho sistema. ¡No tengas vergüenza con las mujeres! Tanta como quieras con las más mayores. Sabes cómo comportarte entre los hombres. ¡Ahí tienes tu guía de salón! Estoy segura de que estaré muy orgullosa de ti, ¿no? —La señora Doria lo miró a los ojos, persuasiva.

A Richard se le ocurrió la benevolente idea de que podía emplear el tiempo que le quedaba para defender el caso del pobre Ralph y, mientras le arrastraban, sacó su reloj para calcular el número de minutos que podía dedicar a este ejercicio de caridad.

—Perdona —dijo la señora Doria—. Tienes que comportarte, querido niño. Es la primera vez que un hombre consulta su reloj en mi presencia.

Richard respondió con suavidad que tenía un compromiso a cierta hora, y hasta entonces era su servidor.

—¡Dios santo! —soltó la vivaz dama—. Ahora que te tengo, te vas a quedar conmigo. ¡Ah! Lo sé todo de ti. ¡Esta ridícula indiferencia de la que exagera tanto tu padre! ¡Claro, querías ver mundo! ¡Un joven sano y fuerte encerrado en una casa solitaria, sin amigos, sin contacto con la sociedad, sin diversiones, excepto el campo! ¡Claro que eras indiferente! Sólo tu inteligencia superior te ha salvado de convertirte en un patán. ¿Dónde están los demás?

Clare y Adrian llegaron enseguida.

—A mi damisela se le cayó algo —explicó Adrian.

Su madre le preguntó qué era.

—Nada, mamá —dijo Clare con recato, y siguió como si nada.

Sobrecogido por la labia de su tía y ocupado en el cálculo de los minutos restantes, Richard mencionó a Ralph. La señora Doria lo detuvo.

—Tengo que decirte, muchacho, que me niego a escuchar tal estupidez.

—No es nada de eso, tía.

—Las imaginaciones de un niño.

—No es un niño. ¡Es año y medio mayor que yo!

—¡Estúpidos! Cuando os enamoráis, todos os creéis hombres.

—¡Por mi honor, tía! Creo que la ama de verdad.

—¿Te lo dijo, niño?

—Los hombres no hablan abiertamente de esas cosas —afirmó Richard.

—Los niños sí —dijo la señora Doria.

—Pero escúchame, tía. Quiero que seas amable con Ralph. No le lleves a… Puede que lo lamentes. Déjale que la escriba y que la vea. A veces las mujeres son tan crueles como los hombres en estas cosas.

—Nunca promuevo tales estupideces, Richard.

—¿Qué tienes contra Ralph, tía?

—Oh, ambas son buenas familias. No es estupidez, Richard. Al menos, me alegro de que su imaginación no se fijara en una lechera. —La señora Doria agudizó el tono, pero eso no afectó a su sobrino.

—¿No quieres que Clare se case? —expuso su último argumento.

La señora Doria rió.

—Espero que sí. Debemos encontrar algún anciano caballero acomodado para ella.

—¡Qué infamia! —murmuró Richard.

—Y dejaré que Ralph baile en su boda, o se tome un buen desayuno. Ahora no bailamos en las bodas como debía hacerse. Es un asunto terriblemente triste, que no ha de ser tratado con ligereza. ¿Es éste su ejército? —dijo al salir a los jardines custodiados por soldados a caballo—. ¡Sh, sh, niño! Ralph se recuperará como, ejem, otros se han recuperado. Un corazón roto, eso que llamáis corazón roto, y arriba otra vez, con mejor aspecto que nunca. Entrar en razón para vosotros, queridos, debe ser doloroso. Las niñas sufren tanto como los niños, te lo aseguro. Incluso más, pues sus mentes son más débiles y sus apetitos menos constantes. ¿Hablo como tu padre? Dime, ¿qué cita tan importante te obliga a mirar el reloj todo el rato?

Richard se paró en seco. El tiempo corría.

—Tengo que irme —dijo.

No tenía pinta de querer discutir. La señora Doria sí quería, a pesar de todo.

—¡Escucha, Clare! Richard se va. Dice que tiene un compromiso. ¿Qué compromiso puede tener un joven a las once de la mañana? A menos que sea casarse. —La señora Doria se rió dela ingenuidad de su sugerencia.

—¿Está la iglesia cerca, Ricky? —dijo Adrian—. Todavía puedes quedarte media hora si es así. La hora del célibe es a las doce. —Y se rió a su manera.

—¿No te quedas con nosotros, Richard? —preguntó Clare, que se sonrojó, y le tembló la voz.

Algo indefinido, la emoción en su voz, hizo que el apasionado novio le hablase con gentileza.

—Me gustaría mucho, Clare. Me encantaría complacerte, pero tengo una cita urgente, es decir, prometí que iría. Debo irme. Nos vemos.

La señora Doria lo agarró por los hombros:

—Vamos, ven ahora mismo y no digas tonterías. Insisto en que te quedes a desayunar, y después, si debes irte, ya te irás. ¡Mira! Ésa es la casa. Al menos acompañarás a tu tía a la puerta.

Richard cedió. Poco se imaginaba ella lo que le estaba pidiendo. Dos minutos de oro se fundieron en la nada. Comenzaban a convertirse en joyas preciosas, una a una, más preciosas cuanto más corrían, y ahora tan costosas y escasas. ¡Ricas como su sangre! Ni a sus parientes más queridos se las daría. ¡Soltad amarras! ¡Barquero! ¡Vamos!

—¡Adiós! —gritó, despidiéndose de los tres como si fueran uno, y desapareció.

Le observaron atravesar el descansillo de la casa con abruptas zancadas. Parecía la decisión en persona. La señora Doria, al no tener presente a su hermano, empezó a criticar el sistema.

—¡Mira el resultado de esa educación! El chico no sabe comportarse como una persona civilizada. Tiene algún asunto insignificante, o está loco con sus ridículas ideas, y debe sacrificarlo todo por ello. Eso que Austin llama concentración de facultades. Creo que es más probable que lo lleve más a la locura que a la grandeza. Se lo diré a Austin. Ya es hora de que alguien hable con él en serio.

—Es una máquina, mi querida tía —dijo Adrian—. No es un chico, ni un hombre, sino una máquina. Parece que ha trabajado mucho desde que vino a la ciudad. ¡Está por ahí día y noche!

—¡Está loco! —exclamó la señora Doria.

—Para nada. Ricky es extremadamente astuto y va con un ojo alerta, como los barcos en Troya. Está a la altura de cualquiera de nosotros. Confieso que está a la mía.

—¡Vaya! —dijo la señora Doria—. ¡Me sorprende!

Adrian le rogó que mantuviera la sorpresa hasta el momento adecuado, que no tardaría en llegar.

El sentido común les aconsejó no decir nada a los Forey del poco agraciado carácter de su esperanzador pariente. Clare les dejó. Cuando la señora Doria fue a su habitación, su hija miraba algo que tenía en la mano, que cerró rápidamente con expresión culpable.

En respuesta a la pregunta de por qué no había ido a cambiarse, Clare dijo que no tenía hambre. La señora Doria lamentó la obstinación de una constitución que no se veía afectada por el hierro, eclipsó el espejo y dijo:

—Cámbiate aquí, hija; aprende a ocuparte de ti misma.

Le desató el gorro de la maraña de pelo, y le habló de Richard, de lo apuesto que era, de su extraordinaria conducta. Clare seguía abriendo y cerrando la mano, con una actitud pensativa, prácticamente indiferente. No se movió para desvestirse. Un hoyuelo sin gracia apareció en su mejilla pálida y respiró más profundamente.

La señora Doria, al comprobar que estaba lista para mostrarse, se acercó a su hija.

—Vamos, hija —dijo—, no sabes hacer nada. Necesitas que una docena de mujeres te ayuden. ¿Qué será de ti? Tendrás que casarte con un millonario. ¿Qué te pasa, hija?

Clare abrió la mano y mostró un pequeño aro de oro en un guante verde.

—¡Un anillo de boda! —exclamó la señora Doria al inspeccionar el curioso objeto con delicadeza.

¡En el guante verde de Clare había un anillo de boda!

Clare se vio asediada por un arsenal de dónde, cuándo y cómo lo había encontrado.

—En los jardines, mamá. Esta mañana. Cuando caminaba detrás de Richard.

—¿Estás segura de que no te lo dio, Clare?

—¡Oh, no, mamá! No me lo dio.

—¡Claro que no! ¡Sólo él hace cosas tan absurdas! Creí que quizá… ¡Estos chicos son tan ridículos!

La señora Doria pensó que debía de haber un acuerdo entre los jóvenes caballeros, Richard y Ralph, y que el primero debía presentarle el símbolo de devoción nupcial del segundo a la joven dama de su amor, pero un momento de reflexión libró a los chicos de ese absurdo comportamiento.

—Me pregunto —especuló junto al frío rostro de Clare— si trae buena suerte encontrar un anillo. ¡Qué vista tienes, querida! —La señora Doria la besó.

Pensó que debía traer buena suerte, y aquello le hizo sentir ternura por su hija. La niña ni se inmutó con el beso.

—Vamos a ver si te queda bien —dijo la señora Doria, de forma casi infantil.

Clare sufrió al quitarse el guante. El anillo se deslizó por su fino dedo y se asentó cómodamente.

—¡Encaja! —susurró la señora Doria.

Encontrar un anillo de boda es algo que le podía pasar a cualquiera, pero encontrar un anillo de boda que encaje en el dedo desata la superstición. Es

más, que lo hubiera encontrado al caminar por el barrio un joven idéntico al que quería para su hija, dotaba de significado a la gentil perturbación de ideas, resultado de esa pista de la fortuna.

—¡Realmente encaja! —siguió—. No presto atención a los presagios ni a ese tipo de cosas —si el anillo hubiera sido una herradura, la señora Doria la habría devuelto a su sitio—, pero esto, debo decir, es extraño. ¡Encontrar un anillo así! ¡Nunca me había ocurrido! Seis peniques ha sido lo máximo que he encontrado. Guárdalo, Clare, y —rió— dáselo a Richard cuando venga. Dile que se le debe haber caído.

El hoyuelo de la mejilla de Clare tembló.

Madre e hija nunca habían hablado explícitamente de Richard. La señora Doria, con su manejo exquisito de las cosas, se había asegurado de que, por ese lado, no habría obstáculos para su proyecto de felicidad, sin comprometer los sentimientos de su hija de manera innecesaria. No le haría daño a una joven obediente oír que no había nadie en el mundo como cierto joven. Al príncipe de su generación podría consentirle, cuando se lo pidiera, ser su princesa. Y si nunca se lo pedía (pues la señora Doria concebía el fracaso), podía transferir con facilidad su dulzura a terratenientes de menor escala. Clare siempre había obedecido ciegamente a su madre (Adrian las llamaba «la señora DoriaMarimandona y su bella esclava»), y su madre aceptaba esta obediencia como el eje de su carácter. Es difícil para quienes se toman en serio los hijos caer en la cuenta de que piensan por sí mismos. El ejercicio de su voluntad constituye una revuelta. A nuestro amor no le gusta que lo invaliden y lo despojen de su poder, y aquí pienso en el tordo del jardín que echa al último mochuelo del nido para que aprenda a volar, aunque la gente sentimental se encoge de hombros ante estos actos de las criaturas que no se alejan de la naturaleza. Ahora bien, el exceso de obediencia, para quien lo maneja todo de forma exquisita, es tan insolente como la insurrección. Felizmente, la señora Doria no veía ningún problema en su hija, salvo que le faltaba hierro. Su palidez, su laxitud, el trémulo nerviosismo de sus facciones pedían a gritos el benéfico mineral.

«La razón por la que hombres y mujeres son misteriosos y resultan decepcionantes —se dice en *Los escritos del peregrino*—, es que interpretamos sus acciones con nuestros criterios, del mismo modo que nos sorprende que interpreten nuestras acciones con los suyos».

Eso hacía la señora Doria, y la veía feliz. Se reía con Adrian en la mesa del desayuno, y se unió en broma a su jocosa aseveración de que Clare quedaba bajo los auspicios nupciales comprometida con el dueño del anillo,

fuera quien fuera, y debía, cuando éste la reclamara, darle su mano (pues todo el mundo estaba de acuerdo en que el dueño debía ser masculino, ya que ninguna mujer perdería un anillo de boda), y seguirle adonde fuera. Las amigables hijas de los Forey apodaron a Clare entre risitas «la Prometida». ¿Sería rubio o moreno?, debatían. Adrian lanzó la primera estrofa sobre la fortuna de Clare con rimas burlescas, con un insinuante toque fantasioso. La tía Forey les advirtió que tuvieran preparados sus vestidos. El abuelo Forey fingió quejarse de que se esperaran regalos de boda de los abuelos.

Uno habló de una flor de naranja; otro, de forma solemne, de un zapato viejo. Encontrar un anillo de boda se celebró con los accesorios palpitantes y los ritos rosados que conlleva ese famoso objeto. En medio de la hilaridad general, Clare mostró su deplorable falta de hierro echándose a llorar.

¿Adivinó el pobre corazón burlado lo que sucedía? Quizá, vagamente, es decir, desde la ignorancia.

Mientras, en un altar se reunían dos bellas y jóvenes criaturas, con los votos preparados. Les pidieron que pensaran en el momento, y así lo hicieron. Si había alguna duda sobre el inmenso proyecto, no la tenía la doncella. Concebía tan pocas dudas sobre la poca cordura del acto como él. Frente a ellos se alzaba un joven clérigo enfundado en su hábito. Tras ellos, dos personas aparentemente lúcidas, de distinto sexo y edad; el más importante, el satén negro, a la sombra de un petirrojo vestido de caballero, con el pecho hinchado de alegría y una vivaz satisfacción ladeándole la cabeza. Estaban allí en lugar de los padres de la joven pareja. Todo estaba bien. Se procedió al servicio.

El novio dijo sus palabras con firmeza. La hora del complaciente gigante finalmente era suya, y quería retenerla por toda la eternidad. La novia habló con claridad y valiente modestia, no con menos firmeza, aunque su cuerpo temblase; su voz vibraba y las palabras salían adelante, enamoradas.

El tiempo oyó la sentencia que él había pronunciado. Las frágiles manos se unieron y se cerraron las cadenas. El clérigo estaba acostumbrado: dejó hacerlo a su voluntad.

Llegó el momento en el que se juran fidelidad. El hombre, con la mano derecha, tomó la mano derecha de la mujer; la mujer, con la mano derecha, tomó la mano derecha del hombre. El diablo no se ríe de lo que los ángeles quieren contemplar.

Unieron sus manos; la sangre fluyó como una sola. Adán y Eva encabezaron las generaciones. ¿No eran hermosos? Nunca hubo fuente de vida más pura en dos corazones.

Y cuando se soltaron las manos, el clérigo dispuso que el hombre pusiera el anillo en el cuarto dedo de la mujer, contando el pulgar. Y el hombre se llevó la mano a un bolsillo, y a otro, y después varias veces a todos los bolsillos. Recordó que lo había notado en el bolsillo de su abrigo, en los jardines. La mano estaba vacía. ¡El hombre la miró espantado!

Aunque los ángeles sonrían, ¡los demonios no se reirán! El clérigo deliberó. El satén negro no brillaba. Dejó de ser un petirrojo para convertirse en gorrión inquisidor. En los ojos se multiplicaban preguntas para las que no había respuesta. El tiempo agitó su cadena ominosamente, y en la pausa el sonido de la burla golpeó sus oídos.

¿Creen que el héroe será derrotado en la primera batalla? ¡Miren el reloj! Quedaban menos de siete minutos para la hora célibe; el veterano alzaba las manos para hacer fuego, y su disparo los desgarraría. ¡Ni todos los joyeros de Londres corriendo con bolsas de anillos nupciales podrían salvarlos!

La batalla debía ganarse en el campo. ¿Qué hizo nuestro héroe? ¡Tuvo una inspiración! ¿Quién soñaría con esa reserva en la retaguardia? Nadie lo vio. El manto de satén negro estaba más agitado, atormentado y apagado, como si la amenazadora nube se hubiese abierto, y con el deseado objeto caído del cielo llevó a conclusión el símbolo de su consentimiento, y el servicio procedió así:

—Con este anillo te desposo.

Fueron bendecidos. Para bien o para mal, ya estaba hecho. Registraron sus nombres, pagaron las tasas, dieron las gracias y saludaron al clérigo, cuya frialdad se fundió en una sonrisa de cortesía monástica. El sacristán los despidió desde los escalones de un mundo boquiabierto en el que se adentraron marido y mujer dispensando oro. Se cerraron las puertas del carruaje, el conductor lo puso en marcha y la escena finalizó. Todos fueron felices.

Capítulo XXX

Y un instante después, la novia lloraba como si se disolviera en una fuente de Diana al calor del dios Sol. Había preservado noblemente la máscara de la comedia hasta caer el telón, y ahora manaba un torrente de lágrimas. ¡Ten paciencia, oh, joven impetuoso! ¡Es tu tarea ser héroe! Su corazón es nuevo, y sus necesidades incluyen tantos actos impulsivos, tanto bandidaje, tantos terrores, que está desconcertada. Te ha honrado. Sopórtala ahora. No llora como una doncella. Con la disputa, su rostro es valiente, pero ¡ay!, los presagios se oponen; uno, terrible, presente en el fatal cuarto dedo, se ha enroscado en su sueño, y se aferra como una serpiente. Y, sin embargo, debía quererlo. No se atrevía a quitarse el anillo. Debía amarlo, abrazarlo, alimentarse de su extraña miel; le daba la felicidad que ocultaba la sombra de lo que tenía que llegar.

Pues, díganme: ¿no es aprehensión femenina casarse con el anillo de otra?

Son amazonas, damas, en Zaragoza, en ciudadelas, donde haya lucha y se deba tomar las riendas del tiempo. Hay pocos rivales para vuestra furia. Pero ¿y si hay un buitre, que sólo veis vosotras, sobrevolando la casa a la que os llevan felizmente? ¿No os agacharéis con temor?

El héroe, no obstante, en la hora de la victoria no atendía a los presagios. Se imponía dominar a su amada con caricias. ¿No era suya? ¿No era él suyo? ¿Y por qué lloraba, con la batalla ganada? ¿Se arrepentía de lo que había hecho?

¡Oh, nunca! ¡Nunca!, le aseguraban sus dulces ojos azules, el resuelto amor en las profundidades de su fe en él, a través del torrente de lágrimas.

Su gran belleza lo enmudeció, y se sentó, perplejo, a esperar que acabara el llanto.

Lucy contó su angustia a la señora Berry, en su habitación, y otro personaje de la comedia mudó su rostro.

—¡Oh, señora Berry! ¡Señora Berry! ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?

—¡Mi querida niña! —La nupcial Berry miró el dedo con triste alegría—. ¡Se me había olvidado! ¡Y eso me ha hecho sentir tan rara! Me sentía como si no fuera yo misma, sin mi anillo. ¡Querida, querida! ¡Qué joven más terco! ¡No hay hombres a nuestra altura en este país, Dios nos salve!

La señora Berry se sentó en el borde de la silla; Lucy, en el borde de la cama.

—¿Qué opina, señora Berry? ¿No es terrible?

—No puedo decir que me haya hecho gracia, querida —respondió la señora Berry con franqueza.

—¡Oh! ¿Por qué, por qué ha sucedido? —La novia se echó a llorar de nuevo y murmuró que ya se sentía vieja, y abandonada.

—¿No tenéis un consuelo en vuestra religión para una ocasión así? —preguntó la señora Berry.

—No para esto. Sé que está mal llorar cuando, en realidad, estoy tan feliz. Espero que me perdone.

La señora Berry le aseguró que era la cosa más dulce y bella del mundo.

—No voy a llorar más —dijo Lucy—. Déjeme, señora Berry; ya la llamaré.

Sacó una pequeña cruz de plata y se puso de rodillas junto a la cama. La señora Berry se marchó de puntillas.

Cuando la llamó, Lucy estaba calmada, y le sonreía con cariño.

—Ya está —dijo.

La señora Berry buscó el anillo, lo encontró en su dedo, donde lo había dejado, y lo siguió con la mirada.

—Él no quiere que vaya a desayunar, señora Berry. Le ruego que me disculpe. No puedo comer.

La señora Berry lo lamentó, había preparado un excelente desayuno nupcial, pero, con la mente concentrada en el anillo, asintió.

—No quedan muchas maletas por hacer, señora Berry.

—No, querida. Está todo hecho.

—Vamos a ir a la isla de Wight, señora Berry.

—¡Han elegido un lugar muy adecuado, querida!

—Le encanta el mar.

—No salgan esta noche, si el mar está agitado, querida. No es recomendable —la señora Berry bajó la voz—. Sea blanda y ceda en esto, o

acabará por arrepentirse.

Lucy había evitado el espinoso asunto. Vio los ojos de la señora Berry mirando su anillo, y reunió el valor para hablar:

—Señora Berry.

—Sí, querida.

—Señora Berry, le daremos otro anillo.

—Otro, ¿querida? —Berry no entendía—. Uno es suficiente —comentó.

—Quiero decir —Lucy se tocó su cuarto dedo—, que no puedo separarme de éste. —Miró fijamente a la señora Berry.

La desconcertada criatura la miró, y después al anillo, hasta agotar el significado de las palabras, y exclamó, horrorizada:

—¡Oh, pobre de mí! ¡No diga eso! Pero si se casará de nuevo por su religión.

La joven esposa repitió:

—Nunca podría separarme de él.

—Pero ¡querida! —La entristecida señora Berry retorció las manos, dividida entre la compasión y una sensación de dolor—. ¡Querida! —siguió protestando hasta hundirse en el silencio.

—Sabía que diría eso, señora Berry. Me duele hacerle daño. Ahora es mío, y debe ser mío. No puedo devolvérselo.

Se quedó sentada, convertida en la más inflexible heroína de los tres reinos.

Desde que oyó las palabras de la joven novia, la señora Berry, astuta fisonomista, sabía que era un caso perdido, a menos que la tratara de igual a igual, y le quitara el anillo a la fuerza, para lo que no tenía corazón.

—¿Qué? —jadeó débilmente—. ¿No le devolverá el anillo a quien por ley le pertenece?

—Es mío, señora Berry. Era suyo, pero ahora es mío. Le daremos lo que quiera, salvo esto. Por favor, ¡perdóneme! Debe ser así.

La señora Berry se meció en la silla y juntó sus manos. Le sorprendía la firmeza de esta pequeña y dulce criatura. Intentó argumentar su postura:

—No sabe, querida, que es lo peor que podrían hacerme, ¡de verdad! ¡Arrebatarle a alguien su anillo de boda es lo peor que le puede pasar, y no puede traer nada bueno! Pues, ¿qué puede reemplazar un objeto tan sagrado, querida? ¿Y con qué podría compensarme de su pérdida? No lo sabe, ¡oh querida! ¡Oh, pobre de mí!

La novia tenía una expresión tan horrorizada que la señora Berry se echó a llorar desesperada.

—Lo sé —dijo Lucy—. Lo sé. Sé lo que le estoy haciendo. ¡Querida, querida señora Berry! ¡Perdóneme! Si me separase del anillo, sería terrible.

Así que la joven y bella ladrona se apoderó de su argumento además de su anillo.

Berry se estrujaba la mente en busca de otro razonamiento.

—Pero, hija mía —contraatacó—, no lo entiende. No es lo que piensa. No quiero herirla. De veras, para nada. ¡Ya no importa! Cualquier anillo sirve mientras lo lleve una doncella. Y su querido Richard encontrará el anillo destinado a usted. Y, por supuesto, lo llevará como su mujer. Ya da lo mismo, querida. No es vergonzoso para una doncella. ¡Por favor, por favor!

Los halagos servían de poco.

—Señora Berry —dijo Lucy—, sabe lo que mi… dijo: «Con este anillo, yo te desposo». Fue con este anillo. ¿Cómo podría ser con otro?

La señora Berry se vio obligada a reconocer la lógica, pero llegó a una astuta conjetura:

—¿No traerá mala suerte llevar un anillo que a mí me sirvió para lo mismo? ¡Piénselo!

—¡Es posible! ¡Es posible! —gritó Lucy.

—¿Y no lo está provocando usted misma, querida?

—Señora Berry —volvió a decir Lucy—. Fue con este anillo. No puede ser, y nunca será con otro. Con este anillo me casé, y tendré que soportar lo que me traiga. ¡Lo llevaré hasta la muerte!

—Entonces, ¿qué voy a hacer? —gimió la desgraciada mujer—. ¿Qué le diré a mi marido cuando vea que tengo otro anillo? ¿Qué clase de bienvenida será ésa?

—¿Cómo sabrá que no es el mismo si es un simple anillo de oro? —dijo Lucy.

—¡Ningún hombre sabe tanto de joyas como mi Berry! —respondió la solitaria esposa—. ¿No darse cuenta, querida? ¡Si cualquiera con ojos en la cara se daría cuenta! ¡Hay tanta diferencia entre los anillos de boda como entre la gente que se casa! Ahora, por favor, sea razonable, querida.

—Por favor, no me lo pida —rogó Lucy.

—Por favor, piénselo mejor —la urgió la señora Berry.

—¡Por favor, por favor, señora Berry! —rogó Lucy.

—¡No me deje tan desolada cuando está usted feliz!

—¡No lo haría, querida! —vaciló Lucy.

La señora Berry creyó que podía convencerla.

—¡Ahora que va a ser la esposa más feliz de la tierra, todo lo quiere para sí! —siguió presionándola—. ¡Un caballero joven y guapo! ¡El amor y la fortuna sonriéndole!

Lucy se levantó.

—Señora Berry —dijo—, creo que no hay que perder tiempo y debemos prepararnos, o mi marido se impacientará.

La señora Berry la examinó con desdichado asombro desde el borde de la silla. La dignidad y la determinación tenían la ductilidad que habían tenido bajo su ala. En una hora, la heroína estaba a la altura del héroe. Consciente de la criatura con la que lidiaba, la señora Berry admitió que no era común, suspiró, y se rindió.

—Pero ¡es como un divorcio! —sollozó.

Tras llevarse los bordes del delantal a los ojos, la señora Berry se afanó en las maletas con humildad. Lucy, con el corazón pesaroso, se acercó y la besó, y la señora Berry se dejó caer al suelo y lloró. Dejó de llorar y recurrió al fatalismo.

—¡Supongo que tenía que ser así, querida! Es mi castigo por meterme en estos asuntos. No, no lo siento. Les bendigo a los dos. ¿Quién hubiera pensado que era una cabezota? ¡Y yo que la tenía por una mosquita muerta! ¡Hacen buena pareja, querida! ¡Desde luego que sí! ¡Están hechos el uno para el otro! Pero no debe enterarse de que hemos llorado. A los hombres no les gusta que las mujeres lloren si ellos están felices. Así que vamos a lavarnos la cara y a soportar lo que nos toque.

De modo que el satén negro fue hacia un nuevo diluvio. Merecía más compasión, pues, si bien es triste casarse con el anillo de otra mujer, ¡es aún más triste que le arrebaten su alianza para siempre! Pero, con héroes y heroínas por medio, suceden terribles complicaciones.

Las dos habían luchado por el anillo con idéntico honor.

En la estancia del banquete, Richard daba a Ripton las últimas instrucciones. Aunque era una boda íntima, la señora Berry había preparado un suntuoso desayuno: pechugas de pollo, sabrosas empanadas, místicas cosas en puré de nombres galos, confituras, cremas, frutas, cubrían la mesa; en el centro, como una torre, la colosal tarta, con su nupcial vestidura.

La señora Berry había invertido muchas horas y muchas preocupaciones en el desayuno, ¿por qué? Porque en los festines hay un individuo que se apoya en la locura, contra quien hay que prevenir los instintivos criminales, y cuya odiosa voz debe ser silenciada mientras transcurre el festín. Este personaje es el filósofo. La señora Berry lo conocía bien, y sabía que vendría.

Se había prevenido contra él del modo más eficaz, es decir, engañando a sus ojos y embriagando su mente con las delicias de las bodas, con los padres orgullosos, las madres desmayándose, y el acuerdo matrimonial floreciendo junto al abogado de la familia. Y, de no haber una escena semejante al volver de la iglesia, habría visto la miseria y el vacío (y sabía que así sería) y se habría arrepentido de su trabajo. El filósofo se habría apoderado de ella por el oído; la habría insultado. Atrincherada tras la mesa del desayuno legítimamente adornada, la señora Berry le desafió. En presencia del pastel el filósofo no se atrevía a susurrar. Había vino para ahogarse en él, si se le ocurría protestar, vinos fríos e intensos, vino tinto encargado por el novio para deleite de su amigo.

Al menos durante una hora, por tanto, el excelente trabajo le obligó a guardar silencio. Ripton se había fortificado para olvidarle por completo, y también los demás, hasta la mañana siguiente. Ripton estaba colmado de emoción. Había terminado una botella, y escuchaba, agradablemente bebido, a su jefe, más abstemio y enfático. Sólo tenía que beber y escuchar. El héroe no le permitía gritar «¡Victoria!», ni quería que se brindara, y, por la cantidad de carburante con que se alimentaba, su elocuencia se había convertido en una fuerza natural en su pecho, y sufría de una especie de elefantiasis de emoción suprimida. A veces se levantaba a medias de la silla, pero volvía a caer, o se reía de las pesadas y largas instrucciones, se golpeaba el pecho, estiraba los brazos, bostezaba y, en resumen, se comportaba de forma tan extraña que Richard dijo:

—Creo que no entiendes una palabra de lo que digo.

—¡Lo entiendo perfectamente, Ricky! —Ripton salió hacia la puerta—. Voy a ver al gobernador y le voy a decir: ¡*sir* Austin!, es su última oportunidad de ser un padre feliz. ¡No, no! ¡Oh! No temas, Ricky. Hablaré con el caballero.

Su jefe dijo:

—Mejor no vayas esta noche. Ve mañana por la mañana, en el tren de las seis. Dale mi carta. Escúchame. Dale mi carta y no digas nada hasta que él hable. Sus cejas subirán y bajarán, y no dirán mucho. Le conozco. Si pregunta por ella, no te hagas el tonto, dile lo que piensas sensatamente.

Nada pudo retener a Ripton cuando la nombró. Gritó:

—¡Es un ángel!

—Habla de forma sensata. Te digo, sensata —insistió—. Puedes decirle lo bella y dulce que es, ¡mi flor de lis! Y di que no fue culpa suya. Si hay algún culpable aquí, soy yo. Yo la obligué a casarse conmigo. Luego ve en busca de

la señora Blandish, si no la encuentras en casa. Dile lo que quieras. Dale mi carta, y que quiero tener noticias suyas de inmediato. Ha visto a Lucy, y sé lo que piensa de ella. Luego irás a ver al granjero Blaize. Ya te dije que Lucy es su sobrina, pero no ha vivido mucho con él. Vivió con su tía Desborough en Francia cuando era niña, y apenas puede considerarse pariente del granjero, pues no se parecen en nada. ¡Pobrecita! Nunca conoció a su madre. Cuéntaselo al señor Blaize. Lo tratarás como a un caballero. Si te muestras cortés, también él lo será. Y si me insulta, por mi bien y el de ella, seguirás tratándole con respeto. ¿Me oyes? Después escríbeme contándome todo lo que ha pasado y se ha dicho. Pasado mañana te enviaré mi dirección. Por cierto, Tom vendrá esta tarde. Escríbele dónde encontrarte pasado mañana, en caso de que sepas algo que deba saber inmediatamente, ya que Tom estará conmigo esta noche. No menciones que perdí el anillo, Ripton. No permitiría que Adrian se enterase ni por un millón de libras. ¡Cómo he podido perderlo! ¡Qué bien lo ha soportado, Rip! ¡Qué bien se comportó!

Ripton volvió a gritar:

—¡Un ángel! —Terminó su segunda botella y dijo—: Puedes confiar en tu amigo, Richard. ¡Ajá! Cuando te volviste hacia la señora Berry, no sabía qué sucedía. ¿Me dejas brindar por ella?

—¡Por Penélope! —dijo Richard, mojándose la boca. El carruaje estaba en la puerta; un par de órganos fúnebres, que tocaban la misma melodía pesarosa, y una banda itinerante con olor a buitre (de la que no escapa la boda más secreta) tocaba sin armonía, y el sonido afectó su estado nervioso. Se impacientó y mandó mensajes a su novia con la criada.

Poco después, la joven se presentó con traje de viaje, sonriendo con ojos brillantes.

Pidieron a la señora Berry que tomara un vino con ellos, que sirvió Ripton, permitiéndola comprobar su estado.

La novia besó a la señora Berry y la señora Berry besó al novio, a petición de ella. Lucy le dio la mano a Ripton, con un musical «Adiós, señor Thompson», y su extrema gentileza le hizo recobrar la sensatez y se sentó tras murmurar fervientes esperanzas de felicidad.

—Me ocuparé de él —dijo la señora Berry, mirando su compañía.

—¡Adiós, Penélope! —gritó Richard—. Diré a la policía que busque a tu señor.

—¡Oh, queridos! ¡Adiós y que el cielo os bendiga!

La señora Berry tembló, evitando pensar en los días de soledad que venían. Ripton, con una sonrisa de oreja a oreja, se acercó al carruaje, y una

de las entusiastas criadas le propinó un repentino golpe arrojándole un zapato a la mejilla.

Agitaron blancos pañuelos y se alejaron: ya se habían ido. Un pensamiento urgente acudió a la mente de la señora Berry, y se apresuró a pedir al conductor que se detuviera, pregonándolo con ímpetu y volvió corriendo a la casa. Richard deseaba irse, pero con la intercesión de su novia accedió a esperar. Y vieron al viejo satén negro correr sin gorro hacia la puerta, cruzar el jardín, subir apresurada por la calle, detenerse, jadeando, junto al carruaje con un libro usado y grasiento en la mano.

—¡Tomen! ¡Que no les importe su aspecto! No tengo uno nuevo. ¡Léanlo y no lo olviden!

Lo soltó en el regazo de Lucy y volvió a la acera, indicando al conductor que se pusiera en marcha.

¡Cómo se rió Richard del regalo de la señora Berry! Lucy se olvidó del presagio cuando vio el título del volumen. ¡*Cocina casera del doctor Cocinero*!

Capítulo XXXI

Se retiraron las cabezas de las ventanas, los órganos y las bandas dejaron de tocar, y la atmósfera del barrio de la señora Berry se relajó, demostrando así que Cupido había partido en busca de sangre fresca. Pensativa, imaginó el brazo de Richard para equilibrar sus pasos y volvió a la habitación donde su acreedor la esperaba. Mientras, éste ya había arrasado su fortaleza, la tarta, desde cuya altura movió la cabeza con dolor contemplando a la culpable. La señora Berry se estiró el delantal, suspirando. No quería que nadie sospechara que se arrepentía de su complicidad. Tenía ganas de llorar, pero debía haber un castigo antes de que el criminal conciba el arrepentimiento, y, entonces, probablemente, aún se aferraría a su crueldad: ¡así es la tenacidad del pagano! La señora Berry suspiró y movió la cabeza. «¡Oh, lasciva y poco previsora criatura!, —dijo él—. ¡Oh, sabio y viejo caballero!», dijo ella. Le preguntó qué había estado haciendo y la señora Berry dio la respuesta del fatalista. Él agitó la campana de alarma del peligroso resultado. La señora Berry se atrincheró detrás de lo que ella había contribuido a que sucediera.

—¡Está hecho! —exclamó.

¿Cómo podía arrepentirse de saber que ya estaba hecho? Convencido de que sólo los acontecimientos podrían dejar huella en la tozuda criatura, el hombre decidió esperar, y se acuclilló en silencio junto a la tarta, señalando la incisión que Ripton había hecho, dejando ver un abismo en ruinas y una pausa agridulce y deliciosa.

Su elocuente indicación quedó clara.

—¡Oh, cielo santo! —gritó la señora Berry—. ¡Qué gran tarta y nadie a quien dársela!

Ripton había vuelto a su sitio en la mesa y se había apoderado del clarete. La satisfacción le había abandonado, y se volvió un géiser hirviente.

Burbujeaba, se movía, asentía amigablemente a la nada y, con éxito, aunque no sin esfuerzo, preservó su miembro superior de la seducción de la ninfa: la cavitación, que lo perseguía incansable.

—¡Ja, ja! —gritó tras oír a la señora Berry, y casi se abandonó a la ninfa en ese momento. Las palabras de la señora Berry habían alcanzado su cerebro.

—¿De qué se ríe, joven? —inquirió ella, mostrándose maternal.

Ripton se rió más alto, apoyó el cuerpo en el borde de la mesa y la nariz en un trozo de pollo.

—¡Qué tontería! —dijo, recuperándose y balanceándose bajo la mirada de la señora Berry—. ¿Ningún amigo?

—No dije ningún amigo —observó ella—. Dije nadie, queriendo decir que no sé adónde enviarla.

—Ponga un grifo en esa tarta y haces de trigo a cada lado —respondió Ripton.

—¿Es su escudo? —preguntó la señora Berry con dulzura.

—¡La familia de *baronets* más antigua de Inglaterra! —soltó Ripton.

—¿Ah sí? —La señora Berry le animó a que continuara.

—Cree que se apellida Richard. Está bastante cerca. ¡Y ella es la más hermosa! Si oigo a alguien decir algo en su contra…

—No llore por ella, joven —dijo la señora Berry—. Quería brindar a su salud, y seguir con mis asuntos, espero que no me entretenga.

Ripton se puso de pie al pronunciar estas palabras.

—¿De verdad? —dijo, y, llenando un vaso, propuso, con animada y etílica articulación, brindar por la salud de Richard y Lucy Feverel, de la abadía de Raynham, y para que la humanidad no requiriese un modelo de cómo aceptar el inspirador brindis, terminó el vaso de un trago. Acabó con él. En ese momento, lo poco que tenía de razón dio un salto y murió. Cayó rendido sobre el sofá.

Minutos después de que Ripton mostrara su admiración por los recién casados, la criada de la señora Berry entró en la habitación para anunciar que un caballero preguntaba por el joven que acababa de irse, y encontró a su señora con un vaso de vino temblando en la mano, exhibiendo los síntomas de las histéricas inconsolables. Se quedó boquiabierta, como si el acreedor que acababa de caer la hubiera cogido por el gaznate. Exclamó con un júbilo terrible que había sido ella, que ella lo había hecho, como su desastroso aspecto parecía testificar, y su evidente pero inexplicable acceso de tristeza indujo a la criada a ofrecer comprensión y apoyo a la señora Berry, que estaba

a punto de sufrir otro ataque. Éste ya había sido precedido por un demoníaco estallido de ironía, y cuando la criada le dijo que por favor se callase, que el caballero iba a oírla, la señora Berry se sujetó el pecho para dejar de sollozar, y ordenó que subiera arriba para ver en qué estado se encontraba. Tuvo que repetir la orden.

La criada hizo al fin lo que se le ordenaba y la señora Berry, queriendo comprobar su aspecto, se acercó al espejo y trató de poner su mejor cara. Tapó a Ripton con un chal y se sentó, conteniendo los sollozos cuando la criada anunció al visitante.

El caballero era Adrian Harley. Una charla con Tom Bakewell le había dado la pista y, tras un vistazo a la mesa con la tarta ornada de blanco, emitió un largo silbido.

La señora Berry, con voz lastimera, le rogó que se sentara.

—Bonita mañana, señora —dijo Adrian.

—¡Lo ha sido! —respondió la señora Berry, desviando la vista hacia la ventana, y tragando saliva como si se tragara el corazón.

—Una hermosa primavera —prosiguió Adrian, analizando su semblante con tranquilidad.

La señora Berry musitó algo sobre el tiempo, acompañándolo de un profundo suspiro. Se encontraba en un estado lamentable. En comparación, Adrian parecía feliz. Intuía lo suficiente del asunto para saber que debía interrogar a la nerviosa culpable que tenía enfrente. Adrian se sentía cómodo con un pecador arrepentido y postrado. Su rostro afable podía engañar a la señora Berry.

—¿Presumo que aquí se hospeda el señor Thompson? —dijo, echando un vistazo a la mesa.

La señora Berry dijo que no con la cabeza, y el blanco de los ojos informó que no era el alojamiento del señor Thompson.

—¿No? —dijo Adrian, y miró a su alrededor—. ¿Supongo entonces que el señor Feverel ha salido?

El sobresalto al oír el nombre y las manos sobre sus rodillas fueron la respuesta de la señora Berry.

—El hombre del señor Feverel —siguió Adrian— me dijo que lo encontraría aquí. Creí que estaría con su amigo, el señor Thompson. Veo que llego demasiado tarde. La fiesta ha terminado. Imagino que lo han celebrado aquí. ¡Un verdadero desayuno de caballeros!

Este comentario, en presencia de la tarta, traía una ironía tan astuta que la señora Berry apenas pudo contenerse. Sentía que debía decir algo. Tratando

de apaciguar su expresión, comenzó:

—Señor, le ruego que me diga su nombre.

El señor Harley así lo hizo.

Continuó, aferrándose sin piedad a su dolor a la verdad.

—Usted es el señor Harley y, ¿ha venido a ver al señor…?

El señor Richard Feverel era el caballero que buscaba el señor Harley.

—¡Oh! ¿No es un error? ¿El de la abadía de Raynham? —preguntó la señora Berry.

Adrian, divertido, le aseguró que había nacido y se había criado allí.

—¿Su padre es el señor Austin? —gimió la dama vestida de negro tras su pañuelo.

Adrian verificó el linaje de Richard.

—¡Oh, lo que he hecho! —gritó, y miró perpleja a su visitante—. ¡He casado a mi bebé! ¡He casado a mi pequeño! ¡Oh, señor Harley! ¡Señor Harley! Lo conocí cuando usted era un niño, a todos ustedes. Mi indulgencia es mi ruina. No puedo resistir lo que me pida un hombre. ¡Mire ese pastel, señor Harley!

Adrian hizo lo que ella le dijo sin inmutarse.

—¿Una tarta de boda, señora? —dijo.

—¡Una tarta de novia, señor Harley!

—¿La hizo usted misma, señora?

La tranquilidad de la pregunta sobrecogió a la señora Berry y puso en marcha el tren de representaciones simbólicas con el que intentaba que el otro adivinara la catástrofe y ahorrarse la vergüenza de la confesión.

—No la hice yo, señor Harley —respondió—. La compré, y estoy perdida. ¡Cómo podía saber, cuando era un bebé en mis brazos, que un día lo casaría en mi propia casa! ¡Cómo iba a saberlo! ¡Oh, por qué vino a mí! ¿No recuerda a su vieja niñera que se fue de repente, señor Harley? La mañana tras la noche que el señor Benson entró en la bodega y se emborrachó con vino de Madeira. ¡Lo recuerdo como si fuera ayer! El señor Benson estaba tan enfadado que amenazó con usar el látigo contra usted, y yo le ayudé a acostarse. Yo soy esa mujer.

Adrian sonrió plácidamente al recordar su inocente juventud.

—¡Bueno, señora! ¿Y bien? —dijo, para que volviera al asunto en cuestión.

—¿No lo ve, buen señor? —imploró la señora Berry con patetismo.

Sin duda, Adrian lo entendía, y mentalmente maldecía la estupidez y calculaba las consecuencias, pero siguió inmutable, los hoyuelos de su sonrisa

impertérritos, su postura corporal idéntica.

—¿Y bien, señora? —la invitó a seguir.

La señora Berry estalló:

—Ocurrió esta mañana, señor Harley, en la iglesia, a las once y media, o doce menos cuarto, según el certificado.

Adrian se vio obligado a escuchar un caso de matrimonio.

—¡Oh! —dijo, imitando a alguien enfrentado a los hechos, sin verse afectado por ellos—. Alguien se ha casado esta mañana. ¿El señor Thompson o el señor Feverel?

La señora Berry arrastró los pies hasta Ripton, lo destapó y dijo:

—¿Tiene pinta este caballero de ser un recién casado, señor Harley?

Adrian inspeccionó a Ripton con gravedad filosófica.

—¿Estuvo este joven caballero en la iglesia esta mañana? —preguntó.

—¡Oh! Sí, y con mucha mejor compostura. —La señora Berry le rogó que comprendiera.

—Por supuesto, señora. —Adrian levantó y dejó caer las extremidades inanimadas del absorto desgraciado, haciendo un mohín.

—Todos teníais mejor compostura entonces. ¿El instigador de esto ha sido mi primo, el señor Feverel? Lo casó usted esta mañana, con un certificado de su parroquia, y luego estuvo aquí, desayunó abundantemente y se marchó embriagado.

—No bebió una gota, señor —se apresuró a decir la señora Berry—. Nunca había visto a un caballero tan moderado. ¡Oh! No piense eso, señor Harley. Tenía tanto control sobre su mente como usted.

—¡Sí! —El joven sabio le dio las gracias por la comparación—. Me refiero a otro tipo de embriaguez.

La señora Berry suspiró. No podía decir nada sobre eso.

Adrian le pidió que se sentara y recobrara la calma, y le contara con detalle qué había pasado.

Obedeció, perpleja ante la compostura de su conducta.

La señora Berry, como había declarado, no era otra que la mujer que en sus días se había atrevido a contemplar al *baronet* tras su máscara, y desde entonces había vivido exiliada de Raynham con una pequeña pensión pagada de manera regular como indemnización. Era esa mujer y, al pensarlo, quería acusar a la Providencia por traicionar la indulgencia concedida. ¿Cómo iba a reconocer a su bebé convertido en un hombre? Se presentó con un nombre falso, no dijo una palabra de su familia. Llegó como cualquier mortal, aunque notó algo especial en él, de eso estaba segura. Trajo a una bella joven, y

¿cómo iba a darles la espalda? ¿Por qué, viendo que todo era casto y legal, iba a interferir en su felicidad? ¡Con las pocas oportunidades que hay de ser feliz en este mundo! La señora Berry relató cómo le habían arrebatado el anillo.

—¡Un tirón! —sollozó la culpable—. ¡Un tirón y se llevaron mi anillo!

No tenía sospechas, y, al firmar como testigo en la sacristía, no había prestado atención a las otras firmas.

—Me atrevo a decir que se ha arrepentido de lo que ha hecho —dijo Adrian.

—En efecto, señor —gimió la señora Berry—. Y sigo arrepentida.

—Y, ¿haría lo posible por rectificar, señora?

—Claro, señor, claro que sí —protestó solemnemente.

—Como debería, por supuesto, al conocer a la familia. ¿Adónde han ido esos lunáticos a pasar la luna de miel?

La señora Berry respondió rápidamente:

—A la isla de… ¡No sé, señor! —se detuvo en seco. Por mucho que se arrepintiese, no iba a negar la felicidad a esos jóvenes tórtolos—. ¡Mañana, por favor, señor Harley! ¡Hoy no!

—Un bonito sitio —comentó Adrian, sonriendo a su presa fácil.

Haciendo recuento de las fechas, descubrió que el novio había traído a la muchacha a la casa de la señora Berry el mismo día en que se fue de Raynham, y esto le bastaba a Adrian para confirmar que había habido artimañas por medio. La casualidad, quizá, le había traído donde la vieja mujer; la casualidad, ciertamente, no era lo que le había llevado a los brazos de su amada.

—Muy bien, señora —dijo, en respuesta a la petición de la señora Berry de que transmitiera su agradecimiento y felicitaciones a *sir* Austin por su pensión y la joven pareja—. Le diré que ha sido un agente ciego en el asunto, ya que, por naturaleza, le gusta ayudar, y que confía en que bendiga la consumación. Llegará a la ciudad mañana por la mañana, pero uno de ustedes debe verlo esta noche. Un emético pondrá a nuestro amigo en pie. Un baño, ropa limpia, y podrá ir. No veo por qué debería aparecer su nombre. Adecéntelo y envíelo a Bellingham en el tren de las siete. Sabe llegar a Raynham, conoce bien el vecindario de noche. Déjelo ir y que cuente lo que ha pasado. Recuerde, uno de ustedes debe ir.

Con la agradable perspectiva de que la pareja de desgraciados se pelearía por elegir entre ellos al perdedor, Adrian dijo:

—Buenos días.

La señora Berry lo detuvo conmovedoramente.

—¿No rechazará un trozo de tarta, señor Harley?

—Oh, querida, no, señora. —Adrian se volvió hacia la tarta con celeridad—. Querría un trozo grande. Richard tiene muchos amigos que se alegrarán de probar esta tarta de boda. Córteme un buen trozo, señora Berry. Envuélvamelo en papel, por favor. Estaré encantado de llevármelo y repartir las porciones de acuerdo al grado de amistad.

La señora Berry cortó la tarta. De algún modo, mientras la cortaba, se le aparecieron la dulzura y la desventurada inocencia de la novia, y comenzó a halagar a Lucy, mostrando lo poco que se arrepentía de su conducta. Aseguró que estaban hechos uno para el otro, que ambos eran guapísimos, que ambos eran inocentes, y que separarlos, o hacerlos infelices, exclamó la señora Berry en voz alta, ¡sería una pena!

Adrian la escuchó entendiendo sus palabras como expresión de realidad, no una opinión. Se llevó el enorme trozo de tarta, dijo que sí a múltiples promesas y dejó que la señora Berry bendijera su corazón.

—¡Así cae el sistema! —comentó Adrian en la calle—. Y ahora, ¡que brame el profeta! Muere de forma respetable en un lecho matrimonial, que es más de lo que me había imaginado para el monstruo. Mientras tanto —dio un toquecito dramático a la tarta—, iré a sembrar pesadillas.

Capítulo XXXII

Adrian transmitió las noticias con respetable desinterés, reprimiendo adecuadamente lo que estaba por debajo de su dignidad de filósofo. Cuando se ha alcanzado ese afortunado estado de sabiduría, que considera idiota a la humanidad, los diminutos objetos pueden actuar como les plazca y uno no se maravilla: su seriedad es tan cómica como sus juegos, y sus excitaciones todavía más. Con esta eminencia intelectual, el joven sabio había construido su castillo, y vivía en él desde temprana edad. El asombro no agitaba sus cimientos, ni la envidia le tentaba a abandonar la seguridad de su fortaleza, pues no veía en ello ninguna ventaja. Observaba a malabaristas sobrepasándole en inestables escaleras, y globos de aire en el empíreo, pero los primeros caían precipitadamente y los segundos quedaban a merced del viento, mientras él permanecía tranquilo, sin aspiraciones, en su sólido castillo, encajando su moralidad con las leyes, su conciencia en su moralidad, y su comodidad con su conciencia. No se había aislado voluntariamente de sus compañeros; al contrario, su diversión era la sociedad. Pero era aburrido, como un hombre que contempla la naturaleza. El estudio de sus variedades animadas lo mantenía suficientemente ocupado para ver la vida como un juego agradable, y podía disfrutar contemplando con serenidad las facultades perdidas para mantener una elevada posición sobre los demás. Así, aunque no experimentó asombro ante la locura que Richard acababa de cometer, quería ver el efecto que provocaba en sus parientes. Acarreando la negativa tarta, hizo una lista mental de las actitudes de sorpresa, desconcierto y horror que se le ocurrían, añadiendo una pizca de disgusto personal al asunto. Había pronosticado un viaje de su patrón, empezando por París, culminando en los Alpes y terminando en Roma; un maravilloso viaje que mostraría a Richard los caminos de la historia, evitándole el riesgo de fascinaciones innobles para

que reviviera su espíritu. Lo había planeado durante la ausencia de Richard como una sorpresa.

Ahora el sueño de viajar para Adrian era como el amor de una mujer para los jóvenes. Suplantaba esa estupidez. Era su romance, por así decirlo: esa alegre anticipación gracias a la cual los jóvenes flotan en el aire y, cuando nos hacemos viejos y demasiado pesados, se convierte en afición, como un obstinado animal que se vuelve manso y lleva al hombre lentamente al sacristán. Adrian nunca había viajado. Era consciente de que su romance era terrenal y tenía sus incomodidades, y podía evadirlas con el potente talismán de su patrón. Apenas podía desear los ansiados Alpes sin la generosidad de un propietario. Debía reclinarse en dorados cojines imperiales para moralizar sobre el mundo antiguo. El placer por la incomodidad, como el frenético amante que corteja a su amada para compartir un refugio, le parecía a Adrian la amarga vida de la mendicidad. Que la amada, envuelta en su dulzura, le entregase la pompa y el esplendor de sus emociones superiores, o que no viniera. En consecuencia, el joven sabio llevaba tiempo nutriendo una pasión inútil, y sostenía que, al coronar sus deseos, vería con melancolía la cocina parisina y las antigüedades romanas, derrumbándose con una burla insustancial. Pocos filósofos habrían vuelto sin quejarse a deleites más modestos.

Hippias recibió el primer trozo de tarta.

Estaba en su hotel, leyendo junto a una ventana. Había batallado con el desayuno, con más éxito del habitual, y esperaba la cena en casa de los Forey con menos timidez de la habitual.

—¡Ah! Qué bien que hayas venido, Adrian —dijo, abriendo su pecho—. Temía tener que ir a buscarte. Es muy amable de tu parte. Podemos pasear juntos por el parque. Es peligroso ir solo por estas calles. La piel de naranja es un mal que dura todo el año, y seguirá hasta que lo prohíba la ley. ¡Ayer por la tarde resbalé con una piel de naranja en Piccadilly y creí que me iba al suelo! Me salvé de milagro.

—Espero que tengas hambre —dijo Adrian.

—Seguro que la tendré después de un paseo —contestó Hippias—. Sí. Creo que también ahora tengo hambre.

—Me alegra oírlo —dijo Adrian, y comenzó a abrir el paquete—. ¿Cómo definirías la estupidez? —preguntó, antes de seguir.

—¡Uhm! —meditó Hippias. Se enorgullecía de ser fatídico cuando le hacían tales preguntas—. Creo que la definiría como un resbalón.

—Muy buena definición. En otras palabras, una piel de naranja. La pisas; tu vida está en peligro, y te salvas de milagro. Debes decírselo al peregrino. Y, ¿cómo sería el monumento a la estupidez?

Hippias meditó.

—Toda la raza humana, unos sobre los hombros de otros. —Se rió de la imagen.

—Muy bien —aplaudió Adrian—, o, en su defecto, el símbolo mismo, como éste, por ejemplo, del que te he traído un trozo.

Adrian mostró el trozo de tarta.

—He aquí un monumento portátil.

—¡Tarta! —gritó Hippias, retirándose para dramatizar su intenso asco—. Estás en lo cierto. Si no me equivoco —la miró detenidamente—, esta nociva composición es lo que se llama tarta nupcial. ¡Puro veneno! ¿A quién quieres matar? ¿Por qué llevas esto por ahí?

Adrian tocó la campanilla para pedir un cuchillo.

—Para regalarte la porción correspondiente. Tienes amigos y parientes, y no puedes evitarlo ni por milagro. Es un hábito que muestra el inconsciente e inherente cinismo de la mente humana, que considera la cumbre de la felicidad distribuir esta prueba de estima, quizá con el objeto —tomó un cuchillo y fue a la mesa a cortar la tarta— de permitir a esos amigos… Estas elaboraciones requieren una incisión delicada, pues cada grosella y el sutil condimento va unida a su vecino; ¡una tarta nupcial es, evidentemente, el pastel más civilizado, y admite tanto los males como las ventajas de la civilización! Nos envían esta muestra de amor —habrá que medir las migas si queremos que todos tengan su parte—, y estimamos su felicidad con unas horas en el purgatorio. Aquí tienes, tío, tu porción, de la mejor forma que he podido medirla sin balanza.

Golpeó la esquina de la mesa al llevarle la tarta a Hippias.

—¡Aléjate! —Hippias se movió con vehemencia, y se levantó de su silla—. ¡Te digo que no la comeré! ¡Es la muerte! ¡Es cincuenta veces peor que esa bestia de pudin de Navidad! ¿Qué idiota ha hecho esto? ¿Quién se atreve a enviarme un pastel? ¡Es un insulto!

—No estás obligado a comerla antes de cenar —dijo Adrian, recolocando la esquina de la mesa—, pero debes quedarte este trozo y fingir que lo consumes. Quien tanto ha hecho para crear un matrimonio no puede, conscientemente, rechazar la parte que le corresponde. Las doncellas, según he oído, la elaboran bajo sus almohadas, y de ahí extraen sus sueños nupciales, que al parecer son de una clase más ligera. Es una tarta

monumental, y, por mi honor, has ayudado a cocinarla. ¡De veras! Así que aquí tienes.

La mesa convocaba a Hippias. Corrió ágilmente a su alrededor, y se arrojó al sofá, exhausto, gritando:

—¡Se me ha quitado el apetito!

—Entonces, le diré a Richard que no probaste su tarta —comentó Adrian, apoyando las manos en la mesa y mirando a su tío.

—¿Richard?

—Sí, tu sobrino, mi primo: ¡Richard! Tu compañero en la ciudad. Se ha casado, ¿sabes? Se casó esta mañana en la parroquia de Kensington, con un certificado, a las once y media, o doce menos cuarto. Se ha casado, y se ha ido a pasar la luna de miel a la isla de Wight, un lugar muy apetecible para pasar un mes. ¡Te anuncio que, gracias a tu ayuda, el experimento ha dado resultado!

—¡Richard, casado!

Había mucho que decir en contra, pero el cerebro del pobre Hippias estaba en estado de choque. Se llevó la mano a la frente y se apoyó en la superficie donde se hallaba el asiento de la razón.

—¿Seguro que tú lo sabías? Querías tenerlo a tu cargo en la ciudad.

—¿Casado? —Hippias pegó un salto; lo acababa de admitir—. ¡Cómo, pero si es menor de edad! ¡Es un niño!

—Así es. Pero no por ser niño está menos casado. Miente como un hombre y paga la tasa y, ¿qué importa? Cualquiera que lleve pantalones puede obtener un certificado en nuestro noble país. Y los intereses de la moralidad hacen que no sea difícil. Pues, en efecto: ¿se puede persuadir a alguien que no conoces?

—¡Ja! ¡Menuda broma infame! Me gustaría que fueras a otro con tus bromas —dijo Hippias con dureza, y volvió a sentarse en el sofá—. Ya he tenido suficiente, te lo aseguro.

Adrian se sentó para convencerle en pequeñas dosis, y le dio un toque artístico para terminar. Tuvo la gratificación de que su tío pasara por varias contorsiones, hasta que Hippias se puso a sudar cuando lo creyó, y exclamó:

—Esto explica su conducta. ¡Ese chico debe de tener una astucia infernal! Lo siento… lo siento aquí. —Se pasó la mano por el estómago—. No soy igual que este mundo de idiotas —añadió débilmente, y cerró los ojos—. No, no puedo cenar. ¿Comer? ¡Ja! No. ¡Ve sin mí!

Poco después, Hippias se fue a la cama, diciéndose a sí mismo, mientras se desvestía:

—¡He aquí lo que pasa con los mejores planes! ¡Pobre Austin! —Y mientras la almohada se hinchaba sobre sus orejas, añadió—: No estoy seguro de que un día de ayuno no me haga bien. —Al dispéptico le había salido costosa su filosofía, y tenía derecho a usarla.

Adrian continuó la procesión de la tarta.

Avistó a su melancólico tío Algernon paseando a caballo para abrir el apetito, con cara de que su futuro también tenía sólo una pierna. El extraño paquete no pasó desapercibido.

—¿Lo conservo de forma suficientemente ostentosa? —dijo Adrian—. Aquí está lo necesario para tranquilizar al país. Ahora, las doncellas y esposas de la bella Inglaterra duermen a salvo. Se me ocurrió ponerlo en un mástil y alquilar una banda para que desfilaran con él. Ésta es la tarta nupcial de nuestro querido Richard. Se casó a las once y media esta mañana, con certificado, en la parroquia de Kensington. Perdió su anillo y usó el anillo de la lacrimosa casera de su bella novia, que los acompañó al altar. Para despedirse de ti como soltero, y de ella como doncella, puedes elegir la parte que te apetezca, y digerirlo como puedas.

Algernon expresó su admiración con un silbido.

—Thompson, ¡la hija del abogado! —dijo—. Me los encontré aquí el otro día. Me la presentó. Muy guapa.

—No —le corrigió Adrian—. Se trata de la señorita Desborough, una lechera católica. ¡Me recuerda a la Inglaterra pastoral de la época de los Plantagenet! Sería bastante equitativo si la presentase como la hija de Thompson, y a él como el hijo de Belcebú. Sin embargo, el animal ha sido atrapado en las cadenas de Himeneo, y la tarta se ha cortado. ¿Quieres más?

—¡Oh, desde luego! Pero no ahora. —Algernon adoptó un desacostumbrado aire reflexivo—. ¿Lo sabe ya padre?

—Todavía no. Lo sabrá esta noche a las nueve.

—Entonces debo verlo a las siete. No le digas que me has visto.

Adrian asintió y Algernon puso en marcha su caballo.

—¡Quiere dinero! —dijo Adrian, y volvió a ponerse en marcha con el combustible que cargaba.

Las mujeres eran la alegría suprema de su mente contemplativa. Las había dejado para el final. ¡Efusivas criaturas! La dispepsia no debilitaría sus conmovedoras protestas, ni el egoísmo detendría sus desmayos. Uno podía especular sobre las reacciones de las mujeres. Bien dicen *Los escritos del peregrino*: «Ella siempre está del lado de la naturaleza», y no es un cumplido. Cada mujer es Eva a lo largo de las épocas, mientras que el peregrino querría

hacer creer que el Adán de los hombres se ha vuelto cauteloso, sino más sabio, y, al ser débil, con el tiempo ha aprendido la lección. Probablemente lo que el peregrino quiere decir es que el hombre crece y la mujer permanece.

En cualquier caso, Adrian esperaba oír coros como en una guardería cuando se pierde un juguete. Conocía la predestinación maternal de la señora Doria y se imaginaba a Clare muy obediente. Una pobre pareja, estaba claro, que gratificaba su humor mefistofélico, pero la señora Doria era como veinte mujeres, y todas proclamarían los diversos modos en que se decepcionan, mientras esperaba que las hijas de los Forey, y las mujeres de la reunión familiar, expresaran otros matices de un escándalo que a ninguna mujer dejaba indiferente.

Todo salió bien. Se las arregló para dejar la tarta en un lugar visible del salón sin que nadie se diese cuenta, y se unió alegremente a la velada. Gran parte de la conversación giraba en torno a Richard. La señora Doria le preguntó si había visto al joven, o si sabía algo de él.

—No le he visto, pero sí sé algo de él —dijo Adrian—. Vaya si lo sé. Sé que esta mañana era muy feliz, y se comió un desayuno tan copioso que resulta imposible que venga a cenar. Había vino, pollo frío, tarta…

—¡Tarta para desayunar! —exclamaron todos.

—Parece que le apetecía.

—¡Qué paladar tan extraordinario!

—Ya sabe que se ha educado en el sistema.

Un joven Forey ensambló el sistema y la tarta en un chiste malo. Adrian, que odiaba los chistes, le hizo callar con una mirada, y la mesa quedó en silencio, a la espera de lo que fuera a decir. Pero no dijo nada, y el joven se desvaneció sonrojado de la conversación, apagado en su propia chispa.

La señora Doria exclamó malhumorada:

—¡Oh! Supongo que se trataba de pastel de pescado. Me gustaría que entendiera mejor las obligaciones del parentesco.

—No sé si las entiende —comentó Adrian—, pero te aseguro que tiene muchas ganas de ampliarlas.

El joven sabio lanzaba indirectas cuando podía, de modo que su querida pariente se encendía más con el asunto del pastel, pero nadie pensaba que fuera más misterioso.

—¿Tenía una cita con los Grandison? —preguntó la señora Doria, con un gesto hostil.

Adrian preparó a los ciegos respondiendo:

—¿Tienen un sacristán en la puerta?

La animosidad de la señora Doria hacia la señora Grandison le hizo creer que el comentario era satírico.

—Me atrevo a decir que sí —dijo.

—¿Y un cura cerca?

—¡Oh, docenas!

El viejo señor Forey le aconsejó al bromista de su nieto Clarence que pusiera tierra por medio entre él y esa casa, o de lo contrario se desharían de él y se lo comerían, y todos se echaron a reír.

Los Forey daban buenas cenas, y con el viejo caballero proseguía la moda de despachar a las damas tan pronto terminaban de cenar y sólo les sonreían con las flores y el postre cuando se levantaban para despedirse. Entonces los galanes respiraban más tranquilos y se dedicaban a lo que pedía la mesa: una hora de desahogo para beber solos. Adrian se sentó junto a Brandon Forey, un conocido abogado.

—Quería preguntarle —dijo— si un joven puede tomar decisiones legales.

—Si es lo suficientemente mayor para firmar un documento, supongo que sí. —Brandon bostezó.

—¿Es responsable de sus actos?

—No hay duda de que podría ser condenado a pena de muerte.

—Entonces, ¿qué podría hacer por sí mismo que no pudiera hacer un adulto?

—No mucho.

—Por ejemplo, ¿puede casarse?

—Eso no es un crimen.

—¿Y el matrimonio es válido?

—Podría discutirse.

—Sí, y los griegos y los troyanos se enfrentaron. ¿Es válido?

—¡Claro que es válido!

El patriarca de la mesa le pidió a Adrian que permitiera que circulara el vino.

—¡Oh, cielos! —dijo Adrian—. Lo siento. Debe excusarme. El caso es que mi primo Richard se ha casado esta mañana con una lechera, y quería saber si el matrimonio es legal.

Era divertida la frialdad masculina con que se tomaron la noticia. Sólo se oyó: «¡Qué demonios!» y «¡Una lechera!».

—Pensé que era mejor que las damas cenaran en paz —dijo Adrian—. Quería consolar a mi tía.

—Bueno, pero… Bueno, pero —el viejo caballero, el más agitado, resopló—, ¿eh, Brandon? ¡Es un muchacho! ¡Menudo idiota! ¿Me estás diciendo que un jovenzuelo puede casarse cuando quiera y con quien quiera, y el matrimonio es legal? Si es cierto, expulsaría a todas las mujeres, desde el ama de llaves hasta la criada. No dejaría que ninguna se acercase a él hasta, hasta…

—¿Hasta que el novato envejeciera, señor? —dijo Brandon.

—¡Hasta que supiera de qué están hechas las mujeres! —El viejo caballero concluyó con vehemencia—. ¿Qué dirá el señor Feverel, señor Adrian?

—Lleva tiempo probando el sistema que usted ha propuesto, señor. Sólo que no contó con la curiosidad y la inteligencia juveniles. Me temo que es la peor forma de resolver el problema.

—¡Claro que sí! —dijo Clarence—. ¡Nadie sino un idiota…!

—A tu edad —Adrian sosegó su bochorno—, es normal, mi querido Clarence, que consideres a un hombre aprisionado o aislado algo monstruoso, y no esperamos que veas cuánta sabiduría contiene. Tú estás en un extremo, y nosotros en otro. No digo que no hay un punto medio. La historia muestra el doloroso esfuerzo del ser humano por encontrarlo, pero se ha resuelto invariablemente en esteticismo o laxitud, acción y reacción. La pregunta moral es: ¿si un joven pícaro, practicando la astucia, se libera de la estupidez, puede un joven estúpido, practicando la estupidez, salvarse de la picardía?

Un debate, característico de los hombres, siguió a la risa del señor Clarence. Entonces trajeron el café y el mayordomo informó a Adrian, en voz baja, que la señora Doria Forey quería hablar con él. Adrian prefería no ir solo.

—Muy bien —dijo, y se bebió el café.

Siguieron hablando, explorando las profundidades de la ley con Brandon Forey, y recibieron ecos vacíos de esa profunda cavidad. No afirmaba que el matrimonio era inválido; no afirmaba que podía ser anulado. Creía que no; pero aun así pensaba que valía la pena intentarlo. Una unión consumada y una no consumada eran dos cosas distintas…

—¡Oh cielos! —dijo Adrian—. ¿Reconoce eso la ley? ¡Pero si es casi humana!

El mayordomo regresó a decirle a Adrian que la señora Doria Forey deseaba hablar con él.

—¿Cuál es el problema? —exclamó, satisfecho de que su fe en la mujer se fortaleciera. Sin duda, la tarta había estallado.

Lo comprobó cuando los caballeros se unieron a la hermosa compañía. Las jóvenes damas estaban junto a la mesa sobre la que se exhibía la tarta, dejando hueco a las que se habían sentado para observarla ávidamente, para interrumpir los comentarios y especulaciones de las anonadadas por la inexplicable aparición. Los galanes entraron con el aire culpable de los que vienen de un ambiente más vil, y se colocaron alrededor del objeto de curiosidad común.

—¡Aquí, Adrian! —gritó la señora Doria—. ¿Dónde está Adrian? ¡Por favor, ven! ¡Dime! ¿De dónde ha salido esta tarta? ¿De quién es? ¿Qué hace aquí? Lo sabes, pues tú la trajiste. Clare te vio dejándola en la habitación. ¿Qué significa? Exijo una respuesta. No hagas que me impaciente, Adrian.

Efectivamente, la señora Doria equivalía a veinte mujeres. Con su rapidez y su complexión volcánica era evidente que se habían despertado sus sospechas.

—Estaba obligado a traerla —protestó Adrian.

—¡Responde!

El joven sabio hizo una reverencia:

—Rotundamente. Esta tarta viene de la casa de una mujer llamada Berry. Te pertenece en parte a ti, en parte a mí, en parte a Clare, y al resto de la familia, por el principio de la división igualitaria, y con ese propósito la he traído.

—¡Habla!

—Significa, mi querida tía, lo que ese tipo de tarta normalmente quiere decir.

—Entonces, ¡es un desayuno nupcial! ¡Y el anillo! ¡Adrian! ¿Dónde está Richard?

La señora Doria se aferró a la incredulidad con monstruoso horror.

Pero cuando Adrian le dijo que Richard se había ido de la ciudad, sus esperanzas se desvanecieron.

—¡El miserable ha arruinado su vida! —dijo, y se sentó temblando.

¡Oh, el sistema! La señora Doria desgranó las delicadas críticas que profieren las damas en lugar de perjurar contra el sistema. Dudó si decirle a su hermano que había recibido lo que se merecía. La justicia, débil, mórbida y testaruda, se había apoderado de él. ¡Ahora vería! Pero ¡a qué precio! ¡Con qué sacrificio!

La señora Doria le ordenó a Adrian que confirmase sus peores temores.

Tristemente, el joven sabio recapituló una vez más las palabras de Berry:

—Se casó esta mañana a las once y media, o a las doce menos cuarto, por certificado, en la parroquia de Kensington.

—¡Ésa era su cita! —murmuró la señora Doria.

—¡Ésta es la tarta del desayuno! —murmuró otra mujer.

—¡Y era su anillo! —exclamó una tercera.

Los hombres se quedaron callados, taciturnos.

Clare estaba tranquila y sosegada. Ella y su madre evitaron mirarse a los ojos.

—¿Es la abominable chica de campo, Adrian?

—La feliz damisela, siento decirlo, es la lechera papista —dijo Adrian, con un tono doloroso pero deliberado.

El zumbido de voces femeninas se intensificó, y la señora Doria gritó:

—¡Brandon!

Era una mujer enérgica. Sus pensamientos se convertían en acciones de manera espontánea.

—Brandon. —Se llevó al abogado aparte—. ¿No podemos perseguirlos y separarlos? Necesito tu opinión. ¿No podemos separarlos? ¡Es un muchacho! Es vergonzoso que pueda caer en la red de esa mala pécora y se arruine sin remedio. ¿No podemos, Brandon?

El abogado tenía ganas de reírse, pero contestó a sus súplicas:

—Por lo que oigo del novio, creo que la hazaña sería peligrosa.

—Hablo de la ley, Brandon. ¿No podemos obtener una orden de un tribunal para perseguirlos y separarlos inmediatamente?

—¿Esta tarde?

—¡Sí!

Brandon lamentó decir que no podía.

—Podrías llamar a algún juez, Brandon.

Brandon aseguró que los jueces eran una raza de hombres; dormían después de cenar.

—¿Lo harás mañana a primera hora? ¿Me lo prometes, Brandon? ¡O un magistrado! Un magistrado mandaría a la policía tras ellos. ¡Mi querido Brandon! Te ruego… Te ruego que nos ayudes en esta horrible situación. Significará la muerte de mi hermano. Sé que perdonaría cualquier cosa salvo esto. No tienes ni idea de su noción de la sangre.

Brandon lanzó una mirada cargada de significado a Adrian en busca de ayuda.

—¿Qué pasa, tía? —preguntó el joven sabio—. ¿Quieres que la policía los siga y los separe?

—¡Mañana! —impuso Brandon.

—¿No será demasiado tarde? —sugirió Adrian.

La señora Doria suspiró con su última esperanza.

—Sabes… —dijo Adrian.

—¡Sí, sí! —La señora Doria no necesitaba ninguna explicación—. Por favor, cállate, Adrian, y déjame hablar. ¡Brandon! ¡No puede ser! ¡Es imposible! ¿Puedes afirmar que ese chico está casado legalmente? ¡No me lo creo! ¡La ley no puede ser tan mala para permitir que un chico, que un muchacho inocente, pueda hacer cosas tan absurdas! ¡Abuelo! —llamó a gritos al viejo caballero—. ¡Abuelo! Por favor, haz que Brandon hable. Los abogados siempre callan. Puede pararlo si quiere. Si fuera un hombre, ¿crees que me quedaría aquí pasmada?

—Bueno, querida. —El viejo caballero trató de tranquilizarla—. Comparto tu opinión. No creo que sepa más que tú y que yo. Yo creo que nadie sabe nada hasta que salta una denuncia y van al juzgado. Me gustaría ver a alguna abogada metida en harina.

—¿Para que el fabricante de pelucas se arruine? —dijo Adrian—. Tendrían que tener un gran suministro de pelucas.

—¡No puedo creer que estés bromeando, Adrian! —le reprochó su tía—. Pero no me daré por vencida. Lo sé, estoy firmemente convencida de que ninguna ley permitiría a un muchacho deshonrar a su familia y arruinarse, y nada me convencerá de lo contrario. Dime, Brandon, por favor, responde a mis preguntas, y olvídate de que estás lidiando con una mujer. ¿Podemos rescatar a mi sobrino de las consecuencias de su estupidez? ¿Es legítimo lo que ha hecho? ¿Está atado de por vida por lo que ha hecho ahora, siendo tan joven?

—Bueno. —Brandon apretó los dientes—. Uhm, el problema es muy delicado, Helen.

—Olvídese de eso —comentó Adrian.

—¡Uhm, bueno! —siguió Brandon—. Quizá si pudiéramos arrestarlos y separarlos antes de medianoche, y hacer una declaración jurada de ciertos hechos…

—¿Sí? —La entusiasta mujer le animó a continuar.

—Bueno, mmm, eh, en ese caso, eh… O, si estuviera loco, podríamos probar que no estaba en su sano juicio…

—¡Oh! No hay duda para mí de su locura, Brandon.

—¡Sí! ¡Bueno! En ese caso… O si fueran de diferentes religiones…

—¡Ella es católica! —exclamó la señora Doria, exultante.

—¡Sí! ¡Bueno! En ese caso… Se puede objetar que el matrimonio es ficticio, o si él tiene menos de dieciocho años…

—No puede tener muchos más —dijo la señora Doria—. Creo… —Pareció reflexionar y después vaciló, y le imploró a Adrian—: ¿Cuántos años tiene Richard?

El amable joven sabio no se veía con fuerzas de expulsarla del bote salvavidas al que se aferraba.

—¡Oh! Más o menos, imagino —murmuró, y tuvo que volver la cabeza para disimular. La señora Doria le superaba.

—Sí, yo, bueno, entonces… —siguió Brandon encogiéndose de hombros, queriendo decir que no se comprometía a nada.

Oyeron la voz de Clare entre el círculo de sus primos:

—Richard tiene diecinueve años y seis meses, mamá.

—Tonterías, niña.

—Es verdad, mamá —dijo Clare con voz firme.

—Tonterías, te digo. ¿Cómo lo sabes?

—Richard es un año y nueve meses mayor que yo, mamá.

La señora Doria luchaba contra los años y finalmente contra los meses. Clare era demasiado fuerte para ella. «¡Qué niña tan rara!», se dijo mentalmente, pues rechazaba con desprecio la ayuda mientras se ahogaba.

—¡Queda la religión! —se reconfortó, y se sentó a meditar.

Los hombres sonrieron con aspecto vacío.

Propusieron poner música. Hay veces en que la música no tiene encanto; cuando se utiliza como base del polvo imperial del César y para rellenar pausas horribles. Angelica Forey aporreó el piano y cantó: «¡Soy una gitana[17] risueña, ¡ja ja, ja ja!». MatildaForey y su prima Mary Branksburne unieron sus voces y, cantando, incitaron a los jóvenes a apresurarse hacia la alcoba que el amor había construido y a desafiar a los sabios del mundo, pero la mayoría de ellos estaba allí, como en casi todas las asambleas; así que el brillante atractivo del trovador británico les cruzó el pecho con la desolación que transmitía. Le pidieron a Clare que entretuviera a la compañía. La singular niña fue con tranquilidad hacia el instrumento, y daba la vuelta a las ilustraciones más apropiadas del repertorio del trovador.

Clare cantó una canción irlandesa. Cuando acabó, se levantó del piano. Las hijas rara vez pueden engañar a sus madres en estos asuntos, pero Clare sí engañó a la suya, y la señora Doria persistía en la agonía por su hija, aunque hubiera sido más justificable que sintiera pena por sí misma, lo cual no sería extraño, pues no hay malabarista del corazón como el que el trovador pone en

nuestras bocas tan audazmente. Recuerden que ella había visto los años de sacrificio, años de un plan que maduraba hechos trizas por culpa del sistema que la había reducido a ser una hipócrita constitucional. Tenía suficiente amargura en que pensar, y muchas excusas para la autocompasión.

Sin embargo, incluso estando más tranquila, la naturaleza enérgica de la señora Doria impidió que se rindiera. Mientras tuviera algo a lo que aferrarse, por débil que fuera, seguiría adelante.

Se levantó de la silla y dejó la habitación, no sin antes pedir a Adrian que la siguiera.

—Adrian —dijo en el pasillo volviéndose—, mencionaste una casa donde esta horrible tarta… estuvo esta mañana. Quiero que me lleves con esa mujer de inmediato.

El joven sabio no había esperado convertirse en sirviente. Esperaba esa noche llegar a tiempo al último acto de la ópera, después de disfrutar de la comedia de la vida.

—Mi querida tía —comenzó con tono de insinuación.

—Pide un taxi y ponte el sombrero —dijo la señora Doria.

No le quedó otro remedio que obedecer. Estaba de acuerdo con el dicho del peregrino de que las mujeres son criaturas prácticas, y concluyó por propia experiencia, que la relación con un joven idiota era un incordio. Sin embargo, la señora Doria le compensaba.

No sabía lo que la práctica señora Doria quería hacer, pero su energía pedía que la llevasen, y su instinto la dirigió hacia el infractor con quien podía descargar su ira. Quería alguien con quien estar enfadada, alguien a quien insultar. No se atrevía a insultar a su hermano; de hecho, lo tenía que consolar. Adrian era un socio hipócrita del sistema, y era consciente de que la metería en una discusión delicada, si bien altamente filosófica. Así que se fue a ver a Bessy Berry para averiguar adónde había ido su sobrino.

Cuando una mujer blanda, que también es pecadora, se encuentra con una mujer enérgica, no opone resistencia y no encuentra piedad. La fatalidad de Bessy Berry llegó esa noche en forma de mujer. La contempló aterrorizada. Hasta la fecha, se le había aparecido en forma de hombre, como un espíritu de su imaginación con atributos masculinos, y la característica peculiar de los hombres de ser conmovidos y silenciados por las lágrimas. Como mujer, su fatalidad era realmente terrible. No había pasado una hora y Bessy Berry prefería morir antes de hablar de que sus bebés se habían ido a hacer el nido en la isla de Wight. Se habían ido pronto, estaban lejos del alcance de sus perseguidores, estaban a salvo, y ella dijo lo que tenía que decir. Dijo más de

lo que era aconsejable. Mencionó sus años al servicio de la familia y su pensión. ¡Ay, su pequeña pensión! Su fatalidad había venido sin esperar ningún pago; había venido, como los acreedores, para quitársela, por decirlo de algún modo. La señora Doria se lanzó sobre la pensión.

—Eso se ha acabado, por supuesto —dijo con tranquilidad, pero Berry no le suplicó por el pequeño trozo de pan. Sólo le pidió consideración por sus sentimientos.

Que los admiradores de las mujeres se queden a un lado de esta escena. Era muy triste que Adrian se viera obligado a presenciarla. La señora Doria no era generosa. Es posible que el peregrino se equivoque sobre que en el sexo femenino no hay crecimiento, pero su manera de llevar a cabo la guerra era bárbara, y, según lo que se considere, un método inmaculado y salvaje. Berry se fue a la cama acompañada de su ruina, y manchó la almohada con la sangre de su carácter.

Al concluir la escena, Adrian acompañó a la señora Doria a su casa. Los ratones se habían comido la tarta durante su ausencia. Las damas y los caballeros, antes de irse a la cama, acusaron a los ratones de terminar la tarta.

—Estoy segura de que son bienvenidos —dijo la señora Doria—. Este matrimonio es una farsa, y Adrian ha entendido mi forma de pensar. No tocaría un átomo. ¡Cómo que se han casado con el anillo de una mujer casada! ¿Puede eso ser legal? ¡Estoy convencida! No me digas. Austin llegará a la ciudad mañana y, si es fiel a sus principios, tomará medidas inmediatas para rescatar a sus hijos de la infamia. No quiero consejo legal. Apelo al sentido común, a la decencia. Este matrimonio es falso.

El magnífico plan de la señora Doria se había convertido en algo tan importante que no podía darse por vencida. Acostó a Clare, y la acarició y lloró por ella, como no lo habría hecho si hubiera conocido a la singular niña.

—¡Pobre Richard! ¡Mi pobre niño! ¡Tenemos que rescatarlo, Clare! ¡Tenemos que rescatarlo!

De las dos, la madre mostraba mayor falta de entereza. Clare se quedó en sus brazos, rígida e inexpresiva, con un puño cerrado. Todo lo que dijo fue:

—Lo sabía desde la mañana, mamá.

Seguía agarrando la alianza nupcial de Richard.

Por entonces ya lo sabían los más involucrados en el sistema. La luna de miel se acercaba plácidamente. ¿Acaso la felicidad es circulante? Cuando hay mucha felicidad, el corazón llora lo que se le arrebata. Si la hemos atrapado en el camino, ciertas leyes inescrutables se ponen en marcha para comparecer ante un tribunal. ¿Quién no sabe de una luna de miel que ha despojado la

felicidad de otra persona? Richard Turpin[18] exclama al mundo: «La bolsa o la vida». Richard Feverel hizo lo mismo poniendo «felicidad» por «bolsa», que a menudo son sinónimos. Tendría la moneda que quisiera, y, como otro bandolero, como su amigo Dick, los que no le habían reconocido como héroe ahora lo reconocían. Mientras tanto, el mundo que había exprimido parecía paciente y bello. La moneda hacía sonar una música deliciosa. La naturaleza y el orden de las cosas no tienen mayor admirador que un alegre bandolero o un joven feliz.

Capítulo XXXIII

El autor del sistema estaba siendo juzgado por los ojos de la mujer que lo amaba. ¿Puede haber alguien más amable? Sin embargo, esos ojos, suaves y vigilantes, se mostraban rigurosos. Si no se está a su altura, sentirás la saciedad del tiempo. Revelan que te consideraron un gigante y han tenido que rebajarte. Te sientes empequeñecer en esos dulces espejos, hasta un nivel complaciente. Pero, hombre vanidoso, enamorado de esa extensión del varón que reflejan sus devotas órbitas, ¡cuidado con engañarla! Una mujer que no sea idiota te perdonará si eres humano, si realmente lo eres. Reconocerá que ningún sastre podría haber confeccionado la figura que ella ha hecho respetable, y que su ideal de ti —aunque suspira al pensarlo— se basa en el modelo del niño abandonado con ropa no ajustada a su tamaño. Por eso desprecia la habilidad del sastre, y sonríe. Pero, si en la hora oportuna eres tú mismo, y la mujer te acepta como eres, no deberás aspirar a otra cosa, a menos que quieras parecer despreciable y ridículo. ¿Y caerás en el otoño de espaldas antes de ser un hombre común? Puedes no alcanzar la altura en que ella te coloca y estar a salvo; nada se lesiona, salvo la imagen del niño pobre y abandonado; pero, si quedas por debajo del hombre común, verás temblar su vestido, y tendrás que vigilar el espejo y transferir su lealtad. La moraleja es que, si fingimos ser lo que no somos, la mujer, para cuya recreación se realiza la farsa, nos descubrirá y castigará. Y así concluye, en general, una relación sentimental.

Si *sir* Austin hubiera expresado su dolor y su ira, habría alcanzado excesos poco filosóficos; sin embargo, aunque rebajara su reputación de sabio, la señora Blandish le habría excusado y no le habría querido menos. El caballero encargó a su alma actuar por encima de la concepción que ella tenía de él. A él, un hombre de ciencia, nada le sorprendía de la naturaleza; levantó

las cejas y apretó los labios al oír las noticias que le traía Ripton Thompson, ese pájaro enfermo de Raynham.

Lo que dijo, después de que Ripton le diera las cartas y se llevara su penitencial dolor de cabeza a la cama, fue:

—¿Ves, Emmeline? Es inútil servirse del sistema en un ser humano.

Un comentario muy filosófico de quien ha estado ocupado veinte años. Demasiado filosófico para ser genuino. Revelaba dónde le había dolido el golpe. Richard ya no era el Richard de su creación —su orgullo y su alegría—, sino un estricto ser humano. La estrella brillante se hundió en el universo.

Pero ¿qué había hecho el joven? ¿Y en qué había fallado el sistema?

La dama no dejaba de preguntárselo, compadeciendo al ofendido padre.

—Amigo mío —dijo con ternura, tomando su mano—. Sé lo mucho que has sufrido. Sé lo decepcionado que debes de estar. No te pido que le perdones ahora. No puedes dudar de su amor por esa joven y, según su carta, ¿no se ha comportado de forma honorable, como a ti te habría gustado, sin avergonzarla? Piensa en eso. Ha sido un accidente. Mala suerte, una terrible mala suerte.

—Dios está en este mundo, no fuera de él —la interrumpió *sir* Austin, y le apretó la mano deseándola buenas noches.

En otro momento se habría detenido a admirar la frase; ahora le parecía falsa, vana, perversa, y le tentaba girar el significado para ponerlo en su contra, por mucho que le compadeciera.

—Sabes, Emmeline —añadió—, creo poco en la suerte, a la que tantos hombres le atribuyen sus éxitos o fracasos. Son útiles suplantaciones para novelistas, pero mi apreciación es que creamos nuestra propia historia sin intervenciones. ¿Accidentes? ¿Mala suerte? ¿Qué significa eso? Buenas noches.

—Buenas noches —dijo, preocupada y triste—. Cuando dije «mala suerte», me refería, por supuesto, a que a él se tiene que culpar, pero ¿quieres que te enseñe la carta que me ha escrito?

—Ya tengo suficiente en que pensar —respondió, con una fría reverencia.

—Dios te bendiga —susurró—. ¿Puedo decirte algo? No cierres tu corazón.

Le aseguró que esperaba no hacerlo; pero, cuando se marchó, se apresuró a cerrarlo tanto como pudo.

Si en lugar de decir «Es inútil servirse del sistema en un ser humano» hubiera dicho «No experimentes con un ser humano», habría estado más

cerca de la verdad. Había experimentado con la humanidad en la figura del hijo que quería tanto como a su vida y, de repente, cuando parecía que el experimento no había fracasado, los errores humanos cayeron en los hombros de su hijo. La risa con la que Richard se marchó en el tren era fácil de explicar: resonaba en sus oídos como una burla de baja naturaleza que se empeña en ensalzarnos y doblegarnos. El joven lo tenía todo planeado. *Sir* Austin recompuso cada paso de la trama. La curiosa máscara que había llevado desde su enfermedad, la elección como compañero de viaje de su incapaz tío Hippias antes que Adrian; era un plan perfecto. Esa horrible risa no se podía acallar. Baja, como lo demás, con la traición de una criatura que usa sus artimañas para la satisfacción. ¡Nunca la humanidad tuvo tantas esperanzas en él! Una tendencia maniquea, contra la que el sentencioso panegirista de la naturaleza había luchado años —y que, en parte, era la base del sistema—, comenzaba a nublarse y a usurpar el dominio de su mente. Sentado en el desolado silencio de su biblioteca, vio al diablo.

¿Cómo saber que estamos al frente y somos la fuente del destino de los que amamos?

Junto al manantial del futuro de Richard, el diablo habló:

—No hagas nada, decididamente no hagas nada. Tu trabajo ahora es ser valiente para que te consideren superior a la humanidad que te ha engañado. Es el engaño desvergonzado, no el matrimonio, lo que te ha herido.

—¡Sí! —respondió el *baronet*—. ¡El engaño desvergonzado, no el matrimonio, por malintencionado y ruinoso que sea, ha destruido mi esperanza! ¡Mi admirable plan! ¡No el matrimonio, el engaño desvergonzado! —arrugó la carta de su hijo y la tiró al fuego.

¿Cómo distinguir al oscuro jefe de los maniqueos si dice nuestros pensamientos?

Siguió susurrándole:

—Y tu sistema… Sé valiente, saca de ti ese sueño y renuncia a ese proyecto imposible. Contémplalo en su estado: muerto, ¡demasiado bueno para los hombres!

—¡Sí! —murmuró el *baronet*—. Los que quisieron preservarlo murieron en la cruz.

Y así se quedó, cuidando al diablo.

Después cogió la lámpara, se puso su vieja capa y el gorro, y fue a ver a Ripton. El agotado y libertino joven sin destino dormía profundamente. Un pañuelo en la frente, roncando, tumbado boca arriba, parecía absurdamente

indefenso. El *baronet* recordaba en cuántas ocasiones lo había comparado con su hijo, ¡con su brillante hijo! ¿Dónde estaba la diferencia?

—¡Meras vestiduras doradas! —le dijo un amigo.

—Sí —respondió—. Me atrevo a decir que éste nunca quiso engañar a su padre. Siguió sus apetitos sin impedimentos; por dentro, es el más sano de los dos.

Ripton, con el mentón hundido boca arriba, indefenso a la luz de la lámpara, representaba la honesta, aunque despreciable, naturaleza humana.

—¡Me temo que la señorita Random es la base necesaria! —susurró el encargado.

—¿Pide el diablo su alimento, o lo corrompe todo? —exclamó *sir* Austin—. ¿El ángel viene en auxilio cuando todo está echado a perder? ¿Es ése el conflicto, escapar del contagio, salir incorruptos?

—El mundo es sabio a su manera —dijo la voz.

—¿Aunque se mire a través de un vaso de Oporto? —sugirió, recordando a su abogado, el señor Thompson.

—Es sabio sin querer ser muy sabio —dijo la voz.

—¡Y embriagarse de comodidad!

—La naturaleza humana es débil.

—¡Y la señorita Random es la base, y un poco de disipación una institución!

—Siempre ha sido así.

—¿Y siempre lo será?

—¡Eso me temo! A pesar de tus nobles esfuerzos.

—¿Y adónde nos lleva?

Oyó resonar la risa de Richard, como si llegara de los pasillos de la parte baja de Raynham.

Este coloquio de dos voces en el cerebro de *sir* Austin terminó preguntando si había diferencia entre la flor de su esperanza y esa mala hierba borracha, y recibió de respuesta que la diferencia decisiva era el olor, y, consciente de ello, se retiró.

Sir Austin no batalló con el tentador. Lo tomó por el pecho, como si hubiera estado esperándole, se dejó aconsejar y asumió sus preceptos. Como sufría, decretó que sufriría en silencio, que sería el único que sufriría, y creyó conservar una mente lúcida en su calamidad. Se había enfrentado al mundo. Había perdido. ¿Y qué? Debía cerrar su corazón y enmascarar su rostro; eso era todo. Estar delante de la muchedumbre es tan fútil para la humanidad,

reflexionó, como quedar rezagado. Pues, ¿cómo sabemos si nos siguen? Lo que ganamos para ellos se pierde, y si nos derrocan, ¡mentimos!

Así fue como una mente sana y un buen corazón, a merced de una naturaleza no benévola, decidieron colorear su regresión y tolerar sus defectos, y así fue como arruinó el trabajo llevado a cabo. Bien podría decir, como lo había hecho una vez, que hay momentos en los que el alma más pura se transforma en zorro astuto. Pues, de su pena privada culpó a la humanidad, del mismo modo que la había acusado en el período que denominó su propio calvario. ¿Cómo había resistido? Enmascarando su rostro. Y preparó el calvario de su hijo de la misma manera. No era en absoluto su idea más elocuente del deber de un hombre en apuros.

Pero actuó según su instinto y, en períodos de sufrimiento, una gran naturaleza no queda a merced de los instintos. Es más, le acarrearía dolor enmascarar su rostro, un dolor mayor que el que había soportado cuando aún tenía a quien abrir su corazón, y descansó con la comodidad espartana de soportar el dolor.

—No hagas nada —dijo el diablo al que cuidaba, que quería decir: «Quédate conmigo y no me dejes».

Los arrebatos de ira son excelentes y necesarios en hombres de hábitos saludables, cuando no llegan a la liquidación. Pues aquellos que la padecen, ¿pueden asegurar que se consume? *Sir* Austin digería la ira tan mal como el pato poco hecho el pobre Hippias. En lugar de tragársela, ella se lo tragaba. La bestia salvaje de su interior no era menos mortal por no rugir, y el diablo no era menos activo por no hacer nada.

Junto al manantial del futuro de Richard, en el triste silencio de su biblioteca, oía crepitar las cenizas y el zumbido de la calma de la medianoche removiendo sus embriones. La luz de la lámpara incidía suavemente en el busto de Chatham.

Antes del alba llamaron a la puerta. La señora Blandish entró, se acercó a él y tomó sus manos.

—Amigo mío —dijo con tristeza, temblando—. Temía encontrarte aquí. No podía dormir. ¿Cómo estás?

—¡Bien, Emmeline, bien! —respondió, retorciendo las cejas y manteniéndolas firmes en la máscara.

Hubiera preferido que fuera Adrian. Echaba de menos su compañía. Sabía que el joven sabio sabría cómo tratarle y, mentalmente, confesó cierta debilidad por requerir ese trato. Además, Adrian lo aceptaría y no lo molestaría queriendo abrir su corazón; mientras temía que una mujer fuera

demasiado femenina y, henchida de lágrimas y súplicas, montara una escena; lo que más aborrecía. Así que se puso a dar golpecitos en el suelo con el pie, y no cambió de expresión cuando contestó a la dama que todo iba bien.

Ella se sentó a su lado, sosteniéndole una mano con firmeza y reteniendo la otra con suavidad.

—¡Oh, amigo mío! ¿Debo creerte? ¿Puedo hablar contigo? —Se acercó a él—. Me conoces. No tengo otra intención que ser tu amiga. Comparto tu dolor. ¿No puedo pedirte que confíes en mí? ¿Quién ha llorado más por tu dolor? No habría venido, pero el dolor compartido alivia la carga, y puedes disponer de la ayuda de una mujer, y saber lo que una mujer puede ser para ti…

—Te aseguro —dijo con gravedad— que agradezco tu ofrecimiento, Emmeline.

—¡No, no! ¡Mi ofrecimiento no! No me lo agradezcas. Piensa en él. Piensa en tu querido hijo. Nuestro Richard, como le llamamos. ¡Oh! Espero que no lo veas como una de mis tontas supersticiones, pero esta noche he estado en vela dándole vueltas hasta que me he levantado para hablar contigo… Dime que lo has perdonado.

—Un padre no guarda rencor a su hijo, Emmeline.

—¿Tu corazón lo ha perdonado?

—Mi corazón ha aceptado lo que ha sucedido.

—¿Y le ha perdonado?

—No me oirás quejarme.

La dama se detuvo, abatida, y lo miró con nostalgia. Suspiró.

—¡Sí! ¡Sé cuán noble eres y qué distinto de los demás!

Soltó una de las manos.

—Creo que deberías irte a la cama, Emmeline.

—No puedo dormir.

—Ve a dormir y hablamos en otro momento.

—No, debe ser ahora. Me ayudaste cuando tenía problemas, y creo, humildemente, que ahora me toca a mí ayudarte. Esta noche he estado pensando que si no rezas por él y lo bendices… Acabará todo mal. Amigo mío, ¿lo has hecho?

Se sentía dolido y ofendido, y apenas podía evitar mostrarlo a pesar de su máscara.

—¿Lo has hecho, Austin?

—¡Vaya forma de hacer que los padres se comprometan con las locuras de sus hijos, Emmeline!

—No, no es eso. Pero ¿rezarás por tu hijo y lo bendecirás antes de que amanezca?

Se contuvo para hablar con tranquilidad:

—Y, ¿debo hacerlo o terminará mal? ¿Cómo va a terminar si no? ¿Puedo salvarlo de la semilla que él ha sembrado? Piensa, Emmeline, lo que estás diciendo. Ha repetido el pecado de su primo y ya sabes cómo termina.

—Pero ¡es tan diferente! Esta joven no es de la clase con la que se alió el pobre Austin Wentworth. Es muy diferente. Y él… Sé justo y admite su nobleza. Creo que estás de acuerdo. La joven es hermosa, bien educada y creo que, si hubiera estado en otra posición, no la verías de forma tan desfavorable.

—¡Puede que hasta sea demasiado buena para mi hijo! —el *baronet* habló con sublime amargura.

—Ninguna mujer es demasiado buena para Richard, y lo sabes.

—Olvídate de ella.

—Sí, hablaré de él. La encontró por un fatal accidente. Creíamos que su amor había muerto, y él también, hasta que volvió a verla. Se la encontró, creyó que tramábamos en su contra, que la perdería para siempre, y en un arrebato de locura hizo esto…

—Mi Emmeline defiende la valentía de las parejas clandestinas.

—¡Ah! No te desvíes, amigo mío. Dime: ¿preferirías que hubiera actuado como los jóvenes, poniendo a las mujeres por debajo de ellos?

A *sir* Austin no le gustaba la pregunta. Lo ponía a prueba.

—Quieres decir —interpretó— que los padres deben cruzarse de brazos y aceptar los matrimonios infames y dejar que estas criaturas se arruinen.

—No me refiero a eso —exclamó la dama, buscando la expresión adecuada—. Quiero decir que la quería. ¿No es una locura a su edad? Lo que quiero decir, principalmente, es que debes salvarlo de las consecuencias. No le apartes la mano. Piensa en su orgullo, en su sensibilidad, en su naturaleza salvaje si no se sale con la suya. Piensa cuán intenso debe de ser su amor. Piénsalo, amigo mío, y no olvides que te quiere.

Sir Austin sonrió con pena.

—Que le salve de las consecuencias es exigir más de lo que tolera el orden de las cosas, Emmeline, y no es una disposición del mundo. No puedo. Las consecuencias son los resultados naturales de los actos. Hija mía, estás diciendo sensiblerías, que es la principal distracción de nuestra época. Una distorsión fantasmal de la vida que vivimos. Me pides que, contra mí mismo, le permita vivir una edad de oro. Hice todo lo posible para mantenerlo en la virtud y la verdad. Ahora es un hombre, y debe recoger lo que siembra.

La mujer suspiró perpleja. Había adoptado una posición muy rígida y hablaba muy seguro de sí mismo, importándole más la sabiduría que el amor de padre. Y, aun así, amaba a su hijo. Estaba segura de que amaba a su hijo; aunque se expresaba altivamente, seguía admirándolo, desconcertado. Era consciente de ser demasiado puntillosa.

—Lo único que te pido es que le abras tu corazón —dijo.

Siguió callado.

—Aunque lo consideres un hombre, siempre será tu hijo, amigo mío.

—Me consuelas, Emmeline, con la idea de que, si se arruina, esto que se ahorrarán las jóvenes. ¡Sí, eso es algo!

Escrutó la máscara de cerca. Era impenetrable. La miró a los ojos, respondió a la presión de su mano y sonrió, sin mostrar lo que sentía. No pensó que fuera hipócrita mantener la imagen que ella tenía de él al representar la filosofía suprema por encima del corazón ofendido. Ni sabía que tenía un ángel con él, un ángel ciego y débil, que lo acompañaba en su suerte.

—¿Me perdonas por haber venido? —dijo, tras una pausa.

—Por supuesto, conozco tus intenciones, Emmeline —respondió, gentil.

—Pobres intenciones. Me siento débil. No sé expresar ni la mitad de lo que he pensado. ¡Oh, si pudiera!

—Hablas muy bien, Emmeline.

—Bueno, ¡al menos me perdonas!

—Claro.

—Y, antes de irme, querido, ¿puedo rogártelo? ¿Lo bendecirás?

Volvió a quedarse en silencio.

—¡Reza por él, Austin! Reza por él antes de que termine la noche.

Y, al decirlo, se puso a sus pies y se llevó la mano de él al pecho.

El *baronet* se sobresaltó. Temiendo lo que le atraía, empujó la silla y se puso en pie. Fue hacia la ventana.

—¡Ya es de día! —dijo, con fingida vivacidad, y abrió los postigos, que dejaron entrar la débil luz que iluminaba el césped del jardín.

La señora Blandish, de rodillas, se secó las lágrimas; luego se acercó a él y contempló en silencio la luna menguante en el oeste. Tal vez por rogárselo tan pronto no lo había conmovido, y se echó la culpa a ella antes que al *baronet*. Pero, al dar ese paso, no lo había tratado como un hombre común, y se dio cuenta de que su corazón no estaba a la altura del resto de los hombres, por sereno que estuviera su rostro y su apariencia de mantener su sabiduría. Lo miró de forma crítica, y empezó a analizarlo —un proceso peligroso para

los ídolos—. Dejó de lado el doloroso asunto, y él la atrajo hacia sí, buscando la suavidad en una aspereza ineludible, y murmuró:

—¡Después de todo, la bendición de Dios que más escasea es una buena mujer! Mi Emmeline aguanta bien las noches sin dormir. Y no avergüenza al día. —La contempló con ternura.

—¡Soportaría muchas más! —respondió, mirándole a los ojos—. Y me verías con mejor aspecto si… —No tuvo el valor de terminar la frase.

Quizá quería un consuelo silencioso; quizá los hermosos y plácidos rasgos de la dama de ojos negros le reconfortaban. En cualquier caso, su amor platónico se excedió cuando él la rodeó con sus brazos. Ella sintió el abrazo y habló de la mañana.

Así, juntos, oyeron tras ellos un gemido de dolor y, al darse la vuelta, se encontraron con el ojo saurio. La señora Blandish sonrió, pero el *baronet* no pudo evitar sentirse desconcertado. Por una extraña fatalidad, cada etapa de su inocente amor estaba condenada a tener un observador humano.

—Oh, perdonen —farfulló Benson, deteniendo su cabeza en una posición melancólica.

Le ordenaron que se retirara.

—Creo que yo también me retiraré. Intentaré echar una cabezada —dijo la señora Blandish.

Se despidieron con un apretón de manos.

El *baronet* llamó a Benson.

—Tráeme el desayuno —dijo, sin tener en cuenta el aspecto de mala conciencia de Benson—. Iré a la ciudad temprano. Y, Benson —añadió—, tú también irás a la ciudad esta tarde, o mañana, si te viene mejor, y llevarás tu contrato al señor Thompson. No volverás aquí, pero te seguiremos proveyendo. Puedes irte.

El gordo mayordomo intentó hablar, pero el tremendo golpe y el gesto del *baronet* lo ahogaron. En la puerta, hizo otro esfuerzo que sólo consiguió que su papada se agitase. Una impaciente señal lo mandó fuera, atontado, y Raynham se quedó sin ninguno de los creyentes en el dogma del gran Shaddock.

Capítulo XXXIV

Era el mes de julio. En Solent se iban acumulando las olas verdes contra el viento del suroeste. Los yates salían felices al mar, como si fueran espuma, con sus velas relucientes, ligeros como ninfas. El verano coronaba de nubes las altas montañas.

Junto a una ventana abierta que, a través de una rosaleda, daba al océano, la joven pareja nupcial desayunaba deleitándose en el festín. De haberlos contemplado el humanista científico, no podría negar que, como pareja dispuesta a engendrar británicos, cumplían con su deber. Hileras de hueveras con cáscaras rotas eran testigos, y seguían ocupados, sin hablar apenas por la urgencia del ejercicio. Estaban vestidos para una excursión. Ella llevaba un gorro; él, su gorra de navegación. Con las mangas enrolladas en las muñecas, a ella se le veía el forro del vestido en el regazo. De vez en cuando una palabra casual la hacía reír, pero era el momento de comer, el momento en que Cupido está más serio. La tierra conquistada les rendía homenaje. El flautín del amor con el que encantaron el universo yacía olvidado. ¿Qué importa el universo si se tienen uno al otro? ¡Venid, huevos! ¡Ven, pan con mantequilla! ¡Venid, té con leche y azúcar! Sean bienvenidas las horas alegres. Ésta es una interpretación de la música de su interior. Aquel instrumento había servido para la obertura. Después de todo, ¿qué mayor aspiración de los amantes que ser un hombre y una mujer libres en los numerosos corazones? ¿No es glorioso haber llegado allí? ¡Ah, desgraciado humanista científico! Si vieses alimentándose a estas admirables criaturas, el hechizo habría exorcizado al maniqueo.

Terminaron y, haciendo una floritura con su servilleta, el marido se puso de pie junto a la mujer, y sus labios se encontraron. La poesía de los mortales es la prosa de cada día. ¿No es maravilloso haber llegado allí? Un beso breve,

radiante, fresco y tan honesto como la aurora; sin esconder su alegría, Richard dijo:

—¡Ninguna carta hoy, Lucy!

Tras lo cual, sus dulces ojos lo miraron con seriedad. Pero él soltó:

—¡No te preocupes! Él vendrá algún día. Te conocerá y todo irá bien, ¿eh? —Y, al decirlo, le puso una mano bajo la barbilla, enmarcando su bello rostro.

Ella sonrió.

—Quiero pedirte una cosa, querido —dijo Lucy acompañando sus palabras con las manos—. Llévame hoy a bordo del yate. ¡No me dejes con esa gente! Soy una buena marinera, lo sabes.

—¡Los mejores a bordo! —Richard rió, abrazándola—. Pero sabes, marinerita, no dejan que haya más de un determinado número de personas a bordo para la carrera, y si se enteran de que estabas conmigo, dirán que he jugado sucio. Además, tendrás a la señora Judith para hablar de Austin, y los cumplidos de lord Mountfalcon, y el señor Morton te cuidará.

Lucy lo miró de refilón.

—Espero no fruncir el ceño ni sonrojarme como antes —dijo, alzando las cejas.

Él giró su mejilla hacia la de ella y murmuró algo delicioso.

—Estaremos separados ¿cuántas horas? ¡Una, dos, tres! —Hizo un puchero—. Y luego volveré a tierra a recibir la enhorabuena de mi mujer.

—Y mi marido hablará todo el rato con la señora Judith.

—Y veré a mi mujer frunciéndole el ceño y sonrojándose ante lord Mountfalcon.

—¿Soy tan tonta, Richard? —le preguntó en serio, olvidándose de la discusión, y recibió como respuesta otro beso de la aurora, como el rocío acariciando sus labios.

Tras estar escondidos un mes entre tímidas sombras, la feliz pareja de pecadores había salido a la calle a mirar a los hombres y se habían maravillado; habían tenido la suerte de encontrar al señor Morton, de Poer Hall, amigo de Austin Wentworth y del tío de Ralph. El señor Morton había sido amigo del *baronet*, pero lo había dejado por imposible después de muchos años, y, por ello, se inclinaba a ver las faltas de Richard con buenos ojos, y echarle la culpa al padre del comportamiento del hijo. Y, creyendo que el joven necesitaba compañía, le presentó a sus conocidos de la isla, entre ellos a la señora Judith Felle, una joven y bella dama, que le presentó a lord Mountfalcon, un poderoso noble que, a su vez, le presentó a los regatistas que

comenzaban a agruparse; en pocas semanas era el centro de una brillante compañía, lo que hizo que, por primera vez en su vida, tuviera la sensación de libertad en sus interacciones sociales. El hijo del sistema había levado anclas y se había adentrado en alta mar.

Por otro lado, el *baronet* se encontraba en un compromiso entre la recurrencia de su lado blando y las sugerencias de su nuevo amigo, y decidió actuar con justicia frente a Richard. El mundo lo llamaba magnanimidad, y así lo pensó la señora Blandish cuando estableció que Richard recibiera una buena asignación, y había vigilado la petición de la señora Doria de anular el matrimonio. *Sir* Austin sabía que era de justicia retener el dinero de un joven bien situado. De nuevo el mundo lo engañó embelleciendo su conducta. Pues, ¿qué significa ser justo con los que amamos? Sabía que no era magnánimo, pero el mundo reforzaba su engaño; era justo haciendo todo lo posible, seguramente más que cualquier padre. Había cerrado su corazón.

En consecuencia, Richard no quería el dinero. Lo que quería y no llegaba era una carta de su padre, y aunque nada decía para no entristecer a su esposa, ella sentía que le pesaba la discordia con el hombre al que había ofendido, yendo contra sus preceptos, y estaba dispuesto a pedir perdón de rodillas. Para él, no había otro igual. Ella lo oía por la noche yaciendo a su lado, y la oscuridad y los murmullos rotos recubrían la figura del hombre extraño y duro que ella tenía en mente. Eso no afectaba al apetito de la bella pareja. No debemos esperarlo de un Cupido coronado bajo la influencia del aire marino. Las hileras de hueveras se reían de esa idea. Todavía les picaba el gusanillo. Juzguen su deleite cuando, en esa agradable mañana, al salir al jardín para ir al mar, vislumbraron a Tom Bakewell andando camino arriba con una maleta en los hombros y, tras él, a Adrian.

—¡Todo va bien! —gritó Richard, y corrió hacia él, y no soltó su mano hasta arrastrarlo a la casa, donde estaba Lucy, haciéndole preguntas sin parar.

—¡Lucy! Éste es Adrian, mi primo. —«¿No es un ángel?, —parecían añadir sus ojos, mientras los de Lucy contestaban—: ¡Claro que sí!».

El ángel corpóreo hizo una reverencia ante ella y actuó como el benefactor que todos esperaban.

—Creo que ya nos conocemos —comentó, y les hizo saber que no había desayunado.

Al oírlo, lo empujaron dentro de la casa y Lucy se puso enseguida a servirle.

—Querido Rady —dijo Richard, dándole la mano de nuevo—. ¡Cómo me alegro de que hayas venido! Debo decirte que somos muy desdichados.

—Seis, siete, ocho, nueve huevos —comentó Adrian tras echar un vistazo a la mesa del desayuno.

—¿Por qué no escribe? ¿Por qué no responde a mis cartas? Pero estás aquí, así que eso ahora no me preocupa. Quiere vernos, ¿verdad? Iremos esta noche. Tengo una regata a las once en mi pequeño yate. Lo he llamado *Blandish*, y compite contra el *Begum* de Fred Cuirie. Voy a ganar, pero, tanto si gano como si no, iremos esta noche. ¿Qué hay de nuevo? ¿Cómo están los demás?

—¡Mi querido chico! —Adrian se sentó—. Déjame ponerme a tu nivel antes de responder. La mitad de esos huevos será suficiente para un hombre soltero, y después hablamos. Todos están bien, tan bien como puedo recordar después de la sacudida que mi necedad ha recibido esta mañana. Vine en el primer barco, y el mar, el mar me ha hecho amar a la madre naturaleza y desear sus frutos.

Richard se removía inquieto frente a su frío pariente.

—¡Adrian! ¿Qué dijo cuando se enteró? Quiero saber exactamente las palabras que dijo.

—Bueno, el sabio dice: «Decir es el más pequeño cambio del silencio». Dijo menos que yo.

—¡Así se lo tomó! —gritó Richard, sumiéndose en sus pensamientos.

Al rato despejaron la mesa y la prepararon de nuevo, y Lucy precedió a la criada llevando huevos en una bandeja, y se sentó sin el gorro, como una perfecta ama de casa, para servirle el té.

—Empecemos —dijo Adrian, dando toquecitos al huevo con una alegría meditativa. Pero su expresión pronto se retorció de dolor y se hizo alarmante por sus esfuerzos por ocultarlo. ¿Podría estar malo el huevo? ¡Oh, horror! Lucy lo contempló nerviosa.

—Este huevo se ha cocido durante tres minutos y tres cuartos —comentó.

—¡Querido, querido! —dijo Lucy—. Los cocí yo misma ese tiempo exacto. A Richard le gustan así. ¿También le gustan duros a usted, señor Harley?

—Al contrario, me gustan blandos. Dos minutos y medio, o tres cuartos como mucho. Un huevo nunca debería bordear la dureza, nunca. Tres minutos es una temeridad.

—¡Si Richard me lo hubiese dicho! ¡Si lo hubiera sabido! —exclamó la pequeña anfitriona mordiéndose el labio arrepentida.

—No esperes que preste atención a estas cosas —dijo Adrian, tratando de sonreír.

—¡Espera! Tenemos más huevos —gritó Richard, y tiró de la campana.

Lucy dio un salto y dijo:

—¡Sí! Iré y los coceré exactamente como le gustan. Por favor, discúlpeme, señor Harley.

Adrian hizo un gesto con la mano indicando que no se moviera.

—No —dijo—. Me atendré al gusto de Richard, y espero que el cielo me conceda su digestión.

Lucy miró a Richard con tristeza, y él se estiró en el sofá dejándole el entretenimiento a ella. Los huevos fueron un triste comienzo, pero su ardor por complacer a Adrian no se apagaba, y admiró profundamente su resignación. Si fallaba en complacer a este heraldo de paz, no sabía qué desventura presentía la calamidad. Así se sentó esta bella paloma reflexionando tras sus sonrientes y serios ojos azules, estudiando los rasgos del epicúreo regordete para aprender a satisfacerlo. «No quiero que piense que soy tímida y estúpida», pensó la valiente chica, y en efecto, Adrian comprobó que, además de decorativa, podía charlar y ser útil. Cuando terminó un huevo, trajeron dos más, frescos y cocidos como a él le gustaban. Le había dado órdenes silenciosas a la criada, y ahí los tenía. Probablemente su mirada de consternación a los ofensivos huevos no había sido del todo involuntaria, y su instinto de mujer, a pesar de la falta de experiencia, la había prevenido de que podía no estar contento en la cabaña del amor. Había una cierta facultad mental tras sus cejas flexibles para competir con una involuntaria y joven sabiduría.

Se percató de lo que había conseguido cuando Adrian dijo:

—Creo que ya estoy listo para responder a tus preguntas, querido chico, gracias a tu señora. —Y le concedió el primer reconocimiento a su posición. Lucy estaba encantada.

—¡Ah! —gritó Richard, y se reclinó sobre el asiento.

—Para empezar, el peregrino ha perdido su cuaderno, y le han persuadido para que ofrezca una recompensa que mantenga las necesidades del afortunado que descubra su paradero. Benson, el gran Benson, se ha marchado de Raynham. Nadie sabe adónde. Se cree que el único miembro superviviente de la secta de los dogmatistas de Shaddock se halla bajo el eclipse total de la mujer.

—¿Benson se ha ido? —exclamó Richard—. ¡Parece que hace siglos que me marché de Raynham!

—Así es, mi querido chico. La luna de miel es como el minuto de Mahoma, o como el cubo de agua del rey persa: sumerges la cabeza en él y,

cuando la sacas, resulta que has vivido toda una vida. En fin, tu tío Algernon sigue deambulando en busca de lo perdido, o debería decir, saltando. Tu tío Hippias tiene un nuevo y sorprendente síntoma: alergia a la tarta nupcial. Desde tu generoso regalo, y aunque asegura que no probó bocado, ha estado bajo la angustiosa ilusión de que su nariz es enorme, y te aseguro que muestra una timidez de doncella al mostrarla. Se queja de lo mucho que pesa. Creo que un Benson invisible debe de estar sentado en ella. Su mano y la del doctor están constantemente haciéndole pruebas, pero me temo que no menguará. El peregrino ha creado un nuevo aforismo: que el tamaño es materia de opinión.

—¡Pobre tío Hippy! —dijo Richard—. Me pregunto cómo no cree en la magia. Nada más sobrenatural que las maravillosas sensaciones en las que cree. ¡Madre mía! ¡Imagínate llegar a eso!

—Lo siento muchísimo —declaró Lucy—, pero no puedo evitar reírme.

Su bonita risa le sonó encantadora al joven sabio.

—El peregrino piensa como tú, Richard. ¿A quién no se anticipa? «La dispepsia confirmada es el aparato de las ilusiones», y acusa a la época que creyó en la brujería de indigestión universal, que puede haber sido por su cocina infame. Además, dice, si lo recuerdas, que nuestra época está volviendo a la oscuridad y a la ignorancia a través de la dispepsia. Sentó a la sabiduría en el centro de nuestro sistema, señora Richard, razón por la cual entenderá que soy consciente de mi obligación con usted, por lo bien que me ha cuidado.

Richard consideró el pequeño triunfo de Lucy, atribuyéndolo a la subyugación de Adrian a su belleza y dulzura. Últimamente había recibido muchos cumplidos, que ella no atendía, y el homenaje de Adrian a una cualidad práctica era más agradable para la joven esposa que astutamente había adivinado que su belleza no le ayudaría mucho en la batalla que tenía que lidiar. Adrian continuó con las excelentes virtudes de la buena cocina, y ella pensó: «¿Dónde he dejado el libro de la señora Berry?».

—¿Eso es todo lo que me cuentas de la gente de casa? —dijo Richard.

—¡Todo! —respondió Adrian—. O, espera, ¿sabes que Clare se casa? ¿No lo sabes? Tu tía Helen…

—¡Oh, al diablo mi tía Helen! ¿Te puedes creer que cometió la impertinencia de escribirme? ¡Pero no te preocupes! ¿Con Ralph?

—Tu tía Helen, te iba a decir, querido chico, es una mujer extraordinaria. Fue de quien originariamente el peregrino aprendió a llamar a la mujer «animal práctico». Nos estudia a todos, lo sabes. *Los escritos del peregrino* es un retrato abstracto de sus parientes. Bueno, pues tu tía Helen…

—¡La señora Doria Marimandona! —rió Richard.

—… al ver sus planes frustrados, o llámalo su sistema, que concebía desde hacía diez o quince años… y con respecto a la señorita Clare…

—¡Su bella esclava!

—… en lugar de ponerse nerviosa y cuestionar la Providencia, poner todo patas arriba, incluso a sí misma, y ver el mundo boca abajo, ¿qué hace el animal práctico? Quería casarla con quien no podía casarla; así que decidió, en el mismo instante, casarla con quien sí que podía. Y como los viejos caballeros están dispuestos a estas transacciones con el animal práctico, se fijó en un viejo caballero, un soltero rico, que ahora es un viejo caballero cautivo. La ceremonia tendrá lugar en una semana. Sin duda recibirás la invitación en un día o dos.

—¡La desdichada Clare ha consentido casarse con un viejo! —gimió Richard—. Pondré freno a eso en cuanto vaya a la ciudad.

Richard se puso en pie y se paseó por la habitación. Luego pensó que era hora de irse y empezar los preparativos.

—Me marcho —dijo—. Adrian, llévatela. Ella va en el *Emperatriz*, el barco de Mountfalcon. Nos da la línea de salida. Una pequeña goleta. ¡Qué belleza! Tendré una así algún día. ¡Adiós, cariño! —le susurró a Lucy, y puso la mano y los ojos en ella y ella en él, buscando compensar el beso del que se habían visto negados. Pero ella apartó la mirada mientras él la sostuvo. Adrian se quedó en silencio, alzando las cejas y apretando los labios. Finalmente dijo:

—¿Cómo se va?

—Hasta St. Helen. El camino es corto y claro.

—¿Envidias el alimento que mi pobre sistema acaba de recibir?

—¡Oh, al diablo tu sistema! Ponte el sombrero y ven. Vendrás en mi barco.

—¡Richard! Ya he pagado el precio de los condenados a una isla. Te acompañaré hasta la orilla, y allí me encontrarás cuando vuelvas para explicar el cuento de los tritones. Y, aunque me pierda el placer de estar acompañado por la señora Richard, me niego a dejar tierra firme.

—¡Sí, señor Harley! —Lucy se separó de su marido—. Me quedaré con usted si quiere. No quiero irme con esa gente, y podemos verlo desde la orilla. ¡Querido! No quiero ir. ¿No te importa? Por supuesto que iré si quieres, pero preferiría quedarme —alargó la súplica para derretir la mirada de descontento con la que se topaba.

Adrian insistió en que debía ir, y que él podía entretenerse hasta su regreso, pero ella tenía planes en su hermosa cabeza y solicitó quedarse, a pesar de la decepción de lord Mountfalcon, mencionada por Richard, y del riesgo de molestar a su amado. Richard resopló y miró a Adrian con desdén. Accedió con sequedad.

—Bueno, haced lo que queráis. Prepara tus cosas para ir esta noche. No, no estoy enfadado. —¿Quién podría estarlo? Lo parecía cuando alzó la vista de su pudorosa caricia para preguntarle a Adrian, y aprovechó para besar la frente de Lucy, aunque eso no apaciguó la sombra de irritación que sentía.

—¡Cielos! —exclamó—. Un día como éste, y rehúsan subir a bordo. Bueno, pues vamos a la orilla. —La calidad angélica de Adrian había desaparecido para él.

Richard no pensó que sacaría lo mejor de cada situación, pero alguien lo hacía, y ese bello alguien había tenido un gran éxito en pocas horas. Lucy indujo a Adrian a pensar que el *baronet* sólo tenía que verla y el lío familiar desaparecería. Llegó a ello gradualmente, pero, aun así, los pasos fueron rápidos. Le gustaron sus modales; era bonita, y, lo más excelente, era sensata. Se olvidó de que era la sobrina del granjero. Parecía comprender que era deber de la mujer cocinar bien.

Pero lo difícil era que el *baronet* accediera a verla. Ni siquiera accedía a ver a su hijo, y Adrian, gracias a la señora Blandish, se había aventurado a especular. No quería imaginarse nada. El debate de su mente terminó por responsabilizar al tiempo. El tiempo pondría las cosas en su sitio. Los cristianos, como los paganos, tienen el hábito de esta excusa para cruzarse de brazos, «olvidando —dicen *Los escritos del peregrino*— que los aliados del diablo no aceptan ninguna tregua».

Mientras merodeaba por la orilla con su divertido compañero, Lucy pensaba muchas cosas. Estaba en la competición de su amado. Los yates arrancaron al oír el disparo de lord Mountfalcon, a bordo del *Emperatriz*, y su pequeño corazón latía siguiendo el pulso de los esfuerzos de Richard. Luego estaba la extrañeza de caminar junto a un pariente de Richard, alguien que había vivido a su lado mucho tiempo. Y también le asaltaba el pensamiento de que, quizá esa noche, conocería al temido padre de su marido.

—¡Oh, señor Harley! —dijo—. ¿Es verdad? ¿Nos vamos esta noche? —musitó—. ¿Querrá verme?

—¡Ah! De eso quería hablarle —dijo Adrian—. Le di una respuesta a nuestro querido niño que ha ligeramente malinterpretado. Nuestra segunda persona del plural está sujeta a que una mente pasional la reconstruya. Dije:

«veros», y supuso… Señora Richard, estoy seguro de que me entiende. En este momento quizá sea aconsejable que, cuando padre e hijo resuelvan sus cuentas…, que la nuera no sea deudora.

Lucy levantó sus ojos azules. Sintió un alivio cobarde ante la oportunidad de librarse de la terrible entrevista, pero le invadió una cierta inquietud.

—¡Oh, señor Harley! ¿Cree que debería ir él solo?

—Bueno, ésa es mi opinión. Pero el hecho es que es tan excelente marido que imagino que necesitará más que el poder de persuasión de un hombre para ir.

—Lo persuadiré, señor Harley.

—Quizá si usted pudiera…

—No hay nada que no haría por su felicidad —murmuró Lucy.

El joven sabio le apretó la mano con débil aprobación. Caminaron hasta que los yates dieron la vuelta.

—¿Es esta noche, señor Harley? —preguntó con voz temblorosa ahora que su amado estaba fuera de su campo de visión.

—Creo que ni siquiera su elocuencia conseguirá que se marche esta noche —respondió Adrian, galante—. Además, tengo que hablar por mí mismo. Conseguir un pasaje para una isla es suficiente para un día. No hay ninguna prisa, excepto en el cerebro de ese chico impetuoso. Debe corregirlo, señora Richard. Los hombres están hechos para ser gobernados, y las mujeres para gobernar. Si supiera que no quiere marcharse esta noche, y le dice que preferiría que fuese en un par de días… puede causar rechazo. Al decírselo usted, este joven salvaje no necesitará grandes esfuerzos de persuasión. Tanto él como su padre son sujetos extremadamente delicados, y su padre, por desgracia, no está en la posición de ser gobernado directamente. Es una extraña empresa la que le propongo, pero creo que podría gobernar al padre a través del hijo. Cuando hayan hecho las paces, usted, con el trabajo a distancia, entrará en el círculo de la sonrisa paterna de forma natural, sabiendo que se lo debe a usted. No veo otra forma. Si Richard sospecha que su padre se opone a recibirla, continuarán las hostilidades, la brecha se hará más amplia, lo malo irá a peor, y no veo el final.

Adrian la miró, queriendo decir: ¿podrías realizar semejante hazaña? A ella le pareció duro tener que decirle a Richard que se achicaba ante los retos. La propuesta resonó con sus miedos y deseos. Pensó que el joven sabio era muy sabio; la joven no era insensible a sus cumplidos y al sutil halago que podía sacrificar para restaurar la paz en el hogar que ella había perturbado. Accedió a fingir como Adrian había dicho.

La victoria es la condición más común del héroe, y cuando Richard llegó a la orilla proclamando que el *Blandish* había vencido al *Begum* por siete minutos y tres cuartos, recibió un beso rápido y la enhorabuena de su mujer, que tenía los dedos sumergidos en las hojas del doctor Kitchener, y le preguntó a su marido por el vino.

—¡Querido! El señor Harley quiere quedarse un rato con nosotros, y cree que no deberíamos irnos inmediatamente, pero eso ha sido antes de haber recibido unas cartas y siento… Preferiría…

—¡Ah, es eso, cobarde! —dijo Richard—. Bueno, entonces, mañana. Fue una carrera espléndida. ¿Nos has visto?

—¡Sí! Te he visto y estaba segura de que ganarías. —De nuevo volvió a preguntarle a su marido por el vino—. El señor Harley se merece el mejor, nosotros nunca bebemos, y yo soy tan tonta. No conozco un buen vino, así que si pudieras mandar a Tom a comprarlo… Estoy preparando la cena.

—Así que, ¿eso de no haber venido a verme llegar?

—Perdóname, querido.

—Te perdono, pero Mountfalcon no, y la señora Judith cree que deberías haber estado.

—Ah, ¡pero mi corazón estaba contigo!

Richard le puso la mano en el pecho para sentir su corazón. Se le relajaron los párpados y se marchó.

Significó mucho que Adrian encontrara la cena estupenda, y que llegara de buen humor al final del servicio. No abusó del vino que le ofrecieron, lo cual también significó mucho. El café tuvo el honor de pasar sin comentarios. Éstos fueron los primeros pasos hacia la conquista del epicúreo, y Cupido tampoco se quejó.

Tras el café, pasearon para ver la puesta de sol desde las tierras de la señora Judith. El viento había cesado. Las nubes bajaban del cénit y se habían dispuesto, rojizas, en forma de anfiteatro sobre la tierra y el mar: un busto titánico de color granate surgía frente a la caída de Hiperión. Allí estaba Egeón, con su tórax hundido y su pronunciada frente, alzando los brazos a las inalcanzables cúspides azules. Hacia el noroeste, las nubes brillaban blancas, como si reflejaran la luna, y hacia el oeste, rayos ámbar se fundían en un rosa pálido.

—Lo que Sandoe llama la flor de la pasión del cielo —murmuró Richard a Adrian, que cantaba hexámetros griegos serenamente.

Éste respondió en medio de una cesura:

—Podría haberlo llamado coliflor.

La señora Judith, con un velo de encaje negro cubriéndole la cabeza, los encontró en su paseo. Era alta y morena, con el pelo negro, los ojos oscuros, dulce y persuasiva en su tono y actitud. «Una segunda edición de Blandish», pensó Adrian. Los recibió con afabilidad. Besó a Lucy de forma protectora y, comentando las maravillas del anochecer, se apropió de su marido. Adrian y Lucy caminaban detrás de ellos.

El sol se ponía. Todo el cielo estaba iluminado, y la imaginación de Richard se disparó.

—¿No está embriagado por su triunfo de esta mañana? —dijo la señora Judith.

—No se ría de mí. Cuando acabo, me siento avergonzado por las molestias que me he tomado. ¡Mire esa gloria! Estoy seguro de que me desprecia por ello.

—¿No estuve allí aplaudiéndole? Debería transformar esa energía en algo útil. Pero no ingrese en el ejército.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Está preparado para cosas mejores.

—Nunca podré ser como Austin.

—Pero se puede hacer más.

—Bueno, gracias por pensarlo, señora Judith. Algo haré. Un hombre debe ganarse la vida, como dice usted.

—Salsas —oyó decir a Adrian tras él—. Las salsas son la cima de esta ciencia. Una mujer que conozca las salsas está en la cúspide de la civilización.

Egeón enrojeció mientras el sol se ponía en el mar. El oeste era una rosa en llamas.

—¿Cómo pueden los hombres ver cosas como ésta y no hacer nada? —siguió Richard—. Me avergüenzo de que mis hombres trabajen para mí. Así me siento ahora.

—No se sentía así cuando competía contra el *Begum*. No es necesario que se vuelva demócrata como Austin. ¿Sigue escribiendo?

—No. ¿Qué es escribir? No me engaño. Sé que es la excusa que me doy para no hacer nada No he escrito una línea desde hace… Últimamente.

—Porque es feliz.

—No, no es por eso. Claro que soy feliz… —no terminó.

Una ambición vaga y sin forma había reemplazado el amor en los cielos. No tenía cerca a ningún humanista científico para guiarlo y estudiar su desarrollo natural. Esta dama no podía considerarse una guía adecuada para las energías inutilizadas del joven, y sin embargo habían establecido una

relación. Cinco años mayor que él, y era una mujer, hecho que explicaba su serena presunción.

Las nubes gigantes se habían roto; un fornido hombro ardió sobre el mar.

—Trabajaremos juntos en la ciudad en todos los eventos —dijo Richard—. ¿Por qué no salir por la noche y buscar gente que nos necesite?

La señora Judith sonrió, y corrigió su sinsentido diciendo:

—No deberíamos ser tan románticos. Podría convertirse en un caballero errante. Tiene sus características.

—Especialmente a la hora del desayuno. —Las enfáticas lecciones gastronómicas de Adrian a la joven esposa se entrometieron en la conversación.

—Debe ser nuestro campeón —siguió la señora Judith—. El que rescate y auxilie a damas y damiselas en apuros. Necesitamos uno con urgencia.

—Efectivamente —dijo Richard, muy serio—. ¡Por lo que oigo!

Sus pensamientos lo llevaron a verse como un caballero errante llamado a gritos por damas y damiselas en situaciones críticas. Se vio rodeado de altas torres. Su imaginación llevó a cabo hazañas milagrosas. Las torres se derrumbaron. Las estrellas, agrandadas, vibraban brillantes. Su imaginación se derrumbó con las torres en el aire, y su corazón dio un salto. Se volvió hacia Lucy.

—¡Querida! ¿Qué habéis estado haciendo? —Y, como si quisiera compensarla por su infidelidad de caballero errante, la abrazó con ternura.

—Hemos tenido una encantadora conversación sobre cocina casera —interrumpió Adrian.

—¡Cocina! ¿En una tarde como ésta? —Su rostro parecía el de Hippias delante de la tarta nupcial.

—¡Querido! Sabes que es muy útil —añadió Lucy alegremente.

—En efecto, estoy de acuerdo con usted, niña —dijo la señora Judith—. Algún día aprenderé a cocinar.

—Es la misión de la mujer —exclamó Adrian.

—Y, dígame, ¿cuál es la del hombre?

—Degustar la comida y opinar sobre ella.

—Dejémosles —dijo la señora Judith a Richard—. Usted y yo nunca podremos sacarle tanto provecho.

Richard parecía dispuesto a dejarlo todo por el bello rostro de su Hesperia nupcial.

Al llegar el nuevo día, Lucy actuó otra vez con cobardía, y, al hacerlo, se le encogió el corazón al ver que le afectaba a Richard su indecisión de

acompañarle a ver a su padre. Él fue paciente, gentil, se sentó a su lado apelando a la razón y usó todos los argumentos posibles para persuadirla.

—Si vamos juntos, verá que no tiene de qué avergonzarse…, más bien motivo de estar orgulloso. Ante él, no tendrás que decir una palabra, y estoy seguro, tan seguro como que estoy vivo, de que en una semana viviremos felices en Raynham. Conozco bien a mi padre, Lucy. Nadie lo conoce como yo.

Lucy le preguntó si el señor Harley lo conocía.

—¿Adrian? Nada. Adrian sólo conoce una parte de las personas, Lucy, y no la mejor.

Lucy se dispuso a pensar con más orgullo el objeto de su conquista.

—¿Te ha asustado, Lucy?

—No, no, Richard, ¡oh, querido, no! —exclamó, y lo miró con ternura porque era sincera.

—No conoce a mi padre en absoluto —dijo Richard.

Pero Lucy tenía otra opinión del joven sabio. No podía imaginar al *baronet* con un molde humano —generoso, indulgente, lleno de amor apasionado—, como Richard lo describía, y como él creía que era, ahora que lo contemplaba con la mirada de Adrian. Para ella, era una figura temible bajo la medianoche. «¿Por qué eres tan severo?», le había oído a Richard gritar más de una vez. Estaba segura de que Adrian llevaba razón.

—Bueno, pues te digo que no iré sin ti —dijo Richard, y Lucy le rogó que le diera más tiempo.

Cupido comenzó a gruñir, y con razón. Adrian se negaba a navegar a menos que las aguas estuviesen totalmente calmas. El viento del suroeste bromeaba con ellos de manera escandalosa; los días eran magníficos. Richard tenía compromisos en el mar, y Lucy quería quedarse en compañía de Adrian, para cumplir su deber de anfitriona. Discutir con Adrian era una idea absurda. Si Richard le insinuaba que retenía a Lucy, el joven sabio comentaba:

—Es un interludio en tu proceder extremadamente cupidinoso, querido chico.

Richard le preguntó a su mujer de qué hablaban.

—Hablamos de todo tipo de cosas —dijo Lucy—, no sólo de cocina. Es muy divertido, aunque se burla de *Los escritos del peregrino*, y no debería. Y, sabes, querido, que no soy vanidosa, pero creo que empiezo a gustarle un poco.

Richard rió ante la humildad de su belleza.

—¿No gustas a todo el mundo? ¿No te admiran lord Mountfalcon, el señor Morton y la señora Judith?

—Pero él es de tu familia, Richard.

—Y les gustarás a todos, si no fueras tan cobarde.

—¡Ah, no! —suspiró ante la regañina.

La conquista de un epicúreo, u otra conquista de una esposa más allá de su marido, por buena que se conciba para su felicidad, puede salir cara. Richard, en los momentos de diversión, se juntaba con la señora Judith. Le preguntó qué hacer respecto a la cobardía de Lucy. Ella le dijo:

—Creo que está equivocada, pero debe usted aprender a seguir la corriente a las mujercitas.

—Entonces, ¿me aconseja ir solo? —preguntó, con la frente nublada.

—¿Qué otra cosa puede hacer? Reconcíliense tan pronto como sea posible. No puede arrastrarla como a una prisionera.

No es agradable para un joven marido, que cree que su mujer es una flor sin par de la creación, saber que debe seguir la corriente de la mujercita que hay en ella. Era repulsivo para Richard.

—Lo que temo es que mi padre —dijo— haga la paz conmigo, sin conocerla a ella, y que yo tenga que ir a verle sin ella, y, ojo por ojo, una existencia abominable, como una bola en una mesa de billar. No permitiré esa ignominia. Y esto, lo sé, podría prevenirlo si ella fuera valiente y se enfrentase a los problemas. ¿Usted, señora Judith, actuaría así?

—Donde mi señor me diga que vaya, yo voy —respondió la dama fríamente—. No tiene mucho mérito. Por favor, no me tenga en cuenta. Las mujeres son cobardes de nacimiento, ya sabe.

—Pero amo a las mujeres que no son cobardes.

—Un pequeño detalle, ¿su mujer ha rechazado ir?

—¡No! ¡Pero ha habido lágrimas! ¿Cómo soportar las lágrimas?

Acostumbrado a salirse con la suya, y creyendo urgente lo que sabía que tenía que hacer, el joven marido había dicho palabras muy fuertes; y ella, que habría dado la vida por él, que jugaba un papel importante en su felicidad, escondía el plan que podía acabar con su autoestima. La pequeña mártir había sido débil un momento.

Tenía el apoyo de Adrian. El joven sabio estaba bien. Le gustaba el aire de la isla, y le gustaba que le acariciara. «¡Una bonita jovencita! ¡Una estupenda jovencita!», había oído murmurar a Tom Bakewell. Y, mientras caminaba o se sentaba al lado de la belleza inocente, con la cabeza echada hacia atrás y una sonrisa en secreta comunión con su prominencia abdominal,

ella dominaba el papel que representaba. Los jóvenes sabios que compran el amor no están dispuestos, si se les brinda la oportunidad, a obtener la mercancía para nada. La atención a la mano, con algún propósito oculto, y las empalagosas palmaditas, no eran poco frecuentes. Adrian la elogiaba con profusión. Lucy decía:

—Es peor que lord Mountfalcon.

—Mejor inglés que el que el lord se digna a emplear. ¿Me permite? —dijo Adrian.

—Es muy amable —dijo Lucy.

—Con todos, excepto con nuestra noble lengua —añadió Adrian—. Parece que hay un rival de su dignidad.

Puede que Adrian percibiera un rival de sus emociones linfáticas.

Le escribió a la señora Blandish:

> Estamos todos en excelente compañía. Me veo obligado a confesar que el hurón tiene buena suerte, o un instinto excepcional. Ha conseguido, a ciegas, una pareja apropiada. Sabe tratar a un lord y cocinar para un epicúreo. Además del doctor Kitchener, lee y comenta *Los escritos del peregrino*. Le encanta, por supuesto, el capítulo sobre el amor. Le parece preciosa esa imagen de la mujer «inclinada por la reverencia y coloreada por el amor, —y la repite, alzando sus bellos ojos. También la petición del amante—: Dame la pureza digna del bien que hay en ella, y a ella la paciencia para que alcance el bien en mí». Es conmovedor oírselo decir. ¡Puedes estar segura de que repito la petición! Insisto en que me lea los pasajes de su elección. No tiene mala voz.
>
> La señora Judith de la que te hablo es la señorita Menteith de Austin, casada con el viejo e incapaz lord Felle, o Fellow[19], como lo llaman los ingeniosos. Lord Mountfalcon es su primo, y su… ¿qué? Ella ha intentado averiguarlo, pero ya han superado su perplejidad y han actuado respectivamente como el hombre malo reprobado y la casta consejera; posiciones en que los encontró nuestra joven pareja, y desviaron sus peligros. Los han acogido con los brazos abiertos. La señora Judith intenta curar a la bella papista de una modesta manía de fruncir el ceño y sonrojarse cuando le hablan, y su señoría dirige las exuberantes energías del hombrecito. Así cumplimos con nuestro destino y estamos contentos. A veces, cambian de

pupilos: el señor educa a la pequeña dama, y mi señora a la esperanza de Raynham. «¡*Alegría y bendiciones para todos*!», como canta el poeta alemán. La señora Judith aceptó la mano de su decrépito lord para ser de ayuda a las demás criaturas. Austin, como sabes, tenía grandes esperanzas en ella.

Por primera vez en mi carrera profesional tengo un campo de lores para estudiar. Creo que tiene sentido que me los haya presentado la sobrina de un propietario rural. El idioma de ambos extremos sociales es similar. Consiste en un uso instintivo y espléndido de las vocales y los adjetivos. El lord y el granjero Blaize hablan el mismo idioma, sólo que el del lord ha perdido temple y cojea, aunque fluye. Sus objetivos son idénticos, pero uno tiene dinero, o, como dice el peregrino, ventaja, y el otro no. Sus ideas tienen la especial condición de detenerse donde empiezan. Con ventaja, el joven Tom Blaize sería lord Mountfalcon. Incluso en el carácter de los parásitos veo un parecido, aunque me veo obligado a confesar que el honorable Peter Brayder, el parásito de mi señor, no es pernicioso.

Esto suena terriblemente democrático. Por favor, no te alarmes. El descubrimiento de la afinidad entre los extremos, me ha hecho tres veces más conservador. Ahora veo que el amor nacional de un lord es menos servilismo que una forma de amor propio, poner un sombrero de oro en uno mismo, por así decirlo, para hacer una reverencia ante él. Veo, también, la admirable sabiduría de nuestro sistema. ¿Podría haber mayor equilibrio de poder en una comunidad donde los hombres de nulo intelecto tienen ventaja en la ley y un sombrero de oro? ¡Qué tranquilizador para el intelecto ese noble rebelde, como lo llama el peregrino, levantarse, hacer una reverencia, sentirse superior! Esta exquisita compensación mantiene el equilibrio, mientras que el período anticipado por el peregrino, si la ciencia produce una aristocracia intelectual, es terrible de imaginar. Porque, ¿qué despotismo es tan oscuro que la mente no la puede enfrentar? ¡Será una edad de hierro! Por tanto, mi señora, grito, y seguiré gritando: «¡*Vive lord Mountfalcon!*[20] ¡Larga vida a su gusto por el vino! ¡Larga vida para quien lo lleva en los hombros y se alimenta de bacon!».

El señor Morton, que tiene el honor de llamarme Joven Mefisto o Sócrates Perdido, se va mañana a sacar al amo Ralph de un lío. Acaban de elegir a Richard miembro de un club que promociona la náusea. ¿Es feliz?, te preguntarás. Todo lo que puede ser quien ha tenido la mala suerte de encontrar lo que quería. La velocidad es su pasión. Compite de punta a punta. El otro día, emulando a Leandro y don Juan, nadó, me han contado, hasta la otra orilla, o alguna hazaña parecida con terribles consecuencias. Es el héroe con el que querría encontrarse, o, como se dice en broma, su héroe era su apuesta. Esta mañana tuvo lugar un bonito episodio doméstico. La encontró abstraída en el fuego de sus caricias, y ella se hizo la tímida y buscó la soledad. Entonces, el monstruo verde se apoderó de él; se quedó a la espera y la descubrió con su nuevo rival: ¡una edición antigua del doctor culinario! Ciego a los grandes servicios nacionales del doctor, sordo a su música salvaje, agarró al intruso, lo desmembró, y llevó a cabo el tratamiento que éste recomendaba para el pepino. Lágrimas y chillidos acompañaron el descenso del gastrónomo. Ella se echó al suelo para reunir los codiciados fragmentos, él la siguió; lo encontraron, fiel a su carácter, en llamas y disperso sobre una cama de flores radiantes. Sin embargo, antes de que una flor más bella pudiera rescatarlo, un talón tan negro como Plutón lo pisoteó contra el suelo, con flores y todo. ¡Feliz entierro! ¡Patético tributo a su mérito por regar la tumba! Justo entonces lord Mountfalcon pasa por allí. «¿Qué sucede?», dijo su señoría, mesándose los bigotes. Se separaron, y tuve que explicárselo desde la ventana. El lord quedó sorprendido; Richard estaba enfadado con ella por tener que avergonzarse de sí mismo; la belleza le secó los ojos, y, tras una pausa de idiotez general, la vida continuó. Añado que el doctor acaba de ser enterrado, y que estamos ocupados, en ausencia del enemigo, con la renovación del viejo Esón[21] con hilos encantados. Por cierto, un cura papista los ha bendecido.

Había pasado un mes desde que Adrian escribió esta carta. Se sentía muy a gusto, y pensaba que el tiempo cumplía su deber. No dijo una palabra del regreso de Richard, y, por una razón u otra, ni Richard ni Lucy hablaron de ello.

La señora Blandish respondió:

> Su padre rechaza volver a verlo. Por el silencio de tu carta respecto a este tema, me temo que debe ser así. Haz que venga. Tráele a la fuerza. Insiste en que venga. ¿Está loco? Debe venir ya.

A esto respondió Adrian, después de un lapso contemplativo de un día o dos, utilizado para reunir fuerzas a fin de adoptar el consejo de la dama:

> Lo que pasa es que la mitad del hombre no quiere ir sin el hombre completo. La terrible cuestión del sexo es nuestro obstáculo.

La señora Blandish estaba desesperada. No estaba segura de que el *baronet* quisiera ver a su hijo; la máscara les había dejado a todos a oscuras, pero creyó ver a *sir* Austin irritado porque el infractor, que tenía la oportunidad de volver y hacer las paces, dejara pasar días y semanas. Vio a través de la máscara lo suficiente para no tener esperanza de que consintiera recibir a la pareja. Estaba segura de que su serenidad era ficticia, pero no intentó ver más allá, o se habría sorprendido preguntándose: ¿es éste el corazón de una mujer?

La dama finalmente le escribió una carta a Richard. Decía:

> Ven inmediatamente, y ven solo.

Entonces Richard, en contra de su juicio, cedió.

—¡Mi padre no es el hombre que yo creía! —exclamó con tristeza.

Y Lucy sintió que sus ojos le decían: «¡Y tú tampoco la mujer que creía!». La pobre sólo podía apretar el corazón y rezar toda la noche que pasó en vela.

Capítulo XXXV

Tres semanas después de que Richard llegara a la ciudad, su prima Clare se casó con la bendición de su enérgica madre y la aprobación de los parientes del marido, elegido con la máxima eficacia. El caballero, aunque doblaba en edad a la mujer, no iba a acercarse a la senilidad en los años conyugales. Ayudado por su sastre y su peluquero, no presentaba en el altar mal aspecto, y nadie habría pensado en un antiguo admirador de la madre de la novia; nadie sabía que había pedido la mano de la señora Doria antes de tratar a su hija. Era un secreto, y la elástica y feliz apariencia del señor John Todhunter no le traicionó en la ceremonia. Quizá preferiría haberse casado con la madre. Era un hombre con tierras, de buena familia, tolerablemente bien educado y, cuando la señora Doria lo rechazó, tenía la reputación de idiota que puede permitirse un hombre rico en su juventud. Sin embargo, en su vida adulta no despilfarró el dinero, sino que más bien lo amasó. No quería entrar en el Parlamento; hizo otras cosas buenas y negativas, por lo que la opinión de la gente, como es normal, cambió de rumbo, y estimaron a John Todhunter como astuto y razonable, aunque no brillante; nadie podía decir que era brillante. De hecho, apenas sabía hablar, y fue una bendición que no le pidieran un discurso en la boda.

La señora Doria tenía motivos para tener prisa. Había descubierto algo de la extraña naturaleza impasible de su hija; no por confesión de Clare, sino por los signos que una madre sabe leer si no cierra los ojos. Vio con alarma que Clare había caído en el hoyo que laboriosamente le habían cavado. Intentó en vano que el *baronet* rompiera, así lo dijo, la desgraciada e ilegal alianza que había llevado a cabo su hijo. *Sir* Austin no iba a dejar de pagar la pensión a la pobre Berry.

—Haz esto al menos, Austin —le rogó con patetismo—. Mostrar el mal proceder de esa mujer.

Rechazó entregarle una víctima para consolarla. La señora Doria dijo lo que pensaba, y cuando una encolerizada dama exhibe los tesoros dolorosamente acumulados, sus palabras no son un medio. Denunció su sistema y su conducta, sin analizarlos. Le dio a entender que el mundo se había reído de él, y él la escuchó con su máscara aún débil, sujeta a variaciones por los nervios.

—¡Eres débil, Austin! ¡Débil! —dijo.

A las personas enfadadas se les cumple la profecía. En su corazón lo acusó de su propio error, imputándole la ruina de su proyecto. El *baronet* le permitió que disfrutase proclamando un futuro terrible, y le aconsejó que se alejase de él, y aseguró que lo haría.

Pero la pasividad en la calamidad no se le da bien a la mujer. ¡Qué empiece la carrera! «Lo que hace el alboroto y la revolución lo evita la aguja, ese pequeño instrumento», dicen *Los escritos del peregrino*. ¡Ay, que no puedan coser las mujeres en la calamidad! Veía que Clare necesitaba algo más que hierro, y pensó en un marido para asegurarla como mujer y esposa. Esto parecía adecuado y, como había forzado el hierro, forzó al marido, y Clare se lo tragó como había tragado el hierro. El día en que la señora Doria diseñó este proyecto, John Todhunter se presentó en casa de los Forey.

—¡El viejo John! —canturreó la señora Doria—. Que venga. Quiero verle.

Se sentó a solas con ella. Era un hombre con el que muchas mujeres se habrían casado, y él se habría casado con cualquier mujer respetable. Pero a las mujeres les gusta que se lo pidan, y John no tenía el valor. El rapto de esos hombres queda a disposición del animal práctico. Así que John se sentó a solas con su antigua llama. Se había resignado a una perpetua lamentación y a un satí[22] en vida por su difunto rival. Pero ¡ja! ¿Qué querían decir esos dulces ojos… que le miraban? El sastre y el peluquero habían rejuvenecido a John, pero no le habían concedido el arte de la distinción, y ¿a qué hombre poco distinguido mira una mujer? John era un hombre poco distinguido. Por esa razón era como madera seca ante una mirada suave.

Entonces dijo:

—Creo que deberías casarte; eres el hombre que puede guiar y ayudar a una joven, John. Estás bien conservado, y pareces más joven que muchos jóvenes. Eres casero, un buen hijo, y serás un buen marido y un buen padre. Debes casarte. ¿Qué te parece Clare como esposa?

Al principio, John Todhunter pensó que sería como casarse con un bebé. Sin embargo, la escuchó y eso fue suficiente para la señora Doria.

Así que fue a ver a la madre de John, y trazó con ella la propuesta de boda de su hija Clare con John. La señora Doria sabía que la causa por la que John se mantenía fiel a la impresión que le había dejado era el celo con el que la señora Todhunter protegía a su hijo de cualquier influencia sobre él. Habló tan bien de John, y puso tanto énfasis en la obediencia y disposición de su hija, que la señora Todhunter se vio obligada a admitir que había llegado la hora de que John buscase pareja, y que, con esas consideraciones, era difícil encontrar una esposa más adecuada. Y así, JohnTodhunter —ya no era el viejo John— supo por sorpresa, uno o dos días más tarde, que su madre aprobaba el proyecto.

Se concertó el matrimonio. La señora Doria se encargó del cortejo, que consistió en decir a Clare que había llegado a la edad del matrimonio, y que, si había caído en el hábito de lloriquear, lo que tendría malos efectos en el futuro, como los tenía en su salud, un marido la curaría. La señora Doria le dijo a Richard que Clare había aceptado al momento al señor John Todhunter como señor de sus días con algo más que obediencia: con entusiasmo. En las ocasiones en que Richard habló con Clare, la extraña y pasiva criatura no admitía coacción en sus inclinaciones. La señora Doria le permitía hablar con ella. Se reía ante sus fútiles esfuerzos por deshacer su trabajo, y de los infantiles sentimientos que aducía.

—Ya veremos, niño —dijo—. Ya veremos qué matrimonio es mejor, si de pasión o de sentido común.

A Richard le suponía un esfuerzo heroico no interceptar la unión. Hizo repetidos viajes a Hounslow, donde vivía Ralph, y si Ralph se hubiera dejado persuadir para separar a una joven dama del novio que su madre aseguraba que amaba, la señora Doria habría sido derrotada. Pero Ralph, en el cuartel de caballería, era tan frío como Ralph en los prados de Bursley.

—Las mujeres son raras, Dick —comentó, pasándose un dedo por el labio superior—. Mejor dejarlas con sus excentricidades. Es buena chica, aunque no habla. Me gusta por eso. Si le importara, vendría enseguida. Nunca le importé. No tiene sentido pedir la mano dos veces a una chica. Puede ser que todo le importe un rábano.

El héroe le dejó con desprecio. Como Ralph Morton era joven, y había determinado que John Todhunter era viejo, quiso entrevistarse con Clare en privado y, a solas con ella, le dijo:

—Clare, vengo a verte por última vez. ¿Quieres casarte con Ralph Morton?

A lo que Clare respondió:

—No puedo casarme con dos maridos, Richard.

—¿No vas a rechazar a ese viejo?

—Debo cumplir los deseos de mamá.

—Entonces te casarás con un viejo. Con un hombre que no amas, ¡y que no puedes amar! ¡Oh, cielo santo! ¿Sabes lo que estás haciendo? —Se levantó y se puso a dar vueltas, enfurecido—. ¿Sabes lo que es eso, Clare? —le cogió las manos con violencia—. ¿Tienes idea del horror al que te estás comprometiendo?

Se encogió ante su vehemencia, pero no se sonrojó, ni tartamudeó. Contestó:

—No veo ningún mal en lo que mamá cree que es bueno, Richard.

—¡Tu madre! ¡Te digo que es una infamia, Clare! ¡Un pecado miserable! Te digo que, si yo lo hubiera hecho, no podría vivir una hora. ¡Qué fríamente te preparas! ¡Ocupada con tus vestidos! Me dijeron al llegar que estabas con el sombrerero. ¡Sonreír ante tan terrible atrocidad! ¡Engalanarte!

—Querido Richard —dijo Clare—, me vas a hacer infeliz.

—¡Que gente de mi sangre caiga tan bajo! —gritó, frotándose la cara con furia—. ¡Infeliz! Te ruego que pienses por ti misma, Clare. Pero supongo —dijo con desprecio— que las chicas no sienten esta vergüenza.

Se puso incluso más pálida.

—Después de complacer a mamá, me gustaría complacerte a ti, querido Richard.

—¿No tienes voluntad? —exclamó.

Lo miró con ternura; una mirada en la que vio la docilidad que tanto detestaba en ella.

—No, ¡no tienes voluntad! —añadió—. ¿Y yo qué hago? No puedo detener este maldito matrimonio. Si pudiera, te salvaría, pero tengo las manos atadas. ¡Y esperan que lo vea pasar!

—¿No vendrás, Richard? —dijo Clare, siguiendo la pregunta con los ojos.

Era la voz que tanto le había emocionado la mañana de su boda.

—¡Oh, mi querida Clare! —exclamó con la voz más dulce que nunca había usado con ella—. ¡Si supieras cómo me siento! —Y cuando rompió a llorar, ella también lloró, y se refugió inconscientemente en sus brazos.

—¡Mi querida Clare! —repitió.

Parecía que temblaba.

—¿Lo harás, Clare? ¿Te sacrificarás? ¡Tan adorable como eres, Clare! No puedes estar tan ciega. Si me atreviese a contártelo todo… Mírame. ¿Sigues consintiéndolo?

—No debo desobedecer a mamá —murmuró Clare, sin alzar la vista del nido que su mejilla le había hecho en el pecho.

—Entonces, bésame por última vez —dijo Richard—. Después no volveré a besarte, Clare.

Agachó la cabeza para encontrarse con su boca; ella le rodeó el cuello con los brazos y lo besó compulsivamente, aferrándose a sus labios, cerrando los ojos, con el rostro encendido.

Luego él la dejó, ignorando el significado de ese beso apasionado.

Discutir con la señora Doria era como tirar bolitas de papel a una pared de piedra. Para ella, el joven héroe recién casado hablaba de forma indecorosa, diciendo lo que su delicadeza le impedía decir a Clare. No consiguió ninguna respuesta del animal práctico, excepto «¡Bah!», «¡Tss!» y «¡Chorradas!».

—De verdad —dijo la señora Doria a sus íntimas amigas—, la educación de ese chico es como una enfermedad. No tiene sentido común. Siempre está imaginando cosas, y sólo Dios sabe adónde llegará. Rezo sinceramente porque Austin pueda soportarlo.

Sin embargo, no se puede amenazar con rezar, por sinceros que sean los rezos. La señora Doria se había embarcado con su hermano en una controversia práctica, por decirlo de algún modo. Confiaba en soportar las penas venideras, pero quien ha pronunciado una profecía quiere que se cumpla: había vaticinado dolor al *baronet*.

El pobre John Todhunter, que habría preferido casarse con la madre y que no tenía ninguna noción sobre la necesidad de amor en el matrimonio, se comportaba como quien, libre de culpa, merece ser feliz. La señora Doria lo protegía del héroe. Era conmovedora su sonrisa ante la obediente Clare, intentando no parecer paternal.

Mientras tanto, el matrimonio de Clare servía para otra cosa: ocupaba la mente de Richard, le prevenía de irritarse si no encontraba a su padre dispuesto a recibirle. Una carta le esperaba a Adrian al llegar al hotel; decía: «Detenle hasta que vuelvas a tener noticias mías. Acompáñale y entretenlo». Nada más. Adrian recordó que el *baronet* había ido a Gales por un asunto urgente y volvería en una semana. Para encontrar excusas para mantener al joven caballero en la ciudad, se sirvió de la señora Doria.

—Déjamelo a mí —dijo la señora Doria—. Yo me encargo de él.

Y así lo hizo.

«¿Quién puede decir —exponen *Los escritos del peregrino*— que no es una marioneta en manos de una mujer?».

La señora Doria no estaba dispuesta a escuchar nada bueno de Lucy.

—Creo —observó, mientras Adrian protestaba—, es mi firme opinión, que esa chiquilla haría que os volvierais a contemplarla. Sólo dadle tiempo y oportunidad.

Al preocuparse por las artes de las mujeres, se reconcilió con su conciencia de que tenía que esforzarse en separar al joven marido de su mujer hasta que el padre accediera a que volvieran a su unión no sagrada. Sin reparo, ni sentido de la incongruencia, insultaba a su hermano y ayudaba a cumplir sus deseos.

Así que la señora Doria movió las marionetas, felices, tristes o indiferentes. En contra de su decisión y de sus sentimientos, Richard se encontró en la iglesia, detrás de Clare —el mismo edificio que había sido testigo de su matrimonio— y la oyó pronunciar:

—Yo, Clare Doria, te tomo a ti, John Todhunter, como legítimo esposo —alto y claro.

Examinó, frunciendo el entrecejo, el arte del sastre y del peluquero sobre el inconsciente John. La parte de atrás y la mitad de la cabeza del señor Todhunter estaba calva. Esa zona le brillaba como una cáscara de huevo; pero, en medio, el artista había colocado dos largos mechones de los laterales, y pegado hábilmente, para que todos, salvo los ojos tozudos, vieran una cabeza cubierta. La única pretensión del hombre era aspirar a un respetable aire juvenil. Tenía el pecho fuerte, piernas robustas y un rostro con inclinación a la alegría. La señora Doria no tenía motivo para disgustarse por el aspecto de su yerno. Su espléndido pelo y su sonrisa satisfecha iluminaban la iglesia. Jugar a las marionetas le proporcionaba un placer inmenso al animal práctico. Las damas de honor Forey, cinco en total, y una señorita Doria, su prima, lucían con el aspecto de las niñas en estos sacrificios, ya estén felices, tristes o indiferentes; una sonrisa en los labios y las lágrimas previstas. La vieja señora Todhunter, una mujer extremadamente pequeña, también estaba allí.

—Mi John no puede casarse sin que yo lo vea —dijo, y a lo largo de la ceremonia musitó diversos elogios de su varonil comportamiento.

Le puso el anillo a Clare; no se perdió ningún anillo en esta boda de sentido común. En el instante en que el clérigo pidió que lo sacara, John cogió el anillo y lo colocó, de un modo profesional, en el dedo de la mano pasiva y

fría, como si lo hubiera ensayado. La señora Doria lanzó una mirada a Richard. Richard vio que Clare extendía los dedos para facilitar la operación.

Tras cumplir con su deber en la sacristía, le dijo a su tía:

—Me marcho.

—¿No vienes a desayunar? Los Forey…

La interrumpió:

—He venido por la familia, y no haré nada más. No comeré ni fingiré ser feliz.

—¡Richard!

—Adiós.

Había conseguido su objetivo, así que cedió sabiamente.

—Bueno, ve a darle un beso a Clare y la mano a él. Por favor, sé civilizado.

Se volvió hacia Adrian, y dijo:

—Se va. Debes ir con él y encontrar otra forma de mantenerle ocupado, o volverá con esa mujer. ¡Vamos, no digas nada, vete!

Richard se despidió de Clare. Ella le ofreció los labios con humildad, pero él la besó en la frente.

—No dejes de amarme —le susurró en el oído, temblorosa.

El señor Todhunter estaba a su lado, reluciente, poniendo en peligro la obra de arte del peluquero con su pañuelo. Ahora que estaba casado, prefería antes a la hija que a la madre, lo cual es un revés de la gratitud humana por un regalo de los dioses.

—¡Richard! —dijo con entusiasmo—. Dame la enhorabuena.

—Me alegraría si pudiera —respondió el héroe con tranquilidad, para consternación de los que le rodeaban. Después de saludar a las damas de honor con la cabeza, y hacer una reverencia a la vieja dama, se marchó.

Adrian, que estaba tras él, encargado de vigilarle, insinuó a John:

—Pobrecillo, se ha metido en un lío con su matrimonio.

—¡Oh! ¡Ah! ¡Sí! —dijo John amablemente—. ¡Pobrecillo!

Todas las marionetas se desplazaron hacia el desayuno.

Adrian fue tras Richard muy descontento. Le disgustaba no quedarse al desayuno, a la mejor parte de la fiesta. Recordó que era un filósofo, y expresó su indignación concentrando su cinismo en el asunto que surgía en la conversación. Caminaban uno al lado del otro por los jardines de Kensington. El héroe murmuraba para sí mismo.

Se volvió hacia Adrian, gritando:

—¡Podría haberlo evitado! ¡Ahora lo veo! Podría haberlo evitado yendo a él y preguntándole si se atrevía a casarse con una chica que no le quería. No pensé en ello. ¡Dios mío! Este terrible asunto me pesa en la conciencia.

—¡Ah! —gimió Adrian—. ¡Un desagradable cargo de conciencia! Preferiría cargar con cualquier cosa antes que con una pareja casada. ¿Quieres verlo ahora?

El héroe siguió con su soliloquio:

—No es un mal hombre…

—Bueno, no es un caballero —dijo Adrian—, y te preguntas por qué tu tía lo eligió, ¿no? Sin duda es un cabeza redonda[23], de extracción puritana, e inofensivo.

—¡He ahí la doble infamia! —gritó Richard—. ¡Que un hombre que no es malo pueda hacer esto!

—Bueno, es duro no encontrar un villano.

—Si me hubiera escuchado, estoy seguro…

—Ve a verlo ahora, Richard. Ve a verlo. No es demasiado tarde. ¿Quién sabe? Si realmente tiene una mente noble podría, para complacerte, y ya que insistes tanto, abstenerse… quizá perdiendo algo de dignidad, pero da igual. Aunque no sea un auténtico caballero sí lo es de corazón. Y la petición podría ser extraña, o parecerlo, pero todo ya ha ocurrido en este mundo, querido chico. ¡Qué infinito consuelo para el excéntrico!

El héroe era inmune al joven sabio. Lo miró como si fuera una mota de polvo en el universo.

Era provocador pensar que Richard fuera el mejor sujeto para el pasatiempo cínico de Adrian en las heterodoxias que se le ocurrían, y el que peor se lo tomaba. El joven sabio, contra su voluntad, tenía que ser consciente de su armadura mental e imaginativa del joven, como lo era de su físico musculoso.

—¡La misma clase! —musitó Richard, mirando al cielo—. La que mi padre tenía. Creamos nuestro destino, y la naturaleza no tiene nada que ver con ello.

Adrian bostezó.

—Aunque hay diferencia en los árboles —siguió Richard, distraído.

—Están perdiendo las hojas en la copa —dijo Adrian.

—¿Puedes creer que mi tía Helen comparó la conducta de esa esclava miserable de Clare con la de Lucy, de quien tuvo la cruel insolencia de decir que me enredó en el matrimonio? —El héroe hablaba alto y rápido—. Sabes cómo tuve que insistir y amenazarla, y cómo rogó y me imploró que esperara.

—¡Ajá! —murmuró Adrian.

—¿Recuerdas que te lo dije? —Richard estaba empeñado en absolverla.

—¿Rogó e imploró, mi querido chico? Oh, sin duda. Qué muchacha no lo hace.

—Llama a mi mujer de otra forma, por favor.

—El título genérico no cambia porque te hayas casado con una de ellas.

—¡Hizo lo que pudo para persuadirme de que esperara! —enfatizó Richard.

Adrian sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa deplorable.

—Vamos, vamos, mi buen Ricky. ¡No todo! ¡No todo!

—¿Qué otra cosa podría haber hecho? —vociferó Richard.

—Podría haberse afeitado la cabeza, por ejemplo.

Esta idea se le quedó clavada. Con una exclamación furiosa, Richard se adelantó y empezó a andar rápido, seguido de Adrian que le preguntaba —para ver verificada su asunción— si no creía que se habría afeitado la cabeza, y si lo hubiera hecho, si no creía que habría esperado, al menos hasta no parecer una lunática.

Al cabo de un minuto, la voz del joven sabio no era más que el zumbido de una mosca en la cabeza de Richard. Tras estar separado tres semanas de Lucy, y habiendo muerto su excitación, comenzó a anhelar el adorable rostro hogareño. Le dijo que quería ir a Raynham esa misma noche. Adrian se puso serio. No sabía qué inventarse para detenerle, más allá de la manida mentira de que su padre volvía por la mañana. Rindió homenaje al genio de las mujeres. «Mi tía —pensó—, tendría la mentira preparada, y no sólo eso: se habría asegurado de que funcionase».

En esa coyuntura oyeron la voz de un caballero que los llamaba, el honorable Peter Brayder, parásito de lord Mountfalcon. Les saludó cordialmente, y Richard, en recuerdo de los días de la isla, le invitó a cenar con ellos, y pospuso su regreso hasta el día siguiente. Lucy era suya. Era dulce retrasar el deleite de verla.

El honorable Peter es de los que honran el cuerpo al que pertenecen. Aunque no era tan alto como un lacayo del oeste de Londres, era igual de fornido, y tenía una voz insinuante, o arrogante, según las exigencias de su profesión. No tenía dinero y, sin embargo, montaba a caballo, vivía bien y gastaba mucho. Se decía que el honorable Peter recibía un salario de su señoría y que, además de parásito, ejercía de agregado. Todos lo sabían y le sonreían, porque era un tipo sociable, que se presentaba donde lord Mountfalcon no quería ir.

Cenaron en el hotel de Adrian, en una mesa cuadrada, con Ripton Thompson ocupando el cuarto asiento. Richard fue a buscarle a su oficina, y los viejos amigos se dieron de nuevo la mano desde la ejecución de la gran hazaña. Profunda fue la alegría del viejo perro al oír los elogios de su belleza de los labios aristocráticos del honorable Peter Brayder. A lo largo de la cena, le lanzó insinuaciones y breves preguntas para obtener información sobre ella, y, con el vino en circulación, dijo alguna palabra de más y escuchó los elogios del honorable Peter, que le deseó que encontrara una novia tan bella. Ripton se sonrojó, y dijo que no tenía esperanzas de que sucediera, y el honorable Peter le aseguró que el matrimonio no rompía el molde.

Tras el vino, este caballero tomó un puro y salió al balcón, y allí encontró la ocasión de hablar a solas con Adrian.

—¿Nuestro joven amigo ha hecho las paces con el gobernador? —preguntó despreocupadamente.

—¡Oh, sí! —dijo Adrian, sorprendido de que Brayder sirviera para entretener a Richard, como le había pedido su jefe—. Es decir —siguió—, aún no hemos visto al augusto autor de nuestro ser, y tengo un trabajo bastante difícil. Mantenerle aquí, y hacer que encuentre la oportunidad de medirse con sus compañeros. En otras palabras, su padre quiere que vea mundo antes de dedicarse a la vida familiar. Me enorgullece confesar que soy incomparable en esta tarea. El maldito mundo, si con esa mentira puede observarlo, no lo dejaría, aunque pudiera.

—¡Ja, ja! —rió Brayder—. Usted lo mantiene aquí, y yo le ofrezco dar una vuelta. Debo decir, no obstante, que es extraña la ocurrencia del viejo caballero.

—Es la continuación de un plan filosófico —dijo Adrian.

Brayder siguió los remolinos del humo de su puro con la mirada, y exclamó:

—¡Infernalmente filosófico!

—¿Se ha marchado de la isla lord Mountfalcon? —inquirió Adrian.

—¿Mount? Si le soy sincero, no sé dónde está. Estará persiguiendo a alguna presa ligera, supongo. Es la debilidad de Mount. ¡Su ruina! Se le da genial ese juego.

—Tiene que saberlo, si la fama está en lo cierto —comentó Adrian.

—Es un niño con las mujeres, y siempre lo será —dijoBrayder—. Ha querido casarse una o dos veces. Ahora hay una mujer… ¿Ha oído hablar de la señora Mount? Todo el mundo la conoce. Si esa mujer no se hubiera escandalizado…

El joven se les unió y preguntó de qué hablaban. Brayder le guiñó el ojo a Adrian, e indicó con pesar la presencia de un inocente.

—Un hombre casado —dijo Adrian.

—Sí, sí. No le incomodaremos —comentó Brayder. Parecía estudiar al joven mientras hablaban.

A la mañana siguiente, a Richard le sorprendió la visita de su tía. La señora Doria se sentó a su lado y le dijo:

—Mi querido sobrino. Sabes que siempre te he querido, y he procurado tu bienestar como si fueras mi hijo. Más que eso, me temo. Bueno, ahora estás pensando en volver a… ese lugar, ¿no? Sí. Es lo que pensaba. Muy bien, déjame decirte algo. Estás en una situación más peligrosa de lo que imaginas. No niego el afecto que te tiene tu padre. Sería absurdo negarlo. Pero ya tienes edad para apreciar su carácter. Hagas lo que hagas, siempre te dará dinero. De eso puedes estar seguro. Muy bien. Pero quieres algo más que dinero; quieres su amor. Richard, estoy convencida de que nunca serás feliz; qué valen los bajos placeres si te retira su amor. Ahora, niño, sabes que le has ofendido gravemente. No deseo reprobar tu conducta: te creíste enamorado, y tuviste prisa. Cuanto menos hablemos de ello, mejor. Pero es tu deber hacer todo lo que esté en tu mano para demostrarle tu arrepentimiento. ¡No me interrumpas! Escúchame. Debes tenerlo en cuenta. Austin no es como otros hombres. Austin requiere un trato delicado. Debes, lo sientas o no, aparentar remordimiento. Te lo aconsejo por el bien de todos. Es como una mujer y, cuando se siente ofendido, quiere que te sometas a él. Sabe que estás en la ciudad y no quiere verte. Sabes que él y yo no nos hablamos; tenemos nuestras diferencias. Estás en la ciudad y él se mantiene apartado. Te está poniendo a prueba, mi querido Richard. No, no está en Raynham. No sé dónde está. Te está poniendo a prueba, hijo, y debes tener paciencia. Debes convencerle de que no valoras tu satisfacción. Si esta persona, y quiero hablar de ella con respeto por tu bien, bueno, si te quiere, digo, si te quiere un poco, aceptará que te quedes aquí y esperes pacientemente que él consienta verte. Te lo digo sinceramente, es tu única oportunidad de que él quiera verla. Deberías saberlo. Y, Richard, quiero añadir otra cosa. Depende completamente de tu conducta que el corazón de tu padre se aparte para siempre de ti y forme una nueva familia en Raynham. ¿No lo entiendes? Me explico. Para los jóvenes, los hermanos y hermanas son excelentes, pero no una nueva prole. De hecho, son y serán extraños. Te digo lo que sé de buena tinta. ¿No lo entiendes? ¡Estúpido niño! Si no le sigues la corriente, se casará con ella. ¡Oh, estoy segura! Lo sé. Tú le obligarás a ello. No te hago esta

advertencia por tu futuro, sino por tus sentimientos. Vería esa eventualidad como una división entre él y tú. ¡Piensa en el escándalo! Pero, ay, es el menor de los males.

El propósito de la señora Doria era impresionarle y evitar una discusión. Así que se levantó y se fue como había venido, satisfecha de su actuación. Richard había permanecido en silencio y, salvo alguna exclamación, había prestado atención al discurso. Reflexionó sobre lo que había dicho su tía. Quería a la señora Blandish, pero no la veía convertida en señora Feverel. La señora Doria había enfatizado dolorosamente el escándalo y, aunque no se centró en ello, lo sugirió. Pensó en su madre. ¿Dónde estaba? Sus pensamientos se dirigieron a su padre, y algo parecido a los celos se despertó en su corazón. Se había rendido, y no se había mostrado muy filial, pero no podía soportar una división en el amor del que había sido su único ídolo. ¡Un hombre así, tan bueno, tan generoso! Si se despertaron los celos, también revivió lo mejor de su amor. Recordó los viejos tiempos: la paciencia de su padre, su propia obstinación. Se contempló a sí mismo y lo que había hecho con los ojos de ese hombre. Decidió hacer lo que estuviera en su mano para ganarse su favor.

La señora Doria se enteró por Adrian de que su sobrino pretendía quedarse en la ciudad otra semana.

—Eso servirá —sonrió la señora Doria—. Será más paciente al final de la semana.

—¡Oh! ¿Trae la paciencia más paciencia? —dijo Adrian—. No era consciente de estar propagando una virtud. Te lo entrego. No seré capaz de retenerlo otra semana. Te aseguro, querida tía, que ya…

—Gracias, no me des explicaciones —le rogó la señora Doria.

Richard fue a visitarla y ella le dijo que había recibido una carta muy satisfactoria de la señora Todhunter, un informe brillante del comportamiento de John, pero cuando Richard quiso conocer las palabras que Clare había escrito, la señora Doria se negó a leerlas y le habló de cotilleos.

—Clare rara vez brilla —dijo Richard.

—No lo digo por ella —enfatizó su tía—. No seas como tu padre, niño.

—Me gustaría haber leído la carta —dijo Richard.

La señora Doria no quería enseñársela.

Capítulo XXXVI

En los paseos por el parque, Richard se había fijado en una dama que montaba un caballo gris. Se la cruzaba a menudo. Era muy guapa, de una belleza atrevida, con el pelo negro brillante, labios rojos, y unos ojos que no tenían miedo a los hombres. Llevaba el pelo recogido, con un imprudente mechón suelto por el galope. Le gustó. Le gustaba su aspecto de petulante galantería, y pensó en la idea, extraña en él, de una gloriosa y elegante mujer. También pensaba que ella lo miraba. No era vanidoso, pero estaba seguro de que lo miraba. En una ocasión le pareció que le sonreía levemente.

Un día, en el parque, le preguntó a Adrian quién era.

—No la conozco —dijo Adrian—. Probablemente una sacerdotisa de Pafos[24].

—Ésa es mi idea de Belona[25] —exclamó Richard—. No la furia que a menudo pintan, sino una criatura vivaz, valiente y entusiasta.

—¿Belona? —respondió el joven sabio—. No creo que fuera morena. ¿No era pelirroja? Yo no la compararía con Belona, aunque, sin duda, también está preparada para derramar sangre. ¡Mírala! Huele la matanza. Veo tu idea. No, se parece a Diana fuera de la tutela de Endimión, jugando una divertida partida con los dioses. Depende, aunque no nos lo digan, pues el Olimpo oculta la historia, pero es seguro que, cuando dejó al hermoso pastor, era más bella que Venus.

Brayder se les unió.

—¿Han visto pasar a la señora Mount? —dijo.

—¡Oh, es la señora Mount! —gritó Adrian.

—¿Quién es la señora Mount? —preguntó Richard.

—Una hermana de la señorita Random, querido niño.

—¿Quiere conocerla? —preguntó el honorable Peter.

Richard replicó, indiferente:

—No.

Y la señora Mount se alejó de su vista y de la conversación.

El joven escribía cartas sumisas a su padre:

> Llevo aquí cinco semanas esperando verle. Le he escrito tres cartas y no responde. Déjeme decirle de nuevo cómo deseo y rezo para que venga, o me permita ir a verle y ponerme a sus pies, y pedirle perdón por mí y por ella. Ella lo implora honestamente igual que yo. Soy muy desdichado. Créame, haría lo que fuera por recuperar su estima y el amor que temo haber perdido. Me quedaré otra semana con la esperanza de tener noticias suyas, o de verle. Le ruego, señor, no me vuelva loco. Haré lo que me pida.

—¡Haría lo que fuera! —comentó el *baronet* al leer la carta—. ¡Haría lo que fuera! ¡Se quedará otra semana para darme una última oportunidad! ¡Y soy yo el que le vuelvo loco! Ya comienza a echarme la culpa.

Sir Austin había ido a Gales para no estar en Raynham. Un dogmatista Shaddock no encuentra la desgracia sin conocerla, y el autor de *Los escritos del peregrino* encontró Londres demasiado peligroso. Se fue de Londres para refugiarse en las montañas, y vivir allí en soledad con un cuaderno virgen.

Tenía un plan indefinido en la cabeza sobre el trato con su hijo. Si lo hubiera elaborado, sería feo; se asentaba en el principio de que el joven debía ser puesto a prueba.

«Que aprenda a negarse cosas. Que viva con sus iguales un tiempo. Si me quiere, adivinará mis deseos». Así se lo explicó a la señora Blandish.

La dama escribió: «Hablas de tiempo. ¿Hasta cuándo? ¿Puedo darle una fecha? Es la incertidumbre lo que le desespera. Nada más que eso. Por favor, sé más explícito».

Como respuesta, indicó la mayoría de edad de Richard.

¿Cómo podía la señora Blandish pedirle al joven que pasara un año separado de su mujer? Su instinto comenzaba a abrirle los ojos sobre el ídolo que veneraba.

Con el no decir se obtiene éxito en engañar e imponerse. No sólo la señora Blandish estaba desconcertada; la señora Doria, que se colaba en la mente de todos, y tenía el hábito de leer la de su hermano desde la infancia, sin equivocarse, confesó que no comprendía las intenciones de Austin.

—Porque alguna intención tiene —dijo la señora Doria—, nunca actúa sin intención. Pero no consigo adivinarla. Si le pidiera al chico que esperase su regreso, estaría claro. Nos permite ir a buscarlo y nos deja con este dilema. Debe estar bajo la influencia de alguna mujer. Es la única explicación.

—¡Qué extraño! —exclamó Adrian—. ¡Cómo se enorgullecen las mujeres de su sexo! Bueno, tengo que decirte, mi querida tía, que pasado mañana te paso el testigo de su cuidado. No puedo retenerlo un minuto más. He tenido que atarlo con mentiras hasta agotar mi inventiva. He solicitado su presencia ante el jefe, pero si el río está seco nada se puede hacer. Lo último que me pidió fue que tuviera su dormitorio del suroeste preparado el próximo martes. «Así que —dijo—, esperaré hasta entonces», y por el esfuerzo titánico que hizo para decirlo, dudo que ninguna fuerza humana consiga que espere más.

—Debemos retenerlo —dijo la señora Doria—. Si no lo hacemos, estoy convencida de que Austin hará algo precipitado de lo que se arrepentirá toda la vida. Se casará con esa mujer, Adrian. Recuerda mis palabras. Y ese joven… ¡La educación de Richard! ¡Ese sistema ridículo! ¿No tiene otra distracción? ¿Nada que lo divierta?

—¡Pobrecillo! Supongo que quiere su propia compañera de juegos.

El joven sabio hizo una reverencia ante la consecuente reprimenda.

—Te digo, Adrian, que se casará con esa mujer.

—¡Mi querida tía! ¿Puede un hombre casto hacer algo más recomendable?

—¿No tiene el chico ningún objetivo? ¡Si tuviera una profesión!

—¿Qué dices de la regeneración de las calles de Londres y la profesión de moralista, tía? Te aseguro que llevo meses de aprendizaje con él. Salimos a las diez de la noche. Pasa una mujer. Le oigo gemir: «¿Es una de ellas, Adrian?». Me veo obligado a admitir que no es la santa que cree que son las criaturas que llevan enaguas. Otro gemido, evidentemente interno: ese «¡No puede ser… y sin embargo!» que oímos en el escenario. Ojos en blanco, impías cuestiones al creador del universo, salvajes murmullos contra los toscos hombres, y nos encontramos a otra joven, y repetimos la función, de la que estoy bastante cansado. Podría estar muy bien, pero se vuelve hacia mí, y me da una charla sobre por qué no alquilo una casa y la dispongo para mujeres que viven en la impureza. Es demasiado. Me alegra que Thompson me haya aliviado últimamente.

La señora Doria pensaba en sus cosas.

—¿Te ha escrito Austin desde que estás en la ciudad?

—¡Ni un aforismo! —respondió Adrian.

—Tengo que ver a Richard mañana por la mañana —terminó la señora Doria.

El resultado de la charla fue que Richard no hizo ninguna alusión a la salida del martes, y días después parecía tener un asunto absorbente entre manos. Adrian no sabía qué era, y su admiración por el talento de la señora Doria para manejar al chico creció drásticamente.

Una mañana de octubre recibieron una visita temprana: el honorable Peter, a quien no habían visto desde hacía una semana.

—Caballeros —dijo, agitando el bastón de forma afable—. He venido a proponerles que se unan a nosotros en una pequeña velada en Richmond. No hay nadie en la ciudad. Londres está muerto como un pez seco. No tiene nada que ofrecer aparte de las raspas. Pero hace bueno, y espero que encontréis la compañía agradable. ¿Qué dice mi amigo Feverel?

Richard rogó que lo excusara.

—No, no. Debe venir —dijo el honorable Peter—. He tenido problemas para reunirlos y aliviar el aburrimiento de su reclusión. Richmond está dentro de las normas de su prisión. Puede volver esta noche y ver sobre el agua la luz de la luna, ¡bella mujer! Hemos alquilado una barcaza de la ciudad para que nos traiga de vuelta. Ocho remos… o quizá dieciséis. ¡Venga, por favor!

Adrian quería ir. Richard dijo que había quedado con Ripton.

—¿Vais a quemar otro pajar? —dijo Adrian—. Arréglate, que iremos. No has visto el paraíso londinense. Reniega de los Blaize, y saborea la paz.

Tras un poco de persuasión, Richard bostezó, cansado. Se levantó y se quitó el peso de encima diciendo:

—Muy bien. Como quieras. Nos llevaremos a Rip.

Adrian miró a Brayder para consultarle. El honorable Peter declaró que le encantaría recibir también al amigo de Feverel, y ofreció llevarlos a todos en su diligencia.

—Si no tienes una regata en la que competir, eh, Feverel.

Richard respondió que había dejado de competir, tras lo cual Brayder y Adrian se comunicaron con una mirada de satisfacción y encomiaron al joven.

Richmond estaba iluminado por el sol de octubre. El agradable paisaje, bañado en otoño, se extendía desde el pie de la montaña hasta la neblina roja del horizonte. Un día como Richard no recordaba. Tranquilo, con el espíritu de la estación.

Adrian se había figurado las raspas que se iban a encontrar. Brayder les presentó a un par de hombres, rápido y en voz baja, como quitándoselos de encima. Hicieron una reverencia a un grupo de damas. El decoro se guardó

estrictamente, con severidad. Hablaron del tiempo. Aquí y allá, una dama agarraba el ojal o cualquier detalle del hombre con el que hablaba, y si debía reprenderle, lo hacía con algo más que el dedo índice. Esto ocurría aquí y allá, y era un privilegio de la intimidad.

Donde hay damas, se descubre la reina por su séquito de hombres. La reina de esa fiesta se apoyaba en una esquina de la ventana abierta, rodeada por un séquito incondicional, donde un ojo experto podría haber distinguido a miembros de la guardia real que Ripton, con un vuelco del corazón, creía que serían lores. Eran hombres de buena familia que ofrecían un homenaje inanimado. La forma de los bigotes, el corte de los abrigos y el aspecto de indolencia de clase alta eclipsaba la autoestima de Ripton. Pero ellos lo miraban con amabilidad. De vez en cuando, uno cometía una atrocidad contra él con un ojo de cristal, y parecía decir con desprecio: «¿Quién es éste?». Ripton se acercó a su héroe para justificar la humilde pretensión de su existencia y la sombra de su identidad. Richard miró a su alrededor. Los héroes no siempre saben lo que quieren, y éste era, precisamente, el caso en el que se encontraba; la escena del baño frío en extraña compañía antes de cenar. Había reconocido a la maravillosa Belona, que era la dama de la ventana. Para Brayder, los hombres daban cabezadas y aguantaban su yugo; las mujeres ofrecían una bonita jocosidad. Estaba muy ocupado cambiando de grupo, charlando, riendo, recibiendo los golpecitos femeninos, y a veces devolviéndolos con susurros traviesos. Adrian se sentó y cruzó las piernas, con aspecto benévolo y divertido.

—¿Quién ofrece esta cena? —Oyó Ripton que preguntaba una preciosa dama a un caballero.

—Mount, supongo —respondió.

—¿Y dónde está? ¿Por qué no ha venido?

—Tendrá otro asunto que atender, imagino.

—¡Ya ha vuelto a las andadas! ¡Qué mal trata a la señora Mount!

—No parece que eso la entristezca a ella.

La señora Mount sonreía con los labios y los ojos a uno de su séquito que parecía el bufón.

Se anunció la cena. Las damas proclamaron apetitos extravagantes. Brayder se sentó con sus tres amigos. Ripton se encontró al lado de una dama con escote. Al otro lado estaba la preciosa dama. Adrian, al final de la mesa. Había abundancia de damas, y tuvo la parte que le correspondía. Brayder llevó a Richard de asiento en asiento. Un hombre feliz se había asentado al lado de la señora Mount. Brayder le pidió que presidiera la mesa. El feliz

hombre se opuso, pero Brayder insistió, la dama también, y el feliz hombre hizo una mueca, se colocó en el puesto de honor, intentando parecer tranquilo. Richard le robó la silla, y no fue mal recibido por su vecina.

La cena empezó y mantuvo la atención de los comensales, hasta que el vuelo del primer corcho de champán dio la señal y la cháchara comenzó a extenderse. El vino espumoso, que suelta la lengua y muestra la verdad, también tiene la habilidad de colorearla. Las damas se reían muy alto, y Richard creía que eran felices. Se echaban hacia atrás en la silla y reían hasta las lágrimas. Ripton pensó en el placer que le daba su compañía. Los corchos de champán seguían volando.

—¿Dónde ha estado últimamente? No lo he visto en el parque —le dijo la señora Mount a Richard.

—No —replicó él—, no he ido por allí.

La pregunta parecía extraña; hablaba de forma tan simple que no le impresionó. Vació su vaso y volvió a llenarlo.

El honorable Peter era el más hablador; hablaba de caballos, de yates, de ópera y de deportes en general. A quién le había arruinado ese caballo, o de una mujer. Contó una o dos hazañas de Richard. Hermosas sonrisas compensaron al héroe.

—¿Apuesta? —dijo la señora Mount.

—Sólo por mí mismo —respondió Richard.

—¡Bravo! —gritó Belona, y le lanzó una mirada reluciente con el delirante brillo de sus ojos.

—Veo que es usted seguro y sensato —añadió la señora Mount, y lo examinó de forma aprobadora.

Las mejillas de Richard se encendieron.

—¿No te encanta el champán? —le dijo la mujer del gran escote a Ripton.

—¡Oh, sí! —respondió Ripton, con más sinceridad que precisión—. Siempre lo bebo.

—¿De verdad? —dijo la cautivada criatura, comiéndoselo con los ojos—. ¡Podríamos ser amigos! Espero que no te opongas a que una dama te acompañe de vez en cuando. El champán es mi locura.

Un círculo de risas rodeaba a Adrian; primero en voz baja, después, cuando contaba sus historias, se oían resonantes carcajadas, hasta que los excluidos de la diversión querían saber qué era tan gracioso, y las damas se asomaban entre los caballeros para enterarse, formando una cadena de risa. Al oírlo, agarraban el pañuelo y se reían, y después parecían sorprendidos, o primero se sorprendían y luego estallaban en carcajadas. La anécdota podría

haberse extendido a los perplejos caballeros, pero llegó a una dama muy recatada que, escandalizada, reprobó la mesa. Aquí y allá se veía la cabeza de un hombre agachada y la boca de una mujer, aunque no se miraban, y se oyó la risa de un hombre mientras una dama miraba adelante, y preservaba su seriedad escapando de la mirada de otra dama. Al no conseguirlo, volvían a agarrar los pañuelos, y un segundo ataque de risa resonaba, hasta que su fuerza quedó reducida a unos pocos estallidos.

¡Qué sinsentidos escribe mi padre sobre las mujeres!, pensaba Richard. Dice que no se pueden reír y que no entienden el humor. Le viene, pensó, de encerrarse en su mundo. Y la idea de que había visto mundo le halagó. Siguió charlando fluidamente con la peligrosa Belona. Le trajo recuerdos de las extravagancias de Adrian.

—¡Oh! —dijo ella—. Ése es su tutor, ¿no? —Miró al joven como si pensara que debía irse rápidamente.

Ripton notó un empujón.

—Mira —dijo la del escote, poniendo cara de asco. Le señaló un brazo varonil alrededor de la cintura de la preciosa dama—. Es lo que no me gusta de estar en sociedad. —Infló el pecho para dar énfasis—. Se lo permite a todos. Dale un codazo.

Ripton protestó y dijo que no se atrevía, ante lo que ella respondió:

—Entonces lo haré yo.

Inclinó su suntuoso pecho sobre el regazo de la mujer, le echó el aliento alcoholizado en el rostro, y le dio un codazo. La preciosa dama se volvió interrogante hacia Ripton, y una chispa de maldad se iluminó en él. Rió y dijo:

—¿No estás satisfecho con la chica?

—¡Insolente! —murmuró la del escote, haciéndose más grande y poniéndose más roja.

—Llénale el vaso y mantenla en silencio. Ella bebe Oporto cuando ya no queda champán —dijo la preciosa dama.

La del escote se vengó contándole el escándalo de la dama; con las dos pudo hacer una estimación más correcta de la compañía, y se recuperó tanto del asombro original que sintió celos de su animado vecino retenido en su absoluta posesión.

La señora Mount no salía mucho, pero los hombres la trataban con respeto, algo que esas criaturas altaneras no utilizan con las mujeres listas, y se vio forzada a charlar con tres o cuatro a la cabeza de la mesa mientras mantenía su conversación privada con Richard.

El vino Burdeos y el Oporto circularon tras el champán. Las damas no sufrieron la ignominiosa derrota por parte de los hombres; mantuvieron la posición con honor. La luna plateada salió sobre el Támesis. El vino fluyó como la risa. Los sentimientos y los puros continuaron el maravilloso cuento.

—¡Oh, qué bella noche! —dijeron las damas, mirando al cielo.

—Encantadora —dijeron los hombres, mirando hacia abajo.

El fresco aire, levemente aromático del otoño, era muy agradable tras el festín. Perfumadas hierbas inflamaban el jardín.

—Dividámonos en parejas —dijo Adrian a Richard, que estaba solo, contemplando el paisaje—. ¡Es la influencia de la luna! Parece que estemos en Chipre. ¿Te has divertido? ¿Te gusta la sociedad de Aspasia[26]? Me siento griego esta noche.

Adrian estaba feliz, y muy cómodo conversando. A Ripton lo había secuestrado el sentimental escote. Fue hasta ellos y les susurró:

—¡Por Dios, Ricky! ¿Qué clase de mujeres son éstas?

Richard dijo que las veía agradables.

—¡Puritano! —exclamó Adrian, dando una palmada a Ripton en la espalda—. ¿Por qué no has bebido? ¿Sólo te emborrachas en las bodas? Dinos qué le has hecho a la corpulenta dama.

Ripton soportó sus burlas por quedarse con Richard y vigilarle. Tenía celos de la inocencia con la que su amigo casado estaba cerca de mujeres así. Las parejas iban de acá para allá.

—¡Por Júpiter, Ricky! —Ripton se acercó a su amigo con un fuerte susurro—. ¡Hay una mujer fumando!

—¿Y por qué no, oh Riptonus? —dijo Adrian—. ¿No eres consciente de que la mujer cosmopolita es una mujer consumada? ¿Y te quejas de pagar un precio tan bajo por una gema tan espléndida?

—No me gusta que las mujeres fumen —dijo simplemente Ripton.

—¿Por qué no pueden hacer lo que hacen los hombres? —soltó el héroe impetuosamente—. Odio esa despreciable estrechez de miras. Eso compone la ruina y el horror. ¿Por qué no pueden hacer lo que hacen los hombres? Me gustan las mujeres que son suficientemente valientes para no ser hipócritas. ¡Por Dios! Si estas mujeres son malas, me gustan más que las criaturas hipócritas, que son todo fachada y al final te engañan.

—¡Bravo! —gritó Adrian—. Así habló el regenerador.

Ripton, como siempre, quedó aplastado por su líder. No tenía argumentos. Seguía pensando que las mujeres no debían fumar, y pensó en una que estaba lejos y sola junto al mar, que era perfecta sin ser cosmopolita. *Los escritos del*

peregrino declaran: «Los jóvenes disfrutan creyendo que las mujeres son ángeles, y nada amarga más la experiencia de los hombres que descubrir que no lo son».

El aforismo habría perdonado la extravagancia de Ripton si hubiera percibido la simple y cálida adoración de la diosa femenina que la joven esposa de Richard había inspirado en su corazón. Es posible que le enseñase a confiar más en la naturaleza.

Ripton pensó en ella, y se sintió triste. Vagó en solitario, salió por un postigo abierto, y se echó sobre unos arbustos en la ladera de la colina. Allí, tumbado, meditando, escuchó una conversación.

—¿Qué quiere? —dijo una voz de mujer—. Es otra de sus maldades, lo sé. Por mi honor, Brayder, cuando pienso en todo lo que tengo que reprocharle, creo que me volveré loca, o lo mataré.

—¡Trágico! —dijo el honorable Peter—. ¿No te has vengado ya bastantes veces? Es mejor negociar abiertamente. Es una transacción comercial. Quieres dinero y lo tendrás, cumpliendo las condiciones. Dobla la suma, y las deudas están pagadas.

—¡Me lo dice a mí!

—Ya sabes, mi querida Bella, cuanto tiempo lleva sin resolverse. Creo que Mount se ha portado muy bien, considerando lo que sabe. No es fácil embaucarle. Se resigna a su destino y cambia de juego.

—¿Entonces, la condición es que debo seducir a ese joven?

—¡Mi querida Bella! Siempre das en el blanco. No dije seducir. Retenlo. Juega con él. Diviértelo.

—No entiendo de medias tintas.

—Las mujeres raras veces entienden de eso.

—¡Cómo te odio, Brayder!

—Gracias, su señoría.

Se alejaron. Ripton había oído parte de la conversación. Se marchó serio, sintiendo que algo malo le iba a pasar a gente que quería, aunque no tenía ni idea de lo que acarrearían las maquinaciones del honorable Peter.

En el viaje de vuelta, sentaron a Richard de nuevo al lado de la señora Mount. Brayder y Adrian empezaron con las bromas. El par de parásitos se llevaban bien. Los remos chapoteaban suavemente en el agua y la luz de la luna se enroscaba a su alrededor; los márgenes se deslizaban a su paso. Las damas iban muy emocionadas. Cantaron sin que nadie lo pidiera. Todas consideraban al trovador inglés el intérprete apropiado para transmitir sus emociones. Después del abundante vino, las bellas gargantas consiguen que

los hombres de buen gusto se traguen al extraordinario compositor. Ojos, labios, corazones; dardos, suspiros, bardos; belleza, alteza; pecho, lecho; ¡adiós, falsa mujer! Se derritieron ante la patética canción. Aunque le pidieron a la señora Mount que cantara, declinó la invitación. Se quedó donde estaba, bajo los álamos de la isleta de Brentford. Se deslizaban y la luna los acompañaba a su paso. La mano de Richard permanecía abierta junto a él. La pequeña mano pálida de la señora Mount cayó sobre la suya por accidente. No estaba cerrada, ni preparada para la caída y, por eso, el contacto no fue íntimo, ni los dedos elocuentes. Se quedó ahí, como un trozo de nieve en el suelo frío. Una hoja amarilla cayó de los álamos hasta la mejilla de Richard, y apartó la mano para quitarse el pelo de la cara. Después cruzó los brazos, sin darse cuenta de la ofensa. Pensaba en su vida con ambición. Su sangre estaba despreocupada; su cerebro trabajaba con tranquilidad.

«¿Qué es más peligroso? —plantean *Los escritos del peregrino*—. ¿Encontrar la tentación de Eva o provocarla?».

La señora Mount contempló al joven como si fuera una curiosidad; y se dio la vuelta para flirtear con uno de sus seguidores. Los guardias reales son los más sentimentales. Uno o dos hacían ruido, y otro estaba de tan buen humor que Adrian no podía ridiculizarlo. Los otros parecían rendidos a un elogioso silencio dedicado a sus largas piernas. Por lejos que estuvieran sentados, todos estaban ocupados con sus piernas. Siguiendo con el estudio, Adrian llegó a la conclusión de que la afinidad intelectual y moral entre la nobleza y los pequeños terratenientes también podía observarse entre los hombres de la guardia real y la del cuerpo de *ballet*: ambos viven por la fuerza de sus piernas, y de su inteligencia; si no todo reside ahí, ahí se desarrolla principalmente. Ambos son volubles; el vino, el tabaco y la luna los influyen por igual; la diferencia, después de todo, es la misma cosa: coquetear sobre dos piernas.

Un alto guardia real, de voz grave y profunda, cantó una triste canción sobre los tendones de un corazón despiadadamente roto, pero necesitó urgentes inducciones y un fuerte bramido de los pulmones para llegar al final. Antes de conseguido, Adrian quería que sus vecinos se rieran, para dividir el grupo en dos: la alegría quedó en una mitad y la emoción en la otra. Ripton, cobijado con la del escote, era el afortunado que se aseguraba un nivel de calor más alto que los demás.

—¿Tienes frío? —le preguntó sonriendo.

—Sí —decía la preciosa dama para excusar su conducta.

—Siempre tienes frío —replicó la gorda.

—¿No quiere calentarnos a los dos, señora Mortimer? —dijo la traviesa mujercita.

El desdén previno que no volviera a tenerlas en cuenta. Esas damas disfrutaban discutiendo frecuentemente. La preciosa dama susurró:

—Ese pobre se va a cocer.

Las damas estaban dispuestas a dar y recibir calor, pues el aire sobre el agua era frío y neblinoso. Adrian tenía junto a él a la recatada que había parado la circulación de su anécdota. De ningún modo rechazaba el bonito intercambio, pero en medio decía:

—¡Shh!

Pasaron Kew y Hammersmith sobre las frías aguas, alcanzaron y cruzaron Putney por el puente de Battersea; la ciudad apareció ante ellos, con las sombras de grandes fábricas dormidas dibujándose a la luz de la luna.

Las damas comentaron el buen día que habían pasado al llegar a tierra. Varios caballeros se enfrentaron por el honor de acompañar a la señora Mount a casa.

—Mi berlina está aquí. Iré sola —dijo la señora Mount—. Que alguien me dé mi chal.

Le dio la espalda a Richard, que pudo observar el delicado cuello al ponerse la tela.

—¿Hacia dónde va? —le preguntó ella con despreocupación.

Le dijo la dirección y ella le propuso:

—Puedo acercarlo. —Y le cogió del brazo como si fuera lo más normal del mundo y subió las escaleras del carruaje con él.

Ripton vio lo que sucedía. Iba a seguirlos cuando la gruesa dama lo retuvo, y le dijo que le pidiera un coche.

—¡Oh, qué feliz! —dijo al pasar la preciosa dama de los ojos brillantes.

Ripton le procuró el coche, y lo llenó sin tener que meterse en él.

—¿No vas a entrar? —dijo la criatura perseguidora, pasando otra vez.

—Tómate las libertades que quieras con un hombre así, pero no conmigo —replicó la del escote muy enfadada, y se marchó.

—¡Así que coge y se va después de tomarse tantas molestias! —gritó la descarada damita, mirando a Ripton a los ojos—. Así no volverás a ser tan tonto de fiarte de mujeres gordas. ¡Volverán a hacerte feliz! —Le dio un cómico toquecito en la nariz y se marchó.

Ripton se había olvidado de su amigo. Otros pensamientos se habían apoderado de él. Los coches y los carruajes se marcharon. Estaba seguro de haber estado ese día con miembros de la nobleza, aunque, cuando se

marcharon, se despidieron haciendo el esfuerzo de mover las pestañas. Pensaba en el día con júbilo, como un evento extraordinario. Los pensamientos sobre la preciosa dama eran cautivadores. «¡Ojos azules! ¡Justo los que me gustan! ¡Y qué naricita, qué labios, justo como me gustan! ¿Y su pelo? Oscuro, creo, o castaño. Y es tan descarada. Y qué amable, nadie me había hablado así». Se la imaginó rugiendo con su alma. La razón la consignaba en la aristocracia como una infanta, y él deseaba que la fortuna lo hiciera lord.

Después, volvió a pensar en la señora Mount, y en los extraños fragmentos de la conversación de la colina. No sospechaba por propia iniciativa. Era demasiado tímido para concretar una sospecha. Dudaba indefinidamente, y ofuscaba a la gente, sin llegar a ninguna resolución. Aun así, las atenciones de la dama hacia Richard le parecieron raras. Se empeñó en pensar que eran normales porque Richard era tan guapo que gustaba a todas. «Pero está casado —se dijo Ripton—, y no debería estar con ellas estando casado». No tenía una moral muy elevada, pero era mejor que no tener ninguna; el mundo iría mejor si se practicase más. Imaginó a Richard a solas con aquella brillante dama. Pero también le inundó la adorable belleza de su esposa, su rostro puro y celestial. Al pensar en ella, se olvidó de la preciosa dama que tanto le había aturdido.

Fue andando hasta el hotel de Richard, y se paseó arriba y abajo por la calle de enfrente esperando oír sus pasos en cualquier momento; a veces se imaginaba que habría regresado y estaría en la cama. Dieron las dos. Ripton no podía irse. No podría dormir si se iba. Al final, el frío lo mandó dejar la calle e irse a casa, pero en la parte de Piccadilly iluminada por la luna encontró a su amigo paseando con la cabeza alta, al ritmo de las canciones de un grupo de hombres.

—¡Rip! —gritó Richard, animado—. ¿Qué diablos haces aquí a estas horas de la madrugada?

Ripton murmuró lo encantado que estaba de verle.

—Quería despedirme de ti antes de irme a casa.

Richard sonrió, divertido.

—¿Eso es todo? Puedes darme la mano cualquier otro día. He estado hablando de ti. ¿Sabes que ella, la señora Mount, no te vio en Richmond ni en el barco?

—¡Oh! —dijo Ripton, convencido de que era un enano—. ¿Llegó bien a casa?

—Sí. He estado allí un par de horas, hablando. Habla de manera admirable. Es muy lista. Es como un hombre, sólo que más agradable. Me gusta.

—Pero Richard, perdóname, no quiero ofenderte, pero ahora que estás casado… Quizá no podías evitar acompañarla a casa, pero creo que no deberías haber subido.

Ripton expresó su opinión con una impactante modestia.

—¿Qué quieres decir? —dijo Richard—. No creerás que me importa ninguna mujer que no sea mi pequeña amada —se rió.

—No, claro que no. Es absurdo. Lo que quiero decir es que… quizá la gente… ya sabes, siempre pasa… dicen todo tipo de cosas, y eso hace mucho daño, y quiero que vuelvas a casa mañana, Ricky, es decir, con tu mujer. —Ripton se sonrojó y apartó la vista.

El héroe lo miró con desprecio.

—Así que estás preocupado por mi reputación. Odio esa forma de ver a las mujeres. Sólo porque hayan sido engañadas… ¡Mira lo débiles que son! ¡El mundo les ha dado mala fama, y las tratas como si fueran contagiosas y te apartas de ellas por tu bien!

—Es distinto para mí —dijo Ripton.

—¿Por qué? —preguntó el héroe.

—Porque soy peor que tú —fue la única explicación que pudo dar Ripton—. Espero que vuelvas pronto a casa —añadió.

—Sí —dijo Richard—, y yo también. Pero tengo cosas que hacer. No me atrevo, no puedo marcharme. Sería lo últimoque Lucy me pediría. Ya viste la carta que llegó ayer. Escúchame, Rip. Quiero que seas complaciente con las mujeres.

Le soltó un discurso sobre mujeres pecadoras, hablando de ellas como si las hubiera conocido durante años. Listas, hermosas, pero traicionadas por el amor, era el deber de los hombres valorarlas y redimirlas.

—Las convertimos en malditas, Ripton, a estas divinas criaturas. Y el mundo sufre por ello. ¡Ésa, ésa es la raíz del mal en el mundo! ¡No siento ira ni horror por esas pobres mujeres, Rip! Es extraño. Sabía lo que eran cuando volvimos a casa en el barco. Pero se me rompe el corazón al ver a una joven entregarse a un viejo, a un hombre al que no ama. ¡Es una vergüenza!

Al no rebatir la premisa de que todas las mujeres han sido traicionadas por el amor, Ripton quedó en silencio. Él, como la mayoría de los hombres, había pensado en ese asunto, y se sentía inclinado a ser sentimental si no tenía hambre. Caminaron bajo la luz de la luna bordeando el parque. Richard

arengó a su antojo, mientras los dientes de Ripton castañeteaban. Puede que la caballería haya muerto, pero si quedaba algo que hacer, allí tenía que estar. La dama no había aparecido en el camino del héroe sin ningún objetivo, dijo, y eso lo entristecía. No expresó claramente lo que quería decir. Sin embargo, Ripton lo entendió; pretendía rescatar a la dama de mayores transgresiones y mostrar su desprecio al mundo. Tenía que rescatar a esa dama, y a otras damas desconocidas. Ripton le ayudaría. Ripton y él serían los caballeros de esta empresa. Ripton asintió y se estremeció. No sólo serían caballeros, sino que tendrían que ser titanes para derrocar a los poderes del mundo, las falsas reglas de los dioses sociales. El titán número uno alzó su bello y valiente rostro para enfrentarse a Júpiter en aquel momento; y el titán número dos se aflojó el primer botón del abrigo para coger su pañuelo del bolsillo de la camisa, y se calentó las manos bajo los faldones del abrigo. La luna había caído de su asiento y se hallaba sumida en las nieblas del oeste cuando Richard permitió a Ripton irse a dormir. La fría elocuencia de su amigo le hizo sentirse culpable. Tenía la sangre más débil que el héroe, pero buen corazón. Cuando se hubo calentado un poco, su corazón, agradecido, luchó por animarle a concebirse como caballero y titán, y Ripton se quedó dormido y soñó.

Capítulo XXXVII

Contemplad al héroe abocado a la redención de una errante y bella mujer. Escribía el peregrino a la señora Blandish:

> ¡Ay! Por más que lo pienso no puedo quitarme de la cabeza la leyenda de la serpiente. ¿No te ha atrapado y colocado en la más importante de sus legiones? Hasta que estuviste lista, los frutos colgaban inmóviles de las ramas. Se balanceaban, brillantes y fríos, ante nosotros. La mano debe disponerse a cogerlos. No venían a nosotros, no sonreían, no hablaban nuestro idioma, no nos leían los pensamientos ni sabían si debían volar y seguir. ¡Lo hacían para tenernos!
>
> Una de vosotras sigue abiertamente el camino de la serpiente. ¿Cómo hay que proceder con ella? ¡Temo que el mundo sea más sabio que sus jueces! Aléjate de ella, dice el mundo. Durante el día le hacen caso. Oscurece y bailan ahí abajo. Entonces llega un elegido que cree que los consejos vienen del diablo; la indiferencia para destruir el mal es peor que su rastreo, cuanta más profunda la pesadilla más alta la bendición. ¿No es un anzuelo? ¡Pobre pez! Es un maravilloso halago. ¡La serpiente la ha cubierto con limo para salvarla! Con pasos lentos y pesados la lleva a la luz, y ella se le aferra. Es humana. Es parte de su trabajo y a él le encanta. Mientras suben, la contempla, y ella mira arriba. ¿Qué la ha conmovido? ¿Qué la ha traspasado? La serpiente se ríe abajo. ¡Caen juntos a las puertas del sol, caen juntos!

Esta aliterada producción se escribió sin tener en cuenta la profecía.

Sir Austin escribía cosas de este estilo. Era una forma de dar salida a su acritud a través de la filosofía. La carta era una respuesta a una vehemente súplica de la señora Blandish para que viera a Richard y lo perdonara, pero no mencionó el nombre de su hijo.

«Intenta ser más de lo que es», pensó la dama. Y comenzó a concebirle como menos de lo que era.

El *baronet* era consciente de la falsa gratificación ante la aparente obediencia de su hijo y su sumisión completa, una gratificación que aceptaba como su deber, sin diseccionarlo ni dar cuenta de ello. La inteligencia insistía en que Richard esperaba y seguía esperando; las cartas de Richard, y todavía más su tonta, perdurable y práctica penitencia, justificaba que podía detener el curso de aforismos virulentos. Hablaba, como hemos visto, con dolor de la frágil naturaleza que había defendido. «Pero ¿cuánto durará esto?», preguntó a Hippias. No pensaba en lo que había durado. En efecto, la indigestión de su ira le había hecho un dispéptico moral.

No era la mera obediencia lo que mantenía a Richard lejos del objetivo de su joven esposa, ni la iniciativa caballeresca que quería emprender. Héroe como era, por muy joven y abierto a las insanas insinuaciones de la sangre caliente, no era idiota. Había hablado con la señora Doria sobre su madre. Ahora que se había distanciado de su padre, su corazón la llamaba. Sabía que estaba viva, pero no sabía nada más. Esas palabras, dolorosamente vacilantes en la frontera del discurso, inundaban su imaginación. Si pensaba en ella, se ponía colorado, sin saber por qué. Pero, tras escrutar la conducta de su padre y dejarlo a un lado como un terrible acertijo, le pidió a la señora Doria que le hablara de su otro progenitor. Le contó la historia de la forma más suave que pudo. Para ella, ya había pasado la vergüenza; ahora lloraba por la pobre dama. Richard no derramó una lágrima. Una desgracia así está presente en un hijo, y, tal como había sido educado, esa información prendió fuego en su cerebro. Decidió buscarla y llevarla lejos de ese hombre. Había trabajo para él. Todo lo que hiciera su marido estaba bien para Lucy. Lo animó a ese propósito, pensando que también servía para otro. Allí estaba Tom Bakewell cuidando de Lucy; también él tenía trabajo. No se paró a considerar si eso complacería a su padre. Sobre la justicia de esta decisión, no diremos nada.

Delegó en Ripton la humilde tarea de buscar la vivienda de Sandoe, y, como no le sonaba el nombre del poeta, sus esfuerzos no tuvieron éxito inmediato. Los amigos se reunían por la noche en la casa de la señora Blandish, o en la de los Forey, donde la señora Doria procuraba al admirador

de los mártires, conservador acérrimo, una favorable recepción. La señora Doria sentía lástima, una lástima profunda por la conducta de Richard. Algernon Feverel trataba a su sobrina con una conmiseración áspera, como a una joven que hubiera huido.

Los ojos de la señora Blandish también reflejaban pena, pero por una causa distinta. Dudaba de si hacía lo correcto al apoyar el insensato plan de su padre, suponiendo que tuviera un plan. Veía al joven marido rodeado de peligros. No le habían comentado nada sobre la señora Mount, pero la dama había vivido mucho. Aludía a estos asuntos espinosos en sus cartas al *baronet*, y él la entendía bien. «Si ama a la persona a la que se ha unido, ¿qué tememos? ¿O consideras que lleva el nombre del amor porque quiere ocultamos su verdadero nombre?». Así respondió, remoto en las montañas. Ella quería hablar con claridad. Finalmente, él dijo que se negaba el placer de ver a su hijo para ponerlo a prueba, algo que la dama parecía temer. Esto fue demasiado para la señora Blandish. El huérfano del amor estaba tan tranquilo que lo vio medio despojado, como una cosa con patas, y esto ponía a prueba su corazón.

Al volver a casa por la noche, Richard se reía de las caras que le plantaban por su matrimonio.

—¡Lo superaremos, Rip, mi Lucy y yo! O lo haré yo solo, lo que haya que hacer.

Advirtió falta de valor en las mujeres, lo que Ripton se tomó como que la belleza era deficiente en esa cualidad. Así saltó el viejo perro:

—¡Estoy seguro de que no ha habido una criatura más valiente, Richard! ¡Es tan valiente como bella! ¡Recuerda cómo se comportó ese día! ¡Cómo sonaba su voz! Cómo temblaba… ¿Valiente? ¡Te seguiría hasta el fin, Richard!

Richard replicó:

—¡Sigue hablando, querido Rip! Es mi querido amor, sea como sea. Y es gloriosamente bella. No hay ojos como los suyos. Volveré mañana a primera hora.

Ripton se preguntaba cómo el marido de tal tesoro podía mantenerse tan alejado. Lo mismo pensó Richard durante un momento.

—Pero si voy, Rip —dijo, desalentado—, si voy habré deshecho en un día todo el trabajo con mi padre. Ella misma lo dice, ya viste su última carta.

—Sí —asintió Ripton, y las palabras «Por favor, dale recuerdos al querido señor Thompson» revolotearon en el corazón del perrito faldero.

Sucedió que la señora Berry, al tener asuntos que la llevaban a cruzar los jardines de Kensington, observó a una figura que había tenido sobre sus rodillas con ropa de bebé, y que había ayudado a convertir en hombre, si alguna vez lo había hecho una mujer. Caminaba bajo los árboles hablando con una dama, no de manera indiferente. El caballero era el novio, su bebé. «Lo reconocería de espaldas», se dijo la señora Berry, como si le hubiera dejado una marca en la infancia.

Pero la dama no era su esposa. La señora Berry se desvió y los adelantó por el flanco izquierdo. Los observó, se retiró, y volvió a la derecha. Había algo en el rostro de la dama que no le gustaba a la señora Berry. Su principal pregunta era: «¿Por qué no pasea con su mujer?». Se detuvo ante ellos. Se separaron, y pasaron de largo. La dama hizo un comentario jocoso, él se dio la vuelta para mirar y la señora Berry movió la cabeza para saludarle. Tuvo que repetir el saludo, y entonces recordó a la digna criatura y llamó a su Penélope. Le dio la mano. La señora Berry estaba muy nerviosa. Se despidió de ella rápidamente, prometiéndole que la llamaría por la noche. Oyó a la dama murmurar y ambos se rieron, mientras ella se tambaleaba hasta que se cobijó en un árbol a limpiarse las lágrimas. «No me gusta el aspecto de esa mujer», se dijo, y lo repitió con decisión.

«¿Por qué no van cogidos del brazo?, —fue su siguiente pregunta—. ¿Dónde está su mujer?», insistía. Después de otras preguntas parecidas, calificó a la dama con una palabra atrevida. La dama le había mostrado abiertamente a la señora Berry que quería librarse de ella, y ella había comprobado el flujo de emociones en el corazón de su bebé. «Reconozco a una dama cuando la veo —pensó—. No la he tratado, y si ésta es una dama, yo soy monja».

Pero, si no era una dama, ¿qué era?, quería saber la señoraBerry. «Es una dama de imitación, ¡estoy segura! ¡No es una mujer apropiada!».

Al establecer que la dama era falsa, ¿qué se podía pensar de un hombre casado en semejante compañía? «¡Oh, no! ¡No es eso!. —La señora Berry quería ser comprensiva—. Seguro que algún conocido suyo se ha casado con ella por su aspecto, y la acaba de conocer… ¿Por qué tendría que ser tan malo como mi marido?», exclamó la esposa abandonada de Berry, horrorizada ante la idea de un segundo hombre tan monstruoso y despiadado. «¡Además, se acaban de casar!, —gimió la señora Berry en el lado sospechoso del debate—. ¡Y su mujer es tan dulce! No, no me lo creo. ¡A menos que me lo diga él mismo! Pero los hombres no reconocen estas cosas».

Las mujeres, en estos asuntos, sacan súbitas conclusiones; las mujeres dulces con mucha rapidez, y las mujeres dulces traicionadas más rápido de lo calculable. La señora Berry no había cavilado antes de pronunciar, sin sombra de duda: «Mi opinión es que, casada o no, y donde sea que la encontrase, ¡no es más ni que una *Bella Donna*!», y, como si fuera una planta venenosa, la registró en el cuaderno de botánica de su cerebro. La señora Mount se habría sorprendido de que identificara su carácter de forma tan precisa a primera vista.

Por la noche, Richard cumplió su promesa, acompañado de Ripton. La señora Berry les abrió la puerta. No pudo esperar a que llegasen al salón.

—¡Es mi querido y bendito bebé, y soy tan buena como su madre, aunque no le alimentase por ser una criada! —gritó, cayendo en sus brazos, mientras Richard hacía lo posible por aguantar el peso.

Después, reprochándole tiernamente su engaño, ante cuya mención Ripton se rió, creyendo más honorable su participación en el plan, la señora Berry los llevó al salón y le reveló a Richard quién era, y cómo le había mecido, y abrazado, y besado, cuando era así de pequeño —le mostró su corto y gordo brazo—.

—Lo besaba de la cabeza a los pies —dijo la señora Berry—. Y no tienes que avergonzarte. ¡Espero que no le pase nunca nada malo, querido!

Richard le aseguró que no se avergonzaba, pero le advirtió que ya no debía hacerlo. La señora Berry admitió que ahora era impensable, y más teniendo mujer. Los jóvenes se rieron, y Ripton, al reírse demasiado alto, atrajo la atención de la señora Berry.

—¡Señor Thompson! ¡Cómo puede mirarme a la cara con esa inocencia! ¡Ayudó a vendarle los ojos a una vieja! ¡Aunque no me arrepiento, soy libre de decirlo, se acabó y Dios les bendiga a todos! ¡Amén! Así que, ¿dónde está ella y cómo está, señor Richard? ¿Por qué no la trajo para que viera a la vieja Berry?

Richard explicó que Lucy seguía en la isla de Wight.

—¡Oh! ¿Y la has dejado allí uno o dos días? —dijo la señora Berry.

—¡Cielo santo! Me gustaría que fuese sólo un día o dos —gritó Richard.

—¡Ah! ¿Y cuánto tiempo ha pasado? —preguntó la señora Berry, sintiendo que el corazón le latía cada vez más fuerte.

—No hablemos de eso —dijo Richard.

—¡Oh! ¿Ya se han peleado? ¡Oh! ¿Ya se han tirado los trastos a la cabeza? —exclamó Berry.

Richard replicó que ese temor era infundado.

—Entonces, ¿cuánto tiempo llevan separados?

Con voz culpable, Ripton balbució:

—Desde septiembre.

—¡Septiembre! —musitó la señora Berry, contando con los dedos—. Septiembre, octubre, noviembre… ¡más de dos meses! ¡Casi tres! ¡Un marido lejos de la mujer de su corazón casi tres meses! ¡Oh cielos! ¡Oh cielos! ¿Qué significa eso?

—Mi padre me dijo que viniera. Estoy esperándolo —dijo Richard.

Algunas palabras más ayudaron a la señora Berry a comprender el asunto. Después, abrió su regazo, apretó las manos contra las rodillas, fijó la mirada al frente, y dijo:

—¡Mi querido y joven caballero! Me gustaría llamarle mi querido bebé. Voy a hablarle como si fuera su madre, le guste o no, y no le importará lo que diga la vieja Berry, pues le tuvo cuando no había convenciones sobre usted, y lo quiere como una madre, por humilde que sea. Si hay alguien que sabe del matrimonio soy yo, querido, aunque Berry no me diera más que nueve meses y haya sido el peor marido, lo cual es mejor para hacerse una terriblemente sabia. Pues, ¿qué gané? Ese hombre no me dio nada más que su nombre, y Bessy Andrews era tan bueno como Bessy Berry, aunque ambos sean con B, y, como decía él, el mío tuviera una A y una B, así que yo era su AB, decía el mal hombre bromeando. Berry ingresó en el servicio militar. —La voz de la señora Berry se quebró—. Como le digo, Berry ingresó en el ejército. Abandonó a la mujer de su corazón, porque siempre había sido un hombre ambicioso y no era feliz sin el uniforme, ni siquiera en mis brazos, y me lo hacía saber. Se mezcló con fulanas de cocina, lo que preparó mi quebranto, peor que el gorro de una viuda que no da vergüenza y dicen que favorece. Nadie sabe mejor que mi Berry cómo enseñar las piernas para que las miren las muchachas. No me extraña que lo expulsaran. Las tentaciones eran fuertes, y su carne débil. Lo que digo es que, para un joven casado, sea quien sea, estar separado de su mujer, ¡siendo ella hermosa y él un inocente caballero!, lo desgarra. ¡Es lo peor que le puede pasar! Pues, ¿qué es el matrimonio, queridos? Nos dicen que artillería sagrada. Y, ¿por qué tan cómodo en el matrimonio? ¡Porque sabe que no peca! Y los que los separan los tientan a desviarse, y aprenden tarde lo que significa la bendición del cura. Separados, ¿qué sucede? ¡Es como si se detuviese la circulación de la sangre! Todo va mal. Hay malentendidos y ambos pierden la llave. Además, tenga cuidado. Hay pájaros de presa merodeando, y son los que se dan más prisa. ¡Querido! ¡Oh, querido! El mal volverá al mundo. —La señora Berry se

cubrió el rostro con las manos y gimió—. Le doy un día. Como mucho, una semana. Pero esto es lo que hay: ¡tres meses separados! ¡Eso no es un matrimonio, es el divorcio! ¿Qué le queda a ella salvo la viudedad? Viudedad sin ningún gorro. ¿Y qué le queda a usted, querido? ¡Piense! ¡Ha estado soltero tres meses! —La señora Berry movió la cabeza con tristeza—. Un soltero no es una viuda. No lo comparo con Berry, mi querido caballero. Algunos nacen con un corazón vagabundo, y está en su naturaleza perderse. Pero los hombres son hombres, y sé cómo funcionan gracias a mi aflicción.

La señora Berry hizo una pausa. Richard había escuchado el sermón con respeto. No iba a disputar o despreciar a las criaturas de Dios, a pesar de las ganas de reírse que tenía por su pintoresca forma de expresarse. Ripton asentía, animándola a continuar, pues veía a dónde iba y deseaba apoyarla.

Buscando una imagen que ilustrase lo que quería decir, la señora Berry continuó, solemne:

—Todos sabemos qué es la transpiración excesiva.

Ninguno de los jóvenes pudo resistirse. Estallaron en carcajadas.

—Ríanse —dijo la señora Berry—. No me importa. Lo diré otra vez. Todos sabemos qué es la transpiración excesiva. Llega a los pulmones, los inflama mortalmente. Yo diría que el matrimonio que no se cuida es igual. Llega al corazón y se llena de su virtud, ¡y preferiría estar muerto! ¡La salvación del enlace es no separarse! Lo demás importa poco. El señor Thompson aquí presente puede perderse, y no ofenderá a nadie. Se haría daño a sí mismo y a nadie más. Hay tiempo. Estoy a favor de contener a los jóvenes hasta que se conozcan bien, sin importar la agitación de su corazón. No es bueno acelerar el matrimonio, ¡y tengo razones para ello! Pero cuando ya está hecho, cuando están unidos por ley, y los cuerpos son uno, lo que digo es que, si se dividen, se convierten en cometas errantes. Criaturas sin objetivo, que no trae nada bueno.

La señora Berry tomó aliento, como si hubiera realizado su mayor esfuerzo.

—Querida —Richard se levantó y se acercó a darle palmaditas en el hombro—, es usted una mujer muy sabia, pero no me hable como si yo quisiera estar aquí. Estoy obligado. Lo hago por su bien, principalmente.

—¿Su padre le obliga, querido?

—Bueno, estoy esperando su bendición.

—¡Bonita bendición! ¡Arrojar una serpiente al nido de las tórtolas! ¿Y por qué no está ella aquí, con usted?

—Eso pregúnteselo a ella. La cosa es que ella es bastante tímida, y quiere que primero lo vea yo y, cuando todo esté arreglado, ella vendrá.

—¡Bastante tímida! —gritó la señora Berry—. ¡Oh señor, cómo debe de haberle engañado para que piense eso! Mire este anillo —mostró su dedo—. No es mío, ¡no es mi anillo! Sabe lo que hizo, querido. ¿He podido recuperar mi anillo de bodas? «¡No!» —decía, firme como una roca—. «Dijo con este anillo te desposo». La veo ahora, con sus bellos ojos y sus adorables rizos, ¡tan hermosa! Y ese anillo que se quedaría para siempre, viva y muerta. Ha sido como una roca conmigo para que yo cediera. Y, ¿cuál es la consecuencia? Aquí estoy —la señora Berry se alisó la palma de la mano con tristeza—, aquí estoy con un anillo extraño, como si me retuviera un hombre desconocido. Lo llevo para parecer decente, y no sentirme mejor que una… Una gran… ¡No puedo soportarlo! En serio, querido, ¡no es blanda, no! Excepto con el hombre de su corazón, y las mejores mujeres son blandas con ellos, ¡para dar pena!

—¡Bueno, bueno! —dijo Richard, que creía entenderlo.

—Estoy de acuerdo con usted, señora Berry —interrumpió Ripton—. La señora de Richard haría lo que su marido le pidiera, estoy seguro.

—Dios le bendiga por su buena opinión, señor Thompson. Bueno, ¡mírela! No es frágil, mira directamente a los ojos, no es una muchacha sumisa. ¡Recuerden cómo se comportó en la ceremonia!

—¡Ah! —suspiró Ripton.

—Si la hubieran visto hablar de mi anillo. Querido Richard, si le ha ocultado su valor, lo hace por su bien, y me gustaría haber estado con ella para aconsejarla, ¡pobrecita! ¿Cuánto tiempo más puede estar separado de ella?

Richard paseaba arriba y abajo.

—La voluntad del padre —le urgió la señora Berry— es la ley del hijo, pero cumplirla no debe ir contra la naturaleza.

—Por favor, aténgase al presente. Hable de otras cosas, buena mujer —dijo Richard.

La señora Berry cruzó los brazos con servidumbre.

—¡Qué raro que nos hayamos encontrado así! —comentó, pensativa—. ¡Son los anuncios! Juntan a la gente para bien o para mal. A menudo digo que hay más accidentes desde que los anuncios son la regla. Crean muchos romances. ¿Paseas por los jardines, querido?

—De vez en cuando —dijo Richard.

—Es agradable estar entre gente de alcurnia —siguió la señora Berry—. Paseaba con una mujer muy bella esta mañana.

—Mucho —dijo Richard.

—¡Era una mujer muy bella! O, debería decir, es, pues está en la flor de la vida, y lo sabe. Al principio pensé, al verla de espaldas, que era su tía, la señora Forey, porque ella también camina con la espalda muy recta y los hombros hacia atrás. Pero cuando conseguí ver cara… ¡Oh, cielos!, pensé. No era de la familia. Ninguna tiene un rostro tan audaz, ninguna que conozca. Es una buena mujer, nadie puede decir lo contrario.

La señora Berry siguió con lo de buena mujer. Se tomaba la libertad de hablar de ella en un tono irrespetuoso, y era consciente de que podían reprochárselo. Pero tenía un objetivo. No hubo ningún reproche, y, durante su charla, observó cómo los jóvenes se hablaban con la mirada.

—Mire, Penélope —Richard la detuvo al fin—. ¿Se sentirá mejor si le digo que obedeceré la ley de la naturaleza e iré a verla el fin de semana?

—¡Daré gracias al cielo si lo hace! —exclamó.

—Muy bien, entonces, alégrese. Lo haré. Ahora escúcheme. Quiero que me guarde una habitación. La que tuvo ella. Espero traerle una dama aquí en un día o dos.

—¿Una dama? —titubeó la señora Berry.

—Sí. Una dama.

—¿Puedo atreverme a preguntar qué dama?

—No. Ahora no. Por supuesto, lo sabrá.

El corto cuello de la señora Berry imitó a un cisne ofendido. Estaba muy enfadada. Dijo que no le gustaban tantas damas, objeción natural a la que Richard respondió que sólo había una.

—Y, señora Berry —añadió, bajando la voz—, la tratará como trató a mi amada, pues, no sólo necesitará cobijo sino dulzura. Prefiero dejarla con usted, con nadie más. Ha sido muy desgraciada.

La seriedad de su habitual tono fascinó a la blanda Berry, y no dijo nada hasta que se fue.

—¡Desgraciada! ¡Va a traerme a una mujer desgraciada! ¡Oh! ¡No puedo soportar eso de mi bebé! ¡No la acogeré aquí! Lo veo venir. Es esa mujer atrevida con la que se ha enredado, y le ha hecho pensar al joven que podrá reformarla. Es una de sus artimañas. Eso es. Demasiado inocente para querer decir otra cosa. ¡Pero no soy una casa de Magdalenas! Y preferiría que se cayera el techo antes que tenerla aquí.

Se sentó a cenar con la sublime decisión tomada.

Al día siguiente por la mañana, se trasladó al hotel de Richard para comunicarle su decisión. No lo encontró. Al volver por el parque, lo vio montando a caballo con aquella dama.

Ver esta exposición pública la sorprendió más que si se hubieran escondido tras los árboles.

—No está reformada —la condenó la señora Berry—. No parece una penitente de las que se arrepienten hasta dejar de ser bellas, si le sucede a alguna, que no a todas. ¡Que se ría y se dé aires! A pesar de su sombrero de plumas y de su modo de montar a caballo, ¡no es más que una *Bella Donna*!

Y, tratándola así en su mente, significara lo que significara, la señora Berry ardió en cólera.

Por la noche, oyó un carruaje deteniéndose en su puerta.

—¡Nunca! —Se levantó de la silla—. Ha galopado con ella por la mañana y va a convertirla en una Magdalena al anochecer.

Una mujer con el rostro cubierto por un velo entró en la casa con Richard. La señora Berry intentó débilmente impedirles el paso. Él la empujó y la condujo al salón sin hablar. La señora Berry no les siguió. Le oyó murmurar algunas palabras. Después salió. Se enderezó, muy digna, y susurró vigorosamente:

—¡Señor Richard! Si esa mujer se queda aquí, me marcho. Mi casa no es una reclusión de mujeres desgraciadas, señor.

Él frunció el ceño con curiosidad, pero, cuando estaba a punto de reanudar su indignada protesta, le puso la mano en los labios y le susurró algo al oído que tenía para él una tremenda importancia. Ella tembló, musitando:

—¡Dios me perdone! ¿Richard? —Su virtud se vio humillada—. ¿Es la señora Feverel? ¿Su madre, señor Richard?

Su virtud se vio humillada.

Capítulo XXXVIII

Se puede suponer que un hombre prematuramente envejecido, un poeta en malas condiciones, una mariposa decrépita encadenada a un tintero decepcionado, no se esforzará en retener a su antigua amante si un joven robusto ordena que su madre se presente ante él. La charla entre Diaper Sandoe y Richard fue corta. Se refirieron a la apocada mujer, que, viendo que su hijo no hacía ninguna pregunta, se puso en sus manos. La de Diaper era una pequeña pérdida, pero era la pérdida de un hábito, y eso es bastante para una mujer. La sangre de su hijo se había vuelto tan ajena para ella que el instinto maternal que podría haber surgido, él lo aniquiló con su frialdad, y la severa gentileza de Richard se le antojaba como si la justicia hubiese venido a rendirle cuentas. Su corazón casi había olvidado la función maternal. Lo llamó señor, hasta que recordó que era su hijo. Su voz, tan débil y dolorosa, le sonaba como un cordero con la garganta hendida. Cuando la besó, tenía la piel fría. Su mano se deslizó de la de él cuando la aflojó.

—¿Puede el pecado atosigar así? —preguntó él, reprochándose la vergüenza que ella le había hecho soportar, y una profunda compasión inundó su pecho.

Diaper había recibido cierta justicia poética. Pensó en lo que había sacrificado por esta mujer: el cómodo alojamiento, el amigo, los días felices. No podía sino acusarla de infidelidad por dejarlo siendo tan viejo. El hábito había legalizado su unión. Escribió patéticamente sobre la ruptura del hábito como otros sobre la muerte del amor. Cuando somos viejos, y no hay esperanza de acariciar a jóvenes de rizos dorados, ser heridos en el hábito que es nuestra segunda naturaleza, es triste. No sé si incluso muy triste.

Todos los días, Richard visitaba a su madre. Sólo la señora Blandish y Ripton lo sabían. Adrian le dejaba hacer. Creyó conveniente decirle que el

reconocimiento público que confería a una dama en particular, era poco prudente en el presente estado de las cosas.

—Demuestra tu rectitud moral, hijo mío, pero el mundo no pensará lo mismo. Ningún carácter basta para taparlo, en especial en un país protestante. La divinidad que acompaña a un obispo no podría hacer nada si conociera a tu Dánae. Deja a la mujer, hijo mío. O permíteme contarte lo que he oído sobre ella.

Richard lo escuchó con desagrado.

—Bueno, no digas que no te lo he advertido —dijo Adrian, y volvió a sumergirse en el libro.

Cuando la señora Feverel resucitó para tomar parte en las consultas, la señora Berry sacó el tema de los deberes matrimoniales de Richard. Otra cadena sobre él:

—¡Por favor, no ofendas a tu padre! —suplicó ella repetidas veces.

Sir Austin se había convertido, en su mente, en un fantasma vengativo. No lloraba salvo cuando lo decía.

Así que la señora Berry, a quien Richard había mencionado a la señora Blandish como la única amiga, se puso su vestido de satén negro para verla y conseguir una aliada. Tras llegar a un entendimiento sobre la visita, y reiterar su opinión sobre los jóvenes recién casados, la señora Berry dijo:

—Señora, si me permite el atrevimiento, diré que el pecado está en los ojos que miran. Y aunque todos tienen miedo del padre del joven diré, esperando su perdón, que no hay ningún motivo de alarma. Pues, aunque hace ya casi veinte años que lo conocí, y estuve con él sólo dieciséis meses, sé que su corazón es tan blando como el de una mujer; tengo motivos para saberlo. Y eso es todo. Ahí engaña a todo el mundo, como me engañó a mí. Mantiene el rostro inmutable, y da la impresión de ser un hombre de hierro, pero en el fondo hay una mujer. ¡Y un hombre como una mujer es de lo más curioso! Vemos a través de nosotras, señora, y adivinamos lo que piensan los hombres, pero un hombre así es de otro mundo. También digo, esperando que me excuse, que se le debe tratar como a una mujer, y no dejar que se salga con la suya. No se conoce a sí mismo, y por eso nadie lo conoce a él. Deje que estos hermosos jóvenes estén juntos, en contra de él. Y después, denle tiempo, como a una mujer, para que vuelva con el rabo entre las piernas. Porque lo hará, y los bendecirá, y con eso estará todo arreglado. Está enfadado porque el matrimonio se ha interpuesto entre él y su hijo, y, siendo como una mujer, él lo quiere tratar como si no lo fuera. Pero el matrimonio es más sagrado que él.

Existe antes que él, y espero que dure mucho, si el mundo no se hace trizas, aunque no le deseo ningún daño.

La señora Berry expresaba los pensamientos de la señora Blandish en un mal inglés. La dama pensó seriamente aconsejarle a Richard que volviera con su mujer. Escribió, pidiéndole que fuera. Lucy, sin embargo, era astuta, pero la astucia sin experiencia supone poco conocimiento. Siguiendo con su plan de que la familia la valorase, y queriendo conquistarlos uno a uno, había comenzado a escribirse con Adrian, lo que a él le divertía. Adrian le aseguraba que todo iba bien, que el tiempo curaría la herida si los ofensores tenían la fortaleza de ser pacientes. Creía ver en el *baronet* signos de empezar a ceder, y no debían estancar esos síntomas favorables. De hecho, el joven sabio quería que se produjeran lánguidamente. Ser el benefactor de Lucy. Así que Lucy escribió a su marido contándole un animado lío del que no entendió nada, salvo que se sentía feliz y tenía esperanza, y también miedo. Luego, la señora Berry quiso componer una carta para la novia. La novia contestó diciendo que confiaba en el tiempo. «Pobre mártir —le escribió la señora Berry—. Sé lo que debes de estar sufriendo. Es el único sufrimiento que una mujer no debería ocultar a su marido. Ellos piensan cualquier cosa si ven que ella soporta estar lejos. Y confiar en el tiempo es confiar en que no te resfriarás si no te abrigas». No había forma de hacer tambalear la firmeza de Lucy.

Richard se dio por vencido. Comenzó a pensar que su vida había sido la de un idiota. ¿Qué había hecho? ¡Había quemado un pajar y se había casado! Asoció los dos hechos. ¿Dónde estaba el héroe en que iba a convertir a Tom Bakewell? ¡Era un desgraciado al que había enseñado a mentir y engañar! ¿Y para qué? ¡Cielos! ¡Qué innoble parecía el matrimonio con estas aspiraciones! El joven quería divertirse. Le permitía a su tía que lo llevara por ahí y, cuando se cansaba, llamaba por la noche a la señora Mount, que no percibía el sentido de las visitas de Richard. Su conversación masculina, expuesta con honestidad, era un refrescante cambio.

—Llámame Bella, yo te llamaré Dick —dijo.

Y se convirtieron en Dick y Bella. Pero no había ninguna mención de Bella en las cartas que Richard escribía a Lucy.

La señora Mount hablaba de sí misma abiertamente:

—No pretendo ser mejor de lo que soy —dijo—, pero sé que no soy peor que muchas mujeres que van con la cabeza muy alta por la vida.

Para refrendarlo, le contaba historias de jóvenes damas de buena reputación, y dejó que se enterara de algunos rumores.

También lo comprendía:

—Lo que quieres, mi querido Dick, es tener algo que hacer. Te casaste como un…, eh, los amigos deben ser respetuosos. Ingresa en el ejército. Practica la hípica. Puedo enseñarte un par de trucos; los amigos debemos ayudarnos.

Le dijo lo que le gustaba de él:

—Eres el único hombre con el que he estado a solas que no me ha hablado de amor hasta enfermarme. Odio a los hombres que no saben hablar a las mujeres sin sensiblerías. Espera un minuto —se levantó y volvió al momento—: ¡Ah, Dick! ¡Viejo amigo! ¿Cómo estás? —Vestida como un caballero, con un brazo en la cintura, el sombrero alegremente ladeado, y un par de palabras malsonantes para dar veracidad al disfraz—. ¿Qué te parece? ¿No es una pena que tenga que ser mujer cuando nací para ser hombre?

—No lo sé —dijo Richard, pues el contraste entre sus ropas y esos afilados ojos y labios dejaban adivinar su sexo de forma cautivadora.

—¡Qué! ¿No lo hago bien?

—¡Estás encantadora! Pero no puedo olvidar…

—¡Qué pena! —exclamó haciendo un mohín.

Entonces le propuso salir a la calle a medianoche, cogidos del brazo, y salieron, y se rieron de la impertinente manera en que ella usaba el monóculo y de su extravagante interpretación del dandi más consagrado.

—Encierran a los hombres, Dick, por ir vestidos de mujer, y viceversa, supongo. Tendrás que pagar la fianza para sacarme del calabozo, ¿verdad? Di que es porque soy una mujer honesta y no me importa enseñar las innombrables, no como las otras —soltó, con un tono de voz de dandi.

Él empezaba a concebir el romance como una diversión.

—¡Eres un gigante, mi valiente Dick! ¿No dejarás que me guíe ningún rufián? ¡Por Júpiter!

Y él le aseguró que la protegería, mientras ella comprobaba con sus finos dedos los músculos de sus brazos, y dejó la mano allí. Su dandismo era delicado. Era un caballero lleno de gracia.

«*Sir* Julius», así llamaban al traje de *dandy* que se ponía la señora Mount cuando Richard la visitaba. Al contemplar a *sir* Julius pensaba en la dama y «viceversa», como a *sir* Julius le gustaba exclamar.

¿Alguna vez cortejaron así a un héroe?

La mujer, de vez en cuando, se asomaba a través de *sir* Julius. O se sentaba, y hablaba, y se olvidaba de que estaba interpretando al dandi presumido.

No expresaba sus ideas o pensamientos, pero Richard creía que era la mujer más lista que había conocido.

Todo tipo de ideas problemáticas lo acorralaban. Era fría como el hielo, odiaba hablar de amor, y el mundo la había marcado.

Un rumor llegó a oídos de la señora Doria. Fue a contárselo a Adrian. El joven sabio no la creyó, así que fue directamente a Richard:

—¿Es cierto? ¿Te has dejado ver en público con esa mujer infame? ¡Dímelo, por favor! ¡Quítame este pesar de encima!

Richard dijo que no conocía a nadie que respondiese a la descripción de su tía.

—No lo niegues. ¿Conoces a alguna mujer de mala reputación?

Richard admitió que conocía a una mujer a la que el mundo había maltratado y había juzgado injustamente.

La señora Doria le ofreció a su sobrino un consejo urgente, tanto desde el punto de vista moral como social, mientras en su mente exclamaba: «¡Ese ridículo sistema! ¡Ese desgraciado matrimonio!». *Sir* Austin, en su soledad montañesa, tenía asuntos más serios en los que pensar.

El rumor llegó a la señora Blandish. También regañó aRichard, que aceptó discutir con ella. Pero tuvo que defenderse de algo que había descuidado:

—En lugar de perjudicarme ella, yo le hago mucho bien.

La señora Blandish negó con la cabeza y alzó su dedo índice.

—Esa mujer debe de ser muy lista para haberte engañado así, querido.

—Es muy lista. Y el mundo la trata de forma vergonzosa.

—¿Se queja de eso contigo?

—No, ni una palabra, pero yo la defenderé. Soy su único amigo.

—¡Mi pobre chico! ¿Cómo te ha hecho pensar así?

—¡Qué injustos sois! —gritó Richard.

«¡Qué loco es y qué hechizado el hombre que se deja tentar así!», pensó la señora Blandish.

Era incapaz de prometer que no volvería a visitarla ni a dirigirse a ella en público. El mundo que la condenaba y la rechazaba no era mejor sino peor por su miserable hipocresía. El joven decía que ahora conocía el mundo.

—¡Hijo mío! El mundo puede ser muy malo, no voy a defenderlo. Pero tienes a alguien más en quien pensar. ¿Te has olvidado de que tienes una esposa, Richard?

—¡Ah! Ahora habláis de ella. Como mi tía: «¡Recuerda que tienes una mujer!». ¿Creéis que amo a alguien que no sea Lucy? ¡Pobrecilla! Pero ¿por estar casado no puedo estar en compañía de mujeres?

—¡De mujeres!

—¿No es una mujer?

—¡Demasiado! —suspiró la defensora de su sexo.

Adrian fue más enfático en sus advertencias. Richard se rió de él. El joven sabio se burló de la señora Mount. El héroe le dedicó una advertencia igual de enfática que la suya, superada en sinceridad.

—No vamos a discutir, querido chico —dijo Adrian—. Soy un hombre de paz. Además, no estamos preparados para el combate. ¡Sigue persiguiendo la virtud! Lo único que digo es que te causará problemas, y es mejor ir despacio con los hijos del sol. Tienes a una mujer encantadora por esposa. Bueno, ¡adiós!

Richard no podía soportar que todos le echaran en cara que tenía esposa y que lo que hacía estaba mal. De algún modo, asociaba las reacciones por la quema del pajar con las que provocaba su matrimonio. El encantador *sir* Julius, siempre feliz y honesto, disipaba su mal humor.

—¡Estás más alta! —descubrió Richard.

—Claro. ¿No te acuerdas de que dijiste que era poca cosa cuando salí de mi cáscara de mujer?

—Y ¿cómo lo has hecho?

—He crecido para complacerte.

—Si puedes hacer eso, puedes hacer cualquier cosa.

—Puedo hacer cualquier cosa.

—¿En serio?

—¡Por mi honor!

—Entonces… —Su proyecto volvió a su mente. Pero la incongruencia de hablar en serio con *sir* Julius lo dejó en blanco.

—¿Entonces qué? —preguntó ella.

—Eres un tipo valiente.

—¿Eso es todo?

—¿No es suficiente?

—No. Ibas a decir algo más. Lo he visto en tus ojos.

—Viste mi admiración por ti.

—Sí, pero un hombre no debe admirar a otro hombre.

—Supongo que pensaba que eras una mujer.

—¡Cómo! He hecho que me suban los tacones de las botas media pulgada. —*Sir* Julius le enseñó uno de los tacones y se echó a reír—. Aún no te llego al hombro —dijo, y procedió a medir su altura junto a él.

—Tienes que crecer más.

—¡Me temo que no puedo, Dick! Los zapateros no saben.

—Te enseñaré —dijo, levantó a *sir* Julius ligeramente, lo llevó frente al espejo y lo sostuvo a la altura de su cabeza—. ¿Así es suficiente?

—¡Sí! ¡Pero, oh, no puedo quedarme aquí!

—¿Por qué?

—¿Que por qué?

Debería haberlo sabido. Algo en su interior intentaba decir que estaba jugando con fuego, pero no prestó atención y se creyó a salvo.

Sus ojos se encontraron. Él la puso en el suelo de inmediato.

Sir Julius, aunque fuera encantador, había perdido atractivo. Al darse cuenta, la astuta mujer recobró su condición femenina. El recuerdo del aliento de *sir* Julius como un halo a su alrededor duplicaba su atractivo.

—Tendría que haber sido actriz —dijo ella.

Richard le dijo que creía que todas las mujeres querían lo mismo.

—¡Sí! ¡Ah, si lo hubiera sido! —suspiró la señora Mount, con la mirada fija en la alfombra.

Él le cogió la mano y la estrechó.

—¿No eres feliz como eres?

—No.

—¿Puedo decirte una cosa?

—Sí.

Se sentó, con la cabeza ladeada, mirándolo de reojo por encima de una peca de su mejilla. Cuando él se fue, se dijo a sí misma: «Así se hablan los viejos hipócritas, pero es la primera vez que oigo hablar así a un joven que no me está cortejando».

En su siguiente encuentro, ella se mostró más serena, atenuada, como quien ha pensado en sus próximos movimientos. Él elogió su aspecto.

—No me avergüences otra vez —le pidió.

Pero no sólo tenía ese estado de ánimo. Lo desafiaba sin vergüenza, lo que encajaba espléndidamente con su valiente carácter, y sus ojos brillantes se encendían con fiereza:

—¿Feliz? ¿Quién se atreve a decir que no soy feliz? ¿Crees que si el mundo me fustiga mostraré mi dolor? ¿Crees que me importa lo que digan? ¡Que me maten! ¡Nunca conseguirán sacarme un grito de protesta! —Y, mirando al joven como si hubiese congregado al enemigo, añadía—: ¡Aquí tienes! ¡Ya me conoces!

Era una actitud que le sentaba bien, y que ayudaba a su trabajo. Tendría que haber sido actriz.

—Esto no debe continuar —dijeron la señora Blandish y la señora Doria al unísono.

Un objetivo común las unía. Concentraron sus charlas en ello, e intentaban no discutir. La señora Doria se comprometió a ver al *baronet*. Ambas damas sabían que era una expedición peligrosa, que probablemente acabaría en desastre. Pero acordaron llevarla a cabo porque tenían que hacer algo, y cualquier cosa era mejor que nada.

—Hacedlo —dijo el joven sabio cuando se convirtió en el tercer aliado—. Hacedlo, si queréis que sea un ermitaño de por vida. No conseguiréis volver con nada salvo con su cadáver, señoras. Será un triunfo a la griega, no a la romana. Os escuchará, os acompañará a la estación, os ayudará a subir al carruaje. Y cuando le señaléis su asiento, hará una reverencia y se sumirá en su amable niebla.

Adrian decía lo que pensaba. Se preocuparon; cancelaron el plan.

—Habla tú con él, Adrian —dijo la señora Doria—. Sé sincero. Casi sería mejor que volviera con esa pobrecilla con la que se ha casado.

—¿Casi? —La señora Blandish abrió los ojos—. Llevo aconsejándole eso desde hace más de un mes.

—El mejor de los males —dijo la señora Doria sacudiendo la cabeza con una expresión agridulce.

Cada dama disentía en una cosa, pero, con un esfuerzo heroico, llegaron al acuerdo de callar y evitar discutir. Y aún más, preservaron la paz a pesar de los artificios de Adrian.

—Bueno, hablaré con él otra vez —dijo—. Intentaré que las cosas vuelvan a su cauce.

—¡Oblígalo! —exclamó la señora Doria.

—Creo que con Richard sólo sirven los buenos modales —dijo la señora Blandish.

Intentando dejar, cuanto pudo, las burlas a un lado, Adrian habló con Richard.

—Quieres reformar a esa mujer. Sus formas son abiertas, bellas y libres, como es característico. No nos vamos a preguntar cómo ha llegado a la conducta que merece tu aprobación. En su escuela no es poco común. Las chicas, como sabes, no son como los chicos. A cierta edad no pueden ser naturales. Es una mala señal si no se sonrojan, cuentan mentirijillas y tienen un aire afectado. Se les pasa cuando se hacen mujeres. Pero una mujer que habla como un hombre, que tiene esas virtudes excelentes que admiras, ¿dónde las ha aprendido? Te lo cuenta. ¿No apruebas la escuela? Bueno, ¿qué

hay que hacer, entonces? Reformarla, por supuesto. Esa tarea es digna de tus energías. Pero si te dedicas a eso, no lo hagas públicamente, y no lo intentes ahora. ¿Puedo preguntarte si tu mujer participa en este proyecto?

Richard esquivó la pregunta. El joven sabio, que odiaba las charlas largas, y había aliviado su conciencia, no dijo nada más.

¡Querida Lucy! ¡Pobrecilla! Los ojos de Richard se humedecieron. Sus cartas últimamente parecían más tristes. Sin embargo, nunca le pedía que volviera. Si no, habría ido. Su corazón saltó hacia ella. Le anunció a Adrian que no esperaría más a su padre. Adrian asintió plácidamente.

La hechicera observó que su caballero tenía la mente nublada y la voz ausente.

—Richard, no puedo llamarte Dick ahora, no sé por qué —dijo ella—. Quiero pedirte un favor.

—Dime. ¿Supongo que puedo seguir llamándote Bella?

—Si te apetece. Lo que quiero decirte es que cuando me veas por la calle hagas como si no me conocieras.

—¿Y por qué?

—¿Tengo que decírtelo?

—Claro.

—Mira, no quiero comprometerte.

—No veo ningún daño, Bella.

—No —le acarició la mano—, y no lo hay. Lo sé. Pero otra gente sí que lo ve. —Inclinó sus modestas pestañas y alzó la vista.

—¿Qué nos importa lo que piensen los demás?

—Nada. A mí. ¡No es eso! —Chasqueó los dedos—. Pero me preocupo por ti. —Una larga mirada siguió a la declaración.

—No seas ridícula, Bella.

—No soy tan tonta, eso es todo.

No la rebatió con su usual impetuosidad. La abrupta pregunta de Adrian se había clavado en su mente, como el joven sabio había planeado. Se había abstenido de hablarle a Lucy de esta dama. ¡Pero qué noble criatura era la mujer!

Se encontraron en el parque, la señora Mount pasó de largo, y la clandestinidad añadió un nuevo significado a su intimidad.

Adrian se alegró del resultado de su elocuencia.

Aunque la dama no expresaba sus ideas, Richard no se equivocaba al considerarla astuta. Hacía que las noches pasaran felizmente. Le hacía olvidar que era una mujer, y después el hecho aparecía de repente. Sabía leer a los

hombres con un temblor de las pestañas medio cerradas. Era capaz de anticipar cómo se iba a sentir un hombre y adaptarse. ¿Para qué quiere ideas una mujer si ella misma puede hacer tanto? Percepción aguda, conformidad, delicadeza en el trato: las cualidades de los parásitos.

El amor habría asustado al joven, así que lo desterró de su lengua. También es posible que a ella le asqueara. Jugaba con su espíritu elevado. Entendía de forma espontánea lo que le resultaría más extraño y cautivador en una mujer. Variada como la serpiente del Nilo, ejerció el papel de belleza deshonrada, fingió indiferencia cómica, atrevimiento temerario y arrogancia en la ruina. Y, al actuar así, ¿qué pensáis? Lo hacía tan bien porque empezaba a creérselo.

—¡Richard! No soy la misma desde que te conocí. No me dejarás, ¿verdad?

—Nunca, Bella.

—¡No soy tan mala como me pintan!

—Sólo eres desgraciada.

—Ahora que te conozco, pienso lo mismo y, sin embargo, soy más feliz.

Le contó su historia, cuando el suave horizonte de arrepentimiento parecía arrojarse sobre el crepúsculo. La historia de una mujer, es decir, con capítulos expurgados. Así ya era bastante oscura para Richard.

—¿Amabas al hombre? —preguntó—. Ahora dices que no amas a nadie.

—¿Que si lo amaba? Él era noble y yo la hija de un comerciante. No. No le quería. He aprendido a aceptarlo. Y ahora, además de despreciarlo, debería odiarlo.

—¿Puede el amor engañarte? —dijo Richard, más para sí que para ella.

—Sí. Cuando somos jóvenes es fácil engañarse uno mismo. Si existe tal cosa como el amor, lo descubrimos después de haberlo maltratado. Luego encontramos al hombre o a la mujer adecuado para nosotros, y ¡ya es demasiado tarde! No podemos estar con él.

—¡Qué extraño! —murmuró Richard—. Dice lo que decía mi padre.

Elevó la voz:

—Podría perdonarte si lo hubieras amado.

—¡No seas duro! ¡Eres un juez muy cruel! ¿Cómo va a distinguir eso una niña?

—¿Sentías afecto por él? ¿Fue el primero?

Ella lo admitió.

—Sí. Y el primero que habla de amor a una niña es idiota si no la deslumbra.

—Esto hace que llamemos primer amor a un sinsentido.

—¿Y no es así?

Él rechazó la insinuación:

—Sé que no es así, Bella.

No obstante, ella le había ayudado a ampliar su horizonte, a tener una visión más amplia del mundo, y más fría. A él no le gustaban las jóvenes. En comparación, ella le parecía una mujer sensata, valiente y hermosa, infinitamente más noble que esas débiles criaturas.

Se le daba bien hacerse la adorable rebelde que denuncia injusticias.

—¿Qué puedo hacer? Me dices que sea diferente. ¿Cómo? ¿Qué puedo hacer? ¿Me dejará la gente virtuosa ganarme el pan? ¡No puedo trabajar de criada! No me querrían, ya les veo fruncir el ceño. Sí, puedo ir al hospital y cantar tras una pantalla. ¿Esperas que me entierre en vida? ¿Cómo? No soy de piedra. Tengo sangre en las venas. Dices que soy honesta, y lo seguiré siendo. Estoy acostumbrada al lujo, y no sé vivir sin él. Podría haberme casado con muchos hombres. Pero ¿quién se casaría conmigo que no sea idiota? Y no podía casarme con un idiota. Debo respetar a mi marido. Y a él no podía respetarlo. Si hubiera sabido que era un idiota, estaría peor de lo que estoy. Ahora pueden fingir ser tan píos como quieran. ¡Me río de ellos!

Siguió diciendo cosas por el estilo. Acusaba a las esposas, denunciaba los pecados de los maridos. Esta hermosa marginada le hizo pensar que tenía la razón de su parte, pues sus diatribas, como disparos, se clavaban en el corazón de la sociedad y revelaban su podredumbre.

La casa de la señora Mount se cuidaba de forma discreta. Allí nunca sucedía nada que lo sorprendiera desagradablemente. El joven se preguntaba cuál era la diferencia entre ella y las demás mujeres. ¡Qué bajo caía ese ejército de hipócritas! Estaba listo para declararles la guerra en su nombre. Su *casus belli*, expresado de forma precisa, era curioso. Como el mundo se negaba a devolverle a la dama su virtud ofreciéndole un puesto de criada, nuestro caballero aceptó el reto. Pero la dama había rechazado con desprecio la perspectiva de volver a la castidad. El motivo del reto era: ¡el mundo declinaba apoyar el lujo de la dama por nada! Pero ¿qué quería decir? En otras palabras, quería el sueldo del diablo sin prestarle servicio. Este arreglo no parece justo con el mundo o con el diablo. Los héroes tendrán que conquistar a ambos antes de que estos accedan.

Sin embargo, los héroes no declaran la guerra. Lanza en mano, apuntan y cargan. Como las mujeres, confían en su instinto, y suman el músculo del varón. Alto vuelan los anfitriones y sus protestas; las instituciones se

desperdigan, no saben por dónde, rompen cabezas sin motivo. ¡Así golpea el instinto! Seguramente hay algo divino en el instinto.

Aun así, declarada la guerra, ¿dónde estaban los anfitriones? El héroe no podía cargar contra las damas y caballeros de un salón de baile, y estropear la cuadrilla. Tenía bastantes escrúpulos para evitar que su reto resonase en los tribunales; tampoco iba a entrar en una cámara del parlamento con una trompeta, aunque pelear con los representantes de la nación parecía lo más apropiado. Igualmente era imposible que entrase en las casas y las tiendas, y batallase por la causa de la señora Mount. ¿Dónde estaba, entonces, su enemigo? ¡Todo el mundo era su enemigo, y no estaba en ningún sitio! ¿Debía convocar multitudes en el parque de Wimbledon Common? La policía y el miedo al ridículo ponían trabas a sus proyectos. ¡Pobres héroes de nuestros días!

Nada muestra la impotencia de un fuerte brazo como dar golpes al vacío.

—¿Qué puedo hacer por esta pobre mujer? —gritó Richard, después de luchar contra su enemigo fantasma hasta agotarse.

—¡Rip! ¡Rip! —le dijo a su amigo—. Estoy distraído. ¡Me quiero morir! ¿Para qué sirvo? ¡Miserable! ¡Egoísta! ¿Qué he hecho salvo hacer desgraciadas a las almas que conozco? Sigo mis deseos, hago que la gente me ayude, y soy un mentiroso. Si consigo lo que quiero, me avergüenzo de mí mismo. Y si realizo una acción altruista, me encuentro con obstáculos; no sé cómo seguir, ¡y me río de mí mismo como un diablo!

Quería que Ripton le escuchase, pero le sirvió de poco, y Ripton insistió en que no debía sentirse avergonzado de conseguir a la más bella. Richard añadió su habitual comentario: «¡Pobrecilla!».

Continuó su duelo contra el aire hasta quedar exhausto. Su padre no había respondido a su última carta. «Ya está —se dijo—, he hecho todo lo posible. He intentado cumplir con mi deber, pero mi padre no me escucha. Sólo puedo hacer una cosa: volver con mi querida esposa, hacerla feliz, y librarla de las consecuencias de mi irreflexión».

—¡Es lo mejor para mí! —gimió en voz alta.

Debía poner un techo a su ambición; debía encontrar el calor del hogar. Él y su gato se calentarían mutuamente en la casa. El héroe no era consciente de que su corazón lo llevaba a ello. Pero su corazón no estaba en comunión con su mente.

La señora Mount se enteró de que su amigo se marchaba. Volvía con su mujer. Lejos de desanimarlo, dijo con nobleza:

—Vete. Te he retenido demasiado. Pasemos una última velada y después márchate, para siempre si quieres. Volveremos a encontrarnos algún día. Olvídame. Yo no te olvidaré. Eres el mejor hombre que he conocido, Richard. ¡Lo juro! Juro que no me entrometeré entre tu esposa y tú ni os causaré ningún momento de infelicidad. Cuando consiga ser otra mujer, me acordaré de ti.

Adrian le dijo a la señora Blandish que Richard volvía definitivamente con su esposa. El joven sabio lo mencionó con modestia, ocultando su propio mérito:

—No podía soportar que estuviera allí sola más tiempo.

—Sí —dijo la señora Doria, para quien el discurso modesto era repetitivo—, supongo que, pobre chico, es lo mejor que puede hacer.

Richard se despidió de ellos y fue a pasar la última noche con la señora Mount.

La hechicera lo recibió en su casa.

—¿Qué te recuerda este vestido? ¿Nada? Lo llevaba cuando te conocí; no, cuando te vi la primera vez. Me fijé en ti antes de que te dignaras a mirarme. Cuando nos conocimos, bebimos champán, y quiero celebrar nuestra despedida igual. ¿Quieres beber conmigo?

Estaba feliz. Revivía a *sir* Julius de vez en cuando. Él, desanimado, la dejaba hablar.

La señora Mount tenía un mayordomo. Era tarde, pero preparó la mesa para cenar. Era una cuestión de honor para Richard sentarse y comer. Beber, gracias a la amable madre naturaleza, a quien le gusta ver el ridículo de sus hijos, es fácil. El mayordomo era diligente. Los corchos de champán le recordaron el tiroteo de Richmond.

—Brindaremos por lo que podríamos haber sido, Dick —dijo la hechicera.

Oh, qué bella tristeza cubría su rostro.

Su corazón se atragantó con el espumoso.

—¿Qué? ¿Quieres más, chico? —gritó—. No me verán angustiada. Todos morimos; el secreto es estar dispuesto a morir, ¡por Júpiter! ¿Has oído hablar de Laura Fern? ¡Una chica estupenda! Más bella que tu humilde servidora. Una ganga de señorita, y en consecuencia, supongo, más libertina. Estaba cazando, su caballo la derribó y cayó sobre una estaca. Se le clavó en el pecho izquierdo. Todos la rodearon, y un joven, enamorado de ella, que ahora está en la Cámara de los Lores —le llamábamos Patito, era muy adorable— se bajó del caballo y, de rodillas, la rogaba: «¡Laura! ¡Laura! ¡Mi amor! ¡Dime

algo! ¡Aunque sea una última palabra!. —Ella se volvió, pálida y ensangrentada, y dijo—: ¡Me voy a perder la pesca de la esclusa!». ¡Y murió! ¿No es morir un juego? ¡Brindemos por el ejemplo de Laura Fenn! ¿Qué, qué pasa? ¡Ves! Los hombres os ponéis pálidos al oír cómo se enfrenta a la muerte una mujer. Llena los vasos, John. ¡Tú eres igual!

—Me está asustando, señora —rogó John. Le temblaba la mano al servir el vino—. No escuches. Vamos, vete y bebe un poco de *brandy*.

El mayordomo se marchó.

—¡Mi valiente Dick! ¡Richard! ¡Qué cara tienes!

Tenía el ceño fruncido y el rostro pálido.

—¿No soportas la sangre? Era una mujercilla traviesa y libertina. El cura de la parroquia no se negó a darle un funeral digno. ¡Somos cristianos! ¡Hurra!

Aplaudió y se rió. Una horripilante aura relucía a su alrededor como saliendo de un hoyo.

—¡Por favor, Dick! Bebe y recupérate. ¿A quién le importa? Todos vamos a morir, los buenos y los malos. Polvo somos y en polvo nos convertiremos. ¡Mientras tanto, que haya vino en los labios de los vivos! Eso es poesía. No muramos hasta beber lo que nos toca. ¿No está mal, eh? Un poco vulgar, quizá. ¡Por Júpiter! ¿Crees que soy horrible?

—¿Dónde está el vino? —gritó Richard.

Se bebió un par de vasos y miró a su alrededor. ¿Estaba delirando en el infierno con un alma perdida?

—¡Muy bien, mi valiente Dick! Ahora seremos compañeros —deseó que el cielo la hubiera hecho hombre—. ¡Ah, Dick! ¡Dick! ¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde!

Bajó el tono lentamente. Sus ojos lanzaban destellos.

—¿Ves esto?

Señaló un ancla de oro con gemas engastadas y un mechón de cabello. Era un regalo que él le había hecho.

—¿Sabes cuándo te robé el mechón? ¡Estúpido Dick! ¡Me diste un ancla sin cuerda! Ven a verla.

Se levantó de la mesa y se tumbó en el sofá.

—¿No reconoces tu pelo? Yo podría distinguir el mío entre un millón.

Cuando inspeccionó el pelo sobre el pecho de Dalila, perdió algo parecido a la fuerza de Sansón.

—¡Y no sabías nada! ¡Apenas lo reconoces ahora! ¿Qué no podría robarte una mujer? Pero no eres superficial, y eso te protege. Eres un milagro, Dick,

¡un hombre que no es vano! Siéntate aquí. —Encogió los pies para dejarle sitio en el sofá—. Ahora hablemos como amigos que se despiden para no verse jamás. Encontraste un barco con fiebre a bordo, y no tuviste miedo de subir para hacer compañía a los enfermos. No se te ha contagiado la fiebre. Mezclemos nuestras lágrimas. ¡Ja, ja! Un hombre me lo dijo una vez. El hipócrita quería contagiarse de la fiebre, pero era demasiado viejo. ¿Cuántos años tienes, Dick?

Richard se puso unos meses de más.

—¿Veintiuno? Son los que aparentas, estás floreciendo. ¡Ahora, di mi edad, Adonis! ¿Veinti… cuántos?

Richard le preguntó si tenía veinticinco años.

Se rió con ganas.

—No se te dan bien los cumplidos, Dick. Es mejor ser honesto, inténtalo otra vez. ¿No quieres? No son veinticinco, ni veinticuatro, ni veintitrés… ¡Mira cómo me contempla! Son veintidós. Sólo veintidós, querido. Mi cumpleaños es el mes que viene. Mírame más de cerca. Más. Todavía más. ¿Tengo alguna arruga?

—¡Y cuándo, en nombre del cielo…! —se detuvo.

—Te entiendo. ¿Cuándo empecé a vivir? A la tierna edad de dieciséis años vi a un noble desesperado por mi belleza. Juró que se mataría. Yo no quería que se matara. Así que, para salvarlo, y por su familia, huí con él; puedo decir que no apreciaron el sacrificio, y él pronto lo olvidó, si alguna vez lo tuvo en mente. ¡Así es el mundo!

Richard cogió el champán que quedaba, vació la botella en un vaso y se lo bebió de un trago. El mayordomo entró a recoger la mesa, y se fue sin mayor interrupción.

—¡Bella! ¡Bella! —musitó Richard con voz triste, paseando por la habitación.

Ella se recostó en su brazo, con su melena aplastada contra la sonrojada mejilla de él y una mirada de ensoñación.

—Bella —se dejó caer a su lado— eres infeliz.

Parpadeó y bostezó, como quien acaba de despertar.

—¿Has dicho algo?

—Estás triste, Bella. No puedes ocultarlo. Tu risa suena a locura. Debes de ser infeliz. ¡Y tan joven! ¡Sólo tienes veintiún años!

—¿Qué importa? ¿A quién le importa?

—¿Qué a quién le importa, Bella? A mí. ¿Cómo voy a ser feliz viéndote así sin poder ayudarte? ¡Por todos los cielos! Siento demasiada impotencia de

no poder hacer nada.

Le cogió la mano con pasión y tormento. Temblaba.

Sin querer, una lágrima se deslizó por las pestañas. Alzó la vista, y luego bajó la mirada y apartó la mano de la suya.

—¡Bella! ¿Vive tu padre?

—Es un comerciante de telas, querido. Lleva un pañuelo blanco al cuello.

Esta prenda inmediatamente cambió el tono de la conversación, pues, cuando Richard se levantó abruptamente, estuvo a punto de aplastar al perro, y sus penosos aullidos demandaron toda la atención de su dueña:

—¡Oh, mi pobre *Mumpsy*! ¡No le ha gustado que le pisaran la patita! *¡Mum, Mum*, vamos, no lo hizo adrede, *Mum, Mum*, pobrecito, vamos *Mum*, mamá te cuida, mamá te quiere, *Mum!* —Le arrullaba.

—¡Te importa mucho tu perro! —dijo Richard con ferocidad desde el fondo de la habitación.

—¡Claro que sí! —aseguró entre suspiros a *Mumpsy* acariciando sus sedosos flancos.

Richard fue a por su sombrero. Bella dejó a *Mumpsy* en el sofá y lanzó una mirada pícara.

—Vamos —dijo la dama—, tienes que pedir perdón a *Mumpsy*, quieras o no, porque los perritos no lo saben. ¿Cómo iban a saberlo? El pobre *Mumpsy* está ahí pensando que eres un horrible rival que quieres aplastarlo, fingiendo que no lo has visto, y está temblando de miedo, ¡pobre chiquitín! Y quiero a mi perro cuanto me apetezca, y no consentiré que se le maltrate; él no ha tenido celos de ti, es un cielo, más sincero que los hombres, y le quiero mucho más. Así que pídele perdón.

Una sonrisa cambió el rostro de Richard. Luego soltó una carcajada melancólica, se rindió a su humor y le pidió perdón a *Mumpsy*.

—¡Querido perro! Veía que te aburrías —dijo ella.

—¿Y se inmoló intencionadamente? ¡Qué noble animal!

—Bueno, haremos que es así. Vamos a estar alegres, Richard, y no nos despidamos como carcamales. ¿Dónde está tu sentido del humor? Sabes pasártelo bien, ¡venga! No has visto a uno de mis personajes. No es *sir* Julius. Espera un momento. —Desapareció.

Un rostro blanco apareció tras unas llamas. Llevaba el pelo esparcido por los hombros y la cara. Se movía despacio y, al llegar a él, sosteniéndole la mirada con una expresión extraña, señaló con un dedo la región de las brujas. Sepulcrales cadencias acompañaban la representación. No las escuchó, porque pensaba en la bruja mortalmente encantadora y exquisitamente

horrible que era. El modo en que movía las pestañas le recordaba no sabía qué. No encontraba ninguna analogía; era hermosa y endiablada, tenía la belleza de los ángeles.

Un chillido detuvo sus reflexiones y su actuación. El espíritu del vino se había derramado del vaso al suelo. Tuvo la frialdad de ponerlo en la mesa, mientras él apagaba la llama de la alfombra. Chilló otra vez: creía que estaba en llamas. Él se arrodilló y le agarró la falda, rodeándola con los brazos hasta asegurarse de que el fuego estaba extinguido.

De rodillas, alzó la cabeza y preguntó:

—¿Estás a salvo?

Ella inclinó la cabeza hasta que las puntas del pelo tocaban su mejilla.

—¿Y tú? —dijo ella.

¿Era realmente una bruja? Había brujería en su aliento, brujería en su pelo; las puntas lo mordían como serpientes.

—¿Cómo lo he hecho, Dick? —se echó hacia atrás, riéndose.

—Como lo demás, Bella —dijo, tomando aliento.

—Ahí lo tienes. No soy una bruja. ¡Pueden quemarme viva, pero no soy una bruja! —cantó, sacudiendo el cabello y golpeando el suelo con los pies—. Supongo que estoy hecha un desastre. Voy a arreglarme.

—No, no te cambies. Me gusta verte así. —La contempló con una mezcla de asombro y admiración—. No puedo verte como la misma persona, ni siquiera cuando te ríes.

—Richard —se puso seria—, ibas a hablarme de mi padre.

—¡Qué salvaje y terrible estabas, Bella!

—Mi padre, Richard, era un hombre muy respetable.

—Bella, me perseguirás como un fantasma.

—Mi madre murió cuando era niña, Richard.

—No te recojas el pelo, Bella.

—¡Soy hija única!

Movió la cabeza con pena mirando los atizadores. Siguió la intensidad de su mirada abstraída, y recordó sus palabras:

—¡Ah, sí! Háblame de tu padre, Bella. Cuéntame.

—¿Me apareceré frente a tu lecho y gritaré: «¡Es la hora!»?

—¡Querida Bella! Si me dices dónde vive, iré a verlo. Tendrá que recibirte. No podrá negarse, te perdonará.

—Si te rondo, no me olvidarás, Richard.

—Déjame ir a ver a tu padre, Bella, déjame. Es todo lo que puedo ofrecerte. ¡Oh, Bella! Deja que te salve.

—Así que me prefieres cuando estoy despeinada, ¿eh, chico travieso? ¡Ja ja! —Se alejó de él, se sacudió el pelo, bailó en la habitación, y se dejó caer en el sofá con todo su peso.

Se sentía mareado. Embrujado.

—Hablemos de cosas normales, Dick —lo llamó desde el sofá—. Es nuestra última noche. ¿La última? Me pone sentimental. ¿Cómo está el señor Ripson? ¿Pipson? ¿Nipson? Queda mal decirlo, pero no se me da bien recordar esos nombres. ¿Por qué tienes ese tipo de amigos? No es un caballero. ¿Él es mejor? Es muy insignificante para mí. ¿Por qué te sientas tan lejos? Ven aquí inmediatamente. Aquí, te dejo sitio. ¡Háblame, Dick!

Reflexionaba sobre el hecho de que sus ojos fueran castaños. Tenían un brillo arrogante cuando quería y, cuando no, una dulce languidez los rodeaba. La emoción le había teñido las mejillas de rojo. Era un joven, y ella una encantadora. Él un héroe, y ella un fuego fatuo.

Tenía la mirada lánguida, de color rosado.

—No te irás, Richard, ¿verdad? Todavía no.

No pensaba irse.

—Es nuestra última noche en este mundo. Y no quiero encontrarte en el siguiente, pues el pobre Dick tendría que visitar un lugar muy desagradable para verme.

Él cogió sus manos.

—¡Sí, lo hará! ¡No puede evitarlo! ¡Dicen que soy hermosa!

—Eres adorable, Bella.

Brindó por él.

—Lo admitiremos. A su alteza le gustan las mujeres adorables, he oído decir. ¡Un caballero con buen gusto! Pero todavía no conoces todos mis logros, Richard.

—Nada nuevo me sorprendería, Bella.

—Entonces escucha, y maravíllate. —Su voz dejó escapar algunas notas—. ¿No crees que ahí abajo yo sería su *prima donna*? No tiene sentido que digan que allí no se canta. Y el ambiente será bueno para la voz. No hay humedad, sabes. Has visto el piano. ¿Por qué no me has pedido antes que cante? Sé cantar en italiano. Tuve un maestro que me cortejó. Lo perdoné por la música. Los hombres no pueden evitar el cortejo cuando hay música por medio, ¡pobres!

Fue hacia el piano, tocó y cantó:

Mi corazón, mi corazón, creo que se va a romper.

—Cómo soy una libertina, no conozco otra razón. No. Odio las canciones ñoñas. No voy a cantar ésa. Titirorí… ¡Qué ridículas esas mujeres que volvían a casa de Richmond!

Una vez el dulce romance de la historia
Te vistió de gracia.
Una vez el mundo y toda su gloria
No era más que un marco para tu labia.
¡Ah, eras demasiado bella! Lo que recuerdo
Podría recordarlo mi alma, pero ¡no!
¡No quiero vientos que aviven las brasas
De un fuego que cae tan bajo!

—¡Uhm! Ésa tampoco me gusta. Lalala… *Accanto al fuoco*… ¡Ay! No quiero presumir, Dick, ni ponerme a llorar… Así que esa mejor no.

¡Oh! ¡Pero por ti! ¡Oh, por ti!
Podría haber sido una feliz esposa
Y acunado a un bebé junto a mí.
Y por darle a luz nunca me habría puesto roja.

—Solía cantarla cuando era pequeña, Richard, y no tenía ni idea de lo que significaba. No se pueden cantar estas canciones si hay gente. Todos somos decentes, ¡incluso nosotros!

Si tuviera un marido, ¿qué crees que le podría dar?
Me ocuparía de que siguiera siendo mi amante,
Pues cuando un joven cesa de cortejar
Pronto descubre otra diversión.

—¡Así son los jóvenes, así son los jóvenes!

Después cantó una balada española con voz dulce. Se encontraba en un estado en el que la imaginación todo lo vivifica. Bastaba la mera sugerencia musical. La mujer de la balada había sido deshonrada. ¡Mirad! Era la dama que tenía delante, y veía los cuernos del toro, olía los dondiegos de noche, veía las estrellas arremolinadas en el paisaje desolado de la ventana, donde ella vaciaba su corazón deshecho.

Los héroes no saben lo que le deben al champán.

La dama llegó a Venecia. Él la siguió con un salto. En Venecia no era feliz. Podía escuchar las desgracias de una mujer en cualquier lugar. Pero ¡oh, estar con ella! ¡Deslizarse como un fantasma por el corazón de las calles, frente a los hogares amortiguados por la sombra y las leyendas fúnebres, bajo puentes, junto a palacios llenos de vida en una quietud de muerte, junto a viejas torres, plazas colosales, embarcaderos deslumbrantes, y lejos, con ella, sobre la plata infinita de los mares!

¿Fue el champán, la música o la poesía? Los dos primeros quizás, pero sobre todo la hechicera que jugaba con él. ¡Cuántos instrumentos puede tocar una mujer al mismo tiempo! Y esta mujer no era ingeniosa, o él habría notado sus intenciones. No estaba volcada en conseguirlo, o él habría visto su maniobra. Le gustaba como nadie. Le deseaba lo mejor. Satisfizo su resentimiento. Sin embargo, era guapo, y se iba a marchar. Preferiría haberse librado de lo que le gustaba en él, o ver si podía deshacerse de ello, del mismo modo que se cazan mariposas sin dañar sus alas estampadas. No tenía intención de hacer daño al insecto inocente, sólo inspeccionarlo de cerca y maravillarse al contemplarlo, y sentir la felicidad de aplastarlo si lo deseaba.

Él sabía quién era la dama. En Sevilla o en Venecia, seguía manchada. Al atravesar los caminos de la luna, la luz celestial no iluminaba su belleza. Su pecado seguía ahí, pero, al soñar salvarla, era tolerante con su pecado, y se ahogaba en la tristeza.

El silencio y el frufrú de su vestido lo despertó de sus cavilaciones. Nadaba como una ola hacia el sofá. Estaba a sus pies.

—He sido vana y descuidada esta noche. Por supuesto, era mi intención. Debo estar feliz, aunque se vaya mi mejor amigo.

Esos párpados de bruja funcionaban a la perfección.

—¿No me olvidarás? Yo lo intentaré, lo intentaré.

Frunció los labios. Pensó que era muy apuesto.

—Si cambio, si puedo llegar a cambiar… ¡Oh! ¡Si supieras en qué lío estoy metida, Richard!

Al oír esas palabras, contempló su belleza decrépita, y no fue un dolor divino sino unos celos devoradores los que se encendieron en su pecho, sacudiéndolo con un dolor horrible. Se acercó a su rostro pálido y suplicante. Su mirada lo atrajo aún más.

—¡Bella! ¡No, no! ¡Prométemelo! ¡Júralo!

—¡Estoy perdida, Richard! ¡Para siempre! ¡Déjame!

—¡Nunca! —gritó, y la estrechó en sus brazos, y la besó apasionadamente en los labios.

No fingía al hundir la cabeza entre sus brazos con una especie de vergüenza virginal, suspirando profundamente, llorando, abrazada a él. Era la terrible verdad.

¡Ni una palabra de amor entre los dos!

¿En una situación así había ganado alguna vez un héroe?

Capítulo XXXIX

En la temporada de pocas atracciones en la isla, excepto para inválidos o ermitaños enamorados del viento y la lluvia, el fornido lord Mountfalcon seguía allí, para disgusto de sus amigos, y en especial de su parásito.

—Mount ha vuelto a las andadas —se decían—. ¡Colgad a las mujeres!

Era una fase habitual.

¡Qué vergüenza, las mujeres avivando a un sujeto tan inflamable! Cupido había tensado su arco y transformado al lord británico por enésima vez, pero nadie percibía, aunque lo creían de buena fe, que era un caso distinto. Eso mismo había jurado otras veces. Era un hombre con muchos rumores, pero sin idioma: comunicativo, pero incapaz de expresarse. Había expuesto sus nobles emociones con rotundos juramentos. Estaban más allá de la blasfemia, incluso con énfasis, y por eso sentía genuinamente que era diferente. Hay algo sorprendente cuando los humanos se retuercen sin expresar los tormentos con los que no pueden lidiar, ni explicar con palabras inteligibles. Al principio buscó refugio en el desprecio por las mujeres. Cupido le dejó hacer. Cuando se desahogó, el bello rostro se marcaba más firmemente en su cerebro, y brillaba triunfante; la ballena arponeada subió a la superficie y, tras unos espasmos, se rindió. El lord se había enamorado de la joven esposa de Richard. Lo demostró al encerrarse con ella. De haber estado alerta, habría visto que le ofrecía pruebas de devoción al fingir, en su presencia, apenas entusiasmo por su bienestar. Esta maravilla —cerca de ella frío, manteniendo la compostura, y lejos en una tempestad de deseo— era un don del imponente noble.

El honorable Peter, cansado de un largo día de viaje, le urgió a abordar el asunto. Lord Mountfalcon era más sabio, o más escrupuloso que su parásito. Visitaba a Lucy casi todas las noches. La inexperta y joven esposa no veía el

daño que podían hacer sus visitas. Es más, Richard le había encomendado que cuidase de lord Mountfalcon y de la señora Judith. La señora Judith se había marchado a Londres, pero lord Mounfalcon se quedó en la isla. No podía hacer ningún daño. Incluso si lo había pensado, ya no era así. En secreto, quizá, se sentía halagada. Lord Mountfalcon tenía la educación de un noble primogénito: sabía hablar, instruir, era un lord, y le daba a entender que era malo, muy malo, que ella lo mejoraba. La heroína tenía, como el héroe, la ambición de ayudar al mundo, de hacer algo bueno, y la tarea de reformar a un mal hombre es extremadamente seductora para las buenas mujeres. ¡Hace tanto bien al corazón reparar a un hombre malo como si fuera vieja porcelana! Lord Mountfalcon no tenía las artes de un libertino; su oro, su título y su persona lo habían preservado de suspirar en vano o, posiblemente, de suspirar en general. El honorable Peter hacía las maldades por él. El instinto de Lucy no percibió nada de lo que alarmarse, como habría sido el caso si el lord se hubiera mostrado interesado en exceso. En su martirio, le venía bien tener a un amigo, y quería ayudar a ese amigo. Demasiado ingenua para pensar en la posición del lord; seguía siendo una mujer. «Él, un gran noble, no me desprecia, y piensa bien de mí», es la reflexión que se le cruzaba al reflexionar en la orgullosa familia en la había entrado por su matrimonio.

Llovía y helaba en enero cuando el honorable Peter regresó con buenas noticias. Había mencionado la debilidad de lord Mountfalcon cuando éste se desmoronó como un pesado y torpe dragón. Juró por esto y por lo otro que había encontrado el ángel que redimía sus pecados, y que no le haría daño. Y juró que sería suya, aunque lo maldijera.

—¡No he progresado! —gimió—. ¡Brayder! Por mi vida que esa mujer puede hacer conmigo lo que quiera. Me casaría con ella mañana mismo. Aquí estoy, la veo todos los días, en la calle o en su casa, y, ¿de qué crees que me habla? ¡De historia! ¿No es para volver loco a un hombre? Y ahí estoy yo, dándole lecciones como un pedante, ¡por los cielos! Me siento satisfecho, pero al volver a casa tengo ganas de disparar a alguien. ¿Qué dicen en la ciudad?

—No mucho —dijo Brayder.

—¿Cuándo vuelve ese… su marido?

—Creo que se ha quedado allí de por vida, Mount.

El noble y su parásito intercambiaron miradas.

—¿Qué quieres decir?

Brayder tomó aliento y soltó:

—Se ha convertido en un don Juan, eso es todo.

—¡Diablos! ¿Lo ha atrapado Bella? —preguntó Mountfalcon con entusiasmo.

Brayder le dio una carta a su señor. Venía de la costa de Sussex, firmada con un «Richard», y decía lo siguiente:

> Mi querida Diabla:
>
> Ya que ambos hemos sido diablos, y nos hemos descubierto, ven a verme o me marcharé rápidamente a cualquier sitio. ¡Ven, mi estrella del infierno! Huía de ti y ahora te pido que vengas a mí. Me has enseñado cómo aman los diablos, y no puedo vivir sin ti. Ven una hora después de recibir esto.

Mountfalcon dio la vuelta a la hoja para ver si había algo más.

—¡Bonita carta de amor! —comentó, y, tras levantarse de la silla, paseando, murmuró—: ¡Menudo perro! ¡Qué mal trata a su mujer!

—¡Muy mal! —dijo Brayder.

—¿Cómo la has conseguido?

—Me metí en el vestidor de Bella cuando la esperaba y di la vuelta a su alfiletero. Ya conoces sus trucos.

—¡Por Júpiter! Creo que esa chica lo hace a propósito. Gracias al cielo que no le he escrito en un año. ¿Irá con él?

—¡No! Pero ¡es extraño! ¿Alguna vez la has visto rechazar dinero? Rompió el cheque con mucho estilo, y me devolvió los pedazos con delicadezas del idioma que aprendió contigo. Me gusta oír a una mujer maldecir. ¡La embellece!

Mountfalcon escuchó los consejos de su parásito sobre qué hacer con la carta. Estaban de acuerdo en que el comportamiento de Richard con su mujer era infame, y que no merecía piedad.

—Pero —dijo el lord—, no servirá mostrársela. Dirá que es falsa, y luego la defenderá. Conozco a esas zorras.

—Es la regla del contrario —dijo Brayder, sin pensar—. Debe ver la traición con sus propios ojos. Sólo creen a sus ojos. Ésa es tu oportunidad, Mount. Ahí entras tú, te vengas y la consuelas. Dos pájaros de un tiro. Eso les gusta.

—Eres imbécil, Brayder —exclamó el noble—. Eres un canalla y un sinvergüenza. Hablas de esta mujercita como si ella y la otra fueran de la misma pasta. No veo qué gano yo con esta maldita carta. Su marido es un animal, eso está claro.

—¿Me dejas que lo haga yo, Mount?

—¡Antes prefiero que me parta un rayo! —dijo el lord.

—Gracias. Ya verás. Eres demasiado blando, Mount. Quedarás como un idiota.

—Te digo, Brayder, que no hay nada que hacer. Si me la llevo, y he estado a punto de hacerlo cada día, ¿qué saldrá de ello? Me mirará, y no soporto su mirada, y quedaré como un idiota, todavía más de lo que ahora parezco.

Mountfalcon bostezó con desánimo.

—Y ¿qué crees? —continuó—. ¿No es suficiente para hacer rechinar los dientes a un hombre? Es… —Mencionó algo para sí, y se puso rojo.

—¡Uhm! —Brayder se dio golpecitos en la barbilla con el mango del bastón—. Eso es desagradable, Mount. No quieres actuar así. No tienes el diploma. ¡Demonios!

—¿Crees que la querría menos? —estalló el lord—. ¡Por Dios! Le leería todas las noches, y le contaría esa historia infernal; si ella quisiera, día y noche.

—Es evidente que te estás convirtiendo en una comadrona, Mount.

El noble aceptó en silencio la acusación.

—¿Qué dicen en la ciudad? —volvió a preguntar.

Brayder dijo que la única cuestión era si se trataba de una doncella, una esposa o una viuda.

—Iré a verla esta noche —decidió Mountfalcon tras reflexionar profundamente, a juzgar por su expresión—. Iré a verla esta noche. Sabrá los tormentos que me hace sufrir.

—¿Quieres decir que no lo sabe?

—¡No tiene ni idea! ¡Me considera un amigo! Y aun con eso, por todos los cielos, seré para ella.

—¡Ajá! —dijo el honorable Peter—. ¡Por aquí hacia los viejos verdes, damiselas!

—¿Quieres que te tire por la ventana, Brayder?

—Una vez fue suficiente, Mount. El hombre salvaje es fuerte, pero se me ha olvidado volar. Vale, me creo que es demasiado inocente y que ella piensa que eres un amigo desinteresado.

—Iré a verla esta noche —repitió Mountfalcon—. Sabrá cómo me entristece verla en esa horrible situación. No puedo soportarlo más. Es horrible engañar a una muchacha como ésta. Preferiría que me maldijese a

que siga hablándome como lo hace. ¡Pobrecita! ¡Es sólo una niña! No tienes ni idea de lo sensata que es esa mujercita.

—¿Y tú sí? —inquirió el astuto.

—Creo, Brayder, que hay ángeles entre las mujeres —dijo Mountfalcon, evitando la mirada de su parásito.

Para el mundo, lord Mountfalcon era un hombre malvado, y su parásito ingeniosamente disipado. Muchos pensaban que era más fácil rescatar al honorable Peter.

Lucy recibió a su noble amigo sentada en la sombra, junto a la chimenea. Le ofreció encender unas velas, pero él rogó que dejara la habitación como estaba.

—Tengo algo que decirle —anunció con solemnidad.

—¿A mí? —dijo Lucy, rápidamente.

Lord Mountfalcon sabía que tenía mucho que decir, pero no sabía cómo decirlo ni qué decir exactamente.

—Lo oculta de forma admirable —comenzó—, pero debe sentirse muy sola aquí; incluso infeliz, me temo.

—Me siento sola, pero, por favor —dijo Lucy—, no soy infeliz. —Su rostro estaba en sombra y no podía desmentirla.

—¿Podría ayudarle de algún modo como amigo suyo, señora Feverel?

—No, que yo sepa —respondió Lucy—. ¿Quién puede ayudarnos a pagar por nuestros pecados?

—Al menos permítame que pague por mis deudas, ya que me ha ayudado a librarme de algunos de los míos.

—¡Ah, señor! —dijo Lucy, contenta. A las mujeres les gusta creer que han sacado los dientes a las serpientes.

—Le diré la verdad —siguió lord Mountfalcon—, ¿de qué me serviría engañarla? La conozco bien, ¡y es tan diferente de las otras mujeres!

—Oh, por favor, no diga eso —le interrumpió Lucy.

—Según mi experiencia, sí.

—Pero me dijo que había conocido mujeres muy malas.

—Es cierto. Y ahora he conocido una buena, y ésa es mi desgracia.

—¿Su desgracia, lord Mountfalcon?

—Sí, y podría decir aún más.

El lord se mantuvo en silencio.

«¡Qué extraños son los hombres! —pensó Lucy—. Tiene algún secreto que le hace desdichado».

Tom Bakewell, que tenía la costumbre de entrar en la habitación con cualquier pretexto durante las visitas del noble, truncó la revelación, si es que el lord pretendía hacerla.

Cuando volvieron a estar solos, Lucy dijo, sonriendo:

—¿Sabe que siempre me avergüenza pedirle que me lea?

Mountfalcon la miró fijamente.

—¿Qué lea? ¡Oh! ¡Ah! ¡Sí! —Recordó su deber nocturno—. Feliz de hacerlo, claro. Déjeme ver. ¿Por dónde íbamos?

—La vida del emperador Juliano. Pero me avergüenza pedirle que me lea, señor. Es nuevo para mí, como otro mundo. Oír hablar de emperadores, y ejércitos, y cosas que han sucedido en el mundo. Me encanta. Pero debe de haber dejado de interesarle, y pensé que no debía molestarle más.

—El placer es mío, señora Feverel. Por mi honor que leería hasta que me quedara ronco, con tal de oír sus comentarios.

—¿Se burla de mí?

—¿Lo parece?

Cuando lord Mountfalcon entrecerraba sus grandes ojos, los dotaba de una expresión delirante.

—No, no —dijo Lucy—. Debo agradecerle su paciencia.

El noble siguió hablando de su honor.

Era el propósito de Lucy que le leyera, por su bien, por el bien de ella, y por el de alguien más al que consideraba el primero en el asunto. Cuando le leía, parecía estar legitimizando su presencia, y, aunque no tenía ninguna duda o sospecha, se sentía más tranquila si estaba ocupado con esa tarea. Así que se levantó a buscar el libro, lo dejó abierto en la mesa, junto al codo del lord, y esperó en silencio a pedir velas cuando el lord se dispusiera a empezar.

Aquella noche, a lord Mountfalcon le estaba costando mantener la farsa, y sintió tanta pena por la extrañamente inocente y desprotegida niña y su aura de angustia que retuvo las palabras que iba articular, o insinuar. Se sentó en silencio y no hizo nada.

—Lo que no me gusta —dijo Lucy, meditativa— es que cambiara de religión. Habría sido todo un héroe excepto por eso. Podría haberlo amado.

—¿A quién podría haber amado, señora Feverel? —preguntó lord Mountfalcon.

—Al emperador Juliano.

—¡Oh! ¡El emperador Juliano! Bueno, fue un apóstata, pero lo sentía de verdad. No lo hizo por una mujer.

—¡Por una mujer! —gritó Lucy—. ¿Qué hombre haría eso por una mujer?

—Yo.

—¿Usted, lord Mountfalcon?

—Sí. Me convertiría al catolicismo mañana.

—Me hace muy infeliz que diga eso, señor mío.

—Entonces, lo desdigo.

Lucy tuvo un escalofrío. Colocó la mano sobre la campanilla para pedir las velas.

—¿Rechaza a un converso, señora Feverel? —dijo el noble.

—¡Oh, sí! ¡Sí! Lo rechazo. No querría a nadie que no entregara su conciencia.

—Si entrega su cuerpo y su corazón, ¿qué más puede dar?

Lucy tocó la campana. No le gustaba esa luz tenue con alguien sin escrúpulos. Lord Mountfalcon nunca había hablado así. Hablaba mejor. Echaba de menos el tono aristocrático de su voz, y los titubeos, y la fluida nobleza con la que superaba las dificultades.

Al tiempo que sonó la campana, la puerta se abrió y apareció Tom Bakewell. También se oyó una llamaba en la puerta de la calle. Lucy retrasó las órdenes.

—¡Podría ser una carta, Tom! ¿Tan tarde? —dijo, palideciendo—. Por favor, ve a ver quién es.

—No es el cartero —comentó Tom, y obedeció a su señora.

—¿Espera una carta, señora Feverel? —preguntó lord Mountfalcon.

—¡Oh, no! Sí, bueno —dijo Lucy. Su rápido oído captó el tono de una voz que recordaba—. ¡Ha venido a verme! —gritó, levantándose.

Tom dejó pasar a un manto de seda negra.

—¡Señora Berry! —dijo Lucy, corriendo a besarla.

—¡Querida! —La señora Berry, rosada y sin aliento por el viaje, le devolvió el saludo—. Soy yo, a falta de alguien mejor, pues no voy a permitir al diablo que vaya por ahí haciendo lo que quiera. Y sí, seguro que manché de sal el vestido de novia y no era el mejor presagio. ¡Dios la bendiga! Oh, ahí está. —Contempló una figura masculina sentada en una silla en la penumbra, y se acercó a él—. ¡Usted, hombre malo! —Lo señaló con uno de sus gordos dedos—. He venido a buscarle para que cumpla con su deber, ¡niño travieso! Pero es mi bebé. —Se derritió, como de costumbre—. Y nunca le negaré el beso de una madre.

Antes de que lord Mountfalcon pudiera explicarse, la mujer ya estaba cerca de su cuello y sus lujosos bigotes.

—¡Ah! —chilló, echándose atrás—. ¿Y ese pelo?

En ese momento, Tom Bakewell iluminó la transacción.

—¡Cielo santo! —murmuró la señora Berry con horror—. ¡He besado a un extraño!

Lucy, divertida pero preocupada, le rogó al lord que excusase el terrible error.

—Estoy muy halagado, de verdad —dijo el lord, arreglándose el desconcertado bigote—. Ruego que nos presente.

—Es la antigua niñera de mi marido, la señora Berry —dijo Lucy, dándole la mano para mostrar su apoyo—. Lord Mountfalcon, la señora Berry.

La señora Berry se disculpó con una serie de reverencias, y se limpió el sudor de la frente.

Lucy le ofreció una silla, y lord Mountfalcon le preguntó por su viaje a la isla. La mujer se lo contó con todo detalle, revelando que la dulzura de su corazón igualaba la debilidad de su estómago. La charla la tranquilizó.

—Bueno, y dónde está mi… ¿Dónde está el señor Richard? Su marido, querida —preguntó la señora Berry.

—¿Esperaba verle aquí? —dijo Lucy, con la voz rota.

—¿Y dónde si no, querida? No lo hemos visto en Londres desde hace dos semanas.

Lucy no dijo nada.

—Dejaremos al emperador Juliano para mañana —dijo lord Mountfalcon, levantándose y haciendo una reverencia.

Lucy le dio la mano y entonó un «gracias» silencioso. La correspondió en la distancia, se despidió de la señora Berry con una reverencia, y Tom Bakewell lo acompañó.

Cuando se fue, la señora Berry alzó los brazos al cielo.

—¡No sabía que una cosa tan horrible podía pasarle a una mujer virtuosa! —exclamó—. ¡Podría gritar! ¡Besar a un hombre extraño y peludo! ¡Oh, cielos! ¿Qué vendrá después? ¡Bigotes! Conozco el tacto de los bigotes, es un pelo distinto. ¡Pensé que se lo había dejado de repente! Y veo a ese grandullón peludo, y yo pidiéndole perdón. ¡Un noble! Ojalá me hubiera tragado la tierra. ¡Siempre en medio, siempre en medio!

—Señora Berry —preguntó Lucy—, ¿esperaba encontrarlo aquí?

—¿Por qué está tan seria? —respondió Berry—. ¿A quién? ¿A su marido? ¡Claro que sí! Y aquí estará, escondido en algún lado.

—No sé nada de mi marido desde hace quince días —dijo Lucy, y las lágrimas empezaron a derramarse por sus mejillas.

—¡Que no sabe nada! ¡Quince días! —repitió Berry.

—¡Oh, señora Berry! ¡Querida señora Berry! ¿No sabe nada? ¿No tiene nada que decirme? He soportado tanto. Son crueles conmigo, señora Berry. Oh, ¿sabe si le he ofendido? Mientras me escribía no me quejaba. Podría vivir años de sus cartas. Pero ¡no saber nada de él! ¡Creo que le he arruinado y se arrepiente! ¿Quieren llevárselo? ¿Quieren verme muerta? ¡Oh, señora Berry! ¡No he tenido a nadie a quien decir lo que he sentido todo este tiempo, y no puedo evitar llorar, señora Berry!

La señora Berry se sentía inclinada a entristecerse por lo que oía de labios de Lucy, y estaba llena de aprehensión, pero esta excelente criatura no sucumbió a la tristeza. Al sentir un dolor aún no contrastado, cambió de táctica.

—¡Tonterías! —dijo—. ¡Me gustaría verle arrepentirse! Nunca encontrará a nadie de la belleza de su mujer, y lo sabe. Querida, deje de llorar. El hombre que sabe que está hecha trizas y que está unido a usted por ley, que no corre y la abraza de por vida, no es un hombre de verdad, ¡y sé que mi bebé no es así! Vamos, estoy segura de que tiene una sorpresa para usted. ¡Y yo también, corderita mía! ¡Escuche! Su padre ha ido a la ciudad, por fin, como un hombre razonable, para uniros y daros su bendición. ¿No son buenas noticias?

—¡Oh! —gritó Lucy—. Eso se lleva mi última esperanza. Pensé que se había ido con su padre.

Se echó a llorar de nuevo.

La señora Berry hizo una pausa, trastornada.

—Puede que haya ido a buscarlo —sugirió.

—¡Quince días, señora Berry!

—Ah, quince semanas, querida, detrás de un hombre así. *Sir* Austin Feverel de Raynham Abbey es como un meteorito. Escuche, yo lo conozco, y pensé que mi bebé estaba en su nido natural, que el *baronet* no les escribiría para que fueran a pedirle perdón, así que fui a buscarle. Fue un error, querida, dejar a su marido cuando llevaban tan poco tiempo casados. Es peligroso, es una locura, está mal, y sólo podrá arreglarse si me obedece. Hágame caso y será feliz mañana, o pasado.

Lucy agradecía el consuelo. Estaba cansada de su martirio autoinfligido, y tenía ganas de dejarse guiar por otra persona.

—Pero ¿por qué no me escribe, señora Berry?

—Porque, porque… ¿Quién sabe los motivos de los hombres, querida? Pero le juro que es fiel. Lloró en mis brazos porque no podía venir a verla. ¡Qué débil! Me juró que la amaba, ¡pobre hombre! Pero es su culpa, querida.

Sí, debería haberme hecho caso al principio, en lugar de hacerse la valiente. —La señora Berry expresó su opinión sobre el matrimonio—. Si no hubiese sido tonta, tampoco habría sufrido —confesó—, así que agradézcale a mi Berry que yo sea tan sabia.

Lucy se secó las lágrimas y miró con cariño los tiernos ojos castaños de la mujer. Se intercambiaron frases amables y cariñosas, y Lucy se sonrojó como quien tiene un secreto dulce y extraño que contar, pero que es incapaz de articular.

—He besado a tres hombres —dijo la señora Berry, demasiado absorbida en contar sus extraordinarias aventuras para darse cuenta de que la joven esposa tenía algo que decir—. ¡Tres hombres! Y uno tenía más bigote que mi Berry, y preguntaba qué debía de pensar. Diez contra una, pensará ahora, pero me alegré de tener una oportunidad. Son tan vanos, ya sean lores o comunes. ¿Cómo iba a saberlo? Era normal que creyese que su marido estaba sentado en esa silla. ¿En la oscuridad y a solas contigo? —La señora Berry la miró con dureza—. ¿Y con su marido fuera? ¿Qué significa esto? Dígame, ¿por qué estabais aquí sin una vela?

—Lord Mountfalcon es el único amigo que tengo aquí —dijo Lucy—. Es muy amable. Viene casi todas las noches.

—¡Lord Mountfalcon! ¡Ése es su nombre! —exclamó la señora Berry—. Estaba tan nerviosa que ni me di cuenta. ¿Viene todas las noches y su marido no está? ¡Oh, Dios mío! Esto va de mal en peor. ¿Y para qué viene, señora? Sea sincera y dígame qué hacen en la oscuridad.

La señora Berry la miró con severidad.

—¡Oh, señora Berry! Por favor, no hable así. No me gusta. —Lucy hizo un mohín.

—He preguntado para qué viene.

—Porque es amable, señora Berry. Me ve sola y quiere entretenerme. Y me cuenta cosas que yo no sé, y…

—Y quiere enseñarle algunas de sus cosas, quizá —la interrumpió la señora Berry, nerviosa.

—Es usted una mujer egoísta, desconfiada y obscena —la reprendió Lucy.

—Y usted un pajarito tonto e ingenuo —replicó la señora Berry, dándole palmaditas en la mejilla—. No me ha dicho qué hacen y qué excusa tiene para venir.

—Muy bien, señora Berry. Cada noche viene y leemos cosas de historia, y me explica las batallas, y me habla de los grandes hombres. Y él dice que no soy tonta, señora Berry.

—Encima le da alas, mi pajarito. ¡Historia! ¡Le lee historia a una bella recién casada en la oscuridad! ¡Bonita historia! Conozco el nombre de ese hombre, querida. Es un conocido libertino ese lord Mountfalcon. Ninguna mujer está a salvo con él.

—Ah, pero no me ha engañado, señora Berry. No ha fingido ser bueno.

—Encima es astuto —dijo la dama experimentada—. ¡Así que leen historia en la oscuridad, querida!

—No me encontraba bien esta noche, señora Berry. No quería que me viera la cara. ¡Mire! Ahí está el libro abierto antes de que llegaran las velas. Y ahora, mi querida amiga, déjeme que la bese por venir a verme. La quiero. Hablemos de otras cosas.

—Desde luego —dijo la señora Berry, ablandándose con las caricias de Lucy—. Eso haremos. ¡Un noble sólo con una joven esposa en la oscuridad, siendo ella una belleza! Esto tiene que detenerse ya. No va a manipular a Bessy Berry con sus malas artes. ¡Ahí lo dejo! Me muero por una taza de té, querida.

Lucy se levantó para tocar la campana, y, como la señora Berry era incapaz de dejar el tema, continuó:

—¡Que presuma de que le he besado! No hay nada de lo que avergonzarse en el beso de una mujer casta, inconsciente, algo que muchos hombres no pueden decir, se lo aseguro. —Vigilaba con la mirada la figura de Lucy.

Cuando Lucy volvió con ella, la señora Berry la rodeó con los brazos y la llevó hacia su regazo.

—¡Oh, Dios te bendiga! —gritó con cariño—. ¡Oh, buena y cariñosa esposa!

—¿Qué pasa, señora Berry? —susurró Lucy, abriendo mucho sus ojos azules e inocentes.

—Como si no pudiera ver, querida. Los nervios me cegaron, o me habría dado cuenta al instante. ¡Creía que podía engañarme!

Los ojos de la señora Berry decían más que sus palabras. Lucy vaciló, se puso roja y escondió su cara en el abundante pecho que la abrazaba.

—Eres muy dulce —murmuró la mujer, acariciando su espalda y meciéndola—. ¡Eres una rosa! Un capullito. ¿No le has dicho nada a tu marido, querida? —preguntó rápidamente.

Lucy dijo que no con la cabeza tímidamente.

—Eso es. Le daremos una sorpresa. ¡Que venga y descubra que va a ser padre! ¿Ni siquiera se lo ha insinuado?

Lucy la besó, indicando que era un secreto.

—¡Oh, qué tierna eres! —dijo Bessy Berry, y la meció con más cariño.

Tuvieron una conversación entre susurros, de la que no deben enterarse los hombres.

Tras un intervalo, la señora Berry contaba con los dedos. Al terminar la suma, gritó, proféticamente:

—¡Esto lo arregla todo! ¡Un bebé en camino! Este ángel viene del cielo. ¡Es un mensajero de Dios, querida! No me equivoco. Cree que es válido, o no le habría dado uno, por mucho que lo intentara, y créame que algunas lo intentan con todas sus fuerzas, las pobres. ¡Dejadnos celebrarlo! Estoy por gritar y llorar, todo al mismo tiempo. Éste es el sello bendito del matrimonio que Berry no me dejó. Espero que sea un niño, y que convierta a ese hombre en abuelo, y a su nieto en un hijo, y estaréis a salvo. ¡Oh, a esto yo lo llamo felicidad! Para celebrarlo, quiero mi té más fuerte. La verdad es que podría emborracharme con estas felices noticias.

La señora Berry siguió canturreando. Se tomó el té más fuerte. Comió y bebió. Lo celebró y era feliz. Era la felicidad de la castidad.

—Ahora entiende por qué leo historia y ese tipo de libros —dijo Lucy con recato.

—¿Ah sí? —replicó Berry—. Seguro que sí. Ya que lo que ha hecho es tan bueno, querida, estoy de acuerdo en todo. ¡Que les den a los lores! No pueden estar cerca de un bebé. Puede leer sobre viajes, querida, y romances, y cuentos de amor y de guerra. Puede hacer lo que quiera; es lo único que me importa.

—No, no lo entiende —insistió Lucy—. Sólo leo libros apropiados y hablo de cosas serias, porque estoy segura de que… Porque he oído que… ¡Querida señora Berry! ¿No lo entiende?

La señora Berry le dio un golpecito en las rodillas.

—¡Qué considerada! ¡Y además católica! No dejaré, después de esto, que nadie diga que una religión es mejor que otra. ¿Por qué? ¿Quiere que sea historiador, es eso? ¡Y a ese lord libertino que ha venido aquí como un lobo, convertido en una especie de tutor del bendito nonato sin que él lo sepa! ¡Ja, ja! Y dicen que las mujercitas no son astutas. ¡Ah! Entiendo. Conocí a una dama, la viuda de un clérigo, al que no le leyeron nada más que *La tumba* de Blair una y otra vez, de principio a fin. ¡Es un libro muy serio! ¡Muy difícil! Y a los cuatro años ese niño era el infante más devoto que he conocido, un pequeño cura. Siempre miraba al cielo, y hablaba con solemnidad. —La señora Berry imitó la forma de hablar del pequeño cura—. ¡Así que consiguió lo que quería, por una vez!

Subieron arriba las dos, sin que Lucy compartiera sus pensamientos. Abrió un cajón y le mostró unos gorros muy bonitos, y ropa de cama de encaje, preparado para un cuerpo muy pequeño, todo hecho por ella. La señora Berry los elogió, y a ella.

—Sabe que es un niño. Intuición de mujer —dijo.

Se dieron un beso y se arrullaron, y se desvistieron junto al fuego. Se pusieron de rodillas abrazadas junto a la cama, y rezaron: rezaron por el niño aún no nacido, la señora Berry presionando la cintura de Lucy cuando murmuró la petición al cielo de que protegiera y bendijera esa vida por venir. Lucy la estrechó y sintió un profundo amor por ella. Luego Lucy se acostó y dejó que Berry apagara la luz, pero antes de hacerlo se inclinó sobre ella, la contempló con picardía y dijo:

—Nunca la había visto así. ¡Me enamora a mí también, belleza sonrojada! Sus ojos son tan dulces y su pelo tan precioso cuando está tumbada. Nunca perdonaría a mi padre si me mantuviera alejada de usted tan sólo veinticuatro horas. ¡Es su marido! —Berry señaló la belleza de la mujer—. Parece estar llena de besos, y ahí están, languideciendo… ¡No tiene esta expresión salvo en la cama! ¡Como debe ser!

Lucy hizo amago de levantarse a apagar la luz para que Berry dejara su casto soliloquio amoroso. Luego se quedó en la cama, y la señora Berry la acarició y preparó su salida para el día siguiente, y entre las dos aventuraron cómo se sentiría Richard al enterarse de que iba a ser padre, y dejó caer cómo temblaría Lucy de felicidad cuando Richard volviera a su sitio —sitio que ella acababa de usurpar— y le dijo todo tipo de cosas amorosas, suficientes para subvertir el proverbio de que las frutas robadas son las más dulces. Dibujó una imagen tan perfecta de la felicidad, dentro de los límites de la ley y la conciencia, hasta que, agotada, Lucy murmuró:

—Buenas noches, querida Berry.

Y la dulce mujer cesó su cháchara.

Bessy Berry no durmió. Yació en la cama pensando en el valiente corazón que tenía a su lado, escuchando la respiración de Lucy, estrechando la bella mano de la durmiente, transmitiéndole su amor mientras reflexionaba. Un viento huracanado llegó aullando desde las colinas de Hampshire, levantando espuma blanca sobre las olas y agitando los árboles. Pasó dejando una fina capa de nieve en la tierra invernal. La luna relucía brillante. Berry oyó ladrar al perro. Su ladrido era salvaje y persistente. Le pareció oír algún movimiento en la casa, y luego que la puerta se abría. Agudizó los oídos, y pudo distinguir las voces en la quietud de la medianoche. Salió de la cama, echó el pestillo de

la habitación, se aseguró de que Lucy seguía inconsciente, y caminó de puntillas hasta la ventana. Los árboles del norte estaban blancos, el suelo brillaba, hacía mucho frío. Berry se abrazó el pecho con sus gordos brazos y miró hacia el jardín lo que le permitía la ventana. Berry era una mujer dulce, pero no tímida, y esta noche sus pensamientos estaban por encima del miedo a la oscuridad. Estaba segura de que oía voces, y la curiosidad, sin alarma, la puso en guardia. Se echó el chal de satén negro alrededor del cuello, silenció el castañeteo de sus dientes hasta donde podía controlarlo, y se quedó junto a la ventana. El susurro de las voces subió de tono, y un hombre salió a la carretera, cerrando la puerta de la casa silenciosamente y cruzando el jardín. Se paró un momento frente a la ventana, y Berry se ocultó entre las sombras y echó un vistazo desde ahí. Apenas había luz, por lo que era imposible discernir más que la figura. Tras unos minutos, se alejó rápidamente, y Berry volvió a la cama congelada. Las piernas de Lucy se encogieron al notar el frío de su cuerpo.

A la mañana siguiente, la señora Berry le preguntó a Tom Bakewell si había oído algo por la noche. Tom, el misterioso, dijo que había dormido como un tronco. La señora Berry salió al jardín. La nieve estaba parcialmente derretida, salvo la que ocupaba el hueco bajo el portal, donde vio la huella de un pie de hombre. Por algún extraño motivo, se le ocurrió buscar una bota deRichard. La trajo sin que la vieran y midió la suela de la bota sobre la huella solitaria. No había duda de que encajaba. Lo probó una docena de veces, de punta a talón y de talón a punta.

Capítulo XL

Sir Austin Feverel había ido a la ciudad con la serenidad del filósofo que dice: «Ha llegado la hora», y con la satisfacción del hombre tras una ardua batalla. Había perdonado a su hijo. Su profundo amor le había liberado del orgullo herido y de su tenaz vanidad. Sentía una remota compasión por la criatura que le había robado a su hijo y destruido su sistema. Era consciente de ello, y presumía de indulgencia. Pero el mundo no debía conocer su indulgencia; debía parecer que seguía actuando según su sistema. De otro modo, ¿qué habría significado? Algo poco filosófico. Así que, aunque su amor era sólido e iba por el camino de la franqueza, un último empujón de vanidad lo hizo virar.

El aforista se conocía tanto que podía hacer malabares consigo mismo. Se contemplaba del modo en que quería que lo viera el mundo: como quien deja de lado los sentimientos y es primordial cumplir con su deber de padre, basándose en la ciencia de la vida. En resumen, un humanista científico.

Por eso le sorprendió la frialdad con la que lo recibió la señora Blandish.

—¡Por fin! —dijo la dama, de un modo triste, que sonaba a reproche.

Pero el humanista científico no tenía, por supuesto, nada que reprocharse.

¿Dónde estaba Richard?

Adrian afirmó que no estaba con su mujer.

—De haberse ido —dijo el *baronet*—, me habría adelantado por unas horas.

Repetir esto a la señora Blandish debería haberla apaciguado y forzado su perdón. Sin embargo, ella suspiró y lo miró con tristeza.

Su conversación no fue alegre ni íntima. La filosofía no parecía alcanzar su mente, y las bellas frases encontraron un asentimiento triste, más halagador de su grandeza que de su influencia.

Pasaron los días, y Richard no se presentaba. *Sir* Austin se ordenó a sí mismo esperar al joven sin mostrar impaciencia.

Al verlo, la dama le contó lo que temían de Richard, y le mencionó los rumores que corrían sobre él.

—Si esa persona —dijo el *baronet*—, su mujer, es como la pintáis, no comparto tu temor. Pienso bien de él. Si ella inspira la sacralidad de esa unión, es imposible.

La dama vio que quedaba una cosa que hacer.

—Escríbele —dijo—, invítala a Raynham. Reconócela. Es la separación y la duda lo que le confunde y le vuelve loco. Confieso que esperaba que se hubiera ido con ella. Parece que no. Si ella está contigo, tendrá las ideas más claras. ¿Lo harás?

La ciencia es lenta. La proposición de la señora Blandish fue demasiado precipitada para *sir* Austin. Las mujeres, rápidas por naturaleza, no tienen noción de la ciencia.

—La invitaremos a su hora, Emmeline. De momento, deja que lo resuelva con mi hijo.

Habló con altivez. Le ofendía que le pidieran hacer algo, cuando había hecho tanto.

Pasó un mes, y Richard apareció.

El encuentro no fue como su padre había esperado ni imaginado desde las montañas galesas. Richard le dio la mano, con respeto, y le preguntó por su salud con la cortesía habitual. Luego dijo:

—Durante su ausencia, señor, me he tomado la libertad, sin consultarle, de hacer algo que le interesa más a usted que a mí. He encontrado a mi madre y la he puesto bajo mi cuidado. Confío en que no piense que he obrado mal. He hecho lo que creía mejor.

Sir Austin respondió:

—Ya eres mayor, Richard, para juzgar por ti mismo. Simplemente te aconsejo que no te engañes al pensar que actuaste por alguien que no seas tú mismo.

—No me engaño, señor —dijo Richard, y se acabó la conversación.

Ambos odiaban mostrar sus sentimientos, y ambos quedaron satisfechos; el *baronet*, una persona que amaba, esperaba y buscaba signos de algún problema, y Richard no los ofrecía. El joven no lo miraba a los ojos; si sus miradas se hubieran cruzado, la de Richard era fría y desafiante. Había cambiado.

—Este matrimonio precipitado lo ha cambiado —dijo el hombre de ciencia, queriendo decir: «Lo ha corrompido».

Siguió reflexionando: «Lo veo en la desesperada madurez de quien despierta de repente, y aunque el buen trabajo no se pierde, ¿qué debería pensar de mi esfuerzo de estos años? ¡Lo he perdido! Tal vez salga a la luz en sus hijos».

El filósofo, pensamos, se contentaba con beneficiar a los embriones, pero era una perspectiva amarga para *sir* Austin. Se sintió dolido.

Un pequeño incidente fue de provecho para Richard. Una mujer llamó al hotel mientras él no estaba. El *baronet* la vio, y le contó que, gracias a Richard, había abierto la mente a Dios. Pero, si esto podía satisfacer al padre que había en *sir* Austin, no afectaba al hombre de ciencia. Un Feverel, su hijo, no era para menos, pensó. Se sentó a estudiar a su hijo.

Ningún pensamiento definitivo lo iluminó. Richard comía y bebía, bromeaba y se reía. Pedía otra botella a Adrian. Hablaba con facilidad de asuntos de actualidad y su alegría no sonaba forzada. Pero en lo que hacía no se notaba el aire del joven con el futuro por delante. *Sir* Austin estaba seguro. Podría ser la despreocupación y la sangre lasciva, pues no parecía tener en mente cosas importantes. El hombre de ciencia no percibía que también Richard podría llevar una máscara. Podía penetrar y diseccionar sujetos muertos, es decir, que no están a la defensiva. Pero es muy difícil, casi una extraña casualidad, examinar la estructura de los vivos, como los científicos.

Sin embargo, *sir* Austin consiguió que esta extraña casualidad se hiciera real. Quedaron a cenar con la señora Doria y los Forey, y por la tarde fueron andando hasta su casa, padre e hijo cogidos del brazo, seguidos por Adrian. Antes, el padre ofendido había informado al hijo de que, dentro de poco, tendría que volver con su mujer, y que organizaría su recepción en Raynham. Richard no respondió, lo que podría significar exceso de gratitud, o hipocresía al ocultar su agrado, o cualquier cambio con los que la naturaleza se expresa cuando todo sale bien. La señora Berry tenía una sorpresa para el joven marido: tenía a Lucy en su casa, esperándole. Esperaba, cada día, que la llamara y se sorprendiera con la noticia, y cada día, sabiendo su costumbre de acudir al parque, Lucy se paseaba por allí, bajo el ruego de que apareciera el señor Richard.

El sol rojo de invierno se ocultaba tras los castaños deKensington cuando se encontraron. Feliz Lucy y la esperanza que llevaba consigo, admiraba en ese momento perversamente a una bella mujer que pasaba al galope. La señora Berry le tiró de la manga para prepararla para el encuentro, pero Lucy

seguía sin mirar, y la señora Berry pensó: «No le hará daño lanzarse a sus brazos». Estaban cerca. La señora Berry inclinó la cabeza a modo de saludo. Richard la contempló en silencio, horrorizado. La cogió del brazo y la puso tras él. Otras personas intervinieron. Lucy no comprendía la agitación de Berry. Berry le echó la culpa al aire y al beicon del desayuno, que, decía, era malo para la bilis, y probablemente la causa de que rompiera a llorar, para asombro de Lucy.

—¿Por qué llora, señora Berry?

—Es todo… —La señora Berry se llevó la mano al corazón y se inclinó hacia delante—. Es cosa del estómago, querida. No se preocupe. —Y, al darse cuenta de su comportamiento poco apropiado, se alejó a refugiarse bajo los olmos.

—Te comportas de forma extraña con las mujeres mayores —le dijo *sir* Austin a su hijo, después de que Berry desapareciera de su vista.

Muy poco cortés. Se comportaba como un loco, de hecho.

—¿Estás enfermo, hijo mío?

Richard estaba pálido, su cuerpo afligido y débil. El *baronet* buscó la mirada de Adrian. Adrian había visto a Lucy al pasar, y había echado un vistazo al rostro de Richard una vez que se había deshecho de Berry. Si Lucy les hubiera reconocido, habría ido hacia ella sin dudarlo. Como no los había reconocido, pensó que era mejor, debido a las circunstancias, dejar las cosas como estaban. Respondió a la mirada del *baronet* encogiéndose de hombros.

—¿Estás enfermo, Richard? —volvió a preguntar *sir* Austin a su hijo.

—¡Vamos, señor! ¡Vamos! —gritó Richard.

Los siguientes pensamientos de su padre, andando deprisa a casa de los Forey, le otorgaron a la pobre Berry la condición de quien, habiendo besado a tres hombres en su vida, le horroriza oír sermones sobre el matrimonio.

—Richard volverá mañana con su mujer —dijo *sir* Austin a Adrian antes de sentarse a cenar.

Adrian le preguntó si había visto a una señorita rubia junto a la vieja dama que Richard había tratado de forma tan extraña, y cuando el *baronet* recordó haberla visto, Adrian dijo:

—Ésa es su mujer, señor.

Sir Austin no pudo diseccionar al sujeto vivo. Como si una bala hubiese perforado el cráneo del joven, y un ataque de la batalla hubiese esparcido su palpitante organización, observaba cada movimiento de su corazón y su cerebro, con el dolor y el terror del hábito mental de llegar al extremo. Sin ser

consciente de que había jugado con la vida, sintió que se sumergía en la tormentosa realidad. Decidió hablar esa noche con su hijo.

—Richard está muy contento —le susurró la señora Doria a su hermano.

—Todo se arreglará mañana —respondió, pues el juego había estado en sus manos desde hacía tanto tiempo, tanto tiempo había sido el dios de la máquina que, al decidir actuar, se sentía seguro por mal que estuvieran las cosas.

—Tiene una risa un tanto salvaje. No me gusta su mirada —dijo la señora Doria.

—Verás que todo cambia mañana —comentó el hombre de ciencia.

Le reservaba a la señora Doria experimentar el cambio. En mitad de la cena, un telegrama de su yerno, el digno John Todhunter, llegó con noticias de que Clare estaba muy enferma, y le pedía que acudiera inmediatamente. Buscó quien podía acompañarla, y se lo pidió a Richard. Antes de darle permiso, *sir* Austin le invitó a hablar a solas, y le dijo:

—¡Mi querido Richard! Mi intención era que llegásemos a un acuerdo esta noche. Pero queda poco tiempo. La pobre Helen no puede perder tiempo. Déjame decirte que me has engañado, y que te perdono. Tapemos el pasado. Traerás a tu mujer a la vuelta. —Muy animado, el *baronet* contempló el generoso futuro que le concedía.

—¿Podrá quedarse en Raynham, señor? —dijo Richard.

—Sí, hijo mío, cuando la traigas.

—¿Se burla de mí, señor?

—Perdona, ¿qué quieres decir?

—Le pido que la reciba ahora mismo.

—Bueno, no puedo retrasarlo mucho. No quiero que estés lejos de tu felicidad.

—¡Creo que eso tardará algún tiempo, señor! —dijo Richard, suspirando profundamente.

—¿Y qué estupidez te ha inducido a posponerlo y a jugar con tu primer deber?

—¿Cuál es mi primer deber, señor?

—Puesto que estás casado, estar con tu mujer.

«¡También me dijo eso la señora Berry!», se dijo a sí mismo Richard, sin ironía.

—¿La recibiría inmediatamente? —preguntó con decisión.

El *baronet* estaba confuso por cómo se había tomado su gracia. Su mayor expectativa había sido el matrimonio de Richard: la culminación de su

sistema. Richard había destruido esa parte. Ahora buscaba una bonita escena de recompensa: Richard llevándole a su mujer, recibirlos de manera paternal, abrazarlos de forma ostentosa durante un minuto.

—Antes de que vuelvas, no tiene objeto recibirla —dijo.

—Muy bien, señor —respondió su hijo, y se quedó como si no hubiera dicho nada.

—¡Me haces pensar que te arrepientes de tu decisión! —exclamó el *baronet*, y al momento le dolió haberlo dicho. Los ojos de Richard brillaban con fiereza y dolor. Le dolía, pero adivinó algo en su mirada, y no evitó clavarle los ojos y preguntar—: ¿Te arrepientes?

—¿Arrepentirme, señor? —La pregunta descubrió la lucha en el corazón del joven, que una tormenta de lágrimas podría apaciguar, pero que se hundía en el alma como el plomo cuando no llegan las lágrimas. Los ojos de Richard brillaban como el desierto.

—¿Te arrepientes? —repitió su padre—. Me haces dudar. Casi pienso que sí. —Al decirlo, dejó de sentir tanta pena por Richard.

—¡Pregúnteme lo que pienso de ella, señor! ¡Pregúnteme qué es! ¡Pregúnteme cómo he elegido a uno de los ángeles más preciosos de Dios y encadenado a la miseria! ¡Pregúnteme qué es hundir una espada en su corazón y contemplar a esa criatura sangrante! ¿Me arrepiento de eso? ¡Cómo podría no hacerlo! ¿Usted se arrepentiría?

Fijó la vista en su padre con dureza.

Sir Austin parpadeó y enrojeció. ¿Lo comprendía? En la mente hay una cierta terquedad. Vemos y comprendemos o vemos y no comprendemos.

—Dime por qué pasaste de largo esta tarde al verla —dijo con seriedad.

Con la misma voz, Richard respondió:

—Pasé de largo porque no podía hacer otra cosa.

—Es tu mujer, Richard.

—¡Sí, mi mujer!

—¿Y si te hubiera visto, Richard?

—Por suerte, Dios lo evitó.

La señora Doria, ajetreada, con el sombrero y el abrigo de Richard en sus enérgicas manos, se encontró con ellos. Mientras besaba la perpleja frente de su hermano, aparecieron hoyuelos de conmiseración en sus mejillas. Se olvidó del problema de Clare, deplorando su fatuidad.

Sir Austin se vio forzado a dejar marchar a su hijo. Como siempre, pidió consejo a Adrian, y el joven sabio le tranquilizó:

—Alguien le ha besado, señor, y el casto chico no puede superarlo.

Esta absurda sugerencia no apaciguó al *baronet* más que si Adrian le hubiese dado una razón verdaderamente razonable para explicar la conducta de Richard. Le hizo pensar que el chico podría ser algo mojigato debido a las dificultades del sistema.

—Puede que me haya equivocado —dijo—. Quizá me equivoqué al darle tanta libertad durante su período de prueba.

Adrian señaló que era él quien lo había ordenado.

—Sí, sí, es mi culpa.

Su mente aceptaba las culpas más pesadas y, debido a una especie de usura moral, se beneficiaba de ellas.

Apenas se hablaba de Clare. Adrian atribuyó la angustia marital del telegrama de John Todhunter a un dolor de muelas, o quizá a los primeros síntomas de un heredero.

—La mente de esa niña está enferma… No está sana —dijo el *baronet*.

A la vuelta, la señora Berry estaba en el umbral del hotel. Comunicó su deseo de intercambiar unas pocas palabras con el *baronet* y la condujeron a su habitación.

La señora Berry comprimió su persona en la silla que le ofrecieron.

—Bueno, señora, ¿tiene algo que decir? —la instó el *baronet*, pues parecía reacia a comenzar.

—Ojalá no fuera así —dijo la señora Berry, y recordando la regla de comenzar por el principio, siguió—: Me atrevo a decir, *sir* Austin, que no me recuerda, y no pensé, cuando nos despedimos por última vez, que nuestro encuentro sería así. Veinte años no pasan sin dejar huella, no más que veinte bueyes. ¡Es bastante tiempo, veinte años! De todos modos, no llegan a veinte.

—Los números redondos suenan mejor —comentó Adrian.

—¡En esos números redondos un hijo ha crecido y se ha casado! —dijo la señora Berry, yendo directa al grano.

Sir Austin comprendió que tenía ante él a quien había ayudado a su hijo en esa hazaña. Llegó al límite de su paciencia al oír que se dirigía a él por un asunto familiar, pero fue cortés, como siempre.

—Vino a mi casa, *sir* Austin, ¡como un extraño! Si veinte años nos alteran a nosotros en la tierra, ¡cómo alterarán a la gente que cae del cielo! ¡Qué bebé más hermoso era! ¡Tan dulce! ¡Tan fuerte! ¡Tan gordito!

Adrian se rió en voz alta.

La señora Berry hizo una reverencia torpe en su silla y siguió hablando:

—Me gustaría haber mencionado antes mi agradecimiento por no haber dejado de pagar mi pensión, pero sé que *sir* Austin, de Raynham Abbey, no es

de los que les gusta que se pregonen sus bondades. Una pensión ahora es mucho más que antes. Pues una pensión y unas mejillas bonitas y sonrojadas como las que tenía harían picar a muchos hombres, ¡pero no una mujer abandonada!

—Si va al grano, señora, la escucharé —la interrumpió el *baronet*.

—Empezar es lo peor, pero ya está, gracias a Dios. Así que hablaré, *sir* Austin, y diré lo que tengo que decir. ¡Que el señor me dé fuerzas! Creo que nuestras ideas sobre el matrimonio son similares: una vez casado, se está casado de por vida. Ni siquiera me gustan las viudas, pues no hay que pararse en la tumba. Ni en la tumba dejaría de estar casada. Mi marido es mi marido, y si resucito diré, humildemente, que mi Berry es el marido de mi cuerpo; y pensar en dos personas reclamándome me llena de ira. Ésa es mi idea del estado entre un hombre y una mujer. No hay que ceder en el matrimonio, lo sé, y así es, estoy soltera.

El *baronet* contuvo una sonrisa.

—De verdad, buena mujer, da muchas vueltas.

—Le ruego que me disculpe, *sir* Austin, pero quería llegar adonde he llegado, y estoy llegando. Si bastara con reconocer nuestro error, ya estaría hecho, y escrito en el cielo. ¡Oh! ¡Si supiera lo dulce que es! No es cierto que los que provengan de una familia humilde sean indignos, *sir* Austin. Y también tiene sus propias ideas: ¡lee historia! Habla de una forma tan razonable que le sorprendería. Pero, por eso mismo, es presa de las artimañas de los hombres. Está desprotegida. Y es un matrimonio joven. Pero no hay que temerla a ella. Lo que temo es la otra parte. Hay algo en el hombre que le convierte en dios si interfieres, mientras que una mujer se mantiene callada. Es el consuelo lo que le queda, que es a lo que nos referimos por seducción. Mientras que un hombre… ¡es un salvaje!

Sir Austin se volvió hacia Adrian, que escuchaba encantado.

—Bueno, señora, veo que tiene algo en mente. ¿Podría expresarlo de forma más rápida?

—Esto es lo que quiero decir, *sir* Austin. Digo que usted lo crió como a ningún otro joven caballero de Inglaterra, y orgullosa estoy de él. Y, respecto a ella, me arriesgo a decir que ya está hecho y no se ha causado ningún daño. Puede buscar por toda Inglaterra y no encontrará a ninguna doncella como ella. Ya está. Ahora, ¿están juntos como deberían? ¡Oh, no, señor! Han estado separados durante meses. Ella ha estado sola y expuesta. Pueden decir lo que quieran, pero el inocente está más abierto si está sano y seguro de sí mismo. Fui a buscarla y me tomé la libertad de refugiarla en mi casa. ¡Pobre criatura!

Eso se puede hacer con las mujeres. Pero es él, el señor Richard, y sé que estoy siendo atrevida, pero… ¡Dios me salve! Es él, *sir* Austin, en esta gran metrópolis, recién casado. Es él y, no diré nada de ella y de lo bien que lo soporta, aunque le esté carcomiendo por dentro, quien no debería encontrar ningún obstáculo para llevar a cabo su labor. Y yo pregunto, consciente de mi atrevimiento, ¿puede haber, siendo su padre un caballero cristiano, un tira y afloja entre él y su hijo, siendo este último marido y pronto otra cosa? Soy demasiado atrevida. Sé que los hijos deben respetar y obedecer a los padres, pero las palabras del cura están por encima de eso, y ahora están en mi cabeza, y no tengo duda de cuáles son más sagradas en la tierra y en el cielo.

Sir Austin la escuchó hasta el final. Sus ideas sobre la unión entre los sexos eran parecidas. Que le sermoneasen sobre su tema preferido, sin embargo, se le hacía poco agradable, y tener que asentir mentalmente a la doctrina de la vieja dama era humillante, porque no podía afirmar que no la había seguido. Cruzó las piernas, siguió sentado en silencio y se llevó un dedo a la sien.

—Uno se confunde pensando demasiadas cosas —dijo la señora Berry—. Por eso vemos equivocarse a gente lista. Creo que, cuando hay un dilema, lo mejor es rezar al señor y seguir adelante.

La aguda mujer seguía los pensamientos del *baronet*, y le había adelantado y le había quitado la explicación de la boca, con la que le iba a decir a la señora Berry que había actuado siguiendo sus principios, para transferirle una sabiduría que no esperaba que comprendiera.

Por supuesto, se dio cuenta de que sería una pérdida de tiempo explicar algo que estaba por encima de su capacidad.

Le dio la mano y dijo:

—Mi hijo ha salido de la ciudad para ver a su prima, que está enferma. Volverá en dos o tres días, y después ambos vendrán a verme a Raynham.

La señora Berry le tomó las puntas de los dedos y se arrodilló de forma perpendicular.

—Esta mañana, en el parque, pasó junto a ella como un extraño —musitó.

—¿Eh? —dijo el *baronet*—. Bueno, sí. Estarán en Raynham antes de que termine la semana.

La señora Berry no estaba del todo satisfecha.

—¿No pasó de largo junto a su bella esposa por su propia voluntad, *sir* Austin?

—Le ruego que no se entrometa más, señora.

La señora Berry hizo una reverencia con su pesado cuerpo antes de salir de la habitación.

—Bien está lo que bien acaba —se dijo—. Preguntar directamente a los hombres nunca sale bien. ¡Quieren que los veamos como la divina providencia! ¡Gracias al cielo que me quedé con el bebé!

Según la señora Berry, el bebé era la victoriosa reserva.

Adrian le preguntó a su jefe qué pensaba de semejante mujer.

—Creo que no he conocido a ninguna mejor en toda mi vida —dijo el *baronet*, mezclando elogio con sarcasmo.

Clare estaba en la cama tan plácida como los días en los que respiraba, con las manos blancas extendidas a lo largo de las sábanas, en paz de pies a cabeza. Ya no necesitaba más hierro. Richard se vio frente a frente con la muerte por primera vez. Vio la escultura de arcilla. La chispa se había ido.

Clare le dio la bienvenida de los muertos a su madre. Esta niña no había dicho más que clichés mientras estuvo viva. Estaba muerta, y nadie conocía su enfermedad. En su cuarto dedo había dos anillos de boda.

Las horas de llanto silenciaron la angustia de la madre, y, con ese consuelo, señaló algo a Richard, murmurando en la cámara de la muerta. Era su anillo perdido, el que Clare llevaba. El marido de Clare le dijo que su última petición había sido que no le quitaran ningún anillo. Clare lo había escrito, no lo había dicho.

«Le ruego a mi marido y a todas las amables personas que cuiden de mí hasta que llegue a la tumba que me entierren dejando mis manos como están».

Su escritura mostraba el tormento físico al escribirlas en un trozo de papel que se encontró bajo la almohada.

Sorprendido, pensando en la sombría mano de Clare, Richard se paseó por la casa arriba y abajo; dio vueltas junto a la horrible habitación, temiendo entrar y reticente a marcharse. El secreto que Clare había enterrado en vida había resucitado con su muerte. Lo vio brillar como el fuego sobre sus rasgos de mármol. El recuerdo de su voz era un cuchillo para sus nervios. La frialdad con que la había tratado se volvió contra él en tono acusatorio; su docilidad era una amarga culpa.

El cuarto día, por la tarde, la madre fue a su habitación, tan pálida que se preguntó si podía pasar algo peor a una madre que la pérdida de una hija. Ahogándose en sus palabras, le dijo:

—Lee esto. —Le lanzó un pequeño cuaderno con tapas de piel.

Lo abrió temblando. No le dijo qué era, pero le pidió que no lo abriera hasta que se hubiera marchado.

—Dime —dijo— qué piensas. John no debe enterarse. ¡No tengo a nadie con quien consultarlo salvo tú, Richard!

En la primera página ponía «Mi diario», con la letra redonda e infantil de Clare. El primer nombre que encontró fue el suyo.

«Hoy Richard cumple catorce años. Le he hecho un monedero y lo he puesto bajo la almohada, porque le van a regalar mucho dinero. Ahora me ignora porque tiene un amigo. Es muy feo, pero Richard no, y nunca lo será».

Registraba los hechos de ese día, y terminaba con una oración infantil escrita por él. Poco a poco, vio cómo crecía en su propia historia. Según pasaban los años, ella miraba hacia atrás, y recordaba cosas triviales sobre él.

«Fuimos al campo y recogimos prímulas, y nos las tiramos el uno al otro, y le dije que solía llamarlas "brasas del sueño" cuando era un bebé, y se enfadó conmigo, porque no le gusta que le diga que él también fue un bebé».

Recordó el incidente, y recordó su estúpido desdén ante el dulce afecto que ella le mostraba. ¡Pequeña Clare! ¡Cómo vivió ante él con sus vestidos blancos de lazos rosas, con sus dulces ojos negros!

Arriba, yacía muerta. Siguió leyendo:

«Mamá dice que no hay nadie en el mundo como Richard, y estoy segura de que no hay nadie así en el mundo. Dice que va a convertirse en general y que irá a la guerra. Si hace eso, me vestiré de chico para irme con él, y no me reconocerá hasta que esté herida. Oh, por favor, que nunca, nunca, le hagan daño. Me pregunto qué sentiría si Richard muriera».

Arriba, Clare yacía muerta.

«La señora Blandish dice que Richard y yo nos parecemos. Richard dijo: "Espero no llevar la cabeza gacha como ella". Está enfadado conmigo porque no miro a la gente a la cara al contestar, pero no estoy mirando las musarañas».

Sí. Le había dicho eso. Al recordarlo, sintió un escalofrío.

Después se había descubierto que Richard escribía poesía. Leyó uno de los antiguos poemas, cuando estaba lleno de ambición:

Había transcrito todos los versos. «Él es el humilde caballero —explicaba Clare al final—, y su dama, una reina. Cualquier reina dejaría su corona por él».

Llegó al momento en el que Clare se marchó de Raynham con su madre.

«Richard no sintió el hecho de perderme. Le gusta estar con chicos y hombres. Algo me dice que no volveré a Raynham. Dijo: "Adiós, Clare" y me besó en la mejilla. Richard nunca me besa en los labios. No sabe que fui a su cama y lo besé mientras dormía. Duerme con un brazo bajo la cabeza y el otro

fuera. Le aparté un mechón de pelo que tenía en los ojos. Quería cortárselo. Tengo un trozo. No dejo que nadie vea que estoy triste. Dicen que necesito hierro. Estoy segura de que no. Me gusta escribir mi nombre. Clare Doria Forey. El de Richard es Richard Doria Feverel».

El corazón empezó a latirle más rápido. ¡Clare Doria Forey! Conocía el sonido de ese nombre. Lo había oído en algún sitio. Sonaba dulce y suave, tras las colinas de la muerte.

Las lágrimas le impedían seguir leyendo. Era medianoche. La hora parecía pertenecerle. El terrible silencio y la oscuridad eran de Clare. La voz de Clare, clara y fría desde la tumba, lo poseía.

Con dolor y los ojos ciegos, siguió leyendo las desalentadas páginas. Hablaba de su matrimonio y de su búsqueda del anillo.

«Sabía que era suyo. Sabía que iba a casarse esa mañana. Lo vi junto al altar mientras se reían en el desayuno. ¡Su mujer debe de ser tan bella! ¡La mujer de Richard! Quizá me quiera más ahora que está casado. Mamá dice que hay que separarlos. Es vergonzoso. Si puedo ayudarle, lo haré. Rezo para que sea feliz. Espero que Dios oiga los rezos de una pobre pecadora. Peco mucho. Nadie lo sabe como yo. Dicen que soy buena, pero yo no estoy segura. Cuando miro al suelo no busco gusanos, como dijo él. ¡Oh, Dios, perdóname!».

Después hablaba de su matrimonio, y de que veía un deber obedecer a su madre. Lo seguía un espacio en blanco.

«He visto a Richard. Me desprecia», ponía en la siguiente entrada.

Leyó atentamente y la delicada escritura femenina lo condujo, como un hilo negro, a una terrible conclusión.

«No puedo vivir. Richard me desprecia. No puedo soportar mi tacto o la visión de su rostro. ¡Oh! Ahora lo entiendo. No debería haberme besado así la última vez. Deseé morir cuando su boca estaba contra la mía».

Y más: «No tengo escapatoria. Richard dijo que preferiría morir antes que soportarlo. Sé que es cierto. ¿Por qué debería tener miedo de hacer lo que haría él? Creo que, si mi marido me pegase, podría soportarlo mejor. Es muy amable, y trata de hacerme feliz. Muy pronto será muy infeliz. Paso la noche rezándole a Dios. Pienso que cuanto más rezo, más pierdo mi fe».

Richard dejó el libro abierto sobre la mesa. En su cerebro surgían figuras fantasmales. ¿Clare se tomaba en serio sus palabras? ¿Estaba muerta…? Apartó ese pensamiento.

Volvieron las figuras, y seguía leyendo:

«La una menos cuarto. Mañana a esta hora no estaré viva. No volveré a ver a Richard. Anoche soñé que estábamos juntos en el campo, y que caminaba rodeándome la cintura. Éramos niños, pero yo pensaba que estábamos casados y le enseñaba su anillo, y él decía: “Si lo llevas siempre, Clare, serás tan buena como mi mujer”. Juré llevarlo siempre. No es culpa de mamá. No cree que Richard y yo hagamos estas cosas. No es un cobarde, ni yo tampoco. Odia a los cobardes.

»Le he escrito a su padre para hacerlo feliz. Quizá cuando muera oiga mis palabras.

»Oigo a Richard llamarme: “Clare, ven conmigo”. Seguro que no se ha ido. No sé adónde voy. No puedo pensar. Tengo mucho frío».

Hacia el final, las palabras eran más grandes y escalonadas, como si su mano no pudiera controlar la pluma.

«Sólo recuerdo a Richard como un niño. Un niño grande y pequeño. No estoy segura de cómo es su voz. Sólo recuerdo ciertas palabras. “Clari” y “don Ricardo”, y su risa. Se divertía mucho. Una vez nos reímos todo el día revolcándonos juntos por el heno. Luego tuvo un amigo, y comenzó a escribir poesía, y a ser orgulloso. Si me hubiera casado con un hombre joven, me habría perdonado, pero yo no habría sido más feliz. Creo que he muerto. Dios nunca me ha cuidado.

»Han pasado las dos. Afuera las ovejas están balando. Debe de hacer mucho frío. Adiós, Richard».

Comenzaba y terminaba con su nombre. Consigo misma, Clare no era excesivamente comunicativa. El cuaderno era fino y, sin embargo, sus diecinueve años de existencia habían dejado la mitad de las hojas en blanco.

Esas últimas palabras lo empujaron irresistiblemente a mirarla. Allí estaba, la misma Clare impasible. Por un momento se preguntó si no se había movido; para él se había trasformado tanto… Ella, que acababa de llenar sus oídos con extrañas noticias, ¡era imposible creerla muerta! Parecía haberle hablado durante toda su vida. Miró su corazón inmóvil.

Expulsó a los vigilantes de la habitación y se quedó a solas con ella, hasta que la sensación de muerte le oprimió, y el impacto que le había causado lo mandó hacia la ventana en busca del cielo y de las estrellas. Bajo un amplio pino, cubierto de rocío helado, oyó al líder del rebaño en el paisaje silencioso. Sonaba como la muerte en vida.

La madre lo encontró rezando a los pies de la cama de Clare. Se arrodilló a su lado y rezaron, y los sollozos los sacudieron, pero no derramaron muchas

lágrimas. Tenían un oscuro e innombrable secreto. Rezaron para que Dios la perdonase.

Enterraron a Clare en el panteón familiar de los Todhunter. Su madre no expresó deseos de que fuera enterrada en Lobourne.

Después del funeral, los unió lo que sólo ellos sabían.

—Richard —le dijo—, me ha sucedido lo peor. No tengo a nadie a quien querer salvo a ti, cielo. Hemos estado luchando contra Dios, y esto… ¡Richard! Vendrás conmigo y te reunirás con tu mujer, y le ahorrarás a mi hermano este sufrimiento.

Respondió con la voz rota:

—La he matado. Ella me veía como soy. No puedo ir contigo a buscar a mi mujer, porque no merezco tocar su mano y, si voy, lo haría para silenciar el desprecio que me tengo a mí mismo. Ve tú y, cuando pregunte por mí, dile que llevo una muerte en mi corazón y que… ¡No! Dile que estoy fuera, buscando algo que limpie mi alma. Si lo encuentro, volveré a por ella. Si no, ¡que Dios nos ampare!

Ella no tuvo fuerza de replicar sus solemnes palabras, o de obligarle a quedarse; así que se marchó.

Capítulo XLI

Un hombre barbudo saludó al joven sabio Adrian bajo el resplandor de Piccadilly con una palmadita en el hombro. Adrian se volvió lentamente.

—¿Quieres ponerme a prueba, querido amigo? No soy como los demás, por suerte, o me hubieras dejado en el sitio. ¿Cómo estás?

Era la bienvenida a Austin Wentworth, después de una larga ausencia.

Austin le cogió del brazo y le preguntó cómo iban las cosas, con el hambre de quien ha estado fuera de la civilización cinco años.

—Los whigs han abandonado al fantasma, querido Austin. El británico recibirá la perla de la libertad: el voto. Han avisado con tiempo a la aristocracia para que lo deje. La monarquía y el viejo Madeira se van, llegan vinos del Cabo y de Demos. Lo llaman reforma. Así que, como ves, tu ausencia ha forjado maravillas. Vete otros cinco años y volverás para ver estómagos arruinados, candelabros rotos, descontento general y una igualdad perfecta de postración universal.

Austin le concedió una carcajada.

—Quiero saber qué tal os va a vosotros. ¿Cómo está Ricky?

—Ya conoces su… ¿cómo se dice cuando los novatos saltan sobre los cubos de las lecheras? Por cierto, es una mujercita encantadora, ¡presentable! Parecida a la rosa bañada en leche de Anacreonte. Todo el mundo creyó que el sistema moriría con ella. Y no es así. Ni un poquito. Siguió floreciendo a pesar de todo. Ahora se está consumiendo, escuálida, delgada, salvaje ¡como un fantasma! Me he escapado de Raynham esta mañana para no verlo. He traído a nuestro estupendo tío Hippias a la ciudad. ¡Es un maravilloso compañero! Le dije: «Ha sido una buena primavera, —y me contestó—: ¡Ugh! Llega un momento en que la primavera es vieja». Deberías haber oído cómo pronunció la palabra «vieja». Sentí que algo en mí se extinguía al oírlo.

En la lucha de la vida, querido Austin, nuestro tío ha sido injustamente golpeado con un cinturón. Resguardémonos allí, y cenemos.

—Pero ¿dónde está Ricky y qué hace? —dijo Austin.

—¿Qué hace? ¡El milagroso niño ha tenido un bebé!

—¿Un hijo? ¿Richard tiene un hijo? —Los ojos claros de Austin brillaron de alegría.

—Supongo que no es común entre tus salvajes tropicales. Tiene uno, y es tan grande como dos. Ha sido el golpe que ha terminado con el sistema. Soportó el matrimonio, pero el bebé fue demasiado. Si se pudiera tragar al bebé, viviría. Ella, la maravillosa mujer, ha dado vida a un hermoso niño. Te aseguro que es divertido ver al sistema abriendo la boca cada hora del día, intentando tragárselo, consciente de que sería un remedio, o una feliz liberación.

Gradualmente Austin iba comprendiendo el comportamiento del *baronet*, y sonrió con tristeza.

—¿Cómo ha salido Ricky? —preguntó—. ¿Qué carácter tiene?

—El pobre chico está arruinado por un exceso de angustia. ¿Carácter? Tiene el carácter de una bala con triple de carga de pólvora. Su entusiasmo es la pólvora. ¡Ese chico se entusiasma por todo! Iba a reformar el mundo, como tú, Austin. Es culpa tuya. Por desgracia, comenzó por el lado femenino. Cupido estará orgulloso de haber matado a Apolo, o Plutón quiere atraer a gente a su reino si lo prefieres, atacando a criaturas inocentes y agradecidas y besándolas por su buen trabajo. ¡Oh, qué horror! No esperaba eso. Piensa en el sistema en carne y hueso y tienes a nuestro Richard. Las consecuencias son que Peri se niega a entrar en el paraíso, aunque tenga las puertas abiertas, suenen las trompetas y la bella inmaculada lo espere con sus frutos. Lo último que supimos de él es que estaba en aguas alemanas, preparándose para liberar a Italia de los teutones. Esperemos que lo ayuden. Está en compañía de la señora Judith Felle, tu vieja amiga, la apasionada radical que se casó con un decrépito para cumplir sus principios. Siempre se casan con lores ingleses, o con príncipes extranjeros. Admiro sus tácticas.

—Judith no es buena para él en un estado así. Me cae bien, pero es demasiado sentimental —dijo Austin.

—Supongo que el sentimentalismo la llevó a casarse con el viejo lord. Me gusta su sentimentalismo, Austin. La gente sentimental vive mucho y muere gorda. Los sentimientos, eso sí, matan, porque los sentimientos engañan a la experiencia; el dulce corazón de quien los acarrea es envidiable. ¡Quién pudiera!

—No has cambiado nada, Adrian.

—No soy un radical, Austin.

Adrian siguió contestando sus preguntas con un discurso metafórico, dándole a entender que el *baronet* esperaba a su hijo con paternidad ofendida, como una estatua, antes de recibir a su nuera y su nieto. Eso quería decir Adrian de los esfuerzos que hacía el sistema para tragarse al bebé.

—Estamos en un lío —dijo el joven sabio— del que nos sacará el tiempo, espero. Si no, ¿para qué sirve el venerable señor?

Austin caviló unos instantes y preguntó dónde vivía Lucy.

—Iremos a verla pronto —dijo Adrian.

—Voy a verla ahora —dijo Austin.

—Bueno, iremos cuando cenemos.

—Dame su dirección.

—De verdad, Austin, tienes la barba demasiado larga —comentó Adrian—. ¿No te importa no comer? —rugió, fingiendo estar dolido—. Me atrevo a decir que no. Seguro que el bebé está muy rico. Ve, anda, caníbal. La cena es a las siete.

Adrian le dio la dirección de Lucy, y se fue a dar un paseo.

Por la noche, la señora Berry había visto a un extraño en su taza de té. Al introducir los dedos y darle una bofetada, había dado un salto y había indicado que vendría al día siguiente. Lo olvidó con el ajetreo de sus quehaceres y la absorción de sus facultades en pensamientos que la incomparable Lucy le había presentado, hasta que llamaron a la puerta y lo recordó.

—¡Aquí está! —gritó, corriendo a abrir—. ¡Ése es el extraño que vi!

Nunca antes la fe de una mujer estuvo tan justificada por los presagios. El extraño deseaba ver a la señora de Richard Feverel. Dijo que se llamaba Austin Wentworth. La señora Berry entrelazó los dedos de las manos, exclamando:

—¡Al fin ha venido!

Y salió corriendo de la casa a mirar arriba y abajo de la calle. Después volvió excusándose por su mala educación y dijo:

—Esperaba que volviera a casa, señor Wentworth. Cada día, dos veces, va a dar un paseo con su angelito. ¡No quiere dejar al niño con niñeras! ¡Es una madre! ¡Y tiene buena leche también, gracias a Dios! Aunque su corazón está tan triste…

Dentro, la señora Berry explicó quién era, contó la historia de la joven pareja y su participación, y admiró la barba:

—¡Aunque juraría que no la lleva de adorno! —dijo, hiriendo su orgullo masculino.

Finalmente, la señora Berry habló de las complicaciones familiares y, con la cabeza gacha y las manos unidas, dijo lo que pensaba de Richard.

Mientras Austin daba una opinión más optimista sobre el asunto, Lucy entró precedida por el bebé.

—Soy Austin Wentworth —dijo, tomándola de la mano.

Se leyeron los rostros y se sonrieron con familiaridad.

—¿Te llamas Lucy?

Asintió con suavidad.

—Yo me llamo Austin, como ya sabes.

La señora Berry dio tiempo para que los encantos de Lucy lo conquistaran, y presentó al bebé de Richard, quien, al ver un rostro nuevo, dejó que lo contemplaran antes de comenzar a llorar y de llamar a la madre naturaleza por algo que ya le tocaba.

—¿No es precioso? —dijo la señora Berry—. ¿No se parece a su padre? No hay duda de eso, precioso. Mira sus puños. ¿No es apasionado? ¿No es un espléndido gritón? ¡Oh! —Lo miró embelesada y comenzó a hablar en el idioma de los bebés.

Un muchacho estupendo, desde luego. La señora Berry mostró sus piernas para que hubiera más pruebas, deseando que Austin confirmara que eran como patatitas.

Lucy se excusó y se llevó al espléndido gritón de la habitación.

—Podría hacerlo aquí —dijo la señora Berry—. No hay nada más hermoso. ¡Si su querido marido pudiera verlo! Está realizando sus hazañas… Quiere hacerlo todo. Pienso que nunca hará nada mejor que este bebé. Deberías haber visto a su tío con el bebé. Vino aquí porque le dije: «Querida, tienes que ver a tu familia». Y ella estaba de acuerdo. Vino, vio al bebé y fue la alegría de su corazón. ¡Pobrecillo! Lloró, lloró de verdad. Debería haber visto al señor Thompson, señor Wentworth, un amigo del señor Richard, un modesto y joven caballero. La adora en su inocencia. Es increíble verlo con el bebé. Creo que es infeliz porque no puede ser siempre su niñera. ¡Oh, señor Wentworth! ¿Qué piensa de ella, señor?

La respuesta de Austin fue todo lo satisfactoria que le permitía su parquedad habitual. Oyó que la señora Feverel estaba en la casa, y la señora Berry lo preparó para presentarle sus respetos. Después la señora Berry se fue con Lucy, y la casa vibró llena de vida. Las simples criaturas sentían algo bueno en presencia de Austin.

—No habla mucho —dijo la señora Berry—, pero veo en sus ojos que es un hombre de palabra. No es uno de esos burgueses charlatanes que engañan a todo el mundo.

Lucy presionó al lactante contra su pecho.

—Me pregunto qué piensa de mí, señora Berry. No pude hablar con él. Lo quise antes de conocerlo. Sabía cómo era su cara.

—Es decente hasta con barba, y eso es difícil para un hombre virtuoso —dijo la señora Berry—. Una puede verlo a través de todo ese pelo. ¡Mira! Pensará lo que cualquier hombre pensaría: a pesar de todo, estás amamantando tu dolor, hija mía, ¡y mi Berry hablaba de sus matronas romanas! ¡Aquí hay una mujer inglesa a su altura! Eso es lo que piensa. Y ahora, límpiate las lágrimas, querida, que viene.

La señora Berry no esperaba otra cosa; Lucy sólo esperaba estar cerca del mejor amigo de Richard. Cuando se sentaba a cenar lo hacía sintiendo que esa pequeña habitación en la que vivía sería su hogar muchos días.

Un morro, cocinado por la señora Berry, fue la cena de Austin. En la mesa, las entretuvo con anécdotas de sus viajes. La pobre Lucy no tuvo la tentación de conquistar a Austin. Ya no tenía esa debilidad heroica.

La señora Berry había dicho:

—Tres tazas, no más.

Y Lucy había rechazado tomar más té cuando Austin, que les hablaba de la jungla brasileña, le preguntó si era buena viajera.

—Quiero decir, ¿podrías marcharte dentro de un minuto?

Lucy dudó, y luego dijo:

—Sí —con decisión, a lo que la señora Berry añadió que no era «una mujer de equipaje».

—Antes había un tren a las siete —dijo Austin, mirando su reloj.

Las dos mujeres se quedaron en silencio.

—¿Podrías estar lista para venir conmigo a Raynham en diez minutos?

Austin las miró como si hubiera hecho una pregunta normal.

Lucy abrió los labios. No pudo responder.

La señora Berry soltó la taza de té causando un estruendo.

—¡Qué felicidad! —exclamó, con la voz entrecortada.

—¿Vendrás? —volvió a preguntar Austin con amabilidad.

Lucy trató de frenar los latidos acelerados de su corazón y contestó:

—Sí.

La señora Berry, con astucia, fingió interpretar la indecisión en su tono de voz susurrando:

—Está pensando qué hacer con el bebé.

—Tiene que aprender a viajar —dijo Austin.

—¡Oh! —dijo la señora Berry—. ¡Yo seré su niñera, lo cuidaré! ¡Angelito! ¡Oh, piensa en ello! ¡Volveré a ser niñera en la abadía de Raynham! Pero ahora un poco más crecidita. Vamos.

Se levantó a toda prisa, temiendo que el retraso pudiera enfriar la decisión de los cielos. Austin sonrió y miró de reojo a Lucy. Deseaba hacerle mil preguntas. Su rostro la tranquilizó, y dijo:

—Me visto en un minuto. —Y salió de la habitación.

Hablaron, fueron de un lado para otro preparando las maletas, recogiendo, asegurándose de estar limpias. Estuvieron listas en el tiempo que les dio Austin, mientras la señora Berry canturreaba al bebé junto a la puerta.

—Se dormirá —dijo—. Ya ha tenido suficiente, y siempre duerme después de cenar.

Antes de irse, Lucy fue a despedirse de la señora Feverel. Volvió a por el pequeño.

—Un momento, señor Wentworth.

—Dos minutos —dijo Austin.

Se llevó al pequeño Richard y, al volver, Lucy tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Piensa que no lo va a volver a ver, señor Wentworth.

—Lo verá —dijo Austin simplemente.

Se fueron, y con Austin junto a ella, Lucy no reflexionaba en el acto de valentía que estaba realizando.

—Espero que el bebé no se despierte. —Era su principal preocupación.

—¡Él! —gritó la niñera Berry, tras ellos—. Su tripita está llena. ¡Cordero! ¡Pajarito! ¡Mi amor! Y no se despierta hasta que tiene hambre. ¡Menudo carácter tiene, es un bendito!

Algunas ciudadelas sólo pueden ser tomadas por la tormenta. El *baronet* estaba en su biblioteca, solo, harto de resistir, y disfrutando el orgullo de no rendirse; un horror para él y sus amigos. Al oír el nombre de Austin, levantó la vista del libro y tendió su mano.

—Me alegro de verte, Austin.

Su apariencia indicaba una total seguridad. Inmediatamente se vio superado.

Fue el grito de la señora Berry lo que le indicó que, además de Austin, había más gente en la habitación. Lucy estaba detrás de la lámpara; la señora Berry, cerca de la puerta medio abierta. Al pasar, podría verse la figura

petrificada de un hombre apuesto. El *baronet* miró a la señora Berry por encima de la lámpara, significación de la personalidad de una mujer. Austin dio un paso atrás para tomar de la mano a Lucy y llevarla hasta él.

—He traído a la mujer de Richard, señor —dijo con un rostro apacible que lo desarmó.

Pálida y temblorosa, Lucy hizo una reverencia. Sintió que le cogían las dos manos, y oyó una voz amable. ¿Pertenecía al terrible padre de su marido? Alzó la vista, nerviosa. Sus manos seguían atrapadas. El *baronet* contempló la elección de Richard. ¿Había tenido un rival con aquellos ojos tan puros? Vio su dolor en la frente y, murmurando gentiles preguntas sobre su salud, le ofreció una silla. La señora Berry ya se había desplomado en una.

—¿Dónde quiere que esté su dormitorio? ¿Hacia el este? —preguntó el *baronet*.

Lucy, maravillada, se preguntó en voz alta:

—¿Voy a quedarme?

—Quizá sea mejor que ocupe el dormitorio de Richard —siguió—. Desde ahí se ve el valle de Loboure y entra aire fresco por la mañana. Se sentirá como en casa.

Lucy se sonrojó. La señora Berry tosió, como diciendo: «¡El día es nuestro!». Sin duda, por extraño que fuera, habían derribado el fuerte.

—Lucy está bastante cansada —dijo Austin, y al oír que la llamaban con su nombre de pila se le humedecieron los ojos.

El *baronet* estaba a punto de tocar la campanilla.

—Pero ¿has venido sola? —preguntó.

Entonces la señora Berry se levantó y fue hacia él. No de forma inmediata, pues le costó trabajo moverse, y, cerca de la lámpara, notaron su agitación. El pequeño fardo se removía en sus brazos.

—Por cierto, ¿qué es para mí? —preguntó Austin, desvelando a la esperanza más joven de Raynham—. Mi parentesco no está tan definido como el suyo, señor.

Un observador podría pensar que el *baronet* había echado un vistazo a su nieto con la cortés irreverencia de quien sólo pretende hacer un cumplido a la madre.

—De verdad, creo que se parece a Richard —Austin se rió.

Lucy lo miró como queriendo decir: ¡estoy segura de que es como Richard!

—Se le parece mucho —murmuró la señora Berry, febril. Pero, como el abuelo no decía nada, se armó de valor y dijo—: Tan sano como su padre, *sir*

Austin, a pesar de todo. Puntual como el reloj. Ya no necesitamos reloj desde que está con nosotros. Sabemos la hora de día y de noche.

—¿Le alimenta usted misma, por supuesto? —preguntó el *baronet* a Lucy, y eso le satisfizo.

La señora Berry iba a mostrar las prodigiosas piernecitas. Lucy, temiendo el consecuente efecto en los prodigiosos pulmones, le rogó que no lo despertara.

—Costaría mucho hacerlo —dijo la señora Berry, y siguió hablando de la salud del señor Richard, de lo maravillosa que era, teniendo en cuenta la calidad de su dieta y las pródigas atenciones de su madre. Luego, repentinamente, se quedó callada, exhalando un largo suspiro.

—Parece sano —dijo el *baronet*—, pero no sé juzgar a los bebés.

Así, habiendo capitulado, Raynham reconoció a su nueva comandante, que fue llevada, con instrucciones al ama de llaves, a la habitación que Richard había ocupado cuando era pequeño.

Austin no pensó en el éxito.

—Es extremadamente bella —dijo el *baronet*.

—Una persona que gusta nada más verla —respondió, y ahí se acabó la conversación.

Pero un coloquio más animado se llevaba a cabo en el piso de arriba, donde Lucy y la señora Berry charlaban a solas. Lucy esperaba que hablase de la recepción que habían tenido, y de la casa y las habitaciones, y de la sólida felicidad que parecía reinar allí. La señora Berry, mientras tanto, persistía en contemplar el espejo. Lo primero que dijo fue:

—¡Querida! Sea sincera y dígame, ¿qué tal estoy?

—Muy bien, señora Berry. Pero ¿puede creer que haya sido tan amable, tan considerado?

—Parezco un espantajo —respondió Berry—. ¡Oh, querida! Dos pájaros de un tiro. ¿Qué piensa ahora?

—Nunca vi un parecido tan increíble —dijo Lucy.

—¡Parecido! Mírame. —La señora Berry temblaba y le sudaban las palmas de las manos.

—Tiene fiebre, querida Berry. ¿Qué le pasa?

—Mariposas de amor. Como si volviera a ser joven, querida.

—Váyase a la cama, Berry, querida —dijo Lucy, con dulzura—. Yo la desvestiré y la cuidaré. Ha sido un día lleno de emociones.

—¡Ja, ja! —Berry rió histérica—. Piensa que es por lo suyo. Esto es un juego de niños, cielo. Pero no quiero tragedias esta noche. ¡No puedo dormir

en esta casa, mi amor!

Lucy estaba sorprendida.

—¿No quiere dormir aquí? ¡Oh! ¿Por qué? ¡Qué tontería! Ya lo sé.

—¿Ah sí? —dijo la señora Berry, escéptica.

—Le dan miedo los fantasmas.

—Me dan miedo cuando miden dos metros y chillan cuando les pinchas las pantorrillas. ¡He visto a mi Berry!

—¿A su marido?

—¡Vivito y coleando!

Lucy pensó que deliraba, pero la señora Berry lo describió como el coloso que las había acompañado a la biblioteca, y juraba que la había reconocido.

—El tiempo no ha pasado por él —dijo la señora Berry—, ¡mientras que yo…! Tiene una excusa. Estoy hecha un espantajo.

Lucy le dio un beso.

—Está preciosa, querida.

—No insista, querida.

—¿Y su marido está aquí de verdad?

—¡Está abajo!

Al decirlo de forma tan profunda acabó con todo vestigio de incredulidad.

—¿Y qué va a hacer, señora Berry?

—Irme, querida. Dejarle que sea feliz. Ya se terminó. Lo sé. Cuando entré en la casa, sentí que se me venía algo encima, y ¡vea! En cuanto estuvimos en el pasillo… Si no hubiera sido por la querida criatura, me habría desmayado. Conozco sus pasos, y mi corazón comenzó a latir muy rápido. No estaba bien peinada, porque el señor Wentworth tenía mucha prisa. Tampoco es mi mejor vestido. Sabía que me despreciaría. Odia a los espantajos.

—¡Despreciarla! —gritó Lucy, enfadada—. ¡Él, que se ha portado tan mal!

La señora Berry intentó levantarse.

—Será mejor que me marche —gimió—. Si lo veo, me convertiré en una desgracia para mí misma. ¿Lo vio, querida? Sé que le molesté a veces. Esos hombres tan grandes son tan sensibles con su dignidad… Es normal. ¡Escuche! Me estoy derrumbando por momentos. Déjeme que me vaya, querida. Fue mi culpa. Las mujeres jóvenes no entienden a los hombres, o no del todo, y yo era muy joven, y pasa lo que pasa y nadie responde de ello. Sienten, me atrevo a decir, que los empujan. Sí. Me voy. Soy un espantajo. Me voy. No es normal dormir en la misma casa.

Lucy cogió a la señora Berry por los hombros y la obligó a sentarse.

—¿Irse, querida? Le digo que vendrá a usted, y se pondrá de rodillas, y le pedirá perdón.

—¡Berry de rodillas!

—¡Sí! Y le rogará que lo perdone.

—Si consigue sacarle algo más a Martin Berry que un susurro, será una maravilla —dijo la señora Berry.

—Ya veremos —dijo Lucy, decidida a hacer algo por la buena criatura que tanto la había ayudado.

La señora Berry examinó su vestido.

—¿No parecerá que lo estoy persiguiendo? —musitó.

—Es su marido, señora Berry. Puede que quiera venir a verla.

—¡Oh! ¿Dónde ha quedado lo que le iba a decir a ese hombre cuando lo viera? —exclamó Berry. Lucy se había marchado.

Al salir y cerrar la puerta, se encontró con una mujer vestida de negro, que la detuvo y le preguntó si era la mujer de Richard, y la besó, y se fue inmediatamente. Lucy envió un mensaje a Austin donde le contó la historia de Berry. Austin fue a buscar al hombre y le dijo:

—¿Sabes que tu mujer está aquí?

Antes de que Berry pudiera decir nada, fue enviado al piso de arriba y, cuando su joven ama caminó decidida, Berry no pudo negarse a seguirla.

La señora Berry le contó a Lucy lo que había pasado esa noche.

—Comenzó como siempre, querida, y me dijo: «Soy Martin Berry», con simpleza. Eso dijo, y después se arrodilló. No podía creerlo. Mantuve mi dignidad como mujer hasta que vi eso, pero pudo conmigo. Me encontraba en sus brazos antes de que pudiera darme cuenta. Hay algo en un hombre de rodillas que es demasiado para una mujer. Y de verdad era el penitente arrodillado, no el amante. ¡Lo decía de verdad! Pero ¡ah! ¿Qué cree que me pidió, querida? Que no se supiera en la casa. No puedo decir que esto pinte bien.

Lucy lo atribuyó a la vergüenza que sentía por su conducta, y la señora Berry hizo lo que pudo para verlo de ese modo.

—¿Le dio un beso el *baronet* cuando le deseó buenas noches? —le preguntó.

Lucy dijo que no.

—Entonces, quédese despierta tanto como pueda —replicó—. Y recemos por ese hombre que hace tanto pero que habla tan poco.

Como otras personas, la señora Berry era tonta sólo en lo que concernía al corazón. Como lo había anticipado, el *baronet* entró en la habitación cuando

todo estaba en silencio. Lo vio agacharse sobre Richard II y observarle. Luego entreabrió la puerta de la habitación donde dormía Lucy, apoyó la oreja un momento, llamó suavemente y entró. La señora Berry oía que hablaban en voz baja. No entendía lo que decían, pero lo sabía: «La ha llamado hija, le ha prometido hacerla feliz, le ha dado un beso de padre». Cuando *sir* Austin pasó junto a ella, dormía profundamente.

Capítulo XLII

Briario[27] se enrojecía furioso sobre el mar. ¿Quién era ese vaporoso titán? Y Hespero[28] sentada sobre su guirnalda rosada. ¿Por qué parecía tan implacablemente dulce? Alguien había dejado su casa llena de luz para seguir adelante y hacer trabajos oscuros, y había manchado su honra y no se atrevía a regresar. Lejos, en el oeste, la bella Lucy lo llamaba. ¡Ah, cielos! ¡Si pudiera! ¡Qué fuerte y fiera es la tentación! ¡Qué sutil el deseo que no deja dormir! Nublaba su razón, su honor. Pues él la amaba, y ella seguía siendo su primera y única mujer. Si no, ¿sería esta mancha un infierno para él? ¿Seguirían atados sus miembros mientras lo espera con los brazos abiertos? Y si la amaba, ¿por qué había caído tan bajo? ¿No es el amor la llave de la felicidad? Eso decimos, pero aquí tenemos a quien su cuerpo era un templo para él, y había sido profanado.

¡Un templo profanado! ¿Para qué sirve, sino para bailar con el diablo? Eso lo llevó a pensar en su educación.

No podía culpar a nadie, salvo a su propia bajeza. Pero no había caído tan bajo para disfrutar de esa bajeza.

¡Ah, feliz hogar inglés! ¡La dulce mujer! ¿Qué miserable locura de la imaginación lo había alejado de ti, enajenado? ¡Pobrecillo! Él, que creía ser un gigante luchando contra los dioses absolutistas. Júpiter le hizo un encargo a la Dama Riente. Ella lo encontró y él ¿destrozó el Olimpo? ¿Riéndose?

Era mejor ser Orestes, con las furias aullando en sus oídos, que alguien a quien un alma bendita llama sin poder acudir. No tenía el olvido de la locura. Vestido con la luz de su primera pasión, con el esplendor de los viejos cielos, la encontraba en todas partes —por la mañana, por la tarde, por la noche— y ella brillaba sobre él, lo abordaba en la profundidad del bosque, palpable en

su corazón. A veces se olvidaba, corría a abrazarla, la llamaba «amada», y veía cómo su inocente beso llevaba a su rostro la agonía de la vergüenza.

Soportó la lucha día tras día. Su padre le escribió, rogándole por el amor que le tenía que volviera. Desde ese momento, Richard quemó sin leer todas las cartas que recibió. Sabía demasiado bien que era fácil de persuadir. Las palabras de los demás podían tentarle y extinguir la chispa de honor que le había torturado, y a la que se aferraba en su desesperada justificación.

Detener a un joven caballero cayendo cuesta abajo es una empresa peligrosa y desagradecida. Es, sin embargo, algo que aprecian las bellas mujeres, y que algunas siguen de forma profesional. La señora Judith, tanto como su sexo le permitía, también formaba parte de los titanes en la batalla contra los dioses absolutistas, para cuyo propósito, recuerden, se había casado con un lord incapaz. Sus méritos se los guardaba para sí misma, porque no la hacían feliz. Encontró a Richard por casualidad en París, vio cómo estaba, y le hizo saber que sólo ella lo comprendía. La consecuencia fue que él la siguió en el tren. Le tranquilizaba estar cerca de una mujer. Ella adivinó la causa de su conducta, evitó hablar de ello con la facilidad de las mujeres, y le ofreció un tono melancólico del que él participaba. Habló de penas, de sus penas personales, como podría haber hablado de las suyas: vagamente, y culpándose. Y ella lo entendía. ¡Qué riqueza oscura e insondable habita el ojo de la mujer! Nos interesa al instante: ¡es más delicioso de lo que pensábamos! ¡Casi tan delicioso como soñamos! Pero cuando nos alejamos de ella nos encontramos en la ruina, miserables. ¿Por qué? No lo sabemos. Nos apresuramos a estar con ella y ladramos hambrientos a su alrededor. El ojo debe ser femenino para ser creativo, no puedo decir por qué. La señora Judith entendía a Richard, y él, sintiéndose infinitamente vil, se aferró a ella más febrilmente, temiendo perderla. El espíritu debe descansar; ya estaba suficientemente débil con lo que sufría.

Austin los encontró en las colinas de Nassau en Renania: titanes, hombres y mujeres, que no habían desbancado a Júpiter, y que iban a la deriva sobre riadas de sentimientos. El pastor que acompañaba a sus bueyes azules por la mañana, la alegre frutera con su pañuelo de colores, el conductor idiota, incluso el doctor de aquella comarca, habían hecho más por sus compañeros. ¡Qué terrible reflexión! La señora Judith estaba serena, pero inquietaba a Richard si estaba fuera de su sombra. A menudo contemplaba con tristeza a los jóvenes de su edad marchando hacia el trabajo. ¡Ni una nube de duda sobre ellos! ¡Un trabajo sólido, sin ambición, fructífero!

La señora Judith tenía perspectivas más nobles para el héroe. Caminaba con los ojos cerrados, y le daba el mapa de Europa a trocitos. Él lo tragaba sin problemas. Era un licor embriagador. ¡Él a caballo por los imperios en ruinas! El sentido común ya puede encogerse de miedo al contemplar la imagen. Acordaron tácitamente reconstruir el globo civilizado. El vapor puede derretirse y volver a tomar forma, pero nunca volvería a tener la misma forma. Briario, de las cien manos desocupadas, puede convertirse en un burro monstruoso con las patas traseras hacia arriba, o en veinte mil monos parlantes. Las nubes fantasmagóricas que se formaban en el cerebro del joven eran iguales a las del cielo, como el ir y venir del viento. La señora Judith sopló. Estaba lleno de vapor y se resolvía de una forma u otra. Si contempláis las nubes del anochecer, y conocéis la juventud, veréis la similitud; no será extraño, y os parecerá estúpido que un joven de la edad de Richard, con su educación y posición, se encontrase tan agitado. ¿No había sido criado en la creencia de hacer grandes cosas? ¿No decía ella que estaba segura? Y sentir que ha caído bajo, aunque se haya nacido para lo mejor, es suficiente para nublar la mente. Supongan que el héroe es cojo. ¡Qué intensa su fe en los matasanos! ¡Qué pasión y anhelo lo lleva a romper a alguien la cabeza! Hablaban de Italia en voz baja.

—Llegará el momento —dijo ella.

—Y yo estaré listo —dijo él.

¿Qué rango iba a tener en la armada liberadora? ¿Capitán, coronel, general o simple soldado? Aquí lo tenía claro: simple soldado. Sin embargo, hacía piruetas a caballo. Soldado de caballería, claro. Soldado cabalgando sobre las ruinas de los imperios. Miró hacia delante con el ceño fruncido un objeto indistinguible en la distancia. Habían leído a Petrarca para inspirarse. ¡*Italia mia*! Era en vano hablar así a las profundas y mortales heridas de su cuerpo, pero mantenía la vista en el Tíber, el Arno y el Po, con las manos juntas. ¿Quién no ha llorado por Italia? Veo las aspiraciones de un mundo que surgirá de ella, espeso y frecuente como las caladas a los puros de los centinelas de Panoia.

Así que cuando llegó Austin, Richard no podía dejar a la señora Judith, y la señora Judith no podía separarse de él. ¡Era por su bien! Richard estaba de acuerdo. Quizá tenía motivos de estar agradecido. El trayecto a la locura podría haberle llevado a un final peor. Es estúpido, Dios lo sabe, pero, por mi parte, no me reiré del héroe; aún no ha tenido su ocasión. Si lo encontrásemos bendecido por su acontecimiento, no sería motivo de risa.

Richard consagraba su seguridad a lo que, para complacer al mundo, llamaremos locura. La exhalación de vapores era benéfica para él, y alguien les daba forma y un tono irisado. Le dijo a Austin que no podía dejarla, y no dijo cuándo lo haría.

—¿Por qué no vas con tu mujer, Richard?

—Por una razón que tú serías el primero en aprobar, Austin.

Lo había recibido mostrando su ternura masculina y su tristeza de corazón. Asociaba a Austin con su Lucy en ese palacio de las hespérides del oeste. Austin esperó con paciencia. El viejo lord de la señora Judith se paseaba por los balnearios de Nassau sin evocar el sonido de la salud. Dondequiera que fuese, ella cambiaba de morada. Había que perdonar a una mujer tan admirable por casarse con un viejo. Era entusiasta incluso en sus deberes conyugales. Podría haber sido una Charlotte Corday[29], de haberse dado la ocasión. Así que dejemos que se proteja de la prohibición del ridículo. El sinsentido de los entusiastas es distinto del sinsentido de los estúpidos. Era una mujer altruista, de esas que hacen lo que creen que está bien y confían en su criterio. Era digna de la admiración del joven, aunque no la indicada para ser su guía. Retomó su antigua intimidad con Austin, mientras preservaba su posición con Richard. Ella y Austin eran parecidos, sólo que Austin no soñaba, y no se había casado con un antiguo lord.

Los tres caminaban por un puente en Limburgo, donde la luz de la luna arrojaba una sombra del tamaño de una piedra sobre las losas de pizarra y el agua alborotada. Una mujer pasó junto a ellos llevando un bebé en brazos, cuyo gran tamaño les llamó la atención.

—¡Qué grande! —rió Richard.

—Bueno, está bien —dijo Austin—, no creo que sea más grande que tu niño.

—Podría ser un Arminio[30] del siglo XIX —decía Richard.

Se paró en seco y miró a Austin.

—¿Qué has dicho? —preguntó la señora Judith a Austin.

—¿Tengo que repetirlo? —replicó Austin con inocencia.

—¿Richard tiene un hijo?

—¿No lo sabías?

—Su modestia es muy grande —dijo la señora Judith, evitando hacer una reverencia por la paternidad de Richard.

A Richard le empezó a latir el corazón con violencia. Miró a Austin a los ojos. Austin se lo había tomado como algo natural, así que no dijo nada.

—¡Bueno! —murmuró la señora Judith.

Cuando los hombres se quedaron solos, Richard dijo, alterado:

—¡Austin! ¿Lo decías en serio?

—¿No lo sabías, Richard?

—No.

—¿Cómo? Todos te han escrito. Te escribió Lucy, te escribió tu padre, te escribió tu tía. Creo que hasta Adrian te escribió.

—Rompí sus cartas —dijo Richard.

—Es un buen chico, en serio. No tienes de qué avergonzarte. Pronto empezará a preguntar por ti. Quería asegurarme de que lo sabías.

—No, no lo sabía. —Richard se alejó, y luego dijo—: ¿Cómo es?

—Pues se parece a ti, pero con los ojos de su madre.

—Y ella está…

—Sí. Creo que el niño ha hecho que esté bien.

—¿Están los dos en Raynham?

—Los dos.

¡De ahí los fantásticos vapores que le nublaban la mente! ¿Qué hacer? ¿Dónde están los sueños del héroe al enterarse de que tiene un hijo? La naturaleza lo tomó en sus brazos. Le habló. Todas las bestias del monte podían presumir de lo mismo y, sin embargo, maravillaba al héroe como ninguna de sus hazañas. ¿Era padre? Richard mantuvo la vista en el horizonte, como si tratara de vislumbrar los rasgos del niño. Le dijo a Austin que volvería en unos minutos, y empezó a andar a toda prisa. «¡Soy padre! —se repetía a sí mismo—. ¡Tengo un hijo!». Aunque no lo sabía, tocaba la canción de la naturaleza, una singular armonía que se apropió de su cuerpo.

La luna brillaba más que nunca; el aire era pesado y caluroso. Dejó la carretera y se adentró en el bosque. Aceleró el paso. Las hojas de los árboles le rozaron las mejillas; las hojas muertas del valle crujían a su paso. Sentía una alegría celestial, un placer extraño y sagrado. Pero se fue desgastando poco a poco. Recordó lo que había hecho, y una angustia proporcional se apoderó de él. ¡Era padre! Nunca vería a su hijo. Y ya no tenía fantasías en las que cobijarse. Estaba completamente desnudo en su pecado. En su mente afligida le parecía que Clare lo despreciaba. Clare lo veía como era y, a sus ojos, sería una infamia que él besara a su hijo. Luchó por controlar su tristeza y convertir los nervios en acero.

Junto al tocón de un viejo árbol medio enterrado en hojas muertas de otros veranos, junto a un arroyo, se detuvo como quien llega al final de un viaje. Allí vio que le acompañaba el perrito de la señora Judith. Le dio una palmadita, y ambos se quedaron sumidos en el silencio del bosque.

Era imposible regresar; le pesaba el corazón. Debía seguir adelante. Continuó caminando, con el perro detrás.

Un bochorno opresor colgaba de las ramas de los árboles. En los valles y en las colinas hacía el mismo calor aplastante. Tintineaba el arroyo, pero no era un sonido fresco, sino metálico y sin el espíritu del agua. Más allá, en un prado iluminado por la luna, los rayos eran como fuego. No había rastro de la neblina. Los valles eran claros; sus contornos definidos por las sombras, las distancias visibles, con los colores del día, pero más suaves. Richard contempló un corzo deslizándose por la pendiente, lejos de un posible cazador. El desalentador silencio era significativo y, aun así, la luna brillaba en un cielo amplio y azul. Con la lengua fuera, el perrito trotaba tras él, se agachaba jadeando cuando paraba y se levantaba agotado si volvía a caminar. De vez en cuando, una enorme polilla blanca revoloteaba en el amanecer del bosque.

En una esquina marchita de la colina llena de árboles se alzaban ruinas grises rodeadas de hierbajos y ortigas. Richard se sentó en una piedra a descansar, y escuchó los jadeos del perro. A sus pies había luces de color esmeralda: cientos de gusanos brillantes perlando la tierra oscura y seca.

Se sentó y los contemplaba sin pensar en nada. Había agotado su energía caminando. Se sentó formando parte de las ruinas, y la luna lanzó su sombra al oeste desde el sur. Al disminuir, largas olas de nubes plateadas avanzaban hacia ellas. Eran las caravanas de una tempestad. No las vio, ni a las hojas que se estremecían. Siguió su camino hacia el Rin, una gran montaña surgió ante él y quería escalarla. No se acercó al pie, por mucho que lo intentó. El suelo comenzó a hundirse; perdió de vista el cielo. Después, oyó un trueno y una gota de lluvia cayó en su mejilla. Las hojas cantaban, la tierra respiraba; todo estaba negro. No veía nada. Los truenos le hablaron. La montaña estallaba ante él.

El bosque se había prendido en llamas. Vio el campo a los pies de las colinas hasta juntarse con el Rin brillante, temblando, extinguiéndose. Luego hubo una pausa, y el rayo parecía el ojo del cielo, el trueno, la palabra, y ambos se dirigían a él. Solo, la única criatura humana bajo la grandeza y el misterio de la tormenta, se sentía representativo de su especie, y su espíritu se alzó, y caminó, y se regocijó. ¡Que haya gloria! ¡Que haya ruina! Ahí abajo, los abismos se encendían de ira, y los empujones de luz blanca llegaban al cielo, y los helechos se agitaban y desvanecían. Las hojas y la hierba chillaban con un sonido agudo y penetrante al unísono. Era un grito prolongado, cuanto más fuerte e intenso era el diluvio. Un gran aluvión de

agua satisfizo el deseo de la tierra. Incluso así, calado hasta los huesos, Richard sintió un placer salvaje. Siguió caminando, apenas consciente de estar mojado, y agradeció el olor refrescante de la tierra. Se detuvo y respiró profundamente. Creía oler a la reina de los prados. Nunca había visto la flor en Renania. No lo había pensado; era difícil encontrarla en un bosque. Estaba seguro de olerla, fresca y llena de rocío. Su compañero, totalmente empapado, agitaba la cola con pena. Él se acercó despacio, pensando que no pasaba nada. Se inclinó y estiró el brazo para tocar la flor, con un fuerte deseo al comprobar que realmente crecía allí, sin saber por qué. Tanteó y encontró algo caliente que se movía. Instintivamente, lo agarró y lo acercó para mirarlo. La criatura era muy pequeña y, evidentemente, muy joven. Los ojos de Richard, que se habían acostumbrado a la oscuridad, pudieron discernir lo que era: una pequeña liebre, y suponía que el perro la había asustado. Puso al animal en su pecho y siguió caminando rápido.

La lluvia seguía constante. De cada árbol nacía una fuente. Tenía la mente tan despejada que especulaba sobre el refugio de los pájaros y cómo evitaban las mariposas y polillas que se mojaran sus coloridas alas. Si las cerraban, podían protegerse bajo una hoja, pensó. En la oscuridad, miró los refugios húmedos a cada lado, como si fueran sus hijos. Luego pensó en la extraña sensación que había experimentado. Un cosquilleo indiscutible le recorrió el brazo, pero no dijo nada a su corazón; era puramente físico. Cesó un momento, y volvió a empezar, hasta recorrer todas sus venas. El animal que llevaba en su pecho le lamía la mano. La lengua rugosa se deslizaba sobre su palma y le producía una extraña sensación. Ahora que conocía la causa, su asombro terminó, pero sintió una profunda ternura en el corazón. La suave caricia continuaba mientras caminaba. ¿Qué le quería decir? Una lengua humana no le habría transmitido más en ese momento.

Una luz pálida y grisácea en las faldas de la tempestad descubrió el amanecer. Richard caminaba rápido. Atravesaba los hierbajos empapados y cargados de rocío. El bosque mustio brillaba con una luz trémula. Impulsado como un hombre con una revelación, pasó delante de una pequeña capilla del bosque, adornada con coronas votivas, donde los pastores se detienen a rezar. Ahí estaba, fría, quieta, iluminada por el crepúsculo, con las gotas cayendo lentas a su alrededor. Se asomó y vio a la Virgen sosteniendo a su hijo. Salió. Pero no se había alejado mucho cuando sintió que sus fuerzas se desvanecían. Tuvo un escalofrío. ¿Qué era aquello? No lo preguntó. Estaba en manos de otro. El espíritu de la vida lo iluminó como un rayo. Sintió en el corazón el llanto de su hijo, su caricia. Cerró los ojos y vio a los dos. Lo sacaban de las

profundidades, lo guiaban a ciegas; se tambaleaba. Mientras lo guiaban, se sentía tan purificado que no paraba de temblar.

Cuando salió de su trance, contempló el mundo: los pájaros cantaban, los rayos del sol calentaban las colinas. Estaba al borde del bosque, adentrándose en un campo de maíz bajo el amplio cielo de la mañana.

Capítulo XLIII

Algunos en Raynham oyeron que Richard iba a volver. Lucy fue la primera en saberlo, a través de una carta de Ripton Thompson, que se había encontrado con él en Bonn. Ripton no mencionaba que había pasado las vacaciones intentando convencerle de que volviera con su mujer y, al encontrar a Richard de camino, no le dijo nada, sino que fingió que viajaba por placer, como cualquier londinense. Richard también escribió a Lucy. En caso de que estuviera en el mar, le dijo que mandase una nota a su hotel para no perder tiempo. La carta tenía un tono tranquilo y dulce. Ayudado por la fiel Berry, también estaba conquistando al aforista.

«La razón de la mujer se halla en la leche materna», decía una de sus notas, debido a la observación de Lucy de sus cuidados maternales. Recordemos que los hombres hemos bebido de ahí.

La señora Berry elogió la rapidez educativa del señor Richard y el gran historiador que, en consecuencia, sería. Esta cualidad de Lucy era suficiente para ganarse a *sir* Austin.

«Aquí me equivoqué con Richard —pensó—, al creer que nada salvo la casualidad le traería una pareja como la que se merecía… ¡Y la tiene!».

Admitía que el instinto había derrotado a la ciencia con gran ventaja. Y, cuando Richard llegara, serían felices y su sabiduría los abrazaría a todos paternalmente, como si él fuera el autor de su felicidad. Entre él y Lucy se desarrolló una tierna intimidad.

—Le dije que era inteligente, señor —dijo Adrian.

—¡Sabe pensar! —dijo el *baronet*.

La delicada cuestión de cómo tratar a su tío la concertó con generosidad. El granjero Blaize podría venir a Raynham cuando quisiera y Lucy debía visitarle al menos tres veces por semana. Los estudiaba conjuntamente con la

sencilla base humana que presentaba esta pareja, lo que hizo que surgieran excelentes aforismos.

«No nos hará ningún daño —pensó—, tener algo de la honesta sangre de la tierra en nuestras venas». Y se sintió satisfecho del parentesco del niño. Era común ver al *baronet* en la biblioteca besando la mano de su nuera.

Así que Richard cruzaba los mares, y los corazones en Raynham se aceleraban con el paso de los minutos. Esa noche estaría con ellos. *Sir* Austin le dio a Lucy un saludo más cálido cuando bajó a desayunar esa mañana. La señora Berry estaba tres veces más cariñosa.

—¡Es como tu segunda boda, querida! —dijo—. ¡Alabado sea el señor! ¡Y con el mismo hombre! ¡Y con un bebé! —añadió—. Es raro que no sienta nada de eso sobre mi Berry. Todo mi amor se ha ido hacia ustedes, mis polluelos.

De hecho, el infiel Berry se quejaba de que lo tratara mal, y tenía celos del bebé, pero la buena mujer le dijo que si sufría era porque lo merecía. La posición de Berry era decididamente incómoda. No le podía ocultar al servicio que su mujer estaba en la casa, y su mujer no le consolaba por las complicaciones que se derivaron de ello. Lucy intercedió, pero la señora Berry era testaruda. Advirtió que no dejaría al niño hasta que estuviera destetado.

—Luego, quizá —dijo, pensativa—. Ya ve que no soy tan blanda como creía.

—Es usted una mujer muy desagradable y rencorosa —replicó Lucy.

—Soy como soy —dijo la señora Berry con orgullo.

A todos nos gusta renovarnos, y Berry lo había postergado demasiado.

La señora Berry le dio ciertos consejos a la joven esposa sobre las infidelidades de Berry que a los mojigatos no les gustaría escuchar; por eso no reproduciremos la caridad que, según ella, debían tener las mujeres con los pecadores. Era suficiente que sacara a colación el asunto y citara de manera explícita sus propios sentimientos, que ahora le eran indiferentes.

El mar estaba en calma. En Raynham miraban el cielo y especulaban que Richard se acercaba a buena velocidad. Venía a ponerse a merced de su amada. Sentía a Lucy en los bosques y en el mar, en la tempestad y en la paz. Con ella el héroe se vuelve humilde. ¡Qué grande es el día en que nos damos cuenta de nuestra estupidez! Ripton y él eran viejos amigos. Richard lo animó a hablar de los dos, y Ripton, cuya vanidad secreta era su elocuencia, no se cansaba de enumerar las virtudes de Lucy y los peculiares atributos del bebé.

—¿Nunca dijo nada contra mí, Rip?

—¡Contra ti, Richard! Cuando supo que iba a ser madre, no pensó en otra cosa que en el bebé. Nunca piensa en sí misma.

—¿La has visto en Raynham, Rip?

—Sí, una vez. Me pidieron que fuera a visitarles. Si vieras el cariño que le tiene tu padre… Estoy seguro de que no conoce a nadie como ella, y está en lo cierto. Es tan adorable, y tan buena.

Richard se sentía demasiado culpable para culpar a su padre, y era demasiado británico para mostrar sus sentimientos. Ripton adivinó lo cambiado que estaba por cómo se comportaba. Había dejado de lado al héroe y, aunque Ripton lo había obedecido y admirado en sus tiempos heroicos, ahora lo quería diez veces más. Le contó a su amigo todo lo que la dulzura femenina y la excelencia de Lucy habían hecho por él, y Richard lo contrastó con la extravagancia inútil con la que había actuado con su querido ángel del hogar. No iba a retomarla tan fácilmente. Eso hacía que le ardieran las mejillas, pero iba a hacerlo, aunque significase perderla. Sólo verla y arrodillarse ante ella era suficiente para mantenerle, y el pensamiento daba calor a su alma. Pasaron los grandes acantilados que crecían sobre el mar. De cerca, el sol los hacía brillar. Las casas y la gente parecían dar la bienvenida al joven salvaje al sentido común, a la simplicidad y al hogar.

Llegaron a la ciudad al mediodía. Richard prefirió de momento no acercarse al hotel a recoger sus cartas. Tras un corto debate interno, se decidió a ir. El portero le dijo que había dos cartas para el señor Richard Feverel, y que una llevaba tiempo allí. Fue al buzón y las recogió. La primera que abrió era de Lucy y, mientras la leía, Ripton observaba cómo se intensificaba el color de su rostro y una tentativa sonrisa se le dibujaba en los labios. Abrió la otra con indiferencia. Comenzaba sin ninguna dirección. La frente de Richard se oscureció cuando leyó la firma. Estaba escrita con una inclinada escritura femenina, que se agrandaba de vez en cuando, como un campo de cebada. Decía así:

Sé que estás enfadado conmigo porque no consentí en arruinarte. Tonto. ¿Cómo lo llamas? Ir a ese desagradable lugar juntos. Gracias, pero mi sombrerero no está listo todavía, y me gusta causar una buena impresión. Supongo que tendré que hacerlo algún día. Tu salud, *sir* Richard. Ahora déjame hablarte en serio. Vuelve inmediatamente con tu mujer. Sé el tipo de persona que eres, y debo ser clara contigo. ¿Alguna vez te dije que te quería? Puedes odiarme cuanto quieras, pero te evitaré quedar como un idiota.

Escúchame. Conoces mi relación con Mount. La bestia de Brayder se ofreció a pagar mis deudas y mantenerme a flote si te retenía en la ciudad.

Juro por mi honor que no tenía ni idea de por qué y que no accedí a ello. Pero eras tan guapo… Ya me había fijado en ti en el parque antes de oír nada sobre ti.Y cuando te conocí, eras tan tímido… Eras tan tentador como una niña. Me gustaste. ¿Sabes lo que es eso? Te cuidaba y ambos sabemos cómo acabó, sin ninguna intención de mi parte, lo juro. Habría preferido cortarme las manos antes que hacerte daño, por mi honor. ¡Fueron las circunstancias! Después me di cuenta de lo que sucedía entre nosotros. Brayder vino y empezó a hablar de ti. Le di al animal con mi látigo para que cerrase la boca. ¿Crees que dejaría que un hombre hablase de ti? Iba a perjurar. Ya ves que recuerdo las lecciones de Dick. ¡Oh, Dios! Qué infeliz me siento… Brayder me ofreció dinero. Puedes, si quieres, creer que lo cogí. Me da igual lo que piensen los demás. Lo que dijo ese canalla me hizo sospechar. Fui a la isla de Wight, donde estaba Mount, y tu mujer acababa de irse con una señora que vino a buscarla. Me hubiera gustado mucho verla. Dijiste que me querría como una hermana, ¿te acuerdas? Entonces me reí. Dios mío, cómo me gustaría llorar ahora, si el agua pudiera ayudar a un pobre diablo, como tú me llamaste educadamente. Llamé a tu casa y vi a tu criado, que me dijo que Mount acababa de estar allí. De golpe me di cuenta. Estaba seguro de que Mount estaba detrás de una mujer, pero nunca pensé que esa mujer fuera tu esposa. Luego vi por qué querían que te quitara de en medio. Fui a ver a Brayder. Sabes cómo le odio. Tuve que hacer el amor con él para sacárselo. ¡Richard! Palabra de honor que planeaban llevársela si Mount no podía seducirla. ¡Para que veas quiénes son los diablos! Él es uno, pero no es tan malo como Brayder. No puedo perdonarle maldad a ese perro.

Después de esto, estoy segura de que eres demasiado hombre para mantenerte lejos de ella un minuto más. No tengo más que decir. Supongo que no volveremos a vernos, así que, ¡adiós, Dick! Todavía me parece oírte maldiciéndome. ¿Por qué no sientes como los demás hombres? Pero si fueras como los demás, me habrías dado igual. No me he vestido de lila desde que te vi por última vez. Quiero que me entierren con tu color, Dick. No te ofenderá, ¿verdad?

¿No creerás que cogí el dinero? Si pensase que lo crees… me hace sentir fatal sólo de imaginarlo.

Cuando vuelvas a ver a Brayder, golpéalo en público.

¡*Adieu*! Di que es porque no te gusta su cara. Supongo que los diablos no dicen *adieu*. Así que te diré un simple adiós. ¡Adiós, querido Dick! ¡No pienses mal de mí!

Comeré pan seco hasta el final de mis días si toco ese dinero.

Bella.

Richard dobló la carta en silencio.

—Métete en el taxi —le dijo a Ripton.

—¿Pasa algo, Richard?

—No.

Le dio la dirección al taxista. Richard se sentó sin decir nada. Su amigo conocía esa cara. Le preguntó si eran malas noticias. Como respuesta, mintió. Se atrevió a decir que no iban en la dirección correcta.

—Es la dirección correcta —espetó Richard, apretando la mandíbula y mirando al frente con furia.

Ripton no dijo nada más y se sumió en sus pensamientos.

El taxista aparcó frente a un club. Un caballero, al que Ripton reconoció como el honorable Peter Brayder, acababa de desmontar del caballo. Al oír que lo llamaban, el honorable Peter se dio la vuelta y ofreció la mano con amabilidad.

—¿Está en Londres el señor Mountfalcon? —preguntó Richard, cogiendo las riendas del caballo en lugar de darle la mano al caballero. No obstante, su tono y la forma en la que se dirigió a él fueron amistosas.

—¿Mount? —replicó Brayder, con curiosidad—. Sí. Se va esta noche.

—¿Está en la ciudad? —Richard soltó al caballo—. Quiero verlo. ¿Dónde está?

El joven parecía agradable; puede que esto levantara sospechas en Brayder al recordar su condición de parásito.

—¿Quiere verlo? ¿Para qué? —dijo con despreocupación, y le dio la dirección.

—Por cierto —canturreó—, hemos pensado en darle su nombre, Feverel —señaló el alto edificio—. ¿Qué opina?

Richard asintió, gritando:

—¡Rápido!

Brayder le devolvió el gesto, y los que pasaban por allí contemplaron cómo se subía al caballo con rapidez.

—¿Para qué quieres ver a lord Mountfalcon, Richard? —quiso saber Ripton.

—Quiero verlo, eso es todo —respondió Richard.

Ripton se quedó en el taxi frente a la residencia del lord. Esperó más o menos diez minutos hasta que Richard volvió con un rostro más despejado, aunque también más acalorado. Se quedó fuera del taxi, y Ripton se dio cuenta de que esos profundos ojos grises lo examinaban. Comprendió que decían: «No lo harás», pero no sabía a qué se refería.

—Ve a Raynham, Ripton. Diles que estaré allí esta noche. No me hagas preguntas. Vete ya. Espera. Toma otro taxi. Yo me quedo con éste.

Ripton salió y se encontró solo en medio de la calle. Estaba a punto de echar a correr tras el taxi para pedir explicaciones cuando oyó que alguien hablaba tras él.

—¿Es usted el amigo de Feverel?

Ripton detectaba a los lores. Un corpulento mayordomo junto a la puerta de la casa de lord Mountfalcon y el caballero que estaba tras él le dijeron que era el noble quien se dirigía a él. Le pidió que entrara en la casa. Cuando estuvieron solos, lord Mountfalcon, levemente alterado, dijo:

—Feverel me ha insultado. Me veré con él, por supuesto. ¡Menuda locura infernal! ¿No cree usted que está loco?

La respuesta que Ripton pudo articular fue:

—Señor.

El lord continuó:

—No he hecho nada para ofenderle. De hecho, le tengo por un amigo. ¿Suele tener ataques de este tipo?

Aun sin encontrar palabras, Ripton balbució:

—¿Ataques, señor?

—¡Ah! —dijo, contemplándolo con su mirada de lord—. No sabe nada de esto, ¿no?

Ripton dijo que no.

—¿Tiene influencia sobre él?

—No mucha, mi señor. Sólo de vez en cuando. Un poco.

—¿No está en el ejército?

La pregunta era innecesaria. Ripton confesó que era abogado, y el lord no pareció sorprendido.

—No lo detendré —dijo, haciendo una reverencia distante.

Ripton hizo una reverencia plebeya, pero, al acercarse a la puerta, se dio cuenta de la importancia del asunto.

—¿Se trata de un duelo, señor?

—No puedo evitarlo, a menos que sus amigos lo encierren en el manicomio entre hoy y mañana por la mañana.

De todo lo que podía imaginar Ripton, un duelo era lo peor. Se quedó agarrado al pomo de la puerta, dando vueltas a este último capítulo de calamidad que tendría que haber sido de felicidad.

—¡Un duelo! Pero él, señor… No debe luchar, señor.

—Deberá presentarse —dijo el lord, con seguridad.

Ripton exclamó cosas ininteligibles. Finalmente, lord Mountfalcon dijo:

—Me he salido del camino para hablar con usted, señor. Lo he visto desde la ventana. Su amigo está loco. Terriblemente metódico, lo admito, pero loco. Tengo mis razones para no querer hacerle daño y, si se disculpa cuando se presente, lo aceptaré y detendremos el maldito escándalo, si es posible. ¿Comprende? Yo soy la parte damnificada, y sólo pido que se disculpe para llegar a un acuerdo. Sólo quiero que diga que se arrepiente. Ahora, señor —el noble habló con considerable sinceridad—, si pasara algo, tengo el honor de conocer a la señora Feverel, y le ruego que se lo cuente. Deseo que le diga que yo no tuve la culpa.

Mountfalcon tocó la campana y se despidió con una reverencia. Con esto en mente, Ripton se apresuró a Raynham, donde lo esperaban con alegría y confianza.

Capítulo XLIV

Hippias consultaba alternativamente el reloj y su pulso, así una y otra vez, haciendo oscuros cálculos. Dijo: son las once y media. Adrian, con una expresión divertida en su cara rechoncha y llena de granos, estaba sentado escribiendo en la mesa de la biblioteca. Alrededor de la silla del *baronet*, en semicírculo, estaban Lucy, la señora Blandish, la señora Doria y Ripton, el pájaro de mal agüero de Raynham. Estaban en silencio, como cuestionando los minutos que pasaban volando. Ripton había dicho que Richard vendría, pero los ojos femeninos intuían que había algo por lo que preocuparse, según pasaba el tiempo. *Sir* Austin persistió para conservar su aspecto habitual de reposo reflexivo.

Aunque parecía lejos de la ansiedad vulgar, fue el primero en hablar y traicionar su semblante.

—Por favor, deja el reloj. La impaciencia no sirve para nada —dijo, volviéndose con desprecio hacia su hermano.

Hippias dejó de tomarse el pulso y gruñó entre dientes:

—¡Como si no fuera una pesadilla!

No oyeron su comentario, y el peso de su significado permaneció en la sombra. La pluma de Adrian hizo un garabato más fuerte en el papel. Nadie supo si era por lástima o por alegría.

—¿Qué escribes? —le preguntó el *baronet*. Tras una pausa, se retorció levemente, quizá por los celos que le inspiraba la frialdad del joven sabio.

—¿Le molesto, señor? —dijo Adrian—. Estoy escribiendo una propuesta para unir los imperios y los reinos de Europa bajo una cabeza paternal, siguiendo el modelo del siempre admirado y lamentado Sacro Imperio Romano. Esta parte trata de cómo organizar a los jóvenes y a las doncellas, y

de ciertas funciones magistrales que tienen que ver con ellos: «Se decreta que estos oficiales sean todos hombres de ciencia, etcétera».

Adrian volvió a mojar la pluma.

La señora Doria le dio la mano a Lucy, animándola en silencio, y Lucy forzó una sonrisa como respuesta.

—Creo que debemos dejarlo por esta noche —observó la señora Blandish.

—Si dijo que vendría, es que vendrá —intervino *sir* Austin.

Entre él y la dama parecía haber una especie de competición secreta. Era consciente de que nada salvo un éxito rotundo mantendría a flote sus ideas. Ella lo había calado.

—Me aseguró que vendría —afirmó Ripton, pero no pudo sostenerles la mirada, pues, según pasaban los minutos, se daba cuenta de que Richard podría haberlo engañado, y se sentía como un conspirador contra su felicidad. Estaba decidido a contarle al *baronet* lo que sabía, si Richard no volvía a medianoche.

—¿Qué hora es? —preguntó a Hippias con voz modesta.

—La hora de irme a la cama —gruñó Hippias, como si los presentes lo hubieran tratado mal.

La señora Berry fue a decirle a Lucy que subiera al piso de arriba. Se levantó lentamente. *Sir* Austin la besó en la frente, mientras decía:

—Es mejor que no vuelvas a bajar, hija mía.

Ella le sostuvo la mirada.

—Por favor, déjalo por esta noche —añadió.

Lucy le dio la mano y salió, acompañada por la señora Doria.

—Esta agitación será mala para el niño —se dijo a sí mismo en voz alta.

La señora Blandish comentó:

—Creo que podría volver. De todas formas, no se dormirá.

—Se controlará por el bien del niño.

—Le pides demasiado.

—No —recalcó.

Eran las doce cuando Hippias cerró su reloj y dijo con vehemencia:

—Estoy convencido de que mi circulación empeora a un ritmo constante.

—¡Volvemos al período pre-Harvey! —murmuró Adrian mientras escribía.

Sir Austin y la señora Blandish sabían que cualquier comentario los llevaría a discutir el interior de su maquinaria, cuya eterna contemplación era suficientemente angustiosa. Así que se mantuvieron en silencio. Asumiendo su deplorable condición, Hippias prosiguió, desesperanzado:

—Es un hecho. Ya lo habéis visto. Nadie es más moderado que yo, y sin embargo cada día estoy peor. Mi sistema es sensato, creo: hago todo lo posible, y, sin embargo, cada día estoy peor. ¡La naturaleza no perdona! Me voy a la cama.

El dispéptico se marchó, desconsolado.

Sir Austin pronunció en voz alta lo que pensaba su hermano:

—Supongo que ningún milagro puede ayudarnos cuando hemos ofendido.

—Nada que no se parezca a un matasanos nos satisface —dijo Adrian, poniendo cera sobre un sello de dimensiones oficiales.

Mientras hablaban, Ripton se quedó sentado, acusando a su alma de cobardía, aún embrujado por la última mirada que Lucy le había dirigido. Reunió el coraje necesario y fue hasta Adrian, quien, después de intercambiar unos susurros, se levantó y salió con él de la habitación, encogiéndose de hombros. Cuando se marcharon, la señora Blandish le dijo al *baronet*:

—No va a venir.

—Mañana, entonces, si no viene esta noche —replicó—. Pero insisto en que vendrá esta noche.

—¿Realmente quieres verlo reunido con su mujer?

La pregunta hizo que el *baronet* alzara las cejas con disgusto.

—¿Me lo preguntas?

—Me refiero —dijo la mezquina mujer— a que si tu sistema no requiere más sacrificios por parte de alguno de ellos.

Como respuesta, el *baronet* dijo:

—La considero una persona de naturaleza superior. Confieso que no podría haber encontrado a alguien como ella.

—Admite que tu ciencia no lo consigue todo.

—No, fue presuntuoso en cierto punto —dijo el *baronet*, queriendo ser profundo.

La señora Blandish le lanzó una mirada.

—¡Ah! —suspiró—. ¡Si fuéramos sinceros con nosotros mismos!

—Estás muy rara esta noche, Emmeline. —*Sir* Austin se detuvo ante ella.

¿No estaba siendo injusta? Había perdonado a un hijo ofendido. Había aceptado a una mujer humilde en la familia y le había permitido beneficiarse de sus propias cualidades. ¿Quién habría hecho más? Si se hubiese tratado de esta dama, por ejemplo, hubiese luchado contra ello. Todas las personas de clase alta que conocía hubiesen luchado contra ello, y sin sentirse demasiado ofendidas. Pero mientras el *baronet* pensaba esto, no consideró la excepcional educación que había recibido su hijo. Él se comparaba con los otros padres, y

olvidaba su sistema cuando estaba a prueba. No había sido falso con su hijo, pero sí con su sistema. Otros lo veían claramente, pero él tenía que aprender la lección poco a poco.

La señora Blandish se volvió hacia él, estiró la mano hacia la mesa y dijo:

—¡Bueno, bueno!

Terminó de abrir un paquete, y sacó un libro pequeño que reconoció enseguida.

—¡Ajá! ¿Qué es esto? —dijo.

—Benson me lo devolvió esta mañana —le informó—. El muy imbécil se lo llevó, por error, quiero creer.

No era más que su antiguo cuaderno. La señora Blandish pasó las páginas y llegó a las últimas anotaciones.

Leyó: «Alguien que hace proverbios, ¿no es una mente estrecha con una boca aún más estrecha?».

—No estoy de acuerdo con eso —observó.

Sir Austin no estaba de humor para discutir.

—¿Fingías humildad cuando lo escribiste?

—Considera el tipo de mente que se deja influir por esos refranes. Un proverbio es la mitad de una casa, no es una idea, creo, y la mayoría se quedan contentos con eso. ¿Puede el dueño de esa casa sentirse halagado con esa compañía?

Sintió que su inteligencia femenina volvía a tambalearse. Un hombre que hablaba así de su propia y admirable aptitud debía de ser grande.

Siguió leyendo: «¿Quién es cobarde? ¡El que desprecia los errores de la humanidad!».

—¡Oh, eso es cierto! ¡Me gusta mucho! —gritó la dama de ojos negros, en un éxtasis intelectual.

Encontró otro aforismo que se le podía aplicar: «No hay visión más dolorosa, igual que no hay mayor perversión que un sabio a merced de sus sentimientos».

«Debe de haberlo escrito —pensó—, tomándose de ejemplo. ¡Qué hombre tan raro!».

La señora Blandish seguía inclinada a someterse a él, aunque era decididamente desobediente. Había sido conquistada una vez, pero si lo que reverenció como una gran mente la había conquistado, debía ser un gran hombre quien la mantuviese cautiva. La prímula de otoño florece en las manos del hombre más noble; en manos peores, sólo es una flor vengativa.

Sin embargo, *sir* Austin sólo debía tener éxito para conseguir la lealtad de esta dama. La prueba aún estaba por llegar.

—No va a venir esta noche —repitió.

Y el *baronet*, en cuyo rostro contemplativo había surgido una mirada de placer en el último minuto, añadió con tranquilidad:

—Ya ha venido.

La voz de Richard se oyó desde el recibidor. Hubo una gran conmoción por toda la casa con el regreso del joven heredero. Berry, aprovechando cualquier ocasión para acercarse a su Bessy ahora que su frialdad involuntaria había realzado su valor («¡Así son los hombres!», reflexionaba la mujer), subió a verla y le dio la noticia con tono pomposo y gestos aduladores.

—Es lo mejor que has dicho en muchos días —dijo ella, y lo dejó plantado y se apresuró a comunicar la feliz noticia a Lucy.

—¡Bendito sea el Señor! —exclamó al entrar en la habitación adyacente—. Por fin vamos a ser felices. Los hombres han entrado en razón. ¡Le lloraría a tu Virgen y besaría tu cruz, mi amor!

—¡Shhh! —la reprendió Lucy, y arrulló al niño en sus rodillas.

Abrió las manitas, somnoliento, y volvió a cerrarlas. Los ojos azules se le abrieron de golpe, y su madre, temblorosa por las noticias, lo cubrió con sus rizos, trató de enderezarse, y lo meció y le cantó una nana, para evitar que la señora Berry no emitiera un susurro.

Richard había venido. Estaba bajo el techo de su padre, en la vieja casa que pronto le haría sentirse extranjero. Estaba cerca de su mujer y de su hijo. Podía abrazarlos. En ese momento era plenamente consciente de su angustia, y de la locura que lo había aniquilado y le hizo saborear toda su miseria.

¿No le había hablado Dios en la tempestad? ¿No había sido el dedo del cielo quien lo había guiado de vuelta a casa? Y había llegado, ahí estaba, y con los oídos llenos de enhorabuenas se le ofreció la copa de la felicidad, y le invitaron a beber. ¿Cuál era el sueño, su deber del día siguiente o de éste? Pero sentía una bala de plomo en el corazón, y le pesaba. El día siguiente, con su muerte anunciada, podría haber sido un sueño. Sí, estaba despierto. La nube de los fantasmas se despejó. Contempló su vida real, y los colores de la alegría humana. Quizá mañana cerraría los ojos para no verlos. La bala de plomo dispersaba todas las irrealidades.

Lo rodearon en la entrada: su padre, la señora Blandish, la señora Doria, Adrian, Ripton. Gente que lo conocía desde siempre. Le dieron la mano, lo saludaron, y comprendió el valor de la bienvenida. Pero ahora se burlaban de él. La señora Berry estaba al fondo, asintiendo con la cabeza; Martin Berry

hacía una reverencia; Tom Bakewell sonreía con burla. De algún modo prefería saludarles a ellos.

—¡Ah, mi vieja Penélope! —dijo, pasando por delante de sus familiares para llegar hasta ella—. ¡Tom! ¿Cómo estás?

—Dios le bendiga, señor Richard —lloriqueó la señora Berry, y susurró, feliz—: Ahora todo está bien. Está arriba, esperándole en la cama, como un recién nacido.

La persona más nerviosa era la señora Doria. Lo estrechó y estudió su rostro con detenimiento, como alguien acostumbrado a las máscaras.

—Estás pálido, Richard.

Se excusó, diciendo que estaba agotado.

—¿Qué te ha detenido, querido?

—Negocios —dijo.

Se lo llevó a un lado.

—¡Richard! ¿Se acabó?

Le preguntó qué quería decir.

—Ese terrible duelo, Richard.

La miró como si no entendiera a qué se refería.

—¿Se ha acabado? ¿Está hecho, Richard?

Al no obtener una respuesta inmediata, siguió, y estaba tan nerviosa que las palabras le salían de la boca a trompicones.

—¡No finjas que no me entiendes, Richard! ¿Se ha terminado? ¿Vas a morir como mi niña, como Clare? ¿No es suficiente una muerte en la familia? ¡Piensa en tu querida y joven esposa! ¡La queremos mucho! ¡Y en tu hijo! ¡Y tu padre! ¿Quieres matarnos a todos?

La señora Doria había oído por casualidad parte de lo que Ripton le había contado a Adrian, y se había hecho su propia idea.

Preguntándose cómo podía saberlo esta mujer, Richard dijo con tranquilidad;

—Ya está arreglado… El asunto al que te refieres.

—¿De verdad, querido?

—Sí.

—Dime…

Pero él se apartó de ella, diciendo:

—Te contaré los detalles mañana.

Y ella, sin ser consciente del doble sentido de la frase, dejó que se marchara.

No había comido nada en doce horas, y pidió comida; sólo quería pan y Burdeos, que se le sirvió en una bandeja en la biblioteca. Dijo, sin ninguna muestra de emoción, que debía comer antes de ver a la joven esperanza de Raynham. Así que se sentó y se comió el pan a pedazos, con grandes bocados aclarados con vino; todo acompañado de una conversación. La mente estudiosa de su padre se sintió a años luz de él; estaba totalmente cambiado. Tenía la forma de hablar y la compostura de un hombre de treinta años. Tenía lo necesario para ocultar su infinita tristeza. Pero, al menos, estaba allí. Por una vez en su vida, las perspectivas de futuro de *sir* Austin estaban ligadas a la noche.

—¿Vas a ver a tu mujer? —le había preguntado, y Richard respondió con una extraña indiferencia.

El *baronet* pensó que era mejor que se vieran en privado, y mandó a un criado a decir a Lucy que esperara arriba. Los demás percibieron que padre e hijo debían quedarse a solas. Adrian dijo:

—No puedo soportar más esto, así que, ¡buenas noches, don hambriento! Puedes engañarte y pensar que has comido, pero tu prole, que amenaza con ser numerosa, se quejará y llorará durante el día. ¡La naturaleza no perdona! ¡Una cena perdida no se recupera! Buenas noches, mi querido niño. Y por favor, toma esto. —Y le dio a Richard el enorme sobre que contenía lo que había escrito esa noche—. ¡Credenciales! —exclamó, con humor, dándole una palmadita a Richard en el hombro.

Ripton también escuchó las palabras «propagador» y «especie, —pero no tenía ni idea del contexto. El joven sabio parecía decirle—: Mira, lo hemos arreglado para ti», y se fue de la habitación con un inusual brillo de sinceridad.

Richard le dio la mano y, luego, Ripton. A continuación, la señora Blandish le dio las buenas noches y elogió a Lucy, prometiendo que rezaría por su felicidad mutua. Los dos hombres que sabían lo que pasaba, hablaron fuera. Ripton estaba seguro de que no lucharía en el duelo, pero Adrian dijo:

—Mañana veremos. De momento está a salvo mientras esté aquí. Yo lo detendré mañana.

Y terminó por hacerle una broma a Ripton aludiendo a su aventura con la señorita Random que debía, dijo Adrian, haberle llevado a más aventuras del mismo tipo. Era cierto que Richard estaba allí, y mientras permaneciera con ellos, estaría a salvo. Eso pensaba Ripton, y se fue a la cama. La señora Doria pensaba lo mismo; también creía que estaba a salvo mientras estuviese allí. Por una vez en la vida, pensó que era mejor no confiar en su instinto, por

miedo a las molestias inútiles que podía traer a ese estado de paz; así que no dijo nada de esto a su hermano. Sólo miró fijamente los ojos de Richard, mientras lo besaba y volvía a elogiar a Lucy.

—Es como una segunda hija para mí, querido. ¡Oh, espero que seáis felices!

Todos elogiaban a Lucy. Su padre fue el siguiente cuando se quedaron solos.

—¡Pobre Helen! Tu mujer la ha ayudado mucho, Richard. Creo que Helen se habría hundido sin ella. Nunca había conocido a una persona tan joven y adorable, tan inteligente y plenamente consciente de su deber.

Deseaba complacer a su hijo con esos elogios a Lucy, y unas horas atrás lo habría logrado. Ahora tuvo el efecto contrario.

—¿Me felicita por mi elección, señor?

Richard hablaba con calma, pero se percibía la ironía; no podía hablar de otro modo. Su amargura era intensa.

—Creo que eres muy afortunado —dijo su padre.

Sensible el tono y las formas, la ebullición de sentimientos paternales se congeló. Richard no se acercó a su padre. Se apoyó en la chimenea, mirando al suelo y alzando la vista cuando hablaba. ¡Afortunado! ¡Muy afortunado! Mientras daba vueltas a sus últimas andanzas, y recordaba con claridad que su padre querría a Lucy con sólo conocerla, y sus esfuerzos para persuadirla de que fuera con él; un ataque de furia le nubló el cerebro. Pero ¿cómo podía culpar a esa pobre alma? ¿A quién podía culpar? ¿A sí mismo? No del todo. ¿A su padre? Sí y no. La culpa estaba aquí y allí, estaba en todas partes y en ninguna, y le echó la culpa al destino, y miró al cielo enfadado e imprudente.

—Richard —le dijo su padre, acercándose—, ya es tarde. No quiero que Lucy tenga que esperar más. Tenía motivos para pensar que no sólo habías vulnerado mi confianza, sino que me habías engañado. Ahora veo que no es así. Estaba equivocado. Gran parte de este malentendido ha resultado de ese error. Pero te casaste siendo un niño. No sabías nada del mundo, ni de ti mismo. Para evitar lo que vendría, pues hay un período en que los jóvenes que se casan pronto se sienten más inclinados a la tentación que en la juventud, aunque no estén tan expuestos, decreté que experimentaseis el sacrificio y aprendieseis de las personas de vuestro sexo, antes de instalaros en un estado que de otro modo habría sido precario, por muy excelente que fuera la mujer que te acompañara. De otro modo, mi sistema habría sido imperfecto, y te habrías dado cuenta. Pero ahora todo ha terminado. Eres un hombre. Los peligros a los que estabas expuesto han desaparecido. Deseo que

seas feliz, os doy mi bendición, y le rezo a Dios para que os lleve por el mejor camino y os fortalezca.

Sir Austin no era consciente de que no había hablado con devoción. Fueran ciertas o no sus palabras, su hijo hizo oídos sordos sobre el fin de los peligros, sobre la felicidad y la burla.

Richard tomó con frialdad la mano que su padre le ofrecía.

—Ahora te llevaré hasta ella —dijo el *baronet*—, y te dejaré en su puerta.

Sin moverse, mirando a su padre con la mirada dura y el rostro enrojecido, Richard dijo:

—¿Un marido que le ha sido infiel a su mujer puede ir a verla, señor?

Era horrible, era cruel, Richard lo sabía. No quería que lo aconsejara en este tema, pues ya había tomado su decisión. Antes, habría escuchado a su padre y se habría culpado a sí mismo, y habría hecho humildemente lo que tuviera que hacer ante ella y ante Dios. Pero ahora, en la imprudencia a la que su miseria le había abocado, no le daba pena ningún alma, incluida la suya. *Sir* Austin frunció el ceño.

—¿Qué has dicho, Richard?

Claramente lo había oído, pero eso, lo peor que podía oír, eso que había temido, dudado y desechado, ¿era posible?

Richard dijo:

—Se lo dije con otras palabras la última vez que nos despedimos. ¿Qué otra cosa cree que podría haberme alejado de ella?

Enfadado ante su crueldad, su padre gritó:

—¿Y qué te trae a ella ahora?

—Eso se quedará entre nosotros —respondió

Sir Austin se desplomó en la silla. No podía pensar. Habló desde la ira.

—No te atrevas a tomarla sin…

—No, señor —le interrumpió Richard—. No lo haré. No tema.

—¿Entonces no amabas a tu mujer?

—¿Que si no la amo? —Una breve sonrisa se dibujó en el rostro de Richard.

—¿Tanto te importaba esa… otra persona?

—¿Tanto? Si me pregunta si la quería, puedo decir que no.

¡Oh, básica naturaleza humana! Entonces, ¿cómo? Entonces, ¿por qué? Miles de preguntas crecían en la mente del *baronet*. Bessy Berry podría haber contestado a todas y cada una de ellas.

—¡Pobrecilla! ¡Pobrecilla! —dijo, pensando en Lucy, paseando por la habitación.

Cuando pensaba en ella, sabiendo lo mucho que amaba a su hijo, y que lo perdonaría, le parecía que no debía enterarse de su miseria.

Le propuso a Richard que no se lo contase. Es distinto que una mujer o que un hombre cometa este pecado, dijo, y se apoyó en citas morales y físicas. Su argumento lo llevó tan lejos que cualquiera habría pensado que no daba importancia a los pecados de los hombres. Sus palabras estaban vacías.

—Debe saberlo —dijo Richard con dureza—. Iré con ella ahora, señor, si le parece.

Sir Austin lo detuvo, protestando, contradiciéndose, confundiendo sus principios y mezclando sus teorías hasta no tener sentido. No pudo inducir a su hijo a cambiar de opinión. Finalmente, cuando se dieron las buenas noches, fue consciente de que la felicidad de Raynham dependía únicamente de la piedad de Lucy. No temía su dulce corazón, pero le resultaba extraño haber llegado a ese punto. ¿A quién debía acusar? ¿A la ciencia o a la naturaleza humana?

Se quedó en la biblioteca reflexionando, a ratos despreciando a su hijo, y de nuevo se agarró a la insólita sospecha de su propia sabiduría: estaba demasiado preocupado, incluso si se merecía ese golpe de su hijo que lo había abocado a la desesperanza. Richard fue a ver a Tom Bakewell, despertó al dormilón, y le dijo que tuviera su yegua preparada al cabo de una hora en la puerta este del parque. Lo más cerca que estaba Tom de un héroe era siendo un esclavo fiel, y al hacerlo estaba a la altura de su concepción de lo que era un espíritu elevado y glorioso. Se levantó y metió la cabeza en agua fría.

—La tendré lista, señor —dijo.

—Tom, aunque no vuelva a Raynham, seguirás cobrando tu salario.

—Preferiría verle a usted más que al dinero, señor Richard —dijo Tom.

—Y vigilarás que no le suceda nada malo, Tom.

—¿A la señora Richard, señor? —Tom le miró fijamente—. Que Dios me ampare, señor Richard.

—No hagas preguntas. Harás lo que digo.

—Sí, señor, eso haré. ¿No lo hice en la isla de Wight?

Sólo con la mención de la isla, a Richard le hirvió la sangre, y tuvo que darse un paseo antes de llamar a la puerta de Lucy. Apenas se sentía humano cuando pensaba en la infame conspiración a la que debía su degradación y su miseria.

Una dulce voz respondió a su llamada. Abrió la puerta, y se detuvo ante ella. Lucy corrió hacia él. Antes de estar entre sus brazos, tuvo tiempo de observar cómo había cambiado. Al marcharse había dejado a una niña, y lo

que tenía delante era una mujer. Algo pálida, al principio, pero, en cuanto le vio, recobró su color, y el cuello y el pecho que se entreveían a través de su bata y su belleza hizo que el corazón le diera un salto y se le inundaran los ojos.

—¡Mi amor! —gritaron ambos, y se aferraron el uno al otro, besándose.

No dijeron más. Su alma se había ahogado en un beso. Al sostenerla, pues no tenía fuerzas, él, que estaba casi tan débil como ella, se le aferró y la apretó contra sí, hasta que fueron uno, y sus labios le hicieron olvidar todo y concentrarse en ser libre para rendirse a la felicidad de su abrazo. El cielo le había concedido este momento. La dejó sobre una silla y se arrodilló a sus pies, y la abrazó. A ella le temblaba el pecho, no dejaba de mirarlo, sus ojos lo iluminaban como una estrella. Esta joven criatura, tan sincera y directa, se llenó de timidez en los brazos de su marido; timidez femenina ante su amor de mujer. Era diez veces más seductora que con su timidez infantil. Y diez veces más terrible le parecía perderla ahora, al recordar, de lejos, en el horizonte de la memoria, la verdad fatal.

¿Perderla? ¿Perder esto? Miró al cielo como reclamando la confirmación de Dios. ¡Los mismos ojos azules! Los ojos que habían visto la gloria languideciente de la noche se posaban en él, revoloteando, pero fijos en él como la espuma de mar.

¡Y fieles! ¡Verdaderos, buenos y gloriosos, como los ángeles del cielo! ¡Y era suya! ¡Una mujer! ¡Su mujer! La tentación de tomarla y ser estúpido era poderosa; el deseo de morir contra su pecho era tan grande que rezó con todas sus fuerzas por contenerse. De nuevo la estrechó contra sí, pero, esta vez, como un ladrón aferrado a un tesoro sin precio: con júbilo y resistencia. Un instante. Lucy, cuya ternura pura había superado la pasión del encuentro, echó la cabeza hacia atrás, rendida, y dijo, casi sin voz, con las pestañas temblando melancólicas:

—Ven a verlo, cielo.

Y después, esperanzada con la gran alegría que iba a dar a su marido, y que iban a compartir, estremeciéndose ante la duda de sus sentimientos, se sonrojó, e intentó dejar a un lado la extrañeza de llevar un año separados, la incomprensión y la incertidumbre.

—¡Cariño! Ven a verlo. Está aquí —habló más claro, pero no más alto.

Richard la había soltado. Lo tomó de la mano, y él sufría mientras lo llevaba al otro lado de la cama. Le latía el corazón con fuerza al ver la cuna cubierta de cortinas rosadas y un encaje blanco, como una lechosa nube de verano.

Le pareció que perdería su hombría si miraba al niño a la cara.

—¡Para! —gritó de pronto.

Lucy se volvió hacia él, y luego hacia el niño, temiendo que lo hubiera molestado.

—Lucy, vuelve.

—¿Qué pasa, cielo? —dijo, alarmada por su voz y por el apretón que le había dado a su mano sin querer.

¡Oh, Dios! ¡Qué calvario había sido! Y que mañana se enfrentase a la muerte, y quizá muriera y se separara para siempre de su amada, de su mujer y de su hijo, y que antes de ir, antes de atreverse a ver a su hijo y de posar su cabeza en el pecho de su mujer —por última vez, quizá—, tuviera que apuñalarla en el corazón y hacer pedazos la imagen que tenía de él.

—¡Lucy!

Lo contempló, destrozado por la agonía, y sostuvo con la mirada su pálido rostro. Se inclinó hacia él, dispuesto a escucharlo.

Le cogió las manos para que lo mirase y se preparara para la terrible herida que iba a hacerle.

—Lucy, ¿sabes por qué he venido esta noche?

Lucy movió los labios repitiendo sus palabras.

—Lucy, ¿sabes por qué no he venido antes?

Dijo que no con la cabeza y abrió mucho los ojos.

—¡Lucy, no vine antes porque no era digno de mi mujer! ¿Entiendes?

—Mi amor —musitó con dolor, y se encogió bajo él—, ¿qué te he hecho para que estés tan enfadado conmigo?

—¡Oh, amor mío! —gritó él, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Oh, amor mío! —Sólo era capaz de decir eso, y de besarle las manos con pasión.

Esperó, más tranquila, pero aterrorizada.

—Lucy, he estado lejos de ti… No podía venir porque… ¡No me atrevía a venir a ti, esposa mía, amada mía! No me atrevía a venir porque era un cobarde. Porque, escucha, ésta era la razón: he roto mis votos de matrimonio.

De nuevo movió los labios. Por fin consiguió hablar:

—Pero ¿me amas, Richard? ¡Marido mío! ¿Me amas?

—Sí. Nunca he amado, ni amaré, a ninguna otra mujer que no seas tú.

—¡Cariño! Bésame.

—¿Has entendido lo que te he dicho?

—Bésame —dijo.

No la besó.

—He venido esta noche a pedirte perdón.

—Bésame —respondió.

—¿Puedes perdonar a un hombre tan vil?

—Pero ¿me amas, Richard?

—Sí. A Dios pongo por testigo. Te amo, y te he traicionado, y no te merezco. No merezco que me toques, no merezco arrodillarme a tus pies, no merezco respirar el mismo aire que tú.

A Lucy le brillaban los ojos.

—¡Me amas! ¡Me amas, querido! —Y, como alguien que ha atravesado los mares en la tormenta de la noche y llega a buen puerto con la luz del día, dijo—: ¡Marido mío! ¡Amor mío! ¿No volverás a dejarme? ¿Nunca nos separaremos?

Contuvo el aliento con dolor. Para borrar la expresión temerosa de su rostro, la besó. Con ese beso le dijo lo que su alma quería decir, se calmó y sonrió feliz, recordándole cuando la vio aquella mañana de verano en el campo de reinas de los prados. La atrajo hacia sí, y pensó en una imagen más sagrada: la de madre e hijo, la de las dulces maravillas de la vida que ella había hecho realidad.

¿No había liberado su conciencia? Al menos los pinchazos que sentía le hicieron pensar que sí. Entonces la siguió. Lucy susurró:

—No le molestes. ¡No lo toques, querido!

Y con sus delicados dedos destapó al bebé hasta el hombro. Tenía un brazo extendido a lo largo de la almohada, con la manita abierta. Tenía la boca abierta, y las oscuras pestañas parecían posarse en sus rechonchas mejillas. Richard se inclinó para contemplarlo de cerca, deseando que se moviera para comprobar que estaba vivo. Lucy susurró:

—Duerme como tú, Richard, con un brazo bajo la cabeza.

Richard, maravillado, sintió una punzada de ternura. Su respiración se agitó cuando se acercó más, hasta que rozó los rizos de Lucy, que también se había inclinado con él, y se apoyaba en el edredón granate de la cuna. Una sonrisa se le dibujó en las mejillas. La joven madre susurró, sonrojándose:

—Está soñando conmigo.

Y esas palabras hicieron más que los ojos de Richard para mostrarle cómo era.

Luego Lucy comenzó a canturrear al bebé, y los deditos se le estiraron, e hizo un amago de cambiar de postura, pero pareció reconsiderarlo y lo postergó, con un plácido suspiro. Lucy susurró:

—Es un grandullón. Cuando lo veas despierto, verás lo mucho que se te parece.

No la oyó inmediatamente; le parecía una gota caída del cielo que lo reflejaba. Cuanto más consciente era de que el niño era real, más le parecía un regalo del cielo. ¡Su hijo! ¡Su niño! ¿Alguna vez lo vería despierto? Al pensarlo, retomó las palabras que acababa de oír, y despertó de su sueño.

—¿Se despertará pronto, Lucy?

—¡Oh, no! Todavía no, faltan horas. Lo habría mantenido despierto para ti, pero tenía mucho sueño.

Richard se separó de la cuna. Pensó que, si veía los ojos de su niño y lo estrechaba contra su pecho, nunca tendría la fuerza de dejarlo. Volvió a mirarlo, y luchó contra la sensación de no querer irse. Las dos fuerzas batallaron en su corazón, o quizá era el conflicto mágico el que aún tenía lugar. Había venido a ver una vez a su hijo y a hacer las paces con su mujer antes de que fuera demasiado tarde. ¿No podía quedarse con ellos? ¿No podía renunciar a ese endiablado compromiso? ¿No era la felicidad divina, esto que ahora se le ofrecía? Si el idiota de Ripton no se hubiera retrasado en contar su conversación con Mountfalcon, todo habría ido bien. Pero el orgullo le decía que era imposible. Y después, habló la herida. Pues, ¿por qué había caído tan bajo y manchado su dulce amor? Sintió un placer desmedido al pensar en vengarse del villano que le había puesto una trampa, y la sensación le nubló el cerebro. Si se quedaba, no lo haría. Así que decidió encomendarse al destino. La lucha se había terminado, pero ¡oh, cuánto dolor!

Lucy contempló las lágrimas que se le derramaban desde las mejillas hasta la cuna del bebé. Se maravilló del exceso de emoción. Pero cuando vio que se le agitaba el pecho, y una extrema angustia mortal parecía apoderarse de él, se le encogió el corazón e intentó tomarlo en sus brazos. Él se alejó de ella y fue hacia la ventana. La media luna asomaba sobre el lago.

—¡Mira! —dijo—. ¿Te acuerdas de cuando remamos allí una noche y vimos la sombra del ciprés? Ojalá pudiera haber venido antes esta noche y dado otro paseo en barca. ¡Te habría oído cantar allí!

—¡Cariño! —dijo—. ¿Te haría feliz que fuera contigo ahora? Iré.

—No, Lucy. ¡Lucy, eres valiente!

—¡Oh, no! No lo soy. Una vez pensé que sí. Pero ahora sé que no lo soy.

—¡Sí! ¡Por haber vivido! ¡Por haber cuidado al niño! ¡Y no haberte quejado nunca! Eres valiente. ¡Oh, Lucy, mi esposa! ¡Me has hecho un hombre! Te llamé cobarde. Lo recuerdo. Yo era el cobarde. ¡El maldito idiota presumido! ¡Querida! Tengo que dejarte ahora. Eres valiente, y lo soportarás. Escucha, volveré en dos o tres días, para siempre, si me aceptas. Prométeme

que te irás tranquila a la cama. Besa al niño por mí y dile que su padre le ha visto. Aprenderá a hablar pronto. ¿Hablará pronto, Lucy?

La terrible sospecha la mantuvo muda. Sólo pudo aferrarse a su brazo con las dos manos.

—¿Te vas? —jadeó.

—Dos o tres días. No más, espero.

—¿Esta noche?

—Sí. Ahora.

—¿Te vas, marido mío? —Había perdido la cordura.

—¡Sé valiente, mi Lucy!

—¡Richard! ¡Mi amado marido! ¿Te vas? ¿Qué te aleja de mí? —Sin hacer más preguntas, cayó de rodillas y le rogó que se quedara, que no les dejase.

Luego lo arrastró junto al pequeño durmiente, y le rogó que rezara por él, y lo hizo, pero se levantó abruptamente tras murmurar unas palabras. Ella seguía rezando a pesar de los nervios, con fe de que lo que le decía a la Madre mediadora del cielo fuera más fuerte que las manos con las que había intentado detenerle. No podría irse mientras ella siguiera arrodillada.

Titubeó. No había pensado en su terrible sufrimiento. Fue hacia él, lentamente.

—Sabía que te quedarías —dijo, y le cogió la mano, acariciándola con candor—. ¿He cambiado tanto? ¿Ya no soy la Lucy que amabas? ¿No te irás, mi amor?

Pero el terror volvió, y le tembló la voz al pronunciar estas palabras.

Sus encantos casi lo habían derrotado. Le cogió la mano y se la llevó al corazón, y la apretó ahí, bajo el pecho.

—Ven. Escucha mi corazón —murmuró, con una sonrisa de santa felicidad.

Vaciló un momento, y luego languideció, pero la besó de pronto sacando fuerza del infierno, y dijo que se marchaba, y corrió hacia la puerta. Todo terminó en un momento. Ella gritó su nombre, aferrándose a él, y él le rogó que fuera valiente, o lo deshonrarían. Luego la apartó.

La señora Berry se despertó con el llanto prolongado del niño, vio que no había nadie consolándole y, al llamar y no obtener respuesta, entró. Vio a Lucy inconsciente, con el niño en el regazo, en el suelo. Lo había tomado de la cuna y había intentado seguir a su marido con él para rogarle que regresara, y se había desmayado.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! —gimió la señora Berry—. ¡Y yo pensaba que eran tan felices!

Recogió al niño y lo consoló. Consiguió poco a poco reanimar a Lucy, y escuchó lo que la había llevado a esa situación:

—Vaya a ver a su padre —dijo la señora Berry—. ¡Ya! Vaya, y que todos los caballos de Raynham le persigan. ¡A esto nos obligan los hombres! ¡Por Dios! O tome a su bebé e iré yo.

El *baronet* llamó a la puerta.

—¿Qué es esto? —dijo—. He oído ruido y unos pasos.

—¡El señor Richard se ha ido, *sir* Austin! ¡Ha dejado a su mujer y a su bebé! ¡Oh Dios mío! ¡Ha huido! ¡Oh, la pena se cierne sobre nosotros! —La señora Berry lloró, y le cantó al bebé, y el bebé lloró sin descanso.

Lucy, sollozando, lo tomó en sus brazos y lo meció, y le cantó, y lo besó llenándolo de lágrimas. Y si el humanista científico olvida hasta el día de su muerte la visión de dos mujeres destrozadas intentando calmar a un bebé, tiene muy poco de humano.

Nadie volvió a dormir en Raynham aquella noche.

Capítulo XLV

Su calvario ha terminado. Vengo de su habitación y acabo de verlo soportar lo peor. Vuelve pronto. Ha preguntado por ti. Apenas puedo escribir de forma inteligible, pero te diré lo que sabemos.

Dos días después de la horrible noche en la que nos dejó, su padre tuvo noticias de Ralph Morton. Richard había luchado en un duelo con lord Mountfalcon y yacía herido en un caserío de la costa. Su padre fue a buscarlo con su pobre mujer, y los seguí junto a su tía y su hija. La herida no era peligrosa. Le habían disparado en un costado, pero la bala no dañó ningún órgano importante. Pensamos que todo estaría bien. ¡Oh! ¡Qué harto estoy de teorías, y de sistemas, y de las pretensiones de los hombres! Allí estaba su hijo, tumbado medio muerto, y el hombre seguía sin convencerse de la estupidez que había cometido. Apenas podía soportar su compostura. Odiaré el nombre de la ciencia hasta el día de mi muerte. ¡Dadme sólo gente común y sin pretensiones!

Estábamos en un terrible *cabaret* francés, que olía de modo infame, donde todavía seguimos, y la gente intenta compensar nuestra incomodidad con su amabilidad. Los franceses pobres son muy considerados cuando ven a alguien sufriendo. Lo diré por ellos. Los médicos no permitieron que su pobre Lucy se le acercara. Se sentó fuera, en la puerta, y ninguno de nosotros nos atrevimos a molestarla. La ciencia tenía que verla. Su padre y yo, y la señora Berry, fuimos los únicos a los que se nos permitió quedarnos a su lado, y cuando salimos, allí seguía sentada, sin decir una palabra, pues le habían dicho que podía poner su vida en peligro. Pero nos miraba con una ansiedad tan terrible… Tenía el tipo de mirada de un loco. Estaba segura de que estaba perdiendo la razón. Hicimos lo que pudimos para reconfortarla. Le prepararon una cama y le llevaron la comida, pero era imposible hacer que comiera. ¿Y

qué crees que le alarmó? Me dijo… No tengo paciencia para repetir sus palabras. Me dijo que era su culpa por no obligarse a cumplir sus deberes maternos. Pensó que debíamos insistir en que se esforzara en dar de mamar al niño. Querré a la señora Berry hasta el fin de mis días. Creo que tiene el doble de sentido común que no tenemos ninguno de nosotros, incluida la ciencia. Le preguntó si quería envenenar al niño, y entonces cedió, pero de mala manera.

¡Pobre hombre! Quizá soy muy duro con él. Recuerdo que dijiste que Richard había hecho algo mal. Sí, bueno, puede ser. Pero su padre eclipsó su error con un error todavía mayor, con un crimen, o peor, pues si creyó que actuaba bien al separar al marido de su mujer y al exponer a su hijo como lo hizo, sólo puedo decir que hay gente peor que la gente que comete crímenes de forma deliberada. Sin duda, la ciencia se verá beneficiada por ello. Se matan animales en nombre de la ciencia.

Tenemos con nosotros al doctor Bairam, un médico francés de Dieppe, un hombre muy habilidoso. Es él quien nos dijo dónde estaba el peligro. Pensamos que todo iría bien. Había pasado una semana y no tenía fiebre. Le dijimos a Richard que su mujer iba a venir a verle, y pudo soportarlo. Fui con ella y empecé a hablar, creyendo que me escuchaba, pues tenía la misma mirada impaciente. Cuando le dije que podía entrar y ver a su querido marido, su expresión no cambió. *Madame* Despres, que comprobaba su pulso en ese momento, me dijo con un susurro que era fiebre cerebral, fiebre en el cerebro, lo que tenía. Desde entonces hemos hablado de ella. Me he dado cuenta de que, aunque parecía que no me entendía, se le movía el pecho, y parecía intentar reprimir algo. Estoy segura ahora, por lo que sé de su carácter, que incluso intentaba no llorar al borde del delirio. Su último momento cuerdo fue para Richard. ¡Fuimos contra una criatura así! Debo decir que soy consciente de que participé en destruirla. Si hubiera visto al marido uno o dos días antes… ¡Pero, no! ¡Había un nuevo sistema para prohibirlo! O si no se hubiera controlado tanto como lo hizo, podría haberse salvado.

Él dijo una vez de un hombre que su conciencia era presumida. ¿Puedes creer que cuando vio a la mujer de su hijo, la pobre, delirante, ni siquiera podía ver su error? Dijiste que deseaba quitar la providencia de las manos de Dios. Su loco autoengaño persiste. Estoy segura de que, mientras la veía, la culpaba por no haber tenido en cuenta al niño. De hecho, comentó que era un desafortunado «desastre», creo que dijo, que el niño tuviera que ser alimentado a mano. Me atrevo a decir que lo es. Lo único que pido es que ese niño pueda salvarse de él. No soporto verle contemplándolo. No evita el cansancio del cuerpo, pero ¿qué es eso? Es la forma más vulgar del amor. Sé

lo que dirás. Dirás que he perdido toda mi caridad, y es cierto. Pero no debería sentirme así, Austin, si pudiera estar seguro de que ha cambiado ahora que ha visto las consecuencias. Es reservado y parco en palabras, y su dolor es evidente, pero tengo dudas. La oyó mientras ella le llamaba invisible y cruel cuando perdió la cabeza, y gritaba que había sufrido, y entonces vi cómo se le contraían los labios, como si le hubiera conmovido. Quizá, cuando piense en ello, tendrá la mente más clara, pero no puede deshacer lo hecho. No creo que vuelva a insultar a ninguna mujer más. El doctor dijo que era una «*forte et belle jeune femme*, —y él dijo que era el alma más noble que Dios había podido crear. ¡Un alma noble—, *forte et belle*»! Yace arriba. Si puede mirarla y no ver su pecado, temo que Dios nunca la ilumine.

Murió cinco días después de que se la llevaran. El golpe la había enloquecido. Yo estaba con ella. Murió en silencio, soltando su último aliento sin dolor, sin preguntar por nadie. Me gustaría morir así.

Una vez sus gritos fueron muy altos. Gritó que se estaba «ahogando en fuego» y que su marido no venía a rescatarla. Amortiguamos el sonido tanto como pudimos, pero fue imposible evitar que Richard la oyera. Conocía su voz, y produjo una especie de fiebre en él. Cuando ella lo llamaba, él contestaba. No podías oírlos sin llorar. La señora Berry se sentó con ella, y yo con él, y su padre fue de uno a otro.

Pero la prueba para nosotros llegó cuando ella se fue. Cómo comunicárselo a Richard, ¡o poder hacerlo! Su padre nos consultó. Estábamos seguros de que sería una locura contárselo mientras estuviera en aquel estado. Puedo admitirlo ahora; nos equivocamos. Su padre se fue, a rezar, creo, y entonces, apoyándose en mí, Richard dijo que su Lucy ya no estaba. Pensé que lo mataría. Escuchó y sonrió. Nunca vi una sonrisa tan dulce y tan triste. Dijo que la había visto morir, como si hubiera superado su sufrimiento hacía mucho tiempo. Cerró los ojos. Vi, por el movimiento de sus ojos cerrados, que hacía un esfuerzo por ver algún cielo interior. No puedo seguir.

Creo que Richard está a salvo. Si hubiésemos pospuesto las noticias hasta que recuperara la cabeza, le habría matado. Su padre estaba en lo cierto por una vez. Pero, aunque haya salvado el cuerpo de su hijo, ha matado su corazón. Richard nunca será lo que prometió.

Hemos encontrado una carta en su ropa que cuenta el origen de la pelea. Voy a verme con lord M. esta mañana. No puedo decir que sea exactamente su culpa; Richard le obligó a luchar. Al menos creo que no tiene la mayor parte de culpa. Estaba profunda y sinceramente afectado por la calamidad que ha causado. ¡Ay! Sólo fue un instrumento. Tu pobre tía está profundamente

deshecha y dice cosas extrañas sobre la muerte de su hija. Sólo es feliz haciendo tareas domésticas. El doctor Bairam dice que debemos mantenerla ocupada bajo cualquier circunstancia. Mientras hace algo, puede hablar libremente; pero si sus manos están desocupadas, parece que le va a dar un ataque.

Hoy esperamos al tío del querido niño. El señor Thompson está aquí. Lo he llevado arriba para que la vea. Ese pobre joven tiene un buen corazón.

Ven enseguida. No llegarás a tiempo de verla. Será enterrada en Raynham. Si la vieras, verías a un ángel. Pasa horas a su lado. No puedo describirte su belleza.

No tardarás, lo sé, querido Austin, y te necesito, pues tu presencia me hará más llevaderos estos momentos. ¿Has notado la expresión en los ojos de los ciegos? Así es como mira Richard, mientras yace en silencio en la cama, intentando imaginarla en su mente.

Notas

Todas las notas son de la traductora.

Capítulo I

[1] El College of Arms o College of Heralds es una asociación del Reino Unido que agrupa a los funcionarios designados para mantener e interpretar los registros genealógicos y los emblemas heráldicos. <<

[2] El partido conservador de Gran Bretaña. <<

[3] María I Estuardo o María I de Escocia (1542-1587) y David Rizzio (1533-1566), su secretario privado. <<

[4] Personaje de la obra de Shakespeare Timón de Atenas. Timón creía que la amistad se basaba en dar a los amigos sin esperar nada a cambio, lo que lo llevó a la bancarrota. <<

Capítulo II

[5] Nombre tradicional del partido liberal británico que dominó la política del país la mayor parte del siglo XVII. Esta denominación cayó en desuso a finales del siglo XIX. <<

[6] Turno, rey de los rútulos, mata a Palante, compañero de Eneas. Eneida, X, 453-489. <<

Capítulo IV

[7] Guy Fawkes (1570-1606) intentó asesinar al rey Jacobo I en la fallida conspiración de la pólvora de 1605. <<

[8] Juego de palabras entre Blaize y «blaze» (fogata), que se pronuncian igual: ahora «Blaize será Blaze» en el original. <<

Capítulo VI

[9] Jean Henri Latude (1725-1805) pasó largos períodos de reclusión en la Bastilla y el castillo de Vincennes. Célebre por sus fugas. <<

[10] Jonathan Wild (1683-1725), famoso criminal de Londres, símbolo de la corrupción policial, manipulador de la opinión pública. Sobre Jonathan Wild escribieron Daniel Defoe y Henry Fielding. <<

Capítulo VII

[11] Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) en su libro *Confesiones*. <<

Capítulo XI

[12] *Rick* significa pajar en inglés, además de ser la abreviatura de Richard. **<<**

Capítulo XV

[13] La isla de *La tempestad* de Shakespeare se supone imaginada en Bermudas. <<

Capítulo XVIII

[14] Juego de palabras con gossip, que en inglés significa «cotilleo». <<

Capítulo XXV

[15] La conjuración de Fiesco (1783), drama de Friedrich Schiller, transcurre en la Génova del siglo XVI. <<

Capítulo XXVIII

[16] La sarracena Armida seduce al cristiano Rinaldo en Jerusalén liberada de Torquato Tasso. <<

Capítulo XXXII

[17] En español en el original. <<

[18] Richard Turpin (1705-1739), célebre bandolero, apodado «Dick». <<

Capítulo XXXIV

[19] Juego de palabras con el apellido Felle. «Fellow» significa «tipo» en inglés. <<

[20] En francés en el original. <<

[21] Padre de Jasón. Por su casamiento con Polímede, tío-abuelo de Ulises. <<

Capítulo XXXV

[22] Costumbre hindú: la viuda se inmola tras la muerte de su marido. <<

[23] Apodo despectivo utilizado por los ingleses que apoyaban la monarquía parlamentaria frente a la corriente de absolutismo francés de la Casa de Estuardo. <<

Capítulo XXXVI

[24] Pafos, ciudad en la isla del mismo nombre, dedicada a Afrodita. <<

[25] En la mitología romana, Belona es la diosa de la guerra, compañera de Marte. <<

[26] Aspasia de Mileto (470 a. C.-400 a. C.), compañera de Pericles, maestra de retórica y probable regente de un burdel. **<<**

Capítulo XLII

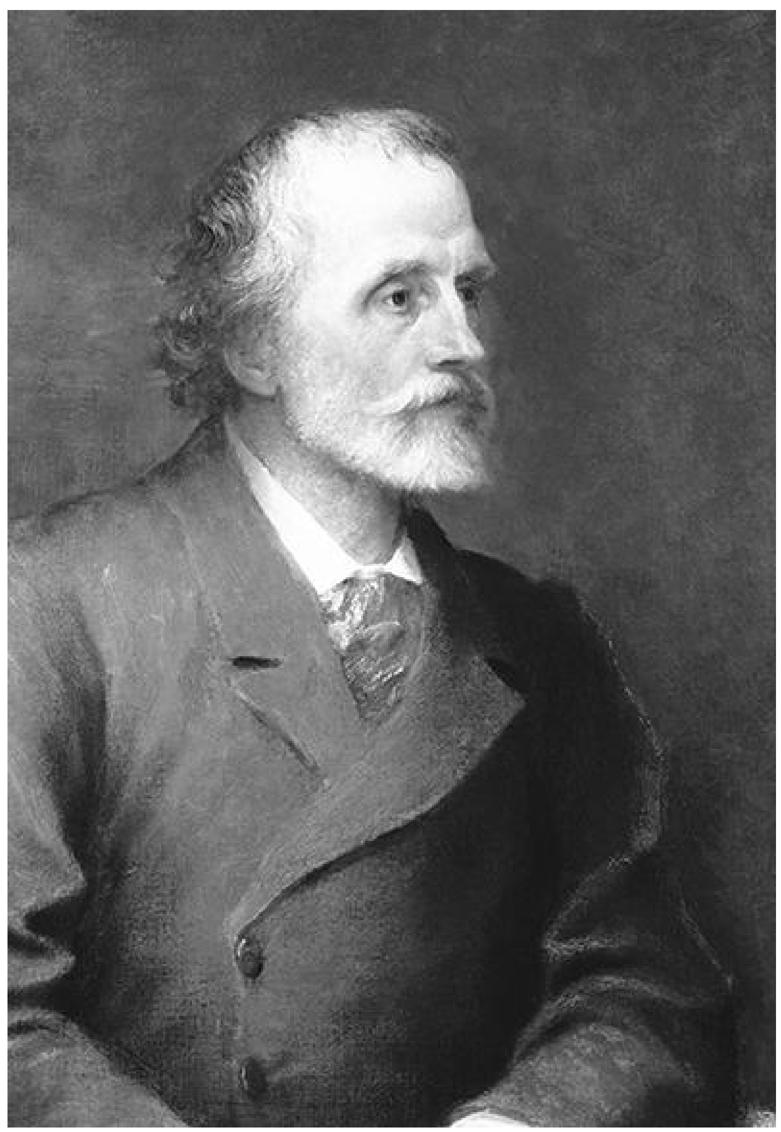
[27] En la mitología griega, gigante de cien manos. <<

[28] Estrella vespertina. <<

[29] Charlotte Corday (1768-1793), famosa por haber asesinado a Jean-Paul Marat. <<

[30] Caudillo germano. Arminio (17 a. C.-21) derrotó a los romanos en la masacre de Teutoburgo. <<

Sobre el autor



George Meredith nació en 1828 en Portsmouth, Inglaterra, en el seno de una familia adinerada de Hampshire. A la edad de catorce años fue enviado a estudiar a un instituto de Neuwied, en Alemania, donde permaneció dos años.

Enseñó Derecho y trabajó como procurador, pero abandonó las leyes para dedicarse al periodismo y a la poesía. Lo decidió tras casarse con Mary Ellen Nicolls, hermana de Edward Gryffydh Peacock, con quien editó la revista Monthly Observer. En 1851 publicó su primer libro, *Poems*, una recopilación de poemas aparecidos en revistas.

En 1858 su mujer lo abandonó por el pintor Henry Wallis, hecho que inspiró su primera novela, *Las tribulaciones de Richard Feverel*.

Posteriormente se casó con Marie Vulliamy y se mudó a Surrey, donde continuó escribiendo novelas y poemas.

Para complementar sus ingresos, trabajó en la editorial Chapman & Hall.

George Meredith es conocido por su atención a la comedia. Entre sus obras destacan *Essay on Comedy* (1877) y la novela *El egoísta* (1879). En sus libros critica la sumisión de las mujeres de la época victoriana, se mofa de los modales de los *gentlemen*, denuncia la hipocresía de las costumbres, las actitudes machistas, el esnobismo, la pedantería y la ignorancia de la sociedad inglesa.

De su importancia entre los lectores de su época da cuenta una mención de Conan Doyle en «El misterio del valle de Boscombe. —Dice Sherlock Holmes—: Y ahora Watson, si le parece, hablemos sobre George Meredith, y dejemos los temas menores para mañana».